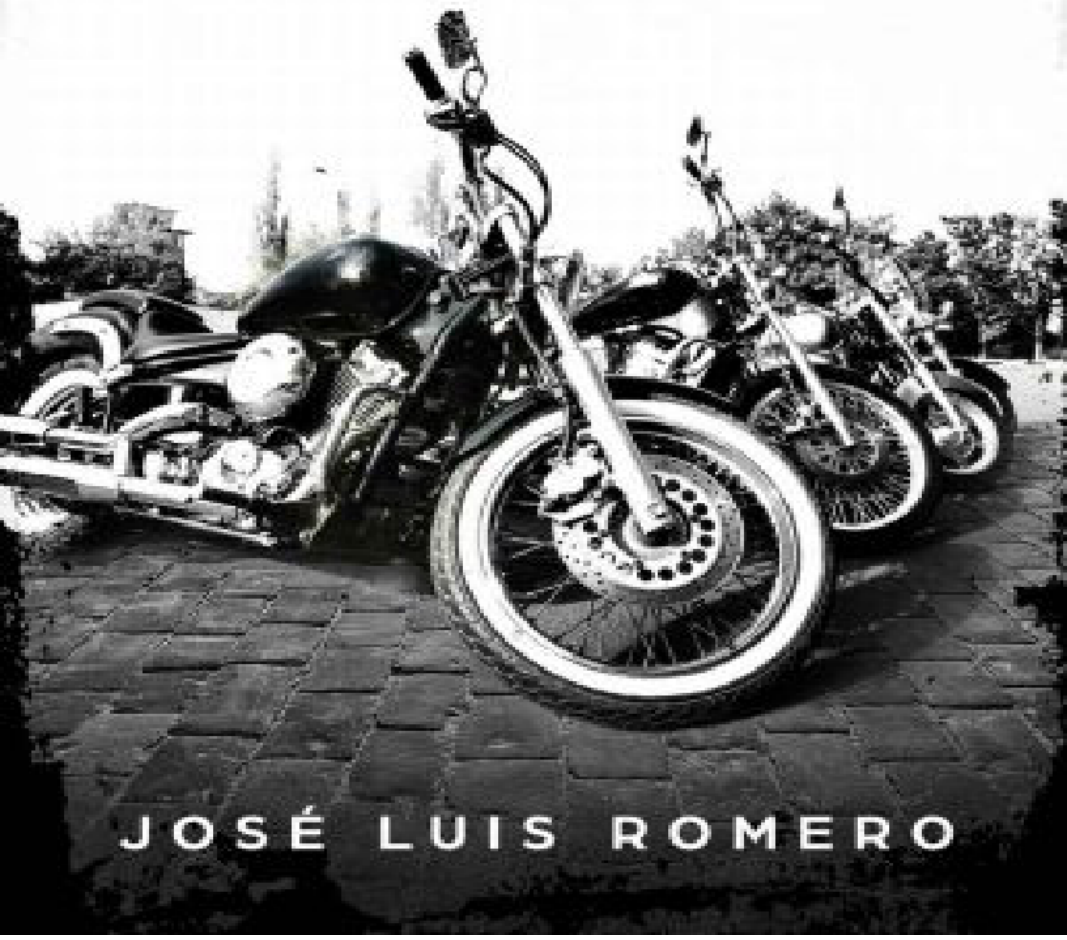
LA SIESTA DE LOS LEONES



JOSÉ LUIS ROMERO

Annotation

Las obras de arte, que reflejan la historia de la humanidad, han sido objeto de robo y falsificación a lo largo de los siglos. Amparados en la oscuridad o a plena luz del día, los ladrones han desvalijado museos y casas particulares llevándose un valioso botín. La siesta de los Leones, novela negropolicíaca de José Luis Romero, nos cuenta cómo el robo de una colección privada de arte desencadenará un río de sangre y muerte en las calles de Barcelona. Evaristo Conrado, un atípico pero eficaz detective privado, ex guardia civil, recibe el encargo de recuperar lo robado en la mansión de un excéntrico millonario. En particular, su cliente está obsesionado con recobrar una reliquia a la que atribuye un valor incalculable y el influjo de una maldición. Apremiado por éste y por sus problemas económicos, Conrado recurrirá a un antiguo superior, el ahora comandante del Grupo de Patrimonio Histórico de la Guardia Civil. Las pistas le conducirán hasta Sitges, una hermosa villa costera cercana a la gran urbe barcelonesa, y Conrado se encontrará atrapado en el complejo mundo de los robos de obras de arte y de las bandas organizadas. La investigación del detective transcurrirá en paralelo con la de la policía, que sigue de cerca los pasos de un joyero relacionado con los bajos fondos de la Ciudad Condal. Todo se complicará con la irrupción de los intermediarios en el robo y la aparición en escena de los Leones, un peligroso club de moteros enfrentados con una banda de delincuentes profesionales. La violencia estallará y las muertes se sucederán en la ciudad.562 páginas

LA SIESTA DE LOS LEONES

José Luis Romero

DERECHOS DE AUTOR

© José Luis Romero
Edición digital, diciembre 2020
ASIN : B08NH11V2V
Edición impresa, diciembre 2020
ISBN: 9798676723392
Diseño de cubierta: Rebeca Covers

Diagramación y montaje: @IrisVerastegui
Corrección: Elisa Rodríguez

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del «Copyright», la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

Página del título
DERECHOS DE AUTOR
ADVERTENCIA USUAL
LA SIESTA
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27

28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
NOTA DEL AUTOR
Acerca del autor
Libros de este autor

ADVERTENCIA USUAL

Los lugares que aparecen en este libro están inspirados, con cierta libertad, en lugares reales. Algunos de los hechos narrados, se inspiran también en sucesos ocurridos, pero con idéntica libertad en su recreación. El relato que sigue ha de considerarse por tanto fruto de la invención del autor y no debe inducir a atribuir conductas, acciones o palabras concretas a ninguna persona existente o que haya existido en la realidad.

El contexto en el que se desenvuelven las fuerzas de seguridad en Barcelona se ha adaptado a la conveniencia de la novela. En la actualidad, las funciones de policía judicial e investigación criminal, incluidos el crimen organizado, las ejercen los Mossos d'Esquadra.

LA SIESTA
DE
LOS LEONES

PASEN Y LEAN

Somos la gente de la que te advirtieron tus padres.

Lema de Bandidos Motorcycle Club.
(Fundado en 1966 por Donald Eugene Chambers. Texas)

1
EVARISTO CONRADO

El detective ha pasado la tarde entera trabajando en el informe de un pequeño industrial al que su mujer quiere dejar. Ella sospechaba de su infidelidad y la investigación de Conrado es concluyente. Como sucede siempre, la batalla se entablará por la custodia de los hijos, el reparto de propiedades y el dinero. El informe servirá para presionar al investigado con vergonzosas fotografías retozando con su amante y conseguir mejores condiciones para su cliente.

Horas después sigue frente al ordenador revisando online las cuentas de la agencia. El dinero sale con más rapidez de la que entra; si la crisis persiste, va a tener que pedir un crédito para cubrir gastos. Le salen los números por las orejas y hace rato que en la pantalla del ordenador solo ve hormiguitas. Así que saca el cigarrillo electrónico, se reclina contra el respaldo, y comienza a expulsar nubecillas de vapor mirando las musarañas del techo. Suena el teléfono cuando más distraído se encuentra. Echa un vistazo al reloj de pared y ve con asombro que son las once de la noche, el tiempo ha pasado volando, tan rápido como vuela el dinero de la cuenta. Observa el aparato mientras tamborilea sobre la mesa. Debe de ser una equivocación, porque, a esas horas, hasta los incansables comerciales de las operadoras telefónicas están en sus casas arropando a los niños. Se acoda y descuelga.

—Diga.

—Conrado, ¿es usted?

—Sí, ¿con quién hablo?

—Vaya, es más complicado dar con un detective que con Francisco Paesa —le increpa una voz masculina, enérgica y temperamental—. Llevo horas llamándole al móvil. Menos mal que se me ha ocurrido llamarle a la oficina. ¿Qué hace ahí a estas horas? ¿Le han echado de casa? —Conrado tarda unos segundos en situarse—. Me deja de piedra. No me diga que no sabe quién soy.

Lo cierto es que aquella voz le resulta extraña pero a la vez familiar, como su tono prepotente de pez gordo. Un momento después es consciente de que solo puede ser una persona. Desde hace cinco años sus únicas noticias han sido la carísima botella de escocés y la caja de puros cubanos que le envía por Navidad. Mientras carraspea en el auricular, saca el teléfono móvil de un cajón y lo inspecciona. En ese momento recuerda que lo había silenciado para evitar interrupciones. Tiene diez llamadas del mismo número.

—¿Zanzíbar?

—El mismo que viste y calza. Pero me está asustando, Conrado. Estaba empezando a creer que se había quedado lelo.

—Me alegra oírle —dice mientras garabatea con un bolígrafo sobre una hoja.

—Y un cuerno, estoy seguro de que solo se alegra cuando recibe mis puros y mi whisky.

—Era un decir, hombre. No se ponga melodramático.

—Me pongo como se me acude, ya me conoce usted de sobras.

—¿Y cómo está, don Ricardo?

—Sé que pregunta por preguntar, pero le daré un escueto parte médico: tengo unas arritmias de caballo, la tensión descompensada y el colesterol y los triglicéridos por las nubes. Así que como en cualquier momento puede darme un colapso, y ya me importa todo un rábano, iré directo al grano.

—Acaba de deprimirme, eso que acabo de escuchar es un parte muy triste.

—Déjese de humor negro y de hostias. —Zanzíbar hace una pausa y el detective supone que toma aliento, que sus ciento noventa kilos deben de estar aplastándole los pulmones. Se lo imagina tumbado en la *chaise longue* de su mansión como un cachalote varado. Pero en un tono que no alberga la menor duda de gravedad y urgencia, dice—: Conrado, necesitamos sus servicios de inmediato.

—¿Ha dicho, *necesitamos,* en plural?

—Sí, eso mismo. Plural y negrita para *necesitamos* y mayúsculas con subrayado para *inmediato*.

—¿Quiere que vaya ahora a su casa? —dice mirando otra vez el reloj de la pared.

—No, a la mía no.

Ricardo Zanzíbar es propietario de una importante farmacéutica para el que años atrás había resuelto un complicado caso de espionaje industrial. Dejando de lado su virtud de crear productos químicos para salvar el mundo, Zanzíbar también es todo un personaje. Un hombre excesivo, turbio y pagado de sí mismo que arrastra una larga lista negra de muchas cosas. Conrado conoce bien sus extravagancias y sus salidas de tono, las había vivido y las había padecido. Aunque fruto del pasado militar de Zanzíbar y del suyo como guardiacivil, acabó surgiendo una extraña relación entre ambos. Algo difícil de definir y más complicado aún de determinar.

—Mire, Conrado, ahora mismo me encuentro en casa de un amigo y estoy muy consternado porque me acabo de enterar de que hace unos días unos desalmados le han agredido y robado.

—Vaya, compadezco de un modo incuantificable a su amigo.

—Déjese de palabrería barata, quiero que venga ahora mismo.

—¿Puedo saber antes qué es lo que le han sustraído a su amigo? —pregunta Conrado preparándose para tomar nota.

—Por teléfono no.

El detective levanta el bolígrafo del papel y aprecia que Zanzíbar tapa el auricular del teléfono porque escucha un susurro amortiguado. Segundos después estalla con su briosa voz.

—Vaya adecentándose —brama Zanzíbar con tono de almirante —. En menos de media hora le recogerá una limusina.

Tras eso, corta la comunicación.

Conrado se queda perplejo, tanto tiempo sin recibir una puñetera llamada de aquel hombre y ahora se presentaba con exigencias y prisas sumarísimas. Se levanta sin comprender nada y abre una ventana. No corre una gota de aire y el calor es irritante. Mientras recapacita sobre la chocante llamada del farmacéutico, asoma la cabeza y echa un vistazo a la rambla del Poblenou. Las luces de los coches pasean por la fachada del lujoso hotel de veinte plantas que se eleva como un coloso frente a su ventana, el Windsor. Uno de tantos monolitos que se construyeron durante la burbuja inmobiliaria, «la fiesta de las hipotecas», la llamaron algunos banqueros que se enriquecieron con ella. Una trampa para vaciar los bolsillos de la gente y llenar las cuentas de constructores y políticos mafiosos en paraísos fiscales.

El detective observa el termómetro electrónico del hotel, en ese instante marca treinta y cinco grados. Recuerda que los servicios meteorológicos habían alertado de la llegada de la ola de calor más intensa de los últimos cuarenta años. Los noticiarios explicaban que, en algunas poblaciones, se estaban superando los cincuenta grados y que los ventiladores se habían agotado en los grandes almacenes.

¿Sería culpa del calentamiento global? Echa un vistazo a la calle, la mayoría de las ventanas están abiertas y hay gente ligera de ropa en los balcones. Con ese terrible calor es imposible pegar ojo. El resplandor azulado y frío de los televisores en las ventanas delata a los insomnes. Por otro lado, con las interminables vacaciones de verano de los chavales, hay demasiado barullo en la calle y las terrazas están a tope de gente que habla en voz alta y que ríe como si estuviera en la playa.

Es una noche de verano en la ciudad.

Conrado va al aseo, se coloca ante el espejo y observa con mirada decaída al hombre que tiene delante y no reconoce. Se pregunta si aquel tipo espantoso es él. Tras un instante de autocompasión se refresca la cara y el cuello, se lava los dientes y busca una camisa limpia en un armario. Con Zanzíbar tiene que ir preparado para cualquier cosa. Cuando termina de acicalarse, recorre la oficina cerrando cajones con llave y apagando algunas luces, por último, cierra la caja fuerte. El resto de la espera lo emplea curioseando las bandejas de papeles de la mesa de su ayudante, Josefina. Hay un par de revistas sobre nutrición sana y equilibrio emocional. Por lo que observa, persiste en su obsesión naturista. De hecho, el cigarrillo electrónico que tiene se lo ha regalado ella, preocupada por su salud. Aunque por mucho que Josefina insista, Conrado no piensa someterse a una dieta depurativa a base de uvas y caldo de cebollas cocidas.

El interfono escupe un timbrazo.

—¿Quién es?

—Baje —decreta una voz nasal.

Apaga la última luz y desciende por las escaleras. Antes de salir echa un vistazo al buzón, solo encuentra el latoso correo comercial. Y eso que la comunidad ha instalado un casillero exterior para la publicidad. Los malditos repartidores de propaganda siempre se las ingenian para entrar con cualquier excusa y llenar los buzones de papelotes que van directos a la basura.

Una vez en la calle mira a izquierda y derecha, no hay ninguna limusina esperándole. En su lugar, un furgón aparcado en la acera de enfrente arranca de pronto su ruidoso motor diésel y enciende las luces. *Reparación de agua, luz y electricidad*, dice su rótulo. La puerta corredera se abre de golpe y un tipo con la nariz aplastada asoma la cabeza. Lleva una boina negra y le hace gestos con la mano.

—Venga aquí —vocifera llamando la atención de toda la gente que pasa por la calle.

—¿Quién es usted?

—Déjese de pamplinas y venga. Zanzíbar le espera impaciente.

Conrado cruza la calle y se aproxima con cautela. El conductor es

un joven greñudo al que le falta casi toda la oreja derecha. El sujeto de la boina, además de mala uva, parece no tener demasiado aguante, porque cuando se encuentra a un metro escaso de distancia, saca medio cuerpo y alarga una mano férrea. El detective vuela hacia su interior y aterriza sobre unos sacos. Cuando va a abrir la boca para protestar, el tipo esgrime un puño.

—Por lo que me ha dicho Zanzíbar, ya sabía yo que me iba a encontrar con un tonto del culo. Así que déjate de hostias, que no tenemos toda la noche.

Cierra la puerta con un tirón brusco y el furgón se pone en marcha. Al instante, el greñudo sin oreja conecta el reproductor y comienza a sonar una pieza de *heavy metal* a un volumen brutal. Cuando el detective se acomoda a la oscuridad de la furgoneta, el tipo de la nariz aplastada saca un pasamontañas con un solo orificio para la boca.

—¿Qué crees que vas a hacer con eso? —protesta Conrado adoptando una actitud defensiva.

—Cállate.

Decide seguir su consejo, porque intuye las circunstancias personales que se esconden detrás de aquella nariz aplastada, ha visto muchas así en los cuadriláteros de boxeo. El tipo alarga la mano con el pasamontañas y se lo enfunda a Conrado con más fuerza de la necesaria y sin ningún tipo de miramientos. Para que su voz sea audible por encima de los decibelios, acerca la boca a su oído:

—No se te ocurra quitártelo hasta que yo te lo diga o tendré que enfadarme. Y te advierto que cuando me enfado, me enfado de verdad.

—¿Puedo saber adónde vamos?

—A Disneylandia —gruñe muy despacio, con un hálito caliente y agrio en su cara.

Conrado no puede ver nada, pero hasta sus fosas nasales llega un extraño e intenso hedor. ¿Orines? ¿Pescado podrido? ¿Mierda? Intenta incorporarse sobre un bulto duro.

—¡No te muevas!

—¿Qué hay en estos sacos? —pregunta elevando la voz sobre los decibelios de la música.

—Estiércol. Ahora cierra el pico y no vuelvas a abrirlo hasta que yo te lo diga.

El tipo le somete a un cacheo superficial, con manos expertas. Al momento saca el teléfono del detective de uno de sus bolsillos. Lo abre, le quita la batería y un minuto después se lo devuelve desarmado.

—Es un teléfono muy caro —le advierte él—, espero que no me lo hayas estropeado.

—¿Cómo tengo que decirte que te calles?

Pasa alrededor de una hora cuando el furgón se detiene en seco y cesa aquel tormento insufrible *Made in metal*. Durante el camino Conrado ha reconocido viejos temas de AC/DC, Iron Maiden, Judas Priest, Ufo, Deep Purple, Scorpions y Thin Lizzy. Todo un *revival heavy* para tímpanos encallecidos.

El greñudo se baja el primero, abre el portón y Conrado recibe nuevas instrucciones para que no se saque el pasamontañas. Una mano lo coge por el brazo y tira de él. Sale en volandas, pero un pie se le engancha con el estribo de la puerta y rueda por el suelo. A su caída prosigue una carcajada corta.

Cuando se pone en pie, a pesar de la dificultad que supone el pasamontañas, siente una brisa fresca y el rumor del mar. El aire también trae consigo olor a pinos y a eucaliptos.

—Camina —ordena el tipo de la voz nasal con un empujón.

Conrado echa a andar sobre una superficie firme y dura, intuye que de cemento. Cuenta veinte pasos hasta que tropieza con un escalón y está a punto de caer al suelo. Otra vez una carcajada corta. El tío de la nariz aplastada empieza a acumular papeletas para que le ocurra una desgracia inesperada. Tras unos segundos de vacilación, sube tres peldaños y la superficie dura se transforma en una alfombra de césped. Suena una cerradura, se abre una puerta y recibe otro empujón. La atmósfera del nuevo lugar huele a productos de limpieza y lavanda y hay moqueta en el suelo. Camina unos diez pasos, hasta que le ordenan detenerse, momentos después las puertas de un ascensor se deslizan y descienden una planta.

Le quitan la capucha, Conrado se pellizca el tabique nasal y se frota los ojos con los puños. Reina una luz tenue a la que sus pupilas se acostumbran con rapidez.

Se encuentra en una sala diáfana de unos cien metros cuadrados, de techo abovedado y columnas de mármol. El suelo es de tarima de madera noble y sobria, las paredes están construidas a base de hormigón ceniciento con pequeños leds orientados hacia espacios en los que no hay nada. Por las ligeras marcas rectangulares de la pared, Conrado deduce que estaban ocupados por cuadros. En el techo vislumbra el resplandor de un planetario, que baña con su luz cenital la estancia. En las esquinas hay dos cámaras de seguridad. Cuando baja la mirada al suelo, el detective observa que está plagado de cristales gruesos, pertenecientes a una serie de vitrinas instaladas sobre pedestales de mármol: todas ellas están rotas y su interior vacío. Es como si Atila hubiera pasado por allí con su vendaval de destrucción.

Algo llama la atención de Conrado en la pared del fondo: un gigantesco acuario de agua salada con su propio arrecife de coral,

plagado de peces de colores que van y vienen sin un rumbo fijo. Los cristales del suelo crujen bajo sus pasos cuando se acerca a un enorme sofá circular de terciopelo rojo y grandes almohadones de vivos colores. A un lado del sofá hay un piano de cola y una silla. Recorre la estancia muy despacio, con la sensación de que todo aquello lo ha decorado un interiorista chiflado.

En el sofá está apoltronado Ricardo Zanzíbar, con su inmenso vientre colgando hacia un lado, una enorme barriga destinada a impresionar. Sentado junto a él hay alguien más, un personaje extraño y misterioso que lleva una máscara de gato. La situación va de absurdo en absurdo. Se detiene y los mira desde una distancia corta.

—¡Conrado, amigo mío! ¡Venga aquí! —truena la estentórea voz del farmacéutico. Pero los pies del detective no se mueven y Zanzíbar lo observa con preocupación—. ¿Qué ocurre?

—¿Siempre envía al servicio de matones en furgón para trasladar a sus amigos? ¿Dónde estaba la limusina? Me ha tendido una emboscada de las suyas, Zanzíbar.

—¿Qué? —pregunta con cara de confusión—. Conrado, es usted nuestro invitado, si le hemos hecho entender otra cosa, discúlpenos. ¿Puedo saber qué ha ocurrido?

Conrado aprecia un siseo ahogado a sus espaldas, intuye que se trata de la risita del tipo de la nariz aplastada.

—¿Por qué no se lo pregunta a él? —dice señalando con el pulgar por encima del hombro. La respiración del individuo que tiene a sus espaldas se acelera. El detective se vuelve un instante y ve unos ojos oscuros y peligrosos. Mira a Zanzíbar—. Que se largue ahora mismo el simio o lo echo yo.

El tipo de la boina cierra los puños y da un paso al frente con los hombros adelantados. Zanzíbar se incorpora sobre el sofá con la mirada crispada.

—¡Basta! —vocifera atónito.

El hombre de la máscara de gato se levanta. Conrado observa su aspecto enigmático. Es alto y delgado, lleva una especie de uniforme oscuro muy estrafalario con sardinetas, ribetes, cuello duro y botones dorados. La última vez que vio a alguien vestir de aquella forma fue a Sean Connery en *La caza del Octubre Rojo*.

—Sebastián, déjenos —dice con voz meliflua.

El tipo de la nariz aplastada lanza a Conrado una última mirada perversa y cargada de veneno, una mirada que advierte que ha visto muchas cosas. Se quita la boina y ladea un poco la cabeza. Bajo la luz cenital del planetario, Conrado distingue un laberinto intrincado de viejas cicatrices oscuras en su cara de borracho.

—Ya nos veremos —dice Sebastián sonriéndose, mientras se aleja caminando hacia atrás sin perderlo de vista. Su amenaza es un susurro

que solo el detective puede oír. Antes de que se cierren las puertas del ascensor, vuelve a clavarle su mirada siniestra.

Puede que aquel tipo haya visto muchas cosas, pero Conrado ha vivido situaciones que le harían enmudecer y mearse en los pantalones.

El hombre de la máscara de gato avanza unos pasos y se coloca bajo la luz de un foco de la pared. La iluminación acentúa aún más su delgadez y su fragilidad. Es piel y huesos. El detective concluye que debe de ser anoréxico o sufrir una profunda sequía interior. Su burda máscara oculta su rostro desde la mandíbula hasta la frente, pero su gesto es altivo. Lo observa de arriba abajo. Su porte distinguido es de cuna, de los que se maman del pecho materno.

—No apruebo ningún tipo de violencia —dice muy despacio el hombre de la máscara.

Conrado le apunta con un dedo insistente.

—¿Puedo saber quién demonios es usted?

—Conrado, cálmese —interviene Zanzíbar.

—El señor Conrado tiene razón, Ricardo —dice el hombre enigmático levantando una mano apaciguadora—. Le debemos una explicación, pero antes quiero que sepa por qué está aquí.

—Zanzíbar me ha explicado por teléfono que tiene usted un problema, pero creo que tiene un buen puñado de ellos —dice paseando la mirada por la estancia, observando el ascensor por el que acaba de salir Sebastián.

—No se equivoca.

Zanzíbar carraspea.

—Quizá nuestro invitado desee beber algo antes de empezar. ¿Qué puedes ofrecerle, Aldo?

El hombre de la máscara cierra un instante los ojos con pesar.

—Oh, qué descortesía por mi parte. ¿Le apetece algo refrescante o prefiere algo fuerte?

—Estoy bien, gracias.

—Como desee.

—Podrías ofrecerme algo a mí, ¿no te parece? —protesta Ricardo Zanzíbar.

—Por supuesto.

El hombre misterioso saca de un bolsillo una especie de mando y pulsa un botón. Al instante, un brazo del sofá se separa de su anclaje y emerge un mueble bar surtido de cristalería reluciente y licores extraordinarios. Coge una botella de whisky Dalmore de varios lustros y se la muestra a Zanzíbar, este asiente. Entonces escoge tres vasos anchos y de culo grueso sin dejar de mirarle. A Conrado la escena le parece una especie de teatrillo.

—Sírvase cuando le venga en gusto —le dice.

El detective observa la botella de Dalmore, sabe que no va a poder irse de allí sin probar aquel portentoso whisky. El hombre delgado llena hasta la mitad dos vasos y le ofrece uno a Zanzíbar. Don Ricardo alarga una manaza y acerca el vaso a sus labios enseguida, como si su sed fuera apremiante. Termina el licor de un solo trago. ¡Dios, qué forma de beber la de aquel hombre! Sin más preámbulos, el tipo de la máscara de gato entra de lleno en el asunto.

—¿Ha oído hablar alguna vez del legendariamente rico rey Creso, el último rey de Lidia?

—Nunca.

—Entonces, tampoco conoce la leyenda de su fabuloso tesoro —dice con suficiencia majestuosa—. Es normal, solo arqueólogos, historiadores e importantes coleccionistas de arte están al corriente de la trágica suerte de ese tesoro. —Hace una pausa estratégica, como preparando el escenario para un acontecimiento singular—. El tesoro del rey Creso, también conocido en Turquía como el Tesoro de Karun, se trata de una colección de trescientas sesenta y tres piezas en su mayoría de oro y plata. Fueron halladas en un túmulo en Lidia, una región histórica al oeste de Turquía. Para que se haga una idea de su riqueza, sepa que el griego Solón escribió que Creso era *El más rico rey entre los reyes que en esta tierra han sido*. Hablamos del siglo sexto antes de Cristo y por lo tanto de un tesoro de dos mil seiscientos años de antigüedad.

El detective menea la cabeza con una sonrisa petulante.

—No sé por qué temía que dijera algo así.

Los labios del hombre enigmático se separan detrás de la máscara y se vuelve hacia Zanzíbar.

—Tranquilízame, Ricardo, por favor.

Zanzíbar suelta una carcajada.

—No te preocupes, el señor Conrado tiene un sentido del humor muy particular e inoportuno, pero eso no merma en absoluto su capacidad para llevar este asunto a buen puerto.

—Señor Conrado, esto es historia, con mayúsculas. Le estoy revelando la existencia de un tesoro de un valor incalculable, le ruego que no se lo tome a broma. —El detective asiente, pero sus labios se alargan un poco al pensar en el temple tan debilitado de aquel hombre —. Durante miles de años, todos esos objetos han permanecido sepultados bajo tierra, ocultos a la codicia de los hombres, hasta que en 1965 el túmulo del rey Creso fue saqueado y su magnífico tesoro desapareció.

—¿Quién cometió semejante fechoría?

—Siete saqueadores que después sufrieron muertes horribles. Murieron uno a uno y de la forma más violenta y desgraciada imaginable. La maldición se encargó de ello.

—¿La maldición?

—Sí.

Conrado levanta las cejas y mira a Zanzíbar, este se encoge de hombros.

—Prosiga.

—Durante los años posteriores al saqueo, el Museo Metropolitano de Arte de New York fue haciéndose de manera clandestina con partes del tesoro. A través de unos intermediarios suizos, el museo consiguió la mayor parte de esos trescientos sesenta y tres objetos de oro y plata, sarcófagos y algunos fragmentos importantes de los muros de mármol que componían el túmulo. Lo ocultaron todo en un almacén durante más de una década. Un periodista turco llamado Özgen Acar siguió la pista del tesoro hasta New York, pero nunca pudo demostrar que el museo Metropolitano lo tuviera escondido en un sótano. Hasta que en 1984 el tesoro vio la luz en una exposición que el museo llamó con toda intención *Tesoro de Oriente griego*. Por fortuna, Özgen Acar reconoció en esa exposición piezas que le habían descrito los saqueadores y lo denunció ante las autoridades turcas. El gobierno turco solicitó entonces de forma oficial la repatriación del tesoro, pero el museo se negó y tras una batalla legal de más de seis años que le costó al gobierno turco una auténtica fortuna, el museo Metropolitano admitió que habían adquirido todas esas piezas por medios poco ortodoxos, reconociendo incluso que parte de ellas procedían de expolios, robos y exportaciones ilegales. De ese modo, Turquía consiguió la repatriación del conjunto del tesoro en 1993. Una vez recuperado se exhibió durante dos años en el Museo de las Civilizaciones de Anatolia, hasta que fue trasladado al Museo de Arqueología de Uşak, donde formó parte de la colección que se exhibe de forma permanente. ¿Me sigue hasta aquí?

Conrado asiente y confiesa que la epopeya del tesoro comienza a interesarle. Mira la botella de Dalmore y la coge. *50 years old. Pure malt*, pone en la etiqueta.

—Solo existen sesenta botellas como esa en el mundo —proclama el hombre de la máscara con voz prudente.

—¿Puedo saber cómo consiguió esta?

—En Londres, en una subasta de Christie's. Compré un lote de diez.

Conrado no quiere ni imaginar lo que debió pagar por ellas. A pesar de que reconoce su personalidad adictiva y de que es incapaz de hacer nada con medida, se sirve dos dedos de aquel exclusivo whisky y lo olfatea. Levanta el vaso hasta la altura de sus ojos y estudia su color ambarino en la penumbra. Oro líquido.

—¿No tiene un poco de hielo?

—Sería denigrar ese tesoro —dictamina Zanzíbar con rigor.

El farmacéutico alarga su vaso vacío y lo mueve en el aire, Conrado se lo vuelve a llenar, deja la botella y vacía el suyo de dos tragos. Siente descender una llama ardiente desde la garganta hasta el estómago. El hombre enigmático ni ha acercado los labios al suyo, mira fijamente al detective unos segundos antes de proseguir.

—En mayo del 2006, las autoridades turcas recibieron una denuncia anónima en la que alguien les advertía de que una de sus piezas más valiosas y bellas, un hipocampo de oro, había sido robado y sustituido meses antes por una réplica.

—¿Un hipocampo? —pregunta Conrado con curiosidad.

—En la mitología griega, un hipocampo es una especie de caballo marino. Una figura con cabeza de caballo y con la parte inferior de un pez o de monstruo marino. Con la particularidad de que el hipocampo de Creso también tiene alas.

—¿Fue cierta esa denuncia?

—Sí, el propio director del museo, Kazim Akbiyikoglu, un hombre considerado íntegro y honesto hasta ese momento, fue el responsable. Confesó que un año antes había sustituido la pieza original, que pesaba catorce gramos, por una réplica que pesaba veintitrés. La singularidad del caso es que Kazim Akbiyikoglu era un prestigioso arqueólogo que durante décadas había luchado contra los ladrones de tumbas. A causa de sus cruzadas contra los saqueadores había sido amenazado de muerte en innumerables ocasiones e incluso secuestrado. La paradoja es que Kazim había trabajado muy duro para que el Museo Metropolitano de New York repatriara el Tesoro de Karun.

—¿Y por qué hizo eso?

—Confesó a la policía que para pagar unas deudas de juego. Y tanto él como otras diez personas más acabaron en la cárcel —prosigue el hombre de la máscara de gato—. Kazim Akbiyikoglu culpó de su declive humano a la maldición del tesoro, que como ya le he explicado conduce al infortunio y a la muerte más horrorosa a cuantos entran en contacto con él. Tras siete años de investigaciones de las autoridades para recuperar el hipocampo, las pistas condujeron esta vez hasta Alemania, donde después de infinitas presiones diplomáticas consiguieron repatriarlo. A partir de esos acontecimientos, alguien tomó medidas para que estuviera en lugar seguro.

—Supongo que ahora va a decirme que lo tiene usted.

—Lo tenía —dice con languidez.

En ese momento, el hombre enmascarado da su primer sorbo de whisky, muy despacio y con mucha medida, y se planta ante él con los brazos extendidos a lo largo del cuerpo y el vaso colgado de la mano. A través de la máscara, Conrado observa su mirada fija.

—Puedo imaginar lo que pasa por su cabeza y su confusión, señor

Conrado, pero tanto los museos como los coleccionistas privados ayudamos a preservar tesoros históricos de la destrucción. Le invito a oír un noticiario. Cada día surgen nuevos fanáticos religiosos que destruyen monumentos y reliquias en lugares arqueológicos sagrados y museos de Oriente Medio. Mientras todo eso sucede allí, en Occidente asistimos impasibles a la desaparición sistemática del patrimonio de la humanidad. Un error de proporciones épicas y de consecuencias inimaginables. La historia no puede ser reemplazada por nada, cuando se pierde un lugar arqueológico se pierde para siempre. Es como si un ser vivo perdiera la vida, deja de existir.

El hombre de la máscara proclama su discurso con una especie de suspiro desgraciado, como si sus pensamientos giraran en una espiral de tormento. Cuando pronuncia su última palabra, sus ojos tienen de nuevo un brillo extraordinario y su mirada apunta hacia algún lugar enterrado por ruinas de miles de años de historia que Conrado es incapaz de descifrar.

—¿Qué valor se supone que tiene ese hipocampo?

—Incalculable. El de la vida misma. Estamos hablando de una pieza de arte de más de dos mil seiscientos años de antigüedad y única en el mundo. Un prodigio por el que la gente es capaz de matar y morir. Pero si lo que me pregunta es cuánto pagué por ella, la respuesta es nada. No me pertenece. Tan solo la custodiaba hasta que llegara el momento adecuado de retornarla a su legítimo propietario. Pero eso ya no está en mis manos, por eso está usted aquí. Quiero que recupere el hipocampo y todo lo que esos malnacidos se han llevado con él.

Conrado vuelve a echarse dos dedos de Dalmore mientras el hombre de la máscara aguarda a que diga algo. Zanzíbar extiende otra vez el brazo con el vaso vacío y lo sacude nuevamente en el aire.

—¿Cómo lo consiguió?

—De forma oficiosa. El museo lleva más de un año en obras y durante el transcurso de ese tiempo han desaparecido colecciones completas de antigüedades, incluidas algunas piezas que conforman el tesoro de Creso. Aunque esta vez les ha tocado a piezas menores.

—Entiendo que lo guardaba con la avenencia del museo.

—Así es, a través de unos contactos me enteré de lo que estaba sucediendo y me ofrecí a mantenerlo a salvo de manos que pudieran volver a lucrarse con él. No es la primera vez que hago algo así, ni pienso dejar de hacerlo. Por eso todo esto no puede trascender.

—Tendrá que recuperarlo sin levantar ninguna polvareda —añade Zanzíbar.

Conrado asiente muy despacio, pensativo.

—El hipocampo ha salido de Turquía de forma alegal, eso podría considerarse delictivo y traernos serios problemas. Incluso a mí.

—Tiene toda la razón, y en cierta forma es así —dice el hombre enmascarado con una especie de angustia—. Pero Ricardo me habló de usted y del trabajo que realizó para él. Necesito su ayuda, estoy dispuesto a recompensarle con generosidad, pero tiene que saber que ahora mismo mi situación es comprometida.

—Entiendo —responde el detective. Mira a su alrededor observando las paredes desnudas y las vitrinas rotas—. Hasta ahora solo me ha hablado del hipocampo, ¿qué más se llevaron?

—Cuadros, joyas de la familia, una colección de monedas de oro, efectivo…

—¿No puede concretar? Háble me de esos cuadros.

El hombre de la máscara cruza una mirada con Zanzíbar, se aproxima a una pared desnuda y pasa la mano por ella como acariciándola.

—Eran tres cuadros de Francis Bacon, tres retratos de un hombre que le sirvió de modelo. Un tríptico.

—No soy ningún entendido en arte, pero eso suena a muchísimo dinero.

—Así es, pero esos cuadros son invendibles.

—¿Por qué motivo?

—Porque no están catalogados, nadie conoce su existencia. Pensaba que pedirían un rescate por ellos, pero ha pasado un tiempo prudencial y no lo han hecho.

—De acuerdo. ¿Qué me dice de esa colección de monedas y de las joyas?

—Eso es lo que menos me preocupa en este momento. Si no le importa, entraremos en detalles más tarde.

En ese instante, el hombre enigmático se acerca hasta él y se descubre liberando sus cabellos lacios, rubios y peinados con pulcritud. Su rostro es anguloso, ojos azules, pestañas largas y mirada profunda, con labios finos y delineados, piel pálida como la leche descremada, como si le faltara vitalidad. Pero posee a la vez un aire místico y sensitivo. El detective observa una señal cárdena en su frente y un lado de la cara tumefacto. Conrado no ha visto antes aquel rostro. No lo reconoce porque no suele leer revistas de economía y no sabe que tiene ante sí a alguien que ocupa un puesto entre las quinientas personas más ricas del mundo, pero apuesta con pleno convencimiento a que es de origen nórdico. Intenta adivinar su edad, pero es incapaz de afinar con menos de diez años de exactitud, porque lo más seguro es que aquel tipo haya pasado por la consulta de un cirujano plástico y se haya hecho ciertos retoques estéticos. Incluso es posible que se haya afilado la nariz. O puede que no haya hecho nada de eso y su aspecto se deba a su herencia genética.

—Mi nombre es Aldous Rapp, Aldo para los amigos —dice con

voz solemne mientras alarga una mano frágil y huesuda. Conrado se la encaja con cuidado de no destrozársela. Su piel es suave y fina.

—¿Es usted alemán?

—De raíces alemanas pero suizo de nacimiento. Nací en Zúrich, mi familia se trasladó a Madrid cuando yo tenía tan solo tres años, así que soy español de acogimiento. Por eso usted no ha notado ningún acento.

Conrado amusga la mirada y escudriña sus facciones.

—¿Cuántos años tiene?

—Sesenta y tres. ¿Por qué?

—Porque nadie se los echaría. ¿A qué se dedica señor Rapp?, ¿cuál es su medio de vida?

—Si se refiere a si tengo un trabajo convencional, la respuesta es no. Provengo de una familia influyente y acomodada. Mi abuelo paterno era un gran empresario y gracias a él la familia posee una fortuna razonable.

—¿Cómo de razonable?

—Mucho —dice Zanzíbar sacudiendo una mano en el aire.

—Mi padre prosiguió con la industria familiar que heredó del abuelo Karl, hasta que sufrió un trágico accidente de avioneta cuando sobrevolaba el Altiplano de los Andes. Curiosamente, una avería en el motor. Mi madre y él murieron y heredé una sustanciosa fortuna familiar en dinero, valores y propiedades. Me instalé en Barcelona después de esa tragedia. Soy inversor. Supongo que era eso lo que quería saber.

—Y no puede quejarse de cómo le van las cosas, amigo Conrado —se jacta Zanzíbar—. Muchos consejos de administración de empresas que cotizan en bolsa rezan para que Aldo se levante de buen humor por las mañanas.

Aldous Rapp acababa de resumir la vida y milagros de su familia con brocha gorda y trazo grueso; una explicación demasiado superficial y fugaz para el currículum de una familia tan poderosa, influyente y con tan importantes logros a sus espaldas. Ahora el magnate aguardaba impasible, impertérrito, sin atisbo de nerviosismo. En su cosmos eso hubiera sido una simple mediocridad. El detective decide que en cuanto ponga los pies fuera de aquel lugar indagará sobre él; escarbar en su vida será misión de Josefina. Pero también piensa en las cosas más inmediatas que precisa para ponerse en marcha.

—Voy a necesitar una relación pormenorizada de todo cuanto le han sustraído y otra de sus empleados, en especial de esos dos individuos que me han traído aquí; el tal Sebastián y su acompañante, ese chico al que le falta media oreja.

—Descuide por eso, el servicio lo componen cuatro personas con

carácter fijo, pero sepa que Sebastián y su joven acompañante son empleados de Ricardo.

En algún momento, Zanzíbar se ha puesto en pie y está de espaldas observando el vaivén de los peces del acuario con las manos hundidas en los bolsillos. Se vuelve y su voz truena.

—No se preocupe por ellos, Conrado, son de mi total confianza. Sebastián es una de mis obras sociales, fue marino mercante y lo encontré haciendo de esparrin en un club de boxeo. Lo saqué de aquel basurero y me debe la vida. El chico es asunto aparte, se lo explicaré cuando llegue el momento.

—Bien, pero tendré que hablar con ellos.

—¿Qué más necesita? —le pregunta Aldous Rapp al detective.

—Los detalles del robo.

—¿Por dónde quiere que comience?

—Desde el génesis.

Aldous Rapp sorbe un trago corto de Dalmore, después llena los pulmones y exhala una especie de lamento.

—Fue el lunes sobre las diez de la mañana, me encontraba solo en la casa. Iba a salir y...

—Tiene cuatro personas a su servicio —interrumpe Conrado—. ¿Por qué motivo estaba solo?

Rapp se explica: Ernesto es el jardinero, un manitas que además de cuidar las plantas hace todo tipo de reparaciones, Nora es su mujer y ayuda en las tareas de casa, ambos libran los lunes. Después está el matrimonio formado por Clara Navarro y Leo Carranza, dos generaciones al servicio de la familia. Ella es la cocinera y también se encarga de mantener la casa en orden, había salido a hacer las compras. Leo es su asistente personal y hombre de confianza, estaba visitando a su madre en una residencia geriátrica.

—¿La visita todos los lunes o fue algo imprevisto? —pregunta el detective.

—Desde hace años la visita todos los lunes, es el día que mejor puede combinarse con su hermana y a mí no me importa —explica Aldous Rapp pensando en el largo tiempo que hace que no pasa por la residencia a visitar a su antigua asistenta.

—Lo comprobaremos —dice Conrado pensando en Josefina.

De pronto Rapp se queda en silencio, mirando absorto al detective con un solo pensamiento en la cabeza.

—¿Cree que estarían vigilándome?

—Es probable que sí.

—¿Mucho tiempo?

—El suficiente.

—En ningún momento he notado nada —murmura Rapp retorciéndose las manos, nervioso.

—Eran profesionales, algunos son muy buenos.

En la mirada de Rapp aparece una especie de desazón.

—¿Los encontrará?, ¿dará con ellos?

—Haré todo cuanto esté en mis manos.

—Desconectaron el sistema de alarmas y las cámaras —añade indeciso—, ¿cree que debería tener un par de perros adiestrados?

—No le habrían servido de mucho, les habrían suministrado algún narcótico o algún veneno.

—No me tranquiliza, señor Conrado.

—No soy médico, no administro sedantes. Soluciono problemas.

—¿Y si vuelven?

—No lo creo, pero puedo enviarle a alguien un par de semanas para que eche un vistazo por aquí, si es que con eso va a sentirse más seguro.

—Sí, hágalo.

—Bien —dice Conrado ordenando ideas—. Eran las diez de la mañana del lunes y se encontraba solo en casa. Continúe.

—Me disponía a salir hacia el club de polo para almorzar con unos amigos y no tuvieron ni necesidad de tocar al timbre. Nada más abrir la puerta estaban ahí, esperándome.

—¿Almuerza con frecuencia con esas personas?

—Sí, el primer lunes de cada mes, es como un rito. Claro que siempre no podemos estar todos, pero, si puedo ir, para mí es una cita ineludible.

—¿De qué hablan en esos almuerzos?

—De política, de bolsa, de la crisis... De posibilidades de negocios, sobre todo.

—¿Sabe si aparte de usted faltó alguien más a esa última cita?

—No lo sé.

—¿Alguna de esas personas está al corriente de lo ocurrido? ¿Les ha explicado algo?

—Aún no, no he hablado con ellos.

—Pues no lo haga, es importante. —Rapp asiente con una especie de malestar, no está acostumbrado a que le indiquen cómo ha de actuar—. Así que abrió la puerta y estaban ahí, ¿qué pasó a continuación?

—Un encapuchado más alto y corpulento que usted entró el primero, me dio un puñetazo en la cara y me tiró al suelo. Comenzaron a pegarme hasta que sentí un golpe en la cabeza y perdí el conocimiento. Desperté amordazado y vi que todo estaba revuelto, habían registrado la casa.

—Esos morados que lleva en la frente y en la cara ¿son de los golpes?

—Sí, después el jefe sacó una pistola y me la puso en la cabeza.

Dios, nunca me habían apuntado con un arma. Su mirada tenía un brillo frío y oscuro, pensé que iba a dispararme de verdad.

—Dice que ese tipo actuaba como jefe, ¿por qué?

—No habló mucho, pero no albergo la menor duda de que era él quien mandaba. Daba órdenes y los demás obedecían.

—¿Hay algo que recuerde de él de manera especial? ¿Algún tatuaje, algún acento?

—No, solo su mirada fría y oscura —repite Aldous Rapp sin dudar.

—¿Cree que sabría identificar el tipo de arma con la que le apuntaron?

—Una pistola, pero no me pregunte de qué marca o de qué calibre, no entiendo de armas. Incluso en el caso de que hubiera sido de juguete no habría sabido distinguirla. Solo puedo decirle que a mí me pareció muy real.

—Le aseguro que bajo una situación de gran tensión, habría una proporción importante de policías que no lograrían distinguir un arma real de una de juguete. Demasiada gente ha muerto o ha resultado herida por apuntar a un policía con una de esas puñeteras armas.

—No sé qué más puedo decirle. ¿Es muy importante el detalle del arma?

—Por ahora no se preocupe de ello, siga.

—Me pusieron la pistola en la cabeza y me ordenaron que sacara las llaves del ascensor. Aquí solo se puede bajar en ascensor y funciona con una llave, eso también lo sabían. —Conrado asiente, espera unos segundos y lo invita a seguir—. Nada más abrirse las puertas del ascensor se pusieron manos a la obra; era como un pequeño ejército bien organizado. Mientras uno descolgaba los cuadros y el jefe me vigilaba, los otros rompían las vitrinas con martillos y lo metían todo en mochilas de deporte. Descolgaron un cuadro, pero el jefe dijo que no y lo desecharon. Estaban interesados en los de Francis Bacon.

—Sin duda era un robo por encargo —dice Conrado.

—Eso mismo le he dicho yo —añade Zanzíbar.

Rapp alterna la mirada de uno a otro.

—Pero… muy poca gente ha estado aquí y conoce esta colección.

—Tendrá que reflexionar sobre eso, quizá alguien más haya estado aquí y ahora mismo no lo recuerde. ¿Qué más?

—Cuando acabaron me dejaron atado a una de esas columnas y estuve ahí hasta que volvió Leo. Todo sucedió muy deprisa, calculo que no tardaron más de quince minutos en entrar y salir.

El detective da unos pasos en círculo, mientras observa el suelo plagado de cristales cruza una mirada fugaz con Zanzíbar, que ahora está sentado otra vez en el sofá con el vaso lleno, escuchando y

mirándole.

—Bien, Leo Carranza fue la persona que le encontró, ¿quién fue la última que abandonó la casa antes de que usted decidiera salir?

—Su mujer, Clara.

—¿Alguno de los dos tardó más de lo habitual en volver?

—No sé, supongo que no.

Conrado asiente, se vuelve y observa las vitrinas rotas.

—¿Dónde estaba el hipocampo?

—Ahí. —Rapp señala una de las vitrinas.

—¿Cree que en realidad sabían lo que se estaban llevando?

—Lo ignoro —dice Rapp tras meditar unos segundos—, pero fue de las últimas cosas que cogieron.

—¿Dónde guarda el dinero en metálico?

—En la caja fuerte del salón, también sabían dónde estaba y tuve que darles la combinación. No pude hacer nada —añade con pesar.

—Conrado, creo que por hoy es suficiente —dice Zanzíbar—. ¿No puede dejar algo para otro día?

El detective y el farmacéutico se miran.

—Solo una cosa más, antes ha dicho que esas obras de Francis Bacon no eran conocidas. ¿Cómo se hizo con ellas, también de forma alegal?

Aldous Rapp vacía el whisky de un sorbo y se entretiene unos segundos observando el fondo del vaso, después mira a Conrado.

—Mi padre y él fueron muy amigos. Francis era un gran amante de España, sobre todo de Madrid. Le encantaba visitar el Museo del Prado y pasear por las calles de la capital con total anonimato. Los cuadros fueron un regalo suyo y estoy seguro de que acabarán apareciendo.

—Deberíamos informar a la policía.

—No.

—¿Por qué? ¿Le han amenazado?

Rapp niega con la cabeza y mira a Zanzíbar, este se levanta del sofá con gran esfuerzo y arrastra los pies hasta ellos. Mira a Conrado de frente.

—Ha dicho que no por activa y por pasiva. ¿No lo entiende aún?

—De acuerdo, pero no comparto su decisión. Ahora háble me de Leo Carranza y de Clara Navarro.

—Llevan toda la vida con la familia. De hecho, son hijos del servicio que teníamos cuando mis padres se instalaron en Madrid. Recuerdo jugar en mi niñez con Clara y Leo. Mi madre estaba siempre de viaje, cuando no en reuniones sociales o benéficas. No creo que me abrazara con el cariño de una madre una sola vez, era una mujer fría. En cuanto a mi padre, solo vivía para sus negocios y sus inversiones. Salía de buena mañana a la oficina y no volvía hasta bien entrada la

noche, eso cuando volvía. Pasé mi infancia en internados de élite y después me licencié en finanzas por Harvard. Clara y Leo… —dice tras unos segundos, sumido en un pensamiento profundo—. Hubo un tiempo en que fueron como hermanos para mí, así que descártelos, serían incapaces de hacer algo así.

—¿Qué puede explicarme del jardinero y de su mujer?

Rapp se vuelve hacia Zanzíbar.

—Puede tacharlos de su lista —dice el farmacéutico con su chorro de voz tronador—. Se los recomendé yo y hace un buen puñado de años que los conozco. Los suficientes para saber que no tienen nada que ver con esto. Tengo buen ojo clínico con la gente.

Evaristo Conrado se vuelve y da unos pasos en círculo mientras medita.

—El dinero en cantidades lo suficiente importantes corrompe todo cuanto toca —dice al cabo—, así que nadie está libre de sospechas, lo siento Zanzíbar.

El farmacéutico sacude la cabeza, molesto.

—¿Insinúa algo que se me escapa, Conrado?

—Es evidente que solo afirma lo obvio, Ricardo. Supongo que también nos investigará a nosotros.

A Zanzíbar se le eriza el vello de los brazos y observa al detective con mirada chisporroteante. Le apunta con un dedo furioso y de su boca sale una erupción de palabras encendidas.

—Pues tanta falta de tacto empieza a tocarme los cojones. ¿Cuál es su problema, Conrado? Tiene la fea costumbre de regodearse con la gente acomodada cuando sufre una calamidad. Le patina el embrague. Lleva encima demasiados kilómetros y sufre graves desajustes. Tiene que ir a que le aprieten los tornillos.

Él le devuelve una sonrisa petulante.

—Don Ricardo, la gente pudiente tiene el feo hábito de llamar calamidad lo que para otras personas es una situación normal y corriente en sus vidas. Usted y la gente como usted solo se alarma cuando baja unas décimas el Ibex 35.

—Basta ya, por favor —suplica Aldous Rapp llevándose las manos a la cabeza, tapándose los oídos.

—¿Por qué no ha hecho algo inmediatamente, señor Rapp? —le pregunta Conrado.

—No me he separado del teléfono ni un minuto, confiaba en que los ladrones llamaran pidiendo una recompensa, pero no he tenido noticias de ellos —dice con desaliento—. Así que hoy se lo he explicado a Ricardo y él no ha dudado un instante en llamarle. Pero ahora no sé si hemos tomado la decisión correcta, me está haciendo dudar.

—Conrado, es usted capaz de sacar de quicio al mismísimo Job —

sentencia Zanzíbar renegando con la cabeza.

—Solo hago mi trabajo. Señor Rapp, ¿ha considerado que todo ese material robado podría estar ya fuera del país?

El hombre de temple debilitado medita la respuesta. Cuando levanta la mirada, Conrado observa sus ojos acuosos y brillantes.

—Sí, me corroe esa incertidumbre. Pero hay tantas posibilidades de que eso sea así como de que no. Es de suponer que dejarán transcurrir un tiempo prudencial antes de intentarlo. Aunque sé que luego actuarán.

El detective señala las dos cámaras que hay instaladas en las esquinas del techo.

—Ya le he dicho que habían desconectado las alarmas y las cámaras.

—¿Aparte de esas dos no dispone de ninguna otra que haya podido grabar algo útil? Con la invitación tan absurda que he recibido para venir a esta casa no he tenido la oportunidad de comprobar ningún detalle sobre las medidas de seguridad de que dispone.

Rapp mira con decepción a Zanzíbar y menea muy despacio la cabeza.

—Dos técnicos enviados por la empresa de seguridad nos explicaron que el lunes a las cinco de la madrugada el sistema dejó de funcionar, y que también habían inutilizado el antisabotaje. Dijeron que solo unos profesionales podían haber hecho un trabajo así. El caso es que no tenemos imágenes, lo siento mucho.

Conrado contempla las paredes desnudas y las vitrinas rotas, imagina el sentimiento de desolación de Aldous Rapp ante el triste espectáculo de su santuario profanado. Clava su mirada en los ojos del hombre de temple debilitado.

—Está bien —asiente—. Aún no hemos hablado de mis honorarios.

—He preparado un anticipo.

Rapp introduce una mano en el interior de la chaqueta y le entrega un sobre abultado. Conrado lo abre y echa un vistazo a su interior.

—Será suficiente para empezar. Envíeme todo lo que le he pedido sobre sus empleados y sobre los objetos sustraídos a la oficina. Mañana a primera hora, sin falta.

—Por cierto —dice Aldous Rapp—. Paso mucho tiempo fuera, si tiene que localizarme, hágalo a través de Ricardo.

Conrado y Zanzíbar se miran un instante, en los ojos del farmacéutico hay un brillo siniestro. Se abren las puertas del ascensor y Sebastián sale hecho una furia, arrastrando consigo un olor a alcohol insoportable. Le ha estado dando a la botella. Sus ojos son dos rendijas y lleva el pasamontañas en uno de sus puños. Conrado intuye sus

oscuras intenciones y se prepara para hacerle daño de verdad si continúa acercándose de aquella forma amenazante. Cuando se encuentra a dos metros de él, Sebastián se detiene. Su aliento pesado y alcohólico se mezcla en el ambiente y el detective se abanica la nariz con una mano.

—Creo que te ha sentado mal lo que sea que te hayas trincado.

—¿Qué coño has dicho? —replica Sebastián con ojos desorbitados, avanzando hacia él.

—Ni se te ocurra acercarte, mamarracho —le advierte Conrado señalándole con un dedo—. No sabes el daño que puedo hacerte.

Sebastián tira el pasamontañas al suelo con rabia, se encorva levantando los puños y lanza un uno-dos al aire. Conrado ha visto esa reacción mecánica en muchos bravucones de la calle; tipos que amenazan mucho pero que caen redondos a las primeras de cambio. El matón mira de reojo a Zanzíbar.

—¿Qué hago con él?

Zanzíbar apoya los puños sobre su barriga bamboleante y observa durante unos segundos aquella escena tan surrealista.

—Llévalo a un manicomio. —Después le hace un gesto a Sebastián para que se marche.

—Santo Dios, qué esquizofrenia —susurra Aldous Rapp para sí.

El detective decide marcharse en taxi. Saca su móvil, no hay cobertura. Tras observar la pantalla unos segundos, alterna la mirada de Ricardo Zanzíbar a Aldous Rapp.

—¿Dónde diablos estamos?

La mansión de Aldous Rapp está en el parque natural del macizo del Garraf, construida sobre un promontorio que domina el mar y con unas vistas espectaculares de la costa. Sus cimientos se han excavado sobre roca viva, ganando espacio a la mismísima montaña. La edificación tiene dos plantas, plagadas de enormes ventanales, con una estructura exterior en la que predominan el hormigón, la madera y el cristal. Es una impecable superposición de cubos de líneas rectas, de trazos en apariencia sencillos pero cuya combinación dan a la construcción un aspecto asombroso de modernidad, pero también de calidez. Parte del entorno es un vasto jardín plagado de arboledas cuidadas con sumo esmero. Un paquete envuelto para regalo por un muro de más de dos metros de altura de piedra natural y vigilado por un sofisticado y complejo sistema de ojos electrónicos. Lástima que no grabaran una mierda el día que sucedió el robo.

Conrado baja por el camino que conduce hasta la salida. La grava y las hojas secas crujen de manera siniestra bajos sus pies y la mortecina luz amarillenta de los farolillos a duras penas le deja ver. De repente, algo golpea su cabeza. Se tambalea unos segundos y se desploma de rodillas. Siente un calor húmedo recorrer su frente. Se

lleva una mano a la cabeza. Sangre. Se incorpora con las piernas temblorosas y aguza la mirada a su alrededor. En el suelo hay una piña verde enorme. La coge y la tantea, es del tamaño de dos puños juntos y pesa como si fuera de plomo, pero allí no hay ningún pino del que pueda haber caído. Detecta movimiento detrás de unos setos, a unos veinte metros de distancia, en plena oscuridad. Después oye pasos rápidos y acelerados sobre la gravilla. Conrado lanza la piña como si fuera un auténtico *quarterback*. La piña describe una parábola perfecta en el aire y cae con la fuerza de una pieza de artillería. Tras un sonido seco, alguien cae al suelo.

—Hijo de la gran puta —maldice Conrado pensando en Sebastián y su nariz aplastada.

El viaje de retorno lo pasa sumido en sus pensamientos, cuestionándose si ha hecho bien aceptando el encargo, reflexionando sobre la cantidad de mentiras y medias verdades que ha consentido a cambio de un dinero que brota de los bolsillos de Aldous Rapp como de un manantial. Vuelve la cabeza y mira el promontorio donde se levanta la mansión a través del cristal posterior. ¿A cuánta gente habrá untado el magnate para conseguir las licencias de construcción en aquel privilegiado espacio protegido?

Mientras desciende en taxi de Villa Billetes, el chófer lo mira en repetidas ocasiones a través del retrovisor interior.

—Oiga, ¿se encuentra bien?

—He tenido días mejores.

—¿No está sangrando?

—Es sudor, no se preocupe.

—Pues suda usted que da asco. ¿Seguro que no es sangre?

—Bueno, tiene usted razón, es sangre. Me han jodido bien.

El taxista le pasa un clínex alargando la mano sobre los asientos.

—Límpiese, como me manche la tapicería, va a tener que pagarme la limpieza.

—Pensaba que se interesaba por mi salud.

—¿Qué le ha pasado? ¿Le llevo a un hospital?

—Déjelo ya, ¿quiere?

El resto del viaje Conrado lo pasa secándose la sangre y observando el horizonte a través de la ventanilla. El cielo está despejado y puede ver infinidad de estrellas, parecen ancladas a alguna parte, suspendidas por hilos invisibles. Se distinguen con claridad algunas constelaciones. Al poco, el taxista pone el intermitente y toma la autovía de Castelldefels en dirección a la ciudad. Mientras el detective observa el paisaje que le acompaña, se sumerge en extraños pensamientos: los asuntos humanos son pequeños y fugaces comparados con la existencia del universo.

Quizá Zanzíbar tenga razón y necesite que le ajusten los tornillos.

Tras un rato de prolongado silencio, el taxista decide romper de nuevo el hielo y le pregunta si aquella casa donde lo ha recogido es suya. El detective arruga el ceño y se mira los pantalones. ¿Tiene aspecto de ser un hombre con tanto dinero? Es posible que el pobre tipo crea que lleva a un acaudalado hombre de negocios que va a dejarle una generosa propina.

—Siento decepcionarle —dice—, pero solo me ocupo de limpiar lo que caga la gente que vive ahí.

El taxista lo observa unos segundos por el retrovisor, dudando, preguntándose si le toma el pelo. Ha llevado muchos tipos solitarios y raros en los asientos de atrás. La noche es puta, pero vaya si enseña. Acelera por encima del límite de velocidad, adelanta a una furgoneta que lleva toda la carga sobre las ruedas traseras y vuelve a mirar el retrovisor.

—La gente vale tanto como lo que caga, ¿no cree? Quien sea que viva ahí debe de cagar unas buenas plastas para tener ese caserío.

—No se lleve a engaño, amigo. La mierda de los demás siempre huele peor que la propia.

Tras mirarle otra vez por el retrovisor, el taxista frunce el ceño, conecta la radio y se concentra en la conducción. Suena la voz lánguida de Iggy Pop.

I am a Passenger…

Conrado mira el parabrisas con ojos pensativos, está lleno de mosquitos muertos. Sí, ha tenido días mucho mejores.

2
YOLANDA RECHES

Yolanda Reches despierta y dirige su mirada al reloj. Aún es pronto. Se nota pegajosa; de hecho, la almohada está humedecida. «¿Por qué no habré puesto ya el aire acondicionado en la habitación?», se pregunta. Si hubiera sabido que aquel verano iba a ser tan caluroso y con tanto sexo, lo hubiera instalado sin dudar un segundo. En ese instante decide que con la próxima paga extra lo hará.

Se da media vuelta y se adosa a Toni con cuidado, con los ojos muy próximos a los suyos, entrelaza las piernas y le pasa la mano por sus cabellos suaves y castaños, húmedos por el sudor. Como la cosa siga así, acabarán haciéndolo en el balcón. Él se sonríe sin abrir los ojos y busca sus labios como si fuese su cachorro. Yolanda siente correr en su cuerpo el mismo chispazo que experimentó la primera vez que se besaron un año atrás. Se incorpora hincando un codo sobre la almohada y observa su cuerpo tonificado y sin gota de grasa. Qué

bueno está el muy cabrón.

—Eh, Adonis, espabila que vamos a llegar tarde —le susurra mientras desliza un dedo por la médula de su espalda.

Él da un pequeño respingo, sonríe y entreabre los ojos. Su mirada emerge desde un océano azul.

—¿Ya me quieres echar? ¿Qué hora es?

—Hora de que recojas tus cosas y te largues, está a punto de llegar mi marido.

—¿Qué voy a decirle a mi mujer?

—Dile que has estado trabajando duro toda la noche, no mentirás.

—Un día mataré al cabrón de tu marido.

—Y yo a la zorra de tu mujer.

En los cajones de las mesitas guardan dos pistolas, pero bromean, porque ninguno de los dos está casado. Toni se incorpora bostezando, coloca los pies sobre la moqueta, se frota los ojos y busca el reloj de pulsera bajo la cama, después mira su macuto de viaje sobre una silla. Se vuelve con una especie de desencanto.

—¿Cuándo se acabará esto, Yolanda?

Ella se desliza sobre las sábanas y lo rodea con los brazos, con los pezones rozando su espalda.

—No estoy segura de que estemos haciendo algo muy correcto.

—Pues ha pasado y no podemos negárnoslo. Te quiero, Yolanda.

—Lo sé —responde ella alzando el mentón, demostrando con orgullo que no alberga la menor duda—. Y yo soy tuya, tuya y de nadie más. También lo sabes, ¿verdad? Pero eres un niño malo y quieres más.

Toni arruga el ceño fingiendo enfado y la besa, después se pone en pie, estira los brazos de forma exagerada y comienza a buscar su ropa ante la mirada divertida de ella.

—¿Te gustan los músculos?

—Me gusta todo lo que veo, idiota.

Se vuelve con el miembro en completa erección.

—¿Esto también?

—Eso también, pero eres un puto exhibicionista.

—La culpa es tuya, tú me pones así.

Yolanda salta de la cama como una tigresa, tira de su pene hacia ella, con fuerza, y le muerde los labios.

—Eso ha sido un beso de despedida. Cuando salga de la ducha no quiero encontrarme tu ropa por ahí tirada. Ni eso —añade mirando su entrepierna—. Este fin de semana ya lo he visto demasiado.

Él se sonríe.

—¿Eso ha sido una orden?

—Afirmativo, de obligado cumplimiento. ¿O quieres que te meta un paquete? —Él levanta las palmas de las manos—. ¿Vas a pasar por

tu casa? —le pregunta mientras se encamina en bragas al baño.

—Sí, claro. Tengo que cambiarme de ropa.

—Entonces nos vemos en comisaría.

Un cuarto de hora después Yolanda Reches sale de la ducha, el baño está inundado por una nube de vaho. En ese instante oye el golpe de la puerta y no puede evitar sentirse un poco culpable. ¿Está preparada para una relación? ¿Para dejarlo entrar en su oscuridad? La corriente los ha llevado tan rápido que a veces siente que necesita aire para respirar. Pensar en ello le produce vértigo. Es lo que ocurre cuando se tienta al destino.

Se mete el albornoz, enrosca una toalla en su cabeza y limpia el vaho del espejo con la mano mientras se observa la cicatriz tan chapucera del hombro que le dejó aquel aprendiz de cirujano; el fruto de un accidente propiciado por un conductor ebrio que hizo un giro indebido y la arrastró con su moto diez metros por el asfalto. A pesar del tatuaje de mariposa que la cubre sabe que está ahí, bajo la tinta. Una puta medalla más.

Va en chanclas hasta la cocina, allí hay una taza de café recién hecho esperándola. Él siempre tan atento. Pone un par de rebanadas de pan integral en la tostadora y echa un vistazo a la nevera, se queda unos segundos embobada mirando los estantes mientras decide qué va a desayunar. Escoge lo de siempre: un tarro de margarina rica en ácidos omega 3 y otro de mermelada sin azúcares añadidos. Cuando cierra la puerta, cae un imán al suelo y se rompe, es una Harley roja recuerdo de un viaje a la Costa Oeste de Estados Unidos.

Se sienta a la mesa y, mientras mastica, pone la televisión; el locutor de un canal de noticias narra las calamidades del mundo con la misma naturalidad que quien lee un prospecto de aspirinas. Un nuevo atentado suicida en Kabul, han muerto ochenta personas, pero en Occidente nadie va a llorar por ellas porque Kabul está lejos y la gente de allí vive en la Edad Media. A esa noticia le sigue otra con una larga lista de detenciones y registros motivados por operaciones contra la corrupción política; eso sí que nos jode, porque ocurre a la vuelta de la esquina y esquilma nuestros bolsillos. El goteo de casos es incesante, un grifo que chorrea tanta mierda que se ha convertido en el pan de cada día. Llueve sobre mojado.

El noticiario entra después en la sección de deportes, el momento estrella. Esta sección ocupa más espacio que el resto de las noticias y el locutor se extiende con los últimos fichajes de los clubs de fútbol y entroniza a algunos jugadores como si fueran héroes de guerra. La intensa ola de calor sahariano que barre la península cierra el informativo, pero Yolanda ya ha salido de la cocina y está vistiéndose en la habitación. Eso no hace falta que nadie se lo explique, lo está sufriendo en sus carnes.

Diez minutos más tarde coge el ascensor, lleva unos tejanos ajustados, una cazadora negra de cuero, el casco colgando del brazo, los guantes en una mano y el treinta y ocho metido en los riñones. Recorre la segunda planta del aparcamiento subterráneo sin cruzarse con nadie, pero nada más llegar a su plaza, pierde el buen humor con el que se había levantado. El retrovisor de su portentosa BMW de 1200 c. c. Retro está doblado otra vez, y tiene una nueva ralladura en el depósito. Dirige una mirada frustrante al monovolumen del costado. Está hasta las narices de decirle a ese payaso que tenga más cuidado con las puertas, pero el tipo se escuda en el carácter alborotador de los niños y su incapacidad para controlarlos. Todo un calzonazos. Está furiosa y tiene ganas de descargar esa rabia con alguien. Tendrán unas palabras cuando se encuentren cara a cara.

Toma la rampa de salida con un acelerón vehemente y se incorpora a la circulación. Es hora punta, las calles están copadas por un tránsito denso y lento, por obras, coches en doble fila y gente que cruza por cualquier parte. El trayecto hasta la comisaría se convierte en un eslalon tortuoso e interminable, pero su malhumor se disuelve en los veinte minutos de trayecto.

El ambiente en el departamento de policía es apacible, se escuchan los teléfonos y el murmullo de algunas conversaciones. Toma el pasillo principal, las paredes están empapeladas con los clásicos carteles de los terroristas y delincuentes más peligrosos y buscados. Pasa ante varias oficinas con las puertas abiertas y silencio en su interior y se cruza con un grupo de agentes que la saludan con la mano y que comentan en voz alta los casos que están investigando. Cuando entra en el departamento de Investigación respira con alivio. Es una sala llena de policías de paisano enchufados a los teléfonos, absortos en las pantallas de los ordenadores y en los informes que tienen sobre la mesa. Aquellos chicos se toman el trabajo muy en serio, aunque siempre hay quien invierte el tiempo cotilleando en su móvil el perfil social de algún conocido.

Entra en el vestíbulo de su despacho y pasa ante la mesa del subinspector Roberto Ríos: el Oso, como le apodan con toda la razón. Ríos está acodado sobre una mesa llena de papeles y tiene el teléfono pegado a la oreja, con el ceño fruncido. Amonesta con dureza a alguien al otro lado de la línea: «Que no, coño. Porque lo digo yo. ¿Tengo que volver a repetírtelo? Escúchame bien, mierdecilla, ¿quieres que vaya y te lo explique yo en persona? Pues levanta ahora mismo el culo de la silla y ponte en marcha».

Por lo que parece, el hilo del razonamiento convence a su interlocutor, porque una vez masticada la última frase, lanza el auricular de cualquier modo sobre la mesa y se da un palmazo en la frente. El subinspector tiene las axilas humedecidas, la camisa

arremangada hasta los codos y tres botones abiertos que dejan a la vista el abundante vello entrecano del pecho. Pasa con creces la mediana edad y es un policía duro y tenaz, forjado en las calles. Cuando sigue la pista de alguien, ese acaba entre rejas, aunque intente esconderse en las alcantarillas. Y como ocurre con James Bond, su fama le precede en toda la policía y entre toda la chusma de los bajos fondos de Barcelona.

Reches lo saluda, pero Ríos está absorto en algo que tiene en mente. Transcurren unos segundos. Cuando va a marcharse pensando que él no devolverá la cortesía, el subinspector levanta la mirada, fuerza una sonrisa corta y le saluda con la mano, luego coge otra vez el teléfono. Reches se detiene después ante la mesa de Sonia, la auxiliar administrativa golpea el teclado a toda velocidad. La inspectora aparta una grapadora para hacerse un poco de espacio y se sienta en una esquina.

—Buenos días, Sonia. ¿Qué tal el fin de semana? —le pregunta con una sonrisa.

Ella levanta los dedos del teclado y desvía la mirada de la pantalla.

—De fábula, inspectora. Hemos estado en Port Aventura en un todo incluido con una oferta increíble que encontramos en internet. Los niños se lo han pasado genial. —Golpea una tecla colocando el punto final de un párrafo—. ¿Usted bien?

La inspectora le confiesa que ha tenido un fin de semana agotador, aunque no le detalla en qué ha empleado todas esas energías. Sonia le explica que ha dejado sobre su mesa las novedades del fin de semana.

—¿Alguna cosa importante?

—Lo de siempre —dice Sonia sacudiendo un hombro.

Sonia no es policía, pero conoce la vida y milagros de todo el mundo al dedillo. Los polis se paran en su mesa porque además de amable y resolutiva es un caramelo. Así que después de un intercambio inocente de saludos, una cosa conduce a la otra y los polis acaban entrando en detalle sobre sus problemas. Pero Sonia sabe mantener la boca cerrada y todas las confidencias quedan bajo secreto de sumario.

Reches oye una conversación animada que proviene de una pequeña sala contigua, además también llega olor a café desde allí. Se asoma y ve a Toni y a Nacho con tazas en la mano y riendo. Toni mira el teléfono donde su compañero le enseña algo. Carraspea al entrar.

—¿Un café, jefa? —le pregunta Nacho al verla.

—¿Un lunes a primera hora? Va a ser que sí —dice mientras deja el casco y los guantes sobre una silla y se quita la cazadora.

—Marchando un café —dice Toni metiendo una cápsula en la

Nespresso.

—¿De qué reíais?

—Me estaba contando su fin de semana —dice Toni con cara divertida; Nacho pone los ojos en blanco.

—¿Qué ocurre?

—Se nos apuntó mi suegra, que es una harpía.

—Entiendo —asiente ella—. ¿Y tú qué has hecho, Toni?

—Nada en especial, el sábado cené con unos amigos, el domingo tocó sofá y películas del Lejano Oeste.

—¿Y tú, inspectora? —le pregunta Toni ofreciéndole una taza de café.

—Faena atrasada de casa.

—Eh, Toni —dice Nacho—. ¿Ya no sales con aquel grupo de *singles*?

—Hace tiempo que no; las tías que valían un poco la pena duraban menos que un caramelo en la puerta de un colegio; el resto parecía que las hubiera arrollado un camión.

—Desolador —dice Nacho.

—Sí, desolador.

Nacho suelta una carcajada, Yolanda menea la cabeza y barre el aire con la mano por el comentario machista, después consulta su reloj.

—En media hora reunión en mi despacho, ¿de acuerdo? —Los policías asienten—. Toni, tengo que hablar contigo —añade recogiendo sus cosas.

Nacho la observa salir, después mira a su compañero y eleva las cejas.

—¿Qué has hecho esta vez?

Él encoge los hombros.

—Ni idea.

La inspectora Reches deja la taza de café sobre la mesa y cuelga la chaqueta y el casco en un perchero. Mira el termómetro de la pared y le da unos golpecitos con el dedo. Veintiocho grados de buena mañana. Se deja caer en la silla y observa la foto familiar que tiene sobre la mesa con su madre y sus hermanas. Han pasado semanas desde que hablaran de concertar una comida familiar, pero nadie descuelga el teléfono para llamar. Menea la cabeza mientras da un sorbo de café, conecta el acondicionador de aire y coge la carpeta que le ha dejado Sonia en una bandeja. Echa un vistazo a los papeles con la celeridad del ojo adiestrado: un intento de agresión sexual en un parque público el viernes por la noche; dos atracos en gasolineras y un alunizaje en una joyería el sábado; una pelea multitudinaria en la puerta de una discoteca el domingo por la tarde.

El balance corriente de un fin de semana. Como siga apretando el

calor, los lunáticos saldrán a hacer de las suyas y aún tendrán más trabajo. Saca un dosier de un cajón y lo ojea mientras apura el café. Son las operaciones en curso de la brigada de investigación que dirige. Tienen bajo la lupa varios establecimientos de compra de oro que pertenecen a un mismo propietario. Lo que observa a simple vista parecen transacciones legales, pero cuando estudia con más detenimiento los expedientes observa algunas compras sospechosas.

«Quílez no es trigo limpio, sabe que lo estamos investigando y vuelve a las andadas», piensa la inspectora. Mientras medita cuál será el siguiente paso, Toni toca en la puerta y asoma la cabeza.

—¿Qué querías, Yolanda? —ella le dice que entre y señala su aspecto—. ¿Me estás dando un repaso?

—Llevas la misma ropa, no te has cambiado. Creí que ibas a pasar por tu casa.

Toni mira al suelo y se frota el cuello, después le explica que había dejado aparcado el coche en una plaza para minusválidos, que no había visto la señal y que la grúa se lo había llevado. Ha tenido que ir al depósito a recogerlo y pagar la multa. Más de doscientos euros.

—Es un coche oficial, ¿por qué has pagado?

—Porque estaba aparcado en tu calle y se habría enterado todo el mundo.

Yolanda lo observa meneando la cabeza.

—Lo pagaremos a medias.

—De ninguna manera, la he cagado yo y no pienso permitirlo.

—Pues entonces te invitaré a cenar. No admito discusiones.

Toni se lo piensa unos segundos.

—Vale —contesta sonriendo.

Alguien carraspea en el pasillo y Toni se vuelve. Es Nacho, recostado sobre el marco de la puerta con una carpeta bajo sus brazos cruzados y una bolsa de plástico junto a los pies. Toni y Yolanda se miran. ¿Cuánto tiempo lleva ahí? ¿Habrá escuchado algo? Eleva el ceño.

—¿Habéis empezado sin mí?

—Estaba haciéndole la pelota a la jefa. ¿Quieres otro café, inspectora?

—Sentaos —dice ella con voz paciente. Los policías se sientan y se miran de reojo—. ¿Tenemos noticias de Quílez?

—Ha pasado el fin de semana en casa de una amiga, ahora mismo sigue allí —explica Nacho—. Montes y Padilla están esperando a que salga. ¿Qué quieres que hagamos con él?

—¿Habéis sacado algo en claro de la documentación de sus tiendas?

—Me lo he mirado a fondo y creo que sí.

Nacho está convencido de que Quílez juega sucio, que estafan a

los clientes y que hay más cosas detrás.

—¿Cómo lo hacen? —quiere saber la inspectora.

—Cuando las dependientas hacen un pesaje anotan en el libro oficial el peso auténtico, pero en una libretilla aparte apuntan ese peso descontándole unos gramos. Eso es lo que le pagan al cliente.

—Tenemos esas libretillas —añade Toni—. Las hemos cotejado con las anotaciones en los libros y los contratos de compra y podemos demostrar que esa es la operativa. Lo que no tenemos tan claro es si Quílez es el estafador o si son las dependientas quienes se quedan con el dinero.

—También hemos detectado que hay una determinada cantidad de oro que circula por las calles de Ciutat Vella producto de pequeños robos y tirones que acaba en sus manos, sin pasar por las tiendas. Compras en B.

—¿Creéis que tiene una red de compradores en la calle?

—Sin duda —responde Toni abriendo una carpeta y esparciendo sobre la mesa una serie de fotografías de anillos, cadenitas, medallas y relojes de oro. Se abre el cuello de la camisa y exhala un suspiro—. ¡Qué calor hace aquí!

La inspectora observa las fotografías mientras coge el mando del aire acondicionado y baja la temperatura un par de grados. Mira a uno y a otro y eleva las cejas.

—¿Qué es todo esto?

—Piezas que encontramos en las cajas fuertes de sus tiendas, las dependientas dicen que en espera de que Quílez las recogiera para llevarlas a fundir. Tienen los contratos de compra en regla, pero todas ellas están denunciadas.

—Incautadlas. ¿Qué clase de clientela tiene?

—Yonquis y chusmilla del barrio con innumerables antecedentes. Gente sin futuro ni porvenir que entra y sale de la cárcel de forma constante. Hay uno que es habitual y que vende en diferentes tiendas.

—Algunas de estas ventas se ha efectuado con carnés de identidad falsos —dice Toni—. No sabemos si es que las dependientas no les miran la cara a los clientes, si están compinchadas o si es que esos carnés están tan bien hechos que es imposible detectarlos.

—Investigad los carnés y a esa gente —dice pensativa—. ¿Qué hay ahí? —Señala la bolsa que ha dejado Nacho en el suelo al entrar.

—Más pruebas.

Nacho pone la bolsa sobre la mesa y extrae de su interior un pequeño paquete hecho con hojas de periódicos arrugados y manchados de aceite. La inspectora entorna la mirada hacia Toni unos segundos, con reprobación, como si mantuviera un diálogo interior. Todo el fin de semana juntos y no le ha comentado nada sobre eso. Su falta de confianza, sus despistes o lo que demonios sea que le ocurra,

le irrita y le desorienta a veces.

—Nos acaban de traer esto hace un momento —dice Toni tajante —. Alguien lo había olvidado en un cajón y se ha acordado ahora.

Yolanda advierte que Toni la mira con el ceño fruncido; se levantaría y le daría dos tortas a ver si espabila. Por su parte, Toni está dolido por su desconfianza; saltaría sobre ella, la abrigaría con sus brazos, con todas sus fuerzas, y le mordería los labios. Nacho advierte la tensión que hay entre ambos. Tres son multitud, desearía salir de allí con cualquier excusa.

Pero toda esa tensión parece esfumarse cuando Toni desenvuelve el paquete de periódicos y comienza a explicar lo que significa todo ello. Cuando termina transcurren unos segundos de reflexión.

—El tinglado de Quílez se aguanta por los pelos, inspectora — dice Nacho—. Si le presionamos, caerá con todo el equipo.

Reches se acoda en la mesa y apoya el mentón sobre sus dedos entrelazados. Segundos después resopla.

—Que Padilla y Montes lo traigan y que lo lleven directo a una sala de interrogatorios de abajo. Vamos a apretarle y a comprobar su resistencia.

—¿Lo detenemos? —pregunta Nacho.

—Si no viene voluntario, sí. Poned al corriente al subinspector Ríos, quiero que esté conmigo.

—¿El Oso? —dice Toni con disgusto.

—¿Algún problema?

—Jefa, nosotros llevamos la investigación, no lo necesitamos.

—¿Algo más?

Toni se levanta de golpe y busca su móvil mirándola con el ceño fruncido. Cuando se pega el aparato a la oreja, se vuelve. La llamada dura unos segundos. «Detenedlo en cuanto ponga los pies en la calle», dice. Cuando se guarda el teléfono, Nacho está de pie. Lo mira asombrado.

—¿Vas a alguna parte?

—Acabo de recordar que tengo que hacer algo —responde Nacho ya de salida.

—Espera —dice Yolanda. El policía se detiene en seco, con una mano sobre el marco de la puerta. Se vuelve y la mira con los labios un poco separados—. ¿Tan evidente es?

Nacho pone los ojos en blanco.

—Con perdón, jefa. Pero es que esto parece una trifulca matrimonial. ¿Vamos a ir de boda?

Montes tiene la mirada fija en el parabrisas. La noche ha sido larga y aburrida. Sobre sus piernas tiene desplegada una servilleta de papel con un bocadillo de tortilla de patatas y hay una lata de Coca-Cola en un hueco del salpicadero. El cenicero está lleno de colillas y

aún humea el último cigarro. En el momento justo en que le da la última dentellada al bocadillo, se abre la puerta del acompañante y asoman unas piernas. Padilla está metiéndose los faldones de la camisa en el interior del pantalón, después se sube la cremallera y se deja caer en el asiento.

—¿Cómo ha ido? —le pregunta Montes en tono socarrón.

—Joder, no aguantaba más.

—Ese árbol ha crecido dos palmos esta noche. Tienes que ir a que te miren la próstata, no es normal que tengas que ir a mear cada dos por tres.

Padilla consulta su reloj.

—Hace más de dos horas de la última vez. Es la Coca-Cola —dice señalando la lata—. Además, tenemos una misión.

Montes se sacude las migas, arruga la servilleta y la lanza sobre los asientos traseros.

—¿Qué misión?

—Me ha llamado Toni. Que lo detengamos en cuanto salga y que lo llevemos abajo.

—¿Abajo? —repite con mirada alegre, frotándose las manos—. Menos mal, empezaba a creer que esta troncha de mierda no iba a servir para nada. Toda la noche aquí plantados como pasmarotes mientras ese hijoputa se la clava a la brasileña. ¿Cuántos años tiene ella, veinte?

—Eso si llega.

—¿Y él?

—Cincuenta.

—Ni que fuera el puto Berlusconi de los cojones —dice Montes como si estuviera indignado.

—Dónde vas a parar, Berlusconi es mucho más mayor, aunque seguro que gasta Viagra a mansalva, como él, para estar a la altura. ¿Has usado Viagra alguna vez? Vaya pregunta más idiota, seguro que usas y que la compras al por mayor.

—Yo no necesito eso, funciono como un reloj. Y ese hijoputa se va a enterar en cuanto le ponga las manos encima. Hablando de manos, ¿te las has lavado después de mear?

—¿Dónde quieres que me lave?

—Pues en una fuente, cojones.

—No hay ninguna por aquí cerca, ya la he buscado.

Montes coge la colilla que humea en el cenicero y la apaga.

—¿Por qué mierda sigues fumando?

Cuando los programas de videntes y de tarotistas se apoderan de los canales de televisión y se apagan las últimas luces en los edificios es cuando cae la noche de verdad. A partir de ese momento la soledad se hace más patente, el transcurrir del tiempo se eterniza y las

conversaciones de los hombres se turnan entre profundas y triviales. Las vigilancias suelen ser así de jodidas. Aunque eso también les sucede a los camareros con los clientes que se apoltronan en los taburetes de las barras y tras la segunda cerveza comienzan a filosofar sobre la vida.

Padilla mira su reloj con impaciencia.

—Las siete y media. ¿A qué hora se levanta este tío?

—Somos depredadores acechando a una presa, de un momento a otro aparecerá y caerá en nuestras garras.

—Pues estoy empezando a perder la paciencia.

De pronto se enciende la luz amarillenta de una portería. Es un viejo edificio de cuatro plantas con andamios y redes en la fachada. Padilla baja del todo el cristal para tener una visión más nítida y llena los pulmones con el aire de la mañana. La temperatura comienza a subir, se avecina un día tan caluroso como los anteriores. Un minuto después se abre el portal y aparece un hombre con una americana deportiva y vaqueros. El tipo se detiene en el umbral de la portería, mira a izquierda y derecha mientras se tira de las mangas de la chaqueta y después observa el cielo. La luna es una fina silueta que se desvanece tras los edificios. Momentos después echa a andar silbando una cancioncilla. Se siente pletórico, el macho alfa de la manada. Solo le falta aullar, aunque, si es por eso, ya ha hecho gemir suficiente a Brunna durante todo el fin de semana.

Montes también baja el cristal, asoma la cabeza y respira el aire fresco de la mañana. Clava sus ojos en la solitaria figura que camina por la acera.

—Es el hijoputa, vamos.

Suenan dos violentos portazos y los policías salen a su encuentro con paso decidido. Quílez oye el ruido, mira por encima del hombro y ve dos siluetas persiguiéndole, se le dispara la adrenalina y se prepara para echar a correr.

—¿Juanjo Quílez? —dice una voz bronca a sus espaldas.

Saben su nombre y van en pareja, por lo que intuye que son pasmas. Así que mejor no intentar nada. Se detiene en seco, se vuelve y observa la placa que Padilla tiene en la mano.

—No he hecho nada. ¿Qué ocurre?

Los policías intercambian una mirada de asombro.

—Joder, se lo sabe de memoria —dice Montes.

—Sí, pero a mí me ha convencido. Si no ha hecho nada es que no ha hecho nada.

—Entonces podemos irnos a casa.

Quílez levanta los brazos con un aspaviento teatral.

—Está bien, ¿qué quieren?

—Hacerle unas preguntas —dice Padilla aproximándose a él con

determinación.

Quílez mira con un gesto exagerado su Cartier de oro.

—Tengo un compromiso, ¿tiene que ser ahora?

—¿Otro compromiso? —dice Montes con una risita socarrona—. Pues sí que está solicitado. ¿Reparte algo y no nos hemos enterado?

—Tiene prisa, ¿no lo has oído?

Quílez alterna su mirada de uno a otro, hosco.

—¿Pueden ir al grano?

—Claro —dice Padilla sacando la mandíbula de forma amenazante—. Tiene que acompañarnos a la comisaría.

—¿Por qué?

—Óigame bien, payaso —dice Montes—. Podemos hacer esto por las buenas o por las malas. Como usted prefiera.

Padilla pierde la paciencia y saca las esposas enganchadas a uno de sus dedos. Quílez levanta los brazos.

—Está bien, no hace falta que se pongan así.

Montes mira a Padilla con sorpresa.

—Aún no hemos empezado, ¿cómo nos hemos puesto?

Padilla mueve los hombros, después coge a Quílez por el brazo y lo empuja hacia el coche.

—¿Qué hace?

—Andando.

—Sepan que no voy a contestar ninguna pregunta hasta que llegue mi abogado —protesta Quílez.

—Me parece cojonudo, yo en su lugar haría lo mismo. —Montes lo arrincona contra la puerta del coche y arruga los párpados—. ¿Sabe su mujer lo que hace los fines de semana? —le pregunta señalando con la cabeza el edificio de donde acaba de salir.

—Quiero a mi mujer, no la metan en esto.

—Claro, claro…

—¿Va armado? —inquiere Padilla.

Quílez dice que sí y se señala el tobillo.

—¿Aún le quedan tiros, Juanjo? —dice Montes en tono cínico—. Venga, ponga las manos sobre el capó y separe las piernas, le vamos a hacer las brasileñas.

—¿Van a montarme una escena? ¿En serio?

—Pero sin final feliz.

Padilla le da la vuelta con sus dos manazas como si fuera un muñeco, le separa las piernas ayudándose con un pie y lo cachea de arriba abajo: brazos, hombros, torso, axilas, cintura, entrepierna y desciende palpando los muslos hasta los tobillos. Un completo de lujo por cortesía de la policía. Cuando llega a sus pantorrillas toca algo y se detiene, le levanta la pernera del pantalón, extrae su revólver de la funda del tobillo y se vacía el tambor en la mano.

—Vaya, pues es verdad que aún le quedaban tiros, Quílez.

—¿Qué chatarra es esa? —le pregunta Montes.

Padilla inspecciona el arma, después tuerce la boca con una sonrisa.

—Un Taurus, cinco tiros. —Se pone en pie con el revólver sobre la palma de la mano—. ¿De dónde lo ha sacado?

—Tengo permiso, lo compré en la Intervención de Armas de la Guardia Civil.

—Pues mejor que no tenga que usarlo nunca, porque esto solo sirve de pisapapeles.

—Mi mujer tiró hace poco una tostadora Taurus, estaba nuevecita, pero la jodida siempre quemaba el pan —dice Montes—. Ahora que ya nos conocemos, suba al coche.

Quílez entra en la parte de atrás sacudiendo la cabeza con incredulidad, se pregunta si está en Barcelona o en el Bronx. Mira por la ventanilla para asegurarse de que sigue en su ciudad. Montes se sienta al volante, Padilla atrás, junto a él, hombro con hombro, pierna contra pierna de manera intimidante, se coloca el cinturón. Quílez observa una lata de Coca-Cola en el salpicadero y percibe olor a tortilla, además hay cáscaras de pipas sobre las alfombrillas. En ese instante sabe con total certeza que esos dos polis han estado ahí toda la noche, vigilándole.

Montes lanza una mirada a través del retrovisor.

—Mejor que se ponga el cinturón, Juanjo. Voy a poner en marcha el taxímetro.

Arranca con un brusco acelerón y segundos después, una vez que se ha incorporado a la escasa circulación de la calle, pone la sirena. Quílez se golpea la cabeza contra el marco de la ventanilla al arrancar, mientras batalla por encontrar el cinturón debajo de sus muslos.

—¿A qué comisaría me llevan? —jadea sin acabar de dar con los anclajes.

—A la de policía —replica cortante Padilla, con voz dura.

El joyero levanta la mirada y se encuentra con la sonrisa de Montes en el retrovisor.

Quílez se cuece como una verdura al vapor en la sala de interrogatorios, un cajón pequeño y sofocante sin ventanas ni aire acondicionado, amueblado con una vieja mesa con manchas de café y quemaduras de cigarros, con cuatro sillas y un par de archivadores metálicos grises. Un cubículo que a veces se utiliza de almacén o para guardar trastos. En el techo hay una cámara con un piloto encendido y en una pared el clásico vidrio de visión unilateral algo deslucido.

El joyero se ha quitado la americana y suda como si estuviese un domingo de julio en una barbacoa. De cuando en cuando se pasa la mano por la frente, se levanta y deambula unos pasos mirando la

cámara, exigiendo la presencia de alguien con expresión furibunda. Cuando se sienta, agita las piernas con impaciencia o se agarra a los cantos de la mesa con ambas manos. En todo caso no deja de exhalar suspiros.

¿Cuánto tiempo más va a durar esta situación? ¿A qué juegan esos cabrones? Se trata de un juego de polis para poner a prueba su paciencia. Lo sabe.

Nacho y Toni lo observan desde una sala contigua.

—¿Le llevamos un abanico?

Nacho menea la cabeza.

—No, Toni, creo que este tío es de los que prefiere un cucurucho de fresa y nata.

Quílez resopla, la situación se eterniza. De pronto se abre la puerta y entra Reches con un par de expedientes en la mano, arroja uno sobre la mesa y permanece largos segundos mirando fijamente sus ojos. Él la observa impasible mientras la inspectora se sienta.

—Ya era hora. ¿Se han divertido mucho?

Pero Yolanda no ha entrado sola, Quílez oye una respiración pesada a sus espaldas y se vuelve. En el umbral de la puerta hay un gigante con cara de mala leche ocupando todo el ancho y alto de la entrada. Parece un viejo baobab leñoso allí plantado. Lleva una barra de Toblerone en la mano y mastica un trozo de chocolate con fruición. La mole instala sus ojos en él, su mirada de plomo lo escudriña como si fuese un ser de aspecto inferior. Quílez abre la boca con estupor, dibujando una O mayúscula como si estuviera ante una maldita aparición.

Joder, es el Oso.

Ha oído hablar de él, pero oír historias es una cosa y otra muy distinta tener una leyenda viva ante tus propias narices. Lo cierto es que su sola presencia, ojerosa y algo descuidada, impresiona más que todo lo que ha oído contar sobre él. El subinspector Ríos es toda una institución, una puñetera leyenda, un policía legendario de los que ya no quedan. Imponía orden a torta limpia cuando la situación se desmadraba en las calles y detenía atracadores a tiro limpio. Fue uno de los primeros en meter las narices en el Banco Central cuando el asalto de 1981 y hubo una toma de rehenes que duró treinta y siete horas. El Oso las ha visto de todos los colores y las condecoraciones no caben en su uniforme de gala. Pero de todo eso hace mucho tiempo y ya no asalta las colmenas con el mismo ahínco; está a un paso de la jubilación y empachado de miel, aunque sigue teniendo largas uñas y colmillos afilados. Todavía aguanta y no está preparado para que lo arrastren al desguace como algunos desearían.

Ríos se arremanga la camisa hasta los codos muy despacio, sin despegar su mirada de él, mientras sujeta el envoltorio del Toblerone

entre los dientes. Está seguro de que en otros tiempos habría liquidado el asunto en cinco segundos. Cierra la puerta a sus espaldas como si nunca más fuera a abrirse y avanza hasta una silla con el paso firme de un tío acostumbrado a bregar con la escoria. Lleva el guiño de una sonrisa en los labios y una mirada ceñuda que advierte de que no está para tonterías. Se sienta con las piernas abiertas, deja una libreta, un bolígrafo y la barra de chocolate sobre la mesa y se recuesta en la silla. Exhala un suspiro profundo. Quílez lo observa de reojo, pero sabe que no debe temer nada, no lo pueden tocar. Los tiempos han cambiado y la policía no puede hacer lo que le dé la gana.

—¿Puedo saber qué hago aquí? —dice envalentonado.

La inspectora lo mira y levanta las cejas.

—¿Cómo dice?

—Me han abordado en plena calle y me han traído aquí como si fuera un delincuente. Que yo sepa no he hecho nada.

—Que usted sepa —dice Reches.

—¿Me van a tener aquí mucho tiempo?

—Lleva una bonita camisa, Juanjo —dice el Oso—. Lástima que no la hagan también para caballeros.

La confusión se extiende por el rostro de Quílez como una enfermedad.

—¿Qué quiere decir?

—Que deje de lloriquear como una niñita. ¿Lo entiende ahora?

El joyero se pasa la mano por la frente y se seca las gotas de sudor que comienzan a brotar con profusión en sus poros, después mira a la inspectora.

—He venido aquí de forma voluntaria. ¿Tengo que aguantar esto?

—Discúlpenos por hacerle esperar, señor Quílez. Soy la inspectora Reches, mi compañero es el subinspector Ríos.

—Pues no es un placer conocerlos. ¿Me pueden explicar de una vez por qué estoy aquí?

—Solo queremos que responda a unas preguntas. —Ella señala su rostro—. Tiene una contusión en la frente, ¿qué le ha pasado?

—El piloto ha despegado antes de que me diera tiempo a ponerme el cinturón de seguridad.

—¿Cómo?

—Nada, no he dicho nada —dice con un aspaviento—. Déjelo.

Ríos lo observa unos segundos con el ceño fruncido y se acoda en la mesa. Quílez mira de reojo la profunda arruga de cabreo que se ha dibujado en su frente.

—¿Qué preguntas quiere que responda?

La inspectora Reches abre las gomas de un cartapacio, saca dos libros de contabilidad y los desliza sobre la mesa.

—¿Sabe qué es esto?

Quílez mira los libros y después la mira a ella.

—Claro, son los libros que ustedes se han llevado de mis tiendas.

—¿Puede explicarnos su utilidad?

—Ustedes ya lo saben, ¿me han traído aquí para esto?

Juanjo Quílez inicia una senda escurridiza, un camino que el subinspector ha recorrido mil veces y que le irrita, así que coge uno de aquellos dos libros entre sus manazas, lo abre por una página al azar y suelta un violento palmazo.

—¿No ha oído a la inspectora? Pues empiece a largar.

El joyero pestañea un par de veces como si tuviera una brizna de algo metida en los ojos, después mira a la inspectora.

—No, eso sí que no. Así no. Quiero un abogado.

—Por su propio bien voy a fingir que no he oído eso —dice el Oso sin apartar la mirada de la página en blanco de una libreta donde ha empezado a garabatear algo. Un instante después levanta la cabeza—. ¿Quiere pasar la noche aquí?

Quílez saca su cartera con gesto grave y deja la tarjeta de su abogado sobre la mesa. La inspectora la observa. Vaya, es el jodido Ramón Espadas. Ese cabrón litigante.

—Espadas es un abogado caro, ¿puede costeárselo?

—Es mi cuñado, tiene una tarifa especial para la familia.

La inspectora toma aire y mira a Ríos con una pregunta en los ojos. «¿Cómo se nos ha pasado esto?» Pero el Oso deja el bolígrafo sobre la mesa con el rostro contraído por un espasmo repentino y suelta una carcajada sarcástica antes de coger la barra de chocolate y darle una dentellada.

—¿No me diga que su cuñado también está pringado?

Quílez niega con la cabeza, no entiende nada.

—¿De qué me habla?

—De sus chanchullos, Juanjo. Explíquenos lo que queremos saber y váyase por esa puerta con la cabeza bien alta y el culo limpio. Échele pelotas por una vez.

Juanjo Quílez mira unos segundos a la inspectora, ella le devuelve una mirada glacial, sin despegar los labios, así que se inclina sobre el libro y ojea las páginas por las que ha quedado abierto. Son asientos de compras de una de sus tiendas. Todo parece en su sitio. Entonces, ¿qué quieren? Mira a uno y a otro mientras rumia. Se mueve en terreno seguro, es como cagar en el retrete de casa. Así que decide jugársela, obviando que con la poli no se juega porque siempre tienen un as en la manga. Pasea un dedo por las columnas y se explica con la seguridad de un catedrático universitario: datos del vendedor; descripción de la pieza comprada; peso de esta; calidad del oro; importe de la transacción; fecha en la que se ha llevado a fundir.

—Saben de sobra que cumplimos a pie juntillas con lo que marca

la ley, tienen todos los contratos y los libros. No sé qué más quieren.

—Tiene clientes demasiado asiduos y con antecedentes muy variados —dice Reches—. ¿De dónde cree que sacan todo ese oro?

Quílez frunce los labios.

—Pues la verdad, ni idea.

El Oso se inclina sobre la mesa con las aletas de la nariz dilatadísimas.

—Sus clientes son un plantel de yonquis y chorizos de barrio, Juanjo. Cree que tiene una bicoca con ellos, pero ni dios le va a librar del puro que le va a caer encima.

Quílez le sostiene la mirada. Si Ramón Espadas estuviera allí soltaría alguna de aquellas frases suyas: «¡No digas una palabra más! Han pisoteado los derechos de mi cliente y vamos a denunciarles». Pero su cuñado no está allí.

El joyero se reclina en el respaldo de la silla.

—Si toda esa gentuza que dice campa a sus anchas por las calles, será porque ustedes no hacen su trabajo.

El subinspector se sonríe con asombro.

—Vaya, empiezo a ver un nuevo Quílez, pero este con huevos.

—Quiero irme ya.

—Y yo un bocadillo de jamón de Jabugo y una copa de Vega Sicilia, pero mire con lo que me conformo. —Coge la barra de Toblerone, se la termina y lanza el cartón a una papelera.

Reches carraspea y pone una mano sobre el brazo del subinspector para calmarle.

—¿A cuánto paga ahora mismo el gramo de oro, señor Quílez?

—Dígame por qué tengo que contestar a sus preguntas.

—Porque quiere irse, eso es lo que acaba de decir.

Quílez la observa, está claro que es una cabrona insistente y seguro que quiere tenderle una encerrona. Pero la cruda realidad es que quiere largarse de allí cuanto antes.

—Ahora mismo a diecisiete euros, pero el precio es variable. Antes de que me lo pregunte, porque sé que me lo va a preguntar, lo vendemos al mayorista a veinticuatro. Hablamos de oro de dieciocho quilates, claro. —Reches y Ríos intercambian una mirada suspicaz—. Sí, le saco siete euros al gramo, pero descuenten de ahí el alquiler de las tiendas, los salarios, los seguros, los impuestos...

—¿Quiere hacernos llorar? —dice el Oso en tono hosco.

La inspectora saca una libretilla y consulta sus páginas.

—Según los asientos de sus propios libros, durante el último año, una de sus tiendas ha comprado un total de veinticinco kilos de oro, y otra, treinta. Lo que suma un total de cincuenta y cinco solo en esas dos.

—¿Tantos? —pregunta Quílez esbozando una sonrisa irónica—.

Las tiendas del Casc Antic son las que más compran, supongo que se refiere a esas. Pero todo está documentado y con sus contratos en regla, pueden comprobarlo.

—Ya lo hemos hecho.

—Esos dos chiringuitos le han proporcionado cerca de cuatrocientos mil euros en un año, Juanjo. Se gana la vida mejor que un ministro —dice Ríos en tono acusador.

—No han contado los gastos.

Reches pasa una hoja de su libretilla.

—Según nuestros cálculos, de ahí habría que descontar el salario de tres empleadas mileuristas, el alquiler de dos locales a seiscientos euros mensuales y los servicios de luz y agua. Lo que tirando bajo, le dejarían limpios alrededor de trescientos mil euros.

Quílez menea la cabeza.

—No, están ustedes muy equivocados, eso no es así. De ahí hay que restar innumerables pérdidas.

—¿Qué pérdidas? —quiere saber la inspectora Reches.

—La semana pasada le colocaron a una de mis dependientas chatarra que pagó a precio de oro. Perdí más de quinientos euros en una sola compra.

—¿Cómo pudo ocurrir eso?

Semanas atrás llegó a la puerta de una de sus tiendas un Mercedes deportivo. Se bajó un tipo que vestía un traje caro. Un ruso. Le dijo a la empleada que quería que le pesara un crucifijo que había sido de su padre para saber cuánto podría sacar por él. En cuanto conoció su valor decidió venderlo. Así, de repente. La capa de oro era tan gruesa que ni un imán pudo detectar el hierro que había dentro; aunque otras ocasiones el relleno es plomo y el imán tampoco sirve de nada. Por eso les tiene dicho a sus empleadas que cuando les lleven una pieza gruesa, o tengan dudas, la sierren sin contemplaciones, que para eso les ha facilitado las herramientas adecuadas. La empleada lo intentó, pero nada más ver la sierra, el ruso interpretó una obra de teatro apelando a su sentimiento por el recuerdo de su padre y la convenció para que no lo hiciera.

—¿Denunció la estafa?

Quílez encoje los hombros.

—¿Para qué? Es la mafia rusa. ¿Quieren que también tenga problemas con ellos?

El subinspector Ríos se limpia con un pañuelo de papel el chocolate pegado a las manos, lo arruga y lo tira a una papelera. Tiene la frente salpicada por el sudor. Instala sus escleróticas amarillentas en Quílez.

—A pesar de sus desdichas sigue ganando mucha pasta.

—Sabe usted lo que es Hacienda, ¿verdad?

—Dé por seguro que eso también lo vamos a investigar. Lo vamos a poner boca abajo hasta que dé cuenta de cada céntimo que caiga de sus bolsillos.

Quílez se acoda en la mesa y se lleva las manos a la cabeza, mira la puerta y después mira a la inspectora.

—Me estoy empezando a cansar de este teatro —dice con aburrimiento—. Quiero que llamen ahora mismo a Ramón Espadas. No pienso decir nada más hasta que llegue.

Reches se vuelve hacia el vidrio de visión unilateral.

—Que alguien llame a Ramón Espadas. —Desde el otro lado llega un murmullo indescifrable. La inspectora pasa varias páginas del libro de contabilidad, hasta que se detiene en una con un pliegue en la esquina y desliza el dedo por las columnas—. Esta es la fecha en la que llevó a fundir este sello de oro, ¿cierto?

Quílez mira a la inspectora sacudiendo la cabeza con gesto de agotamiento y lanza un suspiro interminable. Observa unos segundos el asiento en el libro que señala Reches y contesta que sí, que tras las dos semanas preceptivas de custodia, llevó el anillo a fundir en esa fecha junto con otras piezas.

—La fundición fabrica unos hermosos lingotes de oro que después venden a ricos inversores a más de treinta euros el gramo —dice. Mira otra vez a la inspectora y al subinspector—. Deberían investigarles a ellos, a los mayoristas. Ellos son los que hacen el gran negocio.

—Investigamos lo que consideramos apropiado, ¿le queda claro eso? —espeta Ríos inclinándose sobre él, evitando añadir «soplapollas» al final de la frase.

Quílez levanta las manos.

—Lo que usted diga.

Está más que harto; primero lo asaltan dos policías en plena calle, después lo sepultan en aquel horno donde no para de sudar. Tiene la espalda empapada y la camisa pegada al cuerpo. La inspectora es la única que parece inmune al calor sofocante, porque Ríos se derrite como la mantequilla y no cesa de echarse sobre él una y otra vez con su fuerte olor corporal. Piensa que debe tratarse de alguna táctica aprendida en Guantánamo.

La inspectora persiste machacona sobre las mismas cosas, una y otra vez. Quílez la mira, cansado de dar tantas explicaciones.

—¿Pueden traerme agua?

Reches mira hacia el cristal y levanta tres dedos, al otro lado vuelve a oírse un murmullo confuso.

—Si le he entendido bien —dice la inspectora—, todo lo que está detallado en estas columnas ya se ha llevado a fundir.

Quílez se frota los ojos, se pinza el puente de la nariz y enfoca la mirada sobre la columna de números, que comienzan a bailar ante él.

—Sí, lo ha entendido bien. Es usted muy inteligente.

—Esta pulsera, esta gargantilla y este Rolex ¿también fueron llevados a la fundición? —le pregunta Reches arrastrando su dedo sobre dos columnas más.

—Supongo, si lo dice ahí, es que será así. Tengo que fiarme de mis niñas, no puedo estar encima de todo.

—Pero ¿no es usted quien se encarga de llevar el oro a la fundición?

—Sí, yo me encargo de eso, de todo en realidad. Pero no sé dónde quiere ir a parar.

La inspectora Reches resopla y se deja caer en la silla, cuando se abre la puerta y entra Toni con tres botellas de agua fría y tres vasos de plástico. Lo deja todo sobre la mesa y se queda en la sala, recostado sobre una pared. Certifica que es un horno. Quílez se vuelve y lo observa de mala gana, después coge una botella y echa un trago. Reches y el subinspector llenan sus vasos. Mientras beben, ella observa al joyero. Está llegando al límite.

—Según sus propios registros —prosigue ella—, esta pulsera, esta gargantilla y este Rolex formaban parte de un paquete de cuatrocientos treinta y cinco gramos que llevó a fundir hace alrededor de un mes.

—Sí, ya deben formar parte de un lingote de oro. ¿Por qué me hace tantas preguntas sobre lo mismo?

Ríos vuelve a echarse sobre la mesa.

—Porque hay muchas cosas que no entendemos, Juanjo —dice muy despacio, con el ceño fruncido y los puños sobre la mesa.

—¿Cómo qué?

Se abre la puerta y entra Nacho con una bolsa de plástico que entrega a la inspectora. Reches saca de ella el paquete hecho con hojas de periódicos manchados de aceite, lo desenvuelve y esparce su contenido sobre la mesa con sumo cuidado. Hay una pulsera, una gargantilla y un Rolex.

—Si como asegura llevó todo esto a fundir, ¿cómo es posible que esté aquí? Eso es lo que no entendemos.

Quílez cierra los ojos. «¡Joder, Reme! ¿Cómo me haces esto?».

Remedios es su mujer, una morena alta, con buenas formas y adicta a todo cuanto exija gastar dinero, que pasa las mañanas alternando en un gimnasio de élite. Es diez años más joven que él, han vivido una tragedia familiar y sospecha, con motivos, que de cuando en cuando su marido echa una cana al aire. Por eso Quílez se lo consiente todo, incluido que pase por las tiendas de lujo del centro y queme la tarjeta de crédito.

Ese paquete tan cutre que la inspectora Reches ha abierto sobre la mesa estaba preparado para que ella lo recogiera. Llevar cosas doradas

y brillantes colgadas es otro de sus caprichos. Quílez había sustituido el peso de esa pulsera, esa gargantilla y ese Rolex que ahora mismo tiene frente a sus ojos, por algunas piezas provenientes de la red de compradores clandestinos que tiene en la calle.

—¿De dónde han sacado eso? —pregunta Quílez fingiendo sorpresa.

El subinspector lo fulmina con su mirada.

—De una de sus cajas fuertes. ¿Tiene algo que decirnos al respecto?

—Espero que tuvieran una orden.

—Y nosotros que lo tenga todo en orden.

Quílez da otro trago de agua, se pasa la mano por la frente y alterna la mirada del subinspector a la inspectora.

—Me falta información, debe de ser un error, una negligencia de alguna empleada.

—¿Un error? Mis cojones, Juanjo —estalla Ríos con una carcajada corta.

—Llevó a la fundición un paquete de cuatrocientos treinta y cinco gramos de oro, lo hemos comprobado —dice la inspectora—. Si ese peso incluía todo esto que hay ahora mismo sobre la mesa, ¿qué llevo a fundir?

—¿Con qué sustituyó los ciento diez gramos que pesa esto, Juanjo? —inquiere Ríos echando todo el peso sobre las palmas de las manos que apoya en la mesa—. ¿Sabe hacer magia?

En ese instante Quílez es consciente de que no ha debido tentar la suerte, que debió permanecer callado hasta que llegara Ramón Espadas y no intentar jugar su baza. Se lleva las manos a la cabeza y suspira.

—¿Qué pensaba hacer con todo esto? —insiste la inspectora.

Quílez la mira con fijeza y se seca el sudor de la frente otra vez.

—¿Puedo fumar?

Ríos estalla con otra carcajada corta y socarrona y lanza un puñetazo efectista sobre la mesa que hace tambalear todo cuanto hay sobre ella.

—Juanjo, me tiene hasta las narices, deje de portarse como un colegial. Usted sustituyó esos ciento diez gramos que faltaban en el sobre que llevó a fundir con otras piezas de procedencia ilícita, lo sabemos. Y eso son varios delitos juntos. Está pringado hasta las cejas y lo voy a empapelar bien empapelado. Va a echar raíces en la trena.

—No voy a decir nada más, hagan lo que tengan que hacer —dice mientras sus piernas bailan bajo la mesa.

Reches y Ríos se miran, ella se levanta y observa a Quílez con severidad.

—Ahora que ya sabe a qué atenerse, puede irse.

La puerta se abre de golpe y un hombre recio enfundado en un traje carísimo, con una gran cabeza y mandíbula de tiburón, entra con cara de furia. Lleva un maletín pesado en la mano y arrastra consigo el olor de una loción sofisticada.

—Soy Ramón Espadas, su abogado —dice con voz neutra y profesional—. ¿Qué ocurre aquí?

—Inspectora Reches —se presenta—. El señor Quílez ya se iba.

—¿De qué va todo esto? —pregunta a los policías con desconfianza.

—Solo es un interrogatorio de rutina.

—¿Rutina? Y un cuerno, ustedes no hacen nada por que sí. —Espadas mira a su cuñado—. ¿Has dicho algo?

Quílez no responde, se pone en pie cabizbajo, rojo de vergüenza y de rabia. Se sacude la ropa y se coloca la americana. Espadas suelta el maletín en el suelo, coge a su cuñado por los hombros y lo mira de frente.

—¡Por dios, Juanjo! ¿Qué te pasa?

—Nada.

—¿Nada? —repite mirando a la inspectora con furia—. Van a tener noticias mías muy pronto. ¡Venga, Juanjo, vámonos de aquí ahora mismo!

Espadas recoge el maletín, aferra a su cuñado por el brazo y lo conduce hacia la puerta. Cuando Quílez tiene medio cuerpo fuera, se vuelve con violencia y mira al subinspector.

—Cómprese una camisa decente, cabronazo.

Ramón Espadas lo coge por una solapa y lo zarandea.

—He tenido que dejar una reunión importante para venir a sacarte de aquí, así que no me des más problemas.

Enfila el pasillo a pasos agigantados, Quílez tras él, en silencio, pero mirando con recelo a todos los policías con los que se cruza. Nacho los sigue apresurando la marcha para que no se escabullan por algún pasillo. Antes de salir firman un documento que Ramón Espadas lee de arriba abajo. Tras diez minutos de espera, Quílez recoge su arma.

Una vez en la calle el abogado se encamina hacia el Volvo, abre la puerta del conductor y se inclina para meter la llave de contacto, pero, antes de acomodarse, se vuelve con mirada dura.

—Esto lo hago por mi hermana, para que mis sobrinos no tengan que ir a ver a su padre a la cárcel. ¿Lo entiendes, cretino? —Mueve la cabeza unos segundos sin dejar de observarle—. ¿Necesitas dinero para un taxi?

Quílez aprieta las mandíbulas sin decir nada, busca su paquete de tabaco mientras lo observa poner el intermitente. Lo sigue con la mirada hasta que se mezcla en la circulación y lo pierde de vista. Sabe que Espadas siempre ha pensado que Remedios merecía algo más que él, que le considera una hormiga, un desgraciado que para sacar cabeza siempre ha tenido que ponerse de puntillas. Observa la fachada del viejo edificio de la policía, pensando en todos los pringados que trabajan allí dentro por poco más de mil seiscientos al mes. Mientras da una calada tras otra, reflexiona. Puede que sean unos pringados, pero no son imbéciles. Seguro que la mayoría tiene estudios universitarios. Entonces, ¿qué hacen perdiendo el tiempo allí? Están cerca, pisándole los talones. Tiene que hacer algo antes de que lo jodan bien. Hablará con Remedios. ¿Qué cojones ha pasado? ¿Por qué no recogió las joyas con las que se había encaprichado? Por culpa de eso ahora está metido en un atolladero. Llamará a Marlon y a todos los compradores que tiene en la calle, cerrará el chiringuito una temporada.

Alrededor de la mesa de reuniones están Reches, Ríos, Nacho y Toni. Juanjo Quílez no ha dicho demasiado, pero tampoco ha sabido explicar el motivo por el que aquellas piezas que consideraban fundidas no lo estuvieran. Saben que intentará algo, cuando lo haga, caerán sobre él.

Reches pasea su mirada circunspecta por el rostro de los policías.

—Tenemos que averiguar quién le suministra ese oro que envía a

fundir en lugar del que anota en los libros.

—Y también qué hace con el que sustrae y no funde —dice Ríos.

—Toni, Nacho, pasad otra vez por las tiendas. Pondrá a las empleadas sobre aviso, así que tendréis que ideároslas para sonsacarlas.

—Descuide, jefa —dice Nacho torciendo la boca, con una mueca que emana seguridad—, les apretaremos hasta que quepan dentro de una treinta y cuatro del Mango.

—Podríamos pinchar el teléfono de Quílez —propone Toni.

El subinspector Ríos se muestra de acuerdo, pero Reches delibera unos instantes.

—No, lo haremos a la antigua usanza. Quiero llevarle esto al juez masticado. Que Padilla y Montes lo sigan a sol y a sombra.

—Como quieras —asiente Ríos—, solo tenemos un pequeño problema: tendrán que hacer horas extra a punta pala y ya sabes cómo está el presupuesto.

—Si un problema puede arreglarse con dinero no es un problema, sino un gasto. Hablaré con el comisario Lombardo. Quílez está a punto de caramelo y no puede escurrírsenos entre los dedos.

—Pero ahora ha entrado en escena Ramón Espadas, ese cabrón litigante y quisquilloso, amante de las denuncias contra la policía. Y ya lo has oído. Tendremos que andarnos con pies de plomo —avisa el subinspector.

—Sí —asiente ella con la cabeza, con expresión reflexiva—. Bueno, si no hay nada más, a trabajar —añade pensando en meterse en la ducha, bajo un chorro de agua fría, ignorante de que el destino es caprichoso y ha trazado otros planes para ellos.

3
MARLON Y JOTA

Jota hunde la mano muy despacio en las entrañas y tantea con las yemas de los dedos como un cirujano avezado. Sí, el corazón y las vísceras están ahí. El motor de la vida ha dejado de funcionar y por los órganos ya no corre el fluido vital, pero el contacto con la sangre y la textura húmeda de la cavidad le produce un placer inquietante. Arranca el corazón con facilidad y lo deposita con cuidado sobre la mesa, el hígado y los riñones requieren un poco más de esfuerzo, pero corren la misma suerte. Observa concentrado el amasijo de carne que yace sobre la superficie de acero, mientras la sangre resbala al suelo como una espesa baba que se desliza hasta sus pies. Toquetea el hígado con un dedo, es demasiado grande para un organismo tan pequeño.

Coge un cuchillo afilado, lo limpia con cuidado en un trapo y le corta el cuello de un tajo, sin vacilación. Extirpa los intestinos y los lanza a un cubo que rebosa fluidos anaranjados. Llena los pulmones y desvía la mirada mientras empuja la barra de acero entre los muslos hasta que la saca por el cuello sin cabeza. Se seca el sudor, solo es uno más.

Jota no se encuentra cómodo entre la gente, está mucho mejor solo, siempre ha sido así. Cuando se concentra en algo el resto de las cosas carecen de importancia para él, el mundo se paraliza. Ya de niño disfrutaba achicharrando hormigas con una lupa.

Ahora es un hombre y no sería justo decir que le encanta preparar pollos para asarlos en una máquina; es más, le repugna, pero es un trabajo sencillo y no está mal pagado. Jota proviene de una familia humilde, con un padre alcohólico que se pudre en una cama y una madre sumisa que ha pasado toda su vida sometida a su dictadura y a sus vicios. El cabrón de su padre tenía la mano larga y la lengua afilada, le gustaba sacarse el cinturón y administrar justicia. No soportaba verlo llegar borracho cada noche ni cómo humillaba a su madre. «¡Inútil, no vales para nada!». Cuando eso sucedía, corría a encerrarse en su cuarto si no quería recibir una paliza con la hebilla del cinturón que le hiciera mear sangre.

La situación familiar lo asfixiaba, era como tener un collar de perro en el cuello que aprieta y ahoga. Así que a los dieciséis se fugó de casa y se buscó la vida en la calle.

Jota aprendió a desenvolverse entre fogones en la prisión de menores de La Trinitat Vella. Salvador, el jefe de cocina, los mimaba y los tutelaba, apelaba a sus conciencias para que aprendieran algo útil que les sirviera para encontrar trabajo una vez estuvieran fuera, aunque su empeño tan solo era una pantomima para ocultar sus oscuras intenciones, su instinto primario y sexual. Jota tiene clavado a fuego en su memoria cada una de las veces que aquel hombrecillo repulsivo le puso las manos encima y abusó de él.

Dos meses después de que Jota saliera por primera vez de prisión, los vecinos de la escalera encontraron a Salvador inconsciente en el suelo del salón de su casa, habían utilizado una sustancia parecida al cloroformo para aturdirlo. Estaba envuelto con cinta americana como una momia, con los pantalones bajados hasta las rodillas y sangrando. Tenía montañas de revistas y de películas X de hombres por toda la casa y había una gran pintada en la pared del salón: *Maricón. Violador*. Todo el mundo pensó en un ajuste de cuentas entre chaperos.

Ahora Jota ya no es un pequeñajo enclenque. No es muy alto, pero es un hombre. Trabaja en la cocina del Trabucador, maneja bien las tijeras y los cuchillos de cocina, aunque como sucede en todas partes, allí hay un par de gilipollas a los que tiene que soportar. No

tuvo problemas para encontrarle el mote adecuado a cada uno de ellos: el Mantecas es un gordo asqueroso de ojillos porcinos, imbécil como él solo; y el Ratón, un idiota que se las da de peligroso, pero que es incapaz de asustar a una mosca. Ninguno de los dos sirve ni para pinche de mierda ni para nada. Además, son unos cerdos; no se lavan nunca las manos, fuman a escondidas en cualquier rincón de la cocina y en una ocasión sorprendió al Mantecas escupiendo en un plato. El día del escupitajo fue la primera vez que tuvieron un encontronazo serio. Insultos, empujones y cuchillos en las manos. Por lo demás, el Mantecas y el Ratón suelen hacer piña contra él con sus mofas, sin intuir lo que esconden sus manías retorcidas y obsesivas, su carácter solitario y reservado.

Mientras Jota comienza a preparar otra caja de pollos, el Mantecas y el Ratón pelan patatas en la máquina. En realidad, la máquina lo hace todo. Ellos tan solo tienen que echar los tubérculos por un agujero. Una vez peladas, las patatas caen en un cubo lleno de agua turbia que él no utilizaría ni para fregar el suelo.

Son unos inútiles de las narices, unos cabezas huecas incapaces de encontrarle gracia a algo que no sea vil y mezquino. Muchas veces se pregunta qué hacen allí, cómo consiguieron aquel trabajo. Les daría una patada en el culo y los enviaría a las Filipinas. Eso sí, después de hacerles sufrir un rato. Sabría cómo hacerlo sin necesidad de estrujarse demasiado los sesos.

—¡Eh, chavalín! ¿Sabes en qué se diferencia un pollo de una polla? —ríe el idiota del Mantecas buscando la mirada cómplice de su colega. El Ratón se encoge de la risa y se vuelve con una mano en la boca para ocultar sus dientes afilados.

Jota los mira, se ajusta las gafas de cristal grueso sobre el puente de la nariz con un dedo ensangrentado y continúa destripando pollos. Sus bromas se la pelan hasta cierto punto y todavía le quedan unas cuantas barras por completar, pero de cuando en cuando los observa de reojo. Los tiene controlados. ¿Qué dirían si supieran que es capaz de estamparles una de aquellas barras de acero en sus cabezas de chorlito y después quedarse tan pancho? Seguro que entonces no reirían tanto.

A veces Jota se acuerda de Látigo y de su breve currículum como matón de barrio. Él puso fin a su historia barriobajera. El tío medía como dos metros y tenía unos brazos muy largos. Unos brazos XXXL, como si no le hubieran dejado de crecer nunca. De ahí el mote.

El sonado de Látigo siempre andaba provocando peleas por los bares nocturnos de Nou Barris, un barrio duro. Era fuerte, estúpido y un auténtico buscabroncas. Solía escoger bien a sus víctimas: siempre de inferiores condiciones físicas. Una noche lluviosa que salía colocado de un pub del paseo de Verdum alguien le dio una soberana

paliza. Lo encontraron de madrugada tendido en el suelo junto a una pala ensangrentada, con las rodillas y una clavícula rota, la mandíbula partida y la cabeza abierta derramando masa encefálica. Lo vapulearon bien, casi lo matan. Fruto de aquel escarmiento, sus sesos quedaron hechos papilla y él como un zombi. *Agresión con saña*, escribió en su informe el inspector de policía que investigó el caso.

A sus veinte años, Látigo acabó deambulando por las calles en estado catatónico y babeante, suplicando monedas y cigarros que luego no podía fumar porque desde la paliza era incapaz de juntar los labios.

Debido a la extensa lista de enemigos que Látigo había ido cultivando por los pubs de mala muerte del barrio, la policía barajó tal cantidad de sospechosos que nunca llegó a averiguar quién lo había transformado en aquel zombi repugnante.

La historia de Látigo corrió de boca en boca en los ambientes nocturnos y durante meses la gente no habló de otra cosa. Todo el mundo especulaba con que algún karateka o algún cachas de gimnasio había sido el autor de la paliza. Pero el bueno de Jota no compartía aquellas especulaciones; Jota sí que lo sabía, además con total certeza. A veces aquella historia rebotaba en su cabeza como una pelota de pimpón, como algo recurrente.

Tan solo estaba tomando una cerveza y escuchando música en una esquina discreta de la barra de un pub. ¿Por qué se le ocurriría escogerlo a él? Sonaba *Godzilla*, de la Blue Oyster Cult, cuando una manaza se posó en su hombro.

—¿Qué pasa con tu rollo, medio metro? —gruñó una voz sulfurada dentro de su oído.

Jota observó el reflejo del gigante en el espejo de los estantes, pero ni se inmutó. Sabía quién era Látigo, un perro rabioso al que era mejor ignorar.

—Nada, aquí con la birra —dijo—. ¿Qué quieres?

Látigo metió su boca en la oreja de Jota, pero vociferó para que todo el mundo pudiera oírle.

—¿Que qué quiero? ¿Que qué quiero? Quiero partirte tu puta cara de enano.

Jota no quería problemas, hundió la cabeza entre los hombros y cogió la botella para terminarla, pero el Godzilla de barrio se la arrebató de las manos, la apuró de un solo trago y soltó un eructo profundo, tremendo y largo en su oído. Al eructo siguió una risotada de loco.

—Pírate ahora mismo si no quieres que te machaque, enano.

Látigo cerró sus puños, se enderezó como un poste de la luz y le enseñó sus dientes sucios y amarillentos. Jota se levantó del taburete, dejó un billete de cinco euros en la barra y salió cabizbajo sin esperar

el cambio. Una vez en la calle se detuvo tras la puerta y encendió un cigarro. Comenzaba a llover y a pesar de la música, que sonaba fuerte en el interior, las carcajadas de Látigo podían oírse incluso en la calle. Mientras fumaba se le ocurrió una idea; cuando tiró el cigarro, fue a dar un paseo bajo la lluvia.

Eran las dos de la madrugada cuando al amparo de una torrencial cortina de agua, Jota rompió con un destornillador la cerradura de una furgoneta de obras aparcada en el paseo de Verdum. Se llevó una pala vieja y pasó una larga espera refugiado en la oscuridad de una portería, fumando despacio, paladeando con paciencia un cigarro detrás de otro. Imaginando cosas. Así pasó el rato, hasta que Látigo salió a la calle solo y tambaleante. Apuró el cigarro y se hipnotizó unos instantes observando la pavesa, refulgía en cada una de sus caladas como la luz de una luciérnaga. Mientras tanto, la víctima deambulaba hacia su inevitable destino con los andares imprecisos de un borracho.

Esa fue la última vez que aquel loco provocó de manera gratuita a alguien.

Una de tantas historias nocturnas del barrio.

Al igual que a Látigo, al Mantecas y al Ratón, Jota les mostrará quién se esconde en realidad detrás de su aspecto menudo y aniñado. Descubrirán lo que oculta su carácter silente y ensimismado, extasiado a veces. Jota hunde la cabeza entre los hombros y continúa trabajando mientras recuerda las palabras que su madre le repetía cada vez que lo encontraba encerrado en sus pensamientos: «Pepito, carita de ángel, ¿cómo no te voy a querer a pesar de todo?».

A pesar de todo.

—Oye tío, ¿cuál es el único animal que gira y gira sin parar y nunca se marea? —dice el tonto del Ratón con su voz chillona, su naricilla de roedor, sus ojos pequeños y movedizos, su cuerpo raquítico, su mirada apagada y su sombra de bigotito.

—¿No será el pollo? —apunta el Mantecas riendo.

—Sí, tío, el pollo. Eres un puto genio.

Un día les dará una lección. Sí, eso es lo que hará, les cerrará la boca. De repente, Jota siente el susurro helado de un demonio en sus oídos y entorna la mirada.

Ya sabe de qué forma callará a aquel par, de qué manera cerrará sus bocas.

—¡Eh, chavalín! ¿Sabes qué es negro por afuera y amarillo por dentro? ¿No lo sabes? —cacarea como una gallina el Mantecas.

—¿Un pollo ninja? —ríe a carcajadas el Ratón.

—Que os den —susurra Jota para sí, mientras les dedica una mirada incendiaria. Acto seguido va hasta el fregadero y se lava las manos a conciencia, por quinta vez en la última hora. Pero ni el

Mantecas ni el Ratón son conscientes de la sentencia que viaja en su mirada. Jota llena los pulmones, aferra el cuchillo con una fuerza innecesaria y lo hunde en las entrañas de un pollo.

¡Menudo par de idiotas!

Los viajeros de la Europa rica inundan Barcelona como una marea; llegan por tierra, mar y aire y puede encontrárseles perdidos en los lugares más insospechados intentando descubrir esa ciudad que ha dejado de existir hace ya tiempo. Los cruceros toman el puerto de Barcelona, los pasos de la frontera con Francia no dan abasto en verano y, año tras año, el aeropuerto de El Prat bate récords de aterrizajes. En Barcelona no cabe un jodido turista más ni a martillazos. Las encuestas oficiales apuntan a la arquitectura y el *shopping* como los aspectos más valorados por los visitantes, pero son otros los ganchos que atraen a las hordas de jóvenes que invaden los alojamientos turísticos: alcohol a discreción y a precios *low cost*; desmadre y promiscuidad sexual en cualquier rincón y a cualquier hora; y la facilidad de conseguir marihuana. La ciudad se ha convertido en algo irreconocible, en el burdel del sur de Europa y en cobijo para las mafias.

Alrededor del mediodía, Jota se baja en el rebosante andén del metro de la plaza de Catalunya. Nada más poner los pies fuera del vagón, una riada de gente con cara de aventura y planos de la ciudad en las manos lo engulle. La mayoría supera la estatura media del ciudadano mediterráneo. Nota una especie de náusea al sentirse tan menudo entre aquellos hombres y mujeres tan corpulentos, y al instante comienza a sudar por todos sus poros.

La corriente humana lo arrastra igual que un sumidero se traga el agua. Cuando quiere darse cuenta está sin remedio en las escaleras mecánicas, catapultado a la calle, bajo un sol abrasador. Se pasa la mano por la frente, la plaza de Catalunya es un enjambre de gente que va y viene y el tráfico comienza a espesarse.

Se refugia un momento detrás de un quiosco de periódicos, se cambia las gafas de cristal grueso por las Ray-Ban y se encamina hacia el caos de La Rambla. En el paseo hay una invasión de culturas que habla todos los idiomas del mundo, una pequeña Babel. Las aceras están atestadas de quioscos, floristerías, pequeñas heladerías y terrazas de restaurantes, bares y cafeterías. En las bocacalles hay comercios de *souvenirs* extraños, tiendas de cigarrillos electrónicos, de telefonía y negocios de compra de oro: trampas para incautos.

La Rambla es la pera en bicicleta para los turistas, a pesar de que te metan la clavada en cualquier terraza o que al primer descuido te birlen la cartera y te dejen con lo puesto. Eso puede ocurrir en cualquier rincón de la atiborrada avenida, y además en un abrir y cerrar de ojos. A pesar de esos inconvenientes, ningún turista que se

precie puede visitar Barcelona sin hacerse un selfi en La Rambla.

Marlon ronda los veinticinco años y como de costumbre ocupa una mesa en un rincón discreto de la terraza del Cosmos. Lleva unos Levi's 501, una camiseta negra G-Star y unas deportivas Nike. También un *piercing* en su ceja izquierda y aros en sus orejas. El tío es un ligón que cambia de tía cada noche como quien cambia de calcetines. Su vida orbita alrededor del fútbol, las artes marciales, la marihuana, la coca y las chicas; sobre todo las chicas, que se ponen cachondas con solo oír su nombre: Maaarlon. Su madre era una pirada, estaba loca por Brando y le llamó así por el actor, aunque también se lo puso al perro y a un loro. Una chulada de nombre si no fuera porque Marlon nació en la Barceloneta de los noventa y en aquellos días el Salvaje ya era un ángel caído. Marlon nunca se levanta antes del mediodía y si alguien quiere verle, tiene que pedir día y hora para que le haga un hueco en su apretada agenda, como si el muy cabrón fuera el mismísimo presidente de General Motors.

Marlon es Dios.

Hoy está impaciente. Es la tercera vez que mira su reloj en los últimos cinco minutos, pero se sonríe cuando su radar descubre una cara pálida entre el batallón de gente que baja por La Rambla. Entonces levanta la botella de Moritz que sostiene en la mano. «¡Eh, tío, estoy aquí!». Jota va directo a su encuentro.

Marlon y Jota son colegas de toda la vida, se criaron en la misma calle, daban patadas a la pelota en el mismo equipo y también hacían campana juntos para mangar revistas X en los quioscos y robar en El Corte Inglés. Sus botines consistían en compactos de música, relojes y colonias que luego revendían a otros tíos del barrio. La primera vez que un vigilante de seguridad los paró a la salida con uno de aquellos pequeños hurtos se estrenaron en la comisaría. Allí aprendieron la diferencia que hay entre un robo y un hurto y entre un robo con fuerza y un robo con violencia. Se convirtieron en clientes fijos de la comisaría, tan fijos y fieles que llegaron a conocer a todos los policías. De hecho, los pasmas los saludaban con la mano cuando patrullaban y se los cruzaban por la calle.

—¿Qué pasa, tronco? ¿Es que nunca puedes llegar a la puta hora? —le saluda Marlon.

Jota se desploma sobre la silla metálica de la terraza, con los brazos colgando en los reposabrazos y las piernas abiertas y extendidas como si hubiera caído desde el cielo.

—El metro venía a tope de gente, tío. Estoy hasta la polla de tanto guiri y de este asco de calor. Esta ciudad es una mierda.

Marlon se sonríe y apunta con la botella de cerveza a dos extranjeras de una mesa con evidentes síntomas de estar colocadas y que hablan como cotorras. Tienen la risa floja y una de ellas le dirige

miradas fugaces.

—Vives en una ciudad cosmopolita —dice el ligón—. Echa un vistazo a esas dos. ¿Las invitamos a unas birras y nos las tiramos?

Lo mejor que tienen las guiris para Marlon, lo que bajo su punto de vista las diferencia para mejor de las tías nacionales, es que follan y se van. Jota les echa una ojeada.

—No me jodas, mira la hora que es y ya están pedo. Obsérvalas bien, hasta tienen acné, son unas crías.

—Pues llevan tres cervezas cada una.

Jota vuelve a mirarlas.

—¿En serio? —Se incorpora sobre el respaldo y busca al camarero —. Tengo sed.

Marlon apura la botella de un trago y levanta la mano. El camarero detecta el leve movimiento y arrastra los pies hasta ellos con una bandeja llena de servicios usados. Al llegar a la mesa compone un gesto pretencioso intentando emanar una autoridad perdida hace ya tiempo.

—¿Qué desean los señores?

—Paco, tráeme otra cerveza y ponle al colega lo que quiera, que hoy estoy generoso. Y eso de señores déjalo para los pijos.

El camarero mira a Jota con ojos cansados y asiente. Tiene sesenta años, insomnio frecuente y se pega doce horas diarias con la bandeja cargada de aquí para allá tratando con todo tipo de gente desagradable. Eso se cobra sus facturas. Además, le duelen las varices y le arden terriblemente las plantas de los pies. Se muere por llegar a casa, sentarse en su sillón favorito y poner los pies en remojo, pero tiene que estar allí porque hay que llenar la nevera. Jota pide una cerveza.

Paco hace una ligera inclinación, se vuelve y echa a andar con solemnidad. Jota coge un cigarro del paquete de Marlboro arrugado que hay sobre la mesa y lo enciende aspirando como si fuera el último cigarro del mundo, luego suelta una inmensa bocanada de humo blanco y señala el Rolex que Marlon lleva en la muñeca.

—¿De dónde lo has sacado?

El ligón se sonríe y echa un vistazo a las mesas de alrededor con mirada vigilante, cuando se cerciora de que no hay fisgones, se abre el cierre y se lo pasa por debajo de la mesa. Jota lo coge y lo curiosea. Es sólido y pesado, de correa maciza y con números de serie. Parece auténtico.

—Es bueno y vale una pasta —le advierte Marlon.

Jota se cambia las gafas de sol y vuelve a examinarlo. Mueve la cabeza y mira a su amigo a los ojos. Ni en sus mejores sueños Marlon tendría posibilidades de llevar en la muñeca un reloj como ese.

—No lo has comprado, eso seguro.

—Me ha caído del cielo.

Jota vuelve a colocarse las Ray-Ban, extiende la palma de la mano y mira hacia arriba.

—¿De dónde dices que caen?

—¿De verdad quieres saberlo?

Jota le devuelve el reloj por debajo de la mesa, Marlon se lo coloca mientras pasea la mirada a su alrededor y baja el tono de voz.

—La cosa me va bien, ahora manejo pasta.

El otro levanta las cejas escéptico.

—¿Te ha tocado la lotería?

Marlon niega con la cabeza y se sonríe.

—Negocios.

—¿Sabes que con los números de serie la pasma puede averiguar de quién es ese peluco? ¿Qué les vas a contar cuando te paren? Vas a comerte un buen marrón, colega.

—Jota, eres un profesional aguando fiestas.

—Por eso no me gustan.

Paco llega con la bandeja y se hace el silencio. El camarero pone con suma aplicación dos posavasos en la mesa y deja sobre ellos dos botellas de Moritz heladas y sin vasos, como suele tomárselas Marlon, después se retira sin mediar palabra. Jota observa sus andares, Paco lleva los zapatos en chanclas, como si fueran alpargatas.

—Es buen tío, pero siempre va con la antena puesta, como Doraemon —dice Marlon—. Sabe la vida y milagros de todo el mundo que pasa por aquí.

—Pues ándate al loro con él. —Jota echa un trago de cerveza, después mira a Marlon a los ojos—. ¿Qué querías?

—Aquí no puedo explicártelo, tienes que venir a mi apartamento.

—Quizá no me interese y pueda ahorrarme el viaje.

—Vale, ¿te gusta destripar pollos?

—Lo odio, pero hasta hoy los pollos no me han dado problemas.

—Entonces vámonos.

—¿Ya?...

Marlon se guarda el paquete de tabaco, da un trago a su cerveza y saca la cartera. Cuando pasa el camarero lo llama. Paco recoge el billete de veinte euros que acaba de dejar sobre la mesa.

—Quédate el cambio.

—Es mucho.

Marlon y Jota se levantan de golpe. Mientras recoge las botellas, Paco observa cómo encienden un porro y echan a andar La Rambla arriba. «¿A qué coño se dedicará Marlon para vivir como un rey y manejar tanta pasta?», piensa el camarero. La verdad es que lo intuye y hasta podría jurarlo sobre una biblia, pero a veces es preferible hacerse el loco. Sabiduría profesional.

El apartamento de Marlon está en plena Rambla, en un antiguo edificio de viviendas reformadas que se alquilan por semanas, meses o incluso por días. Son estudios y apartamentos pequeños, amueblados con los enseres más básicos, concebidos para gente de paso. Hay movimiento todos los días y a todas horas, lo que para Marlon constituye el camuflaje perfecto, si es que él puede pasar inadvertido en alguna parte. Se acercan al mostrador de la recepción y Marlon saluda al conserje, Jota se queda detrás.

El conserje levanta la mirada del diario deportivo que ojea y los observa un instante con sus ojos negros como dos cucarachas. Levanta una mano de dedos cargados de anillos y choca su puño contra el de Marlon. Jota lo mira a través de los cristales gruesos de sus gafas, nunca le ha gustado aquel tío seco y ojeroso, de facciones agitanadas y patillas largas y puntiagudas, con tatuajes en ambos brazos. Es una especie de animal prehistórico. Lo único auténtico que encuentra de él son sus tatuajes rudimentarios, imperfectos y de tonos desvaídos. Tatuajes de verdad, de los de antes, de los que se hacían con tinta china y agujas, no las cursiladas de colorines que se llevan ahora.

—¿Qué pasa, chaval? —responde el conserje con voz arenosa y castigada.

Marlon mira a izquierda y derecha, después se inclina sobre el mostrador.

—Ha llegado Papá Noel, Capi. —Desliza su puño hasta el borde del mostrador y deja caer una bolsita. Allí dentro hay hojas prensadas de marihuana y varias pelotitas de coca. Capi la observa un momento antes de guardarla en un cajón.

—Eres el puto amo, chaval.

—¿Ha preguntado alguien por mí? —Capi niega con la cabeza y pasa una página sin levantar la mirada del diario—. Bien, vale.

Capi levanta el pulgar, es más de gestos que de palabras, con un pasado oscuro fácil de adivinar; una mala vida llena de tropiezos con la ley. Mientras se encaminan al ascensor, Jota siente su mirada clavada en la espalda.

—No me gusta ese tío, Marlon.

—Es legal, créeme.

Jota se vuelve un poco y lo observa de reojo, ahora está ocupado con unas extranjeras asesinando la lengua de Shakespeare con un inglés macarrónico. Marlon pulsa el botón del ascensor y le explica el secreto de Capi.

—Estuvo en la Legión Extranjera francesa un montón de años.

Jota no puede despegar sus ojos de él, la leyenda de la Legión Extranjera es de lo peor, de hombres que se alistaban en sus filas para huir de la justicia. Corren de boca en boca muchas historias de asesinos que se enrolaban en la Legión Extranjera con el único

objetivo de fugarse y cambiar de vida.

—¿Qué hizo? —le pregunta Jota.

—Apuñaló a un poli en Francia, a su padre.

Cuando se abren las puertas del ascensor irrumpe en el vestíbulo una marabunta vociferante. Jóvenes extranjeros dispuestos a comerse la ciudad. Lo que ignoran es que al menor descuido la ciudad se los comerá a ellos. Las últimas personas en salir son dos chicas que parlotean en inglés. Marlon les sonríe de oreja a oreja con una floritura propia de d'Artagnan y en su mano aparece un porro.

—*Hey!, ¿do you want* a porro de hachís? —dice con un inglés tosco y sin acento.

Ellas se miran sorprendidas, pero nunca hay que despreciar un buen canuto. Al fin y al cabo, están en Barcelona para pasárselo bien y para eso no hay nada mejor que colocarse. La ciudad puede esperar, seguirá ahí más tarde.

—*Oh, yes!*

Aline le arrebata el canuto de la mano, se lo coloca en los labios y Marlon se lo enciende. Tres caladas, una tos y se lo pasa a Arlette. Mientras tanto, el ligón se las apaña para explicarles que en el apartamento tiene whisky, coca y maría. Un minuto después, el ascensor sube con los cuatro. Jota no deja de sorprenderse con la facilidad que tiene su colega para ligar con las tías. Él, en cambio, las examina de arriba abajo como si fueran un producto y se relame pensando en sus culos duros como piedras.

Media hora después en el apartamento suena Metallica y corre el desenfreno. Marlon se la clava a Aline sobre la alfombra y Jota está en un butacón con los pantalones por los tobillos, los orificios de la nariz llenos de polvo blanco y un canuto humeante entre los dedos. La cabeza de Arlette sube y baja entre sus muslos. Lleva una cogorza del demonio, pero está en el cielo. Feliz como un niño mientras un iPod con más de diez mil temas hace temblar cada rincón del apartamento. A Metallica le sucede Motörhead, después suenan unos temas de Iron Maiden.

Pasa la euforia, Marlon ha hecho un triplete, pero Jota no ha pisado área una sola vez. Aline y Arlette se las han pirado; Arlette enrabiada como un mono porque Jota solo buscaba el placer de su boca. Ahora los dos amigos celebran el fin de fiesta con unas rayas y un poco de Frank Marino.

El apartamento de Marlon es de los más grandes del edificio, tiene unos cuarenta metros cuadrados, puerta blindada con cerradura de seguridad, cocina americana, lavabo y una habitación independiente. Lo tiene equipado con lo que considera más imprescindible: un par de mancuernas, un banco de abdominales, una barra de alzamiento, un saco de boxeo colgado en un rincón y discos de halterofilia

amontonados en el suelo. Además de todo eso también tiene un sofá de piel y una gigantesca televisión de última generación sobre el mueble del salón, las paredes están cubiertas de pósteres de Sylvester Stallone, Bruce Lee y Chuck Norris y una colección de catanas y puñales.

Jota coge una catana y la sopesa como si fuera un profesional.

—Cuidado, podrías afeitarte con ella —le avisa Marlon. Jota desliza un dedo por el filo, corta como una cuchilla.

—¿Para qué quieres esto?

—Hay mucho hijoputa suelto por ahí.

Tres años en la cárcel Modelo de Barcelona por asalto a mano armada. En aquellos tres largos años, Marlon adquirió conciencia de lo importante que era estar en forma. En presidio, una buena forma física era la diferencia entre que te aplastaran la cabeza o te dejaran en paz, así de simple. Por eso se empleó a fondo en el gimnasio. Por otra parte, el aspecto vigoroso de los que se buscan la vida en la calle delata su paso reciente por la prisión. *Te veo bien, ¿cuándo has salido?*

Jota pasó cinco años en la prisión de menores de La Trinitat por el intento de homicidio de un vigilante jurado, después cumplió breves temporadas en la Modelo por delitos menores pero violentos. Allí coincidió algún tiempo con Marlon, su colega de toda la vida. Pero, a diferencia de Marlon, Jota no se ejercitaba en el gimnasio; él se refugiaba tras la aureola de peligroso desequilibrado que precede a los pirados y poca gente quería tener cuentas pendientes con tipos como él. Máxime cuando todo el mundo sabía que Jota trabajaba en la cocina y tenía acceso a cuchillos de verdad, nada de mierdas rudimentarias como las que fabricaba algún recluso afilando mangos de cepillos de dientes.

Marlon abre la nevera.

—¿Quieres beber algo?

Jota asoma la cabeza dentro.

—Colega, esto es una auténtica nevera de soltero.

Dentro solo hay una botella de leche cuajada, otra de ginebra por la mitad y un *pack* de tónicas.

—Papeo cada día en el bar, ¿pasa algo? —Marlon coge la botella de ginebra Hendrick's y las tónicas—. Saca hielo del congelador y cúrrate un par de *gin-tonics*. Voy a lavarme la polla, esa zorra es capaz de haberme pegado algo —dice rascándose la entrepierna.

Jota suelta la primera risa del día. Coge dos vasos del fregadero, los enjuaga y prepara las bebidas. Marlon sale del lavabo cerrándose la cremallera del pantalón, con una caja de puros bajo el brazo y se acomodan en el sofá. El ligón abre la caja y pone sobre la mesa de café una piedra oscura y un frasco cuentagotas. En la caja también hay un fajo de billetes de cincuenta euros y algunas piezas de oro. Jota

coge el cuentagotas.

—¿Qué mierda es esto?

—Ácido para oro de dieciocho quilates, y eso, pizarra; una piedra de toque, si hablamos en plan profesional. ¿Sabes para qué sirve todo esto?

—Empiezo a imaginármelo.

—Nunca has vendido oro, ¿verdad, Jota?

—No robo a viejas, soy atracador.

Los atracadores son la élite carcelaria, todo lo opuesto a los violadores y pederastas, que son considerados el peldaño más bajo y repugnante del escalafón. Los delincuentes sexuales sufren palizas y violaciones frecuentes, lo que se conoce como «ley de la cárcel», por lo que suele protegérseles en celdas de aislamiento. La explicación es simple y obedece a un razonamiento del cerebro reptil: cualquier interno puede imaginarse a una hermana o a una madre violada por uno de esos degenerados. O, lo que es peor, una hija.

Marlon enciende un cigarro, mira a Jota con suspense y abre el frasco, creando el clima propio de un mago que se propone sacar un conejo de la chistera. Jota parpadea despacio tras las gafas de cristal grueso.

El ligón saca una cadena de oro con eslabones rotos y la fricciona contra la piedra de toque. El oro deja unas finas marcas doradas sobre la superficie negra de la pizarra. Vierte una gota de ácido sobre ellas. Marlon da una larga calada a su cigarro mientras espera la reacción química, después mira a Jota.

—Si fuera oro de inferior calidad, el ácido se habría comido las marcas; por eso sé que la cadena es de oro de dieciocho quilates.

—¿Qué me quieres decir con todo esto, Marlon?

La crisis obliga a mucha gente a deshacerse de cosas de valor, le explica el ligón, y eso ha abierto nuevas posibilidades de negocio. Existe un mercado negro para todo el oro que no se puede vender sin DNI, y ahí es donde entra él. Le explica que compra el gramo a diez euros y que lo vende a quince. Cinco euros por gramo recompensan el riesgo.

—¿A quién se lo vendes tú?

—A un joyero.

—Y la pasta para las compras ¿de dónde la sacas?

—La pone él.

A Jota no le seduce el negocio, hay demasiados intermediarios y eso son muchos eslabones frágiles en la cadena. Pero Marlon le explica que el oro se funde enseguida y que el joyero es legal. «¿Legal como Capi?», se pregunta Jota. Marlon confía demasiado en la gente. Pero Jota piensa en el tedio diario de su trabajo en el Trabucador, en lo que cuesta ganar mil pavos. Mira al ligón y menea la cabeza, luego coge la

caja de puros y husmea en su contenido, sus gafas de cristal grueso son como dos lupas. Aparte del fajo de billetes hay anillos, cadenitas, una pulsera, un reloj y un broche muy muy extraño, que parece una antigüedad. Vuelca el contenido de la caja sobre la palma de su mano y comienza a clasificar las piezas sobre la mesa.

—¿Qué haces?

—Voy a ordenar un poco todo esto.

Marlon apura el *gin-tonic* y empieza a liarse un canuto de yerba mientras lo observa. Conoce de sobras sus manías. Jota no es tonto y siempre ha sabido que le ocurría algo, aunque no muy bien qué, hasta que el psiquiatra de la Modelo le dijo que padecía un trastorno obsesivo compulsivo elevado a la cuarta potencia. De hecho, ya en la niñez todo el mundo decía que era demasiado misterioso, que hablaba muy poco y que era tranquilo en extremo. Y eso que ignoraban que solía espiar las conversaciones de los mayores detrás de las puertas y tramar planes en su cabeza. Ya en la adolescencia adquirió costumbres extrañas, como levantarse a media noche para mirar durante horas por la ventana y estudiar los hábitos de los vecinos, o lavarse las manos y los dientes con obsesión.

—¿De qué conoces a ese tío? —le pregunta Jota.

Marlon enciende el porro, le da un par de caladas y suelta una nube gris y densa que inunda parte del salón, mientras lo mira a través de la columna de humo, expulsa una segunda andanada con más lentitud y se lo pasa.

—Se llama Quílez, lo conocí en el Cosmos.

—¿Estás seguro de que es de fiar?

—Pone la pasta y lo necesario.

—Pero tú corres el riesgo.

Fue una noche de partido de Champions. El Barça jugaba contra el Arsenal y Quílez daba un puñetazo en la barra cada vez que el Barcelona fallaba una ocasión de gol, se exasperaba por el pésimo arbitraje. Estaba en un taburete junto al suyo, así que de cuando en cuando intercambiaban algún comentario sobre las ocasiones falladas, la dureza con que se empleaban los jugadores contrarios y algún penalti a favor no pitado. Cuando acabó el partido, Quílez le invitó a un cubalibre y después a otro, y la conversación tomó derroteros inesperados; hablaron de las miserias de la vida, de los sueños rotos, de la jodida sociedad que siempre pone a prueba a los mismos y de las sendas que conducen a las personas por caminos nunca imaginados. De eso Marlon también sabía algo.

Las siguientes semanas volvieron a coincidir en el Cosmos y continuaron conversando de forma amigable. Los vasos nunca estaban vacíos, las bocas nunca estaban cerradas, y todo corría a cargo de Quílez. «Maneja pasta gansa», pensaba Marlon. Quílez estaba

obsesionado con *Crimen y castigo* y hablaba de su protagonista, Raskólnikov, como de un héroe. Cada vez que sacaba el tema lo hacía como ensimismado, parecía que el tío estuviera marcado por una herida muy profunda, ofuscado por la maldad innata de las personas que conduciría de manera inevitable a la destrucción de la sociedad. Aunque a veces hablaba de una manera tan críptica que Marlon no alcanzaba a entender bien a qué se refería.

Una noche, Quílez le dijo:

—¿Sabes que pensaba Raskólnikov? Que la sociedad está dividida en dos tipos de seres humanos: los superiores, que se creen con derecho a hacer lo que les dé la gana escudándose en cualquier pretexto; y los inferiores, que viven sometidos a todos los demás y cuya única función es perpetuar la especie humana. ¿Qué opinas tú, Marlon? ¿A cuál de las dos clases perteneces?

—¿En serio me preguntas eso? —Marlon estaba confuso.

—Muy en serio.

Miró en el fondo del vaso, removió el hielo y tardó unos segundos en responder.

—Creo que soy una mezcla de ambos. A veces tenemos que coger lo que nos niegan porque nos lo merecemos, y, por otro lado, me gusta hacer todo lo posible por perpetuar la especie.

Quílez soltó una larga carcajada.

—Di que sí, Marlon, hay que coger la manzana del árbol, pero también hay que follar todo lo que se pueda para que no desaparezca la especie.

Rieron juntos, pero Quílez comenzaba a cargarle con sus chorradas y Marlon empezó a replicar sus sermones con salidas de tono que parecían sorprender al otro. Trató de evitarlo cambiando la frecuencia con que acudía al Cosmos, pero el tío era pegajoso y siempre estaba allí. Hasta que un día, bien entrada la noche y después de unos cuantos cubalibres, Quílez hizo una inesperada pausa en una de sus retóricas y, mirándolo a los ojos, colocó una mano sobre su hombro y fue al grano. Le hizo una propuesta. Un negocio fácil donde había mucho dinero a ganar.

Entonces Marlon se dio cuenta de varias cosas: Quílez había estado tanteándole, siguiendo un guion. Lo había conducido por una senda enrevesada hasta llegar a ese punto concreto. Era un cabrón redomado, pero fue incapaz de declinar la oferta.

—Si me estás proponiendo que me pringue en esto, paso —dice Jota.

La sonrisa de Marlon llena toda su cara mientras niega con la cabeza.

—No, tío. No te estoy proponiendo eso.

—Entonces, ¿qué me estás contando?

Marlon saca una bolsita de coca y prepara un par de rayas gruesas e interminables, hunde el extremo de un rulo hecho con un billete de veinte pavos en el polvo y la coca vuela al instante. Es una puta aspiradora Dyson. Se lo pasa a Jota y, solo después de sentir el campanazo en su cabeza, le explica el plan.

Mientras entra en detalles, la Steve Miller Band canta la historia de dos jóvenes que no tenían nada más interesante que hacer que drogarse, planearon un robo, el plan se torció y acabaron disparando a un hombre.

«¡Vamos, coge el dinero y corre!», repite Steve Miller una y otra vez.

Go on, take the money and run.

4
EVARISTO CONRADO

Conrado lleva un rato esperando con el Mini en una esquina de la calle Tánger a que alguien salga de un aparcamiento. Mientras aguarda, observa la gran cantidad de motos que llegan conducidas por gente joven y bien vestida que trabajan en las empresas tecnológicas de la zona, el distrito 22@. Se pregunta qué camino elegiría en su vida de tener ahora veinte años. Transcurridos unos minutos observa a una mujer salir de un portal, arrastra consigo a dos niños; el más pequeño berrea porque no quiere ir al colegio. Una llave sobresale en su mano cerrada y se encamina hacia una hilera de coches aparcados. El detective arranca y se coloca en doble fila hasta que las luces de un SUV blanco parpadean. Aparca y saca el comprobante en la máquina de tiques.

Antes de subir a la oficina se detiene en un quiosco, mira las portadas de los diarios y compra *La Vanguardia*. Cuando está a tres pasos del portal, oye que alguien grita su nombre.

—¿El señor Evaristo Conrado?

El detective aprieta los puños, mira por encima de su hombro y se vuelve muy despacio. Un taxista le hace señas desde la acera de enfrente con el motor en marcha. Conrado permanece impasible un instante mientras lo observa.

—¿Qué quiere?

El hombre se baja con un portazo y da una carrerilla hasta él con un sobre en las manos.

—Llevo más de media hora esperándole —dice entregándole el sobre con apremio. Él lo mira por delante y por detrás. No hay remitente—. Es de parte del señor Aldous Rapp. ¿Sabe quién es?

—Claro.

Cuando cierra la puerta de la oficina, va directo a la cafetera y se prepara un café bien largo. Ha dormido poco y se encuentra hecho un asco. Se sienta a la mesa y ojea el periódico sin prestar demasiada atención a las noticias. Tiene una idea en mente a la que ha estado dándole vueltas toda la noche, pero duda. Mientras da cortos sorbitos a la taza, piensa en ello. Sabe que su ayuda puede serle de gran utilidad, pero, si Enjamio mete las narices en el asunto, tomará las riendas. Como sucede cada vez que entra en escena.

El comandante Sánchez Enjamio es un fantasma de su vida anterior, parte de un pasado que a veces añora, pero del que ha decidido pasar página. Conrado sigue huyendo de su propia historia, pero su pasado le persigue como los terroríficos monstruos de una pesadilla. Cada vez que vuelve la mirada atrás siguen ahí, grotescos y acechando con sus colmillos afilados, riéndose de él.

Enjamio es ahora el jefe del Grupo de Patrimonio Histórico de la Guardia Civil. Le debe más de una y no es de los que se esconde, así que, si se lo pide, está segurísimo de que le prestará su ayuda. Por los viejos tiempos. Sabe a la hora exacta que puede encontrarlo en su despacho. Si conserva sus invariables y cotidianas costumbres, casi ancestrales, se habrá levantado a las cinco de la mañana para hacer una tabla de gimnasia y correr seis kilómetros, y a las siete en punto ya estará acodado sobre su robusta mesa de haya vieja que lleva consigo en cada traslado.

El detective consulta la hora, las ocho. Se lo imagina en el sillón de su despacho con la camisa almidonada, la espalda recta y la pluma en la mano, absorto en la lectura de informes, supervisando cada renglón, cada palabra y cada coma antes de que comience a sonar el teléfono y la febril actividad del cuartel perturbe su concentración.

Mira el teléfono un instante y duda; el comandante siempre le despierta una mezcla de desasosiego y añoranza. Está seguro de que revivirá viejos recuerdos. «Algunas cosas están mejor si permanecen enterradas», es lo que piensa. Su pasado en el cuartel de Intxaurrondo forma parte de esas tinieblas que en el momento más inesperado le visitan para atormentarle; como una baba oscura y espesa que avanza poco a poco y que es imposible detener.

Hay lugares de los que nunca se regresa, lo sabe bien.

Conrado saca el cigarrillo electrónico y expulsa unas nubecillas blancas de vapor antes de marcar el número, antes de la regresión a su vida anterior; el pasado es impredecible, el futuro un lugar seguro. ¿Cuánto tiempo hace que no habla con él? Años. ¿Cómo se tomará el comandante que lo llame después de tanto tiempo para pedirle un favor?

Enjamio descuelga antes del segundo tono.

—Hable.

Nada más oír su voz sólida como el mármol comienza a arrepentirse de haber tenido aquella idea tan descabellada.

—Buenos días, comandante. ¿Qué tal ha comenzado la mañana? ¿Ha ido a correr hoy?

Conrado oye un ligero carraspeo al otro lado de la línea. Enjamio tarda unos segundos en responder. Su sistema nervioso procesa la voz: oído externo, oído medio, oído interno, células ciliadas, nervio y centro auditivos del cerebro. Todo ese camino recorre la voz de Conrado en la cabeza del comandante.

—Santo Dios. ¿De verdad eres tú, Risto? Me estoy pellizcando las mejillas porque aún no me lo creo.

—Afirmativo, comandante. Soy yo, vivito y coleando.

—¿Cuánto tiempo ha pasado, soplagaitas insubordinado?

—Unos añitos, comandante.

—Ya te lo digo yo. —Enjamio hace una pausa efectista, como si consultase algo en una agenda—. Cinco años, tres meses y seis días, lo tengo por aquí anotado.

—Si usted lo dice.

—¿Cómo le va a mi rebelde favorito? ¿Sigues metido a detective privado y creando problemas? ¿No te han retirado aún la licencia?

—Sí y no.

—Explícame eso.

—Sigo de detective, pero procuro pasar desapercibido y eso me ayuda a conservar la licencia. —Enjamio suelta una carcajada—. Ya sabe que soy duro de pelar. También sigo con la misma empleada.

—¿Josefina? ¿Aún te aguanta? —dice Enjamio con sorpresa—. Eso es señal de que has madurado.

—No sé si madurar sería el término. Me he convertido en una pieza más del engranaje, en un miembro más del rebaño. Como tres veces al día, procuro beber dos litros de agua y pago mis impuestos. Además, he adoptado el hábito saludable de madrugar y de trabajar duro, como todo quisqui en este país.

—Me reconforta oír eso, Risto. Ya iba siendo hora de que dejaras los excesos y te corrigieras. Solo te falta hacer un poco de ejercicio para encontrarte en plena forma. *Mens sana in corpore sano*.

Enjamio conserva el carácter paternalista de los altos cargos militares, esa suerte de necesidad ancestral que anida en los cromosomas castrenses de velar por el bienestar de los subordinados.

—Intentaré seguir su consejo, comandante. Usted y su familia ¿bien?

—Mi familia es la Guardia Civil y todos estamos en plena forma. ¿Qué se te ofrece? Porque estoy seguro de que esto no es una llamada de cortesía.

—Acierta como siempre, comandante.

Enjamio carraspea.

—Ya sabes que mi ayuda tiene ciertos límites.

—Soy consciente de ello.

—Entonces al toro, tengo la mesa llena de montañas de papeles y me espera una mañana apretada. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Verá comandante, acabo de empezar a trabajar en un caso y necesito asesoramiento profesional.

—¿De qué se trata?

—Un robo de obras de arte.

—¿Importante?

—Mucho.

—¿Tu cliente también es alguien importante?

—Así es.

—Bien, ahora vamos a juntar esas dos oraciones a ver si obtenemos algo de provecho —dice el comandante con sobriedad—: Estás trabajando en un importante caso de robo de importantes obras de arte para un cliente importante. Umm… ¿Lo he hecho bien?

—¿Me está tomando el pelo, comandante?

—No, ¿me lo tomas tú a mí?

—Ni se me ocurriría.

—Entonces deja de explicarte como si fueras bobo. ¿Lo pillas?

—Lo pillo.

—Pues déjate de rodeos. ¿Quién es tu cliente y qué le han robado?

Conrado cierra los ojos un instante y transcurren unos segundos de silencio.

—¿Podemos dejar esos detalles para más tarde?

Enjamio se pasa una mano por la cara y resopla.

—Risto, estoy muy ocupado. Te regalo treinta segundos más de mi tiempo, después esta conversación se autodestruirá.

—¿Cómo en *Misión imposible*?

—Exacto, y si te ves incapaz de mover la primera ficha, empiezo yo. No me consta ninguna denuncia en fechas recientes sobre algo de relevancia. ¿Tu cliente ha denunciado el robo?

—No, ni piensa hacerlo.

—Pues lamento oírlo. Ya sabes que la máquina necesita un empujón para ponerla en marcha. Esto nos ata de pies y manos.

—¿Podemos hablar de forma extraoficial, comandante?

—Siempre que no me quieras hacer copartícipe de alguna fechoría. Tienes treinta segundos extras de tiempo.

Conrado le sintetiza en unos minutos y muy por encima la esencia del caso y responde un par de preguntas de Enjamio.

—Voy a hacerte un par de consideraciones para que sepas el terreno que pisas, Risto. Las bandas que saquean mansiones de

millonarios son peligrosas organizaciones criminales que como norma general tienen ramificaciones internacionales y muchas veces están relacionadas con el narcotráfico. ¿Te suenan los cárteles mexicanos, los señores de la droga o la mafia rusa? Pues todos esos están metidos en el ajo. Así que ándate con pies de plomo, porque estás a punto de adentrarte en una ciénaga donde solo se mueve gente sin escrúpulos y chacales. No tienes ni idea de a lo que te enfrentas, ¿verdad?

—Empiezo a ver un brillo, pero poco más. Por eso necesito su ayuda.

—Pues te lo voy a poner más negro aún; vas a emprender una senda peligrosa y resbaladiza, un camino lleno de profundos socavones que termina en un precipicio. Concrétame qué le han robado a tu cliente.

Conrado duda unos instantes, hasta que oye resoplar a Enjamio en el auricular.

—Tu tiempo se acaba, Risto.

—Los ladrones se llevaron tres cuadros de Francis Bacon, joyas familiares, una colección de monedas antiguas y un broche de oro al que atribuye más de dos milenios de antigüedad y un valor incalculable. La prioridad de mi cliente es recuperar el broche. —Se produce un silencio en el que no se oye nada en el auricular. Conrado eleva las cejas—. ¿Ocurre algo, comandante?

—Sí, ¿eres consciente de las barbaridades que acabas de decir?

—No le entiendo.

—Todas las obras de Francis Bacon están inventariadas y a buen recaudo.

—Estas no.

—Eso es imposible, ya te lo digo yo, que soy un admirador. Y en cuanto a broches milenarios perdidos… Creo que te han colgado una milonga, una película de Indiana Jones, Risto. ¿Quién es tu cliente?

—Prefiere guardar el anonimato, comandante.

—Pues creo que no puedo ayudarte, porque no sé nada de esos cuadros y, que yo sepa, no corre ninguna maravilla milenaria por las calles de Extremadura, Castilla la Mancha, ni Galicia. —La respiración del comandante silba en el auricular a modo de ultimátum—. ¿Cómo es ese broche?

—Es un hipocampo, ¿sabe lo que es?

—En términos mitológicos un monstruo marino. ¿Con quién crees que estás hablando? ¿O es que piensas que al primer lelo que pasa por aquí le ofrecen mi sillón para que ponga el culo en él?

—Ni mucho menos —dice en tono de disculpa Conrado.

—Bien, ¿qué más puedes contarme de tu hipocampo?

—Es una figura mitad pez y mitad caballo, con alas.

—¿Cómo lo ha conseguido tu cliente? ¿De dónde lo ha sacado?

—Si se lo digo solo tendrá que meter cuatro palabras en Google para saber tanto como yo, comandante.

—Pues ahórrame el trabajo, ya sabes lo poco que me fío de los ordenadores y de esa fullería para incautos llamada internet. —Conrado vacila unos segundos—. ¿Sigues ahí, Risto?

—Todo apunta a que procede de Oriente Próximo.

Se produce un silencio inquietante en el auricular.

—¿Sabes lo inmenso que es el Cercano Oriente? ¿Has estado allí alguna vez? Supongo que no. Hablas de millones de kilómetros cuadrados de extensión y de una veintena de países. Ni te imaginas la variedad de lenguas y dialectos que chapurrean en aquellos parajes. ¿Puedes ser más concreto?

Conrado cierra los ojos. A ese paso el comandante va a tener tanta o más información que él. Durante unos segundos valora si eso puede ser bueno o malo. Enjamio es un gigante, siempre lo ha sido y por eso siempre lo ha admirado.

—Procede de la antigua Turquía —dice por fin.

—Mmm…, te habías quedado en blanco. Estaba empezando a creer que te faltaba oxígeno en el riego sanguíneo. Así que un hipocampo de más de dos mil años de antigüedad y originario de la antigua Turquía —dice el comandante con voz monocorde, casi para sus adentros—. Pues estás bien jodido, Risto.

—¿Por qué, comandante?

—Porque de ser así te vas a meter de lleno en una fosa séptica; y de rebote yo, si te ayudo. —Enjamio exhala su aliento en el auricular y hace una pausa artificiosa—. Viene desde lejanos confines, Risto, pero siento ese tufillo en la nariz. ¿Tú no?

—No sé a qué se refiere.

—Chanchullos diplomáticos, Risto. ¿No hueles la podredumbre de altos funcionarios corruptos que expolian el patrimonio de sus países para enriquecerse? Supongo que aún no entiendes la magnitud del asunto. Si todo lo que me has explicado es cierto, tienes una patata caliente en las manos. No te ofendas Risto, pero el propósito está muy lejos de tus posibilidades. Además, te recuerdo que la Ley de Seguridad Privada obliga a los detectives a denunciar los hechos delictivos con los que se tropiecen durante el transcurso de una investigación. Incumplir esa obligación acarrea graves consecuencias, como perder la licencia. Así que, si tu cliente no lo denuncia, te aconsejo que lo hagas tú y que guardes una copia en lugar seguro. Recuerda que tienes mucha suerte de estar hablando conmigo.

—Gracias comandante, pero esta investigación acaba de empezar. De momento no puedo afirmar que todo lo que me haya explicado mi cliente se ajuste a la realidad. Ni tan siquiera que ese broche exista.

—Entonces, ¿por qué te molestas en pedir mi ayuda?

—Porque he visto vitrinas con cristales de seguridad destrozados y paredes donde antes había cuadros que ahora están desnudas. Además, a mi cliente le han arreado una buena tunda.

El comandante Enjamio reflexiona unos instantes.

—Sigue.

—Por regla general, los clientes nunca se sinceran del todo, estoy acostumbrado a eso y a tener que leer entre líneas. Hay algo en este caso que me dice que si tiro un poco del hilo acabaré averiguando la verdad.

—No pongo en duda que seas un genio en eso, Risto. Pero vas a tener que vértelas con gente muy peligrosa, gente que no lee de izquierda a derecha como tú, si no al revés y de abajo arriba. Eso me hace temer por ti, porque te vas a tener que codear con lo peorcito. ¿Vas a decirme de una puñetera vez quién es tu cliente? No me largues el rollo de la confidencialidad, porque ahora mismo estás en Dodotis. ¿Lo pillas?

El detective se pasa una mano por la cara y resopla fuera del auricular. De momento le está dando más de lo que recibe, pero así es Enjamio; le hará sufrir un poco y se apuntará un tanto cuando le ayude.

—¿Sigues ahí, Risto?

—Sí, comandante, el cartero ha llamado al timbre.

—Y una leche.

—Bien usted gana, mi cliente es un financiero de origen suizo.

—¿Ya estamos otra vez?

—¿Con qué, comandante?

—Con las adivinanzas. Bueno, ahora ya sé algo más sobre tu cliente —dice Enjamio con sorna—. La siguiente pregunta es si ese inversor de origen suizo atiende a alguna palabra mágica, digamos a un sustantivo. ¿Pasó por la pila bautismal?

—De momento no puedo revelar su nombre, entiéndalo.

Enjamio despega el auricular de su oído y lo observa como si pudiera ver a Conrado dentro de él con cara de póquer. Se hace un silencio duro. El detective sabe que el comandante se está molestando, como sucede siempre que trata con él. ¿Cómo se soportan? Es un misterio.

—Bien, voy a hacer como que me chupo el dedo —dice Enjamio con un tono de voz frío—. Quieres guardarte una carta, lo entiendo. ¿Cómo has conseguido a ese cliente?

—Por Ricardo Zanzíbar.

—¿Zanzíbar? ¿Aún te relacionas con él?

—Sí, ¿qué tiene eso de extraño?

—No pienses que subestimo tus poderes, Risto, pero Zanzíbar es un hombre retorcido y con un pasado oscuro. ¿Qué saca él de esto?

¿De qué conoce a tu cliente?

—Lo ignoro, solo sé que les une un vínculo de amistad.

—¿No has podido desentenderte del asunto?

—Comandante, me defiendo en este negocio, pero también tengo que arreglármelas con el fisco y la Seguridad Social, que con esos no se juega. Y pagar el alquiler, el Colegio de Detectives, los seguros, el salario de Josefina, los suministros energéticos y otros imponderables.

—Vale, vale… Si pretendías enternecerme como a un bizcocho lo has conseguido. Pero no sigas llorando como un colegial, el sargento Evaristo Conrado que recuerdo tenía anticongelante en las venas y puntos de soldadura en los lagrimales.

—Pues ahora gasto una caja de pañuelos diaria y sangro cuando me afeito. El tiempo no ha pasado en balde, comandante. Necesito este caso para levantar cabeza.

—Eres un zorro, Risto. Lo sabes, ¿verdad?

—Solo soy un hombre que nunca estuvo a la altura de su potencial, comandante.

Enjamio suelta una carcajada.

—Quiero ayudarte, de hecho lo voy a hacer. Pero no me gustaría enterarme de que has puesto un pie al otro lado de la raya. Si eso sucede, sufriré un ataque de amnesia y tendrás que apañártelas tú solito. ¿Lo pillas? No confundas la cortesía con otros términos.

—Lo tendré muy en cuenta, mis pasos serán firmes y siempre a este lado de la raya.

—Eso espero. —Se produce un nuevo silencio. Por el sonido de papeles, Conrado intuye que Enjamio consulta una libreta o una agenda—. Estás de suerte —dice el comandante por fin—, ahora mismo tengo en Barcelona a alguien que puede echarte una mano. Se trata de Fuentes, podría hacer ponencias en la universidad sobre la vida y milagros de Eric el Belga y otros tantos tipos de su calaña. Con eso te lo digo todo. Le daré tu teléfono y le pediré que contacte contigo hoy mismo.

—Eso estaría muy bien, comandante.

—Pero quiero advertirte una cosa, Risto, aunque nos separen seiscientos cincuenta y nueve kilómetros de distancia, voy a fiscalizar todos tus pasos al milímetro.

—¿Ha calculado los kilómetros, comandante?

—Es la distancia en AVE, memo. Por la autopista que pasa por Zaragoza hay seiscientos doce; estoy hasta las narices de ir de aquí para allí. Así que escúchame bien, no vas a pestañear ni a ir al baño a soltar unas gotitas de pipí sin que me entere.

—Sé que es capaz de eso y de más.

—No lo dudes.

—Bien, entonces ¿espero la llamada de Fuentes?

—Sí, tú espera sentado en un cojín cómodo.

Nada más colgar Enjamio, Conrado se queda pensativo unos momentos, después busca en internet el teléfono de la Oficina de Turismo de Turquía en Madrid. La llamada dura treinta minutos, lo que tarda en lograr hablar con un experto que domine español y este en hacer unas gestiones. Cuelga en el momento justo en que suena la cerradura de la puerta y entra Josefina con un sándwich de pechuga de pavo en una mano y el móvil y las llaves en la otra. Lleva un pantalón de chándal holgado, una sudadera de manga corta, mochila al hombro y deportivas de rejilla. Es evidente que acaba de salir del gimnasio, porque aún tiene el cabello humedecido, las mejillas enrojecidas y unas ligeras sombras alrededor de los ojos debidas al esfuerzo. Josefina practica *spinning*, aerobic y todo tipo de deportes de esos que te dejan sin aliento y para el arrastre.

Lo observa petrificada mientras se quita los auriculares.

—¿Has dormido en la oficina, Evaristo?

—¿Tendría este aspecto tan fantástico si hubiera pasado la noche aquí?

Ella echa un vistazo a su alrededor y arruga la nariz olisqueando el ambiente.

—No hay ceniceros llenos de colillas, no veo alcohol, tampoco ropa interior femenina… Quizá digas la verdad por una vez.

—Ignoraba que me tuvieras por un depravado insensible.

—Detecto un olor dulzón en el ambiente, pero no es perfume de mujer.

—¿Olor a fresas? —le pregunta mostrándole el cigarrillo electrónico.

—Ah, es eso. —De repente, Josefina se lleva una mano a la boca y con los ojos muy abiertos le señala—. ¿Qué te ha pasado?

—Alguien me tiró anoche una piña a la cabeza, pero se la devolví y creo que también le di.

—¿Una piña? —le pregunta ella confusa—. ¿Y dónde sucedió eso?

—En la casa de un millonario, ¿te lo puedes creer? Era de noche y todo estaba oscuro. Cuando ya me iba, cayó la piña del cielo y me dio en la cabeza.

—¿Y dices que alguien te la tiró? ¿Por qué?

—No tengo la menor idea. —Señala su mesa—. Siéntate, tenemos trabajo.

Josefina le da un bocado al sándwich, con la boca llena y cierta incredulidad, lo mira.

—¿Por fin voy a cobrar?

—Cobras todos los meses, no te quejes.

—Pero a plazos y nunca de manera puntual. ¿De qué se trata esta vez? —pregunta con absoluta curiosidad.

—Caza mayor, un asunto de arte.

Ella arquea el ceño con una mueca de escepticismo.

—¿Arte? Nunca hemos llevado un asunto de arte, salvo aquel caso de robo de las lápidas para una funeraria, que yo no clasificaría en el apartado de arte, sino en el de necrológicas. ¿Es algo importante?

—Mucho.

Josefina deja la mochila en el suelo, se sienta a la mesa y apura el sándwich, después se limpia las manos y la boca con una servilleta. Mientras mastica el último bocado, lo observa a su manera avispada.

—¿Quién es el cliente?

—Un recomendado de Zanzíbar.

—¡Evaristo! —exclama Josefina a modo de recriminación, sacudiendo la cabeza con fatalismo—. ¿No recuerdas la última vez que trabajamos para él?

—Esto es diferente.

—Si Zanzíbar está cerca, no puede serlo.

Conrado se levanta y se sienta sobre una esquina de su mesa con una carpeta en las manos y señala la libreta de notas de ella. Josefina aparta a un lado la ingente cantidad de papeles que ocupa su mesa y coge un bolígrafo.

—Apunta: el cliente se llama Aldous Rapp, un financiero natural de Zúrich y afincado desde los tres años en Madrid, aunque reside en Barcelona desde hace bastante tiempo. Quiero que rastrees su obra y milagros.

—¿Internet y registros oficiales?

—Como siempre. Y si se te ocurre algo más, también.

—Pues marchando un completo —dice anotando algo en la libreta—. ¿Buscamos algo en concreto?

—Sí, atiende bien a lo que te voy a explicar.

Ante la mirada perpleja de Josefina, Conrado hace un relato exhaustivo que comienza por la llamada intempestiva de Zanzíbar, el accidentado encontronazo con sus dos ridículos captores y su cautiverio durante el traslado hasta la residencia de Aldous Rapp. La surrealista reunión que tuvo lugar con el hombre de la máscara de gato deja a Josefina atónita, tan pasmada que el detective tiene que jurar por su madre que todo lo que le está explicando es cierto de principio a fin. Al terminar, ella hace una inspiración honda.

—¿Seguro que no te dieron ningún alucinógeno, Evaristo?

—Tan solo un Dalmore de no sé cuántos lustros que me ofreció Aldous Rapp, ambrosía pura, costaba un riñón. No pude dejar pasar la ocasión.

Acto seguido, Conrado abre las gomas de la carpeta, saca una fotografía del hipocampo y se la pasa. Josefina la observa con fascinación.

—¿Este es el broche?

El detective asiente moviendo la cabeza muy despacio, como si confirmara un hecho poco común y extraordinario.

—Encontrar el hipocampo es nuestra prioridad. Míralo bien y guarda su imagen en tus retinas, tiene más de dos mil años de antigüedad.

—Los cuadros de Francis Bacon deben de ser sumamente valiosos, ¿por qué tenemos que centrarnos en el broche?

—Porque los cuadros son una donación privada y no están catalogados. Nadie certificará su autenticidad y por lo tanto son invendibles.

Josefina procesa la información unos segundos.

—En cuanto a la colección de monedas y las joyas familiares, ¿qué?

—Rapp piensa que el broche nos conducirá hasta el botín y yo también soy de ese parecer.

—¿Qué valor se supone que podría alcanzar ese broche?

—Su valor mercantil es incalculable, aunque según nuestro cliente, su valor metafísico es infinito. ¡Chúpate esa, boquita de fresa!

—No te entiendo.

—Su valor es el de la vida misma, ya que a lo largo de los tiempos la gente ha muerto y ha matado por poseerlo. Según la maldición, esas muertes han sido horribles y desgraciadas.

Conrado se explaya en los detalles de las espantosas muertes de las víctimas de la maldición y Josefina lo escucha desconcertada. Le explica con detalle antiguas gestas de saqueos y de robos, de guerras brutales y conflictos diplomáticos, y el papel de algunos mecenas, como el propio Aldous Rapp, que preservan obras de arte en peligro de desaparecer. Al terminar, el detective se pone en pie con aire pensativo.

—¿Qué me dices de los empleados de la casa? —le pregunta ella.

—Rapp tiene fe ciega en ellos. De todas formas, los investigaremos.

—Por lo que dices, todo apunta a que los ladrones conocían al dedillo la distribución de la casa y el sistema de alarmas, ¿eso no le hace dudar a nuestro cliente?

—Su seguridad es a prueba de bombas.

—¿Y los tipos de la furgoneta?

—Son esbirros de Zanzíbar y de esos me encargo yo. Fueron algo groseros, pero no creo que sean capaces ni de atarse los cordones de los zapatos sin ayuda.

—¿Reparaciones recientes en la casa?

Conrado niega con la cabeza.

—He estado mirando toda la documentación que me ha enviado

Rapp. Ninguna en el último año. Además, las lecturas de los contadores son telemáticas y recibe las facturas online. No te haces una idea de la burrada que paga al mes de luz, agua y gas.

—Entonces me centro en Rapp, será entretenido bucear en su vida. ¿Algo más?

El detective ladea la cabeza, se rasca el cuello y sonríe con mirada escurridiza. Josefina conoce aquel gesto, aquella sonrisa. Si estuviera ante un niño significaría que acaba de hacer una pequeña trastada; viniendo de él, intuye que la ha hecho bien gorda.

—¿Qué has hecho?

—He llamado a Enjamio, no te enfades conmigo.

Josefina llena los pulmones y de forma gradual sus labios se acortan y dibujan una línea fina y firme. Se levanta del golpe y su tono se torna más frío.

—¿Cómo se te ha ocurrido? ¿Has perdido el poco sentido común que te quedaba? Primero Zanzíbar y luego Enjamio. Esto es un *déjà vu*, una pesadilla.

—Va a ayudarnos, cálmate.

—Va a manejarte como a un monigote, eso es lo que va a hacer.

Josefina lo mira con furia unos segundos, después se vuelve, se mete en el baño con un portazo y se encierra.

Conrado sabe que a Josefina no le falta razón; implicar a Enjamio en algo concerniente a su materia profesional es como lanzar una lima en el patio de una cárcel y esperar que los reclusos no se den puñaladas con ella. De todas formas, tampoco espera que Josefina se esfuerce mucho en comprender los lazos indestructibles que les ligan, los remaches que unen para siempre a los hombres que han compartido calamidades y situaciones de intenso peligro; más que nada porque Josefina odia todo lo que tenga relación con su pasado en la Guardia Civil. Le ha hablado tanto y tantas veces de su anterior vida militar, que para ella la Guardia Civil es como una antigua amante despechada que un día lo tuvo de verdad y que puede volver a tenerlo cuando quiera, con tan solo chasquear los dedos. Ese sentimiento tan negativo no se debe a que esté enamorada de él y que lo suyo sea un amor imposible, sino a que su instinto le dice que es un iluso que sigue aferrándose a un pasado que debería enterrar bajo una tonelada de piedras.

Media hora después ella sigue sin hablarle, con toda su atención concentrada en la pantalla del ordenador. De cuando en cuando, Conrado le dirige una mirada suplicante desde su mesa, pero ella sigue a lo suyo, distante.

El móvil del detective vibra con un zumbido agudo. Cuando termina de leer el mensaje, se pone en pie y se tira de las mangas de la camisa.

—Es el contacto de Enjamio —dice—, un tal Fuentes. Me invita a almorzar en el Míchigan.

—Pues que te aproveche —contesta ella sin desviar la mirada de la pantalla.

El Míchigan es un legendario bar de la Travessera de Gràcia cuyas tortillas han sido durante mucho tiempo las más famosas de toda Barcelona. Según cuentan, Vázquez Montalbán se acercaba cada día a almorzar y provocaba encendidas discusiones con editores y otros escritores que frecuentaban el local, en esencia, para rivalizar con él. Así que esta vez el detective no podrá despacharse el habitual almuerzo dietético y bajo en calorías, acompañado con zumos naturales que acostumbra a tomar con Josefina en una de esas modernas granjas de la rambla del Poblenou. Mejor que sea así, porque presume que la charla de esa mañana con ella no iba a ser demasiado animada.

Conrado llega a eso de las diez y media. Nada más traspasar la puerta se le van los ojos al despliegue que hay en el expositor refrigerado de la barra: tortilla de patatas, tortilla de calabacín, tortilla de calabacín con patatas, tortilla de patatas con cebolla, tortilla de morcilla, tortilla de atún, tortilla de chorizo… Cualquier cosa a la que se le pueda añadir huevos tiene su representación en el Míchigan, aunque también disponen de raciones y tapas variadas de otros surtidos. Como ocurría con su famoso personaje, Pepe Carvalho, a Montalbán también le gustaba el buen yantar y buen beber.

El bar tiene una larga barra y la mayoría de las mesas están ocupadas por gente que mantiene charlas animadas y que mastica con fruición. Conrado echa un vistazo rápido y enseguida distingue a Fuentes del resto de los clientes. Su ojo clínico no falla. Está solo en una mesa, frente a la entrada, tiene unos cuarenta años, el cabello humedecido por una ducha reciente, rasurado a un milímetro exacto de longitud, y la cara ensombrecida por una dura y cuidada barba de dos días. A primera vista luce un aspecto más que saludable y una espléndida forma física. Toma una Coca-Cola Zero y mira absorto la pantalla de su teléfono móvil con un aura de confianza. El detective se acerca a la mesa, retira la silla y se sienta frente a él. En el suelo hay una bolsa de gimnasio.

—El Míchigan, has elegido un buen sitio —dice Conrado como de pasada, nada más hincar los codos en la mesa.

Él levanta la mirada, lo observa con especial detenimiento y se sonríe.

—No lo conocía, es la primera vez que vengo aquí. He buscado en internet un sitio cerca del hotel para tomar un almuerzo potente y, por los comentarios que he leído en TripAdvisor, me he decantado por este. ¿Te pilla muy lejos?

—Veinte minutos en metro, hace tiempo que he renunciado a coger el coche en ciudad.

—Estoy contigo, yo he venido caminando. ¿Te parece que nos metamos algo entre pecho y espalda?

—Desde luego —asiente Conrado—. Necesito coger fuerzas.

—Las vas a necesitar. —Y le guiña un ojo mientras le pasa la carta—. Pide lo que quieras para los dos, por lo que se ve aquí está todo de puta madre —añade paseando la mirada por las mesas de alrededor—. La gente pide sobre todo croquetas, ¿qué tomas?

—Una cerveza.

Levanta una mano y el camarero se acerca como un rayo, le pide una caña y otra Coca-Cola Zero para él.

—No sé por qué imaginaba que serías más joven —dice.

El detective despega la mirada del apartado de las tapas y levanta el ceño.

—¿Es que eso supone un problema?

—No, qué va. Pero no te llenes mucho, porque te voy a hacer sudar el almuerzo. Hoy me encuentro en plena forma.

Conrado abre un poco más los ojos, se recuesta en la silla y lo observa; descubre su mirada furtiva e incómoda, la sombra de una sonrisa siniestra en sus labios demasiado perfectos. Comienza a tener una extraña sensación de duda, el presentimiento de que ha cometido un desliz imperdonable para un viejo sabueso como él.

—Hasta las doce no podemos entrar en la habitación, así que comemos sin prisas y nos conocemos un poco. ¿Estás casado?

En el cerebro del detective se enciende una luz roja parpadeante, levanta una mano y fuerza una sonrisa que se aleja mucho de su propósito.

—Espera un momento, ¿sabes por qué estoy aquí?

—Supongo que por lo mismo que yo. ¿Te estás rajando o es que no te voy? Joder tío, si es eso me lo podías haber dicho cuando te he enviado las fotos, me habría ahorrado todo esto.

Mientras el camarero deja las bebidas en la mesa se produce un silencio instantáneo. Conrado prosigue en cuanto se marcha.

—¿Sabes quién es Enjamio?

—¿Un jugador de básquet? No tío, perdona, ese era Epifanio. ¿Qué pasa? ¿Esto es algún tipo de preliminares? ¿Ahora es cuando te levantas y dices que iba a ser tu primera vez y que no estás seguro?

—Me cago en mi puta vida —maldice Conrado—. Tú no eres Fuentes, ¿verdad?

—No tío, ¿qué pasa?

—Esto es un error.

La sonrisa que el detective tiene delante se esfuma.

—Ya decía yo que habías llegado demasiado pronto. Pero es que

has venido tan directo...

—Disculpa.

Conrado se pone en pie con la sangre en la cara, coge la cerveza, se vuelve y cierra los ojos. De pronto oye una risa floja, como de hiena histérica. Varias mesas más allá hay una mujer madura, oronda y ensortijada, de cabellos rubios y algo clareados en las raíces que lo llama con la mano, sonriéndose de oreja a oreja. Sobre la mesa tiene una jarra de cerveza colmada hasta el borde, un plato de olivas partidas y un periódico abierto por las páginas centrales. El detective se acerca intentando no llamar la atención.

—Vaya pardillo estás hecho —dice ella con sonrisa franca.

—¿Perdón?

—Lo he visto todo, ahora no intentes decir que no ha ocurrido.

—Y tú ¿quién demonios eres?

—Fuentes. Creo que me buscas a mí.

Conrado arruga el ceño.

—¿Qué haces aquí? ¿Quién te envía?

—San Epifanio —dice ella con una risita. Conrado sacude la cabeza y hace el gesto de volverse—. Me envían los hombrecillos verdes, en concreto uno con una estrella de ocho puntas en hombros y bocamangas. Tranquilo, Evaristo Conrado, armario con altillo andante. Siéntate. Ya has hecho el suficiente ridículo.

El detective escruta unos segundos sus ojos claros, su sonrisa abierta y atrevida. Se sienta, da un largo trago a su cerveza sin dejar de observarla por encima del borde del vaso y lo deja con fuerza sobre la mesa.

—Daba por sentado que Fuentes sería un hombre.

—Pues craso error —objeta ella con mirada calculadora, para luego sonreírse—. ¿Sabes que eso ha sido muy bueno? Tendrías que haberte visto la cara de sufrimiento que has puesto cuando te has levantado. Hasta parecías indignado.

—Bueno, incluso un buen podenco pierde el olfato con los años.

—Perro viejo no aprende nuevos trucos —dictamina ella mientras lo observa unos segundos fijamente, evaluando su potencial—. Vaya, vaya, vaya. Así que tú eres Conrado, los ojitos de Enjamio. Tenía ganas de conocerte.

—¿A qué viene eso de «ojitos»?

—Como te digo. Ponte en contacto con este número enseguida, se trata de algo personal —dice ella repitiendo las indicaciones del comandante con voz gutural y gruñona—. No hace algo así por nadie, ¿sabes? En los siete años que llevo con él es la primera vez que lo veo mojarse por alguien.

—Vaya, vivir para ver.

—Debe de tenerte en muy alta estima. Si no es eso, es que tienes

fotos guarras suyas y lo estás chantajeando.

Fuentes le guiña un ojo y al detective se le escapa una risita.

—Eso sería ilegal y me estaría jugando la licencia. Supongo que está empezando a entrar en una edad difícil —añade tras unos segundos. Conrado apura la cerveza, la mira con las aletas de la nariz dilatadas y hace un gesto con la cabeza—. No le contarás lo que acaba de ocurrir, ¿verdad?

—Es lo primero que pienso hacer en cuanto hable con él —señala ella con una expresión en la que es difícil adivinar si lo dice en serio o en broma.

El camarero llega con las cartas y observa a Conrado de una forma muy singular, como reprimiendo una sonrisa, porque los camareros, aunque parezcan atareados, se dan cuenta de todo lo que ocurre en su área de control. Fuentes rechaza las cartas con la mano, ya ha decidido lo que van a pedir: una ración de tortilla de patatas con calabacín, morcilla de Burgos, chocos, caracoles y pan de coca con tomate.

—¿No van a probar las croquetas? —pregunta extrañado el camarero.

—Vale, ponga dos de jamón y dos de cocido.

—Las de bacalao están para chuparse los dedos, nos las pide todo el mundo y se nos están acabando. Yo solo les aviso.

Conrado y Fuentes se miran.

—Ponga también dos de esas —dice él.

Mientras entona la comanda por el camino, el camarero va a la barra directo como un proyectil. Cuando llega al mostrador, tiene preparados la mitad de los platos. Mientras los acopia en sus manos mira hacia la mesa de reojo sonriéndose entre dientes, meneando la cabeza.

—Fuentes ¿es tu nombre real o de pega?

Ella se echa hacia delante y baja el tono de voz como si fuera a hacerle una gran revelación.

—De pega, pero todo el mundo me conoce así. Estoy tan acostumbrada a ese mote que si me llamas por mi nombre real puede que ni te oiga. Brigada Rodríguez —se presenta, alargando la mano. Conrado estrecha unos dedos gruesos y carnosos.

—¿Y cómo quieres que te llame yo?

—Fuentes, por supuesto, como todo el mundo. Enjamio me ha ordenado que contactara contigo enseguida, así que antes he hecho algunas llamadas para saber quién eras y la verdad es que tenía ganas de conocerte para comprobarlo por mí misma.

—¿Y?...

—Hace unos minutos eras un tío al que han estado a punto de darle por la canasta —dice con una risita, cubriéndose la boca con una

servilleta—, aunque yo diría que tengo ante mí a un jugador que espera buenas cartas, pero al que algún día se le acabará la suerte.

—Te has dejado en el tintero que nunca abandono una partida cuando estoy en racha.

—Sí, eso mismo. Vas de lince, pero pecas de ingenuo. Crees en brujas, eres de los que da dos oportunidades.

Conrado se queda pasmado, aquella tía con aspecto de vendedora de escobas es en realidad una ardilla sabia que salta de rama en rama a la pesca de bellotas y no deja ninguna sin mordisquear. Lo ha calado bien calado.

—¿Acaso eres psicóloga?

La brigada menea la cabeza.

—Tengo cincuenta y seis años y los zapatos muy gastados, solo eso. —Da un sorbo a su cerveza sin dejar de observarlo, después sigue hablando en el mismo tono—. He oído que diste un portazo y te largaste de Intxaurrondo con viento fresco. Que había algo que olía mal y que no quisiste taparte la nariz.

—En realidad, eso no fue así.

—Ah, ¿no?

—Un día me desperté, el uniforme había perdido color y se me había quedado pequeño. Aunque quizá también tenga algo que ver que no sé morderme la lengua.

—A menudo la boca mete a los hombres en más dificultades que la polla. Debes de ser un pozo de problemas.

—Ni te cuento, pero a cambio duermo a pierna suelta. —La brigada suelta una risa floja—. Intxaurrondo es agua pasada, una página más en un viejo calendario.

—Vale, de acuerdo, dejemos atrás el pasado y concentrémonos en el presente —dice ella mientras el camarero deja los platos sobre la mesa y comienzan a catar las tapas—. Eres investigador privado, tienes una oficina en la rambla del Poblenou, secretaria y te va regular. Como ves, sé algunas cosas sobre ti y tú nada sobre mí. A veces las cosas funcionan así.

El detective pasea la mirada a su alrededor con aire de fastidio, después se apoya sobre los codos y baja la voz.

—Eso no es del todo cierto, querida, porque yo apostaría a que en un pasado no muy remoto fuiste corredora de apuestas o profesora de flauta en un instituto.

Fuentes se atraganta con el trozo de tortilla que tiene en la boca y toma otro sorbo de cerveza.

—Joder, eso sí que ha sido un golpe bajo. Un golpe muy bajo.

—La mandíbula de cristal es solo apariencia. Tengo el puño pesado, una buena contra y nunca he tirado la toalla. ¿Qué?, ¿cada uno a su rincón?

La brigada levanta las manos en muestra de concordia.

—Bueno, a lo que íbamos. Le has pedido a Enjamio un experto en obras de arte y aquí estoy yo para joderte vivo. El caso es que después de cruzar nuestras espadas, me das buenas vibraciones. Así que dime cómo puedo ayudarte, puño pesado.

El detective toma aliento y en diez minutos la pone al corriente del caso.

Al igual que Enjamio, la brigada conoce infinidad de historias similares de magnates megalómanos que han sufrido en sus mansiones robos con violencia, premeditación, nocturnidad y alevosía, aunque opina que esos contratiempos no van más allá de lo que esos personajes traman a diario en los despachos de sus sociedades de inversión, en horario de oficina, con maletines de cuero y metidos en zapatos de mil euros.

—Es un robo de libro. ¿A qué se dedica tu cliente?

—Heredó una considerable fortuna familiar y se dedica a administrarla.

—¿Inversiones?

—Eso es lo que me ha contado, aunque aún tengo que investigarlo. Ando en ello.

—Esos cabrones no han amasado su dinero jugando al Monopoly.

La brigada se sonríe mientras se echa un trozo de morcilla de Burgos a la boca, Conrado intuye que está preparando la siguiente pregunta, porque lo mira sin dejar de masticar. La suelta con tono de inocencia.

—¿Qué le han levantado a tu cliente?

—Efectivo, una colección de monedas, joyas y tres retratos de Francis Bacon.

Fuentes deja de masticar y se limpia los labios.

—¿Tres retratos de Francis Bacon? ¿Tienes idea de lo que estás diciendo?

—¿Por qué nadie me cree?

—Porque es imposible. ¿Cómo consiguió esos cuadros? —Conrado se lo explica y ella se queda en actitud meditativa unos instantes—. Pues ese tipo debe de confiar mucho en tus aptitudes para encargarte semejante empresa, porque podría denunciar el robo y reclamarle al seguro, ¿por qué no lo hace?

—Porque no estaban asegurados, ni catalogados. Esas obras son desconocidas para el público en general.

—Aquí hay gato encerrado y quiero oírlo maullar.

—¿Tú también piensas eso?

—Por supuesto —dice la brigada asintiendo con determinación—. Enjamio también me ha contado algo sobre una reliquia, un hipocampo. —Durante otros diez minutos, ella lo escucha casi sin

pestañear. Al terminar comienza a tamborilear con las uñas sobre la mesa—. Así que un hipocampo de la antigua Turquía. Háblame de ese hipocampo, para ayudarte necesito saberlo todo. Te aseguro que cuando me levante de esta silla seré una tumba.

—¿Lo de ese tío también te lo callarás? —dice Conrado señalando con el pulgar por encima de su hombro.

La brigada mira y se sonríe.

—No, eso no. Ese entuerto no pienso olvidarlo, quedará para los anales de la historia, se explicará en las academias de policía y algún día los juglares escribirán canciones sobre ti.

La siguiente media hora, Conrado la dedica a contarle la leyenda del tesoro del rey Creso; la maldición; su venta ilegal al Museo Metropolitano de New York; su tortuosa recuperación; el posterior robo por el propio director del museo de Usak para pagar unas deudas de juego; y su nueva repatriación desde Alemania. Ella le escucha con total atención, pero también sin dejar de picar y masticar en ningún momento. Cuando el detective acaba con el relato de sucesos, la brigada pasea la mirada por las mesas de alrededor observando las raciones que se despacha la gente.

—Creo que deberíamos probar los tigres.

—¿Cómo? —dice el detective asombrado.

—Que deberíamos probar los tigres.

—Eso ya lo he oído, lo que quiero saber es qué opinas sobre lo que acabo de contarte.

—Ya conocía la historia del Tesoro Lidio —dice ella como si tal cosa. Conrado se cruza de brazos, se recuesta en la silla y la observa —. Sí, no te extrañes tanto, llevo demasiados años en esto y soy una experta. ¿Crees que hay algún mago que no haya oído hablar de Houdini? Pues en esto pasa lo mismo.

—¿Por qué me has dejado entonces que te largara todo el rollo?

—Para evaluar tu nivel.

—Me cago en mi puta vida —murmura Conrado por lo bajo—. ¿He aprobado?

—Necesitas progresar. —Ella se sonríe, con sus ojos claros, intensos—. Lo que ignoraba es que el hipocampo anduviera por aquí, en teoría debía estar en el museo de Usak.

—Lleva cerrado alrededor de un año por obras, no informan de eso en la página web del museo, pero he hecho unas gestiones con la Oficina de Turismo de Turquía en Madrid y me he enterado.

—Chico listo. —La brigada se limpia las comisuras de los labios con una servilleta mientras lo observa de forma reflexiva—. En cuanto a los cuadros de Bacon, cabe la remota posibilidad de que podamos recuperarlos, pero, como ya te ha dicho Enjamio, tiene que ser tu cliente quien ponga la máquina en marcha. La cuestión para nosotros

es dónde y cuándo aparecerán. Mira —añade tras una pausa que aprovecha para pinchar una croqueta—, no es que tengamos un censo, pero conocemos a toda esa gentuza. Las bandas que se dedican al robo de arte son siempre las mismas; estables y especializadas y solo dejan de actuar cuando las cazamos y las metemos entre rejas. Pero vuelven a cometer los mismos pecados en cuanto pisan la calle. ¿Sabes que todavía hay por ahí sueltos antiguos cómplices de Erik el Belga asaltando iglesias en media Europa? ¿Que todavía continúan apareciendo obras de arte procedentes del saqueo nazi? No me cabe la menor duda de que esto es un robo por encargo, quizá de otro coleccionista, porque una obra sin catalogar no se puede colocar en el mercado así por las buenas —dice chasqueando los dedos—. Si quien hizo el encargo quiere el botín para admirarlo en su jardín particular, estamos listos; pero si por alguna casualidad el material saliera a la luz, lo recuperaremos, ya que son piezas muy concretas y reconocibles. Muchas de esas obras robadas acaban en subastas legales después de un proceso de cambio de manos para blanquearlas, ¿lo sabías?

—¿Como la pasta?

—Como la pasta —repite ella con una risa floja—. Aunque, si tuviésemos que contar con la ayuda de los bancos para algo, estaríamos apañados. Pero en esto contamos con la inestimable colaboración de los galeristas, que antes de las subastas nos envían el catálogo con las piezas por si alguna fuera robada. El problema lo tenemos con las obras no catalogadas, máxime si no estamos al corriente de su sustracción. ¿Sabes que recuperamos más del cincuenta por ciento de las obras de arte que se roban en España? —Conrado suelta un silbido y aprovecha la proximidad del camarero para pedir otra cerveza—. A veces hemos tenido que ir hasta el culo del mundo a por ellas, pero las hemos traído de vuelta a casa. —En este punto, ella tuerce el gesto y observa al detective con una especie de decepción—. Ahora mismo esos cuadros podrían estar en Timor Oriental, en Laos hay un millonario asiático que se pirra por Francis Bacon.

—¿En serio?

—Como te digo, la ruta de los cuadros podría haber sido la siguiente: de Barcelona a Sicilia en barco; de Sicilia a Tailandia en avión; y de allí a Timor. A la galería privada de Chu Lí.

—¿Así se llama el tipo?

—Solo era un decir, hombre. Pero insisto en que no tienes más remedio que convencer a tu cliente para que denuncie.

—Por ahora eso no entra en sus planes, aunque su prioridad es recuperar el hipocampo.

—Pues no tienes más remedio que persuadirle para que lo haga,

ya lo sabes. Mira, en este mundillo nos hemos encontrado de todo, desde gente sin contemplaciones que es capaz de cortar la tela de un cuadro, o dejar sin un brazo a una estatua para que quepa en el maletero de un coche, hasta gente que ha arrancado una página de un códice para ofrecerla de muestra. Tus ladrones son profesionales y peligrosos, ya lo han demostrado, quizá llegados desde otra comunidad autónoma u otro país. Puede que si no han tomado la ruta de Laos, todo eso que buscas esté en manos de un intermediario esperando a que pase un tiempo prudencial antes de colocarlo en Alemania, Bélgica, Holanda o Italia. Schengen y la supresión de los controles fronterizos han acabado siendo una autopista para la circulación del arte ilícito, por no hablar de Estados Unidos o de Japón, donde hay gente con muchísimo poder adquisitivo y pocos escrúpulos. Te veo preparando la maleta y metiendo en ella media docena de pijamas. —Se sonríe Fuentes—. Aunque si sacan del país todo eso, la cosa se nos complica, ya que además de la dificultad para seguir la pista, chocamos con la legislación de esos países.

—¿Qué quieres decir?

—Que si no se puede demostrar la mala fe del comprador, la legislación internacional ampara la compra. Muchos casos han acabado con indemnizaciones al comprador para poder traer el material robado.

—Vaya —dice Conrado con decepción—, acabas de lanzar un torpedo contra mi línea de flotación.

—Vas a meterte en unos zapatos muy grandes, pero no desesperes, porque por otro lado también estás de suerte. Barcelona es uno de los puntos de la península que concentra mayor número de compraventas ilegales, y eso te va a dar una oportunidad. Oye… —dice de pronto con una gran sonrisa—, no estás comiendo nada. ¿Se te han quitado las ganas o es que preferías la compañía del otro tipo?

El detective mira por encima de su hombro, de reojo, el hombre de la mochila tiene compañía y mantiene una charla animada con otro individuo de hombros anchos. ¿Cómo ha podido cometer semejante torpeza? Coge un trozo de pan y lo moja con un tenedor en la salsa de los caracoles.

—¿Qué me dices de los narcotraficantes que pagan alijos de drogas con obras de arte? —le pregunta Conrado.

—Son casos minoritarios, aunque es otra posibilidad más que hay que tener en cuenta. El alto precio de las obras se utiliza en ocasiones para blanquear dinero de sus actividades ilegales. También hay políticos y empresarios que invierten en obras de arte cuando ya no saben dónde esconder el dinero que amasan con sus corruptelas.

—A más carne más gusanos.

—Así es.

—¿Por dónde piensas que puedo empezar?

—Pagando esto. Y saliendo por esa puerta con un cuchillo entre los dientes y muy mala leche, porque tienes más trabajo por delante que Noé con su arca. Pero si lo que más te interesa es el hipocampo, yo que tú empezaría por los chiringuitos que compran oro. Podrías tener suerte y quizá hayan intentado colocar alguna pieza menor del botín, por ejemplo, alguna de las joyas. A veces salta la liebre, aunque en este caso lo dudo. De todas formas, te servirá para ver desde la trinchera de qué va esto y poner en alerta a la calle. Investiga a tu cliente, a sus empleados y a su círculo más cercano, aunque imagino que eso ya lo habrás considerado. —Conrado asiente sin decir nada, pensativo—. Mira, yo voy y vengo de Madrid cada dos por tres, sacaré la antena y si me entero de algo contacto contigo. Aunque creo que aún es demasiado pronto para que se muevan las piezas en el mercado.

Conrado le dedica una mirada breve y aséptica, ella eleva el ceño.

—Tendrás que informar a Enjamio de nuestro encuentro, ¿qué le vas a explicar?

—Lo de ese tío lo primero, ya te digo. Pero por mi parte, tú tranquilo, soy inmune a tus encantos. Qué, ¿nos pedimos unos tigres? Tienen una pinta…

5
LESTER

La casa se asienta en una zona aislada y privilegiada de Pedralbes con vistas que dominan la ciudad. Se trata de mil metros cuadrados distribuidos en tres plantas, construidos con materiales de primera calidad y a todo lujo: suelos de mármol de Carrara, ascensor exterior panorámico, escaleras de caracol, una gran chimenea, *infinity pool* de agua salada con sistema de cierre automático, cocina con una despensa atiborrada con productos para *gourmets*, garaje con capacidad para siete vehículos —aunque ahora mismo solo duerman allí un BMW, un Porsche y un Ferrari— y un sofisticado sistema de alarma con infrarrojos, detección de movimiento, circuito cerrado de televisión y toda la pesca. Tampoco falta lo más imprescindible para un mafioso de primer orden como él: cristales antibalas en todas las ventanas.

Lester lleva media hora haciendo largos en la piscina. Es fornido, cargado de hombros, músculos grandes y poco definidos, aunque se mueve en el agua con la elegancia y agilidad de un delfín. Llega exhausto a uno de los extremos de la piscina, apoya sus poderosos antebrazos en la superficie de acero inoxidable y exhala varios

suspiros mientras observa el nocturno perfil urbano de la ciudad y se recupera del esfuerzo. Cada día le cuesta más trabajo meterse en el agua, aunque siempre llega a la conclusión de que ha merecido la pena.

La piscina irradia un sorprendente reflejo azulado. Lester sale desnudo, se mete en un albornoz blanco y va con pasos firmes hasta la mesa de teca dejando tras de sí un rastro de huellas húmedas en el entarimado. Sobre la mesa hay una botella del exclusivo V2 holandés sumergida en una cubitera rebosante de hielo y dos vasos anchos. Colma uno de hielo picado, lo llena hasta el borde con el mejor vodka del mundo y enciende un Marlboro. Mientras el V2 baja por su garganta, se acerca hasta la barandilla que rodea todo el entorno de la piscina y contempla la panorámica de Barcelona de forma prolongada.

Sobre su cabeza reluce una bóveda oscura cargada de estrellas y a sus pies la ciudad, lo que siempre ha anhelado. Pero ¿cuánto ha costado poseer todo aquello? ¿Cuánto ha costado llegar hasta allí? ¿Cuántos otros se han quedado en la cuneta? En todo caso, estar en la cima, estrechar manos extendidas en pomposas fiestas privadas de la alta sociedad, alternar en clubs exclusivos rodeado de modelos que se derriten por su compañía, cenar en restaurantes de lujo donde es recibido como un rey y en los que los empleados le rinden pleitesía y discuten por aparcarle el deportivo para recibir su generosa propina, vale su peso en oro. El resto son simples menoscabos, pérdidas menores, piedras que ha despejado de su camino con un merecido puntapié.

Su mirada se pierde en el oscuro horizonte: el mar, salpicado por las tenues y desordenadas lucecitas de las embarcaciones mercantes que se dirigen al puerto. Merece todo aquello por derecho propio, se ha ganado a pulso estar ahí, en la cumbre. Él es el pez grande que se come al chico. Pero ahora tiene un problema que solventar y por eso lleva todo el día taciturno.

—Ivana —susurra sin volverse.

Su voz es suave y educada. Culta. Respetuosa. Pero suena con la misma frialdad y dureza que emplea siempre que tiene que anunciar acontecimientos dramáticos. El respeto es su premisa, sin respeto no hay nada. Aunque ello no significa un freno para ser implacable y dirigir con mano férrea a sus perros rabiosos: el bucarestino Borko Clamparu y sus salvajes rumanos; el ala experta en palizas, secuestros y extorsiones, a quienes tiene que recordar demasiado a menudo lo que significa la jerarquía.

Uno de sus gorilas que transita en silencio por el jardín, como un fantasma, extiende la mano y ayuda a la joven modelo rumana a levantarse de la tumbona desde la que lleva observándolo todo el rato. Ivana se aproxima en silencio hasta él, sus pies descalzos y con un

albornoz de algodón blanco a juego con el de Lester. Se coloca a su lado en la barandilla y mira de reojo su rostro serio, esculpido en piedra, sus ojos impenetrables despiden furia. Conoce el motivo que le ha llevado a estar de aquel pésimo humor todo el día: ella.

—¿Qué voy a hacer contigo, Ivana? —dice Lester sin pasión. Su mirada sigue en el infinito, pero su mente calcula todos esos meses de trabajo y dinero que ha empleado en el último golpe. Un esfuerzo que ahora puede irse al traste por una simple estupidez.

—¿Qué quieres decir? —La voz de Ivana sale de su pecho a trompicones, sabe el significado de aquella frase a la perfección. Lester la ha pronunciado muchas otras veces en su presencia y es la antesala de decisiones drásticas, de sentencias irrevocables.

Lester se vuelve y la observa largo y despacio. La coge con fuerza por el brazo y la atrae hacia él. Ivana siente un intenso escalofrío en su espalda, una conmoción en todo su ser. Sus hombros tiemblan cuando sus miradas se encuentran.

—No me lo esperaba, Ivana. De ti no. Confiaba en ti. Hubiera puesto mi vida en tus manos y me has traicionado. Me has hecho daño, mucho daño, más del que imaginas. Ahora me obligas a hacer cosas que no quiero hacer.

Ella exhala un suspiro desolador y se lleva las manos a la cara.

—Lo siento Lester, de verdad que siento mucho haberte lastimado. No era mi intención. Por favor… —le suplica mientras las lágrimas comienzan a rodar por sus mejillas, entre sus dedos.

Lester la sujeta entonces por los hombros y la zarandea, ella comienza a sacudir la cabeza como si sufriera una convulsión.

—Se acabaron las mentiras, Ivana. ¿Cómo sabes la combinación de la caja fuerte?

Ella es consciente de que si algo puede salvarla en aquel momento de su ira es la verdad.

—He visto muchas veces cómo la abres.

Lester cierra los ojos unos segundos e inspira con profusión, llenando los pulmones de un aire de lujo y muy caro.

—¿Me has espiado?

—No. Yo te quiero, nunca hubiera hecho eso.

Le sacude una bofetada que baña de lágrimas saladas la brisa nocturna. Ivana traga saliva y gime.

—Entonces, ¿por qué? —pregunta sabiendo de antemano la respuesta.

—Por mi hermano.

—Gavril… —Tan solo su nombre le produce náuseas.

—Una noche que estaba sola llamó a la puerta, quizá estaba vigilando hasta que te vio marchar para acercarse. Como no era la primera vez que hacía eso, le dije que se fuera, que no podía estar

aquí, que no podía dejarle entrar. Lo que tú me dijiste que debía hacer. Me negué a abrirle, pero se arrodilló y comenzó a llorar implorándome que le ayudara. Dijo que debía dinero, que tenía una deuda con una gente muy peligrosa y que si no les pagaba lo matarían. Temblaba de miedo. ¿Qué podía hacer? Gavril es mi hermano, mi sangre.

Ivana baja la cabeza, Lester la coge por la barbilla y le besa el cuero cabelludo. Un beso protector bajo un cielo nocturno protector.

—Por dios Ivana, Gavril es un drogadicto, no te puedes fiar de él. Has intentado ayudarle muchas veces, pero siempre has fracasado. No puedes hacer nada más por él, se ha perdido, asúmelo. —Lester hace una pausa para encender otro cigarro, cuando expulsa la primera bocanada prosigue con la mirada puesta en el infinito—. Le prohibí acercarse a ti, le advertí que no volviera a poner los pies en esta casa y se ha atrevido a desafiarme.

Lester conoce bien la naturaleza autodestructiva de los yonquis. Si hay alguien capaz de hacer una memez o un desacierto, ese es un yonqui.

—No tiene a nadie más, Lester. Tienes que entenderlo. Vino a pedirme ayuda y me lo explicó todo temblando. Lloraba como un niño y yo no tenía dinero. Por eso se me ocurrió mirar en la caja fuerte.

Lester cierra los ojos, recuerda haber rescatado una vez a una jovencísima chica rumana de una vida que no deseaba en un miserable pueblo de los Cárpatos. Aquella chica que soñaba con ser modelo y salir de su prisión lleva ahora una vida de cuento de hadas rodeada de lujos y ha cumplido su sueño de ser modelo y salir en portadas de revistas. Pero ahora quiere pensar por su cuenta. ¡Qué decepción!

—Ivana, Ivana… —susurra meneando la cabeza—, la desgracia humana es infinita y la vida pinta más a drama que a comedia. Cuanto antes aprendas eso será mejor para ti.

Lester tiene esa capacidad dual: puede hacer la reflexión más profunda para a continuación acometer la brutalidad más atroz. Ivana le coge la mano y lo mira con sus ojos empañados.

—Te he agradecido un millón de veces todo lo que has hecho por mí y por mi familia, y te lo seguiré agradeciendo mientras viva. Pero se trata de mi hermano. ¿No eres capaz de entenderlo?

Él la sujeta por el mentón y le limpia con un dedo las lágrimas que resbalan por su mejilla. Ella mira sus ojos negros y obstinados que la observan con dureza.

—¿Por qué tuviste que darle ese broche?

—Pensé que con él tendría suficiente para pagar la deuda.

Lester sacude la cabeza y mira la panorámica de la ciudad.

—No comprendes las consecuencias, no tienes ni idea del

problema en el que me has metido.

—Dime cómo puedo ayudarte.

—Es más complicado que eso, Ivana. ¿Te dijo a quién le debía el dinero?

—A un camello que frecuenta el Boogie, un tal Eric.

—¿El Boogie? —pregunta Lester.

Desde el despegue de su carrera, Lester alterna en exclusiva en los círculos correctos: la zona alta de la ciudad, donde concurre la gente adecuada. Nunca baja más allá de la plaza de Catalunya, considera poco favorable para su posición visitar aquella zona de la ciudad tan innoble y deprimente. Y ahora tiene que volver allí, a aquel tugurio de música underground en los infiernos de la ciudad.

—¿Cómo es ese tal Eric?

—Un chulo de unos veinticinco años, medio rubio, barbita, cazadora negra y piercings en las cejas.

—Me describes a la mitad de la gente que encontraré allí.

—Le falta un dedo, bueno, una parte de un dedo. ¿Qué piensas hacer, Lester? Dímelo.

—Lo primero recuperar el broche. —La mira pensativo—. Mañana cogerás un avión y te irás a casa de tus padres una temporada. Le diré a alguien que te lleve al aeropuerto.

—¿Cuánto tiempo tendré que quedarme allí?

—No lo sé, hasta que se solucione todo esto. ¿No quieres ver a tu familia?

—Claro que sí, pero ¿cuánto tiempo será? ¿Días, semanas, meses?

La mira un solo instante y ella comprende que el asunto queda zanjado.

Lester es consciente de que si no toma ninguna medida rápida, aunque sea dolorosa, los rumanos pensarán que se está volviendo débil. Eso lo colocaría en una situación vulnerable, y un hombre de su posición no puede permitirse semejante contratiempo. Cualquier signo de debilidad puede conllevar una profunda pérdida de respeto, y eso puede ser peligroso para él.

Ivana baja los ojos.

—¿Volverás a por mí?

—Claro, no voy a dejar que te pudras en aquellas montañas.

—¿Cuándo?

—Te repito que no lo sé, cuando se acabe todo esto.

—¿Y Gavril?

—Tranquila, Gavril se reunirá con vosotros, pero más tarde.

Lester dirige la mirada hacia las diminutas luces que transitan sin orden aparente el mar lejano, pensando que la única reunión posible de Gavril es con sus ancestros y cuanto antes mejor. Y allí está el mar. Una inmensidad profunda y lóbrega que lo engulle todo. ¿Cuánta

gente ha desaparecido en sus aguas sin dejar rastro? Sin duda, el fondo del mar es el lugar más adecuado para acabar de una vez y para siempre con aquel problema enquistado llamado Gavril.

Gavril ha ido de fiesta y sale colocado a la calle, se ha metido caballo, coca, anfetas y se ha fumado unos cuantos canutos. Ha sido lo que se dice una fiesta guay del Paraguay, pero nunca hubiera imaginado que aquella noche daría su último y corto garbeo por el Eixample.

Un Lexus RX con cristales ahumados lo aborda en un paso de peatones de la Diagonal, la ventanilla de atrás baja y una mano lo anima a acercarse. Un tío con acento del Este lo invita a subir y dentro suena U2 y huele a maría desde un kilómetro de distancia. Gavril mira a izquierda y derecha, no hay nadie más por las calles salvo aquellos paisanos. Además, esa noche no tiene donde caerse muerto, así que sube como un corderito para ir directo al matadero.

Una pequeña embarcación parte del desolado puerto deportivo del Fórum, inquietante y tranquilo a esas horas de la madrugada. Nada más abandonar la zona de atraque y ganar la bocana, revoluciona de forma gradual sus motores hasta alcanzar los veinticinco nudos, después navega mar a dentro a velocidad constante con el piloto automático. Dos horas más tarde, sus motores se detienen.

La embarcación se mece al vaivén de las olas y no se divisa destello de luz alguno en varias millas de distancia. En la cubierta, tres hombres enfundados en neoprenos mueven un fardo tapado con una lona y cadenas de gruesos eslabones a su alrededor. Tras un pequeño forcejeo, lo lanzan por la borda como si devolvieran un pez al agua y esperan.

De nada sirven las súplicas. Gavril atrapa la última bocanada de oxígeno y contiene la respiración cuando su cuerpo es izado en el aire, después cierra los ojos con fuerza ante la certeza de lo que se avecina: el sonido de algo pesado rompiendo las aguas. El Mediterráneo lo abraza y lo digiere en completo silencio. Todo sucede muy rápido, con la celeridad que emplean los profesionales que están acostumbrados a esos rituales y no se entretienen con simplezas. Minutos después Gavril se ha reunido con sus ancestros.

Lester llega escoltado por sus dos perros guardianes, Charly y Mikel, dos monolitos de gimnasio que toman esteroides, anabolizantes y proteínas por un tubo y que esa noche van a tope de coca. Dos tíos nerviosos donde los haya. Los cuatro porteros del Boogie los analizan de arriba abajo: botas militares y chaquetones de cuero rígido. A ninguno de ellos se le escapa que para el calor que hace van demasiado abrigados. Además, bajo aquel disfraz de Matrix pueden esconder cualquier cosa, desde una catana hasta una Uzzi. Está claro

que no se trata de tres tíos más que llegan allí para divertirse, y eso los pone en guardia. Johnny les sale al paso con la palma de una mano por delante. Charly y Mikel se detienen frente a él y cruzan sus fornidos antebrazos sobre el pecho.

—Escuchad tíos, no queremos problemas.

Lester se sonríe, diplomático.

—Vamos, solo queremos tomar unas copas.

—No sé quiénes sois, pero creo que os habéis perdido. Aquí no tenemos bebidas de marca, solo servimos garrafa. Así que coged un taxi y volved a Marià Cubí.

Lester lo observa unos segundos de más.

—Tienes pelotas.

Johnny tiene huevos, sí. Cualquiera que tuviera enfrente a Lester y a las dos moles que le acompañan estaría cagado. Los músculos de aquellos dos tíos parecen a punto de estallar bajo los chaquetones y están deseando que les provoquen para tirarse sobre el cuello de alguien. Charly y Mikel se miran, balacean el peso de un pie a otro y cierran los puños. Pero Johnny no les tiene ningún miedo, porque es karateca y suda a diario sobre el tatami. Johnny ya tomaba el biberón metido en un kimono y ahora es cuarto dan. Está seguro de que con una patada circular alcanzaría en pleno rostro al tipo de la voz cantante y lo derribaría como a un bolo, aunque también es consciente de que en el jaleo él también podría recibir algún puñetazo, pero está acostumbrado a recibirlos.

De repente, la lona que cierra la entrada se mueve y sale un quinto hombre que se acerca a Johnny y desliza unas palabras en su oído. Entonces Johnny mira hacia la cámara que cuelga en un discreto rincón.

—Pasad —dice apartándose.

Descienden unas escalerillas de hierro. Cuando Lester y sus adláteres pisan aquel inmundo sótano que llaman sala de fiestas, Joy Division suena a toda pastilla y la gente baila como hechizada bajo las infernales luces estroboscópicas de la pista. Lester echa un vistazo y observa el talento que les rodea. Joder, solo hay morralla. Observa un instante por encima de su hombro y hace un movimiento de alerta con la cabeza, uno de los porteros ha bajado y sigue sus pasos. Van directos a la barra. Lester aparta con un empujón a cuatro chavales que hay acodados en el mostrador y mira los estantes. Johnny no mentía, están repletos de botellas de licor barato y garrafa, mitad por mitad. Pide el vodka más caro: un Smirnoff con hielo. El primer sorbo es como una patada en el estómago que lo remonta a los dieciocho años, cuando no podía costearse nada de más clase. Puro ácido de batería. Charly y Mikel no piden nada, ya se han metido suficiente coca. Se mezclan entre la gente y dan una vuelta alrededor de la pista.

La mayoría del público es veinteañero y los que se encuentran sobrios pueden contarse con los dedos de una mano. Por otro lado, el portero que los seguía ha desaparecido.

Una chica tambaleante y con mirada brumosa se acerca a Lester, arranca el vaso de su mano con una sonrisa idiota y le da un buen trago, después se lo pasa a Miriam, la amiga que le acompaña. Cuando quiere devolverle el vodka, el vaso está mediado y Lester lo rechaza con un gesto de desprecio.

—¿Qué haces aquí, tío? —le grita la joven moviendo la cabeza, intentando seguir el compás enloquecido de la música.

Lester se limpia con el dorso de la mano la lluvia de saliva que ha salpicado su cara. Acerca su boca al oído de ella.

—¿Cómo te llamas?

—Raquel.

—Oye Raquel, ¿puedes ayudarme a encontrar a un amigo? Se llama Eric, es medio rubio y le falta un dedo de una mano. ¿Le conoces?

Raquel se sonríe con una babilla blanquecina en la comisura de los labios.

—Claro, todo el mundo le conoce.

—¿Sabes dónde puede estar ahora?

—Puede que sí —responde moviendo la cabeza de un lado a otro como si le propusiera un juego.

Lester eleva el ceño.

—¿Qué significa eso?

—Que si vas a pillarle, que nos invites.

—Eres una chica demasiado lista, Raquel.

—¿Qué pasa? —pregunta Miriam metiendo la cabeza en mitad de la conversación.

Lester observa sus ojos turbadores y fríos, es la mirada de un zombi, lo que le lleva a preguntarse qué diablos se mete la gente allí y los efectos tan perjudiciales que tienen los psicotrópicos sobre los cuerpos débiles.

—Buscan a Eric —le grita Raquel en el momento en que el pinchadiscos sube el volumen del último éxito de Muse.

—¿Vais a pillarle algo? —le grita a Lester.

—Si lo encontramos.

Miriam levanta un dedo torpe por encima de sus cabezas y señala una luz en forma de flecha que hay en un rincón. Lester dirige la mirada hacia el lugar: los aseos. En ese instante Miriam se arquea de golpe, con una mano en el estómago, y vomita sobre sus propios pies. Lester la aparta con un empujón, la cháchara ha terminado.

Charly se queda fuera, Lester y Mikel irrumpen en los lavabos de caballeros. Allí hay un joven de barba rala, piercings en las cejas y

casquete de lana en la cabeza metiéndose coca a mansalva. Tiene la cartera encima del lavamanos y sobre ella hay dos líneas gruesas de polvo blanco. En ese instante se encuentra inclinado sobre la pica y sostiene en la mano un canutillo hecho con un billete de veinte euros, con uno de sus extremos metido en la nariz. El dedo índice de su mano es más corto de lo normal.

—¿Eric? —le pregunta Lester observando.

—¿Qué queréis?

Eric no tiene tiempo de inhalar. Tres rápidas zancadas y el puño de Mikel se estrella en su cabeza como una maza. Eric da una aparatosa vuelta de campana, pierde el casquete, el canuto sale disparado de su mano, la coca se disemina por todas partes como una lluvia de nieve fina y aterriza en el suelo de espaldas. Segundos después emerge una mirada dura en su campo de visión.

—¿Qué ha pasado, chaval? —La rasposa voz de Mikel llega como del más allá con tintes satisfechos, como una especie de eco infernal.

Eric se lleva las manos a la cara y sacude la cabeza.

—Era coca de la buena —dice mirando a uno y a otro—. ¿Qué cojones queréis?

A la voz de Mikel prosigue otra más amable y franca, la de Lester, aunque su mirada es incisiva como un estoque.

—¿Cómo te encuentras, Eric?

Una especie de bruma aletarga sus sentidos, pero una corazonada le dice que lo tiene mal. Sacude la cabeza de un lado a otro con vehemencia. ¿De dónde han salido aquellos dos energúmenos?

—No sé de quién me hablas, estáis confundidos.

—Entonces tienes suerte, no te mataremos —dice Mikel husmeando en su cartera—. Es él —gruñe un momento después con su carné de identidad en la mano.

Eric apoya los codos en el suelo, flexiona las piernas y se incorpora un poco, después se sonríe observando al grandullón que tiene delante.

—¿Qué te hace tanta gracia? —le pregunta Lester.

—Que tu gorila sepa leer, tío. Porque tú eres el que manda, ¿verdad?

Lester hinca una rodilla en el suelo y se inclina sobre él.

—Vaya, Eric, qué sentido del humor más inoportuno. En otras circunstancias hasta me reiría yo también. —Señala la amputación de su mano—. ¿Qué te ha pasado ahí? ¿Tenías el dedo del gatillo nervioso?

Eric lo mira sin pestañear, sabe que lo que se avecina no es nada bueno, pero no tiene ningún miedo, ha salido de situaciones peores y sigue allí para contarlo.

—Si quieres puedo explicarte lo que le pasó al cabrón que hizo

que lo perdiera.

—Ah, ¿sí? ¿Qué le pasó?

—Es una historia larga, pero puedo resumírtela.

—Adelante —dice Lester con un gesto—, estoy deseando escucharla.

—Le atravesé la cara con un cristal y después quemé su deportivo con un bidón de gasolina.

Lester se sonríe.

—Joder, Eric, qué malote eres. ¿Eso es lo peor que has hecho en tu vida?

—El cabrón gruñía como un cerdo mientras se asaba dentro del maletero.

—Vaya, ahora sí que me has impresionado.

Eric intenta incorporarse, pero la mano que Lester coloca sobre su cabeza como una losa se lo impide, se sienta sobre sus piernas flexionadas y escupe una flema roja.

—¿Vas a decirme de una vez qué quieres?

Lester lo observa unos segundos antes de decir nada.

—Quiero respuestas, así que piénsatelo bien antes de decir alguna idiotez más. Quiero el broche de oro que te dio Gavril para pagarte una deuda. Es mío y he venido a este sucio antro de mierda para recuperarlo. Sé que lo tienes tú. ¿Me he explicado bien? Dime que lo entiendes.

—Lo entiendo.

—¿Pero?... Porque siempre hay un pero que lo estropea todo.

—No sé quién es Gavril ni sé de qué broche me hablas.

Lester menea la cabeza con desilusión.

—No acostumbro a repetir las cosas dos veces, pero hoy voy a hacer una excepción. El broche es una figura con cabeza de caballo, cola de pez y alas. Gavril te lo dio. ¿Dónde lo tienes?

—¿Has dicho que se llamaba, Gavril? —se sonríe Eric.

Lester se pone en pie y lo mira desde ciento noventa centímetros de altura.

—No te conviene jugar conmigo, chico. ¿Qué has hecho con él?

—Iba colocado, no lo recuerdo.

Lester frunce el ceño y cabecea mientras reflexiona unos segundos. ¿Por qué la gente se empeña en obligarle a hacer cosas que preferiría no tener que hacer?

—Creo que no entiendes tu situación. Estás jodido, Eric. Muy jodido.

—¿Qué vais a hacer, darme una paliza o qué?

—Voy a ayudarte a recuperar la memoria.

Lester cruza una mirada fugaz con Mikel. El gorila alarga una mano férrea, coge a Eric por la cara, se la retuerce levantándolo del

suelo, lo lanza contra la pared y comienza a asestarle puñetazos y patadas en todo el cuerpo: en su estómago, en su pecho, en su cara y en sus piernas. Una buena paliza. Eric se protege con los brazos, pero cada vez que intenta devolver algún golpe, entra un puño devastador, así que continúa aguantando con la espalda contra la pared. Se mantiene en pie de puro milagro, la cabeza baila loca sobre sus hombros, el aire llega caliente a sus pulmones tras discurrir por un laberinto y algunas partes del cuerpo se están volviendo insensibles.

El mundo bascula como fotogramas a su alrededor cuando un minuto después se desploma. Lester se inclina sobre él y lo observa. Despacio, en tono apaciguado, le dice:

—Estás metido en un buen lío, hijo. Pero quiero ayudarte a solucionarlo. Ese broche no es demasiado valioso, pero sí muy importante para mí. Así que ayúdame a recuperarlo y te recompensaré.

Eric traga saliva, casi no puede hablar, su rostro es una máscara abrasada de dolor y por las comisuras de la boca expulsa una baba roja. Esboza una sonrisa, la sonrisa de los que no se rinden.

—¿Qué has hecho con él, hijo? Estoy teniendo demasiada paciencia contigo.

Eric escupe a sus pies y se limpia la sangre de la cara con la mano.

—Deja de llamarme hijo. Vosotros sí que no sabéis el lío en el que os estáis metiendo.

—Me lo estás poniendo difícil —dice Lester muy despacio—. Tienes un par, lo he visto con mis propios ojos, así que ya no has de demostrar nada. Ahora vas a decirme lo que quiero saber y te dejaremos en paz.

—Vete a la mierda, cabrón.

Lester cierra los ojos y vuelve a sacudir la cabeza, un momento después mira a Mikel.

—Que entre en razón.

El gorila se inclina, comprime la mano alrededor de su cuello y lo arrastra hasta el cubículo de un inodoro. Mientras le aplasta la cara contra los azulejos comienza a darle rodillazos en los testículos. Eric se dobla por el dolor, después llegan dos derechazos brutales a su cabeza.

Un pitido en el cerebro, un clic de desconexión y cae en redondo al suelo. Eric comienza un viaje, un rápido descenso hacia un profundo agujero negro. Una oscuridad tenebrosa le rodea, pero puede verse los pies, los brazos y el cuerpo como si se observara desde otra dimensión. En aquel lugar hace frío y mucha humedad. Transcurre un lapso indeterminado. Cuando vuelve a abrir los ojos vuelve el sonido. Mikel se está sacudiendo la polla después de mear sobre él. Mira a su alrededor, se encuentra sobre un charco de orines, vómitos y sangre,

también hay varios dientes esparcidos por el suelo.

Lester arranca un trozo de papel higiénico y se lo tiende para que se limpie.

—Das asco, Eric. Mírate. —Eric se observa y se sonríe—. ¿Qué pasa ahora?

—No tengo lo que buscas.

—¿Acabas de recuperar la memoria?

—Acabo de ver lo hijo de puta que eres.

—¿Qué has hecho con ese broche?

—Lo vendí.

—¿Por qué tengo que creerte?

—Mírame bien, ¿estoy en condiciones de mentir? Se lo vendí a un tío que compra oro en La Rambla.

Lester frunce el ceño.

—¿A quién? Quiero su nombre.

—Se llama Marlon y va por el Cosmos. Búscalo allí.

—Así que Marlon —repite muy despacio—. ¿Te suena? —le pregunta a Mikel. El gorila dice que no con la cabeza—. Por el Cosmos pasa mucha gente.

—Pregúntale a un camarero que se llama Paco. Él te dirá como puedes encontrarlo.

Eric vuelve a escupir una flema roja que se confunde al instante con la mezcla de fluidos que hay a su alrededor.

—Si nos mientes te machacaré y tendrán que buscarte con un microscopio —dice Mikel señalándole con un dedo.

Lester y Eric se estudian, Lester mira dentro de los ojos del chico, su mirada penetra por todos los recovecos de su cerebro y llega hasta los rincones más secretos de su mente, hasta los pensamientos más oscuros y escondidos. Por fin asiente.

—Te creo, todo esto no era necesario, podrías habértelo ahorrado.

Eric le sostiene la mirada, pero sus labios tiemblan de rabia.

—¿Tienes coche? Seguro que tienes uno con un buen maletero. —Lester frunce el ceño—. Pues no iba solo cuando asamos como a un cerdo a aquel hijo de puta en el maletero de su coche. ¿Lo entiendes ahora? No iba solo —repite como una amenaza—. No sabéis lo que habéis hecho, cabrones.

Lester mueve la cabeza cansado y molesto; molesto por el insulto, cansado por haber tenido que repetir tantas veces las mismas cosas y por su falta de consideración. Se hace a un lado y deja pasar a Mikel.

—Enséñale respeto.

Mikel levanta la bota y estampa el dibujo de la suela en su cabeza, varias veces, hasta que Eric pierde el conocimiento y sus oídos supuran sangre.

Antes de abandonar los aseos, Lester se refresca en una pica. Hace un embalse con las manos y deja que el agua corra por su cuello, su frente y sus mejillas. Después se sacude las manos y busca donde secarse. En ese instante repara por primera vez en lo que cuelga del secador de manos: un chaleco de cuero negro. Su mirada se queda clavada durante unos segundos en el emblema que lleva en el dorso, contiene la respiración y cierra un segundo los ojos. ¡Vaya, es uno de esos cabrones!

6
EVARISTO CONRADO

El calor sofocante de la noche es como una bruma de fiebre y el detective no consigue pegar ojo. En el pequeño botiquín del baño tiene todo un arsenal de pastillas que podrían ayudarle, pero desconfía de las píldoras que despachan los médicos de manera tan generosa y alegre. Por otro lado, es muy probable que muchas cápsulas ya estén caducadas.

Chiki duerme plegada sobre sí misma como una rosquilla, en absoluta calma. De pronto suelta un gruñido extraño y se incorpora de golpe. Mira a Conrado y se dirige hasta su mentón. Instantes después, ronronea de entusiasmo mientras restriega su hocico húmedo contra la barbilla de Conrado. El detective le rasca el cuello y cuando la gata se siente satisfecha, salta de la cama.

Conrado se levanta en ropa interior y entra en el salón de aquella casa grande y vacía, de paredes llenas de librerías rebosantes, con muebles robustos y pesados. Coloca en el reproductor el primer cedé que encuentra y antes de que comience la primera canción baja un poco el volumen. Los Allman Brothers comienzan a sonar. Los riffs de

los de Jacksonville le alientan para que se sirva un Chivas. Coge una carpeta y se deja caer en el sillón con el vaso colmado de whisky y de hielo, enciende un cigarro convencional, de los cancerígenos, y se coloca la carpeta sobre los muslos. Mientras observa cómo el humo inunda el salón, piensa en lo que diría Josefina si lo viera por un agujerito en paños menores y con las manos ocupadas en los vicios que más le repugnan: el tabaco y el alcohol.

Mientras fuma y bebe, rumia en el encargo de Aldous Rapp y llega a la conclusión de que es eso lo que le impide dormir: el hombre de temple debilitado con su ridícula máscara de gato, y por supuesto, el impredecible Ricardo Zanzíbar, otra vez en su camino. Mira con desgana la carpeta que reposa sobre sus muslos, un dosier que ha preparado Josefina pero que aún no ha tenido tiempo de leer. Se frota los ojos enrojecidos por el humo y la falta de sueño y se enfrasca con él.

Aldous Rapp es el sucesor y rico heredero de una influyente familia alemana de raíces nobles. El abuelo paterno de Aldous, Karl Rapp, fue socio fundador de una pequeña factoría de motores de aviación en Múnich, la Rapp-Motorenwerke, el embrión de Bayerische Motoren Werke. BMW. Tras el final de la Primera Gran Guerra, el Tratado de Versalles prohibió a Alemania fabricar motores para la aviación y Karl Rapp, tras fuertes desavenencias con sus socios, abandonó la fábrica.

Se trasladó a la región de Sarre, muy próxima a la frontera con Francia y allí fundó una gran industria siderúrgica, una obra de ingeniería faraónica de más de seiscientos mil metros cuadrados de superficie y con seis gigantescos altos hornos. La eficaz gestión del patriarca de la familia pronto convirtió a la fábrica en la mayor productora alemana de vigas de acero, rieles de ferrocarril, fertilizantes, amoníaco, bencina y otros subproductos de la combustión.

A la muerte del patriarca, Albert Rapp, el padre del hombre de temple debilitado, continuó con un próspero y consolidado negocio que ya se había expandido por toda Europa, parte de Asia y algunos países latinoamericanos. Pero el comienzo de los años ochenta llegó con una crisis que arrasó el sector y la fábrica no pudo afrontar la reconversión industrial. Poco a poco comenzó su declive, hasta que en 1986 cerró sus puertas. Entonces la familia Rapp se trasladó a Suiza, donde nació Aldous.

Conrado hace un breve alto para tomar un trago y fumarse otro cigarro. Al pensar en Suiza no puede evitar pensar también en chocolatinas y cuentas bancarias secretas.

A la muerte de sus progenitores, Aldous Rapp heredó incuantificables propiedades inmobiliarias, varias sociedades

mercantiles y una disposición de dinero en efectivo que rondaba los cien millones de dólares. Por lo que Conrado lee a continuación, el hombre de temple debilitado no se durmió en los laureles después de heredar tan ingente patrimonio; en la actualidad sus inversiones se diversificaban entre empresas de tecnología, comunicaciones, energía y farmacéuticas. Por una broma del destino descubre los lazos que le unen con Ricardo Zanzíbar, una modesta inversión de tres millones de euros en su farmacéutica.

Pero como los ricos nunca guardan todos los huevos en la misma cesta, Rapp también era propietario de numerosos edificios emblemáticos en zonas céntricas de ciudades como Berlín, Londres, Barcelona, New York y Madrid, todos ellos arrendados a conocidas marcas de joyería, importantes entidades financieras y famosas cadenas de tiendas de ropa. Por otro lado, también poseía una inmobiliaria que gestionaba una gran bolsa de propiedades de lujo en Mallorca.

El detective piensa en la extensa cantidad de ceros que deduce en las cuentas de Aldous Rapp. Ni en cien vidas que tuviera cree que podría reunir la milésima parte de ese patrimonio. Apura el vaso de Chivas y observa el cigarro consumido entre sus dedos. Vuelve a llenarlo y enciende otro cigarro. Largo rato después acomoda la cabeza en el sillón, cierra los ojos y se deja llevar.

Suena *Ramblin' Man*.

Hombre errante.

Conrado despierta con dolor de cuello y de espalda y con un molesto redoble de tambores detrás de los ojos. Mientras se prepara un café instantáneo en una cocina que tiene aspecto de no haberse utilizado nunca, escucha la radio. El locutor narra con voz frenética una noticia filtrada por la policía que va a obligarle a gastar zapatos:

«Durante el transcurso de la semana, la policía ha realizado la inspección simultánea de más de veinte comercios de compra de oro en el centro de Barcelona. Los agentes han revisado más de mil doscientos contratos de compraventa y a raíz de la sospecha de que en algunos casos las joyas tienen un origen ilícito, han abierto diligencias judiciales y ochenta y dos investigaciones».

A continuación, los tertulianos habituales del programa entablan una pelotera delirante y se enzarzan en un alud de afirmaciones sobre el comercio fraudulento de oro y el tráfico de diamantes de sangre. En pocos minutos convierten las ondas en una especie de gallinero, donde unas voces se sobreponen a otras y donde es imposible comprender nada. Conrado se harta de escuchar tanta vehemencia gratuita y proveniente de la Wikipedia y apaga la radio. Cuando se termina el café comienza a desvestirse camino de la ducha.

Veinte minutos después, con el cuerpo aún húmedo, una toalla

enroscada en la cintura y recién afeitado, llama a Josefina.

Conrado sale de la boca del metro de la plaza de Catalunya cuando el bullicio comienza a tomar las calles. No queda rastro de los perdedores de la noche anterior. El Zúrich queda a unos cien metros y su soleada terraza está colmada de turistas ojerosos que toman aguas minerales con gas y sorben cafés con hielo para combatir la resaca. Muchos de ellos llevan atuendos de playa para pasear por la ciudad y su desinterés por los protectores solares y por los melanomas es evidente. El detective recorre las mesas ojo avizor y enseguida distingue la melena salvaje y encendida de ella.

Tras sus gafas de sol, Josefina está concentrada en la pantalla del móvil y una gran sonrisa pinta toda su cara. Sobre la mesa hay un sándwich y un zumo. Conrado da un pequeño rodeo y se aproxima por la retaguardia para sorprenderla, aunque de pronto, ella inclina la cabeza hacia atrás y lo observa por encima de la montura de pasta, con mirada de funeral.

—¿Estás tonto?

—¿Por qué?

—Porque hace media hora que te he visto.

—Y yo que me creía sigiloso como una pantera. —Se sienta a su lado, se inclina sobre su teléfono móvil y echa un vistazo—. Podrías compartir eso que te hace tanta gracia.

Ella apaga la pantalla y se guarda el teléfono.

—Son cosas privadas.

—¿Algún ligue al que piensas darle calabazas?

Josefina lo mira arrugando el ceño con una mueca de irritación.

—¿Sabes que además de chulo y cotilla eres muy desagradable cuando te lo propones?

—Ni siquiera tengo que proponérmelo, fluye de manera natural. Son las graves secuelas de haber sido guardiacivil tantos años. ¿Qué comes? Por el aspecto parece algo saludable y nutritivo, aunque seguro que también insípido. —Conrado inspecciona más de cerca el sándwich—. ¿Pavo trufado? Me están entrando ganas de suicidarme.

—Por la mala uva que te gastas intuyo que has dormido poco y mal. ¿Qué pasa para que tengamos que vernos aquí de sopetón? ¿No teníamos que empezar entrevistando a los empleados de nuestro cliente?

—Sí, pero ha pasado algo.

Conrado fisga las mesas de alrededor, haciendo un poco de teatro, como buscando espías. Después le explica la noticia que ha oído esa mañana en la radio sobre las inspecciones que la pasma ha hecho en establecimientos de compra de oro de la zona.

—Eso ¿cómo nos afecta a nosotros?

—Quizá hayan intentado colocar alguna de nuestras piezas.

—¿Quizá?… ¿Has traído el inventario?

—Claro, ¿con quién te crees que hablas?

Ella mueve la cabeza y mira el reflejo del sol en la fachada de El Corte Inglés.

—¿Propones que nos pateemos el centro dando palos de ciego? Si me hubieras avisado, me habría traído un bastón blanco que guardo en alguna parte.

El detective encoge los hombros.

—Somos gente de recursos, no te preocupes.

Josefina piensa que su jefe debe tener unas décimas de fiebre. Menos mal que esa mañana ha decidido salir con calzado deportivo y ropa cómoda, porque en cuanto despunte el sol van a poder freírse huevos en el asfalto.

—¿Crees que si por casualidad damos con alguien que sepa algo nos lo va a contar por nuestra cara bonita?

—Te asombrarías de la cantidad de empleados mal pagados y resentidos que traicionarían a sus jefes a la primera de cambio.

Josefina abre unos ojos como platos.

—¿Pretendes ofenderme?

—No tonta, no lo decía por ti. Tú estás superbién pagada y mi confianza es a prueba de bombas. Además, me he propuesto hacer de ti una réplica de Sam Spade.

—Si no fuera porque eres mi jefe, te diría unas cuantas cosas. —Conrado se sonríe enseñando los dientes con una sonrisa de diablo, mientras ella sacude la cabeza—. Eres una calamidad.

El camarero se acerca a la mesa y Conrado pide un café americano. Mientras desayunan, aprovechan el tiempo buscando en Google el número de establecimientos que hay en las inmediaciones; hay tantos como bares. La crisis ha propiciado el auge de este nuevo tipo de empresas emergentes. Otra infección. Josefina propone descartar los más céntricos y comenzar por los situados en las calles menos transitadas y alejadas del turismo. De pronto, Conrado chasquea dos dedos con aire pensativo.

—¿Pasa algo?

—Casi se me pasa, tengo que buscar a alguien para que refuerce la seguridad de la casa de Aldous Rapp durante unos días, mientras las aguas se calman.

—¿Has pensado ya en alguien?

—Tiraré de agenda a ver a quién encuentro disponible.

—¿Te refieres a esa libreta raída y de páginas amarillentas que guardas como un tesoro?

—Exacto.

—Ahórrate el trabajo, un tercio de esa gente debe estar en la cárcel, otro tercio habrá cambiado de número y el resto ya estará en el

cementerio. Menuda colección de infarto esos colegas tuyos.

Conrado amusga la mirada, cierta razón no le falta a Josefina.

Minutos después se internan en el Casc Antic. El viejo barrio exuda una especie de halito húmedo, rancio y maloliente; la ventilación a duras penas entra en sus estrechos callejones y por las noches hay gente que hace sus necesidades en cualquier rincón. Josefina se pinza la nariz.

El contraste con la zona alta es abismal. Allí las amplias avenidas están pobladas de exquisitas *boutiques* de complementos, de joyerías de lujo, de cadenas de moda que huelen a perfume desde la entrada, de la Apple Store y de aspirantes a pijos. También de pretenciosos restaurantes de cocina vasca e italiana, donde cualquier familia puede dejarse un buen pico sin saber que su dinero servirá para blanquear beneficios de la esclavitud sexual, el tráfico de drogas o de armas. Y es que parte del lujo y del vicio que corre en las grandes avenidas del centro acaba en las arcas de la mafia rusa. Un montaje articulado por los mejores bufetes, lo que permite a los mafiosos pasearse impunes con zapatos de tres mil euros, corbatas de Hermès y conducir coches de lujo como ciudadanos respetables.

Solo muy de vez en cuando se les cae un muerto a sus sicarios en plena Rambla.

Conrado vomita toda esa mierda y Josefina se enfada con él, por recordarle que todas esas miserias humanas existen en el mundo. Toda esa maldad.

Toman la mala decisión de bajar por el abarrotado Portal de l'Angel, una de las calles comerciales de visita obligada, donde la aglomeración de paseantes convive con furgonetas de reparto, bicicletas, patines y pequeños espectáculos públicos improvisados. Van hombro con hombro y codo con codo hasta que cruzan la calle Canuda, doblan por Arcs y se internan en el dédalo de callejuelas estrechas y llenas de pintadas del casco histórico, hasta que dejan atrás la catedral de Barcelona, más concurrida por turistas interesados en su arquitectura gótica que por fieles comprometidos con sus homilías.

Quince minutos más tarde, cuando el sol comienza a arrasar, llegan a la calle Anselm Clavé, un pasaje de aceras diminutas, poblado de antiguas bodegas que sirven licores a granel, y donde aún queda alguna librería de segunda mano y demasiadas pensiones decadentes. El comercio que buscan resalta por sus rótulos grandes y llamativos de PVC amarillo fosforescente:

Compro oro.
Dinero al instante.
Oro por euros.
Sin límite de cantidad.

En ese momento hay una mujer muy alta y de extrañas piernas, con unos taconazos rojos. Discute con la empleada, una joven de unos treinta años atrincherada tras un cristal blindado. El habitáculo cerrado desde el que se faja con los ocasionales vendedores no supera los diez metros cuadrados. Sobre el pequeño mostrador hay un libro electrónico, una báscula de precisión, un juego de herramientas de relojero, una calculadora solar y un espray de pimienta. En el suelo, un ventilador gira de un lado para otro con su zumbido monótono y en el techo hay dos cámaras de seguridad. El detective se pregunta si en realidad grabarán o si serán atrezo.

—¿Vas a sacárselas todas? —protesta Tacones con una voz extraña y chillona, mientras la dependienta desmonta con unas tenacillas las piedras azules de un anillo.

—Son lapislázulis y no valen mucho. Si quieres, puedes quedártelas de recuerdo.

—Si no valen nada, ¿para qué las quiero? Solo necesito saber cuánto me vas a dar por ese puto anillo.

La dependienta encoge los hombros y dibuja una expresión de inocencia en su rostro. Cuando acaba de sacar las gemas, raspa el anillo en la piedra de toque y comprueba la pureza del oro con el ácido. Una vez que se asegura de que no es una estafa, lo pesa, teclea en la calculadora y hace una anotación en una libretilla.

—Cuatro gramos, a diecisiete euros el gramo de oro de dieciocho quilates, son sesenta y ocho euros.

—Eso es una mierda. Ese anillo vale más de doscientos pavos en la joyería.

La empleada vuelve a encoger los hombros.

—Esto no es una joyería, ya lo sabes. No puedo darte más.

Josefina y Conrado se miran, ella acaricia el anillo de plata con incrustaciones que lleva en el dedo.

—No sé lo que te costaría —murmura Conrado—, pero te apuesto lo que quieras a que esta pirata no te da más de diez euros por ese anillo.

Josefina lo hunde en la miseria con la mirada.

—Lo heredé de mi madre.

—*Sorry*.

El detective se mira los pies para disimular el calor que siente de pronto en la cara. Ahora Tacones saca un reloj de hombre de un bolsillo y lo cuela por la hendidura del mostrador.

—Tú, ladrona —dice—. ¿Y cuánto me das por esto?

La dependienta recoge el reloj con naturalidad, como si estuviera acostumbrada a que por aquella ranura entraran relojes de oro cada cinco minutos. Lo examina con gesto de experta y arquea el ceño.

—Es un Lotus de oro. ¿De dónde lo has sacado? Ya sabes que aquí

no compramos cosas robadas.

Conrado no se puede morder la lengua y hace un comentario.

—Se lo habrá encontrado.

Josefina le propina un codazo cuando la cabeza de Tacones gira sobre sus hombros como lo haría un robot y lo observa con ojos extraviados. Entre veinte y cuarenta años, es la aproximación más exacta que Conrado puede hacer de su edad. Lo mismo que en cuanto a su sexo, indeterminado, confuso entre el de un hombre y una mujer. Entonces cae en la cuenta de sus hombros anchos, sus extremidades gruesas y su altura, que *grosso modo* debe superar el metro noventa sobre aquellos zancos. Cuando Tacones mira otra vez a la dependienta, Conrado se inclina hacia Josefina y emite un susurro.

—Es un jodido travesti.

—Ya lo había notado.

Con voz chillona, casi hilarante, Tacones se pone de lado y explica la procedencia del reloj.

—Era de un mierda que no quería pagarme después de que se la chupara en el asiento de atrás. Le di una mano de hostias y se quedó sin anillo y sin reloj. Iba muy equivocado si creía que me iba a quedar sin cobrar el servicio.

—Ese mierda merecía una buena lección —dice Conrado—, seguro que no se le ocurre volver a hacerlo.

—Ya te digo. Además, ahora tendrá que inventarse una bonita historia que explicarle a su parienta. El muy cabrón llevaba una foto de su mujer y de sus hijos en el salpicadero del coche. Le dije: denúnciame y te quedarás sin esa pollita blanda y esos huevecillos que te cuelgan de la entrepierna. ¡Cornudo de mierda!

Conrado mira a Josefina, que se hace la despistada en el asunto.

—Valiente hijo de su madre —dice él.

—Sí, menudo hijo de puta.

Mientras tanto, la dependienta le ha sacado la correa de cuero al Lotus y comienza a abrirle la tapa con un pequeño destornillador plano.

—¿Qué vas a hacer? —se alarma Tacones, con la nariz pegada al vidrio de seguridad.

—Sacarle la maquinaria, no es de oro y no te la puedo pesar.

—Es un reloj suizo y seguro que vale más de dos mil pavos, a ver si me lo vas a joder.

—Tú tranquila, si no te interesa lo que te doy, te lo monto otra vez y santas pascuas.

El detective acerca la boca al oído de Josefina.

—No le va a dar ni trescientos euros por él.

Tacones se vuelve y los mira un momento, con los labios apretados.

—Cállate —murmura Josefina—. ¿Quieres que nos parta la boca?

La dependienta coloca el reloj destripado sobre la báscula y hace una rápida multiplicación con la calculadora. Sus dedos vuelan sobre las teclas con igual rapidez que vuelan las carteras en los transportes urbanos.

—Treinta y cinco gramos, lo que asciende a… quinientos noventa y cinco euros.

Tacones niega con la cabeza y acerca la boca a los agujeros.

—Eso es un robo, dame ochocientos o me voy. ¿No puedes darme ochocientos?

—Sabes que no. Si hago eso, mi jefe me mata.

—Anda guapa, me conformo con setecientos cincuenta. ¿Por qué no le llamas y le preguntas si puedes darme eso? Es un Lotus de oro, seguro que hace un buen negocio con él.

La dependienta mira a Tacones con cara de ofendida.

—Todo lo que compramos lo enviamos a fundir.

—Y yo que me lo creo. Anda, llámale.

—Dirá que no y se cabreará conmigo por molestarle.

—Pues le dices de mi parte que le den por culo.

—Dile también que busque un buen profesional para eso —dice Conrado con voz alegre.

Tacones se vuelve con cara de pocos amigos.

—¿Lo dices por experiencia? Mira tío, me estás tocando los cojones. ¿Buscas bronca o qué te pasa?

El detective levanta las manos y se sonríe.

—Está bien, voy a llamarle. —La empleada resopla mientras descuelga el teléfono. Mantiene una conversación breve—. Sí. Es un Lotus. Treinta y cinco gramos. Sí, es cliente habitual. No, quiere setecientos cincuenta. Vale.

—¿Qué te ha dicho?

—Que por ser tú, seiscientos cincuenta, pero que ni un euro más. Y que espera que no tengamos problemas con la policía.

Tacones cabecea mientras se decide. Conrado se acerca y observa los dígitos de la báscula a través del vidrio, marca treinta y cinco gramos de peso. Eso si no está trucada, claro, porque está seguro de que aquella gente es capaz de timar a su madre si apareciera por allí para vender una pulserita.

—¿Quieres algo? —gruñe Tacones.

—Yo que tú no me lo pensaría y cogería la pasta. Será la mamada mejor pagada de la historia.

—Tú no has tenido que meterte nunca un rabo sudado en la boca, ¿verdad?

—Ni espero tener que hacerlo.

Josefina está petrificada, tiene las orejas y los mofletes colorados

y contiene la respiración para que nadie note que está allí. El travesti apoya sus manos peludas de camionero sobre el cristal blindado y sacude la cabeza.

—Vale, está bien.

La dependienta asiente con amabilidad mientras anota la transacción en los libros y rellena el contrato. Desliza los papeles por la ranura para que Tacones lo firme. Cuando los recoge, mete el contrato en un sobre y lo guarda en una caja fuerte que hay empotrada en la pared. Le paga con billetes de cincuenta y de diez. El travesti los arruga en su mano y los guarda de cualquier manera en un bolso imitación de Dolce&Gabanna, después echa a caminar hacia la puerta taconeando con paso decidido. Antes de salir, se vuelve, mira a Conrado con ojos furiosos y le muestra un puño en alto.

—Tienes suerte de que tenga prisa, tarado. Si no, te ibas a enterar de lo que vale un peine.

El detective se vuelve hacia Josefina con la boca abierta y ella encoge los hombros.

—Te lo has buscado.

Cuando vuelve a mirar hacia la puerta, Tacones ha desaparecido y solo oye su repiqueteo alejándose calle abajo.

La dependienta ha estado tan enfrascada en los detalles de la compra que no tiene muy claro qué es lo que ha pasado al otro lado de su pequeño mundo, pero les dedica una sonrisa resplandeciente y optimista. Conrado intuye en su mirada una gran habilidad para leer las caras y catalogar a los clientes.

—¿En qué puedo ayudarles?

Como si fuera un agente especial del FBI en misión contra el narcotráfico, Conrado coloca una placa de la Guardia Civil vieja y descatalogada contra el cristal blindado y le devuelve la sonrisa. Pero la sonrisa del detective no es como la de ella ni por asomo, sino que es de viejo zorro. Los ojos que le observan desde el otro lado del mostrador se contraen y la mueca voluntariosa de la empleada muta a una expresión de contrariedad.

—¿Otra vez? Hace unos días ya estuvieron aquí unos compañeros suyos. ¿Qué ocurre ahora?

—No te hagas la listilla, olemos a pasma a un kilómetro y sé que nos has calado en cuanto hemos entrado por esa puerta.

—Lo sospechaba, es verdad.

—Pues nuestros colegas no se fueron muy satisfechos —dice al tiempo que introduce la yema del dedo en una marca circular del cristal blindado y arruga el ceño—. ¿Esto es un disparo?

—Sí, lo hizo mi jefe con su revólver.

—¿Con su revólver? —repite para ganar tiempo y ordenar ideas.

—Sí, tiene licencia de armas.

El detective mira a Josefina con intención.

—Lo comprobaremos, veremos si Búfalo Bill tiene licencia de armas.

—¿Por qué lo hizo? —quiere saber ella.

—Dijo que quería comprobar que el vidrio fuera blindado de verdad, no sea que lo hubiesen timado. Pero yo creo que lo hizo para impresionarme, ya sabe cómo son algunos jefes.

—Ni que lo digas —asiente ella devolviendo a Conrado una mirada burlona—. ¿Por qué crees que quería impresionarte?

—Supongo que para ligar conmigo.

—¿Te acosa?

—No, acosarme no. Más bien intenta seducirme, pero va listo, no me chupo el dedo. Tiene cincuenta años, está casado y tiene dos hijos.

—Bien —dice Conrado—, ahora que sabemos que a ese pichabrava le gusta impresionarte, facilítanos sus datos. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Juli, él se llama Juanjo Quílez Uriarte, pero ya tienen ustedes sus datos, se los di a sus compañeros.

—Sí, claro, claro… Pero nos gusta comprobarlo todo diez veces y otras diez más por si acaso.

Juli desliza por la ventanilla practicada en el cristal blindado la fotocopia de un documento donde constan los datos de Quílez y Josefina le hace una foto con el móvil.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando para él? —le pregunta Conrado.

—Dos años; uno en esta tienda y otro en una que teníamos antes en Sant Adrià del Besós. Pero aquella la cerró porque no paraban de atracarnos.

—¿Cuántos chiringuitos como este tenéis?

—¿Chiringuitos? —repite perpleja—. Pues tres.

—¿Funcionan?

—Nunca habíamos comprado tanto oro como ahora. Ya saben, la crisis.

—Pues muy bien, Juli, ahora abre bien los ojos y mira lo que te vamos a enseñar. Queremos saber si has visto alguna de estas piezas. —Se vuelve hacia Josefina—. ¿Quieres hacer los honores y enseñarle las fotos?

Josefina pasa tres fotografías por la hendidura del mostrador: la primera es del hipocampo; la segunda, de una gargantilla de oro blanco y perlas; la tercera, de una pulsera a juego con la gargantilla. Juli se coloca las gafas y al instante mueve la cabeza.

—No, nunca las he visto.

—¿Estás segura? Míralas bien, sobre todo la primera, esa del broche.

Juli vuelve a mirarlas y mueve otra vez la cabeza.

—Si hubiera pasado alguien por aquí ofreciéndome alguna de esas piezas me acordaría. Aquí solo traen cosas menores.

Josefina eleva el ceño, se aproxima al vidrio.

—Por aquí debe de pasar mucha gente, ¿por qué estás tan segura de que te acordarías?

—Porque se nota a la legua que son joyas buenas y caras y nadie en su sano juicio querría venderlas al peso. A no ser que fueran robadas, claro. Además, en la caja fuerte no tengo tanto dinero para pagar una compra así, tendría que llamar a mi jefe. Son robadas, ¿verdad?

—Son robadas —admite Conrado—, y estamos muy interesados en recuperarlas.

—Si intuyo que alguien intenta colarme algo robado lo despacho con viento fresco —dice Juli a la defensiva, devolviendo las fotografías por la ranura—. Mi jefe no quiere problemas, porque luego vienen ustedes y lo incautan todo.

Josefina asiente con una especie de sonrisa cínica.

—Sí, ya lo hemos podido comprobar.

El detective carraspea.

—¿Os intentan estafar muy a menudo?

—Casi cada día: unas veces traen cadenas con los eslabones rotos por un tirón; otras, anillos con sangre y todo; o relojes con las inscripciones o los números de serie borrados. Ese tipo de cosas. A mi jefe solo lo molesto si me quedo sin dinero, aunque de cuando en cuando pasa por aquí para ver cómo está de lleno el cajón. ¿Puedo ayudarles en algo más?

Conrado y Josefina se miran un momento. El detective pasa una tarjeta de visita color crema por la ranura del mostrador. Juli la mira por delante y por detrás y compone una mueca de confusión. Solo hay un número de teléfono, nada más.

—Llámanos si alguien se pasea por aquí con una de esas baratijas que te hemos enseñado.

—¿Y por quién pregunto?

—Yo atiendo ese número.

Le dan las gracias a Juli y se encaminan a la salida. Cuando se encuentran en el umbral de la puerta, Conrado se vuelve y la mira. Tiene el libro electrónico en las manos y la mirada fija en la pantalla. ¿Con cuántas sabandijas de la calaña de Tacones tendrá que vérselas cada día aquella criatura angelical?

—¿Qué vas a hacer ahora? —murmura Josefina intuyendo sus propósitos.

—He olvidado preguntarle algo.

—No me lo puedo creer, Evaristo. Podrías ser su padre.

—Como mucho su hermano mayor.

El detective vuelve sobre sus pasos y Josefina pone los ojos en blanco.

—¡Qué vergüenza! —refunfuña sintiendo un incendio en la cara.

Conrado se coloca delante del cristal blindado y la mira unos segundos, Juli levanta los ojos. Su mirada serena y sabia se clava en él como un dardo envenenado. Transcurren unos segundos más.

—¿Va a decirme algo o va a quedarse ahí plantado todo el día?

El detective traga saliva.

—¿Qué lees?

—Una novela de suspense.

—¿Puedo saber cuál?

—*El muñeco de nieve*, de Jo Nesbø. ¿Ha leído algo de Nesbø?

—No. ¿Es buena?

—Sí, hasta hicieron una película de esta novela, pero la destrozaron.

Conrado suelta un silbido flojo.

—¿Crees que podrías recomendarme alguna?

—Claro, podría recomendarle unas cuantas. ¿Qué género?

—No me sobra mucho tiempo, que sea algo entretenido.

Juli suspira y lo observa como si fuera un bicho raro, él encoge los hombros. Pero Conrado miente como un cosaco, sus aficiones predilectas son la lectura, la música, el cine y por supuesto que sabe quién es Jo Nesbø, faltaría más. Pero en otra de sus originalidades para ligar le ha dado por hacerse el penas. Juli, que entrevé sus intenciones, se inclina sobre el cristal de seguridad que se interpone entre ellos.

—¿Puedo tutearte?

—Claro.

—¿Es esto lo que querías decirme?

—No estoy seguro.

Ella asiente muy despacio.

—¿Sabes que estás como una cabra? Ese tío con el que te has metido antes tiene muy mala uva y no se anda con bromas. Los chistes podrían haberte salido muy caros.

Conrado mueve la cabeza y despliega una sonrisa.

—Bueno, ¿vas a recomendarme alguna obra maestra?

—¿Me lo estás preguntando en serio?

—Muy en serio, además no tengo libro electrónico, así que también tendrás que recomendarme una buena librería que esté cerca de un restaurante. Te agradecería el detalle invitándote a cenar.

Juli se quita las gafas y lo observa confusa.

—¿De qué va esto? ¿Me estás tirando los trastos?

—Lo estoy intentando, pero si no lo hago muy bien avísame,

estoy un poco oxidado.

—¿Y esta es tu técnica? ¿Te ha funcionado alguna vez?

—Lo cierto es que no lo recuerdo. Bueno, ¿qué tal lo hago?

—La verdad es que no sé qué decir —dice fingiendo pensar en ello, frotándose la barbilla con la mano—. Mal, supongo. Lo han intentado antes de muchas maneras, pero estoy por salir corriendo.

—Vaya.

Juli desliza el cerrojo de una ventanilla practicada en el blindaje y la abre. El aire se impregna enseguida de un prudente olor a rosas. Juli tiene esa mezcla intelectual y sofisticada, esa mirada despierta y observadora que asusta a algunos hombres, pero a él se le antoja irresistible.

—¿Cuántos años tienes? —le pregunta Juli.

—Sé que parezco un crío, pero soy mayor de edad. Bueno, ¿vas a recomendarme alguna lectura o no? —persiste el detective.

Juli abre un cajón, saca la tarjeta color crema y la mira otra vez.

—¿Quién me va a responder en este número? —le pregunta jugueteando con ella entre sus dedos.

—Un tal Conrado.

—¿Ese tal Conrado no tiene nombre?

—Los tíos duros solo tienen apellido, leyendo tanta novela deberías saberlo.

Juli no puede reprimir una carcajada.

—Bueno, pues dile a Conrado que una servidora tiene que pensárselo.

Josefina le espera en la puerta, con los ojos clavados en la pantalla del teléfono y expresión reservada. Cuando sale, lo mira a los ojos.

—Lamentable espectáculo. Evaristo Conrado, el tío que se las da de ser más duro que el pan de un lunes, babeando y en plan tierno como un osito. Te he hecho fotos y las voy a colgar en Facebook.

—No será cierto eso.

—¿Te apuestas algo?

—Vámonos —dice Conrado simulando enojo—. Y olvídate de subidas de sueldo durante los próximos diez años.

El resto de la mañana prosiguen de tienda en tienda con el mismo propósito. Entran en diez establecimientos más y de todos ellos salen sin pistas ni respuestas. Nadie ha intentado vender ninguna de aquellas baratijas de Aldous Rapp. Pero sí que han llegado a la convicción de que hay un gran mercado negro y una feroz competencia alrededor de todo lo que mueve el oro.

Al mediodía, Conrado decide que ya han sufrido bastante castigo y le propone comer en el Nacional del paseo de Gràcia. Josefina nunca ha estado allí y le apetece sorprenderla. Al fin y al cabo, invita el

millonario, así se quitará la espina de tacaño que siempre le cuelga ella.

Suben por el Gòtic zigzagueando por sus pasajes. El sol está en todo lo alto y atiza sin complejos. En aquellos callejones angostos no corre un soplo de aire. El calor es asfixiante y los olores insoportables. El detective entra en un colmado pakistaní y coge dos botellas de agua de la nevera. Cuando le ofrece una a Josefina, ella se sonríe y le dice que es un roña. Conrado replica que no le gusta que lo atraquen en los quioscos. Sabe que ella bromea, pero se pica cuando lo tildan de agarrado.

Hace algún tiempo que no pasean a aquellas horas por el centro y se asombran por el flujo perpetuo de turistas que copa las calles. Son como un ornamento más de la ciudad. Se hacen selfis ante cualquier edificio o monumento sin importar que posea o carezca de valor histórico o artístico alguno. Con toda probabilidad descartarán la mayor parte de las fotografías una vez que se conecten al wifi de la habitación del hotel y suban las mejores a las redes sociales.

Tras una larga caminata llegan pegajosos al paseo de Gràcia. Allí la vida y el tiempo se desenvuelven a otro ritmo; los ciudadanos pasean con prestancia luciendo indumentaria de marca y gastando euros con profusión en locales de moda. Incluso el tránsito de vehículos es diferente, más ordenado y menos bullicioso.

Diez minutos después llegan al destino.

El Nacional es un innovador espacio gastronómico de tres mil metros cuadrados, pies de acero y gigantescas cristaleras en toda su estructura que le hacen parecer un aviario. El lugar data de 1889 y en sus comienzos fue un café teatro, aunque con el paso del tiempo la utilidad de aquella gran superficie ha recorrido un largo periplo hasta convertirse en aquel pomposo espacio.

Se acomodan en un rincón discreto dispuestos a dar cuenta de un buen arroz. Mientras esperan a que los atiendan, echan un vistazo a su alrededor. Las barras son imponentes y están colmadas de botellas y cristalería reluciente, los camareros llevan ropa de colorines y son profesionales, pues van de aquí para allá con las bandejas llenas, paso firme y la comanda memorizada; los cocineros visten de riguroso negro, son jóvenes y capacitados. De las cocinas sale el centelleo de las llamaradas de los fogones y la melodía de los cuchillos y los utensilios mientras la comida danza en las sartenes.

Piden la carta a un camarero que tiene aspecto de salir de un banquete de bodas y de haberse tragado una viga. Enseguida les llevan una jarra de agua con cubos de hielo cristalino y Conrado llena dos vasos. A Josefina se le van los ojos con los precios de la carta, después mira el pijerío que les rodea.

—Te vas a gastar un pastón.

—Bueno, existe una diferencia sustancial entre que te den de comer y que te echen de comer, y eso hay que pagarlo. —El detective adopta un tono didáctico—. De todas formas, invita Aldous Rapp, supongo que no aceptaría que su dinero se empleara en algo vulgar o mediocre.

—Todavía no conozco a nuestro mecenas, pero si es así, he de reconocer su naturaleza noble y generosa.

—Pues lo dicho, ¿te apetece un caldoso con bogavante y vino acorde a la situación?

Josefina levanta las manos.

—No se hable más.

Mientras esperan el arroz, intercambian opiniones sobre el asombroso lujo que campa por todas partes y se entretienen jugando a adivinar la profesión de unos tipos con aspecto sofisticado que ocupan las mesas contiguas. Por los resplandecientes zapatos que calzan y las ropas carísimas que visten, enseguida los descartan como carteros, bomberos o policías y se decantan por profesiones liberales.

—Apuesto a que esos tíos son parásitos que no producen nada —dice Conrado.

Josefina levanta una ceja con estupor.

—Aparte de dolores de cabeza, ¿qué has producido tú a lo largo de tu dilatada trayectoria profesional?

—Estragos y algunos hematomas, supongo —dice el detective tras cavilar unos segundos, mientras el camarero deja una cubitera rebosante de hielo y llena dos copas de vino.

Tras fisgonear un rato más, planean los siguientes pasos en la investigación. Lo próximo será interrogar al personal de servicio en la mansión de Rapp. Josefina es muy buena detectando mentiras y el detective cree que un poco de instinto femenino no puede irle nada mal, aunque sin pasarse.

Después de dos copas de Mar de Frades bien frío, llegan los platos.

Se acaba el fisgar y se suspenden los planes.

7
MARLON Y JOTA

El hombre del mono azul acaba de llenar el depósito de gasoil de su flamante Land Cruiser de ciento setenta y siete caballos. Es una madrugada de un día cualquiera en el solitario paseo de la Zona Franca y no ha tenido que perder tiempo en colas, porque salvo cuatro desalmados, no hay ni dios por las calles. Incluso el empleado de la gasolinera está encerrado a cal y canto en su garita. Abandona muy

despacio la gasolinera, observando el rebaje del bordillo a través del cristal del parabrisas, maniobrando con mil ojos, como si guiara un vehículo pesado de dieciséis ejes. En la radio suena Kool and The Gang y mueve los hombros al ritmo de *Celebration*.

Le ha costado habituarse a la enorme altura del todoterreno y aún conduce como si llevara el viejo León, que reptaba por el asfalto. Pero ahora, con el Land Cruiser, podría cruzar zanjas y montañas como si fuera a bordo de un maldito Panzer alemán y eso le produce una satisfacción inmensa. Se detiene en el semáforo de la calle Foc y se sonríe; sí, el Toyota son palabras mayores.

Menudo armatoste con ruedas.

El hombre del mono azul es el primero y a la vez el último tras la línea blanca. Mientras se coloca el cinturón de seguridad y sube el volumen de la radio, piensa en los diez minutos de trayecto que le restan para llegar al almacén de sal donde comienza la jornada a las cinco de la mañana. Menudo madrugón se pega todos los días. Pero a través de los cristales imponentes del nuevo Land Cruiser percibe una realidad bien distinta de la vida. Las cosas han cambiado para bien y ahora los compañeros de trabajo incluso lo miran con cierta chispa de envidia. ¿Dónde creían que iba a parar el dinero que ahorraba cada día almorzando de fiambrera y tomando el asqueroso café de la máquina mientras ellos se atiborraban de todo en el bar? Que se jodan, que se vayan al infierno. Cada uno sabe lo suyo y cada cual hace sus cuentas y sus virguerías para llegar a fin de mes.

El semáforo verde de los peatones comienza a parpadear y el hombre del mono azul se prepara para arrancar. Pero de repente ve algo, una sombra, y alguien abre su puerta. Ha olvidado echar el seguro. Mierda. Lo que asoma en la puerta le aterroriza: dos cuencas negras y un encapuchado sosteniendo los cañones, gritándole que se baje. Duda un instante. ¿Arranco? Ciento setenta y siete caballos no son moco de pavo. Tan solo necesita engranar la primera y un buen acelerón para esfumarse. Pero la escopeta no es una broma. Ha ido un par de veces de caza con amigotes y sabe reconocer una paralela de dos cañones, aunque esta los tiene recortados. El encapuchado amartilla la Hermanos Zabala y la empuja contra sus costillas.

—No lo intentes. —El hombre del mono azul levanta las manos—. ¿Cómo te llamas, tío?

—Alberto.

—¿Tienes hijos, Alberto?

—Sí, tres.

—Pues si quieres verlos, haz todo lo que te digamos al pie de la letra.

El encapuchado le ordena que baje y le asegura que no va de farol, que lo siguiente que le va a explicar, si no obedece, va a ser un

chiste, pero que no se va a reír. El hombre del mono azul se baja muy despacio, con las manos por delante y en alto. Cuando pone los pies en el suelo las piernas le flaquean como el día que le comunicaron el fallecimiento de su padre desde el hospital. El encapuchado se sube a bordo y la puerta del acompañante se abre. Otro tío embozado de negro acaba de subirse.

Antes de arrancar, recibe la última amenaza: «Si nos denuncias, quemaremos el coche y luego te buscaremos. Pero si te comportas, en menos de cuarenta y ocho horas dejaremos el coche sin un rasguño».

Observa alejarse el Land Cruiser, descendiendo por el paseo de la Zona Franca en dirección al puerto, entonces cae en la cuenta de que se ha dejado la cazadora con la documentación y las llaves de casa en el asiento trasero. Comienza a sentir escalofríos y dudas. ¿Llamo a la policía? La sangre y los pensamientos se agolpan en su cabeza. El coche tiene poco más de un año y no recuerda bien las coberturas. ¡Joder! Saca el teléfono y mira la pantalla con la vista nublada, marca el número del trabajo y miente. Le dice al encargado que tiene fiebre y que está en la cama. Nunca falta al trabajo y se lo tragarán. Por otro lado, su estado en esos momentos no se aleja demasiado de la excusa que acaba de inventarse.

El hombre del mono azul da unos pasos tambaleantes, se abraza al poste del semáforo temblando de pies a cabeza, apoya la frente en él con los ojos cerrados y vomita. Joder, vaya cabronada. Cogerá un taxi y en cuanto llegue a casa mirará la póliza del seguro y tomará una decisión. Aunque lo más probable es que se meta directo en la cama, cierre los ojos y rece por seguir vivo.

La música de *Celebration* se instala en su cabeza mientras deambula como un zombi sin rumbo por el paseo de la Zona Franca, pero no hay nada que celebrar.

Juanjo Quílez pilota su Mercedes CLK 300 por la ronda Litoral. Es medianoche y la circulación hacia la ciudad es escasa, observa el retrovisor una y otra vez para asegurarse de que la pasma no le sigue de nuevo. Al pasar a la altura de la montaña de Montjuïc baja las ventanillas y echa un vistazo al cinturón marítimo del puerto. Los espantosos tinglados de mercancías quedan a la derecha, a poco más de un centenar de metros: un paisaje solitario, plagado de formas irreales y de sombras aterradoras. La puerta de entrada a otro mundo. Hay miles de contenedores apilados en montañas interminables, decenas y decenas de silos y de depósitos gigantescos, grúas descomunales que se alzan en la oscuridad como garras de un dios tenebroso, y torres de iluminación apabullantes que recuerdan a los campos de exterminio nazis.

Un paisaje de ficción, pero real.

Observa por su ventanilla, el contorno fantasmagórico y

acechante del cementerio de Montjuïc está ahí. Sus lápidas y sus nichos blanquecinos se distinguen con nitidez meridiana en la sombra en que se ha convertido la montaña que se eleva a su izquierda. Quílez respira hondo, se siente rodeado por una acuarela siniestra y que pone los pelos de punta.

Sube las ventanillas, el termómetro del vehículo marca treinta grados en el exterior y el aire trae algún componente maloliente, quizá hasta perjudicial para la salud. A saber qué cojones hay en aquellos depósitos en apariencia herméticos. Recuerda tiempo atrás, cuando los mercantes descargaban haba de soja en el puerto sin control y una nube tóxica se diseminaba en el aire cada vez que eso sucedía. Todo aquel que padecía asma o algún tipo de dificultad respiratoria tenía que correr a las urgencias de los hospitales. Hubo víctimas, por lo que prohibieron aquellas descargas a las bravas y las autoridades del puerto tomaron medidas medioambientales.

Quílez supera la franja portuaria. La noche desfila al otro lado del parabrisas y sigue observando el retrovisor una y otra vez. Nada sospechoso, salvo el insólito resplandor rojo de la luna. Recuerda que una vez leyó un artículo en el *Muy interesante* que hablaba sobre las lunas rojas: las lunas de sangre. Según antiguas profecías, vaticinaba desastres y catástrofes naturales de dimensiones descomunales. Se obsesionó con la cuestión, buscó más información y descubrió que el Antiguo Testamento interpretaba las lunas rojas como la llegada del fin del mundo, el Apocalipsis en mayúsculas. Aferra con fuerza el volante, mira otra vez el espejo y pisa el acelerador. Sabe que en aquel tramo de la ronda no hay radares y quiere llegar a la civilización cuanto antes.

A los pocos kilómetros vislumbra las primeras luces de la ciudad: la bulliciosa zona de ocio del Maremágnum en el Port Vell, con sus *boutiques* y sus modernos restaurantes abiertos todos los días del año.

Quílez toma las primeras curvas de los túneles de la ronda Litoral y deja atrás la siniestra oscuridad de la montaña de Montjuïc. Ahora se interna en las raíces de la ciudad y por fortuna la maldita luna roja también desaparece del retrovisor.

Las rondas que circunvalan la ciudad es el camino más rápido para cruzarla de un extremo al otro, pero siempre que puede las evita. Su hijo Luis quedó postrado en una silla de ruedas como consecuencia de un accidente de moto en las rondas. Quílez pisó una mancha de aceite con la rueda delantera, perdió el control, rodó veinte metros sobre el asfalto y solo se hizo unos rasguños. Su hijo no tuvo tanta fortuna, voló y se partió la columna contra un poste de los guardarraíles.

A raíz de aquel desdichado accidente, Quílez se juró que haría lo necesario para que Luis y Remedios lo tuvieran todo. Tenía que

compensarles. La vida les debía algo.

En ese sentido está orgulloso, porque ha cumplido.

Poco después del accidente, Juanjo Quílez heredó un pequeño taller de relojería que su padre había abierto en el vestíbulo de un portal de la calle Pelayo. Era un negocio triste y poco rentable, donde limpiaba maquinarias, cambiaba pilas y correas y poca cosa más. Transcurrido su primer año de aventura en solitario, se planteó hacer algo para empujar el negocio. Anexó diez metros cuadrados de una botonería cuya propietaria acababa de fallecer y reformó la relojería. Al principio todo fueron trabas y quebraderos de cabeza: el préstamo para la reforma a intereses usureros, el carísimo seguro, la nueva licencia, la renegociación del alquiler. Las miradas de envidia de quienes creían que se estaba forrando.

Lo intentaba, pero empezaban a acumularse facturas que ocultaba a Remedios en el fondo de los cajones. En cambio, en la misma calle Pelayo había una pequeña joyería donde había un trasiego importante de gente y que estaba en boca de todo el mundo. Decidió fisgar y averiguó que sus clientes eran tipos solitarios, de aspecto sospechoso y mirada huidiza. Alguien le dijo que eran delincuentes que acudían allí a vender el producto de sus robos.

Aquel descubrimiento suscitó en él dudas trascendentales. ¿Sería capaz de traspasar la raya, de cruzar la frontera que separa el bien y el mal? El accidente de Luis y las dificultades económicas le empujaron a encontrar el suficiente valor. Comenzó a frecuentar tugurios de la zona y a conocer gente que le introdujo en los bajos fondos, hasta que se metió de lleno en ellos y se le reveló un mundo entero de posibilidades que no pensaba dejar escapar.

Probó la droga, el dinero fácil y libre de impuestos, el subidón de la clandestinidad, el vértigo de trabajar al margen de la ley y tener secretos inconfesables. Alternar con mafiosos y convertirse en uno de ellos.

Y se enganchó.

Aunque del mismo modo que descubrió las ventajas de tener un negocio lucrativo en la sombra, también averiguó los inconvenientes. En aquel abismo hacia el que descendía nadie jugaba limpio, no había posibilidad de retorno sin pagar un alto precio, y gente muy peligrosa y con muy pocos escrúpulos campaban a sus anchas. Tipos armados que aparecían en berlinas lujosas ajustando cuentas sin andarse por las ramas y que se codeaban y tomaban copas con algún secreta como si fueran amiguetes. Aquellos cabrones eran malos de verdad, estaban dispuestos a todo y no tenían miedo a nada. Jugaban a la ruleta rusa, fanfarroneaban de su paso por la cárcel y de haberse cargado a no sé cuanta gente sin pestañear. Tíos que no perdonaban una, que estaban locos y eran capaces de jugar hasta con la propia vida.

Esa era en realidad su desventaja.

Quílez deja atrás los túneles del Morrot y transita unos kilómetros por encima del límite de la ronda. Pasa a la altura de la Villa Olímpica: la miniciudad construida a toda prisa para los atletas de Barcelona 92. Pisos con magníficas vistas a la playa y de precios prohibitivos para el ciudadano medio. Mientras el Mercedes devora kilómetros en la recta, Quílez piensa en la última encerrona de la policía. ¿Cómo se llamaba aquella inspectora? Reches, sí. Llegó a arrinconarle, es cierto, pero si aquella cabrona supiera lo que sabe él, se le habrían caído las bragas al suelo en aquel cuartucho infecto donde le interrogaron. Porque no es oro todo lo que reluce, siempre hay cadáveres en el armario.

Los túneles vuelven a sucederse de nuevo, es como conducir en el circuito de Montecarlo. Entonces recuerda el accidente de Lady Di bajo la Place de l'Alma en París y levanta el pie del acelerador. Además, se aproxima a la salida de Bac de Roda. Mira el retrovisor, cuando se asegura de que nadie le sigue, se desvía por la rampa sin poner el intermitente y toma la superficie de la ronda, despacio. Ha concertado un encuentro con Marlon en un concurrido chiringuito de la playa de Llevant, donde encienden velitas en la arena y suena música ambiente relajante. Allí recogerá el oro que haya comprado y le explicará la nueva política empresarial, de forma discreta y sin ruido, al abrigo de una nutrida afluencia de gente concentrada en colocarse. Está seguro de que a Remedios le encantará colgarse aquel broche tan llamativo que Marlon le ha pasado en fotografía.

De pronto cae en algo, tiene que borrar fotos de la galería del móvil, lo tendría que haber hecho ya. Si la inspectora o el cabrón del Oso hubieran hecho bien su trabajo en lugar de escenificar una charada, ahora mismo estaría detenido. Hijos de puta, se sonríe. Tiene a la poli pisándole los talones, debe ser cauto, mejor pasar desapercibido una temporada. Mientras espera en un semáforo, coge el teléfono y vacía la galería fotográfica, después restaura los valores de fábrica y borra todo su contenido. Cuando el teléfono comienza a reiniciarse, cae en la cuenta de que guarda una copia de todas las fotos en un lápiz de memoria que lleva en la chaqueta. Se ocupará de eso más tarde, en cuanto llegue a casa. Para la próxima ocasión tiene que idear otro sistema.

Antes de arrancar mira el cielo a través del parabrisas, la maldita luna roja continúa ahí, anunciando el Apocalipsis. Se sonríe por la credulidad de los hombres en todo tipo de supersticiones.

Después todo sucede muy rápido.

El semáforo cambia, Quílez observa el retrovisor y ya no puede apartar la mirada del espejo. Dos luces se aproximan a velocidad de vértigo en el carril contiguo. Piensa que debe de ser algún chalado

hasta las cejas de coca, un candidato más a engrosar la lista de víctimas de la Dirección General de Tráfico. Sin dejar de mirar el retrovisor, decide esperar hasta que pase. De pronto, el vehículo cambia de carril. ¡Madre mía! Quílez engrana la primera y pisa gas a fondo. Tan solo recorre unos metros cuando el obús lo alcanza de lleno.

El maletero del Mercedes CLK 300 se arruga como la plastilina, se disparan todos los airbags y las lunas saltan en mil pedazos cuando despega del asfalto como un cohete. Largos segundos después, el automóvil aterriza sobre el morro y comienza a dar locas vueltas de campana. Quílez es un juguete en manos de la física y su cabeza baila de aquí para allá soportando una fuerza de 10 g. El capó se abre como una lengua burlona, saltan piezas del motor, vuelan puertas y un neumático sale escupido como la bala de un cañón, hasta que se estampa contra un muro de hormigón y cesa el baile. El estruendo es como una explosión y Quílez cae en un pozo oscuro.

Transcurre un espacio de tiempo indeterminado cuando consigue volver en sí. Entreabre los ojos, fuerza la mirada y un esbozo de realidad de trazos indefinidos comienza a dibujarse en su entorno. Es como si volviera de una gran borrachera y una niebla espesa embotara su cabeza. La sangre recorre su rostro y cada movimiento, por leve que sea, se traduce en un dolor agudo y sordo. ¿Qué ha pasado?, se pregunta. «Has tenido un accidente, Juanjo. ¿Cómo esperas encontrarte?». Pero alto ahí, alguien palpa su cuerpo. Seguro que es un policía. Ojalá que sea un médico. Mira a su alrededor, confuso, todo está lleno de una lluvia de cristales. Advierte una sombra con la cara muy próxima a la suya.

—¿Dónde tienes el dinero, hijoputa?

La voz que le grita suena distorsionada, lejana, un sonido enigmático e incomprensible. Quílez no puede contestar, no puede articular palabra. Tiene la lengua y la nariz partidas y astillas de cristales clavadas en la cara y en los labios. En lugar de palabras babosea sangre. Vence el dolor, intenta moverse un poco, pero dos cañones se hunden sin piedad en su cara ensangrentada produciéndole una horrible punzada, una dosis extra de dolor.

—¿Dónde cojones tienes el puto dinero, cabrón? No te lo voy a repetir.

El zumbido de un motor se oye en la lejanía, Quílez jadea y separa los labios, pero es incapaz de modular un sonido coherente. Jota se está poniendo nervioso, muy nervioso. El estrés de la situación y un gramo de coca que recorre su cuerpo le están provocando un subidón incontrolable de adrenalina y siente palpitaciones incluso en las pestañas. En sus pensamientos ronda sin parar el peligro de acabar otra vez en la cárcel. Su mirada se torna turbia y desquiciada. Le está

apuntando con una escopeta, ¿por qué cojones no colabora? Le grita otra vez, pero el hijoputa no dice nada. Jota se desespera, el aire no llega a sus pulmones y comienza a realizar inspiraciones vigorosas, sonoras y rápidas. Hiperventila. La cosa puede acabar mal. De hecho, va a acabar muy mal. ¡Cabrón! De repente pierde el control. Le escupe en la cara, levanta la Hermanos Zabala por encima de sus hombros y suena un chasquido de huesos rotos. Quílez experimenta un dolor abrasador en la cara antes de caer otra vez en un abismo vertiginoso y negro. Jota parpadea muy despacio y lo mira con los ojos muy abiertos, preguntándose qué ha pasado.

Siempre sucede así, de esa forma, en esa cadencia. No puede evitarlo. Un clic en el cerebro y pierde el control. Y eso que él se considera un tío racional, tranquilo y mesurado.

Marlon le grita, pero Jota no responde, está concentrado en sus sensaciones, aunque también está perdiendo el punto de vista práctico de la situación, que empieza a ser apremiante. Marlon se mete dos dedos en la boca y silba. Entonces Jota levanta la mirada y ve un gran fajo de billetes en su mano.

—No hacía falta machacarlo, tío —dice Marlon.

Jota introduce la mano por debajo de su capucha y se rasca la cara con las uñas. Tiene el rostro empapado en sudor, todo él está empapado en un sudor frío. Empieza a necesitar más coca, mejor una mezcla de coca y caballo. Ese chute le pone bien, es como una puesta a punto, pero el zumbido de un motor se oye cada vez más cerca.

Jota se levanta dos dedos la capucha.

—¿Dónde tenía la pasta?

—En la puta guantera, joder.

Vislumbran el ligero resplandor de dos faros en la lejanía, ha llegado el momento de largarse de allí.

Montes va al volante y de cuando en cuando echa una ojeada al cielo seducido por el color púrpura de la luna. Aunque está hasta los huevos. Padilla lleva una tableta Samsung Galaxy sobre los muslos y no cesa de ladrarle instrucciones como si fuera un novato. ¿Qué se ha creído? La situación es tensa entre los dos policías.

—No hace falta que te acerques tanto, coño —gruñe por enésima vez Padilla—. Lo tengo controlado en la pantalla.

—No me fío.

—¿De qué no te fías?

—Ni de ese trasto ni de ti. ¿Seguro que funciona bien? ¿Has hecho todo lo que dicen las instrucciones?

—A estas alturas ¿y dudas de que sepa colocar «rabos»? Eso ofende.

Antes de colocar el dispositivo GPS en los bajos del Mercedes de Quílez, Padilla había comprobado la batería, la tarjeta SIM y la señal.

Se trata de un sencillo dispositivo magnético e impermeable, de tamaño poco más grande que el de una caja de cerillas, con una batería que le permite una autonomía de hasta veinte días. La señal funciona con la red telefónica y se puede monitorizar en cualquier dispositivo. Una novedad en el departamento. Tan solo unos meses atrás seguían haciendo los seguimientos con aparatos que funcionaban con triangulaciones de señales de radio y que marcaban la posición de los objetivos de manera muy imprecisa.

Esa noche toca discutir por el GPS, como podrían estar discutiendo por un encuentro de fútbol o cualquier otra cosa. Montes y Padilla son un tándem que lleva patrullando más de diez años juntos. Son como un viejo matrimonio que solo tienen que mirarse para saber lo que piensa el otro.

—Como lo perdamos, vas a ser tú quién le dé explicaciones a la jefa —abronca Montes a Padilla.

—Tú limítate a conducir y haz lo que yo te diga.

Montes le devuelve una mirada intensa, reduce de cuarta a tercera velocidad con brusquedad excesiva, y pisa el acelerador a fondo. El vehículo experimenta una potente sacudida, la tableta salta sobre los muslos de Padilla y está a punto de caer.

—Saliendo por Bac de Roda —anuncia Montes al pasar junto a los muros angostos del túnel.

—Está a menos de ochocientos metros. Te lo advierto porque las instrucciones decían que este aparato tiene un error de precisión de menos de cinco, así que afloja o nos lo comemos.

Montes conduce mirando el asfalto a través de las dos rendijas que forman sus párpados, Padilla se agarra a la maneta de la puerta como si quisiera arrancarla, mirando aquí y allá, buscando el Mercedes de Quílez. Dejan pasar un camión de basura.

—Para —dice de pronto Padilla.

Montes toca el freno.

—¿Qué pasa?

—Está muy cerca, pero lleva en el mismo sitio un rato sin moverse.

—¿Crees que ha aparcado?

—Ni idea, esperemos un momento a ver.

Transcurren unos minutos sin que la señal del GPS varíe de posición. Al poco, se miran y se ponen en marcha, sin necesidad de decirse nada. Montes conduce despacio, con las luces apagadas. Momentos después las conecta y se detienen frente al amasijo de hierros en que ha quedado transformado el Mercedes. Padilla se baja con las manos en la cabeza.

—¡Qué coño ha pasado!

Montes se coloca a su lado con los brazos en jarras, negando con

la cabeza.

—¡Joder, delante de nuestras narices!

Hay cristales, agua, aceite y piezas de motor por todas partes. Un semáforo arrancado de cuajo, la base de una fuente de la que mana un chorro de agua a presión y un banco aplastado como si le hubiera caído encima una apisonadora. El coche de Quílez está destrozado, arrugado como un acordeón contra un muro. Ha perdido las puertas, una llanta y tiene el techo hundido. Intercambian una mirada mezcla de asombro y sinsabor y se acercan muy despacio. Hay una placa de matrícula en el asfalto, no es del Mercedes. El parachoques que hay a diez metros tampoco. Vuelven a mirarse.

—¿Piensas lo mismo que yo? —le pregunta Padilla.

—No lo sé, no soy adivino.

Montes llena los pulmones y libera el clip de su nueve milímetros. Padilla saca una linterna de bolsillo y se acerca con la mano en la cacha del arma que lleva en la cintura, enfoca la luz y mete la cabeza en el interior de los hierros retorcidos. Quílez está bañado en sangre, le pone una mano en el pecho, nota que sube y baja con un ritmo casi imperceptible.

—El cabrón está vivo —dice—. Llama a una ambulancia.

Montes saca su teléfono y mira la pantalla, no hay cobertura. Da unos pasos en círculo, sosteniéndolo en alto. ¡Maldito teléfono de los cojones! Momentos después aparecen dos barritas de señal y comienza a pulsar la pantalla como un loco.

Quílez sufre la peor resaca de su vida. Tiene los sentidos embotados y un zumbido intenso e incisivo martillea su cerebro. Ni cuando tenía veinte años y bebía hasta reventar en las discotecas del barrio se había encontrado así. Todo a su alrededor es un tiovivo. Sin saberlo, su vida se dirime en una frontera de límites confusos. Respira de forma entrecortada, con parpadeo lento y mirada vacante. Su cerebro solo es capaz de recordar dos luces intensas y deslumbrantes. El caos absoluto. Pero alto. El recuerdo de una figura sombría emergiendo de la inmensa niebla y un dolor profundo también están ahí, grabados a fuego en sus sentidos y en sus ojos, que en ese momento son incapaces de revelar nada más. Intenta moverse, pero tiene los pies atrapados en el amasijo de hierros doblados en los que se han convertido los pedales. En cambio, las manos sí que responden a las imprecisas órdenes de su cerebro. Respira hondo, contiene el aire, y con un esfuerzo sobrehumano se desabrocha el cinturón de seguridad; después se deja caer sobre el asiento del acompañante. Entonces mira abajo y la ve sobre las alfombrillas. Intenta alargar la mano y cogerla, pero un calambrazo de dolor indescriptible recorre su extremidad desde los dedos hasta su cerebro. Grita. Debe de tener todos los huesos del cuerpo rotos. Aguarda unos segundos, escuchando

el silencio y jadeando. No percibe nada más que su respiración. Cierra los ojos y, muy despacio, llena los pulmones con un gran peso en el pecho. Cuando los abre ve la luna roja en lo alto, burlándose de él a través del parabrisas. Pasan unos segundos cuando vuelve a intentarlo. Extiende la mano, alarga los dedos y aguanta el dolor. Ahora la roza. Vamos, un poco más. Al siguiente intento consigue tocarla.

Así que cuando Padilla enfoca con la linterna y mete la cabeza dentro del Mercedes, Quílez tiene su revólver Taurus en la mano.

Montes da vueltas en círculos mientras precisa la dirección exacta del accidente a la telefonista de la comisaría. Tiene que repetirle las cosas tres veces. ¡Menuda inepta! A la vez estudia el entorno intentando evaluar la situación y estimar los daños. ¡Que venga la caballería! Pero todo vuelve a suceder muy rápido otra vez, en un soplo de aire helado llegado desde el infierno.

Padilla limpia con el dorso de la mano la lluvia de cristales que cubre el cuerpo de Quílez. Tiene una hemorragia abundante en alguna parte que empapa su rostro y busca el origen para taponar la herida. En ese momento tiene la guardia baja. Se encuentra en esa tesitura cuando topa de lleno con un ojo negro que le observa muy de cerca, el cañón de la maldita Taurus. Solo tiene tiempo de abrir la boca antes de la detonación.

La bala entra con total limpieza por la frente y se aloja en su cerebro después de destrozarlo.

Padilla se queda inmóvil un instante, con la mente en suspenso. Un momento después se tambalea como si titubeara, como si deliberara sobre el mejor lugar donde dejarse caer y se derrumba sobre Quílez. Distados unos segundos resbala poco a poco. Su cuerpo se desliza hasta el suelo a cámara lenta hasta que suena el golpe seco de su cabeza contra el asfalto. Hubiera resultado cómico si no hubiera sido tan trágico.

Montes lleva las dos manos a su nueve milímetros de forma automática. Acaba de ver un fogonazo y la cabeza de Padilla sacudiéndose hacia atrás como si hubiera tenido un terrible estornudo, después lo ve derrumbarse como un árbol leñoso que ha sido golpeado con un hacha. Enseguida lo comprende todo. La adrenalina se dispara, el tiempo se congela y el mundo entero se ralentiza como explican los expertos que sucede en situaciones de máximo estrés. Pero en décimas de segundos decide lo que debe hacer y lo hace. No se distrae en evaluar las consecuencias. A la puta mierda todo. Llena los pulmones, tira de la corredera y mete una bala en la recámara mientras rodea el Mercedes con el arma por delante como un depredador. Entonces advierte un ligero movimiento en el interior del vehículo y dispara. Dispara una vez más y otra.

Y otra más.

Los casquillos ruedan sobre el asfalto anunciando la tragedia con su característico chasquido frío y metálico. Montes sigue disparando como si lo embargara una especie de locura, una fiebre, hasta que agota el cargador y la corredera se detiene.

Hasta que su cerebro dice basta porque ya nada se mueve en el interior del vehículo.

En seguida se produce un silencio absoluto que lo embarga todo. ¿Ha ocurrido de verdad? La respuesta es evidente. Exhala y vacía los pulmones mientras observa el cuerpo sin vida de Padilla tendido en el suelo. Solo unos momentos antes discutían por menudencias y ahora está muerto, comenzando a enfriarse. Montes se desploma sin fuerzas sobre sus rodillas, se lleva las manos a la cara y se echa a temblar de pánico.

Quílez yace inerte sobre los asientos de cuero de su Mercedes, con el cuerpo barrido por una tormenta de plomo. Sus ojos fijos se abren al vacío, pero su boca dibuja una mueca de burla. Quizá lo último que viera fue el guiño de la luna roja que planea sobre la escena como una premonición.

¡Maldita luna de sangre!

8
VITALY

Vitaly arrastra su carrito de supermercado cargado de chatarra y bártulos acera arriba por el paseo de Santa Coloma. Lleva un pequeño foco enganchado con una cinta de goma en la frente, una radio con los auriculares encajados en los oídos y unos guantes de cuero para no cortarse con los filos de los hierros. Los contenedores de basura de Barcelona son un lugar perfecto para recuperar tesoros desechados. Ahí acaba todo, sin ningún tipo de miramientos por el ahorro ni la ecología. Esa noche Vitaly lleva media docena de tubos de aluminio, un trozo de tubería de plomo de al menos un metro, un extractor de cocina grasiento, una tostadora de pan blanca pero que amarillea, un secador de pelo sin botones, una cafetera como las que anuncia George Clooney en la televisión, pero sin el cable, y un detector de metales hecho añicos. Al día siguiente venderá toda la carga por una miseria en la chatarrería de costumbre, aunque antes comprobará si algo funciona o puede ser reparado.

Un recogedor de chatarra es una figura más del paisaje urbano de la ciudad. Por eso, el tipo que acaba de deshacerse de algo en el contenedor y ha puesto todo su empeño en hundirlo hasta el fondo no repara en él. Cuando se marcha, al abrigo de la oscuridad de la noche, Vitaly se acerca sigiloso, y bajo la luz del foco mete el gancho y

comienza a destripar bolsas de basura. Hurgar en la mierda le produce un asco inmenso, pero no le queda otra. Mientras realiza esa despreciable tarea a la que se ha visto empujado, no puede dejar de cuestionarse cómo ha desembocado toda su vida en aquella situación lamentable para él y su familia.

«¿Qué es lo que has hecho mal, Vitaly?»

Todo comenzó quince años atrás.

Vitaly es ingeniero industrial y ocupaba el cargo de gerente en una estación de bomberos en Donetsk, pero llevaba seis meses sin cobrar. Ucrania atravesaba una grave crisis económica y todo apuntaba a que la situación iba a empeorar. Así que lo mandó todo a hacer puñetas y emigró a España. Llegó en situación irregular y solo encontró empleo en el tejido de la economía sumergida como bracero en los campos de fruta leridanos. Tras un interminable periplo por los laberintos de la burocracia que duró dos años, consiguió los papeles que le acreditaban como ciudadano de ley. Eso le permitió encontrar un trabajo temporal de camarero en Barcelona con un salario mejor. Pero la construcción de viviendas despegó y atraído por los sueldos desproporcionados que pagaban en las obras cambió otra vez de profesión. Las grúas poblaban los cielos de las grandes ciudades, los bancos ofrecían hipotecas como quien vende helados en la playa y el dinero corría de mano en mano con alegría, como si brotara de un manantial. La economía iba a toda máquina y la satisfacción se percibía en las conversaciones, en los comercios abarrotados de gente derrochadora y en las calles llenas de coches nuevos. A base de horas extra, Vitaly ganaba más que un ingeniero de la NASA. Jamás en su vida imaginó que un día el dinero le saldría por las orejas. Prosperó a pasos agigantados y eso le permitió traer al país a su mujer Svetlana y a su hija Margaryta.

Al poco de llegar a Barcelona, Svetlana encontró empleo como limpiadora de casas y Margaryta de cajera en un supermercado. Se hipotecaron hasta las cejas con uno de aquellos créditos que tan alegres ofrecían los bancos y compraron un piso y un Honda familiar que Vitaly pasaba todas las semanas por el túnel de lavado. Trabajaba de sol a sol y durante unos años todo transcurrió por los cauces previstos, hasta que un día en un programa de televisión un economista predijo la llegada de una terrible crisis como quien anuncia las siete plagas.

La crisis asomó la patita y todo se vino abajo.

Margaryta se quedó sin su trabajo de cajera y Svetlana sin casas que limpiar. Pero eso no supuso ningún freno para el espíritu emprendedor de Vitaly. El banco le ofreció una ampliación de hipoteca para que Margaryta montara su propia tienda de alimentación de productos importados. Había una sustanciosa colonia

de ciudadanos del Este con necesidades que abastecer.

Vitaly era un cliente estrella del banco y el director de la oficina lo recibía como si fuera un pez gordo: palmaditas en la espalda y sonrisas de oreja a oreja. «Vitaly, ¿no necesitas cambiarte ya el coche? Vitaly, te mereces unas buenas vacaciones en el Caribe con tu familia». Vitaly esto y lo otro. Pero la tienda de comestibles de Margaryta no acababa de funcionar y de la noche a la mañana los proveedores comenzaron a exigir el cobro de facturas a más corto plazo. Sucedía algo, Vitaly y todo el mundo se daba cuenta. Había más gente ociosa que de costumbre en las calles y más mala uva de lo habitual en las conversaciones y en las miradas. Se concentró en el trabajo: más horas extra. El capataz de la obra no dudaba a quién llamar para un domingo; mientras que los demás decían no, él estaba siempre disponible y dispuesto a aceptar.

De la noche a la mañana la construcción frenó en seco. Los brazos de las grúas que surcaban los cielos dejaron de moverse y muchos edificios y urbanizaciones quedaron a medio edificar. El parón del sector arrastró consigo a toda la economía, comenzaron las reducciones generalizadas de plantillas, los despidos por SMS y los funcionarios sufrieron recortes en sus salarios y perdieron derechos. Los telediarios tarareaban una y otra vez la consabida crisis y las imágenes de protestas llenaban las pantallas.

Vitaly perdió el trabajo y solicitó el subsidio de desempleo.

Entonces, el gobierno en pleno insultó a los ciudadanos por vivir por encima de sus posibilidades, a los funcionarios por abusar de sus privilegios y a los jubilados por tener una esperanza de vida demasiado alta. El castigo de los dirigentes llegó en forma de recortes en el gasto público, en los derechos laborales y civiles y en la protección social.

En ese contexto comenzó la peregrinación de Vitaly hacia un infierno jamás imaginado. Margaryta cerró la tienda de comestibles, vendieron el Honda y recurrió de nuevo a la economía sumergida para poder pagar la hipoteca. Encontró empleo de portero en un club de alterne gracias a sus brazos fuertes, a sus manos encallecidas por el trabajo en la construcción y a que podía entenderse con las chicas ucranianas.

Su mirada torva de perdedor también tuvo algo que ver.

Vitaly había acudido en varias ocasiones al banco para exponer su nueva situación al director de la oficina, pero siempre sucedía lo mismo: estaba reunido o no estaba. Un día encontró el banco tomado por una muchedumbre con pancartas que protestaban por una estafa que llamaban «las preferentes», de lo que también hablarían en los noticiarios largos años. Los empleados de la oficina bancaria estaban nerviosos y miraban a los clientes de siempre con recelo, como a

extraños. Entonces se dio cuenta de que los bancos no tienen amigos y que solo venden dinero.

Una noche la policía hizo una redada en el club de alterne y Vitaly tuvo que esfumarse para no volver a pisarlo nunca más. Si lo hubieran sorprendido trabajando, habría perdido el subsidio de desempleo. Estaba entre la espada y la pared. Así que avergonzado, comenzó a salir por las noches a recoger chatarra de los contenedores.

Vitaly hunde el gancho y remueve las bolsas de basura que llenan el contenedor. Hay gran variedad de desperdicios domésticos. Mientras un soliloquio sobre sus vicisitudes se instala en su cabeza, orienta la luz hacia el fondo del contenedor y los ve, están envueltos en una camiseta negra. Su instinto le dice que son aquellos tubos lo que ha metido el tipo allí con tanto empeño de esconderlo en el fondo. Deja el gancho, se quita los auriculares y saca algunas bolsas fuera, después se aúpa sobre el contenedor y mete medio cuerpo dentro. Recibe una vaharada pestilente que llama al vómito. Vitaly contiene el aliento, tiene los tubos tan cerca que está seguro de que puede cogerlos. Alarga la mano hasta que los roza con la punta de sus dedos enguantados, pero no consigue hacerse con ellos. Entonces se aferra al borde del contenedor y, poco a poco, se deja caer de cabeza hacia el interior. Ahora sí. Cierra su fuerte mano, tensa los músculos de la espalda, y con una pirueta propia de contorsionista se catapulta fuera.

Son dos tubos cilíndricos unidos, de unos treinta centímetros de longitud. Los examina bajo el foco y lee la inscripción que llevan grabada: *Zabala-Hermanos Made in Spain Diamond-Compressed Steel*. Se quita los guantes, mira a través de los orificios y acerca la nariz. Se acaba de manchar las manos, los tubos están impregnados de una sustancia oscura y viscosa. Apunta la luz y la toca con la yema del índice. Reconoce enseguida la sangre.

Vitaly tarda un poco en descubrir las llamas y los destellos. De un paquete arrugado y medio vacío de tabaco saca un cigarro y se lo fuma muy despacio, al tiempo que observa el resplandor de las luces y el humo negro subiendo en una densa cortina. Mientras, medita lo que va a hacer y en los inconvenientes de la decisión. Cuando minutos después aplasta el cigarro en el suelo, tiene la decisión tomada. Cumplirá con su obligación, como siempre, aunque eso le acarree problemas. Llena los pulmones, suelta una profunda exhalación y empuja el carrito hacia aquel infierno en llamas, hacia los vehículos de bomberos y de la policía.

Reches desciende la rampa del aparcamiento y sortea el desfile de pilares y columnas que sustentan el edificio. Siempre ha sospechado que el arquitecto debía sufrir una crisis de personalidad cuando diseñó aquel aparcamiento con el acceso tan complicado y retorcido. Recorre unos cien metros evadiendo cimientos de hormigón, hasta que dobla la última esquina donde tiene su estacionamiento. Entonces se encrespa, el idiota de la plaza de al lado está allí, metiendo unas cajas de Dios sabe qué en su monovolumen. La saluda con la mano cuando observa la luz de la motocicleta aproximarse.

Reches para el motor, coloca el caballete y desmonta con los ojos hechos un incendio mientras se quita el casco y los guantes. Él se acerca esbozando una sonrisa voluntariosa.

—Eres Yolanda, la poli, ¿verdad?

—Ajá, ¿qué ocurre? —dice ella con tono bronco, sopesándolo con la mirada.

—Quería que supieras que le di un toque a tu moto sacando las bicis de los críos y te hice unos arañazos en el depósito, supongo que lo habrás visto. Te dejé una nota con mi teléfono, pero no he recibido ninguna llamada. ¿La viste?

—¿Me dejaste una nota?

Él asiente y la inspectora lo mira sin pestañear, más bien lo analiza como a un sospechoso: mediana altura y edad, alopecia incipiente y rostro sin rasgos destacables. Para bien o para mal, nada en especial.

—Sé que eso debe subir un pico, pero te lo pagaré de mi bolsillo, aunque sea en un par de veces. Me estoy divorciando y no voy muy boyante, pero quiero pagártelo.

—¿No tienes seguro?

—Prefiero no dar partes, ya me han echado de dos compañías. —La inspectora observa el monovolumen, está lleno de abolladuras. Él se vuelve en la dirección de su mirada—: Las putas columnas.

Reches contempla las cajas de juguetes que hay a sus pies, se pasa la mano por la cara y lo mira unos segundos.

—Bueno, BMW sobrevivió a una guerra mundial y podrá seguir sobreviviendo con un par de rayadas. Con que me asegures que tendrás más cuidado me doy por satisfecha. Por esta vez.

—¿Estás segura?

—No hagas que me lo piense.

—Vaya, pues gracias. Te prometo que tendré más cuidado. —Tras unos segundos de silencio tenso, alarga la mano y añade —: Manu, del primero primera.

—Me lo apunto —dice ella dispuesta a marcharse.

—¿No quieres mi teléfono?

—¿Para qué?

—Bueno, un día podríamos…

Yolanda cierra los ojos.

—Mejor déjalo.

Nada más abrir la puerta, Reches tropieza en el recibidor con Toni. Va en pantalón corto de deporte y zapatillas y sostiene dos copas de *gin-tonic* con profusión de aderezos. La recibe con una sonrisa resplandeciente. Ella le estampa un beso en los labios y observa los combinados.

—Bonito par de ensaladas. —Lanza las llaves en un cajón y cuelga en el perchero la chaqueta y el casco. Coge una de las copas que le ofrece Toni y le da un sorbo—. Umm…, le falta un toque de rábano.

Toni suelta una carcajada.

—¿Cómo llegas tan tarde?

—Ha sido un día de locos. Además, acabo de encontrarme ahí abajo al capullo que me rayó el depósito y hemos tenido una pequeña charla.

—¿Le has dado caña?

—Al final le he dado mi bendición y le he deseado suerte.

Él eleva las cejas con sorpresa.

—¿De verdad?

—Como te cuento. Se está divorciando, la va a necesitar.

—Bueno, ahora que estás a salvo en casa, ¿nos damos un revolcón?

Yolanda le da un puñetazo en el pecho.

—Voy a ducharme y después a cenar.

—Que sea un agua rápida.

Suena el móvil de Reches, le pasa la copa a Toni y lo busca por todos los bolsillos de la chaqueta. Cuando observa el número en la pantalla, su expresión se avinagra. Él mira su reloj.

—¿Quién es?

—El comisario, tengo que cogerlo.

Yolanda pulsa el botón de manos libres. Para su asombro, la comedida y monocorde voz del comisario Lombardo estalla con muchísima tensión.

—Yolanda, ¿dónde te metes?

—Me ha pillado en el garaje, comisario. ¿Qué ocurre?

—Ha sucedido una desgracia, Yolanda. Una tremenda desgracia. Quiero que me escuches con atención.

La inspectora quita el manos libres y se pega el teléfono en la oreja. La voz de Lombardo es un sórdido lamento, una cascada de preocupación y alarma. En los años que lleva a sus órdenes, nunca había percibido en él tanta exaltación. Con ese carácter tan suyo que tiene, siempre tan prudente y taciturno. La tiene largos minutos al teléfono.

Cuando finaliza la llamada, Reches apoya la espalda contra la puerta, cierra los ojos y se lleva una mano a la boca. Las piernas le flaquean, flota en una nube, incapaz de recordar si ha respirado una sola vez en el tiempo que ha durado la llamada. Toni ha visto cómo ha ido mudando su rostro de color y ahora está tan pálida como un cadáver.

—¿Qué te ha dicho?

Reches se muerde la mano y Toni tiene que repetir la pregunta.

—Ha habido disparos.

—¿Y qué?

—Padilla ha muerto, Quílez también.

—¿Cómo? ¿Qué ha pasado?

—Montes y Padilla estaban siguiéndole, lo que ha pasado no se sabe aún. Toni, tengo que ir a la comisaría ahora mismo.

Toni le coge la cara con las dos manos y la abraza con fuerza contra él.

—Voy contigo.

—No podemos ir juntos. —Yolanda se pone la chaqueta y busca el casco y las llaves.

—Pues iré en mi coche, llamaré a Nacho y lo recogeré de camino.

Salen por la puerta como dos zombis. Las copas con los *gin-tonics* se quedan goteando sobre el mueble del recibidor. Cuando Reches pulsa el botón del ascensor, sus manos tiemblan y un nudo asciende desde la boca de su estómago hasta la garganta. Rompe a llorar. Él rodea su cintura con los brazos.

—Joder, Yolanda…

10
SIMÓN GRANCHA

El local está lleno de garrulos con patillas largas, tupés espesos, pantalones vaqueros estilo de los 50 con el dobladillo por el exterior y cazadoras negras. Suena un clásico de rockabilly que Conrado jamás ha oído en su vida, pero nada más traspasar las puertas batientes de la entrada siente ganas de subirse el cuello de la camisa, chasquear los dedos al ritmo de la música y mover las piernas. La barra del Texas es corta, de madera maciza y con media docena de taburetes, en el resto del local hay pequeños sofás de cuero sintético arrimados contra las paredes, llamativos neones de colores, una diana de dardos, guitarras, discos y pósteres en blanco y negro de los pioneros del género, y un piano junto a un pequeño escenario.

Parte de un grupo se vuelve para estudiar al extraño, aunque el detective, ajeno a todas las miradas, escruta el personal desde el

escalón superior de la entrada buscando a alguien. Lo encuentra en el último taburete de la barra, ante una jarra de cerveza mediada, observándose en el espejo de los estantes. Lleva calada una gorra negra de cuero y una cazadora con las solapas levantadas como si fuera un joven roquero. Conrado les guiña el ojo a las chicas de una mesa que le miran con curiosidad y se encamina hacia la barra. De pronto tiene que encogerse para esquivar un dardo lanzado con malas intenciones, arruga el ceño y memoriza el rostro del lanzador. Un momento después se sienta en un taburete.

—¿Bebes solo, o solo bebes? Porque parece la misma cosa, pero no es lo mismo.

Simón Grancha se sube el puño de la cazadora sin mirarle, le da un toque con el dedo a su pulsera inteligente y consulta la hora.

—Llegas tarde, *brother* —observa con aspereza—. ¿Qué quieres chupar?

—Una de esas —dice Conrado mirando su jarra.

Grancha apura su cerveza de un trago y agita la mano en alto hasta que la camarera lo mira y asiente. Un minuto después tienen delante dos jarras que desbordan espuma. Conrado observa el peinado estrambótico de la camarera, parece un nido de cotorras. Grancha tiene sus ojos ausentes clavados en su jarra, aunque de pronto se vuelve hacia él con una exhalación.

—¿Qué quieres, Evaristo?

—Tengo algo que quizá pueda interesarte.

—¿Y por qué crees eso?

—Porque estás jubilado y supongo que tienes mucho tiempo libre. Te ofrezco algo en qué emplearlo y ganarte unos pavos.

Grancha menea la cabeza y se sonríe mirando otra vez la jarra.

—Hermano, hay vida más allá del trabajo. He necesitado tiempo para descubrirlo, pero te aseguro que es así. La gente vive en una realidad paralela, sumida en una espiral de obligaciones, de aquí para allá con el reloj pegado al culo. Hasta que un día se encienden las luces rojas parpadeantes y despierta. Y eso quien despierta a tiempo, porque para la mayoría ya es demasiado tarde cuando ese tictac suena en su cabeza.

—Supongo que tú eres uno de esos elegidos de los que hablas.

Grancha suelta una carcajada retumbante.

—*Brother*, no voy a darte un discurso existencial, solo digo que disponer de tiempo me ha servido para hacer un reajuste y espabilar. Tendrían que fusilar al cabrón que inventó el trabajo —añade a modo de profunda reflexión—. ¿Qué es eso que dices que puede interesarme?

—Seguridad, algo temporal pero bien pagado.

—Cuéntame.

—Hace unos días asaltaron la casa de un cliente, le dieron una paliza y lo dejaron maniatado. Necesito alguien con tu experiencia para que tranquilices al personal mientras lo resuelvo.

—¿Cómo se llama el asunto?

—Doscientos al día, y tendrás que dormir allí.

Simón Grancha vuelve a mirar su cerveza unos segundos y menea la cabeza.

—Ni hablar, tengo cosas más interesantes que hacer. Por menos de cuatrocientos no muevo el culo.

—Puedo subir a doscientos veinticinco.

—Trecientos setenta y cinco. Mi religión no me permite bajar de ahí.

Conrado bebe un trago y finge evaluar la propuesta.

—¿Qué me dices de doscientos cincuenta?

Ahora es Simón Grancha quien parece calibrar el asunto.

—Trecientos cincuenta. Menos sería rebajarme a la altura del betún.

Conrado bebe otra vez mientras Grancha se observa de reojo en el espejo y se sube las solapas, que comienzan a doblarse hacia abajo como las orejas de un perro viejo.

—Trescientos, última oferta. —El tono de Conrado es taxativo.

—Hecho.

Grancha levanta la jarra, Conrado la choca con la suya.

—¿Cuánto hubieras aceptado?

—Doscientos ya me encajaba —miente Grancha—. Pero aceptar, así como así, sin un poco de regateo, no me parecía adecuado. Tú ¿hasta cuánto hubieras llegado?

—Quinientos era la cifra. —Ahora es Conrado quien miente.

Grancha suelta una carcajada corta y recobra la seriedad.

—No te creo, *bro*. Lo dices para joderme.

—Pero ahora nunca lo sabrás.

Grancha menea la cabeza y lo mira con la frente surcada de arrugas.

—Me cago en mis muertos, Evaristo. Eres el cabrón más grande que conozco.

Suenan piezas de Bill Halley, Carl Perkins,Eddie Cochron, Buddy Holly y Ritchie Valens, viejos conocidos de Conrado, tiempo que pasa el detective contándole detalles del trabajo. Simón Grancha hace preguntas concretas y asiente con monosílabos y movimientos de cabeza.

—¿Cuándo quieres que empiece?

—Ayer.

—Vale, mañana a las ocho en punto estoy allí.

—Tan solo tengo un pequeño requisito —dice Conrado tras dejar

pasar unos segundos—. Vas a informarme de todo cuanto veas y oigas.

—¿Aunque no tenga nada que ver con el caso?

—Eso lo decidiré yo.

Grancha sorbe un trago de cerveza mientras repasa con la mirada las botellas de los estantes, ahora es él quien finge sopesar el asunto.

—Estamos hablando de un trabajo en el extrarradio y eso no me lo habías explicado. Tendré que facturarte cien euros diarios por contingencias.

—¿Qué contingencias?

—Desplazamientos, equipo de vigilancia… Necesitas un profesional y eso se cotiza. Además, seguimos muy por debajo de los quinientos que estabas dispuesto a pagar. Podría subir hasta el tope y no lo estoy haciendo. Eso sí que sería joderte, *bro*.

Simón Grancha había sido uno de los primeros miembros de los GEO, la unidad de élite que reúne a la gente más preparada y con mejores capacidades de la policía española. Había ejecutado numerosas misiones de alto riesgo en operaciones antiterroristas, contra mafiosos y delincuentes peligrosos. Hasta que una lesión de espalda lo incapacitó para el trabajo físico y acabó en una mesa de oficina gestionando el papeleo de una comisaría de provincias. Pasó de la gloria al olvido en un abrir y cerrar de ojos. Síndrome de Rambo, se conoce entre los geos. Ahora acaba de cumplir los sesenta y la acción y las batallitas son bonitos recuerdos del pasado. Se ha vuelto un conformista y disfrutar de una vida sin sobresaltos es suficiente para él.

Grancha se había aficionado a internet y combatía el aburrimiento adquiriendo tecnología espía en tiendas online chinas. Poco a poco había ido acumulando en armarios y cajones teléfonos infectados con programas que le permitían su control remoto; despertadores, relojes de sobremesa y peluches con cámaras y micrófonos ocultos; detectores a su vez de cámaras y micrófonos ocultos; bolígrafos y llaveros grabadores; visores nocturnos; localizadores GPS; drones; etc. Artilugios que revendía más tarde a otros aficionados a la electrónica de importación.

—Aparte de reflexionar sobre las cuestiones trascendentales de la vida, ¿a qué más dedicas el tiempo? —se interesa Conrado cuando la conversación se centra más en lo personal.

—Tengo un canal en YouTube: SimOnline. Subo reseñas de teléfonos y aparatos espía.

—¿Eso interesa a mucha gente? —El detective levanta las cejas.

—Sobrepaso los cincuenta mil suscriptores, poca broma. Cincuenta mil personas que ven mis videos y que esperan ansiosos mis publicaciones.

Conrado menea la cabeza, lo mira y se sonríe.

—Vaya, te has convertido en una especie de flautista de Hamelín.

—*Influencer*, esa es la palabra adecuada.

Conrado apura la jarra, pone veinte euros sobre la barra y mira aquí y allá con intención de encontrar la forma adecuada de largarse, pero la televisión que hay encajonada sobre una repisa de la barra, junto a un gran póster de Elvis, reclama su atención. La cadena local de noticias BTV emite imágenes de varias unidades de bomberos y de la policía local trabajando en la extinción de un todoterreno en llamas. Los subtítulos indican que no hay víctimas y que el hecho ha sucedido en el paseo de Santa Coloma de Nou Barris.

—¿Has visto eso? —dice el detective.

Grancha levanta la cabeza y observa con aburrimiento la televisión.

—Siete veces mientras llegabas, *brother*. Es un puto bucle de noticias.

11
LESTER

Falta poco para las diez de la noche cuando Lester llega al Cosmos, le secundan Mikel y Charly. Visten camisetas negras ajustadas, botas militares y pantalones técnicos oscuros. En la terraza hay un barullo monumental de gente y no queda una mesa libre. Lester echa un vistazo y un momento después señala con la cabeza a tres chavales que rondan los veinticinco y que ríen a carcajadas con la mesa llena de botellas. Los adláteres se movilizan enseguida. Mikel pasa entre las sillas, pone sus manazas sobre la mesa elegida y escruta a los chavales con una mirada de las que perforan. Uno de ellos le sostiene la mirada.

—Tráenos tres cervezas más —le dice con una carcajada.

Mikel mira al idiota con una sonrisa que deja entrever sus grandes incisivos, el imbécil tiene las pupilas como un alfiler y los ojos enrojecidos. Los tres van colocados.

—Tengo malas noticias para vosotros —dice Mikel—, necesito la mesa.

Ellos intercambian una mirada de sorpresa y entonces observan estupefactos a aquel tío de dos metros que revienta la camiseta, parece el malo de una película. Uno de los chavales rompe a reír.

—Búscate la vida.

Mikel aprieta las mandíbulas y la rigidez de sus músculos faciales transforma la expresión de su cara, echa el peso sobre sus manos, la mesa se tambalea y las botellas se vuelcan. Una vena azul gruesa como una cañería bombea en su cuello. Susurra una amenaza:

—Si no os largáis ahora mismo, voy a daros la paliza de vuestra puta vida. Os convertiré en tullidos y desearéis haber nacido en Zimbabue. ¿Me entendéis ahora?

Charly asoma por detrás, abarca a dos por los hombros, y hunde los pulgares en la carne como si fueran dos cuchillos, justo donde están los ligamentos y los tendones, donde el dolor es insoportable cuando se presiona la zona. Lo sabe por las lesiones en el gimnasio. También sabe que cinco segundos de presión les producirá una inflamación de la bolsa sinovial que paralizará la articulación al menos durante una semana. Se ponen en pie de golpe, con gran ruido de las sillas.

—Vámonos —gime uno frotándose el hombro, mirando impotente la cara de perro rabioso de Charly.

—No olvidéis pagar esto. ¡Capullos! —dice Mikel.

Instantes después, Lester se acomoda en la mesa, mira a izquierda y derecha y observa con disgusto la gente de aspecto tan mediocre que le rodea. Se había jurado no volver a pisar aquellas calles malolientes y atestadas de chusma. Pero allí está. Mikel levanta la mano y el camarero aparece casi al instante. Es un hombre ojeroso, de mirada cansada, que arrastra los pies con los zapatos en chanclas.

—¿Qué desean los señores?

Lester le clava su mirada y lo repasa de arriba abajo.

—Buscamos a Paco.

El camarero levanta el ceño, nunca había visto a aquellos tipos, pero enseguida tiene claras tres cosas: la primera, que no están allí por casualidad; la segunda, que es mejor no contradecirlos; la tercera, que alguien tiene problemas y él no quiere verse en medio de fuego cruzado.

—Soy yo. ¿En qué puedo servirles?

—De momento tráenos tres aguas minerales y tres vasos limpios. Y llévate este estropicio.

—Perfecto.

El camarero recoge las botellas y los vasos volcados y pasa la bayeta por la mesa. Minutos después vuelve, coloca seis posavasos y todos los servicios sobre ellos. Lester lo mira unos segundos y deja un billete de doscientos sobre la mesa.

—¿Mucho trabajo, Paco?

—Como siempre, no paramos.

—¿Desde cuándo trabajas aquí?

—Desde que eché dientes.

Lester fuerza una sonrisa cordial.

—Entonces, conocerás a todos los clientes fijos.

—Por supuesto.

—Resulta que somos investigadores de un bufete de abogados y

estamos buscando a un cliente tuyo. Se llama Marlon. ¿Ha pasado hoy por aquí?

—¿Se ha metido en algún lío?

—Nada que no podamos solucionar.

—Pues si me dejan un teléfono, cuando lo vea puedo decirle que les llame.

Lester cierra los ojos un instante, el camarero recibe el mensaje.

—La cosa es que, Marlon tiene que firmar muchos papeles que esperan mañana a primera hora en Madrid. Es algo urgente y no podemos andarnos con tonterías. ¿Me entiendes? —El mafioso añade una sonrisa como punto final.

Paco traga saliva, por supuesto que lo entiende.

—Ha desayunado aquí esta misma mañana.

—¿Y no ha vuelto en todo el día?

—No.

—¿Crees que vendrá esta noche?

Paco se encoge de hombros.

—Cuando menos te lo esperas aparece.

Lester asiente, sabe que Paco no es idiota, de ser así no habría sobrevivido en aquel ambiente de retrasados mentales demasiado tiempo. Empuja el billete de doscientos euros hacia él y pone encima otro más.

—Admiro la lealtad y a las personas que no parlotean más de lo necesario, pero como te he dicho, necesitamos encontrarlo ya. ¿Dónde puede estar? Si viene a desayunar aquí, no puede andar demasiado lejos. ¿Dónde se aloja?

Paco observa los cuatrocientos pavos, después mira de reojo aquí y allá mientras balancea el peso de un pie al otro y se decide. «Son tuyos», dice la mirada de Lester, que no despega sus ojos de él. Paco se inclina sobre la mesa con la bandeja a modo de parapeto y arruga los billetes en su puño como un prestidigitador.

—Vive en un edificio de apartamentos nuevo de La Rambla. Uno blanco que hay en esta misma acera, doscientos metros arriba de la plaza Real.

—¿A qué se dedica?

Paco encoge los hombros, mira a Charly y a Mikel.

—A esto y lo otro, se busca la vida como puede. Ya me entienden.

Lester le devuelve una sonrisa de agradecimiento.

—No ha sido tan difícil, Paco.

Cinco minutos después, Lester y sus adláteres se levantan de la mesa. Paco los sigue con la mirada, ojalá no vuelva a verlos nunca más. Cuando desaparecen Rambla arriba, se encierra en el lavabo, enciende un cigarro y se guarda los billetes en la cartera, junto con el dinero que sisa a diario de la caja. Se yergue ante el espejo, se pasa la

mano por el cabello y observa al delator que tiene delante. No está satisfecho con lo que acaba de hacer, pero aún puede enmendarlo. Llena los pulmones de humo, saca el móvil y busca el número de Marlon. Mira la pantalla unos instantes, pensativo y a la vez confuso. Dudando si debe hacerlo. Apura el cigarro y sacude la cabeza mientras se guarda el teléfono. «No es asunto tuyo, Paco». Se mira en el espejo otra vez y vuelve a pasarse la mano por el cabello antes de salir.

Que cada perro se lama su pijo.

Con el pulso disparado aún, Marlon deja el taxi en la plaza de Catalunya. Durante el trayecto se ha repetido una y otra vez que todo ha ido bien, que todo ha salido según lo planeado, aunque al tarado de Jota se le ha ido la cabeza y ha machacado a Quílez sin necesidad. Se sube el cuello de la cazadora, hunde las manos en los bolsillos y se mezcla entre la gente que pulula de aquí a allá por La Rambla. El servicio municipal de limpieza asea las calles con mangueras a presión mientras la policía pasea en sus coches patrulla arriba y abajo, ajenos e indiferentes a lo que ocurre al otro lado de las ventanillas. En tanto, los acechadores aguardan apostados su oportunidad, a su próxima víctima; las prostitutas se abalanzan sobre posibles clientes sobándoles la entrepierna en plena calle, buscando con dedos diestros sus carteras; y los camellos se conchaban para vigilar a la pasma y colocar la siguiente dosis adulterada. Los conoce bien, son los de siempre, desahuciados sociales, fijos y fijas de los bares de mala muerte de la zona, huéspedes ocasionales de las pensiones baratas del barrio Chino. Gente sin futuro ni porvenir, con un pasado oscuro y una vida desestructurada. Candidatos con todos los números a una habitación enrejada y sin vistas del talego. O a morir en cualquier esquina de sobredosis o de una puñalada trapera.

O de todo ello a la vez.

Baja por el paseo central de La Rambla, cuando llega a la altura del Liceo cruza hasta la acera del teatro y enciende un cigarro mientras finge que contempla un escaparate. Fuma despacio, observando en el reflejo, buscando un gesto, una cara conocida o sospechosa antes de subir al apartamento. En apariencia todo está normal: las luces de la recepción del edificio están apagadas y nadie deambula en el vestíbulo. Seguro que Capi se ha ido ya a dormir, eso si no está tirándose a alguna guiri o colocándose en un antro.

Su naturaleza desconfiada le invita a tomar precauciones, así que Marlon retorna sobre sus pasos volviendo de cuando en cuando la cabeza. Se detiene ante la puerta del Club Capitol y observa el cartel de la sala Pepe Rubianes; David Guapo vuelve a actuar. Cualquier día irá a verlo y se echará unas risas. Enciende otro cigarro y aguarda unos minutos en la puerta del teatro, estudiando los rostros, escudriñando el aspecto de la gente que viene y va. Un sintecho le

pide un cigarro, se lo da y además le regala diez euros de propina. La miseria ronda las noches de la ciudad y es un deber ser solidario. Decide hacer tiempo y buscar un lugar discreto donde tomar una cerveza antes de subir al apartamento, tiene la boca pastosa y el estómago en un puño. Entra en un bar de chinos, se acoda en la barra y pregunta si tienen Moritz. No saben lo que es. Mientras le ponen un tubo de cerveza busca el lavabo con la mirada. Está al final de un pasillo estrecho y lleno de cajas. Tras el primer trago se encierra en el aseo y vomita; las repetidas arcadas vacían su estómago hasta que echa bilis. Se lava la cara y se mete un par de rayas reponedoras.

Dos cervezas más tarde, sale a la calle.

Capi levanta la mirada del periódico cuando los tres tipos de negro traspasan la puerta. Llevan un mensaje apocalíptico serigrafiado en sus rostros, pero él ni se inmuta, se humedece el pulgar, pasa una página del diario y continúa leyendo. Las gruesas suelas de goma crujen de forma siniestra sobre el parqué, se acercan directos a él. Una sombra alargada se proyecta sobre la mesa y Lester coloca la palma de la mano sobre el mostrador. El legionario ni tan siquiera levanta la cabeza. El mafioso lo observa, otro estúpido más que se cruza en su camino. Trascurren largos segundos hasta que Capi cierra el periódico y lo mira. Lester adivina un pasado oscuro en sus ojos, en los tatuajes que martirizan sus antebrazos y en su aspecto demacrado.

—¿Qué queréis? —Capi se reclina en el respaldo y entrelaza las manos detrás de la nuca.

Lester le mira, sacude la cabeza y se sonríe.

—Marlon, buscamos a Marlon.

Capi sostiene su dura mirada unos segundos, saca una bolsita de tabaco de liar y comienza a prepararse uno en la palma de la mano.

—¿Marlon? Ni idea, es la primera vez que oigo ese nombre.

Lester intercambia una mirada con Mikel, el gorila avanza un paso con la mano levantada y le estampa un guantazo en la cara. El tabaco vuela y Capi cae al suelo, con los pies por los aires. Insatisfecho con eso, Mikel mira aquí y allá buscando algo que destrozar. Arranca el teléfono del mostrador, lo lanza contra un espejo del vestíbulo y lo hace añicos. El legionario se levanta parpadeando muy despacio, acariciándose la cara, traspasándolos con ojos de odio. Charly le pone a un palmo de las narices una pistola eléctrica con la barra led iluminada a tope.

Lester le dice:

—Te lo has ganado a pulso, idiota. —Capi mete dos dedos en un bolsillo y saca una tarjeta magnética—. Y ahora, llévanos.

El legionario sale el primero del ascensor, con la pistola eléctrica clavada en las costillas. Los conduce por un corto pasillo, dobla a la derecha en un vestíbulo y se detiene ante la segunda puerta. Le ofrece

la tarjeta a Lester, él le mira unos segundos, desconfiado, las comisuras de su boca se alargan.

—Abre tú.

Capi acerca la tarjeta magnética a la cerradura, suena un clic y acompaña la puerta con la mano hasta que queda entornada, después se aparta. La habitación está a oscuras y desde el pasillo se percibe un olor mezcla de marihuana, sudor y sexo.

—Enciende la luz.

El legionario vacila un instante, pero Charly lo envía dentro con un empujón, donde titubea otra vez. La oscuridad y el silencio le recuerdan momentos espantosos vividos en antiguas y peligrosas misiones en tierras africanas. Tensas horas de espera con la muerte rondando a su alrededor, la tenaz muerte quebrando su resistencia. La voz de Lester le devuelve a la realidad.

—He dicho que enciendas la luz.

Capi nota que un espasmo escala su espalda. Alarga la mano, pero sus dedos van directos a la catana que hay colgada en la pared. Sabe que está allí porque la ha visto mil veces, una de las putas aficiones de Marlon. Cuando su mano se cierra alrededor de la empuñadura, llena los pulmones. Tiene que jugársela, no queda otra. Un ligero movimiento a sus espaldas. Se vuelve en la penumbra como una centella y la catana en alto, conteniendo todo el aire en los pulmones. Asesta un certero golpe de arriba abajo con todas sus energías que coge a Charly desprevenido. El gorila suelta un gruñido ahogado cuando el borde afilado del acero se hunde en la carne. La pistola eléctrica se desprende de su mano y cae hacia atrás, sobre Mikel. La catana vuelve a zumbar de derecha a izquierda y de izquierda a derecha otra vez, pero solo corta el aire. Después cierra la puerta de un patadón y todo queda a oscuras.

Durante largos segundos Capi no respira. ¿Qué va a suceder ahora? Se aleja un poco de la puerta, hinca una rodilla en el suelo y observa el movimiento de las sombras a través de la rendija mientras respira por la boca, con alientos cortos, intentando mantener el silencio y la calma. La puerta amortigua los sonidos, pero oye susurros que no puede descifrar. Están decidiendo cómo joderle, lo sabe. Transcurren unos minutos de mucha tensión, hasta que siente una especie de forcejeo y las sombras desaparecen de la rendija. ¿Se largan? Cuando oye el motor del ascensor se acerca a la ventana, mueve un poco la cortina y espera refugiado en la oscuridad hasta que minutos después los ve en la calle. Mikel lleva el torso desnudo y el brazo cubierto con su propia camiseta, camina encorvado y a trompicones. Lester y Charly lo arrastran como se conduce a un ebrio. Antes de meterse en el primer taxi que sube por La Rambla, el mafioso mira unos segundos las ventanas del edificio, presiente que el

legionario está allí, observándoles. Capi siente un escalofrío recorrer su espalda, se aparta de la ventana y cierra los ojos sabiendo que volverán.

Pasan horas cuando en la cerradura suena un clic y la puerta se abre de golpe. Un segundo después se enciende la luz. Marlon tiene un cuchillo relumbrante en la mano y los pies metidos en un charco de sangre espesa. El reguero parte desde el umbral de la puerta y recorre todo el pasillo hasta el ascensor. Encuentra al legionario frente a la televisión, viendo un antiguo wéstern de John Wayne con un vaso de whisky en la mano. Hay salpicaduras de sangre por todas partes.

—¿Qué ha pasado, Capi? —le pregunta con la cara desencajada.

El legionario se vuelve y lo mira de arriba abajo con una sonrisa siniestra.

—Tienes las pestañas y las cejas quemadas, Marlon. ¿Qué has hecho?

El ligón se pasa la mano por la frente, ¡la puta gasolina! Cuando dejó a Jota en el paseo de Santa Coloma buscó un descampado, roció el coche con gasolina y le prendió fuego. Pero no salió como en las películas, la deflagración le alcanzó casi de lleno.

—¿Qué ha pasado? —insiste Marlon.

Capi vacía de golpe su whisky.

—Hay gente muy chunga buscándote, chaval, así que prepárate, porque van a pasar cosas malas.

12
FERRAN LOMBARDO

El comisario Ferran Lombardo observa la calle a través de la ventana, con las manos entrelazadas a la espalda, ensimismado en sus pensamientos mientras gira el mundo ahí afuera. El cielo está pintado de un color gris panza de burra y las primeras gotas de lluvia caen sobre la calle Nicaragua. Una ventana es un buen lugar desde el que observar cómo se desarrolla la vida, por eso siempre ha tenido un despacho con ventanas al exterior, para no perder esa perspectiva y tener la ciudad bajo vigilancia, aunque ahora sea desde un tercer piso rodeado de edificios altísimos y agresivos que cierran el panorama poco más allá de los cien metros.

El comisario medita, había pergeñado un discurso para el funeral de Padilla en el que exaltaría su carrera, su extraordinaria profesionalidad, su altísimo compromiso con la organización y su profundo valor humano. Todas esas cosas que se dicen en los funerales para encumbrar al finado. Iba a dedicarle una soflama de sentimientos para que nadie pudiera contener las lágrimas, pero con una llamada a

última hora, la viuda ha estropeado sus planes. Quiere un funeral íntimo, sin mandamases de la policía ni autoridades políticas, sin palabrería ocasional ni parafernalias. Así se lo ha expresado.

En el transcurso de la madrugada, la inspectora Reches y el comisario Lombardo han llamado a su puerta y le han dado la noticia. Durante más de dos horas han compartido su rabia, sus sollozos y su angustia por el futuro incierto. Lombardo la ha consolado en sus brazos y cuando se ha tranquilizado un poco le ha explicado ciertos planes para el sepelio. Un policía muerto durante el servicio merece un entierro con un plus de honores, pero ella se obstina ahora en que quiere un funeral discreto, para la familia y allegados.

Toni, Nacho y Ríos le han dado la misma noticia a la mujer de Quílez. Remedios los ha mandado a paseo con cajas destempladas, gritándoles asesinos. No les ha dejado pasar del rellano y les ha dado un portazo en las narices, sin aceptar el pésame y sin que pudieran explicarle la versión oficial de la tragedia. La Policía puede ir preparándose para una buena querella, porque Ramón Espadas, el afamado abogado penalista, es hermano de Remedios y va a ir a degüello.

Montes declara en ese momento en la Jefatura Superior. El nuevo jefe de Asuntos Internos es un auténtico profesional y cuenta con un expediente sin borrones ni enmiendas. Nada más hacerse cargo del departamento, Suárez le declaró la guerra a la corrupción y a la mala praxis, y ha puesto de patitas en la calle a unos cuantos polis que se lo merecían sin que le temblara la mano. Pero la situación de Montes no encaja en ninguno de aquellos cubos de basura a los que Suárez acostumbra a enviar la escoria. Los hechos apuntan a que todo ha sido un desgraciado accidente. Además, Lombardo le ha llamado para loar el trabajo de Montes, explicarle lo mucho que lo estiman sus compañeros y lo nefasto que sería para la moral perderlo en un momento tan delicado. En una palabra, le ha presionado bien y está seguro de que considerará sus argumentos. Quizá Montes tenga que ponerse en manos de la psicóloga del cuerpo y hacer terapia.

En esa nube negra de tribulaciones está sumergido Lombardo cuando la puerta se abre y entran Reches y Ríos. Ninguno de los dos ha descansado esa noche y sus rostros son puro agotamiento. El comisario cierra los ojos un instante, inspira y se vuelve con cara de duelo, deseando con toda su alma no tener que pasar por semejante trance a las puertas de la jubilación. Se acerca a la mesa y les invita a sentarse, la inspectora y el subinspector silencian sus teléfonos y los dejan sobre la mesa sembrada de carpetas apiladas. En el centro hay un cenicero azul con caramelos.

—Soy consciente de que ha sido una noche larga y que estamos exhaustos, pero esto solo acaba de empezar y lo mejor que podemos

hacer por Padilla es ponernos a trabajar como condenados a galeras. Hay que resolver esto lo más rápido posible, por las familias y por la opinión pública. A primera hora me han llamado de Jefatura, los periodistas se interesan por lo ocurrido y hacen preguntas engorrosas que no estamos preparados para responder. El comisario jefe está preocupado, y con razón. —Lombardo se toma unos segundos y los mira a la cara—. ¿Qué tenemos?

Reches inicia el turno de palabra.

—La conclusión es que Quílez fue atracado.

—¿En nuestras narices?

—Eso parece.

—Cuando se sepa que lo estábamos vigilando, vamos a quedar como idiotas —sentencia el comisario negando con la cabeza.

—De momento no tenemos por qué dar ese detalle —opina el subinspector.

—La mentira y las medias verdades tiene las patas muy cortas, Roberto. Vamos a ser transparentes de principio a fin. Es una orden.

—Como usted diga.

—¿Qué sabemos por ahora, Yolanda?

—La placa de matrícula encontrada en el lugar pertenece al Land Cruiser calcinado esa misma madrugada en el paseo de Santa Coloma. Toni y Nacho han hablado con el propietario del vehículo, les ha explicado que una noche atrás dos encapuchados se lo robaron a punta de escopeta. Salía de la gasolinera del paseo de la Zona Franca y lo abordaron cuando estaba parado en un semáforo. Lo hemos comprobado con las cámaras y el cargo en la tarjeta.

—¿Por qué no nos constaba la sustracción de ese vehículo?

—Le amenazaron con quemárselo si los denunciaba.

—Amenaza que han cumplido —asiente reflexivo el comisario.

—Después del robo llamó al trabajo, un almacén de sal de la Zona Franca, dijo que estaba enfermo y no fue a trabajar —añade Ríos—. Nos explicó que nada más llegar a casa miró la póliza del seguro, como resulta que el coche pasa del año, la cobertura de incendio solo alcanza el ochenta por ciento de su valor y por eso no lo denunció. Esperaba recuperarlo enterito.

—¿Nos creemos todo eso?

—El encargado confirma la llamada —explica la inspectora—. Por otro lado, no tiene antecedentes, está limpio.

Lombardo asiente mientras su cabeza procesa la información: dos tipos roban un coche a punta de escopeta; atracan a Quílez como en las películas, un joyero de medio pelo que trapichea con oro robado en los bajos fondos; se deshacen de la escopeta en un contenedor; calcinan el coche para borrar huellas. Dos individuos con cierta preparación y experiencia. Sean quienes sean, estaban muy al

corriente de los movimientos del joyero, incluso es posible que se trate de algún socio de andanzas, esas traiciones entre delincuentes ocurren más a menudo de lo que la gente cree. Asiente para sí mismo, no alberga la menor duda de que esos dos hijos de puta deben tener un largo historial delictivo.

El comisario se pone en pie y se acerca otra vez a la ventana, con las manos entrelazadas a la espalda. Reches y Ríos se miran desconcertados. La lluvia arrecia y las gotas se estrellan en el cristal con violencia. Se pone de puntillas y mira hacia abajo, las aceras comienzan a encharcarse, la gente se refugia bajo sus paraguas y en las porterías, y las marquesinas de los autobuses están a rebosar de una masa apiñada. Recuerda que tiene aparcado el coche en la puerta de la comisaría; con la que está cayendo quedará como los chorros del oro y se ahorrará pasarlo por el túnel de lavado. Eso si las nubes no descargan polvo sahariano, como ocurre a veces. Se frota la nariz pensando que las calles necesitaban un buen baldeo.

Lombardo balancea el peso sobre sus talones mientras otea el cercano horizonte: las azoteas de las moles de hormigón, acero y cristal se levantan por todas partes. Mira la lluvia barrer las aceras y un momento después vuelve a tomar asiento.

—Buscad perfiles de hombres entre veinticinco y cuarenta años con antecedentes por hechos similares —dice el comisario—. Seguro que ese par están fichados.

—Nos pondremos a ello enseguida —responde la inspectora.

—¿Hemos interrogado a ese chatarrero ruso que encontró la escopeta?

—Sí —contesta Ríos—. Pero no es ruso, sino ucraniano. Se llama Vitaly.

Lombardo arruga el ceño pensando en lo inmensa que fue la antigua Unión Soviética. Se amolda el cojín de la silla mientras sostiene la mirada del subinspector.

—¿Qué ha dicho ese Vitaly?

—Que salió como cada noche a recoger chatarra, y que cuando estaba en el paseo de Santa Coloma observó a un tipo que metía algo en un contenedor y que se tomaba demasiadas molestias en hundirlo hasta al fondo. Cuando se largó, fue a ver qué había y encontró los cañones de la escopeta. Vio las luces de las patrullas que estaban en el incendio del Land Cruiser, fue hasta allí y contactó con la policía local.

—¿Y podría reconocer a ese tipo?

Ríos menea la cabeza con sus gruesos labios fruncidos.

—Insistió en que estaba lejos y que solo lo vio de espaldas. Era noche cerrada, comisario.

—De todas formas, enseñadle fotos; no podemos dejar pasar la

más mínima posibilidad de identificar a ese sujeto.

—Me encargaré de que alguien lo haga —responde el subinspector.

—¿Y el arma?

—En proceso —dice Reches—. A ver si tenemos suerte y los de balística sacan alguna huella.

—A ver si tenemos suerte —repite meditabundo el comisario, segundos después mira al subinspector—. He leído en el informe que Quílez llevaba dos teléfonos.

—El tío debía de hablar a dos carrillos —comenta Ríos torciendo la boca, reprimiendo una pequeña sonrisa.

—Los teléfonos están en manos de la BICT —tercia Reches refiriéndose a la Brigada de Investigación Científica y Tecnológica—. Por lo que sé el iPhone les está dando problemas.

—Los iPhone son como un virus —dice el subinspector con un ligero susurro.

El comisario arruga el ceño con una especie de asombro. Sobre la mesa tanto Reches como Ríos tienen dos últimos modelos de iPhone, cuando él usa el viejo Samsung que facilita el Departamento de Policía y su móvil particular es un teléfono de doscientos euros regalo de su hija.

Lombardo se acoda en la mesa y lanza una mirada a la inspectora.

—Yolanda, ¿cuál es el plan?

Ella parpadea muy despacio, se encuentra un poco espesa, un tanto abstraída, sus pensamientos en ese instante son para Padilla y su familia, consciente de que su repentina muerte abre un precipicio insalvable. Ríos carraspea y el comisario expulsa todo el aire por la nariz mientras aguarda a que ella diga algo.

—Volveremos a pasar por las tiendas otra vez —dice la inspectora imprimiendo total seguridad a sus palabras—. Con lo ocurrido, las dependientas tendrán la moral por los suelos y presumo que estarán más dispuestas a colaborar. Debemos aprovechar la oportunidad.

—Yo husmearé un poco por la BICT, a ver qué tienen por ahora —añade el Oso.

—Me parece bien. Que Toni y Nacho se encarguen de las tiendas. Vosotros dormid unas horas, se os cae la cara de cansancio. Por cierto —dice señalando sus móviles—, ¿qué os han costado esos trastos?

13
LOS LEONES

Johnny recela cuando ve desfilar diez Harleys ante la puerta del Boogie ocupando todo el ancho de la calle, aunque sabía que tarde o

temprano tendría noticias de ellos. Los tipos que montan las motocicletas son gigantes, llevan chalecos negros de cuero, tatuajes por todo el cuerpo y cara de pocos amigos. Johnny sabe que los Leones reúne a los delincuentes más violentos y peligrosos de la ciudad, aunque pretendan pasar por un club motociclista de fin de semana. Están locos, una simple falta de respeto es la excusa perfecta para que aquellos tíos te machaquen y te hagan picadillo, y en eso puede encajar una simple mirada de curiosidad. Así que, cuando apalean a uno de sus miembros hasta dejarlo medio muerto, entra dentro de lo normal que declaren la guerra.

Johnny arruga el ceño mientras observa pasar el desfile de las Harleys, el rugido de los escapes es atronador y la acera palpita bajo sus pies. Las motocicletas doblan la primera calle muy despacio, una tras otra, de forma ordenada, como una coreografía de natación sincronizada, hasta que desaparecen de su vista. Instantes después un silencio sólido y sobrecogedor se apodera de la noche. Johnny se cruje los nudillos y el cuello y hace una serie de movimientos oscilantes con los brazos y los hombros, calentando, por si tiene que soltar un *mawashi tsuki* o algún golpe de otra naturaleza. Momentos después avisa para que todos los porteros salgan y formen en la entrada. Detrás de las cortinas hay media docena de bates preparados.

Pero durante largo rato todo transcurre con normalidad, la gente se amontona en una cola que entra con cuentagotas, la música suena en el interior, la pista sigue llena y los grifos despachan cerveza sin cesar. Así que los porteros se relajan un poco. En cambio Johnny se activa, está inquieto, más tenso que de costumbre, hace todo el tiempo movimientos bruscos y balancea el peso de un pie al otro. La seguridad del local es su responsabilidad y cobra una buena pasta para mantener el orden y la calma cuando todo se desestabiliza. Durante la tensa espera recuerda la última bronca con una pandilla de hooligans borrachos: sillas volando; botellas rotas usadas como estiletes y gente corriendo precipitada por todas partes. Johnny repartió como una máquina, pero también recibió lo suyo. El resultado fueron dos costillas rotas y el canto de una botella clavado en el muslo.

Sin moverse de la puerta observa la calle de arriba abajo, tiene una mala espina y desea que solo se trate de una falsa alarma, porque a Johnny solo le gusta pelear en serio sobre el tatami. Ahora dirige la mirada al cielo estrellado, inflamado de extraños colores rosas y púrpuras, con una enorme luna que admira durante un rato y que le transmite sensación de paz. *Starman* de Bowie se instala en su cabeza.

De pronto, por una esquina de la calle, aparecen diez tipos con aspecto de alimentarse solo a base de hamburguesas y con cara de estar dispuestos a lo que haga falta. Llevan en las manos barras de acero, llaves inglesas, puños americanos y martillos. Aligeran el paso y

en un instante se abalanzan sobre ellos. Estalla la guerra.

La que se forma es monumental y queda para los anales de la historia de las broncas moteras. Habla la artillería y hay puñetazos y patadas, vuelan mesas, sillas y botellas. La gente que hace cola en la calle huye corriendo histérica y amedrentada, las puertas de emergencia se abren de par en par y sale una estampida ensangrentada. El Boogie enloquece y se convierte en un campo de batalla que acontece sobre montañas de vidrios y chasquidos de huesos. Corre la sangre y la bilis. Johnny rompe la primera nariz que se cruza en su camino, pero poco más puede hacer con sus artes marciales ante la avalancha de brazos musculosos que se cierne sobre él.

En cuestión de minutos un tsunami lo arrasa todo y los Leones salen de allí con lo que han ido a buscar, un nombre: Lester. Un tío al que le van a ajustar las cuentas y que va a pagar por la paliza de Eric.

El 1 % es el club social de los Leones. Esa cifra es simbólica y hace referencia al porcentaje que representan unos pocos moteros dentro del gran colectivo que respeta la ley. La leyenda del 1 % data de 1947, de los llamados Disturbios de Hollister, cuando la Asociación Americana de Motociclistas, AMA, celebró la fiesta nacional del 4 de julio con una concentración en un tranquilo pueblecito de California que duró todo un fin de semana. Una horda de cuatro mil motoristas entró por la calle principal del pueblo, entre los que había exmilitares, montaraces y muchos alborotadores profesionales. La cerveza corrió a raudales y se originó una diversión excesiva para los puritanos habitantes de Hollister, que, acostumbrados al orden y a la paz, asistieron alucinados a carreras, derrapes, acrobacias y quema de neumáticos. La policía cerró las calles del pueblecito, sembradas de cristales rotos, colapsadas de gente ebria y motos aparcadas en cualquier parte, y de tíos y tías durmiendo la mona en el suelo. Encarcelaron a un buen puñado de aquellos alborotadores acusados de desórdenes y de embriaguez, pero los echaron en cuanto se les pasó la resaca. *Life* publicó un extenso reportaje que tituló «Disturbios de Hollister», en el que extremó el salvajismo y el caos provocado por los moteros. El presidente de la AMA salió al paso proclamando que aquellos alborotadores solo representaban un uno por ciento de la gran mayoría de los motoristas que respetaban la ley y declaró proscritos a aquel uno por ciento. En respuesta, los señalados colocaron en sus cazadoras un parche distintivo con el 1 %, cuyo uso se extendió poco a poco entre los moteros que anhelaban una vida libre y fuera de toda ley.

En la acera del 1 % hay aparcadas media docena de Harleys. Un *prospect* las vigila y mima sus cromados con un paño suave, con mucho amor, pasando su dedo ensalivado sobre la suciedad. El

prospect es un aspirante a miembro del club, un alevín que debe pasar por un período de prueba antes de ser admitido de pleno derecho. Además de cuidar de las motocicletas del club, el *prospect* también se encarga de que junto a las Harleys no aparque ninguna moto japonesa, coreana, ni italiana. En caso de que eso suceda tiene la obligación de quemarla. A lo sumo permiten que aparquen las Indian americanas. Otra de sus misiones es barrer y limpiar los lavabos del club y ser diana de las bromas, por regla general pesadas. A cambio se le premia con el honor de llevar los parches del club en su chaleco: Leones M.C., en la parte superior y *prospect*, en la parte inferior. La cabeza de un león rugiente llena la parte central del chaleco.

Los Leones Motor Club son una hermandad. Tocar a un León significa tocar a la hermandad y nadie puede permitirse ese lujo sin pagarlo. Eric era un *prospect*, un León en ciernes.

El club tiene veinticinco años de historia en España y para ser un León hay que cumplir ciertos requisitos indispensables: ser hombre, caucásico, tener más de veintiún años y una moto norteamericana de más de mil centímetros cúbicos, una Harley sin paliativos. Las mujeres están vetadas. Los Leones se rigen por un código de lealtad y de conducta: nadie debe aguantar ningún insulto y un hermano nunca puede dejar que otro hermano pelee solo. No existe ninguna delegación más de los Leones en el país, aunque sí en otras ciudades europeas. De hecho, van y vienen sin parar de Holanda, Alemania, Bélgica, Francia o Italia. En cualquier momento pueden estar en una ciudad donde tengan representación, así que no es tan fácil cazarlos.

Participan en actos como el Barcelona Harley Days mezclados con el resto de moteros, cosa que hacen para limpiar su imagen, porque en realidad esos tíos son tipos rudos y problemáticos a los que las normas se la sudan, repudiados de otros clubs por violentos o que abandonaron otras hermandades que consideraban demasiado blandas. Tanto la policía española como la Interpol los vigilan, para ellos son un grupo de delincuencia organizada y tienen extensos dosieres de sus miembros.

En el 1 % hay una barra de bar de madera maciza envejecida, solo se bebe whisky y cerveza de importación, y el rock sureño y el *heavy metal* te sale por las orejas. Una Harley Fat Boy sobre un pedestal es lo primero que encuentras nada más traspasar la puerta. En las paredes penden llantas, placas de matrículas, cascos, botas y chaquetas de cuero desgastado. Una oda al mundo motociclista. Y en la entrada hay un serio aviso:

Somos la gente de la que te advirtieron tus padres.

En la fachada hay una cámara de seguridad que capta todo lo que ocurre en el exterior y que contraviene la Ley de Protección de Datos y de Videovigilancia. Las normas les importan un bledo, señal de eso

es que se cuentan con los dedos de una mano los pocos moteros del club que tienen seguro o pasan las inspecciones obligatorias de las motos. Son los reyes.

Sandokán es el presidente de los Leones, el mandamás, el CEO de la organización en España, y está que trina porque Eric fue al Boogie con el chaleco del club. Las normas son rígidas en cuanto a su uso, ya que no es conveniente que la pasma identifique a uno de los miembros en circunstancias comprometidas. Eric no ha respetado las reglas y en su momento recibirá la lección apropiada, aunque todo apunta que la paliza nada tiene que ver con la venganza de ninguna banda rival, sino que es obra de un tal Lester. Se muere de ganas por ponerle la mano encima a ese tipo y ajustarle las cuentas. Desde ahora va con una diana en la espalda.

Mientras averiguan cómo encontrarlo, los Leones se han tomado su aperitivo con el Boogie. La poli ha empezado a hacer preguntas y los hermanos que organizaron la fiesta no han tenido más remedio que largarse, se han repartido entre las delegaciones de Marsella, Lyon, Róterdam, Ámsterdam, Mannheim, Berlín y Estocolmo, donde otros miembros los han acogido con los brazos abiertos, como a héroes.

Que les echen un galgo.

Sandokán ha sopesado muy bien cómo van a responder a la somanta que recibió Eric, lleva un año bajo fianza y está sometido a libertad vigilada. La policía lo acusa de pertenencia a organización criminal, secuestro, extorsión, tráfico de drogas y amenazas. «Un montón de malentendidos», declaró ante el juez reprimiendo una carcajada. Así que durante todo ese tiempo han evitado los problemas y se han portado bien. Han hecho las cosas con cabeza, aunque siempre alerta y acechantes, aguardando esa oportunidad que llega en el momento más inesperado. Pero después de mantener la cabeza fría durante tanto tiempo y a la pasma alejada, ahora pueden caerles encima en cualquier momento. Lo sabe porque el confidente que tienen en la poli les ha soplado que su archienemigo, el inspector Carrillo, jefe de Crimen Organizado, una rama de la UDYCO, a raíz de lo del Boogie está ultimando una redada. Otra más.

Pero el 1 % está más limpio que un hogar de jubilados.

Sandokán preside la reunión donde los pesos pesados del club toman las decisiones. El lugar es un office en la trastienda con un par de monitores de televisión en blanco y negro, tres sofás con la piel agrietada y una vieja mesa ovalada con dos ceniceros llenos de colillas. En un estante de la pared hay una cadena de música y suena Lynyrd Skynyrd a un volumen moderado. *Gimme three steps.*

El mandamás de los Leones es grande como un rumiante, musculoso, con una melena oscura que traspasa sus hombros y una espesa barba azabache. Tiene el cuerpo sembrado de tatuajes

alucinantes que cuentan historias más alucinantes aún. Victorias. Suele acompañar sus palabras con ademanes bruscos y ágiles. A pesar de su corpulencia, tiene unos ojos negros diminutos hundidos en la carne, de mirada hermética e indescifrable. Un témpano de hielo.

El núcleo duro son cinco miembros. Cinco tíos de los que te hacen cambiar de acera si te los cruzas por la calle, con currículums criminales extensos y variados.

Está Rómulo, el vicepresidente del club y hombre de confianza de Sandokán, su mano derecha. Supervisa todas las operaciones y lo sustituye en su ausencia. Vivía a todo lujo cuando la policía lo detuvo por extorsión y estafa, y acabó trabajando en un matadero a su salida de la cárcel. Se jacta de haber compartido celda con Mario Conde, pero todo el mundo duda de que eso sea cierto.

Está Eddie, el guardaespaldas de Sandokán, tatuador y exmilitar profesional, practica todo tipo de artes marciales y rueda a su lado siempre que se echan al asfalto.

Está Buj, el que organiza la logística y el encargado de solventar las averías mecánicas, un manitas con los motores, capaz de fabricar cualquier artilugio con dos metros de tubo, una caja de tornillos y un soldador. Todo el mundo opina que debería trabajar en la NASA.

Está Berni, el encargado de inteligencia, los ojos y los oídos de los Leones, muy hábil consiguiendo cualquier información. Su pasado es un verdadero enigma, y Sandokán ha sospechado alguna vez que tenían a un infiltrado del CNI en sus filas.

Y por supuesto, está él, Sandokán.

La expresión del CEO de los Leones transmite preocupación, tiene el ceño arrugado, mirada taciturna y repiquetea con los dedos sobre el brazo del sofá. Ha enviado a Eddie y a Berni a indagar al hospital y las noticias no son buenas. Eric está en la unidad de cuidados intensivos del Clínic, lleva una pulsera con su nombre en la muñeca, un sensor en un dedo y está enchufado a un gotero y a tubos que salen de máquinas que emiten pitidos continuos. Tiene los dos brazos y una pierna escayolados, la cara irreconocible y un vendaje alrededor de la cabeza y el torso. Parece una momia. Pero lo preocupante ahora no son las consecuencias de la tunda, sino que en el quirófano ha cogido una bacteria que está formando coágulos en las válvulas de su corazón. El diagnóstico es una endocarditis grave.

Berni y Eddie logran colarse en la habitación, despiertan a Eric y, antes de que una enfermera los expulse, consiguen captar una frase.

Sandokán oye por primera vez hablar de un broche y de un tal Marlon, un ligón que se mueve por el Cosmos. La paliza que recibió Eric en el Boogie fue a causa de ese puto broche. Asiente con pesadumbre, sus planes pasaban por permanecer un tiempo más en la sombra mientras ultimaba nuevos planes para sacarle tajada a la

ciudad, pero no puede pasar por alto el insulto de Lester y ahora solo piensa en devolver el golpe.

Los Leones han de despertar de la siesta.

—Eddie, Berni, quiero saberlo todo sobre Lester; quién es, a qué se dedica y dónde caga. Ofrecedle a ese poli lo que haga falta, pero id con tiento y no os fieis, podría jugárnosla. Rómulo, tú ve al Cosmos y averigua todo lo que puedas sobre Marlon. Si está implicado en la paliza va a necesitar cirugía estética. Y conseguid ese maldito broche. —Sandokán mira a Buj sin pestañear y espera unos segundos antes de proseguir, sus dedos vuelven a tamborilear sobre el brazo del sofá—. Desentierra los hierros y engrásalos bien, los necesitaremos muy pronto.

14
EVARISTO CONRADO

El sol vierte fuego sobre los peñascos de la costa cuando Josefina y Conrado llegan a la mansión de Aldous Rapp. Bajo la luz del día, la majestuosa residencia resulta más pomposa aún, un paraíso de limpidez deslumbrante cuyo dominio sobre el mar deja asombrada a Josefina. Y eso que todavía ignora que la villa del magnate también posee una piscina climatizada cubierta y otra descubierta, sauna finlandesa, baño turco, dos salones de verano y uno de invierno, diez dormitorios tipo suite, dos despachos, seis baños, pista de pádel, un helipuerto con un helicóptero biplaza, una cala artificial de arenas doradas y un garaje en el que se guarda una colección de doce deportivos antiguos e históricos.

Traspasan la cancela, el jardín que les recibe está cubierto de plantas en flor, de palmeras que rozan los cielos, de abedules, álamos y olivos silvestres. Josefina y Conrado suben el camino de grava que conduce hasta la entrada principal de la casa. A pesar de que sopla una ligera brisa marina, el calor es pegajoso y sofocante. Conrado comienza a notar las primeras gotas de sudor en la espalda cuando se detiene en seco.

—Aquí es donde me tiraron la piña —dice tocándose el golpe de la cabeza.

Josefina alza la mirada y observa el entramado de ramas.

—¿Quieres decir? No veo ningún pino piñonero.

—Por eso he dicho que me la tiraron, no llovió sola del cielo.

—¿Molestaste a alguien?

El detective mueve los hombros pensando en Sebastián, el criado de Ricardo Zanzíbar.

—Ni idea, a veces la gente es más quisquillosa de lo conveniente.

De repente un suave zumbido sobrevuela sus cabezas, Josefina se encoge y en un acto reflejo se protege con el brazo. Conrado da un paso atrás y mira hacia arriba. Se trata de un dron suspendido en el aire que zumba igual que un abejorro. El aparato desciende hasta la altura de sus cabezas y se sitúa frente a ellos. Un instante después se eleva y desaparece a la velocidad del rayo. El detective lo observa alejarse con cara de abducido, como si hubiera asistido al avistamiento de un platillo volante.

—¿Qué ha sido eso? —le pregunta Josefina.

—Me temo que cosa de Simón Grancha —dice con hastío—. ¿Recuerdas que tenía que buscar a alguien que le proporcionara seguridad a Aldous Rapp? Pues lo encontré.

—¿Uno de los repudiados de tu agenda?

La mirada del detective se afila bajo sus párpados.

—Si te gusta expresarlo así…

—Nunca te he oído hablar de Simón Grancha.

—Porque no ha habido necesidad.

—Pues ahora la hay. ¿Quién es?

Conrado se lo resume en un minuto. Al terminar, ella asiente muy despacio, pensativa.

—Pues vamos apañados.

Cuando acaban de subir la cuestecilla lo encuentran tendido en una hamaca a la sombra y sonriente. Sostiene una botella de cerveza en una de sus manazas y en la otra un mando de control remoto, va en pantalón corto, camisa hawaiana y cubre su cabeza con un gran sombrero mexicano.

—*Aloha, brother* —les saluda Grancha alzando la botella—. Si me hubieras dicho que venías te hubiera preparado un buen recibimiento, pero no me has avisado porque querías cogerme desprevenido. Lo dicen esos ojillos tuyos de zorro. —Grancha mira entonces a Josefina —. ¿Y la señorita?

—Josefina —se presenta ella.

El geo se quita el sombrero mexicano y hace una reverencia exagerada mientras Conrado contempla el entorno, asintiendo para sí con los párpados arrugados.

—Te has hecho muy rápido al lugar, Simón.

—El tipo me dijo que me acomodara como si estuviera en mi casa.

—Y tú te lo has tomado al pie de la letra.

—Como la orden de un capitán general, hermano.

—¿Y cómo va la cosa por capitanía? ¿Tienes algo para mí?

—Nada, todo transcurre con normalidad. —Conrado frunce el ceño—. ¿Te molesta eso?

—No, pero mírate, pareces un turista de vacaciones. Estás

trabajando, ¿puedes meterte eso en la cabeza y recordarlo?

—Eso es lo que estoy haciendo, trabajar. Hace un instante he descubierto a un par de merodeadores.

Grancha apura la cerveza de un trago, suelta el botellín y se desliza hasta el suelo, donde se tira del pantalón y se ajusta los cordones de la cintura. Al ponerse en pie, un bulto sobresale por debajo de su camisa hawaiana como un tumor.

—¿Eso es una hernia? —dice el detective señalando su abdomen.

—Se necesita harina para hacer pan.

—¿Qué tipo de harina utilizas?

—Una Glock que hace panes como catedrales.

Conrado intercambia una mirada con Josefina, que observa a uno y a otro con los ojos muy abiertos, sorprendida por el intercambio de golpes.

—Ya que te estoy pagando por verlas venir rodando, supongo que tendrás algún chismorreo que largar por esa boca.

El geo frunce los labios y sonríe para sí.

Aldous Rapp viste como un niño de comunión, habla lo justo y preciso y siempre lleva trajes de cuello mao, con muchos botones y ribetes dorados. Es la ridiculez andante. Leo Carranza y Clara Navarro, sus personas de confianza, son unos estirados que se pasean como si se hubieran tragado un palo. Se creen algo porque viven en una gran mansión, pero solo son los sirvientes, unos parásitos con suerte. La relación de la pareja con el jardinero y su mujer es inexistente y tratan de evitarse a toda costa. Ernesto es hombre de pocas palabras, rudo en el trato y muy celoso. Vigila a Nora de cerca y trata de no dejarla sola en ningún momento.

Y Nora, es simplemente Nora.

—¿Crees que hay algo entre esos cuatro? —inquiere Conrado.

Grancha se da unos toquecitos en la nariz con el dedo.

—El olfato de este perro viejo que tienes delante opina que aquí hay gato encerrado.

—Pues en cuanto esa nariz huela algo más, dile que me lo cuente.

—Se lo diré.

Conrado saca un pañuelo de papel y se lo pasa sobre el sudor del cuello, mira a Josefina y después a Grancha, pensativo.

—Simón, ¿a qué viene eso del dron? ¿Tanto te cuesta mover el culo?

El geo parpadea ante la observación.

—¿Tienes idea de lo inmenso que es esto, de las cuestas y de los barrancos tan peligrosos que hay? Ya veo que no. Necesitaría toda una semana para recorrer el perímetro. Y eso si no me mato por ahí. —Coge el control remoto del dron, manipula las palanquitas y en segundos oyen el ligero zumbido de los rotores sobre sus cabezas.

Grancha les muestra las imágenes que capta en una consola digital—. No hay nada como una vista aérea —ladra con aspereza. Vuelve a mover las palanquitas y desplaza el aparato hasta situarlo frente a Josefina—. Pon la palma de la mano, sin miedo. —Ella lo hace y el aparato se posa como una pluma.

—¡Qué liviano! —dice Josefina asombrada, admirándolo como a una maravilla.

Grancha clava su mirada en Conrado y señala el dron con un dedo, enfadado.

—Ese cabrón alcanza ciento veinticinco kilómetros por hora, lleva una cámara *full HD* y tiene una autonomía de veinte minutos. Pero tú opinas que tengo que ir por ahí saltando de piedra en piedra como una cabra montesa para despeñarme en cualquier barranco.

El detective levanta las palmas de las manos.

—Vale, ya he visto suficiente. Te lo compro.

—No está en venta.

Josefina levanta un dedo y Grancha la mira enfurecido.

—Creo que se refiere a que acepta la argumentación.

El geo entrecierra los ojos.

—¿La argumentación? —repite muy despacio.

—Déjalo. —El detective barre el aire con la mano y echa a andar con zancadas largas, con la mirada torva de Grancha clavada en el cogote. Josefina sale en su persecución y acelera el paso hasta que le alcanza.

—¿Qué opinas de él? —le pregunta el detective sin detenerse.

—¿Quieres que te sea sincera?

—Por favor.

—Un peligro, qué quieres que te diga.

Leo Carranza y Clara Navarro los aguardan en el jardín. La pareja tiene alrededor de sesenta años, aspecto robusto y sudoroso, visten con ese estilo informal tan extendido entre los maduros que se consideran modernos que les hace parecer dos treintañeros que han pasado por una decadencia prematura. Josefina y Conrado se miran con asombro: él lleva unos vaqueros azules ceñidísimos que marcan unos atributos exagerados en su entrepierna, mientras que los pechos de ella sobresalen de las copas del sujetador y por el escote de su ajustada camiseta de camuflaje como dos globos hinchados con helio. Cuando el detective se recupera de la impresión observa que él tiene un pómulo amoratado.

—Buenos días, les estábamos esperando —dice Carranza con una amplia sonrisa, alargando la mano—. Aldo nos avisó de que vendrían, pero desea que le disculpen, ha surgido algo y ha tenido que marcharse muy temprano.

El detective le estrecha la mano y se presenta.

—Evaristo Conrado, ella es mi socia, Josefina.

—Encantada —dice Clara abanicándose el rostro con la mano—. Hace un calor espantoso, ¿prefieren que hablemos dentro o fuera?

En el jardín hay una pérgola hexagonal con la cubierta en forma de pirámide, construida en madera tropical sobre seis robustos pilares. Su superficie es de unos treinta metros cuadrados y está al borde del acantilado, desde donde se divisa una panorámica espléndida del mar.

—Aquí hay unas vistas fantásticas —dice Josefina.

—Muy bien, entonces traeré algo de beber. ¿Qué les apetece, agua, zumo, refrescos, una cerveza?

—No se moleste —dice Conrado.

—Insisto.

—Esta mujer no acepta un no por respuesta —se sonríe Leo Carranza mirando a Clara con admiración.

—Traiga lo que le parezca.

Clara asiente, sus pasos rechinan sobre la grava del caminillo que bordea el jardín hasta que entra en la casa. Se acomodan bajo la pérgola, en unos sillones de madera forrados de cuero viejo y cojines rellenos de látex. Se miran en silencio e intercambian sonrisas de cortesía.

—Disculpe, señor Carranza —dice de pronto el detective—. Ese morado que tiene parece reciente, ¿cómo se lo ha hecho?

—Me di con una contraventana, las malditas corrientes de aire. Pero por favor —dice mirando a Josefina un segundo más de la cuenta —, llámenme Leo.

—Bien, Leo, ¿sabe por qué estamos aquí?

—Por el robo, supongo, pueden preguntar lo que quieran.

—El señor Rapp nos explicó que usted y su esposa llevan muchos años al servicio de la familia. ¿A cuándo se remonta eso?

—Nuestras familias ya servían al señor Rapp padre cuando se instalaron en Madrid. Clara y yo nos enamoramos y nos casamos, y cuando nuestros progenitores se hicieron mayores continuamos al servicio de la familia. Puede decirse que nos criamos jugando con Aldo. Estamos muy agradecidos a la familia Rapp.

—Son como parte de la familia —afirma Josefina.

—Así es como nos trata Aldo y así es como nos sentimos nosotros, por eso les rogamos que solucionen esto pronto. Aldo está pensando en reforzar las vallas y en enrejar las ventanas y no queremos que esto se convierta en una cárcel.

—Le entiendo.

—Cuéntenos qué hacía el día del robo —pregunta Conrado.

—Fui a visitar a mi madre al geriátrico, como cada lunes. Está en la residencia Sitges Park, por si les interesa.

—¿Cuánto tiempo suele pasar con ella?

Leo Carranza cierra un instante los ojos, pensativo.

—Unas dos horas, más o menos.

—Aldous Rapp se disponía a marcharse sobre las diez, ¿a qué hora se fue usted?

—Un poco antes, observé que él se estaba preparando cuando salí.

—Así que volvió sobre las doce.

—Más o menos.

—Aparte del señor Rapp, ¿había alguien más en la propiedad?

—No, Clara había ido a Vilanova a comprar y Ernesto y Nora tenían la mañana libre.

—¿Es normal que la propiedad se quede sola? —pregunta Josefina.

—Tenemos un buen sistema de seguridad y nunca había pasado nada.

—¿Su mujer paga las compras en efectivo o con tarjeta? —pregunta él.

—Con tarjeta, ¿por qué?

—Tenemos que situar a cada uno de ustedes en el momento del robo, pura rutina. Así que su mujer va todos los lunes a comprar a Vilanova.

Leo Carranza se pasa la mano por su cara sudorosa, después alterna la mirada de Josefina al detective, con desconcierto.

—Esto es increíble, ¿sospechan de nosotros?

—No lo vea así, es puro procedimiento. Cuando se marchó usted, ¿su mujer ya se había ido?

Leo Carranza se acalora con tanta pregunta inculpatoria y comienza a responder con una modulación de voz un tanto brusca.

—Claro, mi mujer salió temprano. Va al mercado y en el mercado hay que hacer colas. ¿Usted nunca va al mercado o lo compra todo en Amazon?

Josefina y Conrado se miran.

—¿Qué observó cuando volvió? —pregunta el detective tras unos segundos.

—La puerta estaba entreabierta y había pisadas de botas en la entrada. Pensé que Aldo seguía en la casa y que habría recibido alguna visita inesperada, pero lo llamé a voces y no me contestó nadie. Entonces cogí un manubrio de los toldos y seguí las pisadas.

—Aún no sé si eres un valiente o un inconsciente.

Es Clara, que en ese momento llega con una bandeja donde hay una jarra de limonada con hielo, varios botellines de refrescos y cuatro vasos. Carranza se pone en pie para ayudarla y Josefina y Conrado cruzan una mirada; ¿tiene una erección o es su propia naturaleza? Acerca la boca al oído de Clara.

—Creo que somos sospechosos.

—¿Sí? ¡Qué emocionante! —Clara mira a Conrado arqueando las cejas—. ¿Eso es cierto?

—Están muy interesados en saber qué hacíamos esa mañana —añade Carranza sonriéndose.

—Mera rutina —dice Josefina.

—¿No habían dicho «puro procedimiento»? —dice Carranza a modo de reproche.

—Ganarían más dedicando sus esfuerzos a otra cosa —añade su mujer.

Clara llena los vasos con limonada y se ajusta el escote con un par de tirones bruscos. Mientras, el detective se vuelve y echa una ojeada al sereno mar: una placa maciza y oscura pero deslumbrante a causa del reflejo de los rayos del sol. Un pequeño velero navega cerca de la costa aprovechando las ráfagas de viento, mientras que en la lejanía se

observan los grandes cruceros y mercantes que dirigen su rumbo hacia el puerto de Barcelona.

—Impresionantes vistas, ¿verdad? —dice Carranza con un temple de voz más calmado.

Conrado asiente, se pone en pie y se asoma a la baranda de madera que circunda el acantilado, hay una escalinata de cemento con un pasamanos de hierro tubular que desciende por las entrañas de las rocas hasta la arena de una cala. Las olas mecen una pequeña embarcación con motor fuera borda a unos metros de la orilla. Otea el horizonte y señala un punto de la costa.

—¿Qué es aquello?

—El puerto del Garraf.

—¿Cuánto se tarda en llegar?

—Veinte minutos por carretera, la mitad con la barca.

—¿Se puede llegar a pie?

—No, eso es imposible, no hay ningún camino de ronda hasta allí. Desde aquí solo puede irse por asfalto o por mar.

—Leo conoce muy bien toda esta parte del Garraf —apunta Clara Navarro—. Si él lo dice es que es así.

—Supongo que esa barca de ahí abajo es de la propiedad.

—Sí, Aldo la utiliza para ir al puerto. Allí tiene fondeado un yate impresionante: Luz del Amanecer, un PJ120 de la serie Sport Yacht. Treinta y seis metros de eslora y cuatro camarotes. Un lujo, aunque no es el único barco que tiene.

—Me hago una idea —dice el detective sentándose otra vez, pensando en las facturas que acumula en los cajones de su mesa y en el dinero negro que pasa de mano en mano sin ningún control.

De repente un leve zumbido y todas las miradas se elevan al cielo, el dron de Simón Grancha pasa sobre sus cabezas, deslizándose por las corrientes con un vuelo tranquilo y majestuoso a lo largo del acantilado. Josefina y Conrado se miran.

—¿Creen normal que tengamos que soportar esto todo el día? —Clara mueve la cabeza con aburrimiento.

Conrado toma un sorbo de limonada, se aclara la garganta y mira a Leo Carranza.

—Nos explicaba que cuando regresó observó huellas de botas en el umbral de la puerta, que llamó al señor Rapp, pero que no le contestó nadie. Que entonces cogió un manubrio de los toldos.

—¿Todo eso hiciste, Leo? —dice con falsa diversión Clara.

Carranza fulmina a su mujer con una mirada, sin decir nada. Ella dibuja en todo su rostro una expresión maliciosa.

—¿Podemos continuar? —insiste el detective.

—Seguí las pisadas —dice Carranza—, iban y volvían por el pasillo. Fui hasta el salón y recorrí la planta baja entera, pero no había

nadie. Llamé otra vez a Aldo, a gritos, y no recibí ninguna respuesta. Temiendo lo peor cogí el ascensor y bajé a la galería, me encontré con el terrible espectáculo. Estaba amordazado de pies y manos en el suelo, con una cinta tapándole la boca. Enseguida me di cuenta de que le habían dado una paliza.

Conrado mira a Carranza, después a Clara.

—¿Hubo alguna llamada extraña, alguna visita inesperada o sucedió algo en los días que precedieron al robo que les llamara la atención? ¿Sospechan de alguien?

Clara Navarro y Leo Carranza se miran, él mueve los hombros y ella niega con la cabeza. Mientras el detective realiza sus preguntas, Josefina estudia atenta las microexpresiones que se producen en sus rostros. O se han puesto de acuerdo y fingen muy bien, o es cierto todo lo que dicen.

—¿Creen posible que algún allegado del señor Rapp haya podido encargar el robo? —les pregunta Josefina.

—¿Encargar el robo? —repite Carranza después de unos segundos con la boca entreabierta, pasmado.

—Sí, no tenemos ninguna duda de que fue un robo por encargo —asegura ella—. ¿Aldous Rapp tiene algún enemigo declarado? ¿Alguien está enfadado con él?

—¿Quién, Aldo? —Clara suelta una carcajada corta, sorprendida por la pregunta—. Ni por asomo, no creo que haya nadie en el mundo que pueda odiarle, y menos hacerle algo así.

—Opino lo mismo —se suma Carranza.

Conrado se bebe medio vaso de limonada de dos sorbos y se frota el mentón como si hiciera una profunda reflexión.

—Según el señor Rapp, solo algunas personas de su círculo de allegados conocen la existencia de su pequeña galería. Barajando esa hipótesis, solo puede haber sido una de esas personas quien haya encargado el robo. La envidia, la codicia o viejas rencillas pueden conducir a algunas personas a cometer actos así, se lo aseguro. Ustedes llevan toda la vida con él. Piensen. ¿Están seguros de que no tienen un nombre que darnos?, ¿ningún hilo del que tirar?

—No dudo de que tenga razón —dice Clara con los ojos muy brillantes—, pero nadie que conozca a Aldo de verdad sería capaz de hacerle daño.

—Está bien, creo que eso es todo —dice el detective intercambiando una fugaz mirada con Josefina.

El matrimonio estaba pintando a Aldous Rapp como un santurrón, como la bondad personificada, pero nadie amasa una fortuna con sudor propio, sin sufrimiento ajeno y sin perjudicar a otras personas. Ha de haber pobres para que haya ricos, hambre en una parte del mundo para que en otra sobren alimentos, gente que no tenga nada

para que otros lo tengan todo. No son matemáticas, pero la ecuación es correcta.

—Veneran al señor Rapp —observa Josefina.

—Por supuesto —dice Clara alzando la mirada.

—Señor Carranza —dice Conrado—, ya que conoce tan bien este trozo del Garraf, si quisiera vigilar la propiedad durante unas semanas, sin levantar sospechas, ¿desde dónde lo haría?

—Desde la Serra dels Pins, sin dudarlo —dice señalando un punto del macizo montañoso.

—¿Por qué desde ahí?

—Porque allí están las canteras de cal del Garraf, una zona de difícil acceso y de vegetación densa y alta. En esa zona hay alrededor de una docena de masías abandonadas. Aunque la mayoría están en ruinas, seguro que es posible encontrar alguna que sirva de escondrijo. Desde allí hay una visión perfecta de toda esta parte de la costa.

—¿Cree posible que alguien pueda esconderse allí unas semanas sin ser descubierto?

—Sin dudarlo, se trata de un lugar solitario y agreste. Los caminos están llenos de socavones profundos y por allí solo circulan los camiones de la cantera, aunque también es posible encontrar algún montañero de fin de semana que se pierde por esas colinas para sacar panorámicas de las perforaciones. Si tiene ocasión eche un vistazo por internet, han pulverizado el macizo con las prospecciones.

—Gracias, lo tendremos en cuenta —dice Josefina, que otea las colinas puesta en pie, con una mano en la frente. Saca unas cuantas fotografías utilizando el *zoom* del móvil.

—En cuanto a Ernesto, el jardinero, y su mujer, Nora, ¿qué nos pueden decir de ellos?

Clara cruza una mirada incómoda con su marido, después suspira hondo y desvía su atención hacia el horizonte azulado que planea sobre el mar.

—Hablen con ellos, ahora mismo están ahí detrás, en la piscina —dice Carranza sin disimular aspereza, indicando la parte trasera de la casa con la cabeza.

—¿Llevan mucho tiempo trabajando aquí?

—Unos dos años, ¿verdad Clara?

—Si tú lo dices —responde ella sin apartar sus ojos del horizonte.

Un silencio patético se abre durante unos segundos.

—¿Solo ustedes cuatro se encargan de mantener toda la propiedad? —pregunta Josefina.

—Ellos hacen su trabajo y nosotros el nuestro —dice Carranza.

—La mayor parte de las estancias están cerradas todo el año —explica Clara con una especie de melancolía en la voz.

Es evidente que desde que han nombrado a Ernesto y a Nora se

ha creado una situación embarazosa. Conrado se levanta, mira a Josefina y le hace un gesto para que le siga.

—Vamos, tenemos que hablar con ellos.

Toman el largo sendero que bordea la casa, el dron pasa sobre sus cabezas y Conrado piensa en el aburrimiento que debe pasar el geo. El camino que conduce a la parte trasera de la mansión es de losas y está flanqueado a ambos lados por una frondosa cortina de rododendros y madreselvas en flor, encinas, carrascas, lentiscos y palmitos; todo ello plantado con gran sentido estético. Josefina se pinza la nariz para reprimir un estornudo, en el aire flota la esencia dulzona y empalagosa de las flores en forma de campanilla de la madreselva y comienza a picarle la garganta. Conrado se detiene un instante y la mira.

—Grancha te pareció un peligro, ¿qué opinas de estos dos?

—Un par de malos farsantes —dice Josefina sin titubear.

La piscina arranca desde el porche del formidable salón de verano, es una *infinity pool* de acero inoxidable reluciente con trampolín, tobogán, chorros de agua y unas vistas impresionantes de la costa. Su superficie es considerable y todo su contorno es una plataforma de madera de ipe. Hay media docena de tumbonas tapizadas en blanco, tres camas balinesas, una sombrilla gigantesca en cada una de las cuatro mesas y un importante aprovisionamiento de toallas blancas y gruesas. En un aparte también hay un *jacuzzi* burbujeante y la caja de una sauna. El acantilado queda detrás de los gruesos cristales de seguridad que protegen de una eventual caída al precipicio. Aldous Rapp colocó la protección después de que un invitado un tanto ebrio estuviera a punto de caer al vacío.

Cuando llegan a aquel espacio cinco estrellas superlujo, encuentran a un hombre con sombrero de paja acuclillado entre las tumbonas; el sol da de lleno en sus anchas espaldas y tiene una esponja húmeda en las manos, junto a sus pies hay un barreño de agua jabonosa.

—¿Ernesto? —pregunta Conrado dando una voz.

El hombre se vuelve y los mira con ojos duros, se pasa el dorso de la mano por la frente y se pone en pie con el ceño fruncido. El agua de la esponja gotea en su pantalón y sobre sus zapatos. Es un negro enorme, de nariz ancha y aplastada, ojos saltones y gruesos labios morados. El detective le calcula unos cincuenta años.

—¿Quién lo pregunta? —responde el negro con un vozarrón profundo y ronco, dejando entrever su dentadura devastada.

—Evaristo Conrado, soy investigador privado; ella es mi socia —añade volviéndose hacia Josefina—. Supongo que usted es Ernesto, el jardinero.

El negro parece sopesar la respuesta mientras los observa sin

pestañear más del tiempo que sería razonable. Saca un pañuelo y se suena la nariz, primero una fosa nasal, luego la otra.

—¿Qué quieren?

—¿No le ha dicho el señor Rapp que vendríamos a hablar con usted?

—Sí —dice pensativo—. ¡Nora, sal de una vez del agua! —gruñe mientras se seca sus toscas manos, llenas de cicatrices y arañazos, en los pantalones.

En la superficie de la piscina asoma de pronto la cabeza de Nora; sus ojos miran a izquierda y derecha perplejos, expulsa un chorro de agua por la boca y suelta un chillido histérico. Acto seguido llena los pulmones con una sonora bocanada y se sumerge otra vez. Su silueta desaparece serpenteando como una culebra hasta el fondo.

—¿Hemos venido en mal momento? —pegunta Josefina.

El jardinero menea la cabeza.

—Nora es así.

Pasa alrededor de un minuto y Nora aún no ha salido. Durante ese tiempo permanecen expectantes, sin cruzar palabra, aguardando a que asome su cabeza en la superficie del agua en cualquier momento. Ernesto saca otra vez el pañuelo, se envuelve con él un índice y se rebaña los orificios nasales.

—Es el polen.

—Oiga Ernesto, ¿no le habrá pasado algo a Nora? —Josefina se alarma por la larga inmersión.

El jardinero señala las burbujas que ascienden desde el fondo.

—Está ahí, sabe que la estamos esperando, pero le da igual. Nora es así.

—¿Qué parentesco tienen ustedes?, ¿están casados? —le pregunta Conrado.

Ernesto endurece la mirada y tarda unos segundos en contestar; a sus respuestas siempre preceden unos instantes de reflexión y cálculo. Conrado mira sus ojos oscuros y se pregunta qué demonios se estará fraguando detrás de sus pupilas. Se pasa la lengua por sus gruesos labios morados.

—Es mi mujer.

Nora irrumpe en la superficie del agua, suelta una profunda exhalación y bracea hasta las escalerillas. Instantes después está secándose en un extremo de la piscina con una toalla blanca como la nieve. Es atlética, de rasgos afilados y una piel oscura pero luminosa que resplandece como si tuviera un baño de aceite. Su cabello largo y negro le llega hasta media espalda y sus pechos operados nada tienen que envidiar a los de Clara Navarro. Es vistosa, pero sin llegar a ser una superbelleza. Se seca contorneándose de forma excesiva y exhibicionista, se envuelve con la toalla y se acerca a Ernesto

presumiendo de figura.

—¿Amor?

—Son los detectives.

—¿Dónde podemos hablar? —pregunta Josefina.

Nora los mira de arriba abajo con desilusión. Se siente decepcionada, imaginaba que los detectives serían como los de las películas: guapos, con esmoquin, pajarita y licencia para matar. Como James Bond. Pero ni Conrado reúne ninguna de aquellas condiciones ni Josefina parece una chica Bond. Nora tiene mucha imaginación y demasiada confusión en su cabeza. La marihuana que fuma a todas horas no le ayuda demasiado a aclararse las ideas, aunque sí le sirve para aceptar tal y como es el mundo.

Mientras se acercan a una mesa, Conrado observa una marca de mordedura en el cuello de Ernesto, es reciente y profunda, con la carne desgajada y puntos de sutura. Le propina un ligero codazo a Josefina para que se fije y ella lo hace. Mientras Nora se pone un albornoz, Ernesto despliega una gran sombrilla, arrima cuatro sillas y se sienta frente al detective, sus ojos oscuros lo observan con recelo.

—¿Cuánto tiempo llevan trabajando para el señor Rapp? —pregunta Conrado.

El jardinero se relame el labio inferior con la punta de la lengua antes de contestar.

—Algo más de año y medio.

—¿Cómo encontraron este trabajo?

—Por el señor Zanzíbar.

—¿De qué conoce a don Ricardo?

—Trabajé para él.

—¿En su casa de Collserola?

—Sí.

—¿Nora también?

—No, ella no.

—¿Puede explicarnos cuáles son sus tareas concretas en la casa? —pregunta Josefina.

—Me ocupo de la piscina y de los jardines. Nora me ayuda y también ayuda a la señora Navarro.

—¿Están contentos con el trato que les dispensa el señor Rapp? —quiere saber Conrado.

—Sí, además paga bien.

El detective asiente y le señala con un dedo.

—¿Qué es eso que tiene en el cuello? Parece un mordisco humano, ¿quién se lo ha hecho?

Ernesto cruza una intensa mirada con Nora y aprieta los labios.

—Díselo —dice ella.

—¿No les ha explicado nada Carranza?

Conrado eleva el ceño.

—¿Qué tenía que explicarnos?

—Discutimos, yo le di un puñetazo y él me mordió a traición.

—Eso parece más que una discusión.

—Se pelearon por mí —dice Nora con aires presuntuosos.

Ernesto la observa unos segundos con ojos encolerizados, menea la cabeza y llena los pulmones con una ruidosa inspiración.

—Ese cabrón no ha parado de acosarla. He tenido que pararle los pies unas cuantas veces, pero en cuanto me descuido vuelve a las andadas.

—Es inofensivo, solo es un viejo verde —dice Nora.

Ernesto la señala con un dedo enorme y encallecido.

—¡Calla! —Tras unos segundos de silencio mira a Conrado a los ojos, con expresión hosca—. Ella le provoca.

—Es un juego, solo me río de él.

—¿Sabe todo esto el señor Rapp? —pregunta Josefina.

El jardinero prensa las mandíbulas y su mirada se embarra. La consecuencia de ese juego de seducción no se hizo esperar. Leo Carranza comenzó a rondar por las *boutiques* de los grandes almacenes, a admirar las prendas de los maniquís de los escaparates y rejuveneció los estantes de su armario. Cambió sus clásicos pantalones de vestir por vaqueros ceñidos y de cintura baja; las camisas de cuello duro por camisetas ajustadas de vivos colores y grandes estampados; las americanas por modernas cazadoras; los zapatos de cordones por una extensa colección de deportivas de marca. La mutación no pasó desapercibida para su mujer. Clara llevaba un tiempo observándole, pasando noches de vigilia en las que espiaba sus sueños, disimulando tras los cristales para no ver su locura. Hasta que se hartó de verlo babear persiguiendo unas bragas jóvenes, de las risas y de las miradas provocadoras de la mulata. Hastiada de ese peligroso juego, decidió pasar al ataque. Se sometió a una remodelación. Seiscientos gramos de silicona en cada pecho, tinte rubio, un corte innovador y se compró ropa moderna. Pero la estrategia no funcionó, Leo seguía sin prestarle atención, colado por la otra.

Una tarde que Ernesto volvía de tirar bolsas de hojarasca al contenedor, encontró a Carranza en la piscina secando a Nora con una toalla. Llevaba un minúsculo bañador blanco y le estaba restregando la polla contra el culo con mucha diplomacia, mientras se la comía con la mirada. Ella debía de sentir algo, porque no paraba de reír y de llamarle idiota mientras lo empujaba y le apartaba las manos sin demasiada convicción. Ernesto se acercó por detrás como un animal rabioso, cogió a Carranza por un hombro y le dio un puñetazo en la cara con todas sus fuerzas. El impulso lo arrojó al agua. Después le dio una bofetada a Nora y se quedó en silencio esperando una explicación

que no llegó. Cuando se dio cuenta de lo que había hecho, miró al cielo buscando compasión, pero solo vio los ojos tristes de Clara tras los cristales de una ventana. Se observaron un instante y las cortinas se cerraron. Ernesto volvió en sí cuando oyó pasos a sus espaldas y sintió las manos húmedas de Leo y unos dientes en su cuello.

El detective rompe el silencio.

—Tengo entendido que en el momento en que ocurrió el robo no estaban en la casa.

—Estábamos en la playa —dice Nora.

—¿A qué hora se fueron?

—Muy temprano.

—¿No recuerdan la hora aproximada? —pregunta Josefina.

Nora se encoge de hombros, le aburren y le marean tantas preguntas.

—Eran las nueve —sentencia Ernesto con su desapacible vozarrón.

—¿A qué playa fueron?

—A Sitges.

—Supongo que fueron en coche, ¿pasaron por algún peaje?

—Fuimos por la carretera.

El detective se exaspera ante la imposibilidad de obtener más de cinco palabras seguidas de aquel tipo.

—¿Están al corriente de lo que se llevaron los ladrones?

Ernesto menea la cabeza y mira a su mujer. Nora está en el limbo.

—¿Ninguno de los dos ha estado en la galería? —pregunta Josefina.

Nora baja la mirada y comienza a morderse las pielecillas de un dedo.

—¿Usted, Nora?

—Una vez —susurra—. Me llevó Leo.

El jardinero niega con la cabeza. Ese cabrón. Sus sospechas se materializan. De pronto sacude una fuerte palmada sobre la mesa.

—¿Por qué? ¿Te ha follado?

—No, solo quería enseñarme los cuadros.

Ernesto se vuelve y su mirada se pierde en alguna parte del jardín.

—Seguro que también te enseñó algo más —dice muy despacio.

—Por favor —ruega Josefina.

Ernesto se levanta de golpe y observa a Nora como a un ser odioso, se aleja unos pasos y saca un paquete de tabaco. Mientras llena los pulmones de humo, no deja de mirar a Nora de reojo y de asentir. Ahora está seguro. Aquellas miradas furtivas y aquellas risitas reprimidas. No, no eran imaginaciones suyas. Conrado saca el cigarrillo electrónico y expulsa una nube de vapor rosa mientras

calcula la dosis precisa de preguntas.

—Tengo algunas cuestiones más.

Ernesto se vuelve y mira a Nora con desdén, después clava sus ojos turbios en él.

—¿Qué?

—Creemos que les han sometido a vigilancia durante algún tiempo. ¿Han detectado la presencia de individuos extraños o sospechosos estas últimas semanas?

—No, nada.

Nora encoge los hombros mientras sigue mordiéndose las pielecillas, sin atreverse a levantar la mirada y encontrarse con los ojos acusadores de Ernesto.

—El señor Rapp tiene un círculo de amistades que podrían conocer la existencia de la galería. ¿Qué me pueden decir sobre ellos?

—Que tienen unos coches demasiado caros.

—Y usted ¿qué puede decir, Nora? —le pregunta Josefina.

Ella mira a Ernesto antes de contestar.

—Una vez uno de sus amigos me ofreció trabajo, me dijo que era muy hermosa y me dio su teléfono. Pero no lo llamé.

Josefina y Conrado se miran, después de la última bocanada de vapor se guarda el cigarrillo electrónico.

—El primer día que vine a ver al señor Rapp me tiraron una piña cuando me marchaba —dice el detective señalándose la costra de la cabeza—. Era de noche, estaba muy oscuro y no pude ver quién fue. ¿Saben algo de eso?

Nora se lleva una mano a la boca.

—¿Era usted?

—Sí, era yo. ¿Por qué lo hizo?

—Le confundí con Leo.

Ernesto se pasa la lengua por los labios, menea la cabeza y envuelve a Nora con una mirada desolada.

—Ella es así.

Cruzan los jardines de vuelta, Leo Carranza se gira desde la barandilla que bordea el acantilado cuando siente rechinar sus pasos y los despide con la mano. En cambio, Clara no está en ninguna parte.

—Esta gente necesita un terapeuta —dice Josefina.

—Pues yo no he visto a la mulata ni a Carranza tan atormentados. El puñetazo que le dio Ernesto debe haberle dolido más en el orgullo que en la cara. Pero digo yo que el hombre tenía que hacer algo con todo eso que tiene entre las ingles —dice con una carcajada.

—Eres un demonio.

—Lo sé. ¿Cuánto crees que cuesta una nueva vida? Empezar en otro lugar.

La pregunta coge por sorpresa a Josefina, que está pensando en la

infelicidad de la pobre Clara y la aparente resignación de Ernesto. Se detiene en seco sin entender nada.

—¿Quieres llevarme a alguna parte?

—Respira hondo, llena los pulmones y no alucines. ¿No hueles lo mismo que yo? Ese perfume denso y turbador que flota en este villorrio.

—Vas a tener que explicarte mejor.

—Imagínate a un pichabrava de sesenta años que lleva una vida conyugal indiferente y monótona y que un día conoce a una nena que le mira y le sonríe, que le pone a tono. Tiene el badajo entumecido desde hace ya demasiado tiempo, pero desde que la tiene delante, se le ha despertado un hambre atrasada y tiene ganas de picoteo. La nena, por su parte, lleva una vida tediosa en un lugar apartado de todo, no tiene dos dedos de frente, pero sí muchas ganas de jugar y de coquetear, porque la madurez de ese tipo de badajo entumecido le produce un morbo imposible de reprimir. ¿Cuánto dinero necesitaría ese tipo para comenzar una nueva vida?

—¿Insinúas lo que creo?

—Investígalos, quiero saber a quién llaman, cuánto dinero hay en sus cuentas, sus deudas, quienes son sus amigos en Facebook y si tuitean. Todo lo que puedas averiguar sobre ellos.

—¿De los cuatro?

—En efecto, un completo con pepinillos, mostaza y brie. Ahonda también en el asunto de la madre de Carranza, averigua si es cierto que está en esa residencia y si el día de autos fue a verla.

Josefina toma nota de todo en su cabeza. Cuando ganan el caminillo de grava que conduce hasta la salida vuelven a encontrar a Simón Grancha tendido en la hamaca, con el control remoto del dron en las manos. Los mira un momento y se sonríe entre dientes.

—Te diviertes mucho con tu juguetito, pero se te escapan detalles —dice Conrado molesto.

Grancha se incorpora y los mira con fastidio.

—¿Qué detalles?

—Carranza tiene un puñetazo en la cara y ese grandullón negro un bocado en el cuello. Se han peleado. ¿No crees que eso es un detalle importante que deberías haberme contado?

Grancha aplasta un mosquito en su pescuezo, salta de la hamaca con la sangre en la cara y mira con dureza al detective.

—No te pases de listo.

Conrado sacude la cabeza con estupor.

—¿Cómo?

—Está bien, me pegaré a ellos como un Sugus. Ahora tengo cosas que hacer, ¿quieres algo más?

15
LESTER

La sala de musculación está a tope de culturistas y de tíos cachas obsesionados con sus músculos y su apariencia, de cuerpos hinchados como globos a base de ingerir hormonas, anabolizantes, esteroides y suplementos proteínicos por un tubo. Se respira un olor extraño por todas partes y no es de sudor, sino a laboratorio, porque aquellos tipos transpiran productos sintéticos y mean testosterona pura.

Los tíos más cachas de la ciudad pasan por el Zenith Health Club, un reputado gimnasio de élite de la parte alta de la Diagonal. El Zenith sirve para Lester de centro de reclutamiento de músculo. De allí abastece a las mejores discotecas y a los clubs nocturnos más selectos de gorilas y porteros. A pesar de toda la parafernalia elitista que envuelve la reputación del gimnasio, circula el rumor de que en las duchas hay mariconeo y en los vestuarios tráfico de sustancias dopantes, aunque eso es solo un ruido que no ha confirmado nadie.

Lester lidia sobre la banqueta con la barra, press de banca. Lleva una sudadera de algodón de manga corta y unos pantalones de media pierna, todo muy holgado para que la sangre fluya bien por las arterias. Los movimientos con la barra son lentos, intensos, controlados y de una técnica perfecta. Quim, su entrenador personal y propietario del gimnasio, le supervisa. Quim fue campeón de Europa de culturismo y sabe de qué va la cosa. Lester le da una buena pasta por sus cincuenta minutos de clase y para que haga la vista gorda con sus negocios.

El mafioso sostiene sobre el pecho ciento cincuenta kilos y Quim no le quita ojo porque sabe que es un momento crucial. El glucógeno almacenado en los músculos comienza a agotarse y en ese momento todo levantador oye una vocecita en su cabeza que le dice que no puede más, que ha superado el límite y que se está quedando sin combustible. «¡Arriba!», le alienta Quim expulsando el aliento sobre su cara. Lester empieza a jadear a partir de la quinta repetición y aún le faltan tres más. «¡Vamos!». La música que suena de fondo es un ritmo machacón y psicótico no apto para intelectuales, un tormento cocinado en alguna tabla de mezclas por algún imitador de David Guetta. «¡Una más!». Lester exhala por fin el último resoplido. Tres series de ocho repeticiones, no está nada mal para alguien que se encamina al medio siglo. Se incorpora con las venas del cuello y de la frente inflamadas y aguarda unos instantes para recuperar el aliento. Quim levanta los pulgares. Ahora es el momento de la barrita energética y de procurarse una buena hidratación, porque después toca curl de bíceps concentrado con treinta kilos en cada mancuerna.

El cabrón de Quim lo machaca a base de bien, menudo hijo de su madre. Lester se enrolla una toalla en el cuello y coge su botella de cincuenta centilitros que contiene una disolución de agua de mar y agua mineral en proporción de uno a tres. Vacía media de un trago y comienza el tradicional *tour* por la sala, una especie de exhibición que consiste en pasearse entre las máquinas con el tronco muy erguido, los brazos colgando como las pinzas de un crustáceo, mirándose de arriba abajo en cada espejo e intercambiar saludos y ánimos con otros levantadores. Mientras pasa entre las máquinas observa a los tíos de bíceps más grandes y hombros más amplios, los mensajes de sus tatuajes y la furia de sus miradas. Calcula. Sabe que muy pronto va a necesitar gente, con Charly fuera de juego a causa del profundo corte de su brazo. Les ha echado el ojo a tres tíos y hasta ha bromeado un poco con ellos. Está seguro de que no despreciarán ganarse un puñado de pavos a cambio de retorcerle el brazo a unos cuantos gilipollas. Nadie rechaza un rato de diversión.

Se coloca de nuevo en la banqueta, con las piernas flexionadas, la cintura recta hacia delante, el codo apoyado en la cara interna del muslo y el brazo casi extendido hasta el suelo con una mancuerna de treinta kilos en la mano. Los ejercicios vuelven a ser lentos y controlados. Intensos. Tres segundos de ascenso, tres segundos de descenso. Hasta que el músculo arde de dolor, la glucosa se descompone y la resistencia llega casi a su fin. Completa las series y Quim levanta otra vez sus pulgares.

«Muy bien, tío».

Mientras el agua caliente cae sobre su cuerpo Lester piensa en Ivana, echa de menos su olor, sus curvas, su sexo, el jugo salino que emanan sus cuerpos cuando se unen. Se frota con la esponja entre las nalgas y en los testículos y nota que se le empieza a poner dura. Entonces cierra el agua caliente y abre a tope el grifo de agua fría. El chorro golpea con fuerza su cabeza, que aleja esos pensamientos, y la polla se le afloja poco a poco.

Lester la llama a diario, le regaló un teléfono móvil de última generación muy especial y le dijo que no lo apagara nunca. Ivana sabe que eso no era un simple consejo. Las llamadas son para tranquilizarla, porque está demasiado preocupada por Gavril y eso no es bueno. Él le explica lo bien que lo está haciendo en un programa de desintoxicación que sigue a rajatabla. Desde que se sometió a él no ha vuelto a consumir. Y es que estando en el fondo del Mediterráneo envuelto en una lona, con una cadena alrededor del cuerpo y los pulmones encharcados de agua salada, es muy difícil consumir cualquier cosa. El mafioso ya tiene urdido el plan que explicará el punto final para la vida disipada de Gavril: muy pronto recaerá y una sobredosis de heroína cortada con cualquier mierda paralizará su

corazón. Eso ocurre a diario. Enviará una urna de cerámica con cenizas a la familia y fin de la historia. Por otro lado, Lester tampoco deja nada al azar, el teléfono móvil que le regaló a Ivana lleva instalado un programa espía indetectable: *Ghostdroid*. El mafioso también tiene en nómina a un experto en seguridad informática que trabaja en Bitdefender, una conocida multinacional rumana que ofrece soluciones contra amenazas informáticas. Mediante una sencilla aplicación puede saber dónde está ella en todo momento, escuchar sus conversaciones, activar la cámara y el micrófono, acceder a la galería fotográfica, a la agenda, al registro de llamadas y a todos los mensajes. Así que la tiene controlada al cien por cien.

Pero Ivana no es la única contrariedad que le incomoda, tiene que recuperar el broche a toda costa, antes de que caiga en manos de la policía o de otras personas, y la única pista que tiene se llama Marlon. Aunque ahora también hay un problema añadido, y ese es el conserje de los apartamentos. Charly quiere matarlo como sea y no tiene paciencia, pero no pueden cagarla otra vez.

Cuando termina de acicalarse delante del espejo, Lester sale del vestuario con el cabello humedecido y va directo a una sala, allí le esperan Mikel y Borko Clamparu. Mikel lleva una bolsa de deporte en la mano, hay sesenta mil euros en billetes de cincuenta allí dentro. Toman el ascensor y bajan directos al garaje. El mafioso tiene aparcado un BMW X4 color Long Beach Blue de trescientos sesenta caballos equipado a tope. Su precio sobrepasa los cien mil euros con el paquete deportivo, asientos de cuero y caja de cambios automática. Un pequeño capricho.

Sus pasos resuenan en el suelo encementado cuando la puerta de un flamante Ford Mustang, con los cristales traseros oscurecidos, se abre de golpe y un tipo fuerte y compacto, con cara de bruto y unas horribles bolsas que le cuelgan bajo los ojos, planta los pies en el pavimento. Mastica chicle a toda máquina y parece un arquetipo de tío duro salido de una vieja película de mafiosos. Se toma unos instantes para estudiar el entorno, con mirada indescifrable, como si buscara algo fuera de lugar. Transcurridos unos segundos enfoca sus ojos hacia ellos con cara de asco. Libera el último botón de su chaqueta con un toque del pulgar y deja que asome el enorme cañón que lleva metido en el cinto. Apoya el culo en el maletero del Mustang y cruza los brazos sobre el pecho con expresión de haberlo visto todo tres veces. Lester aprieta las mandíbulas y lo mira largamente.

—¿Qué significa esto?

Tío Duro esboza un amago de sonrisa, escupe el chicle en el suelo y apunta con el dedo al hombre alto y musculoso que está a la izquierda de Lester, un tipo con mirada glacial, rostro pétreo y una coleta de mechones rubios que cuelga sobre sus hombros.

—¿Qué hace aquí ese cabrón? —dice Tío Duro. El bucarestino, Borko Clamparu, se cruje los nudillos y ensancha las comisuras de sus labios. Tío Duro chasquea de pronto dos dedos y mira a Mikel con una sonrisa socarrona—. Claro, he oído que tu otro perrito faldero se hizo daño cortándose las uñas.

Mikel suelta la bolsa de deporte y cierra los puños con mirada furibunda, pero Lester lo coge por el brazo cuando comienza a avanzar hacia Tío Duro. El gorila mira la mano que lo sujeta con rabia, hasta que siente que se afloja.

—Calma, solo quiere ponerte nervioso.

—Suéltalo —dice Tío Duro—, quítale la correa y déjame que disfrute de verdad. A ver de qué pasta está hecho ese mierda. Quizá tenga compasión de él y solo le derribe un par de dientes.

Lester cierra los ojos y sacude la cabeza.

—Basta ya, ¿qué tienes para mí?

Tío Duro le enseña un llavero colgando en su dedo, abre el maletero del Mustang y, muy despacio, con la mirada entornada hacia ellos, introduce medio cuerpo bajo el capó. El maletero está lleno de revistas de viajes manoseadas y de guías turísticas de las playas de California. Debajo de una manta duerme un sueño ligero una Remington 870, la escopeta de corredera más vendida en los últimos cincuenta años. Su sistema de trabajo es suave, sin vibraciones ni oscilaciones, lo que hace de ella un arma manejable y efectiva. La más utilizada por los cuerpos policiales y uno de los modelos más populares en Estados Unidos. De hecho, también es la favorita de los chiflados que siembran de cadáveres las hamburgueserías y las escuelas americanas. Tío Duro coge un paquete hecho con periódicos y cerrado con cinta adhesiva que guarda debajo de la rueda de repuesto, pero un ligero movimiento a sus espaldas dispara su sistema de alarma. Cuando se vuelve, Borko Clamparu empuña una automática.

—¡Qué desilusión! —dice con la mirada apuntando la mano del bucarestino, después mira al mafioso—. No me pongas a prueba o averiguarás de lo que soy capaz.

Lester y Borko se miran.

—Guárdala.

El bucarestino baja el arma y se la mete en la espalda con resignación. Tío Duro le lanza el paquete a Mikel, pero antes de que este lo tenga en las manos, con un movimiento rapidísimo avanza dos pasos, retrasa el codo y asesta a Borko un puñetazo en la cara. El rumano oscila un instante con un paso atrás.

Lester mueve la cabeza.

—¿Por qué has hecho eso?

Tío Duro hace el esfuerzo muscular correspondiente a una sonrisa.

—Por principios.

El bucarestino se pasa la mano por la cara y se limpia la sangre que comienza a gotear por las comisuras de sus labios.

—Estás muerto.

—Otro día quedamos y lo intentas, ricura.

Tío Duro sostiene su mirada fría y oscura, conoce el historial de Borko Clamparu al dedillo y sabe que no es un angelito, ni mucho menos. Diez años atrás, antes de asociarse con Lester, había sido lugarteniente de Cara de Perro, el capo rumano más peligroso de Europa. La banda de Cara de Perro contaba con más de medio centenar de miembros solo en Barcelona. Extorsionaban a prostitutas, proxenetas, traficantes y camellos, ladrones de viviendas y clonadores de tarjetas de crédito. Les cobraban un impuesto si querían trabajar en su territorio, de lo contrario, se enfrentaban a palizas brutales.

Y alguna vez se les iba la mano.

Cara de Perro controlaba la mayor red de prostitución de la península, tenía esclavizadas a más de trescientas mujeres, a las que amenazaba con descuartizarlas y echarlas de comer a los perros si se negaban a prostituirse. Si alguna se quedaba embarazada, le pateaban el vientre hasta hacerla abortar. Sus hombres también provocaban reyertas en discotecas y locales nocturnos por el control de la seguridad y la venta de drogas. El terror que causaba su solo nombre tenía atemorizada a toda la colonia rumana y nadie en su sano juicio se negaba a pagar.

Cuando Cara de Perro fue detenido por una unidad especial de la policía y condenado a quince años de cárcel, Borko Clamparu se desligó de la estructura y creó su propia organización con toda la escoria desertora del clan. Se rodeó de hombres sin escrúpulos y hábiles con el cuchillo, de tipos que pasaban muchas horas en el gimnasio practicando lucha. Gente que consumía muchos anabolizantes y demasiadas drogas. Tíos musculosos, muy violentos y poco razonables. Salvajes. Al poco, surgieron los primeros encontronazos por el control del territorio. Cara de Perro, que aún manejaba los hilos de una buena parte de la organización desde la cárcel, se subió por las paredes cuando la noticia de la deserción de Borko y parte de sus hombres llegó a sus oídos. Cuentan que agarró los barrotes de la celda con ambas manos y se golpeó la cabeza contra ellos hasta perder la conciencia. Ordenó darles una lección.

Una noche que dos desertores de su organización se hallaban en un bar de alterne, cinco miembros de la banda de Cara de Perro los sacaron a la calle y los machacaron a palos; uno acabó en silla de ruedas y el otro perdió el habla y la vista. Días después Borko sufrió un atentado con una bomba casera hecha con explosivo plástico. Salió ileso por los pelos. El artefacto explotó en las manos del hombre que

intentaba colocarla en los bajos de su vehículo, el tipo perdió una mano, una pierna y un testículo. Borko desapareció entonces unos meses, aunque lejos de estar amedrentado, tan solo urdía un plan.

Un domingo, el bucarestino apareció en la boda del nuevo lugarteniente de la banda de Cara de Perro con una docena de sus salvajes, armados con bates y cuchillos y puestos de coca hasta las cejas. Permitieron que los niños y las mujeres huyeran, pero los hombres que estaban en la ceremonia sufrieron su crueldad. Los molieron a palos y los acuchillaron en muslos y en glúteos por orden expresa de Borko. Tras la *vendetta*, Borko continuó con sus actividades, con la organización más reforzada que nunca, pero con la policía siguiendo sus pasos.

Mientras Mikel rompe con los dientes la cinta y deshace el paquete hecho con diarios, Lester sopesa a Tío Duro: sus ojeras, la mirada amortiguada de sus ojos oscuros, su rostro macilento. Su farsa.

—¿Por qué haces esto?

Tío Duro proyecta una sonrisa indescifrable.

—Tengo un trabajo muy sacrificado y poco recompensado, ya lo sabes.

Lester asiente con la cabeza.

—Estás cansado, harto de la basura que tienes que tragarte todos los días. Quieres desaparecer del mapa, pero no lo llevas bien por lo que tienes que hacer a cambio —dice Lester con firmeza de predestinado—. Te entiendo más de lo que crees.

—Tú no entiendes una mierda.

Tío Duro tiene un par de huevos, sabe que ha traspasado la raya, pero tiene justificación para ello: se ha dejado la piel, ha tenido que vérselas con indeseables de todo tipo y a cambio solo ha obtenido palabras de gratitud y palmaditas en el hombro. Eso no es suficiente y es hora de exprimir el limón. Tío Duro se ha convertido en lo que detesta, es consciente de que naufraga en la ciénaga, pero intenta mantenerse a flote. ¿Cómo ha llegado a esta situación?, se pregunta muchas veces. Lo sabe con certeza: pasito a pasito. Poco a poco se ha ido apartando de la calle principal y ahora está lejos de casa. Hay caminos que no tienen retorno, precipicios escondidos bajo cualquier alfombra. De cuando en cuando observa el calendario, los días se suceden a toda prisa mientras la vida transcurre a sus espaldas y está cansado de huir, de sí mismo y de todo. Acumula un agotamiento equivalente a cien años de trabajos forzados.

Vive en crisis permanente, es consciente de que el otoño ha llegado y que cada vez quedan menos estaciones que pasar. Cuando se observa en el espejo cada vez encuentra más arrugas en su rostro, ojeras más profundas y necesita más agujeros en el cinturón. Una mierda.

Hay un abismo enorme entre sus dos vidas, ha dejado a un lado sus convicciones y siente un vacío interior por ello. Pero cuando se tiene más pasado que futuro hay que tomar decisiones y lo ha hecho. Se está preparando un retiro de oro, hastiado de que todo lo que quede después de una dura jornada de trabajo sean un par de zapatos llenos de barro, sudor y mierda en el retrete.

Tiene un sueño.

Sueña con meterse en un avión y evaporarse. Asentarse en una playa de California. Aunque quizá tenga que cambiar de planes si todo se tuerce y terminar sus días en un país sin tratado de extradición con España. Si eso sucede, buscará un rincón tropical, se hará con una choza de cañas sobre la arena dorada, comprará unos compactos de los Beach Boys y quizá hasta aprenda a hacer surf. Nunca es tarde y cree que aún puede recuperar la forma física. Su sueño incluye una hembra de piel tostada por el sol que le deshaga la cama y alegre su existencia.

Cree en ese sueño, aunque cada vez parece más una luz cegadora.

—¿Cuántos has traído? —le pregunta Lester.

—Lo acordado, cien.

Mikel le muestra a Lester el contenido del paquete, el mafioso coge los que caben en su mano y les echa un vistazo. Son soportes vírgenes de carnés de identidad, tarjetas de residencia y pasaportes. Todos originales y auténticos. Papeles que una vez adulterados de forma conveniente permitirán a sus poseedores establecerse en España o moverse con libertad y sin ningún tipo de cortapisas por los veintiocho países del espacio Schengen.

Lester mira a Tío Duro unos segundos más de lo necesario y empuja con el pie la bolsa que contiene el dinero. Tío Duro la recoge sin bajar la guardia, le echa un vistazo rápido y la lanza en el maletero. Cuando cierra con llave, se apoya en el capó, saca un paquete de chicles y empieza a masticar goma a toda máquina mientras tamborilea con las uñas en la chapa. El mafioso arruga la frente.

—¿No vas a contarlo?

—Me gustaría cantar canciones de campamento con vosotros, pero no tengo tiempo para bobadas. Aunque sí que voy a decirte una cosa, solo una —dice muy despacio, mirando los ojos fríos del bucarestino, advirtiéndole con un dedo grueso—. No quiero volver a ver nunca más a ese cabrón o seré yo quien apriete el gatillo. —Borko cruje sus nudillos, se relame con la punta de la lengua unas gotas de sangre de la boca y le devuelve una sonrisa amenazante—. Largaos ya, largaos de una puta vez.

En la acera hay un tipo con las greñas recogidas bajo una gorra de los Chicago Bulls. El sol ametralla cuanto se mueve y lleva por allí un

par de horas deambulando. Fuma con filosofía mientras observa a la gente pasar por la calle, cambia de acera con frecuencia, se distrae con los escaparates, saca brillo a las llantas de una Harley o pasa páginas de una revista manoseada bajo la sombra menguante de los edificios. Cuando Lester sale a la calle a bordo del BMW y se incorpora a la circulación, el tipo lanza el trapo sucio al suelo aliviado, se cambia la gorra por un casco y arranca la Harley con una sonrisa de diablo.

Sigue a Lester por la densa circulación de la Diagonal a toda pastilla, zigzagueando entre los vehículos que marchan dos o tres posiciones atrás, sin perderlo de vista y sin dejarse ver. Transcurridos unos minutos se desvían hacia el cuartel del Bruch, dejan atrás la Politécnica, cruzan el puente de la B-20 y serpentean las cuestas hasta una zona residencial y exclusiva de Pedralbes. Una urbanización con vistas privilegiadas, jardines amurallados y construcciones inmaculadas. Casas discretas, tranquilas y silenciosas, con césped mullido y arbustos refinados en las que predomina el cristal, el acero y el cemento.

El BMW se detiene a media calle, ante la puerta de un garaje donde hay un tipo con cara de pocos amigos y demasiado abrigado acechando. La Harley pasa de largo, dobla la calle, y bajo la sombra de un árbol con ramas espesas silencia el motor. Berni desmonta, se limpia el sudor con el dorso de la mano, enciende un cigarro y saca el teléfono móvil. La conversación se circunscribe a unas frases, un canto de sirenas para Sandokán.

—Lo tengo.

—¿Dónde?

—Pedralbes, tiene una choza de puta madre.

—No esperaba menos de ese cabrón.

Berni, los ojos y los oídos de Sandokán, tiene los contactos adecuados en los lugares convenientes, personas por las que vela solucionando problemas de seguridad o de índole económica. Un sobre abultado o una visita con sus persuasivos colegas y asunto zanjado. Si no, todo degenera en dolor. Así que tan solo ha tardado unos días en dar con el paradero de Lester. Una charla de bar con el soplón le ha proporcionado la información, extraída del ordenador de un despacho de la segunda planta de la Jefatura de Policía. El precio, un buen fajo de billetes de cincuenta.

La casa de Lester está a nombre de una sociedad mercantil de la que es propietario un tal Brad Tanner. Por lo que Berni sabe gracias al soplón, con veinte años Brad Tanner tuvo que huir a toda prisa de Leicester porque metió la polla en un avispero y unos tipos de los bajos fondos, con fama de muy malos, querían ponerle una bolsa en la cabeza y atársela al cuello con una cuerda. Desde que abandonó Inglaterra ha dado bandazos por ciudades de media Europa: lo

expulsaron de Italia, estuvo de paso en Marsella, vivió unos años en Madrid y se asentó en Marbella, donde se le relacionó con extorsiones, palizas, narcotráfico y blanqueo de capitales para una antigua mafia polaca. Ahora tiene cuarenta años, una nueva vida y un nuevo nombre: Lester.

Lester lleva diez años afincado en Barcelona, y por lo que parece la suerte le ha sonreído. Pero todo lo que tiene se lo ha ganado a pulso; porque es prudente, se mueve con discreción, respeta las líneas que marcan el campo y sabe cómo funcionan los engranajes que mueven la maquinaria. Hasta sus enemigos cuentan de él que tiene cierto encanto, distinción y gustos refinados. De hecho, su nombre tiene relevancia en círculos mafiosos muy potentes. La policía lo ha detenido un puñado de veces acusado de delitos mayores, pero un bufete de abogados que tiene un gran despacho en el centro de la ciudad y apellidos de solvencia, siempre ha conseguido ponerlo en la calle en cuestión de horas.

Aunque ahora ha dado un paso equivocado, se ha cruzado en la senda de los Leones y eso va a tener consecuencias graves. Con toda probabilidad habrá heridos o acabará gente en la cárcel, pero eso no supone para los Leones ningún inconveniente, para ellos la cárcel es un lugar de encuentro, un sitio de paso, una parada obligada en el camino hacia la gloria.

16
EL OSO

Roberto Ríos tira a la papelera el envoltorio de Toblerone y se limpia las manos con un clínex mientras mastica el último trozo que tiene en la boca; después se asegura de que lleva las suelas de los zapatos limpias. La última vez que entró en el despacho del inspector Llorca había pisado una caca de perro en plena acera y la situación fue muy desagradable. Dejó un rastro oscuro por los pasillos que inundó de olor a mierda toda la BICT, incluida la oficina de Llorca.

Cada vez que pone los pies allí le invade un sentimiento contradictorio, la impresión de que está en un colegio de enseñanza secundaria en lugar de una comisaría y de que él es un anticuado profesor. Los tíos que ocupan los despachos son jóvenes, muy jóvenes, en su opinión demasiado. Los observa, alguno conserva aún ese tinte desgarbado y de pereza adolescente y a duras penas puede disimular los granos de la cara. Pero son despiertos y muy buenos en lo que hacen, aunque le parezcan recién destetados. Cualquier día Ríos se pone a repartir chupetes entre aquellos críos. Se está produciendo un relevo generacional y eso se nota hasta en lo más cotidiano. Tiempo

atrás soltó una agudeza mientras compartían cervezas en el bar de la esquina. Dijo: «¡TJ, al tejado!». Paseó la mirada por los rostros y, salvo un friki, nadie más en su entorno supo que se refería a la mítica serie policíaca de mediados de los setenta *Los hombres de Harrelson*. Se quedó con cara de gárgola.

A veces tiene la sensación de llevar cien años metido en la policía, se siente consumido por la dura vida de poli y todo cuanto le rodea le resulta un descalabro. Es consciente de que pertenece a otro siglo, que es un dinosaurio decadente en vías de extinción que solo intenta ganar tiempo. Pero el subinspector Ríos es toda una institución en la policía, una leyenda viva, aunque sabe que cuando alguien se refiere a ti en esos términos, te está describiendo como una estufa de petróleo en pleno siglo veintiuno. Las transformaciones suceden a su alrededor demasiado rápido, todo ha cambiado de manera radical y eso le descoloca. Antes se imponían los resultados por encima de cualquier otra cosa; en la actualidad prevalecen los protocolos y la imagen. En los buenos tiempos podías sacudirle unas hostias a un chorizo con todas las de la ley, mientras que ahora hay que rellenar una montaña de impresos estandarizados y con una nomenclatura especial antes de mover un dedo. Los valedores de los derechos civiles se han inventado algo llamado «brutalidad policial» para atarlos de pies y manos. ¡En qué cabeza cabe! ¡Qué delincuente va a cantar si no le aprietas un poco las clavijas! Él cree en lo de antes, el pretérito pluscuamperfecto era mejor. Aunque haya quien diga que todo ha cambiado para bien, él no lo vive así. Se ha ido anquilosando, endureciendo ante el progreso. Resistiendo. Le cuesta manejar algunos programas informáticos y le escuecen los ojos en cuanto pasa más de diez minutos ante la pantalla del ordenador. Recuerda con nostalgia cuando podía aguantar todo el servicio en una incómoda silla de madera, con el teléfono pegado a la oreja y tomando denuncias a triple folio con papeles de calca en una vieja Olivetti. Tenía callos en las pulpas de los dedos de aporrear las dichosas teclas de la máquina para que las copias salieran claras y legibles. Lo único positivo que encuentra a los programas de ofimática modernos es que han jubilado al típex y al papel carbón y sus condenadas manchas.

Los años han pasado y Roberto Ríos no se siente tan moderno ni se encuentra como una lechuga fresca. En la actualidad necesita ir cada dos por tres al baño a soltar una meada, a refrescarse la cara o a echarse gotas de colirio en los ojos. A veces se levanta y se da una vuelta por los pasillos con la excusa de ir a buscar algo, aunque en realidad lo hace porque se le cargan los hombros o le duele el culo de llevar demasiado tiempo postrado en la silla liado con la burocracia. Otras veces se esfuma porque se le hinchan los huevos de escuchar tantas memeces y necesita oxigenarse para no mandar a tomar por

culo a alguien.

Cuando la inspectora Yolanda Reches se hizo cargo de la brigada tuvo sus propias dificultades para adaptarse a recibir órdenes de una mujer. En aquel tiempo, las mujeres policías representaban un tímido porcentaje entre las filas del cuerpo y la mayoría pertenecían a la escala básica. Acatar órdenes de una mujer era una especie de tabú para los viriles hombres que alardeaban de vestirse por los pies y se gastaban chistes obscenos y machistas. Pero bromas y comentarios, en ocasiones desdeñosos, transitaban a su lado sin tocarla. Reches se mostraba indestructible frente a esos ataques.

Poco a poco, Ríos fue aceptando la nueva situación y adaptándose, superando barreras poco tiempo atrás impensables. La realidad se impuso enseguida. Reches era una profesional como la copa de un pino y supo ganarse su respeto y su confianza muy pronto. Ríos se convirtió en su más férreo defensor, en su valedor y hombre de confianza.

Así que cuando el subinspector Ríos se asegura de que no lleva nada enganchado a la suela de los zapatos, asoma en el despacho de Santiago Llorca. Por la puerta sale una cortina de aire frío, tiene el aire acondicionado a tope, como siempre. El inspector es de mediana edad, corpulento sin ser demasiado alto, miembros gruesos y movimientos ágiles. Si en la policía hay un tío con la mente despierta, ese es Santiago Llorca; un hombre en permanente estado de alerta, aunque por su aspecto nadie lo diría. Ríos siempre ha pensado que no estaba hecho para empacarse en los trajes y zapatos tan caros que suele llevar. El jefe de la BICT tiene su mirada circunspecta clavada en un portátil, repiquetea con las uñas sobre la mesa mientras escruta cuadrantes de números en la pantalla con el ceño fruncido. Sobre la mesa hay bandejas con carpetas, un lapicero, un reloj digital y una taza vacía con una bolsita de infusión exprimida.

Ríos se afianza en el umbral de la puerta con la espalda apoyada en el marco, ocupando todo el espacio justo donde la ventilación del acondicionador llega con más fuerza. Observa unos segundos a Llorca, tiene el aspecto desmejorado de un enfermo al que le iría bien una transfusión, aunque parece que ha ganado algo de peso. Cierra un instante los ojos y deja que el frío intenso le golpee en la cara.

—Declaro el aire acondicionado patrimonio de la humanidad y este lugar espacio protegido —dice—. Si hay alguien que merezca un Nobel de verdad ese es el inventor de estos cacharros.

Llorca levanta la mirada extrañado por la repentina aparición del subinspector, cierra el portátil de golpe y lo envuelve con una larga ojeada.

—Coño, el Oso. ¿Qué haces aquí?

—¿Estás liado?

—Hasta las cejas, Roberto. Pero para un amigo, lo que haga falta.

El inspector se pone en pie con una afable expresión y alarga su mano férrea por encima de la mesa. Ríos se la estrecha y se sienta. Hace un frío que pela allí dentro, es como estar en el interior de una nevera y el subinspector siente que el sudor que recorre su espalda comienza a secarse y helarse, como si estuviera dándose una ducha escocesa. Llorca le dedica una paciente mirada; observa su rostro mustio, sus ojos a media asta, su aspecto general de cansancio. En realidad, Ríos no parece el mismo de siempre. Ni lo es ni se le parece, acaso su sombra.

—Siento lo de Padilla, sé que patrullaste con él —le dice el inspector—. ¿Cómo estás? ¿Cómo lo lleváis por allí?

Ríos llena los pulmones y vacila un momento antes de contestar con frustración.

—Ha sido un golpe duro, una putada, sobre todo para su mujer y sus hijos. Estamos hechos polvo.

El silencio toma unos segundos el espacio como una gélida neblina, Santiago Llorca asiente.

—Y Montes ¿qué? Asuntos Internos lo está investigando.

—Hizo lo que tenía que hacer, lo que yo mismo o cualquier otro hubiera hecho en su misma situación.

—Por lo que sé van a limitarse a cumplir con el expediente.

—¿Cómo lo sabes?

—Tengo mis fuentes —se jacta Llorca dibujando una discreta sonrisa en sus labios—. Si alguien se tira un pedo en Asuntos Internos, yo me entero. Te lo aseguro. Montes estará apartado del servicio mientras dure la investigación y luego volverá con todos los honores. —El inspector endereza la columna sobre el respaldo y ladea la cabeza —. ¿Roberto?

—Solo quería saber qué traéis entre manos.

Llorca lo observa unos segundos, su cabeza es el cofre que guarda todos los secretos, el nexo que une toda la información que fluye entre departamentos. Asiente muy despacio con la cabeza, sin despegar su mirada de los ojos de Ríos.

—Tengo a los chicos más listos en el asunto y nos lo estamos tomando muy en serio. Estamos echando todas las horas necesarias y trabajando a toda máquina. —Hace una pausa intencionada—: Puedo contarte un par de cosas, pero solo porque eres tú.

Ríos alza las cejas con mirada expectante.

—Hazme feliz.

—Tengo ciertos informes en mis cajones recién sacados del horno y que creo que te van a gustar.

—Genial, soy todo oídos. —El subinspector siente cómo el sudor helado de la camisa comienza a congelar su espalda y sus riñones.

—Como ya sabéis, el Land Cruiser que quemaron en el paseo de Santa Coloma es el vehículo con el que envistieron a Quílez. Eso está más que confirmado y lo sustentaremos en el informe pericial. Pero lo que más me ha llamado la atención de lo que he leído hasta ahora son las conclusiones del forense. Sin ningún género de dudas, su muerte se produjo por los disparos de Montes, pero antes le habían golpeado la cara con algo contundente que le fracturó un pómulo.

—¿No puede ser una consecuencia del accidente?

Santiago Llorca menea la cabeza.

—Descartado por completo. ¿Sabes que también había saliva en el rostro de Quílez?

Ríos frunce su espeso ceño.

—¿Quieres decir que le escupieron en la cara?

—Exacto. Hemos contrastado el ADN de esa saliva con el de Montes y el de Padilla por puro procedimiento. El resultado ha sido negativo, de lo que se deduce que pertenece a una tercera persona que se encontraba en el lugar de los hechos inmediatamente después del accidente y antes de que llegaran ellos. Es de suponer que de un atracador.

—¿Lo habéis metido en el banco de ADN?

El inspector Llorca asiente moviendo la cabeza muy despacio.

—Tenemos una amplia base de perfiles genéticos de delincuentes, pero ahí no está toda la gente que tiene el honor de visitar los confortables calabozos de nuestras comisarías. Como ya sabes, al principio comenzamos a tomar muestras a mansalva para alimentar esa base de ADN y todo dios que fichábamos pasaba por un frotis bucal y acababa en el banco de datos. Eso nos ayudó a esclarecer muchos delitos sin resolver, pero alguien decidió que esa práctica colisionaba con los derechos civiles y desde el 2010 una ley la restringió por arbitraria. Ahora solo se suscribe a delitos de especial gravedad: homicidios, agresiones sexuales y terrorismo.

—Estoy al corriente de eso —admite Ríos—. Pero...

—Pero ahora la cosa ha ido a peor y se necesita el consentimiento del individuo, que además tiene que estar asesorado por un abogado. Si el sujeto no consiente, tenemos que pedir autorización al juez, y ya sabes cómo son algunos magistrados. Así está el asunto ahora mismo. El ordenador está trabajando, pero te explico todo esto para que no te lleves un desengaño.

Ríos frunce el ceño y mira los ojos de Llorca, las bolsas oscuras de sus ojos.

—¿Dónde quieres llegar regalándome esta clase magistral?

—Pues que de momento no hemos conseguido nada del ADN de esa saliva.

—Así nos va en este país, siempre cogiéndonosla con pinzas y con

asco —refunfuña el subinspector con frustración.

—No te desanimes, Roberto, tengo algo más para ti.

—Espero que sea cojonudo, porque me estás hundiendo en la miseria y mis neuronas no están ya para muchos trotes.

El inspector levanta las cejas, abre un poco más los ojos y a sus palabras precede un silencio dramático.

—¿Te ocurre algo?

Ríos desvía un instante la mirada hacia el acondicionador de aire y se pasa la mano por el cuello secándose las gotas de sudor frío que recorren su piel.

—Confío en tu discreción.

—Por supuesto, ¿quieres que te lo jure sobre un cactus?

—No necesito tanto sacrificio. Mira, nunca pensé que un día me oiría decir esto, pero tengo unas ganas locas de jubilarme. Los tiempos han cambiado, pertenezco a otra generación. Estoy cansado y me siento un canco rodeado de tanta gente joven y tan espabilada. Soy como una lavadora vieja que ya no centrifuga. A lo sumo aún doy para un lavado corto, pero nada de prendas delicadas. —Barre su alrededor muy despacio con la mirada—. Es este lugar, este trabajo me ha consumido. No me importaría despedirme mañana mismo de todo esto.

—Pero ¿qué cojones estás diciendo, Roberto? Eres el Oso, una leyenda. Eres invencible…, inmortal.

La boca de Ríos dibuja una sonrisa maquiavélica.

—Si oigo por ahí algo de lo que te dicho, aparte de negarlo como un cosaco, correré la voz de que consumes metanfetamina a punta pala. Créeme si te digo que la gente se lo tragará.

Llorca suelta una carcajada breve y contundente, se yergue en el respaldo y respira hondo.

—Mira que hace años que nos conocemos. ¿Has pensado que quizá estés un poco deprimido con lo de Padilla? ¿Has hablado de esto con alguien?

—Aparte de ti, con la maldita almohada.

—¿Y qué te dice la maldita almohada?

El subinspector mueve los hombros.

—De momento solo escucha mis lamentos. ¿Qué más ibas a contarme?

—¿Estás bien? ¿Seguro?

—Seguro.

—Pues voy al meollo del asunto: la escopeta del contenedor.

—¿Qué ocurre con esa escopeta?

—Criminalística ha encontrado una huella que pertenece a un viejo amigo nuestro. Un pájaro que tenemos fichado desde que era menor y que tiene un largo historial de antecedentes por delitos

violentos, contra la salud pública y contra la propiedad. Ha pasado varias veces por la trena.

Ríos amusga la mirada como si tuviera al individuo delante y quisiera hacerle daño. Sus ojos se convierten en dos rendijas.

—Ahora empiezas a hablar mi idioma. ¿Quién es ese pájaro?

—Ni te lo imaginas, José Manuel Campanario. ¿Te acuerdas de él?

—¿Jota?

—El mismo.

—Me das una alegría, Santiago, hace tiempo que ese tarado había desaparecido de mi radar. Temía que se hubiera reformado —murmura pensativo, como para sí mismo.

—Pues parece que vuelve a las andadas.

—¿Estáis seguros de que la huella es suya?

—Al cien por cien. Trincadlo, si su ADN concuerda con el de la saliva, podremos ubicarlo en el lugar y enjaularlo una buena temporada.

—¿Y si no?

—En ese caso será saliva de un compinche. De todas formas, Jota está pringado con el arma, la utilizaron en un atraco hace dos años.

Ríos asiente mientras se frota el mentón. La suma comienza a cuadrar y las cosas a tomar forma en su cabeza. Se dibuja el escenario.

—Oigo una música que empieza a gustarme, Santiago.

—Verás cuando escuches la letra, porque en la culata que encontramos en el fondo de ese contenedor había sangre y astillas de vidrio.

—Sangre de Quílez, supongo.

—En efecto, el malar es un hueso duro y por el tipo de fractura el forense opina que pudieron rompérselo de un culatazo. ¿Quieres que te lo envuelva para regalo y le ponga un lacito?

—Ahora mismo me están entrando ganas de disfrazarme de Papá Noel.

Llorca apoya las manos en el canto de la mesa, se inclina sobre ellas y baja el tono de voz como si fuera a revelar una confidencia.

—¿Te das cuenta de que lo único que necesitas es levantarte más a menudo de la silla y un poco de acción? Que esos mocosos universitarios de ahí afuera sepan quién es el puto Oso.

—No voy a decirte que no, pero me da la sensación de que me estás suministrando la información con una cucharilla de plástico, que me has tomado por un enfermo terminal al que hay que proporcionar la medicación con un gotero y mucho tiento. Y que yo sepa solo he dicho que estoy cansado y un poco harto de todo.

Santiago Llorca parpadea dos veces y entreabre un poco los labios, simulando una sonrisa.

—Hace un momento me has dicho que te sentías una lavadora vieja que ya no centrifuga, no quería que tu cerebro sufriera un colapso.

—Es cierto, pero también te gusta demasiado el suspense. Santiago, reconócelo. ¿Tienes algo más para mí?

—¿Quieres saber cómo vamos con lo demás?

—Nada me encantaría más.

Llorca sacude la cabeza por la sorna del subinspector.

—No podemos desbloquear el iPhone, ¿tienes algún *hacker* en tu agenda que pueda ayudarnos?

—No, pero conozco un paki que es un fiera, creo que era de Al Qaeda. ¿Qué me dices del segundo teléfono?

Llorca barre el aire con una mano de forma taxativa.

—Limpio, como si lo acabaran de restaurar de fábrica. Ni llamadas, ni mensajes, ni fotografías. Quílez se aseguró de que si caía en manos equivocadas no pudieran sacarle nada, pero los chicos están tratando de recuperar la memoria. —Observa la cara de extrañeza de Ríos—. Llevaba un lápiz de memoria en un bolsillo de la chaqueta, ¿no lo sabías?

—Joder, Santiago, no. ¿Lo haces a propósito?

Los chicos de la BICT han extraído de ese lápiz una serie de carpetas con fotografías de piezas de oro. En otras circunstancias eso no hubiera resultado demasiado extraño por la profesión de Quílez, pero el inspector se ha tomado el trabajo de indagar y ha descubierto que sobre casi todas ellas pesaban denuncias por robo.

—¿Qué me estás contando?

—Para ser justos, hay una que no está denunciada —matiza Llorca—. Se trata de un broche muy curioso con cabeza de caballito de mar, cola de pescado y alas. Yo diría que es una especie de antigüedad o reliquia.

El subinspector Ríos se frota los ojos con los puños y suelta el aire de los pulmones con un profundo suspiro.

—¿Una reliquia?

Llorca se lo cuenta. Introdujo *caballito de mar alado* en Google y encontró varias páginas web que explicaban la increíble historia de una reliquia, un broche de oro perteneciente al Tesoro de Karun; una colección de joyas saqueadas del túmulo del legendariamente rico rey Creso. Estudió con curiosidad las fotografías del caballito alado que encontró en internet y las comparó con la hallada en el lápiz de memoria. Descubrió con estupor que se trataba del mismo objeto. Su ojo clínico no le engañaba. ¿Qué coño hacía Quílez con la imagen de una pieza arqueológica en sus manos? ¿Pretendería hacer una réplica y embaucar a alguien? No sería de extrañar que quisiera hacer algo así, porque seguro que de ser auténtica valdría una fortuna. Buscó más

información sobre el broche. Se exponía en un museo de Turquía, así que llegó a la conclusión de que el joyero preparaba una estafa.

Cuando Llorca termina, Ríos tiene los brazos cruzados y los labios entreabiertos, respira por la boca y tiene su mirada escéptica instalada en él. Mueve la cabeza con estupor.

—Rumié un buen rato, ¿y sabes lo que hice, Roberto?

—¿Qué?

—Una llamada.

—¿A quién?

El inspector abre un cajón y despliega una agenda sobre la mesa, pasa un dedo firme por el nervio central de las páginas para que quede bien extendida, y señala un número. Ríos observa el prefijo.

—¿Madrid?

—Sí, he llamado a los que están al tanto de estas cosas, al Grupo de Patrimonio Histórico de la Guardia Civil.

El subinspector se acoda en la mesa con una mano en la frente, reflexivo y confuso al mismo tiempo. Pasa unos segundos acariciándose las profundas arrugas cinceladas en su piel y después levanta la mirada.

—¿Por qué no has llamado a nuestra Brigada de Patrimonio Histórico?

—Porque no conviene que la mano izquierda sepa lo que hace la derecha.

—Entonces, el comisario no sabe nada de esto, ¿no?

Santiago Llorca endereza la columna en el respaldo y enarca las cejas con una palpitación en un ojo. De manera lenta e irascible, dice:

—Soy el inspector jefe de la BICT, no tengo que darle cuenta a Lombardo de todo lo que hago. Si te explico esto es porque te has molestado en venir aquí y porque confío en ti. A cualquier otro lo hubiera mandado a paseo en el minuto uno.

—Vale —dice el subinspector levantando una manaza—. No sabía que había pronunciado un conjuro maligno. ¿Puedo saber qué te han dicho los guardiaciviles?

—Por supuesto. Nada.

—¿No has podido hablar con nadie?

—Todo lo contrario. He hablado con el comandante Enjamio, el jefe del grupo. Ni se ha molestado en conducir el asunto con un poco de inteligencia. Se ha limitado a pedirme información y dar rodeos. Pero sus preguntas eran demasiado concretas, por lo que deduzco que sabía algo del asunto. —Hace una pausa y reflexiona—: Sí, seguro que sabe algo. Pero no ha soltado prenda. Me ha pedido que le envíe el contenido del lápiz de memoria, sin embargo, aún estoy dudando si hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque después de hablar con Enjamio he pedido a mis muchachos que analizaran los metadatos de esa fotografía y ahora sé más cosas que antes. —Ríos eleva una ceja—. La fotografía del broche fue tomada hace tan solo una semana con un teléfono Samsung Galaxy S8 en un punto muy concreto de La Rambla y después guardada en el lápiz de memoria.

—¿Es posible saber todo eso?

—Por supuesto, el teléfono tenía activada la geolocalización. No tenemos siempre tanta suerte.

—¿Por eso no quieres enviarle la fotografía al comandante?

—En efecto. Si se la envío, sabrían tanto como nosotros. Podríamos limpiarle los metadatos, pero estoy seguro de que lograrían recuperarlos. No quiero que metan las narices en nuestros asuntos.

Ríos asiente, empieza a comprender muchas cosas.

—¿Dónde hicieron esa foto?

—Las coordenadas corresponden a un edificio de apartamentos turísticos. Si quieres puedo enseñártelo por Street View.

—No me vaciles, ¿tienes la dirección? —Santiago Llorca coge un bolígrafo y comienza a anotarla en un trozo de papel que arranca de una libreta—. ¿Habéis averiguado algo del IMEI del teléfono?

El inspector levanta la mirada.

—Paciencia amigo, que esto no funciona tan rápido como en las series de *CSI*. Estamos haciendo gestiones con Samsung y las cosas de palacio van despacio. Además, voy a darte un consejo gratis: cuando utilices tu teléfono en la comisaría, desconecta el wifi y utiliza los datos.

—¿Eso a santo de qué?

—Porque si queremos podemos saber qué mira la gente cuando navega con nuestra red.

—¿También metéis las narices en eso?

—No, pero podemos hacerlo, aunque la última auditoría nos quitó las ganas. Más del setenta por ciento de las conexiones de los teléfonos privados que se realizan en esta comisaría es a páginas X. —El inspector encoge los hombros y esboza una sonrisa fría mientras le entrega la nota—. Ha sido un placer, Oso.

—Cuídate inspector.

—En eso ando. —Santiago Llorca asiente con una extraña sonrisa, con una de esas miradas que viaja más allá que las palabras. Con un mensaje que dice que está de vuelta y por encima de todo. Cuando el subinspector se pone en pie, se miran—. Roberto.

—Dime.

—Si en esta casa hay alguien que tenga tantas ganas como tú de salir por la puerta y no mirar atrás, ese soy yo, créeme.

Ríos se esfuerza por devolverle una sonrisa, pero no lo consigue.

Mientras se marcha pasea la mirada a su alrededor. No solo han cambiado las cosas, los personajes de la función también lo han hecho.

Va directo a los servicios, se encierra en un váter y orina durante una eternidad. Cuando se enjuaga las manos aprovecha para refrescarse la cara y observarse en el espejo. Está hecho una birria, la cara pálida y los párpados enrojecidos. Mira el tubo fluorescente que hay sobre el espejo, se siente el ruido de la corriente y despide una luz demasiado cruda para su gusto. Se levanta un párpado y mira sus escleróticas llenas de venillas purpúreas.

—¡Genial!

17
MARLON Y JOTA

La habitación produce escalofríos, es pequeña, sucia, poco iluminada y mal ventilada. Jota se desliza hasta la cabecera de la cama y se sienta junto a la almohada. El viejo huele a demonios, seguro que tiene una infección de camello en el estómago o en los riñones. Aunque también puede que tenga el hígado horadado por los gusanos o que se haya cagado encima.

Cualquier cosa es posible.

Lo observa en silencio mientras duerme. Incluso así, su rostro no deja de ser un manojo de nervios y músculos mermados por el dolor de la enfermedad. Su cuerpo entero es una llaga, hasta ha menguado en tamaño. ¿Dónde está aquel hombre fuerte y robusto que bebía hasta caer sin sentido? ¿Qué queda de aquel padre que le azotaba hasta el agotamiento cada vez que le salía de los cojones? Jota pone una mano en su frente, está muy caliente. Arde por la fiebre, por las llamas del infierno, ese agujero oscuro y profundo donde seguro que irá a parar.

—Padre, ¿sabe quién soy? —susurra Jota en su oído—. Soy yo, su hijo. ¿Necesita que haga algo por usted? ¿Tiene sed? ¿Quiere que le traiga vino? ¿Una botella? Aunque estoy seguro de que con una sola no tendría suficiente. ¿Verdad que no, desgraciado?

El viejo entorna un ojo desorbitado y sonrosado. Sus manos comienzan a temblar de rabia. Jota acerca un poco más la boca a su oído. Su voz es un siseo. El viejo siente el calor de su aliento en la oreja y pasea la lengua por sus labios resecos y pellejudos.

—Tiene sed, una sed insaciable. ¿Verdad que sí, cabrón? Cuando estuviera borracho, ¿qué haría? ¿Me pegaría con la hebilla del cinturón como hacía siempre? Sí, seguro que eso es lo que le gustaría hacer. Levantarse si pudiera y pegarme. Pero por si no se ha dado cuenta, ahora solo es un saco de pus a punto de reventar y llenarlo

todo de esa mierda que lleva dentro. Se está muriendo, padre. Está podrido por dentro, aunque siempre ha estado podrido. Usted lo sabe, ¿verdad? ¿Qué quiere que hagamos con sus huesos cuando muera? ¿Quiere que los quememos? ¿Lo ha pensado ya? ¿O prefiere que se lo coman los gusanos? Yo prefiero que arda en el infierno, aunque ni así purgaría todos sus pecados. Cerdo.

Las bisagras de la puerta chirrían y la vieja asoma la cabeza, una anciana triste, cansada y empequeñecida.

—Pepito, deja que tu padre descanse.

—Ahora salgo, madre. Padre y yo tenemos muchas cosas que contarnos. ¿Verdad, padre?

Los labios del viejo se separan un poco y tiemblan. Las palabras se ahogan en su garganta, llena de flemas sanguinolentas y coaguladas.

—Eso está bien, Pepito. Pero sal pronto, padre necesita descansar.

—Sí, no se preocupe.

Las bisagras vuelven a chirriar y la puerta se cierra. Jota observa al viejo como si ya estuviera muerto.

—Era madre. ¿Ha reconocido su voz? Sí, claro que la ha reconocido. Cómo no va a reconocer la voz de la mujer que lleva toda la vida torturando. ¿Recuerda todas las veces que madre ha tenido que desnudarle y meterle en la cama porque usted no era capaz ni de quitarse los zapatos? ¿Recuerda cómo la llamaba inútil y puta y la empujaba contra la pared? Yo sí lo recuerdo. También recuerdo todas y cada una de las veces que me ha pegado sin que hiciera nada, porque le apetecía. Porque decía que tenía que meterme en cintura. Yo caía, pero me levantaba. ¿Se sentía bien cuando hacía eso? ¿Se sentía muy hombre pegando a un niño? ¿Lo contaba en el bar? Tan solo es un mierda, padre. Sabe que ha sido un mierda toda su vida, un mal padre y un mal marido. ¿Por qué no se muere ya de una vez?

El viejo intenta escupirle, pero solo echa una babilla espesa y enrojecida por el labio inferior que comienza a resbalarle por las comisuras hasta el cuello. Jota se la limpia con la punta de la sábana y, muy despacio, con sumo cuidado, saca la almohada de debajo de su cabeza. El viejo lo observa desde un ojo aterrado y palpitante. Está a su merced. ¿Qué demonios va a hacer? Su respiración se vuelve ruidosa y sus manos comienzan a temblar. Todo él comienza a sacudirse cuando Jota le coloca la almohada en la cara y presiona con las dos manos sobre ella.

—Relájese, padre —susurra Jota con la boca pegada a su oído, mientras las piernas del viejo se retuercen y luchan—. Relájese y déjese llevar. Duérmase para siempre y deje que el mundo descanse de una vez de usted.

Jota se pone en pie y hecha todo el peso de su cuerpo sobre las muñecas mientras siente sus convulsiones, mientras siente que le

transmite todo el dolor que acumula, todo el odio que le atenaza desde que era niño. Sus brazos vibran por la fuerza y solo entonces empieza a sentirse bien. El veneno mortal de la mamba negra que lleva tatuada en el cuello viaja hacia el cuerpo del viejo, siente como penetra en él y lo paraliza. ¿Es posible matar a un diablo? Claro que sí. Un diablo puede matar a otro diablo, el bien puede surgir incluso de los actos más oscuros. Debería haber hecho eso antes. Mucho antes. Por el bien del mundo la escoria como padre no debería existir nunca.

Un gemido prolongado y por fin el cuerpo del viejo se rinde y deja de agitarse. Su pecho ya no se mueve. Jota retira la almohada de su cara, la vuelve a colocar bajo su cabeza y lo acomoda como si estuviera sumergido en un profundo sueño. Observa a padre unos segundos.

—Madre rezará por usted, saco de mierda —balbucea dentro de su oído, después de cerrarle los ojos y la boca.

Jota sale y cierra la puerta muy despacio, dejando atrás el olor rancio de la habitación. La vieja está de pie, junto a la mesa de fórmica del comedor. Todos los muebles son de fórmica, antiguos pero bien conservados y brillantes. El papel pintado de las paredes es un estampado de grandes flores que amarillea; el suelo, un terrazo añoso, desgastado y descantillado en las esquinas, con un rodapié negro. La vieja conjunta con el entorno, está despeinada, con las mejillas pálidas y unas profundas ojeras. El cinturón de la bata le da dos vueltas alrededor de la cintura y sus pies bailan dentro de las enormes zapatillas que ha tomado prestadas a padre. Se retuerce las manos todo el rato, nerviosa y preocupada. Lo mira como quien espera una noticia importante.

—¿Qué te ha dicho padre?

—Quiere descansar. Déjelo que duerma un rato —dice Jota mientras va hasta la ventana y observa la oscuridad de la calle a través de las cortinas. No hay nada extraño ahí fuera. Nada ni nadie en particular llama su atención. Mueve un poco los visillos y mira a izquierda y derecha. Bien, ni rastro de la pasma por ninguna parte.

—Dime algo, Pepito.

—Todo está bien, madre. No se preocupe —dice sin dejar de examinar la calle.

—Que Dios te bendiga, hijo. Sé que lo quieres mucho.

Jota llena los pulmones con un resuello, baja la persiana, se vuelve y mira a la vieja con tristeza. Es el desamparo puro y duro. Contempla lo que ha quedado de ella, lo que ha dejado padre de ella. Su mundo tan pequeño, reducido a aquellas cuatro paredes y a cuidar de padre. Se sienta en una silla, junto a Marlon, que cabizbajo y en completo silencio estudia la colilla que se consume entre sus dedos mientras finge que piensa. Lo tienen crudo. No puede volver al

apartamento. Aquellos tres tíos no habían ido a jugar al parchís con él. Capi se los sacó de encima, pero está seguro de que volverán. Lo buscarán hasta en el infierno si hace falta, hasta dar con él. ¿Qué cojones querían? ¿En qué lio se ha metido? ¿El asunto de Quílez? Bueno, ha metido los pies en tantos jardines… Aunque ahora la pasma ha aparecido en la casa de Jota. ¿Casualidad? No, ni mucho menos. La han cagado bien cagada, y eso que solo iba a ser un paseo. Tienen que desaparecer hasta que las cosas se calmen. Pero ¿adónde? Tienen pocas opciones. Se están quedando sin aire.

Marlon se pasa la mano por la cara, se encuentra hecho una mierda. Le palpitan las cuencas de los ojos y los sesos van a estallarle. Es como si tuviera agua salada dentro de la cabeza. Necesita meterse algo para que se le pase el mal rollo. Levanta la cabeza y cruza una mirada con Jota. No le gusta lo que ve, lo que lee más allá de sus pupilas. En el interior de su mirada solo hay un agujero negro. Tampoco le gusta el absoluto silencio que ha quedado detrás de la puerta. Jota está loco, como una cabra. Si se le cruzan los cables nadie sabe de lo que es capaz. Pero se trata de su padre. Lo odia a muerte, pero… ¿Lo habrá hecho? ¿En serio? No piensa echarse al hombro otra de sus cagadas, ni mucho menos.

—Madre, ¿por qué no se sienta con nosotros y nos cuenta otra vez qué querían esos policías?

La vieja obedece.

—Querían saber dónde estabas —dice con voz insegura, temblorosa.

—¿Le dijeron por qué?

—Solo me dijeron que necesitaban hablar contigo.

—Vale.

Jota mira a Marlon, el ligón tiene el ceño fruncido. De un momento a otro su cabeza va a abrirse como un melón y va a escupir las tripas que se remueven dentro, pero trata de que no se le note. Le devuelve la mirada a Jota y tras unos segundos observa a la vieja intentando aparentar calma.

—¿Le preguntaron por mí?

—No, solo por Pepito. ¿Qué habéis hecho?

—Es un malentendido, madre.

La vieja mira a Marlon esperando que diga algo tranquilizador.

—Así es —dice él tras unos segundos.

—Pero tenemos que irnos unos días, hasta que ese lío se aclare.

La vieja no deja de retorcerse las manos, no entiende lo que está pasando.

—¿Y adónde iréis?

—Aún no lo sé.

—Si le ocurre algo a Padre…

—La llamaré, esté tranquila. ¿Le preguntaron algo más, madre?

—Por tu trabajo.

—¿Qué les contaste?

—Que trabajabas en un restaurante. Me pidieron la dirección. No tuve más remedio que dársela. La tengo en esa libreta de tapas rojas donde me la apuntaste. ¿Lo recuerdas?

—Claro que sí, madre.

—¿He hecho mal?

—No, tranquila.

Jota vuelve a cruzar otra mirada con Marlon, continúa silente y ensimismado. Ahora Jota tampoco puede acercase al trabajo, se quedan sin opciones. Esos hijos de puta de la pasma tienen ordenadores conectados a doscientas mil bases de datos y lo saben todo acerca de ti. Si no lo han hecho ya, en cualquier momento aparecerán por El Trabucador.

—¿Por qué no quieres hablar con la policía? —le pregunta madre.

—Porque no hemos hecho nada. Ya sabe lo que pasa en las comisarías, usted misma me contó lo de aquel anarquista que tiraron por una ventana.

—Pero de eso hace mucho tiempo, Pepito.

—Nada ha cambiado desde entonces, madre. Nada.

—Voy a quedarme sola, padre se está muriendo. ¿Qué voy a hacer? ¿Qué va a ser de mí?

Jota la observa con una mirada penetrante y le sujeta la mano con fuerza.

—Me tiene a mí, yo cuidaré de usted. Ahora, ¿por qué no nos hace unos bocadillos y me prepara ropa limpia? Le agradeceríamos que nos hiciera algo para llevarnos, ¿verdad, Marlon?

—Claro que sí, se lo agradeceríamos mucho.

Madre asiente, como ha hecho toda su vida. Se levanta y va derecha a la cocina. Enseguida comienza a oírse ruido de cacharros.

—Esto no me gusta —dice Marlon—. Ha muerto Quílez, un poli y han venido a tu casa buscándote.

—Nosotros no hemos apretado el gatillo.

Marlon niega con la cabeza y enciende un cigarro con un mechero que tiene una llama como un soplete. Da una profunda calada, observa un instante cómo brilla la brasa y mira a Jota a los ojos.

—¿Limpiaste bien las huellas de la escopeta?

—Claro que sí —dice Jota encendiendo otro cigarro.

—¿De dónde la sacaste?

—La compré por cuatrocientos pavos. Pero no debes preocuparte, el tío al que se la compré murió de sobredosis.

—Jota, la hemos cagado. Piensa qué hemos hecho mal, joder. ¿Cómo han venido a tu casa tan pronto? ¿Es mucho pedirte que

pienses?

—El tío del Land Cruiser ha cantado, seguro que es eso.

Marlon lo mira y mueve la cabeza.

—No, hay algo más, a la fuerza tiene que haber algo más.

—Sea lo que sea, nos tenemos que abrir.

—¿Cómo?, ¿adónde? No tenemos donde caernos muertos.

—Tenemos algo de pasta y todo ese oro de Quílez. Se nos ocurrirá algo.

—No podemos usar nuestros carnés ni ninguna tarjeta. Estamos bien jodidos.

Jota asiente pensativo mientras apaga el cigarro en el cenicero. Marlon no se equivoca. De pronto, se levanta como un resorte y va directo a su habitación sin decir nada. Marlon se mete en el baño y se prepara una raya. Pasados diez minutos, Jota vuelve con los brazos cargados de CD de música, DVD de películas y juegos, y un manojo de revistas X. Lo mete todo dentro de una bolsa de deporte grande y lo ordena. Se arrodilla junto al mueble de la televisión y saca la Play Station de un cajón. Marlon arruga el ceño, desconcertado y alucinado por el arsenal de entretenimiento que acaba de preparar Jota.

—¿Qué significa todo eso?

El otro lo mira con ojos astutos y a la vez insensatos.

—Ya sé lo que vamos a hacer.

Jota emplea unos minutos en explicárselo.

La vieja asoma en el comedor con una montaña de mudas en sus brazos. En una bolsa de plástico de supermercado ha metido cuatro bocadillos de embutido y dos latas de cerveza. Mira a uno y a otro con el desconsuelo de unos ojos tristes hundidos en la carne.

—¿Por qué no os quedáis esta noche?

Jota sacude la cabeza.

—Nos están esperando, madre.

—Solo esta noche —insiste ella.

—No podemos, señora —dice Marlon con aspereza, mientras se acaricia la frente con las yemas de los dedos como si intentara librarse de un dolor de cabeza—. Muchas gracias, de verdad.

—¿Ni a cenar tampoco?

La pregunta queda en el aire. Jota echa una última ojeada por la ventana. La calle está tranquila, ni tan siquiera hay un gilipollas paseando al perro. Coge a la vieja por los mofletes, le estampa un beso en la frente y le asegura que va a llamarla en cuanto pueda. Se despide de ella con un gran abrazo que la deja con los ojos húmedos.

Nada más pisar la calle Jota solo tiene un pensamiento en su cabeza: ¿dónde puede encontrar pegamento y artículos de pesca a esas horas?

18

YOLANDA RECHES

El edificio señalado por el inspector Llorca es un bloque de apartamentos monolítico. Reches observa las ventanas y tiene la impresión de estar ante un gran panal de abejas, en cambio a Ríos le recuerda el pabellón de nichos de un cementerio. La entrada es una puerta giratoria como la de muchos hoteles de categoría, pero que resulta demasiado ostentosa para un lugar como aquel. Sale un caño de chavales con mochilas a las espaldas discutiendo en inglés. Yolanda afina el oído, tiene el idioma un poco oxidado, pero entiende a la perfección todo lo que dicen y no puede evitar sonreírse.

—¿Qué es eso tan gracioso, jefa? —le pregunta Ríos.

—Se quejan del conserje, del precio y de la limpieza de las habitaciones.

—Pues en Faluya hay unos hoteles de aguas termales a pie de playa acojonantes. La arena llega hasta la mismísima puerta de las habitaciones y son muy económicos. Además, en las calles hay cada día fuegos artificiales.

Yolanda levanta las cejas y mira al subinspector pasmada.

—¿Se me escapa algo, Roberto?

El Oso se airea la camisa, se pasa la mano por la frente y se limpia el sudor.

—Es este calor pegajoso, no me hagas mucho caso.

—¿Descansas lo suficiente?

—Lo intento. Cada noche me meto un baño de agua templada para relajarme, pero me cuesta conciliar el sueño. Si pongo el aire acondicionado, por la mañana me levanto con la garganta hinchada, y si no lo pongo, me derrito como la mantequilla. ¿Tienes aire acondicionado?

—Duermo con la ventana abierta, pero estoy considerando ponérmelo.

—Pues te aconsejo que te asesores bien. Yo lo compré en unos grandes almacenes y me vendieron lo que les dio la gana. Pero los tengo castigados, no he vuelto a ir por allí. De mi bolsillo no van a comer más.

—Ya me dirás quién es esa gentuza —se sonríe ella.

Cuando Reches cruza la puerta giratoria, Capi levanta la mirada del póster de las páginas centrales del *Playboy* y cierra la revista de mala gana. Tiene la polla medio dura y aquella tía huele a pasma a mil kilómetros de distancia. Joder. ¿Qué cojones quieren ahora?

La observa de reojo, está buena y se mueve con seguridad. Tiene aspecto de ser la chica lista de la clase. Se pone en pie sabiendo que

tendrá que ir con cuidado. No dirá nada. Los pasmas son como los champiñones, hay que mantenerlos a oscuras y darles mierda. Cuando la puerta termina de girar, entra la mole y sabe que está perdido. ¡El jodido Oso! Sabe quién es desde hace muchísimo tiempo, de hecho, todo el mundo que se busca la vida en La Rambla lo conoce o ha oído hablar de él. Es una leyenda y está allí. Mierda. La polla se le desinfla como un globo pinchado con un alfiler.

Reches se aproxima hasta el mostrador y Ríos se queda unos pasos atrás, observándolo con las manos hundidas en los bolsillos, con mirada congestionada como si en ese momento tuviera una subida de tensión en los globos oculares. El subinspector hace memoria, revisa las fichas del archivo policial que tiene en la cabeza recordando fechas, nombres y motes. Tiene que retroceder años atrás, pero está seguro de que esa cara está allí, entre los gigabytes de información que almacena su cerebro. La CPU de Ríos va a toda castaña, pero tal como tiene la cabeza esos días…

Reches se identifica con la placa y se acoda en el mostrador.

—¿Le pillo ocupado? —Baja la mirada hacia la portada del *Playboy* que Capi se apresura a guardar en un cajón—. Espero no haberle interrumpido con lo que sea que estaba haciendo. Soy la inspectora Reches, mi compañero es el subinspector Ríos. ¿Es usted el encargado de esto?

—Sí, soy el conserje. ¿Qué quieren? —El timbre de su voz es ronco, cavernoso, como si saliera por la grieta de un volcán a punto de erupción.

La inspectora estudia su aspecto unos segundos. Moreno, tirando a agitanado, ojos oscuros, delgado como un alambre, largas patillas hasta la comisura de los labios, antebrazos llenos de tatuajes antiguos, dedos cargados de anillos. Enlutado de arriba abajo como si fuera a un entierro.

—¿Cómo se llama?

—Martín, pero todo el mundo me conoce por Capitán.

Reches eleva el ceño.

—¿Es capitán de algo?

Los ojos oscuros del conserje se desplazan de la inspectora hacia Ríos, como dos cucarachas.

—Su compañero me conoce, él sabe por qué.

Reches se vuelve muy despacio, con mirada perpleja. El subinspector contempla a Martín con una calma tensa y exasperante. Alza muy despacio la mano y le apunta con un dedo grueso y peludo de forma insistente.

—Martín Verdugo, alias el Capitán. Sí, ahora me acuerdo de ti —dice con voz severa, con una especie de asco—. Legión Extranjera francesa. África, si no recuerdo mal.

—Argelia y la Guayana.

—Sí, eso. Lo que sea. Has olvidado enviarme la postal de Navidad muchos años. —Se acerca hasta el mostrador con un vaivén amenazante—. ¿Has estado en la trena o es que te has enmendado?

El legionario no responde y Ríos se vuelve hacia la inspectora.

—Hace quince años este individuo estuvo mezclado en un homicidio. Le hicieron dos agujeros a un tipo en un club de alterne y él estaba por allí haciendo no sé qué.

—Estaba de paso, solo tomaba una cerveza. Usted lo sabía y por su culpa acabé dentro.

—El juez no te creyó —se sonríe con crueldad—, y yo tampoco. Al tiempo aparecieron unos testigos falsos y lo absolvieron.

Martín mira a la inspectora, incrédulo, y señala a Ríos.

—No tengo por qué aguantar esto. ¿Han venido por algo que ocurrió hace más de quince años y con lo que no tuve nada que ver?

—En realidad queremos hablar sobre uno de sus clientes.

—¿Quién?

Reches cruza una mirada con el subinspector. En la mano de Ríos aparecen dos cartulinas, las desliza sobre el mostrador. Una es una fotografía de Quílez, la otra de un delincuente.

—¿Los conoce? ¿Sabe quiénes son? —le pregunta Reches.

Martín frunce el ceño, las coge y las mira con desinterés, meneando la cabeza.

—Este parece el tío ese que mató al poli, lo he visto en las noticias. El otro ni puta idea.

—¡Eh! Cuida ese lenguaje si no quieres que te enseñe modales —le advierte Ríos.

—Se llama José Manuel, pero le llaman Jota —añade la inspectora.

—Por aquí pasa mucha gente. Pero estoy seguro de que ninguno ha alquilado una habitación. Si fuera así, lo sabría.

—Haga un esfuerzo, ¿está seguro de que no los ha visto aquí nunca? ¿A ninguno de los dos?

Martín baja la cabeza y vuelve a mirar las fotografías, aunque en realidad observa al Oso con el rabillo del ojo. El subinspector se ha acodado en el mostrador como si estuviera en la barra de un bar esperando al camarero, con la mirada perdida en algún rincón del techo, agitando un pie en actitud meditativa. Tiene que empezar a preocuparse. Al Oso es difícil tomarle el pelo y se está impacientando. Simula interés.

—Miren, no estoy siempre en la recepción como un clavo, pero este me suena. —Capi señala a Jota—. Supongo que habrá estado alguna vez por aquí.

—¿Cuándo?

El legionario cierra los ojos como si estuviera haciendo un enorme esfuerzo, aunque la realidad es que se toma su tiempo para calibrar la respuesta.

—No iras a cagarte encima, ¿verdad? —Ríos compone una sonrisa ligera y amarga.

Capi abre los ojos de golpe.

—Creo que fue hace una semana, más o menos. ¿Pasa algo con él?

—Preocúpese solo de contestar a las preguntas. ¿Qué hacía Jota aquí? ¿Iba solo o acompañaba a alguien? —quiere saber Reches.

El legionario se queda pensativo, sabe de sobra quién es Jota y también a quién suele acompañar. Aunque no lo traga, no es un chivato. ¡Menuda encrucijada, joder! Alterna la mirada de la inspectora al Oso. El subinspector le inquieta, ahora no para de rascarse mientras se estudia los pies, ceñudo y con cara de pocos amigos. Capi sabe que en otros tiempos la mano del Oso hubiera acabado con toda seguridad con un sopapo en su cara, lo que antes era un interrogatorio normal, corriente y moliente.

Ríos no acaba de adaptarse a los nuevos tiempos, pero ha llegado a la conclusión de que si los políticos quieren que la policía utilice guantes de seda en lugar de lija y broca del veintisiete, pues allá ellos.

—No estoy muy seguro —responde Capi tratando de que su duda parezca sincera.

Reches observa que sus ojos palpitan con un súbito nerviosismo; señales que la ponen en guardia.

—¿De qué no está seguro, Martín? ¿De si era Jota o de a quién acompañaba? ¿Sabe qué día de la semana es hoy?

—¡Ya se lo he dicho! —responde furioso el legionario—. Por aquí pasa mucha gente.

La respiración del Oso se vuelve pesada y sonora, hasta que llena los pulmones y por fin suelta un mazazo sobre el mostrador con una mano cerrada.

—¡Mis cojones, Capi! Estás seguro de que Jota no tenía ninguna habitación alquilada, pero dices que crees que andaba por aquí y no recuerdas con quién. ¿Nos tomas el pelo? ¿Tienes ganas de jugar? ¿Con quién estaba Jota? ¿Qué coño hacía aquí? Habla si no quieres que te saque la verdad a hostias, porque si sigues en esa línea te aseguro que lo vas a conseguir.

Reches se queda sin palabras, sin saber qué decir. Ríos desembarca con todo su cuerpo sobre el mostrador, con las aletas de la nariz dilatadas y las mandíbulas apretadas. Su aliento desprende una temperatura que llega hasta la cara de Martín.

—Di algo, capullo.

Capi mira a la inspectora, incrédulo.

—¿No va a hacer nada?

—Ha conseguido cabrearle, no se puede hacer nada cuando se pone así.

—Este tío me está poniendo cachondo —dice Ríos, después mira a la inspectora asintiendo para sí una y otra vez—. ¿Sabes qué? Se me está ocurriendo reabrir un antiguo caso. Ahora podemos hacer unas pruebas de ADN cojonudas con las que no contábamos hace quince años. Un simple bastoncillo untado con la saliva de este idiota y lo retiramos de la circulación una temporada. Además, seguro que está implicado en algún caso sin resolver, lo más seguro que en alguna violación. —De repente el Oso alarga su manaza, coge un cenicero repleto de colillas que hay detrás del mostrador y lo contempla en alto —. Supongo que nuestros chicos también pueden sacar ADN de una de estas colillas, ¿verdad, jefa? Lo he visto hacer cientos de veces. Parecen en buen estado. Así cayó el violador del ascensor. —Mira un instante a Martín—. Inspectora, ¿tienes una bolsa para llevarnos esto?

Reches abre su bolso.

El legionario sabe que están faroleando, pero también sabe que el Oso es un cabrón capaz de hacer cualquier ilegalidad para arrastrarlo a la comisaría, y entre sus planes inmediatos y futuros no entra volver a pisar una ni en sueños. No quiere problemas con la pasma, y menos con ese desgraciado y su zorra cómplice con cara de santurrona. Se frota la cara con las dos manos mientras sacude la cabeza. Tras un profundo suspiro, que más bien semeja un lamento, asiente y les habla de Marlon.

Ríos alarga la mano y le palmea dos veces un moflete.

—¿Tanto costaba, idiota?

Capi los conduce hasta la puerta de una habitación y saca una tarjeta magnética. Desde la misma entrada se respira olor a pintura y productos de limpieza. Los policías entran y echan una ojeada, hay los enseres básicos de un apartamento amueblado en alquiler: un sofá cama, un par de sillas, un mueblecito para la televisión y cortinas en la ventana. Las paredes están llenas de agujeros. Reches intercambia una mirada de extrañeza con el subinspector y se vuelve hacia el legionario, que aguarda en el umbral de la puerta con los brazos cruzados.

—¿Qué significan todos esos agujeros?

—Ni idea, supongo que el pintor no ha tenido tiempo de taparlos.

—Pero alguien se ha esmerado demasiado con la limpieza, no han ahorrado en lejía —dice Ríos pinzándose la nariz—. Demasiada desinfección para un apartamento del tres al cuarto.

Reches se pasea por la estancia. Los sanitarios del lavabo brillan, la nevera reluce, los cajones de la cocina están repletos de cubertería relampagueante y el suelo limpio como el de un quirófano. Nada

extraño a simple vista, salvo el chocante olor a lejía y productos de limpieza. Ríos abre la ventana para ventilar la estancia y penetra una corriente de aire caliente. Saca la cabeza y echa una ojeada a la calle. Hay una perspectiva chulísima de La Rambla desde allí arriba.

—Martín, ¿puede dejarnos unos minutos? —dice Reches.

—¿Por qué?

Ríos se vuelve al oír la réplica del conserje, levanta sus espesas cejas y lo observa con los ojos muy abiertos.

—Porque te lo ha dicho la señora inspectora. ¿Hace falta algún motivo más o es que eres tonto?

El legionario titubea.

—No creo que tengan derecho.

El subinspector menea la cabeza, clava su mirada torva en él y señala la puerta con un gesto teatral.

—¿Quieres largarte de una puñetera vez o prefieres que te eche yo? —Mira a la inspectora con los párpados arrugados—. Me muero por darle una patada en el culo a este tío.

—Necesitan una orden judicial, no pueden hacer esto sin mi consentimiento.

—Claro que podemos, capullo.

El Oso pone los brazos en jarras y resopla sacudiendo la cabeza, con los mofletes rojos. Martín arruga el ceño y se vuelve lleno de rabia.

—¡Puta bofia! —Cierra con un portazo y echa a andar por el pasillo a pasos agigantados, maldiciendo con rencor—. ¡A la mierda, cabrones!

Oyen su voz amortiguada en la habitación.

—¿Has visto eso, Yolanda? —dice Ríos señalando la puerta, soltando una carcajada asombrosa.

La inspectora se pone en marcha; deja el bolso sobre el mármol de la cocina, una pequeña cuadrícula con vetas rosadas sobre un mueblecito de una sola puerta que no acaba de encajar del todo. Hinca una rodilla en el suelo y mira la superficie.

—¿Qué opinas, Roberto?

—Que ese tal Marlon tiene que ser un guarro muy guarro para que hayan tenido que higienizar esto tan a fondo. Si no es eso, alguien se ha esmerado demasiado por otro motivo. Opino que lo segundo y que ese idiota nos oculta algo —dice mirando un instante de más la puerta por donde acaba de salir Capi.

—Creo que tienes razón. Martín protege a Marlon por algún motivo. ¿Te suena su nombre?

—¿Aparte de Marlon, el actor? No, no lo tengo fichado. Pero el nombrecito debió ponérselo algún pirado.

—La gente rara pone nombres raros y cría hijos raros. En cuanto a

Martín, ¿de veras crees que estaba implicado en ese homicidio?

—No, qué va. Pero me gusta darle cera a esa gentuza, que sufran un poco. Ese hijo de su madre es exactamente lo que parece, uno de los malos. Para una vez que pringue, ¿de cuántas se habrá librado?

Ríos comienza a inspeccionar las cortinas, los cojines del sofá y pasa las manos por las paredes. Reches se mete en el aseo y deja al subinspector dando vueltas en círculos observando el techo. Hay cabellos largos y rubios enganchados en el marco del espejo, a todas luces tinte rubio. En la cisterna no hay nada más que roña enganchada a los mecanismos. Minutos después sale con dos cabellos entre sus uñas y encuentra al subinspector acuclillado junto a la puerta.

—¿Qué haces?

Ríos levanta una ceja.

—Si esto no es pis de perro, es sangre. Me apuesto la pensión. Supongo que a don Limpio se le habrá pasado por alto.

Reches se acerca y se agacha junto a él. En el marco de la puerta hay salpicaduras, gotas rosadas de diversas dimensiones. Muchas. Ríos saca una navaja.

—¿Te parece que tomemos una muestra y la llevemos al laboratorio?

Ella se pone en pie y estudia el entorno, pensativa, meneando la cabeza.

—No, no hagas nada. Aquí ha ocurrido algo y vamos a averiguar qué es. Voy a llamar a un equipo de la BICT y vamos a precintar esto.

—Vale, supongo que eso será lo adecuado.

Reches saca su teléfono, abre la puerta para salir al pasillo y se topa con Capi de frente, aunque ahora parece salido de una alucinación. Tiene los ojos vidriosos y llenos de nubarrones grises, el rostro desencajado. La observa sumido en un silencio extraño.

—¿Qué ocurre, Martín?

—Quiero hablar con usted. —El timbre de su garganta, ronco y cavernoso, es ahora una nueva voz brumosa.

Reches se aparta y lo deja pasar. Su aliento huele a alcohol, ni cerveza ni vino, sino algún licor más fuerte. A pesar de eso no arrastra las palabras, porque está acostumbrado a beber. Señala a Ríos con el mentón.

—Quiero que él se vaya.

—Ni hablar —dice Ríos con media sonrisa.

La inspectora intercambia una mirada con él y asiente.

—Déjanos solos, Roberto.

—¿Estás segura? No creo que sea buena idea. Yo no le daría la espalda a este animal ni un segundo.

—No te preocupes.

—¡Pues genial! —Ríos dibuja un gran aspaviento con los brazos y

se vuelve hacia la puerta despegando los ojos de Martín de forma gradual—. Estaré ahí afuera por si se te ocurre intentar algo.

Un espasmo en la cara y el subinspector se vuelve de golpe, da tres pasos largos y lo coge por el cuello. Lo pone de espaldas como si manejara un muñeco y lo cachea con una mano, sin soltarlo con la otra. Tira sobre el sofá un mechero, un manojo de llaves, un cortaúñas y un teléfono móvil. Abre una petaca, mete la nariz dentro y la huele con cara de haberse tragado una cucharada de mierda. Va directo al fregadero de la cocina y la vacía.

—No tenía por qué hacer eso.

—Claro que sí.

Sale y deja la puerta entornada. El legionario se lanza en el sofá y se espatarra con los dedos entrelazados en la nuca. Reches lo mira absorta y de pronto él suelta una risilla histérica y desenfrenada, de enajenado. Transcurren solo dos segundos cuando Ríos se asoma con los músculos faciales de media cara endurecidos. Le dedica una larga mirada y le muestra una mano abierta.

—¿Quieres que te sople un par de guantazos?

Reches cierra la puerta y se queda a solas con él, aunque sabe que Ríos acecha ahí fuera, preparado para lanzarse en tromba si es necesario. Va al grano sin rodeos.

—Hemos encontrado manchas de sangre, Martín, y estoy más que segura de que sabes de quién es.

—Ah, ¿sí?

—Seré muy clara, Martín. Te voy a dar una sola oportunidad. Tenemos dos cadáveres en el Anatómico Forense: uno es de un compañero que se llamaba Padilla, un policía ejemplar; el otro cadáver es de Quílez, el joyero. Ambos eran padres de familia modélicos y detrás hay familias que necesitan explicaciones. Sabemos que Marlon y Jota están metidos hasta las narices en el asunto y es muy probable que en algo más. Así que voy a precintar la planta y a inundar este lugar de gente con monos de plástico que lo van a poner todo patas arriba y van a escudriñar hasta el último rincón. Mucho me temo que hoy vas a dormir en un hotel pagado por el Ministerio del Interior. Dime que lo has entendido y empieza a hablar cuanto antes.

El legionario traga saliva y mira a la inspectora con un rictus amargo. Ha comenzado a tutearle y eso no es bueno para él. Ni por asomo piensa en ir a la cárcel. Solo con pensar en compartir un cagadero y una litera se le revuelve el estómago.

—¿Sabe qué les pasa a los chivatos en el talego?

—Nadie tiene por qué saber que hemos mantenido esta conversación.

Capi desvía la mirada hacia la ventana unos segundos, se levanta y se sacude las manos.

—Lo que voy a explicarle no pienso repetirlo en ninguna otra parte, y no voy a firmar ninguna declaración.

—Adelante, Martín, te escucho.

Capi resume en diez minutos todo lo que sabe de la relación entre Marlon y Jota, entre Quílez y Marlon y la visita de los tres gorilas.

—¿Quiénes eran esos tres tipos? ¿Los habías visto antes?

Capi mueve la cabeza.

—No, pero me he enterado de que hace poco le han dado una paliza de muerte a un tío en el Boogie. Créame si le digo que son peligrosos, sé de lo que hablo.

—¿Seguro que han sido ellos?

—Segurísimo.

Reches se vuelve de espaldas, se frota la barbilla mientras medita en silencio y comienza a dar pasos en círculos. Marlon, Jota, Quílez y ahora esos tres tipos. Tendrán que investigar los hilos que unen esa relación. Mientras ella piensa concentrada, Capi la repasa de arriba abajo, desde los talones al flequillo y se relame el labio superior con la punta de la lengua, aunque de tanto en tanto desvía la mirada hacia la ventana para disimular. Es preferible que la inspectora no sepa lo que pasa por su cabeza cuando menea sus nalgas delante de él. Cuando Reches se vuelve, encuentra los ojos del legionario clavados en ella.

—Martín, dices que esos tipos eran tres gigantes y que tú solo te deshiciste de ellos. Si eso sucedió tal como lo cuentas, tengo delante a un héroe.

—Solo tuve suerte.

—La suerte no dura demasiado tiempo.

Lo dice el hombre que ha pasado cinco días en un agujero enterrado con barro y mierda hasta el cuello en mitad de la jungla, sitiado por nativos africanos con cuchillos afilados. Sabiendo que si te encuentran te rajarán, se comerán tus entrañas y jugarán a la pelota con tu cabeza. Heroísmo es salir de esa situación y contarlo, soportar el olor de los propios excrementos y de las propias meadas día y noche, pasar hambre y sed. Dolor. Sentir el susurro de la muerte en la noche, el aliento dulzón de la carroña en las fosas nasales, los pasos sigilosos de los pies descalzos de unos asesinos sanguinarios. No perder los estribos en esas situaciones, eso es heroísmo.

—Te enseñaremos unas fotografías, quizá los reconozcas.

—No voy a ir a ninguna parte.

—Te las traeremos aquí.

Capi vuelve a negar con la cabeza y se cruza de brazos.

—Creo que ya he colaborado suficiente. No quiero más problemas.

La inspectora se sitúa frente a él, a medio metro exacto, con lo que el legionario no puede apartar la mirada de sus ojos.

—Martín, ya estás metido en un buen lío. Si esos tipos vuelven, ¿qué piensas hacer?

Capi sabe que volverán. Se demora unos segundos en contestar, el tiempo que tarda en llegar a concretar la respuesta, lo que hará.

—Si vuelven, todo pasará muy rápido.

El Trabucador está frente a la Sagrada Familia, en una ubicación estratégica. La terraza del restaurante tiene unas espléndidas panorámicas del templo de Gaudí, y como la ciudad en pleno, también sucumbe a la aglomeración de turistas. Son foráneos a los que no hay que fidelizar con un trato esmerado ni con una carta decente porque están de paso. El negocio se resume a llenar la caja lo máximo y más rápido posible. Al diablo los parroquianos que se pasan la tarde con el culo de una cerveza caliente dando la brasa en un taburete de la barra.

El mobiliario del Trabucador es de madera maciza envejecida con barniz y las paredes tienen ese rebozado rugoso y basto en desuso, de ellas cuelgan colecciones de cachivaches viejos y oxidados que le dan ese pretencioso aire rústico de los bares típicos que buscan los turistas. Las mesas están llenas de gente que engulle sucedáneos de paella y traga sangría embotellada servida en jarra con aderezos.

El tufo del aceite rancio golpea la nariz de los policías en cuanto cruzan la puerta. Nacho arruga el ceño y mira a Toni, que encoge sus hombros. Se acercan a la barra y Nacho levanta una mano para llamar al camarero, un hombre próximo a los sesenta, grueso, de párpados hinchados y cejas despeinadas. Está en el extremo opuesto cortando limón en rodajas para las sangrías y se le ve muy concentrado en el trabajo. El hombre levanta la cabeza, los mira un instante y sigue cortando limones. Nacho pone los ojos en blanco. Toni se lleva la mano al bolsillo y le enseña la placa. Cuando termina de cortar la última rodaja de limón, se enjuaga las manos en el fregadero y se seca con un trapo mientras se acerca.

—Hoy estamos a tope —dice con una línea de sudor en la frente, mirando las mesas abarrotadas de la terraza y del comedor, las carreras de los camareros, la barra llena de servicios usados por meter en el lavaplatos. Apoya ambas manazas en el mostrador—. Ustedes dirán.

—¿El propietario? —le pregunta Nacho.

—Francisco Campos para servirles. Pero hoy me pillan… Bueno, ya ven cómo está esto. ¿En qué puedo ayudarles?

—Solo le robaremos unos minutos —dice Toni—. Se trata de un empleado suyo, Jota. ¿Está por ahí?

Francisco Campos mira a uno y otro y respira aliviado, no se trata de ninguna inspección. Se rasca una zona rojiza del pescuezo mientras vuelve a mirar las mesas y a los camareros, van de un lado a otro

como locos. Vacila un instante y se frota su nariz rechoncha.

—Será mejor que pasen —dice señalando un hueco bajo el mostrador. Coge tres vasos de tubo y sin preguntar nada, mientras los policías se cuelan en el interior, los llena y luego los reparte. Toni y Nacho se miran—. Les aseguro que con la que pega ahí dentro, me lo agradecerán.

Entran en la cocina, hace un calor infernal. En la plancha hay media docena de solomillos humeando. Francisco coge una espátula, les da la vuelta y los rocía con un chorro de coñac, acto seguido coge una cuchara de madera y remueve el caldo burbujeante y oscuro de las paelleras. Se pasa el antebrazo por la frente y mira hacia un individuo regordete que está de espaldas preparando platos de ensalada sobre una mesa de acero inoxidable. Le dice que vaya más rápido. En la parte trasera se oye ruido de cacharros. Vacía medio tubo de cerveza de un trago y se pellizca la nalga.

—Así que se trata de Jota. Ese chico… —dice a modo de reflexión —. No está, no sé nada de él. Me ha dejado tirado como a una puta colilla, en plena temporada. Se ha metido en algún lío, ¿verdad?

—Es posible —dice Nacho—. ¿Sabe dónde podemos encontrarle?

—Como no sea en casa de sus padres, ni idea. No me coge el teléfono.

—¿Cuánto hace que trabaja para usted?

Francisco mira hacia arriba y mientras hace memoria coge un trapo que cuelga de su bolsillo y quita una mano de grasa en la campana extractora.

—Comenzó en enero, lo tuve dos semanas a prueba y lo aseguré a primeros de febrero. Así que alrededor de medio año.

—¿Cuándo lo ha visto por última vez? —pregunta Toni.

—Hace unos días, quizá una semana.

—Desde entonces ¿no sabe nada de él?

—Nada en absoluto.

—¿Suele faltar al trabajo sin avisar?

—En todo este tiempo solo ha faltado una vez y fue porque su padre estaba enfermo. Pero llamó para avisarme. —Francisco sacude la cabeza—. Miren, ya sé que Jota fuma porros, que estuvo en la cárcel y todo eso. Pero creo que en esta vida todos podemos equivocarnos. Yo mismo estuve en una prisión militar cuando hice la mili. Era joven y un poco estúpido. Por eso les doy una oportunidad a estos chicos.

Coge los solomillos de la plancha con unas pinzas metálicas, los deposita en un plato, añade patatas, un poco de ensalada y los deja sobre una repisa. Vocea el número de una mesa, se pasa la mano por la frente mientras acerca la cara a la comanda que cuelga en un gancho de la pared y pide tres ensaladas de la casa a gritos. Se vuelve

y mira los vasos que sostienen los policías.

—No han probado la cerveza.

Toni fuerza una sonrisa y se moja los labios en la espuma, Nacho sorbe un trago corto, el sudor comienza a empaparle la camisa.

—¿Sabe qué hacía o dónde iba Jota cuando salía del trabajo? —le pregunta Toni.

—Ni idea. Cuando terminaba su jornada se sentaba un rato en la barra, echaba una caña, que por supuesto corría de mi cuenta, y se largaba. ¿Dónde? —Francisco se encoge de hombros.

—¿Alguna vez ha recibido la visita de amigos o conocidos o ha venido alguien preguntando por él?

—Que yo sepa, nunca.

—¿Sabe qué hacía antes de trabajar aquí? —le pregunta Nacho.

—Trabajó en el Tobogán de la plaza Real y algunos veranos en la Costa Brava. Me informé de eso y me dieron buenas referencias.

Toni mira a su alrededor, el tipo que preparaba ensaladas ha desaparecido y el ruido de cacharros ha cesado.

—¿Cree que alguno de sus empleados puede ayudarnos?

—Lo dudo, Jota es un solitario y no hacía migas con nadie. —Mira por encima de su hombro aquí y allá—. Como los pinches no sepan algo… ¡Antonio! ¡Miguel! No me los entretengan demasiado, ya ven que estoy de faena hasta el cuello.

El Mantecas sale de la cámara frigorífica con un cubo de lechugas en remojo, lo deja en el suelo, se limpia las manos en el delantal y se acerca con cara enferma. El Ratón cierra el grifo del fregadero, se frota la cara con las manos húmedas y se asoma entre las cortinas. Sus ojos desconfiados y nerviosos alternan de un policía a otro. Francisco los llama con la mano. Un instante después, Toni y Nacho los observan con ojos de asombro. Ambos tienen la cara desfigurada: ojos amoratados, los labios hinchados y despellejados con costras ennegrecidas y marcas de finos orificios.

—Son policías —les informa Francisco—, quieren haceros unas preguntas sobre Jota.

Ahora son ellos quienes parecen aliviados. Toni toma la palabra.

—Hace unos días que Jota no viene a trabajar. ¿Saben por qué?

El Mantecas y el Ratón se observan sin levantar la cabeza, en misterioso silencio.

—¿Saben dónde podemos encontrarlo, qué lugares frecuenta?

Se sucede otro silencio prolongado, parece que no saben ni una cosa ni la otra. O que no quieren responder. Toni y Nacho se miran, este tiene los dientes apretados, levanta un dedo.

—Quiero saber qué les ha ocurrido.

Los pinches guardan un silencio intrigante, hasta que Paco, que está enfrascado limpiando la plancha con una espátula, la suelta golpeando el acero inoxidable y se vuelve con mirada furiosa.

—Nos atacaron —dice el Mantecas.

—¿Quién?

—Fue por la espalda. —El Ratón da por sentado el hecho de que si no hubiese sido así, ahora mismo su aspecto lo tendría otra persona.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Hace dos días, al sacar la basura por la noche.

—Nos golpearon a traición —dice el Mantecas con rabia.

—¿Lo han denunciado?

—¿Para qué?

Una figura con una barra de hierro en las manos les golpeó por la espalda. Cuando se desplomaron inconscientes, selló sus bocas con

Loctite y se las cosió con media docena de anzuelos. Tras eso les zumbó una ensalada de puñetazos en la cara y los enterró bajó una montaña inmensa de bolsas de basura. Despertaron en el hospital.

—¿No se les ocurre quién pudo hacerlo?

El Mantecas clava sus ojos porcinos en el Ratón, este le devuelve una mirada nerviosa y huidiza.

—Quién va a ser. Ese tarado, Jota —dice el Mantecas con voz rabiosa, pasándose una mano por su frente sudorosa una y otra vez.

Los policías intercambian una mirada breve.

—¿Por qué haría eso?

—Porque está loco, como una cabra. Está zumbado perdido —dice el Ratón.

—Si le hubieran visto hacer lo que nosotros, lo entenderían —añade el Mantecas.

Les cuenta que cuando Jota se enfadaba lo pagaban los litros de aceite que vertía en el sumidero, los pollos a los que acuchillaba como venganza y los platos que rompía a propósito en el canto del fregadero.

Francisco Campos retira las paelleras de los fuegos y las mete en el horno, tira cuatro lenguados sobre la plancha, vacía el tubo de cerveza y deja el vaso sobre una repisa. La piel se le cuece a fuego lento y se limpia la grasa de la frente con el antebrazo. Parece ajeno a la conversación que se desarrolla a sus espaldas, pero no lo está. Se vuelve con la boca abierta, con la sangre en la cara y ojos desorbitados, se rasca la nariz, después la mancha rojiza del pescuezo, pone los brazos en jarras y estalla.

—¡Me dijisteis que os habíais peleado en un pub! ¿Sabíais todo eso y no me habéis explicado nada? ¿Sois imbéciles? ¡No quiero un zumbado en mi cocina manejando cuchillos! Estoy por daros una patada en el culo y echaros a la calle.

Nacho coge a Francisco por el hombro.

—Si quieren denunciarlo aún están a tiempo.

—Les aconsejamos que lo hagan —añade Toni.

El Mantecas mueve los hombros, el Ratón baja la mirada hasta la punta de sus zapatillas de cocina. Francisco mira a uno y a otro sacudiendo la cabeza, después hace un aspaviento con desdén.

—Déjenlos, no pierdan el tiempo con ellos. ¿No ven que son un par de retrasados? No hacían más que buscarle las cosquillas a Jota. Les está bien empleado, se lo han ganado a pulso.

Nacho observa un instante aquella pareja de limitados, intercambia una mirada con Toni y asiente. Se inclina a pensar que Paco tiene razón, que no sacarán nada de utilidad de esos idiotas. Le entrega una tarjeta con un número de teléfono. Francisco la mira un instante y se la guarda en un bolsillo.

—Si Jota aparece por aquí o se entera de algo, llámenos.

—No caerá esa breva —dice mirando a su par de pinches con ojos inyectados.

19
EVARISTO CONRADO

Conrado observa horrorizado en el espejo las hebras grises que enraízan en sus cabellos, al paso que se extienden pronto va a parecerse a su padre, que antes de los cuarenta ya tenía todo el pelo cano. Se levanta la camisa y se observa. Empieza a pensar que necesita un gimnasio y comer mejor, ha cogido un par de kilos en los últimos seis meses y no tiene manera de deshacerse de ellos. Es como si tuviera una densa costra adherida a la cintura. Ya no está para comilonas como la del Nacional. Josefina había pasado cuarenta y ocho horas terribles vaciándose por arriba y por abajo y él pasó una noche escalofriante de acidez de estómago. El detective se abrocha la camisa, se mete los faldones por dentro del pantalón y se tira del cinturón. Necesita un café, de las ganas que tiene de una de esas breas ocres casi puede olerla, aunque a partir de ahora lo endulzará con sacarina o se lo tomará solo. Sale directo a la cafetera y pasa al lado de la mesa de Josefina, observa que mira algo en el ordenador muy concentrada.

—¿Qué es eso? —le pregunta señalando la pantalla.

—Estoy haciendo una visita virtual por el Museo Arqueológico de Usak.

—Ah, vale. Infórmame si encuentras algo interesante. ¿Te apetece un café?

Josefina dice que no sin desviar la mirada de la pantalla. Conrado abre el cajón donde guarda las cápsulas de café. Cuando va a introducirla en la máquina, el teléfono comienza a vibrar en su bolsillo. Mira la pantalla y le cambia la cara, cruza una mirada con Josefina, que levanta las cejas.

—¿Sí?

—¿Estás ahí, Risto? —espeta una voz dura y atronadora.

—Como un clavo, comandante.

—Ya será menos.

Se vuelve hacia Josefina, ella deja el ratón del ordenador sin sorprenderse demasiado y empieza a cabecear como si fuera a suceder algo indeseado.

—Fuentes me ha informado del desarrollo de vuestra reunión. Me sorprende mucho, pero me ha dicho que fue bien.

—¿Eso le ha dicho?

—¿Debía decirme otra cosa?

—No, supongo que no.

—Supones —repite Enjamio pensativo—. ¿Has seguido sus consejos?

—A pies juntillas, comandante. Pero ahora mismo no tengo hilo del que tirar.

—Sigues siendo un flojeras, Risto, menos mal que mi larga sombra te cobija. Te voy a explicar algo para que te actives: hay minas en el camino.

—¿Puede precisar el significado de eso?

—Que la competencia nos pisa los talones. El CNP está al quite del asunto del broche.

—¿El Cuerpo Nacional de Policía? —Conrado se cambia el teléfono de una oreja a otra y vuelve a mirar a Josefina, ella pone los ojos en blanco. El comandante Enjamio percibe un sonido extraño en la línea.

—¿Sigues ahí?

—¿Está seguro de eso, comandante?

—Soy el mismísimo dios, estoy en todas partes y lo sé todo.

—Nunca lo he dudado, pero...

—Me ha llamado el jefe de la BICT, un tal inspector Llorca, acaban de meter la cuchara en nuestro plato. Tienen un fiambre en el depósito que llevaba encima un lápiz de memoria con imágenes de nuestro caballito. Quería saber cosas.

—¿Un fiambre con un lápiz de memoria? —repite el detective volviéndose hacia Josefina con una ceja levantada.

—Sí, ¿lo pillas?

—Lo pillo. —Conrado aprieta el teléfono contra su oreja.

—¿No te has enterado del tiroteo de la Villa Olímpica? Uno de los cadáveres era CNP, en paz descanse. El otro era un orfebre pendenciero al que vigilaban. ¿No ves la televisión ni lees periódicos, palurdo? —le suelta Enjamio como si tuviera una subida de vitamina B12 y un exceso de oxígeno en sangre bullendo en su cabeza.

—Supongo que se refiere a Juanjo Quílez.

—El mismo que vestía y calzaba. ¿Qué sabes de él?

—Que era el propietario de una pequeña cadena de joyerías.

—¿Eso es todo? Empieza a preguntarte por qué iban a por él y tira del hilo.

Conrado se vuelve otra vez hacia josefina, ella lo mira acodada sobre la mesa, con las manos en la cabeza y cara de preocupación.

—¿Puedo saber qué le ha contado a Llorca sobre el asunto, comandante?

—Nada, si quiero hacerme el tonto puedo hacerlo tan bien como tú. Por cierto, ¿te queda algún conocido en el CNP?

—¿Quiere decir en activo?

—Quiero decir en la punta del dedo que me estoy chupando ahora mismo, Risto. —Y añade tras unos segundos de suspense—: Coge bolígrafo y papel, he hablado con un buen amigo que tengo por ahí y me ha soplado una serie de cosas sobre el contenido de esa memoria. Fuentes te espera dentro de una hora en la dirección que te voy a dar. Así que aligera si quieres hacerte con el premio gordo.

—¿En una hora? —dice acuciando a Josefina con gestos para que coja un bolígrafo y se prepare para tomar notas.

—Sí, espero haberte jodido bien la mañana.

Enjamio dicta una dirección, el detective la repite en voz alta y Josefina la anota inquiriéndole con la mirada.

—Por cierto, Risto.

—Sí, comandante.

—Corren tiempos difíciles en los que cualquier agujero es una trinchera, así que protege bien la retaguardia.

Enjamio cuelga sin más, Conrado despega el teléfono de su oreja y se queda mirándolo unos segundos. Por el tono irónico de sus últimas palabras intuye que la brigada le ha explicado su metedura de pata en el Míchigan. Además, está seguro de que se explayará en algún almuerzo con otros militares y se echarán unas risas a su costa. Conrado sacude la cabeza y al levantar la mirada se encuentra con los ojos expectantes de Josefina, da dos palmadas al aire.

—¿Qué pasa? —le pregunta ella.

—Empieza la música. Así que aligera, que salimos pitando.

—Eh, no pagues conmigo tus frustraciones. ¿No tienes nada que explicarme?

—Te cuento por el camino.

Se proponen ir en transporte público hasta la plaza de Catalunya, así que se acercan a pie hasta Glòries. Llegan con la ropa pegada al cuerpo, había sido una semana calurosa y las temperaturas iban a continuar subiendo.

Los alrededores del nuevo mercado de Bellcaire están a tope de manteros que venden mercancías falsificadas sobre lonas desplegadas en el suelo, el género está cuidado y clasificado. Se trata del top manta, una especie invasora más que ha enraizado en las calles de la ciudad y que forma parte del paisaje en las zonas céntricas. Los curiosos se arremolinan, ojean y toquetean las imitaciones de zapatillas deportivas y camisetas de marca. Piden el precio de algo y a continuación cuchichean. No son réplicas burdas, están bien manufacturadas y son difíciles de distinguir de las auténticas para el ojo inexperto. Hay copias de Louis Vuitton, Gucci, Chanel, Carolina Herrera, Loewe, Bimba y Lola, Nike, Adidas... Camisetas del FC Barcelona a punta pala, la de Leo Messi es la que más éxito tiene entre

los niños y los extranjeros. Conrado tiene una oficial con el número de Johan Cruyff, la compró para ver un Barça-Madrid en los tiempos en que el Barça arrasaba con Laudrup, Stoichkov, Bakero, Beguiristain, Zubizarreta y un jovencísimo Guardiola.

A las diez en punto llegan a la entrada del subterráneo, hay un chino de sonrisa cómplice que reparte a los varones tarjetas de una sala de masajes con final feliz. Toman las escaleras mecánicas. En los tornos donde se pican las tarjetas hay un fornido vigilante de seguridad con tatuajes en los brazos que controla a los caraduras profesionales que se cuelan sin pagar; son puros atletas del salto con obstáculos que podrían participar con nota en cualquier olimpíada, pero allí está él para evitarlo. Minutos después, cuando Josefina y el detective se encuentran admirando los renovados andenes de la estación, asisten a una avalancha de manteros a la carrera cargados con grandes bultos al hombro. La policía local acaba de hacer una batida en la calle contra la venta ambulante y en las escaleras ha habido enfrentamientos. Hay policías y manteros heridos. La gente que espera en el andén comenta las confusas políticas de hospitalidad y tolerancia del Ayuntamiento con las actividades ilegales que se realizan en la calle.

El vagón llega medio vacío, hay muchos asientos libres y durante el trayecto va llenándose con cuentagotas de gente que va al centro. Conrado mira aquí y allá, no es necesario ser un genio para distinguir a los turistas. Observa que la mayoría de los viajeros están absortos en las pantallas de sus teléfonos; la gente que consume papel y tinta puede contarse con los dedos de la mano. Cada vez que sube en el transporte público, echa de menos curiosear las cubiertas de los libros que lee la gente y las noticias de los periódicos por encima del hombro de alguien. El trayecto dura quince minutos, tiempo que aprovecha para poner al corriente a Josefina sobre su conversación con Enjamio.

Salen por la boca de La Rambla, el paseo es un hervidero de gente que va y viene con gran bullicio. Josefina se pone gafas de sol y se mezclan entre los paseantes que bajan en dirección al puerto. A simple vista nada ha cambiado en la avenida, pero la realidad no es así. Desde el atentado del 17 de agosto de 2017 la ciudad se sabe vulnerable, hay más presencia uniformada de la policía y los accesos para vehículos están protegidos con pilonas de hierro. El mosaico de Joan Miró es un mausoleo perenne donde la gente baja la voz al pasar. Josefina propone presentar sus respetos ante el mausoleo y lo hacen acompañando a la compungida multitud que rodea el mosaico.

Diez minutos más tarde llegan a la dirección que les ha facilitado el comandante Enjamio. Conrado se pone una mano en la frente y observa el enjambre de ventanas minúsculas.

—¿Seguro que es aquí? —Josefina busca a derecha e izquierda,

arriba y abajo de La Rambla.

—Tiene que serlo por fuerza.

—No veo a la brigada por ninguna parte.

—Ten por seguro que cuando menos lo esperes, caerá sobre nosotros con una aparición efectista tipo David Copperfield.

—Hola, majos —dice una voz femenina momentos después a sus espaldas.

Se vuelven con sorpresa. La brigada está detrás de ellos en actitud de espera, con los pulgares hundidos en los bolsillos de su pantalón de pinzas negro. Lleva un sobrero de paja con una cinta donde pone *Gaudí*, gafas de sol de concha amarilla y una camisa verde de manga corta con un estampado de pájaros del Desigual. Josefina la observa fascinada y se quita las gafas de sol para saludarla. Conrado levanta las cejas sorprendido.

—¿Qué te acabo de decir, Josefina?

La brigada se sonríe por la cara de estupor de ambos y él las presenta.

—Brigada, ella es Josefina. Josefina, la brigada Fuentes.

La guardiacivil le da un fuerte abrazo y un beso en cada mejilla, después la sujeta por los hombros y la mira a los ojos.

—¿Te trata bien este tipejo, jovencita?

—No dejo que abuse demasiado de mí.

—Al menor intento le das una patada entre las piernas. ¿Me has oído bien?

—Seguiré su consejo a pies juntillas.

La brigada mira después al detective.

—¿Te has enterado, pardillo?

Conrado la observa con los brazos en jarras, con media sonrisa.

—¿Puedo saber qué haces vestida así?

—¿Qué quieres decir?

—Que pareces una tirolesa.

—Ayer aproveché para dar una vuelta por la Sagrada Familia y comprar unos *souvenirs*. ¿Ocurre algo?

—Qué va, solo apostábamos a adivinar por dónde asomarías. Pero como te has camuflado tan bien, no te he reconocido.

—Pues estaba ahí —dice ella señalando la terraza de un bar—. Vaya clavada me han pegado por un café con leche. Menos mal que paga el Ministerio del Interior. ¿Sabéis qué hacemos aquí?

Conrado asiente.

—¿Tú también, jovencita?

—Más o menos.

La brigada entrelaza su brazo con el de Josefina y se arrima a ella.

—Entonces al lio.

Tira de su brazo como si fueran dos buenas amigas que van de compras y echan a andar hacia el edificio de apartamentos, cortando el paso al reguero de gente que sube y baja por el paseo embobada. Conrado las mira, menea la cabeza y tras unos segundos se pone en marcha. Mientras camina detrás de ellas observa en estado semicomatoso las pintas de la guardiacivil sin dejar de mover la cabeza con cada paso. Cruzan por un semáforo y nada más alcanzar la acera la brigada se detiene de golpe, sin más. Se vuelve obligando a Josefina a volverse con ella y mira a Conrado por encima de la montura de sus gafas, con los músculos faciales tensos, conteniendo la respiración, sin pestañear. Se masajea el puente de la nariz.

—¿Qué? —le pregunta él sin entender nada.

Josefina se queda paralizada, tampoco entiende nada.

Las pupilas de la brigada se desplazan muy despacio hacia la derecha. En fracciones de segundo, un automatismo dispara una alerta en el cerebro de Conrado y comprende que ocurre algo. Se agacha y simula que se aprieta los cordones mientras Yolanda Reches y Roberto Ríos pasan junto a ellos. Fuentes los sigue con la mirada, sin mover un solo músculo, hasta que se mezclan con la riada de gente que sube en dirección a la plaza de Catalunya y desaparecen. Momentos después mira al detective con cara de circunstancias.

—¡Uff!… La bala nos ha pasado rozando.

—¿Qué ha pasado? —Josefina sigue sin entender nada.

—Pasmas —dice dándole unas palmaditas en el brazo como la mamá que explica algo evidente a un niño—. Ese tío grandote y la mujer que le acompañaba. Y acaban de salir de ahí dentro.

—¿Estás segura?

—Ya te digo, Evaristo el Listo. A él le apodan el Oso, donde pisa nunca más crece la hierba. Tienes que haber oído hablar de él. La mujer que le acompaña seguro que también es poli.

—Eso puede significar que la pista de Enjamio es buena —dice el detective—. ¿Y ahora?

La brigada se quita las gafas de sol y el sombrero y se alisa un poco los cabellos con las manos. Clava sus ojos en Conrado.

—Tendremos que subir un poco el listón. ¿Sabes lo que significa eso?

Él entrecierra los ojos y asiente.

—¿Estás segura?

—Creo que no tenemos más remedio.

—De acuerdo, yo me encargo.

—¿Alguien va a explicarme qué tramáis? —Josefina alterna la mirada de la brigada al detective.

—Una función de teatro —le tranquiliza ella.

—No te asustes por lo que veas —le avisa Conrado mientras se

arremanga los puños de la camisa hasta los codos, se desabrocha dos botones del cuello y se alborota un poco el cabello, luego se aprieta el puño derecho con la mano izquierda—. En ocasiones la línea roja que separa el bien del mal se transforma en un límite confuso, Josefina. Así que mantente discreta y en segundo plano.

Martín levanta la mirada de las páginas del *Playboy* cuando oye la puerta girar y observa entrar aquel trío sin equipaje. Les echa un vistazo rápido de arriba abajo, pero su ojo clínico no acierta a hacerse una idea concreta de ellos. El tiarrón podría ser un poli, pero las otras dos ni hablar, seguro que no. Más bien parecen una madre aficionada al dulce con su hija vegetariana. Además, los polis no van de tres en tres como si fueran a jugar al billar o a los dardos, sino en pareja, como los cabrones de los que acaba de deshacerse: el Oso y su cómplice, la inspectora listilla. Así que el legionario baja la mirada otra vez sumiéndose de forma ostensible en la lectura de la revista.

Conrado carraspea y le muestra su placa de guardiacivil. Cuando Martín le mira, observa sus ojos oscuros y sedimentosos, dos pozos fríos hundidos en unos pómulos huesudos, en un rostro demacrado. Se miran el uno al otro un instante, hasta que la brigada se acoda sobre el mostrador con su insignia en la mano.

—¿Es usted el recepcionista?

—Así es.

Ella señala con el pulgar por encima de su hombro.

—Acabas de recibir la visita de los compañeros del CNP, queremos que recites de pe a pa todo lo que les has dicho.

Martín estudia la placa de la guardiacivil unos segundos, después la mira a la cara y sacude muy despacio la cabeza, con una sonrisa desafiante.

—Y si no, ¿qué, bruja? —Su voz es una expectoración seca y dura.

—Mide tus palabras. —Conrado le amenaza con un dedo insistente.

—Solo la he llamado bruja.

La brigada levanta las cejas y estudia aquel cuerpo de alambre ennegrecido que tiene delante, sus viejos tatuajes legionarios y sus dedos saturados de anillos. Espera hasta que cruzan la puerta de salida las personas que acaban de dejar el ascensor y esboza una sonrisa.

—Vamos a empezar de nuevo. Soy la brigada Fuentes. Ellos son…

—El sargento Urtain y la señorita Pepis —dice Conrado—. ¿Vas a responder de una vez a la pregunta que te ha hecho la brigada?

Martín recorre de uno en uno los tres rostros.

—¿Por qué no se largan y me dejan en paz?

Conrado recibe su vaharada de aliento alcohólico y agrio, cierra un ojo con una mueca de asco y se abanica la cara con la mano.

—Joder, ¿qué cojones bebes, queroseno?

—¿Cómo? —Martín cierra el *Playboy* de un manotazo, se pone en pie con mirada amenazante y coloca las manos sobre el mostrador.

Sin pensarlo dos veces, Conrado le suelta un derechazo duro y seco en el pecho que lo derriba sobre la silla y lo deja sin respiración, después aparta a la brigada y rodea muy despacio el mostrador. El legionario jadea sin aliento, se inclina sobre él y lo mira a un palmo de distancia.

—No tienes nada roto, pero quizá el golpe te duela todo el día. Tómate un ibuprofeno e intenta no hacer ejercicio, si tienes que moverte hazlo con movimientos suaves. A partir de mañana ya podrás hacer vida normal. —El detective se vuelve y las mira con una sonrisa que llena toda su cara. Fuentes y Josefina también se miran a la vez.

—Cabrón —escupe Martín llevándose una mano al pecho. Conrado alza las cejas.

—¿Habéis oído eso? —Coge a Martín por una de sus largas patillas y lo levanta de la silla—. ¿Qué has dicho? ¿Qué cojones has dicho, campeón? —La saliva del detective salpica la cara del legionario. Acerca su rostro crispado a centímetros de sus ojos oscuros y hundidos y le enseña sus dientes afilados—. Desembucha si no quieres que me emplee a fondo contigo, idiota, ¿o quieres pasar la noche en una celda del cuartel con un puñado de moteros más cabrones que tú y con ganas de gresca? Te aseguro que te vas a divertir de lo lindo.

Conrado lo suelta con un empujón que casi vuelca la silla. Martín lo mira jadeante, con ojos rebosantes de odio y el corazón bombeando a toda pastilla. Lo mataría en ese instante. Si tuviera un cuchillo a mano se lo clavaría en el corazón mil veces. Llena los pulmones poco a poco, con la mano sobre el pecho para mitigar el dolor. Pasmas hijos de puta, ¿por qué no le dejan en paz? Cuando consigue recuperar el ritmo normal de respiración, pasea la mirada por las caras que lo observan con ojos inexpresivos y se detiene en el rostro inocente de Josefina, la observa como si acabara de tomar una medicina amarga. Ella nunca había visto a su jefe transformarse de aquella manera en un energúmeno y está turbada, con una emoción de enojo y miedo a la vez. Se niega a imaginárselo con su uniforme de sargento de la Guardia Civil sonsacando a delincuentes o a terroristas. Eso es lo que hacía, ¿no? Observa a Martín con severidad unos segundos y señala al detective con el mentón.

—El sargento Urtain no miente, lo dice muy en serio. Si tiene que llevarte a una celda, te llevará a rastras. Ya has visto de lo que es capaz.

—Ahora vas a contárnoslo todo —dice la brigada con tal aplomo que no deja posibilidad de elección—. Con pelos y señales.

El legionario intenta ponerse en pie, pero Conrado lo agarra por

la cara y lo empuja otra vez contra la silla. Minutos después oyen por primera vez el nombre de Marlon.

20
LESTER

Lester se levanta exultante, se siente mejor que nunca. Feliz porque los negocios marchan viento en popa. Calcula que el último trato cerrado con Tío Duro le dejará limpios unos cien mil euros. Eso contando por lo bajo. Aquellos documentos valen su peso en oro y se ha hecho con ellos por una miseria, sin necesidad de reventar la caja fuerte de ninguna embajada en el extranjero como ha tenido que hacer en otras ocasiones para conseguirlos. Borko se encargará de distribuir los pasaportes y las tarjetas de residencia entre su red de proxenetas y de tratantes de esclavos. Las prostitutas contraerán por sus papeles de residencia una deuda que tendrán que pagar con servicios sexuales de por vida. En un burdel primero, en prostíbulos de mala muerte después, y así seguirán bajando peldaños en el escalafón, para terminar en polígonos y arcenes de carreteras.

Los pasaportes se venderán por cuatro, cinco o seis mil euros en países pobres extracomunitarios. Con ellos, el afortunado podrá acreditar la deseada ciudadanía europea y moverse con garantías por el espacio Schengen. O viajar por los cerca de doscientos países de todo el mundo para los que no se necesita visado como un blanquito más del viejo continente.

Cada página de aquellos pasaportes es una lámina de oro puro.

La otra buena noticia es que Charly está de vuelta en casa, aunque aún lleva el brazo enyesado y con un cabestrillo. Comienza a tener sensibilidad en los dedos y eso es genial. La costura que recorre su brazo de arriba abajo es obra de una eminencia pagada con el bolsillo de Lester. ¡Pero qué menos! Aunque el desgraciado de Charly no puede aún ni rascarse los huevos con esa mano y tarda una eternidad en cogérsela y sacársela para mear. Pero allí está, al pie del cañón como un perro fiel. A sus órdenes y dispuesto a lo necesario.

La perfección sería tener a Ivana a su lado, pero eso no es posible. Está castigada. Aunque habla cada día con ella y se preocupa por su familia. Les manda cada semana dinero para que puedan vivir como reyes y tengan de todo.

Antes de introducir nada sólido en su cuerpo, Lester exprime un limón en un vaso con agua y lo pone treinta segundos en el microondas. Se toma el brebaje tibio, con dos comprimidos que contienen una alta dosis de raíz de cúrcuma.

Después se fuma el primer Marlboro del día y se echa desnudo a

la piscina.

A pesar de que las cosas ruedan sobre una pista engrasada, Lester ignora algo crucial para su futuro inmediato, y es que la pasada noche una infección de quirófano había acabado con la vida de Eric en la UCI del Clínic. Los trombos de las válvulas habían paralizado su corazón tras una semana en coma y el *prospect* de los Leones había muerto con gran dolor para la familia motera.

Pero su cabeza juega ahora otra partida: la búsqueda de Marlon. Y olvidarse de los Leones será un grave error.

Mientras bracea en el agua, Lester organiza la mañana. Saldrán con el Porsche Cayenne turbo de cambio automático. Una chulada, comodísimo, tiene todos los extras imaginables y a Mikel le encanta conducirlo. Él se quedará en la Bang Olufsen de la Diagonal, quiere comprar una televisión de pantalla curva y la cadena de música más cara que tengan. Desea una de esas con wifi, NFC, DLNA y sonido bluetooth. Quiere deshacerse de una vez por todas de los fastidiosos cables que surcan las paredes de casa. Por otro lado, tampoco sabe ya qué hacer con tanto dinero. No sabe en qué derrocharlo. Ha desechado varias veces el impulso de comprarse uno de esos tanques con neumáticos, un Hummer; lo encuentra un cacharro demasiado grande y ostentoso. Ya llama suficiente la atención del vecindario con sus cochazos de lujo y sus compañías tan especiales.

Su plan es que mientras él chulea de dinero con los vendedores de Bang Olufsen, Mikel y Charly pasen por tres gimnasios de la zona alta y cierren unos negocios pendientes. El maletero del Cayenne va lleno de cajas de Epistabol, Epistane, Epidrol y Dymethaberry Steel Crushers, sustancias que usan los culturistas para aumentar la masa y la fuerza muscular. El problema, y a la vez el negocio, es que son sustancias difíciles de conseguir porque han sido retiradas por la AEMPS, la Agencia Española de Medicamentos y Productos Sanitarios. Parece que producen agujeros en el hígado, impotencia, alopecia y dejan el cerebro y los riñones secos como pasas. Pero al igual que a los propios culturistas, a Lester se la trae floja todo eso. Hay países fuera de la Unión Europea y en otros continentes donde aún no están prohibidas y las importa de allí al por mayor.

Mikel se sienta al volante, el mafioso en el asiento del acompañante y Charly detrás. Nada más poner el contacto suena la música. El sistema de sonido envolvente BOSE es perfecto y los riffs de guitarra de Eric Clapton desgranando *I shot the sheriff* suenan de espanto, como un trueno.

Los quinientos caballos de potencia ronronean como un susurro en el vientre del Porsche Cayenne mientras Mikel maniobra y lo encara muy despacio hacia la salida. Toman la suave pendiente de bajada. Mikel pulsa un botón del mando y un rodamiento comienza a

deslizar la verja hacia un lado. Cuando segundos después se abre por completo, Lester siente un repentino temblor en un párpado. La salida está bloqueada. Hay una furgoneta de Correos aparcada en el vado, tiene los cristales tintados y es imposible ver nada en su interior. Entrecierra los ojos y la observa con calma, sabe con toda seguridad que ha pagado los impuestos del Ayuntamiento y que la señalización es correcta. Se enfurece, porque allí debería estar plantado uno de los hombres de Borko para que esas cosas no sucedan. Lester lo busca aquí y allá con la mirada, pero no lo encuentra. Cabe la posibilidad de que haya ido a echar una meada. Cuando regrese de lo que sea que está haciendo, le va a explicar su cometido con todo lujo de detalles. Sacude la cabeza sin dejar de observar la furgoneta y le indica a Charly, con un simple gesto, que baje a echar un vistazo a ver qué diablos ocurre. Mientras Charly se baja, Mikel empieza a abrir y cerrar los puños sobre el volante, con los pies listos sobre los pedales, sin dejar de mirar al frente. El gorila se asoma a la calle y observa a izquierda y derecha. No hay nadie. No ve nada extraño. Se vuelve con una mueca de disgusto, encoge los hombros y regresa. Lester cierra los ojos y menea la cabeza, no se lo puede creer. Coge la maneta para abrir la puerta y está a punto de poner los pies en el suelo, cuando el portón de la furgoneta de Correos se abre de un tirón seco y chirriante. El mafioso frunce el ceño, en el interior solo puede distinguir dos lucecitas naranjas. Segundos después su cabeza estalla. El siguiente en caer es Mikel. Tras él, Charly.

En el interior de la furgoneta hay dos tíos en el suelo apostados como francotiradores, ocultan el rostro con pasamontañas negros y se protegen tras sacos de arena apilados, formando un pequeño muro. En sus manos sostienen dos rifles de precisión con miras telescópicas y punteros láser. Los disparos son cortesía de los hermanos Kurdo.

Cuando los sesos de Lester se dispersan sobre el parabrisas como una papilla de cereales, Mikel solo tiene tiempo de mover la palanca de velocidades y colocarla en la posición de retroceso, después revienta. Charly recibe el disparo justo en la raíz de la nuca y vuela hacia delante como impulsado por una fuerza invisible. Está muerto antes de caer al suelo. Su cabeza queda unida al cuerpo solo por una madeja de tendones desgarrados.

El ralentí del motor empuja el Porsche Cayenne marcha atrás muy despacio, describiendo una trayectoria curva. Derriba en su recorrido sillas, mesas y un enorme parasol. Arrastra media docena de estatuillas de gnomos, tres maceteros y continúa unos metros antes de caer a la piscina. Prosigue un momento, un espacio de tiempo en el que el Porsche se queda flotando en la superficie del agua como un ahogado. Sandokán deja el volante, salta sobre el césped y pasea la mirada por las ventanas de las casas colindantes. Sabe que hay ojos

tras los visillos, porque las persianas comienzan a caer con ruido. Se aproxima muy despacio hasta el borde de la piscina para ver su obra de arte. Enciende un cigarro mientras observa hundirse centímetro a centímetro el Porsche convertido en un ataúd. Una lástima de coche carísimo. Se vuelve un momento y mira lo que ha quedado de Charly. ¡La hostia! Está hecho calderilla y ha ensuciado todo el césped de mierda. De pronto, la piscina escupe un enorme eructo y en tres segundos engulle el automóvil por completo. La superficie del agua comienza a teñirse de flujo escarlata como si hubieran soltado carnaza para tiburones.

Mientras tanto, en los bafles sigue *I shot the sheriff*. Eric Clapton acaricia las cuerdas como si manoseara con ternura un cuerpo de mujer. *I shot the sheriff…,* tararea para sí Sandokán, muy flojito. Asiente sin apartar la mirada del agua, mientras apura el cigarro muy despacio.

Yo disparé al *sheriff*.

21
EVARISTO CONRADO

A las nueve en punto de la mañana, Conrado sube a la oficina con varios periódicos del quiosco de la esquina. Saca el cigarro electrónico, se acoda en su mesa y abre las páginas de los sucesos. La tarde del día anterior el mar había devuelto a la playa de la Marbella un cuerpo envuelto en una lona, no llevaba nada encima que pudiera identificarle, pero los forenses opinaban que por su morfología craneal podría pertenecer a un grupo étnico de la Europa del Este. El tiroteo entre Quílez y la policía continúa siendo noticia; la policía tiene dos sospechosos bajo la lupa a los que busca hasta debajo de las piedras, aunque aún no se han filtrado los nombres. Bajo el titular hay una fotografía que refleja el estado en que quedó el Mercedes del joyero. El periodista que firma la columna ahonda en la violencia que comienza a extenderse como una plaga en las calles de la ciudad y desnuda a las fuerzas de seguridad por su incapacidad para detenerla. El artículo incluye una descarnada entrevista con el afamado penalista Ramón Espadas, que acusa de homicidio a la policía y anuncia una querella contra *esos criminales*. Conrado lee la misma noticia en el resto de los periódicos, aunque la tratan de forma menos sensacionalista y más aséptica.

El cruento tiroteo de Pedralbes, en el que han sido asesinados a sangre fría tres hombres y que apunta a un ajuste de cuentas entre mafiosos, abrirá todos los informativos del mediodía en las televisiones.

Están sucediendo demasiadas cosas y demasiado deprisa. El detective suma difuntos, necesita los dedos de las dos manos para contar los cuerpos que van en la última semana. ¿Qué demonios ocurre?, ¿se han vuelto todos locos? Chupa la boquilla de plástico del cigarrillo electrónico pensativo y de pronto recuerda algo. Busca la página web de los servicios funerarios de Barcelona y la mira de arriba abajo. El entierro de Quílez se celebra esa misma tarde en el tanatorio Ronda de Dalt. Echa el peso sobre el respaldo de la silla y expulsa dos grandes bocanadas de vapor. Con toda seguridad, Juli estará en las exequias de su jefe. Presume que policías infiltrados también. Dedica un momento a valorar la conveniencia de acercarse al entierro. Un minuto después coge el teléfono.

Cuando Simón Grancha ve el número en la pantalla, suelta un bufido de mala gana. En ese momento, Nora está en la piscina sin la parte superior del bikini y el dron sobrevuela el agua a media altura retransmitiendo imágenes con su cámara de alta definición. Está divina con el cabello humedecido, con las gotitas de agua resbalando sobre su piel acaramelada. Su cuerpo es una joya y Nora sabe que el tío que se encarga de la seguridad la está observando con ese cacharro volador, porque lleva un rato ahí, suspendido en el aire sin moverse, planeando las corrientes de aire como un moscardón pesado. Ernesto ha ido a hacer algo a alguna parte y ella no puede evitar exhibir su cuerpo. Nada un rato de espaldas, da saltitos inocentes en el agua sobre las puntitas de sus pies y se sonríe mirando al cielo con gratitud por las bondades con que el Creador le ha dotado. Nora siente cómo flotan sus tetitas en el agua y el vaivén de sus pechos con cada uno de sus saltitos. Apuesta a que lo está poniendo cachondo y no se equivoca, porque Grancha la tiene dura como una piedra, su miembro pulsa en el interior de sus pantaloncillos cortos con vida propia cuando Nora sale de la piscina contorneando sus curvas y se detiene en el borde a exprimir el agua de su larga melena como si estrujara una toalla con las dos manos. ¡Qué redondeces!

Hace descender el dron sobre el césped y atiende la llamada.

—*¿Brother?*

—¿Cómo siguen las cosas por ahí? —pregunta Conrado.

—Bien —dice Grancha sujetando el teléfono entre el hombro y la oreja—. No ha pasado nada desde tu última visita.

—¿Ha regresado ya Aldous Rapp?

—Negativo.

—¿Sabes dónde puede estar?

—Negativo.

—¿Ni la más remota idea?

—Negativo.

Se produce un instante de silencio incómodo, como si estuvieran

frente a frente y se sostuvieran la mirada. El detective siente la respiración acelerada de Grancha en el auricular.

—Simón, creo recordar que tenías un contacto en Crimen Organizado o en Investigación, ¿es así?

—Así es. Ve al grano, ¿qué quieres?

—¿Puedes hacer una llamada?

—Podría, pero todo el mundo sabe que estoy jubilado y harán preguntas.

—Habla con alguien que no las haga.

—Son polis y los polis hacen preguntas, se ganan la vida así.

—Pues habla con alguien que no haga muchas.

—Eso va a costar dinero.

—Simón, no soy un banco.

—Pero este tío sí, está forrado. Sácaselo a él. ¿Has visto bien el casoplón donde vive?

—Claro que lo he visto, pero tengo tarifas y soy un profesional honrado. —Grancha suelta una carcajada seca—. Si necesitas untar a alguien dispones de quinientos.

—¿Quinientos pavos? Con eso no haríamos cantar ni a un canario.

—Pues haz un milagro, como San Antonio, porque no hay más alpiste. Además, solo se trata de un nombre: Marlon.

—¿Marlon?

—Sí, podría ser uno de esos dos tíos que buscan tus colegas del CNP.

—Entonces va a ser imposible que no hagan preguntas.

—Pues invéntate algo, ¿te ves capaz de hacer eso?

—Claro, *bro*.

Cuando Grancha se guarda el teléfono, hace recobrar el vuelo al dron. El aparato gana altura, lo lleva de aquí a allá, pero no encuentra a Nora en ninguna parte. Se ha esfumado y eso le jode sobremanera. Sigue con la cámara sus pisadas húmedas sobre la tarima hasta que se desvanecen en el césped. Deja el mando de control remoto sobre la hamaca con suma desgana y se desliza hasta el suelo, donde se despereza estirando los brazos por encima de la cabeza, después se acomoda la entrepierna y coge una lata de cerveza de un cubo donde tiene media docena en remojo con hielo. La abre haciendo palanca con la uña del pulgar, y mientras toma un sorbo, levanta una pierna y se tira un pedo.

—Hola —dice de pronto una vocecita melosa a sus espaldas.

Grancha escupe de golpe la cerveza que baja por su garganta, se vuelve con un ligero tono púrpura en las mejillas y siente un inmediato cosquilleo en los huevos.

—Hola, maja.

Conrado observa un número larguísimo de dígitos en la pantalla y se lo piensa tres segundos antes de pulsar el botón verde. Está harto de recibir ofertas de empresas de servicios que llaman a cualquier hora ofreciendo productos que ni ha solicitado ni necesita. Quizá sea una de esas llamadas. O no.

—Diga —gruñe.

—No cuelgues —dice la brigada—, es un número de la Casa con tarifa plana de llamadas.

—Pues sí que derrocháis ahora. En mis tiempos había que justificar hasta las perras gordas. ¿Ocurre algo?

—¿Te apetece dar una vuelta? Estoy paseando el perro muy cerca de tu oficina.

—¿Cuánto de cerca?

—Mucho.

Conrado se acerca a la ventana y asoma la cabeza bajo el estor. Vaya, está ahí abajo y le sonríe con una expresión que llena toda su cara. Sostiene el teléfono en una mano y en la otra tiene un yorkshire terrier de pelo ralo poco más grande que un ratón. Josefina se encuentra a su lado, con una mochila a las espaldas y le saluda con la mano. Pega la nariz al cristal y cierra los ojos.

—¿Crees que con cinco minutos tienes suficiente para echar una meada y sacudírtela bien, grandullón?

—Dame tres.

Le envía un mensaje a Josefina: «¿Qué haces ahí con ella?» Un instante después recibe su contestación: «Ha aparecido de pronto». Cuando el detective sale del baño, cierra los cajones con llave y apaga los interruptores. No se cruza con nadie en el tramo de escaleras que baja hasta el vestíbulo, pero antes de salir observa que alguien ha reventado un buzón y lo ha dejado abierto. Eso refuerza su idea de que no hay que abrir a nadie, como avisa el cartel que colocó un año atrás en la parte interior del cristal de la puerta.

Diez minutos después bajan por la rambla del Poblenou. Caminan en fila de a tres, Fuentes en medio, con su brazo entrelazado con el de Josefina como si fuera la jefa. El termómetro de una farmacia marca veintisiete grados y Conrado presiente que la mañana va a ser tan calurosa como en los días anteriores. Empieza a ponerse de mal humor. Hay un trasiego importante arriba y abajo y las terrazas están llenas de gente; unos desayunan y otros almuerzan. Muchos extranjeros van en camiseta y bañador, con toallas de los hoteles al hombro y chanclas rumbo a la playa. Hay menos de dos kilómetros hasta la mismísima arena de la Marbella, un simple paseo.

Aquella parte de la ciudad está infestada de hoteles construidos durante la burbuja inmobiliaria que mantienen un cien por cien de ocupación durante casi todo el año. El derribo de las antiguas colonias

industriales liberó millones de metros cuadrados de suelo y la especulación inmobiliaria hizo el resto.

La brigada pasea al yorkshire sobre su brazo izquierdo como si llevara un bolso de Louis Vuitton. El perro tiene cara de viejo gruñón y lleva dos coletas hechas con gomas de colores.

—¿De dónde has sacado el chucho? —le pregunta Conrado.

—¿Chucho? No le llames así, tiene sentimientos igual que las personas. Es de la compañera de piso donde pernocto cuando estoy aquí.

—¿Es hembra? —le pregunta Josefina no muy convencida.

—Nooo, es un macho. Se llama Rufián. —Josefina enarca las cejas —. Ah, lo dices por las coletas. Bueno, es que es jipi, y muy presumido.

—¿A qué se debe la visita? —le pregunta el detective.

—Vaya, Conrado, sí que vas derecho al grano.

—Discúlpalo, no tiene modales —dice Josefina.

Él la observa entornando la mirada, con suficiencia.

—No necesito que nadie me defienda. Estaba enfrascado de lleno con algo y he tenido que dejarlo a medias.

—¿De verdad? —se sorprende la brigada—. ¿En qué, majete?

Conrado acaricia el hocico de Rufián y el chucho le lame los dedos.

—Menos mal que tú y yo nos entendemos —le dice al perrillo—. He hecho unas llamadas y estoy pendiente de que me digan algo de Marlon.

—Bien, muy bien —dice pensativa—. ¿Has hecho algo más estos días que no me hayas contado?

—He enviado a alguien a mi cliente para que eche un vistazo y me tenga informado.

La brigada asiente mientras procesa la información.

—Has enviado a un crac.

—No seas así, mujer. Se trata de un colega, un geo jubilado. Ya sabes las míseras pensiones que paga el Estado.

—Sí, lo sé. Simón Grancha es una bomba de relojería, ¿cómo se te ha ocurrido? —Conrado se detiene de golpe, con cara de haber chupado hasta la extenuación una caja de pomelos. Rufián pone las orejas de punta y gruñe—. No me mires así, ya conoces a Enjamio. ¿Pensabas que se iba a quedar de brazos cruzados cuando le has puesto un caramelo delante de las narices? Lo sabe todo, sin levantar el culo de la silla sabe hasta quién es tu cliente.

—Te lo advertí, Evaristo el Listo —dice Josefina.

Conrado saca el teléfono sin despegar su mirada cargada de inquina de la brigada y lo agita en alto.

—Es el puto teléfono, ¿verdad? ¿Lo ha pinchado?, ¿me está

haciendo un seguimiento?

—Ni idea.

—Creo que sí. ¿Y ahora qué sigue?

—No se lo he preguntado. —Tira del brazo de Josefina y se pega a ella. Rufián ladra—. Pero tengo buenas noticias. Ya te dije que pensaba que Enjamio debía apreciarte mucho y créeme que es así.

—Pues estoy a punto de entrar en una tienda de chuches y pegarme un tiro con una gominola de esas que tiene forma de pistola.

La brigada suelta una pequeña carcajada.

—¡Qué bestia eres! —dice Josefina.

Son las diez de la mañana y el detective comienza a encontrarse incómodo por el gradual aumento de la temperatura que altera su humor natural. Tiene el cuello y la cintura del pantalón humedecidos, la camisa pegada al cuerpo y comienza a notar la pérdida de electrolitos.

—El asunto —comienza la brigada con suspense— es que a pesar de que Aldous Rapp se ha negado en rotundo a denunciar el robo, el comandante está llevando esto de manera extraoficial y tenemos una pista sobre uno de los cuadros. —Josefina y el detective se miran incrédulos—. Sí, no me lo estoy inventando, que le dé un patatús ahora mismo a Rufián si miento.

—¡Pobre animal! —dice Josefina pasándole la mano por el lomo —. ¿Qué culpa tiene él?

—¿Qué pista es esa? —quiere saber Conrado.

La brigada coge por la muñeca al detective, tira otra vez del brazo de Josefina como si quisiera impedir que huyera y arrastra a ambos bajo una sombra. Baja la voz.

—Escuchadme bien, porque esto es materia avanzada. Hemos recibido un correo electrónico de una consultora de Londres llamada Art Loss Register. Se trata de una empresa comercial que recopila información sobre obras de arte, antigüedades y colecciones desaparecidas o robadas. Tienen su sede en Londres y trabajan para firmas tan importantes como Christie’s o Sotheby's. Nos han enviado dos fotografías de un Francis Bacon que un cliente de Barcelona les ha hecho llegar y nos preguntan si tenemos algún registro sobre él.

—¿Cuándo habéis recibido ese correo? —Conrado la mira arrugando los párpados.

—Ayer.

—¿Y bien?

La brigada observa el entorno unos segundos antes de proseguir.

—Las fotografías son de un retrato desconocido del pintor, están en alta resolución y muestran el anverso y el reverso con una firma que parece auténtica. Nuestros técnicos las están estudiando. De confirmarse la autenticidad de la firma, podría tratarse de uno de tus

cuadros. Si es así, debieron tomarlas después del robo, pero queremos que Aldous Rapp las vea y lo corrobore antes de poner a desfilar gente al calabozo. Sabemos que está en el extranjero y ahí es donde entras tú. El comandante no quiere que Rapp sepa que hay varios cucharones removiendo el cazo, al menos por el momento.

Conrado no contesta, la observa con ojos pensativos y los labios entreabiertos, como si le faltara el aire. Intuye algún plan astuto del comandante.

—¿Es usual que Art Loss Register haga ese tipo de consultas? —quiere saber Josefina.

—Sí, cariño. Hay un puñado de empresas que se dedican a estos asuntos en exclusiva, y los de Loss Register son de lo mejorcito. Los cuadros de Aldous Rapp no están catalogados, por lo que nadie, salvo los cuatro privilegiados a los que vuestro cliente se los haya enseñado, conoce su existencia. Por ese motivo, cualquier marchante, galerista o casa de subastas seria querría cerciorarse de su autenticidad y de que están limpios antes de realizar cualquier negocio con ellos. Lo que no es normal es que esto haya sucedido tan pronto —añade con suspense —. Y eso solo puede significar que queman en las manos de quien los tenga.

Conrado se pasa un pañuelo por el cuello y mira la placa de cielo azulado a través de la copa de un árbol. No corre una gota de aire y no se mueve ninguna hoja en las ramas. Pasea la mirada a su alrededor y observa a la gente que sube y baja por la rambla con gorras, gafas oscuras y botellas de agua.

—Yo me encargo de localizar a Rapp y que identifique ese cuadro.

—Bien —asiente la brigada. Saca una memoria USB y se la suelta en la mano—. Ahí van las fotos. ¿Ahora qué os parece si nos acercamos hasta la playa? He leído que el Ayuntamiento ha abierto una zona de esparcimiento para perros y estoy segura de que a Rufián le apetece darse un baño.

Al oír su nombre, el chucho levanta la cabeza que apoya sobre las patitas medio adormilado, pone las orejas de punta y ladra.

El tanatorio Ronda de Dalt es como un hotel futurista de cinco estrellas superior instalado en plena frontera entre la ciudad y la naturaleza apaciguada de la falda de Collserola. Su apariencia es la de un gigantesco cajón encalado tumbado de costado. Cinco plantas de nueva construcción donde la luz penetra por todas partes y con todos los servicios: patios y jardines, floristería, cafetería, restaurante, aparcamiento, salas de reuniones y unas vistas maravillosas de la ciudad. El único problema es que todas las habitaciones son individuales, aunque disponen de lavabo propio, armario guardarropas, nevera, teléfono y conexión wifi gratuita. Nunca se les

ha quejado un cliente porque no tengan piscina.

Conrado busca el nombre de Quílez en la pantalla electrónica del vestíbulo. El monitor le recuerda a los de los aeropuertos que anuncian la salida de los vuelos; si junto al número de la capilla pusieran *on time*, sería como estar en El Prat. De todos modos, la ocurrencia del detective tampoco es tan descabellada, porque allí la gente emprende su último viaje.

Toma las escaleras que conducen a la primera planta y nada más llegar al último peldaño se detiene y se ubica. La capilla de vela de Quílez está abarrotada de corrillos de gente bien vestida que cruza miradas furtivas entre sí; los hombres se toquetean todo el rato el pisacorbatas y el reloj de pulsera, mientras las mujeres hacen lo propio con las joyas que cuelgan de sus orejas y de sus cuellos. Es como si en lugar de un funeral se celebrara un cóctel de alto copete. Conrado se mira los zapatos y frunce los labios con pesar, lleva una capa de polvo de la arena de la playa. Tiene que sacarles un poco de lustre porque así desentona como un pordiosero. De haberlo pensado antes se habría cambiado la camisa y se habría puesto una corbata y una chaqueta oscura. Decide ir al baño y limpiarse los zapatos antes de mezclarse entre aquella gente tan pulida.

El tipo tiene la chaqueta colgada como un trofeo en una de esas perchas plegables en un gancho de la pared. Tez morena, abundante cabello negro aceitado, repeinado con la raya a un lado y con un rizo brillante y solitario que cuelga sobre su frente. Lleva el cuello de la camisa almidonado y la corbata sujeta con un pasador dorado. En los puños de la camisa lleva también unos gemelos de oro con las iniciales de su nombre: R. E. Está frente al espejo y se observa las venillas azules de sus ojos mientras el agua caliente chorrea en el grifo sin miramientos. Conrado calcula que sobrepasa los sesenta, una edad crítica en la que no se es ni joven ni demasiado viejo. A simple vista lleva encima más de tres mil pavos entre ropa y zapatos, las cosas le deben de ir bien. El tipo eleva su mandíbula prominente y le mira a través del espejo.

—¿Cómo está, muchacho? ¿Era usted amigo de Juanjo?

Conrado titubea.

—Sí, en cierta manera.

—¿En cierta manera? ¿Qué demonios significa eso? —dice volviendo la cabeza hacia él. Cierra el grifo de un manotazo, se limpia con un trozo de papel de un rollo y le ofrece la mano. Conrado estrecha unos dedos gruesos, firmes y húmedos.

—Ramón Espadas, cuñado de Juanjo —dice con voz grave, mirándole a la cara.

—Siento su pérdida.

—Gracias, que Dios bendiga a ese desdichado. —Espadas lo

observa de arriba abajo con absoluta curiosidad y soltura—. Perdone si me meto donde no me llaman, pero no le tengo visto. ¿De qué conocía a Juanjo?

—Por trabajo, soy comercial de un mayorista. López.

El abogado asiente con aquel mentón suyo de pez martillo, mirándole con ojos escrutadores.

—Así que López —masculla con la notoria voz profesional que utiliza en los estrados—. Un apellido con poca personalidad, si me permite que se lo diga.

—No tuve oportunidad de elegir otro.

Ramón Espadas suelta una ligera carcajada.

—Por lo que dice no tendría mucho trato con él.

—Cierto, pero era buen tipo, se hacía querer enseguida.

Ramón Espadas enarca su espeso ceño.

—¿Se hacía querer enseguida? Eso es una primicia. Voy a decirle una cosa —añade tras unos segundos de vacilación, mientras se ajusta el pasador de corbata—: esos desgraciados del Departamento de Policía han segado la vida de un padre de familia que deja viuda y dos huérfanos, y eso lo van a pagar caro. No saben la que se les viene encima.

Conrado asiente, sabe quién es el cabrón de Ramón Espadas, está harto de verle en la televisión haciendo pomposas declaraciones en los pasillos de los juzgados. Sus clientes suelen ser políticos acusados de corrupción o empresarios y gente forrada de renombre acusada de evadir impuestos. Espadas es uno de esos tíos sin escrúpulos cuya única religión es el dinero, aunque luego jure sobre la biblia y mente a Dios cien veces cada día.

El detective se coloca frente a uno de los espejos del baño y se mira los dientes. Arranca un trozo de papel, se agacha y comienza a limpiarse los zapatos. Ramón Espadas baja la mirada como si leyera un diario y lo observa con la boca entreabierta.

—Esto es lo que pasa cuando paseas al perro en una de esas plazas de tierra —dice Conrado.

—No se preocupe, muchacho. Este Ayuntamiento es una vergüenza, lo tiene todo hecho un verdadero asco. —Espadas se pone la chaqueta, se tira de las mangas de la camisa y se ajusta los gemelos —. López, usted parece hombre de mundo, ¿qué opina sobre lo que le ha ocurrido a mi pobre cuñado? ¿Cree que fue un accidente como pretende la policía que nos traguemos?

—Si le soy sincero no tengo la menor idea. Por lo que he leído en la prensa parece un asunto confuso.

—¿Confuso? Ja y otro ja. Este disgusto que estamos pasando le va a costar a la policía sangre, sudor y lágrimas —dice obviando la millonaria indemnización que piensa pedir, que para él es lo

primordial. Porque no tragaba a su cuñado. En su opinión era un verdadero paria, un lastre para la familia. Está seguro de que cuando Remedios se sobreponga a la tragedia estará mucho mejor sin él y rehará su vida sin problemas. Que cinco minutos después del entierro habrá pasado página. Él, Ramón Espadas en persona, se ocupará de que a su hermana y a sus sobrinos no les falte de nada. Será así, tal y como ya ha urdido su mente retorcida—. Mañana mismo voy a presentar en el juzgado una demanda con la que van a temblar los cimientos de esa institución podrida que debería velar por la seguridad de todos nosotros. ¿Sabe que estaban acosando a Juanjo con constantes inspecciones de las que no han sacado nada en absoluto? ¿Que lo sometían a una vigilancia ilegal? Se presentaban en sus tiendas y presionaban a sus empleadas para sonsacarlas cuando él no estaba.

Conrado termina de limpiarse los zapatos y lanza una bola de papel ensombrecido a la papelera. Levanta la cabeza y mira al abogado mientras se anuda los cordones. Ni en sueños imagina la función que prepara Ramón Espadas.

—¿Con qué objeto cree que la policía haría todo eso?

—Para mí está muy claro, muchacho. Es evidente que querían extorsionarlo. Cuando los negocios van viento en popa, ellos siempre quieren su tajada. No es el primer caso que veo y por desgracia tampoco será el último. Pero esta vez se les ha ido la mano y se han pasado de listos. Por suerte contamos con el amparo de la ley y de Dios, Nuestro Señor, para frenar todos esos abusos. ¿Se imagina un mundo sin ley y sin Dios?

Conrado se pone en pie y finge estar impresionado, aunque la realidad es que algo de verdad hay en ello. Porque la vehemencia de iluminado con la que se expresa Ramón Espadas le sorprende y a la vez le saca de quicio. Está seguro de que es uno de esos tipos que se creen tocados por un dedo divino, aunque cada vez que levante un pie del suelo sea para aplastar una cabeza inocente.

—¿De verdad cree que querían extorsionarle?

Espadas se mira la lengua en el espejo, se toca con un dedo el rizo solitario de su frente, después cierra los ojos y se presiona un poco las sienes. Cuando se vuelve hacia el detective, le habla con una voz rebosante de energía.

—De hecho, estoy convencido de ello. Lo llevaron a una comisaría y lo interrogaron a pesar de que en repetidas ocasiones exigió mi presencia. ¿Le parece normal tremenda arbitrariedad en un país con una democracia madura como el nuestro? ¿Con qué objeto sino con el de extorsionarlo iban a hacer eso? La policía es una mafia, muchacho. Se encubren unos a otros y mientras acosan a ciudadanos honrados dejan que los verdaderos delincuentes campen a sus anchas.

¿Se ha enterado de esas personas que han acribillado en Pedralbes? ¿Dónde estaba la policía entonces? Yo se lo diré, en el bar de la esquina. —El detective dice que se ha enterado del caso por la televisión. Cómo va a contradecir a aquel hombre cuya posesión de la verdad es absoluta y cuyo discurso solo acaba de arrancar—. Una de esas personas era mi cliente, un ciudadano de negocios respetable. Van a saber lo que es bueno cuando me ponga con ese asunto. ¿Puede creer que pasen estas cosas en Barcelona? Estamos dirigidos por un Ayuntamiento chapucero, con unas fuerzas de seguridad vendidas al mejor postor y a merced de la delincuencia.

—Quiero creer que la policía hace todo lo que puede.

Espadas lo agarra con fuerza por los hombros y lo sacude mientras escruta dentro de sus ojos con mirada incendiada.

—Eso es lo que dicen cuando tienen las cámaras y los micrófonos delante. Vive usted en un cuento de hadas, muchacho. Despierte de una vez. Apuesto a que alguien se está llenando los bolsillos con este alboroto. Vivimos una época de incertidumbre y la seguridad es un negocio como otro cualquiera. Juegan con nosotros y estoy seguro de que todo obedece a un plan. Ni las pistolas, ni los chalecos antibalas, ni los escoltas llueven gratis del cielo. Eso cuesta mucho dinero y alguien se lleva su buena comisión. Estamos hablando de corrupción con letras mayúsculas. La podredumbre ha enraizado en el sistema y hay que aplastar las malas hierbas. ¿He dicho aplastar? Pues bórrelo, porque el término es arrancar, empezando por los garbanzos negros que abundan en la policía y sobre todo en su jefatura.

Conrado abre el grifo, cuando termina de lavarse las manos se remete la camisa por dentro del pantalón y vuelve a mirarse en el espejo. Tiene un aspecto lamentable. Mira a Espadas con el rabillo del ojo. El abogado parece exultante, como recién llegado de unas vacaciones en algún paraíso. Lo que ignora es que el paraíso se llama cocaína, porque cuando ha entrado en el baño, Ramón Espadas acababa de meterse un par de rayas de polvo blanco del bueno encerrado en el retrete y ahora tiene un subidón.

—Parece que lo tiene usted todo muy claro —dice Conrado.

—Claro no, clarísimo. La esencia del ser humano se asienta sobre principios, por eso mi libro de cabecera son los santos evangelios. Pero también hay que saber cómo funcionan los engranajes del sistema y cuándo hay que ponerlos en funcionamiento, por eso estudié Derecho. Si no es así, uno está perdido en este mundo, créame. —El abogado le tiende un tarjetón duro con el membrete de su despacho. Su nombre está en relucientes letras negras de tipo cursiva. El detective la coge y la observa—. Supongo que ahora estará pensando que no la necesita, pero voy a darle un consejo: no se desprenda de esa tarjeta, porque es un salvoconducto. Le aseguro que más de un cliente ha evitado

situaciones desagradables con tan solo mostrarla.

El abogado se coloca otra vez frente al espejo, mete un poco la barriga, levanta el mentón y se abotona de abajo arriba como si llevara a cabo un ritual. Cuando termina se tira de los faldones y de las mangas y se observa como si lo envolviera una aureola de luz divina. Antes de salir con aires de emperador, recoge la percha, la pliega con dos movimientos rápidos y ensayados y se la guarda en un bolsillo interior de la americana.

—Que dios le bendiga, muchacho. Si me necesita, estaré por ahí afuera.

Cinco minutos después, Conrado sale del baño. Una voz grave y estentórea sobresale de todas las demás, es la de Ramón Espadas, que imparte una clase magistral sobre fe, conciencia social y corrupción a un grupo de personas que lo observa con admiración en los ojos. El abogado deslumbra con su garra, con su pasión y su energía. La labia es su cebo, como lo es el gusano para el pescador. Espera captar nuevos clientes a los que luego exprimirá y con los que engordará la cuenta de su empresa. Un sepelio es un lugar tan bueno como otro cualquiera para plantar las semillas que engendrarán sus frutos el día de mañana.

El detective se olvida de él y se mezcla entre la gente. Se siente fuera de lugar y también un poco hostil con el mundo. En una pequeña sala observa el ataúd cerrado de Quílez. Está cubierto de flores y sobre la tapa hay una foto suya sonriente, de los buenos tiempos. Cuando todo iba sobre ruedas. Su viuda, una mujer hermosa y vestida de riguroso negro permanece en pie junto al féretro. En su rostro no hay pena ni lástima. Ni recogimiento. En todo caso miedo. ¿En qué estabas metido, Juanjo? ¿Por qué nos has hecho esta putada?

Algunas mujeres parecen salidas de una pasarela; otras parecen a punto de entrar a desfilar en ella. Visten con la elegancia propia de las famosas que salen en las revistas de moda. Los hombres las observan con discreción, pero con lujuria en sus ojos. Escucha sus conversaciones banales. «¡Pobre Juanjo! ¡Ahora que todo empezaba a irle bien!», dice una rubia que lleva un bolso de Chanel. «¡Sí, qué desgracia tan grande!», comenta su amiga. «Dicen que Remedios ha quedado bien apañada, por lo visto tenía un buen seguro de vida», dice un tipo gordo de bigote aterciopelado y aspecto de banquero. En un corrillo hay tres imbéciles contando chistes de mal gusto sobre negros y sexo anal, ríen sin miramientos y uno de ellos se ofrece para consolar a la viuda. Dos hombres altos y huesudos con aspecto de conspiradores comentan que compraba joyas robadas. «No me extraña nada», comenta uno de ellos. «Nunca me gustó ese individuo», responde el otro. «Creo que su padre estuvo en la cárcel». «De casta le viene al galgo».

Por lo que Conrado deduce, Quílez no cosechaba demasiados afectos entre aquella gente tan esnob. ¿Esnob?, se pregunta. La realidad es que son lobos disfrazados de corderos.

Decide salir al mirador, todos los fumadores se reúnen allí. La postal que observa le induce a pensar que si además del cigarro tuvieran una copa en la mano, sería como si estuvieran en una fiesta. Se asoma a la barandilla y deja que la brisa densa y caliente le golpee en la cara.

El atardecer declina sobre los edificios y el cielo tiene un color ceniciento a causa de la contaminación. El calor es insoportable y no afloja ni cuando el sol se desvanece en el horizonte. Lleva el cigarrillo electrónico en el bolsillo, pero sabe que llamará demasiado la atención si lo saca. Así que mientras observa la decadente ciudad a lo lejos, piensa en su conversación con Ramón Espadas. «Una de esas personas era mi cliente, un ciudadano de negocios respetable», fue lo que dijo al referirse al homicidio múltiple de Pedralbes. ¿Casualidad o es que siempre son los mismos los que están metidos en todos los embrollos? Espadas también había dicho que la policía no había encontrado nada con las inspecciones en las tiendas de su cuñado. Cerdo mentiroso y paranoico. ¿Se creerá sus propias mentiras? Está seguro de que Ramón Espadas tiene un capítulo propio y dedicado en exclusiva para él en algún manual de trastornos mentales.

Cuando más absorto se encuentra en sus pensamientos, alguien se apoya en la barandilla y se acoda a su lado. No le hace falta mirar para saber quién es, porque recuerda su perfume y sabe a la perfección dónde lo olió la última vez.

—¿Qué haces tú aquí? —dice una voz cálida y serena.

El detective se vuelve hacia ella, unos ojos negros escrutan los suyos.

—Hola, Juli.

—Hola, ¿no vas a contestarme?

—No lo sé, supongo que quería echar un vistazo.

—¿Ya lo has echado?

Conrado mueve los hombros.

—He dado una vuelta y he conocido a Ramón Espadas. En el baño, por cierto.

—Buen sitio para intimar. ¿Y qué opinión te merece?

—Que es un auténtico hijo de puta.

—¿Por qué dices eso?

—Porque se mea en la gente y dice que llueve. —Conrado consigue que Juli sonría—. ¿Sabes una cosa?

—¿Qué?

—Solo he necesitado diez minutos para llegar a la conclusión de que aquí hay poca gente que apreciara a tu jefe.

Ella se vuelve y observa los corrillos, la gente parlotea como en un zoco y alguno incluso ríe a carcajadas. Sus ojos se humedecen, pero a la vez relampaguean. Conrado se vuelve con ella.

—Mira bien a todos esos —dice Juli—. Son de otro mundo. Hay algún lameculos, pero la mayoría son de los que mueven los hilos. Están aquí por consideración a Espadas, solo por eso. Juanjo pertenecía a nuestro círculo, no al de ellos. Y todos esos lo sabían bien —dice despreciándolos—. Juanjo era un intruso, una marioneta que quería dejar de ser de trapo. ¿Le has dicho al cuñadísimo que eres guardiacivil?

—Ni se me ocurriría, después de todo lo que ha soltado por esa bocaza. —Conrado inspira y espira y mira a Juli a los ojos—. Tengo que confesarte algo, no soy guardiacivil. Lo fui, pero ya no. Soy detective privado y estoy trabajando en un caso.

Juli asiente con los labios fruncidos, como quien presencia un espectáculo poco convincente. Mueve la cabeza valorando la nueva perspectiva.

—Así que detective. ¿Es un trabajo emocionante?

—Tanto que no se puede aguantar. Ahí abajo tengo aparcado un camión cargado de investigaciones, por si quieres comprobarlo.

Un nubarrón morado cubre el sol un instante con una sombra que se desliza con la rapidez de un Fórmula 1.

—¿Vas por ahí mintiendo a todo el mundo para conseguir tus propósitos?

—No siempre, pero a veces es necesario. Tengo alguna experiencia en eso.

—Ya. ¿Has matado a alguien?

—Me he quedado con las ganas unas cuantas veces.

—¿Qué más mentiras me has contado?

Conrado pone los ojos en blanco tres segundos.

—Nesbø. Sabía quién es Jo Nesbø.

Juli enciende un cigarrillo mientras observa el atardecer. Conrado le pide uno y pasan unos minutos en silencio. La contaminación imprime a la ciudad un aire desdibujado y misterioso. Se inventa una historia para romper el telón de hielo que se ha creado entre ambos.

—Dicen los ancianos de la tribu más sabia que ha existido nunca que si puedes pasar más de tres minutos junto a una persona en silencio, puedes pasar el resto de tu vida con ella. Es como una prueba de fuego.

Consigue que ella esboce una leve sonrisa.

—Cuando salgas a cazar monstruos procura no convertirte en uno de ellos, es de lo que te advierten los ancianos más sabios de la tribu vecina a esa. Eres un borde, aunque supongo que eso ya lo sabes. —Juli mira a izquierda y derecha para asegurarse de que no hay ningún

oído próximo—. ¿Todavía sigues interesado en ese broche?

—Es lo que me ha traído hasta aquí. Bueno, para serte sincero, una de las cosas que me han traído aquí. ¿Por qué?

—Porque puedo contarte algo.

—De qué se trata.

Juli se sonríe de aquella forma tan seductora suya y él comienza a babear como un crío de pecho. Minutos después bajan a la cafetería y ella se lo cuenta.

22
LOS LEONES

—¿Alguien vio el partido de anoche? —vocifera Sandokán nada más traspasar la puerta, sin más preámbulos.

Rómulo conecta una memoria USB en el reproductor y segundos después AC/DC comienza a rugir en el equipo. *You shook me all nigth long.* La sala está llena de humo, sobre la mesa hay dos botellas de Jack Daniels, cinco vasos colmados y varios ceniceros a rebosar de colillas, algunas aún humean. Los tíos enfundados en cuero negro intercambian miradas duras mientras esperan que el dedo de Rómulo suba el volumen de forma gradual hasta el punto que considere necesario: lo suficiente alto como para que los micrófonos no puedan grabar. No sería la primera vez que la poli les coloca micros.

Sandokán hace una señal con la cabeza y Rómulo se sienta a la mesa ovalada. También están Eddie, Buj y Berni, el núcleo duro del club. El mandamás de los Leones pasea sus ojos negros de rostro en rostro, muy despacio, como si hiciera una evaluación. Sí, están preparados, puede oler la rabia en el aire, pero es él quien ostenta la batuta, quien dirige la orquesta y hace sonar los instrumentos como el puto Von Karajan. Aunque hay algo que ocupa sus pensamientos, una única cosa. Anuncia una noticia fresca.

—Los paquetes han llegado a su destino —se refiere a los hermanos Kurdo, que después del último trabajo han cruzado la frontera y se encuentran en la delegación de Ámsterdam tras un largo circuito por media Europa para eludir a la policía—. Levanta el vaso con el brazo extendido y brinda. Rómulo, Eddie, Buj y Berni lo imitan.

—Por Eric.

—Sí, por el puto Eric de los huevos.

—Por ese cabrón.

—Que el dios de las dos ruedas lo bendiga y lo tenga en su gloria.

Vacían los vasos, como es tradición cada vez que un hermano cae y a otra cosa, mariposa. Sandokán se mesa sus cabellos largos y negros, se frota la barba observando unos segundos su vaso vacío y

levanta la mirada.

—Tenemos que ser más cuidadosos que nunca. Ahora podemos recibir la visita de la pasma en cualquier momento y hemos de estar preparados para eso. Eddie, ¿te has encargado de guardar las escobas?

«Escobas» es el eufemismo que utiliza Sandokán para referirse a los fusiles HK G36, ya que su misión es barrer la basura. Eddie asiente con la cabeza, sin pronunciar palabra.

—Bien.

Eddie se colocó unos guantes de neopreno para no dejar huellas dactilares, un pasamontañas para evitar la caída de algún cabello y desmontó hasta el último tornillo y el último pasador de los G36. Limpió todas las piezas con un trapo de franela empapado en alcohol, volvió a ensamblarlos, los metió en sacos de plástico y los precintó con cinta americana. Condujo hasta Hostalric y los enterró en un agujero de un metro de profundidad en plena montaña. El terreno era parte de una vieja masía propiedad de la familia. Ahora solo él sabe dónde están las armas.

Sandokán mira a Berni.

—¿Qué noticias tenemos de nuestro amigo?

Berni apaga el cigarro que humea entre sus dedos en el cenicero y se rasca la cara mientras ordena las ideas y explica lo que sabe. La pasma está avanzando muy rápido, por lo menos eso es lo que le ha soplado ese «amigo» que intercambia información por fajos de billetes, un tío que disfruta de despacho propio y privilegios en la mismísima jefatura de la policía. Saben con pelos y señales quiénes eran aquellos tíos de Pedralbes que dejaron fritos, a qué se dedicaban y que en días anteriores le propinaron una paliza de muerte a un joven motero en el Boogie. Y no dudan de que lo de Pedralbes fue un ajuste de cuentas. Que relacionen a los Leones con la batalla campal del Boogie y con el asesinato de Lester y sus adláteres solo es cuestión de tiempo. Eso si es que no lo han hecho ya.

Sandokán mueve la pierna mientras medita. Han armado demasiado ruido, pero hay pecados que deben castigarse. Vuelve a mesarse los cabellos, después repiquetea con las uñas sobre la mesa, con la rodilla en pleno movimiento.

—¿Tengo que saber algo más?

Berni asiente.

—Están escarbando en el pasado de Lester. Lo relacionan con un antiguo capo rumano: Borko Clamparu. Un tío peligroso que toca todos los palos, parece que Lester y él tenían una alianza.

—Borko Clamparu —repite Sandokán para sí mismo. Le suena demasiado ese nombre, arruga la frente mientras hace memoria.

La partida se complica, están apareciendo nuevos jugadores y va a tener que cambiar de estrategia. Pero Sandokán se crece cuando

surge un obstáculo. Le gusta jugar con fuego hasta sentir la proximidad de las llamas, que su cerebro esté siempre en alerta y funcionando a mil por hora. En realidad, le gusta el peligro. Ya piensa en la partida, en la estrategia, en arrinconar al enemigo moviendo sus peones y sus alfiles hasta lanzar un jaque mate definitivo. Se acoda en la mesa, echa el peso sobre los hombros, mira a izquierda y derecha, después a Berni.

—Explica a la audiencia todo lo que hayas oído sobre Borko.

—Era la mano derecha del famoso Cara de Perro. Cuando la pasma lo encarceló, Borko formó su propia banda, pero eso no le gustó al capo y hubo un baño de sangre. —Sandokán asiente, recuerda aquellos días violentos—. La poli cree que por ese motivo Borko se alió con Lester. Borko tiene un largo historial delictivo y le dan igual bastos que copas. Ahora mismo lo investigan porque creen que está detrás de esa empresa de desalojos exprés de pisos ocupados: Bloque.

—Sí —dice Sandokán con mucha tranquilidad—. Lo he visto en las noticias. Son antiguos combatientes de Europa del Este, adictos a los gimnasios y a las artes marciales. Coaccionan con su presencia a los okupas y los amenazan para que se larguen de los edificios.

—¿Tenemos que preocuparnos por ellos? —pregunta Rómulo.

—Tenemos que ocuparnos de ellos —le corrige Sandokán paseando sus ojos negros por todos los rostros. Hay intercambio de miradas, pero nadie dice nada. El mandamás aprieta unos segundos las mandíbulas—. Vamos a ganar al ajedrez, no al boxeo, así que quizá tengamos que cambiar de estrategia, no quiero que nos cojan desprevenidos. Eddie, Berni, quiero saber cuántos son, dónde se esconden, qué cagan y qué traman. Encargaos vosotros.

Eddie cruza una mirada que dura un segundo exacto con Berni mientras Rómulo coge una de las botellas de Jack Daniels y la vacía en los vasos.

—No seas tacaño, cojones —dice Sandokán.

El vicepresidente de los Leones alcanza la otra botella y la pasa con generosidad sobre los vasos hasta que se desbordan. Sandokán coge el suyo, mientras el whisky gotea por sus comisuras, observa a Berni por encima del borde. Le conoce demasiado bien. Deja el vaso con fuerza sobre la mesa.

—¿Qué pasa?

—Los de Crimen Organizado nos pisan los talones —explica Berni.

Sandokán lo mira con disgusto, llena los pulmones y aguanta el aire como si fuera a hacer una inmersión. La última vez que pisó la trena fue por culpa de ellos, en concreto de Carrillo, el inspector jefe de Crimen Organizado. Lo que menos necesita ahora es tener que preocuparse por él.

—Sigue.

—Nuestro contacto ha oído un nombre que tiene relación con lo de Eric: Marlon. Lo están buscando con mucho interés.

—Marlon —repite el mandamás muy despacio—. ¿Alguien ha oído ese nombre? —Mira a izquierda y derecha y solo ve movimientos de negación—. Rómulo eso es trabajo para ti, a ver qué averiguas sobre él.

—Hecho.

Vuelve a concentrar su mirada en Berni.

—¿Creen que Marlon tiene alguna relación con Lester o Borko?

—No, pero los de la Unidad de Investigación están sumando esfuerzos con Crimen Organizado por todo lo que está pasando.

Sandokán menea la cabeza y se recuesta en el respaldo.

—Siempre tienes que darme malas noticias, joder.

—Solo quería que lo supieras.

El CEO de los Leones toma aliento, no le gusta dejar cabos sueltos y se da cuenta de que hay demasiadas aristas. Rómulo mira a Sandokán, observa sus pupilas dilatadas.

—¿Qué estás pensando?

—Estoy sumando dos y dos y no me cuadran las cuentas. Pero voy a daros un guion por si nos cae la pasma encima. Somos hermanitas de la caridad. Un club de motoristas que organiza salidas los fines de semana, una entidad social sin ánimo de lucro que colabora con el Ayuntamiento en el Barcelona Harley Days. ¿Estamos? El pasado es el pasado y todo eso de lo que nos han acusado siempre ha quedado atrás. Olvidado por completo y para siempre. Somos un puñado de angelitos y lo único que sabemos es que alguien le sacudió una paliza a nuestro joven amigo Eric. No sabemos quién. Fuimos a visitarlo al hospital y solo hemos hecho unas cuantas preguntas por ahí sin averiguar nada. No sabemos dónde le pegaron y nunca hemos oído hablar de Lester ni de Marlon. No sabemos quién es Borko y de lo de Pedralbes nos hemos enterado por la televisión. Y eso quien se haya enterado, porque yo no. Espero que grabéis todo eso en vuestras cabezotas y no lo olvidéis. Rómulo, ¿has traído los teléfonos?

El vicepresidente pone una caja sobre la mesa y empieza a sacar bolsas que contienen una serie de móviles sin estrenar. Uno por cabeza y cada uno con su propia SIM nueva.

—Son una mierda, lo sé. Se los he comprado a un paki en la calle Sant Pau, pero no necesitamos más. Así que despediros de vuestros teléfonos inteligentes y dádmelos ahora mismo. Desde este momento quedan confiscados. Los nuevos tienen memorizados los números necesarios, así que nada de hacer fotos ni instalar aplicaciones. Si hemos de comunicarnos, lo haremos por Telegram.

—A partir de este momento lo importante lo hablaremos en

persona, como hacía Bin Laden cuando se escondía de los SEALS en las montañas de Tora Bora —dice Sandokán—. Y a ser posible fuera de estas paredes. Siempre en lugares públicos y ruidosos donde los micrófonos no puedan grabar. ¿Estamos? No sé si entendéis que nos jugamos mucho.

Eddie pone su iPhone sobre la mesa con disgusto.

—¡Adiós, chochitos! Con lo que me costó conseguir todos esos números...

Rompen en carcajadas mientras empiezan a dejar sus teléfonos de última generación sobre la mesa. Rómulo los recoge, les saca la batería y la tarjeta SIM y los mete en una caja forrada de papel de aluminio. Sandokán pasea su mirada fría por el rostro de cada uno de sus hombres.

—Espero que haya quedado muy claro que…

El mandamás no puede terminar la frase. Dos explosiones seguidas estremecen los cimientos como si el edificio hubiera sido golpeado por un inmenso tsunami. Las sillas tiemblan, la mesa se tambalea, los vasos y las botellas ruedan y todo lo que cuelga de las paredes cae al suelo. Entre las fisuras de la puerta con el marco comienza a entrar humo como si alguien estuviese fumando una gran pipa al otro lado. Sandokán se agarra a la mesa y se pone en pie. Su expresión y su mirada se endurecen.

—¿Qué coño ha sido eso?

—Ni puta idea, pero sea lo que sea hay que largarse ahora mismo de aquí —advierte Rómulo—. Coged los móviles.

Los teléfonos desaparecen en las manos. Eddie se acerca a la puerta y, muy despacio, palpa con la yema de los dedos su superficie. Están de suerte, no quema. Absorben una bocanada de aire y la abren. Una lengua de fuego entra y sale con un barrido exterminador llevándose todo el oxígeno. Eddie se quema las cejas, Rómulo los pelos y la mitad de la cara. El CEO de los Leones se lanza a un lado y derriba a Berni y a Buj con una especie de placaje y los tres ruedan por el suelo. Se levantan enseguida, como gatos enzarzados en una riña. Sandokán tiene ahora los ojos muy desorbitados, el infierno ha pasado a un palmo de sus narices. Otra vez. Forman una piña y salen protegiéndose la cara con los brazos. Toda la sala está inundada de humo, las llamas lamen las paredes y el techo, y solo se ve la ligera claridad que penetra por las rendijas de la persiana de la entrada. Corren hacia la luz tenue tosiendo y cegados por el humo, con los pulmones abrasados por el aire candente. En ese momento Sandokán tiene una visión, una imagen del infierno de Dante en su cabeza. Gente abrasándose viva en los calderos purificadores del averno. Pero aquello es el puto apocalipsis.

Cuando ganan la calle, las Harleys están en llamas y hay una

muchedumbre apiñada a la entrada del 1 % observando el incendio. El fuego ha chamuscado sus cazadoras, que aún humean, y sus caras están ennegrecidas a la vez que enrojecidas por el humo y el extremo calor. El corazón de Sandokán late a toda pastilla.

—Ya era hora, alguien debería haber hecho esto mucho antes —dice un vecino harto de ver motocicletas ocupando toda la acera y motoristas greñudos bebiendo cerveza a cualquier hora del día.

Sandokán entrecierra los ojos, se vuelve muy despacio, con cara de dolor de muelas, fuerza una sonrisa y le asesta un puñetazo en la cara. El tipo besa el suelo al instante. Otro mirón que le increpa al ver lo que ha hecho, recibe un derechazo en el estómago; cuando se dobla, le hinca el codo en plena columna hasta que aúlla de dolor. Una embarazada que lo mira con asco recibe un fuerte revés y cae de culo al suelo. Sandokán es todo furia. Barre su entorno con ojos enrojecidos y los puños en alto y continúa tumbando gente a golpes. Es la guerra y no se libra nadie. Rómulo, Eddie, Berni y Buj se unen a la fiesta. Son verdaderas máquinas repartiendo leña, saben dónde dar y dejan a la gente seca de un solo golpe, a lo sumo necesitan dos. Un minuto después, quien no está en el suelo retorciéndose de dolor es porque ha salido corriendo de allí. Sandokán echaba en falta el desahogo de pegar a la gente. Pasea la mirada por el suelo y hace una rápida valoración de daños colaterales: doce. Todos han estado bien. Geniales. En una palabra, impresionantes.

El mandamás de los Leones toma aliento con las manos apoyadas en los muslos mientras observa la humareda negra y las llamas que devoran el 1 %. Es un auténtico infierno. De las Harleys no podrán aprovechar ni un tornillo, están carbonizadas, con la goma de las llantas fundidas al pavimento. Observa que la cámara de la fachada ha desaparecido y que los cables cuelgan por el agujerito. Las sirenas comienzan a ulular cerca. Todo se ha ido a la mierda en un momento.

—¿Dónde coño está Billy? —pregunta Eddie.

Sandokán mira buscando al *prospect* que debería estar vigilando las motos. Sacude la cabeza, se ha esfumado.

—¿Quién ha hecho esto? —le pregunta Rómulo.

—Borko, quién si no. Ahora largaos —dice a su gente—. Ya sabéis lo que tenéis que hacer.

—Y tú ¿qué?

Sandokán lo mira, sacude la cabeza y hace un gesto con la mano para que se marchen. En ese momento su cerebro funciona a tope. Borko Clamparu ha hecho su primer movimiento y los ha jodido bien. Sandokán aprieta las mandíbulas, el rumano se ha pasado, y mucho. Ahora va a conocer la materia con la que están hechas las pesadillas. Va a conocer el verdadero rostro de la bestia. Va a saber en primera persona lo que es el dolor. Va a borrarle de la faz de la Tierra. Pero

todo eso sucederá después de que pase por un verdadero infierno.

Tira la cazadora en un contenedor, cruza el Paral·lel a grandes zancadas y tuerce por la primera calle hacia el corazón del Poble-sec, sin volver la mirada atrás.

23
MARLON Y JOTA

Aquello está hecho una pocilga, un auténtico vertedero. Huele a maría, cerveza rancia, a sudor y a pies. El suelo es un cubo de basura del que huyen hasta las ratas. Hay prendas de vestir y ropa interior tirada por todas partes, cajas de Domino's Pizza y de Kentucky Fried Chicken, latas de Coca-Cola y de cerveza, vasos de plástico, revistas X y colillas de canutos. La cama siempre está deshecha y revuelta, con las sábanas endurecidas por el esperma de los polvos y las masturbaciones. Un verdadero asco.

Jota se hace un hueco en el sofá lanzando al suelo las cajas de pizza y las latas de cerveza vacías de la noche anterior y aparta un par de revistas manoseadas y con las páginas pegadas por el semen. Se hace un canuto de hierba y se pone a jugar a *Call of duty* con el volumen de la Play al máximo. Está hasta los huevos, muy molesto, porque desde la única habitación que hay en aquella mierda de apartamento solo salen unos gritos: «¡Oh, oh, oh! ¡Sí, sigue así! ¡Más, dame más! ¡No pares! ¡Eres una máquina, Maaarlon!».

Marlon lleva dándole caña a Carola desde hace más de dos horas y sin usar Viagra. Ayer pasó el día entero con una tal Sara. ¿A quién le tocará esa noche o mañana? ¿A Judith, por ejemplo? A saber. A Marlon le gusta afilar el palo y liga con tanta facilidad… Pero lo que más le afecta de todo no son los jadeos ni los gritos, sino el desorden reinante que tiene que soportar. Él, que es tan meticuloso y ordenado con sus cosas. Jota odia el caos y la falta de intimidad, pero no hay forma de mantener aquella caja de cerillas en condiciones decentes, porque Marlon es un auténtico desastre. Le gusta tenerlo todo a mano y las tías olvidan las bragas y los sujetadores en cualquier parte. Por otro lado, los repartidores de comidas preparadas no paran de llamar a la puerta y la basura se acumula por montañas. Se ha cansado de ser él quien baje cada noche las enormes bolsas a los contenedores y se ha declarado en huelga. Si Marlon quiere vivir como un cerdo, se aguantará y vivirán como cerdos. Prefiere mil veces eso a sentirse su esclavo.

Jota tuvo la idea. Se le ocurrió que Airbnb sería una buena forma de encontrar un agujero donde esconderse, como así fue. Por cincuenta y cinco euros la noche se hicieron con una bombonera en

pleno bullicio de la Barceloneta. Un lugar ideal para pasar desapercibido. El edificio era viejo, pero la vivienda estaba reformada de arriba abajo. La propietaria cobró un mes por anticipado y en metálico, nada de transferencias ni de tarjetas de crédito. Dinero opaco para Hacienda de un apartamento turístico sin licencia. Un negocio redondo. Lo único jodido fue que tuvieran que compartir una cama de matrimonio. Pero desde la primera noche Jota duerme en el sofá porque Marlon tiene compañía femenina a todas horas. El muy cabrón lo tiene hasta los huevos.

Pero Jota tiene un plan. Desde hace unos días le da vueltas a una idea sin parar: largarse y buscarse la vida por su cuenta. Aunque sin ingresos y con tanta fiesta se está quedando sin blanca. Hay alguien que le debe dinero, más de mil quinientos pavos que le sacarían del apuro. ¿Y si se pasa por el Trabucador y le pide la liquidación a Francisco? Mejor que no, no puede aparecer por el Trabucador. Seguro que la pasma ya ha pasado por allí. Además, están aquellos dos gilipollas que con toda seguridad los avisarían. Pero madre sí que podría ayudarle. Podría prestarle dinero. De hecho, tiene las llaves de casa en el bolsillo.

Marlon sale de la habitación con una sonrisa de oreja a oreja y una erección de burro montañés oculta bajo la toalla que lleva alrededor de la cintura. «No tardes», dice una vocecita juguetona desde dentro. El volumen de la Play está a tope, pero allí no hay nadie. Iba a pedirle a Jota que bajara a por unas birras y a invitarle a una raya. ¿Dónde se ha metido el muy cabrón? ¿Se ha largado sin decir nada? Él se lo pierde, que le den por culo. Prepara dos rayas de coca sobre el mármol de la cocina y se mete una por cada agujero. Las cosas se hacen bien o no se hacen. Pasa la yema del índice sobre el polvillo residual que queda sobre el mármol y se lo restriega en las encías como un narco profesional que hace una cata. Pone los ojos en blanco y acto seguido entra corriendo en la habitación y salta sobre la cama. «¡Yabadabadoo!». Al instante vuelven a oírse aquellos gritos: «¡Oh, oh, oh! ¡Así, Maaarlon, así!».

Jota se fuma dos cigarros mientras observa desde una esquina todo el ancho de la calle. Cuando decide que no hay de qué preocuparse, hunde las manos en los bolsillos, camina unos cincuenta metros hasta el portal y lo abre con un empujón. Mira por el hueco de la escalera y sube dos tramos de peldaños. Las paredes presentan numerosos desconchones y el granito del suelo amarillea. Cuando llega a la segunda planta, vuelve a asomar la cabeza por el hueco de la escalera, luego pega la oreja a la puerta un momento, saca la llave y la hace girar. Abre una vieja puerta marrón oscuro con la mirilla cubierta de manos y manos de pintura cuarteada. La televisión está en marcha, retransmite las noticias, pero lo primero que nota es un fuerte

olor amargo, aunque también huele a una mezcla de sudor con otra cosa. ¿Basura? No, basura no es. Quizá algo en descomposición. Jota se acerca a la ventana, aparta el visillo y observa la calle de un extremo a otro. Todo en orden allá fuera. Se vuelve cuando madre sale de la cocina y lo mira con un sobresalto. Va despeinada por completo y tiene los ojillos hundidos en dos fosas negras. Es un auténtico saco de huesos y la bata baila sobre sus hombros a pesar de que lleva las dos vueltas de rigor del cinturón. Se acerca a él con pasos inseguros, arrastrando las zapatillas, hasta que lo tiene delante y le pasa una mano por la cara como cuando era pequeño. Lo observa con ojos extrañados, como si estuviera alucinando y Jota fuera una dulce aparición.

—Pepito, hijo mío. ¿Eres tú? ¿Qué haces aquí? —dice con un susurro distante.

—Quería verla, madre. ¿Cómo está?

—¿Por qué no me has llamado? Pensaba que te había pasado algo.

—Ya ve que no. Estoy bien.

—Tienes mala cara. —Madre acaricia los cabellos de su hijo, le pasa los dedos entre sus enredos intentando alisárselos—. Tengo comida hecha, ¿tienes hambre?

Jota no necesita pensárselo mucho, está harto de comida preparada y lo cierto es que nota una pelea en las tripas. El último canuto de yerba le ha abierto el apetito.

—Vale. ¿Quiere que le ayude en algo, madre?

—Ni se te ocurra, soy vieja pero aún puedo encargarme de la casa. Siéntate ahí ahora mismo —dice ella señalando una silla con la cabeza.

Madre saca dos cubiertos y una servilleta de un cajón del mueble del comedor y estira el hule con una especie de súbito empuje. Cuando termina de preparar la mesa se mete en la cocina y empieza el ruido de cacharros. Madre sigue tan preocupada como siempre por su alimentación; Jota la encuentra muy desmejorada y es muy extraño que no haya nombrado a padre. Salvo eso, todo parece normal; aunque en el suelo hay trapos y periódicos taponando la rendija de la puerta de la habitación. ¿Seguirá padre ahí dentro? No, no es posible. Aunque ese olor… Jota frunce el ceño y piensa en ello. Minutos después madre sale con un plato de lentejas humeante y lo deja en la mesa.

—Son de ayer, pero me han salido muy buenas. ¿Quieres una cerveza?

—Claro que sí, madre.

Ella vuelve a arrastrar las zapatillas hasta la cocina y un minuto después regresa con media barra de pan del día anterior y una lata de

cerveza Damm. Se sienta a su lado y lo observa comer.

—Guardaba esa cerveza para ti, para cuando vinieras.

—Gracias, madre.

Jota abre la lata, le da un buen trago y hunde la cuchara en el plato mientras olfatea. ¡Joder como huelen! Tienen que estar buenísimas. Nada como estar en casa otra vez. Estaba hasta las narices de esa masa asquerosa del Domino's Pizza y de las alitas de pollo del Kentucky de los cojones. A saber qué demonios echan a aquellas salsas, porque ha engordado dos kilos en pocos días. Así están los americanos, cebados como puercos. Deberían cerrar esas cadenas de engorde y meter a sus propietarios en la cárcel.

—¿Cómo están las lentejas, Pepito?

—Buenísimas —contesta Jota mojando un trozo de pan en el caldo y llevándoselo a la boca.

Madre lo observa mientras apura el plato, es un perro hambriento. Qué habrá estado comiendo por ahí. A pesar de que se alegra de ver a su hijo, hay cierta tristeza en su mirada.

—Padre se alegrará de que te reúnas con él —dice ella de pronto.

Jota deja de masticar de golpe y detiene la cuchara en el aire. Observa extrañado a madre mientras intenta comprender la oscuridad que aglutina dentro de sus pupilas. Mira de reojo los trapos y periódicos del suelo.

—¿Cómo está?

—Duerme.

—Más tarde entraré a verle. ¿Le parece?

—Sí, cuando te tomes el postre. Hay flan de huevo casero, ¿quieres uno?

—Claro que sí.

Madre retira el plato y lo lleva a la cocina. Mientras espera su regreso, Jota mira la previsión del tiempo en la tele, aunque de cuando en cuando sus ojos se desvían hacia la puerta. ¿De dónde sacarán a las presentadoras? La tía lleva un pantalón y un polo tan ceñidos que no dejan lugar para la imaginación. Por lo que parece, un nuevo anticiclón se va a juntar con el anterior y se van a derretir hasta los polos. Necesitará más camisetas de manga corta.

Jota oye sus pasos, después un chasquido seco y la profunda respiración de madre a sus espaldas. Vuelve la cabeza y entonces lo ve. A pesar de su aparente fragilidad, madre sostiene el cañón de la vieja escopeta de padre con firmeza. Abre la boca y está a punto de decir algo cuando su cabeza vuela tras la fuerte detonación. Los sesos salpican las paredes como un engrudo de molla de pan untado en pintura roja y todo el hule queda hecho un asco de picadillo de sangre y masa cerebral. La escena que resulta es como si Picasso hubiera pasado por allí flipando con LSD.

Madre suelta la escopeta horrorizada por lo que acaba de hacer, se lleva las manos a la cara y se araña. Sus ojos cansados y viejos se convierten en una erupción de pura lágrima, las piernas le tiemblan y siente que no se mantiene en pie. El cuerpo se le afloja poco a poco. Se orina encima y se desploma de rodillas mientras se coge los codos y comienza a balancearse hacia delante y hacia atrás como una posesa. «¿Por qué, Pepito? ¿Por qué?», dice en un tono débil que es poco más que un susurro. Hasta que todo se apaga.

Cuando despierta está tendida sobre su barriga, en mitad de un charco de sangre y orines. No reconoce el entorno. Parpadea dos veces muy despacio y se frota los ojos con los puños. Ha tenido una horrible pesadilla. Ha soñado que… Entonces levanta la cabeza y lo ve. El cuerpo sin vida de Jota está allí, como un maniquí destartalado sobre la mesa. Intenta incorporarse, pero las piernas no obedecen. Entonces extiende los brazos y con un esfuerzo sobrehumano se arrastra poco a poco hasta la cocina, gateando sobre el suelo empantanado mientras tararea el arrullo que cantaba a Jota en la cuna.

Duérmete niño, duérmete ya, que viene el coco y te llevará.

Su corazón late con fuerza cuando entorna la puerta de la cocina con el pie. Agarra el tirador de un cajón con la punta de los dedos, se aúpa con un esfuerzo heroico y se sienta en el suelo, con la espalda pegada a un mueble. Pasa unos minutos con la mirada perdida en el suelo, recuperando la respiración y con la mente en blanco. De pronto abre la puerta del horno y observa su oscuridad interior, su vacío. Se lleva las manos a la cara y recita entre susurros una antigua e interminable plegaria que aprendió de su madre y que versa sobre los ángeles caídos en desgracia. Cuando termina la plegaria, abre la espita del gas, se abandona en el suelo con los brazos cruzados sobre el pecho y cierra los ojos. Ve el fantasma de mamá cuando era joven y ella una niña. La llama. «Mamá». Una y otra vez. Pero mamá le da la espalda y se aleja mientras una bruma de oscuridad la envuelve.

Se encomienda a Dios por su desdicha y comienza a respirar hondo el olor ácido que poco a poco comienza a mezclarse con el aire.

Duérmete niño, duérmete ya, que viene el coco y te llevará.

24
EVARISTO CONRADO

La carretera de la Arrabassada es una serpentina gris en la que se dan cita los conductores suicidas para flipar con sus curvas. Un circuito de montaña flanqueado por un bonito bosque de pinos y encinas. Lo que ya no resulta tan divertido son los barrancos que hay en sus reviros cerrados, ni los profundos surcos que han dejado los

chasis de las motocicletas al caer y deslizarse por su asfalto, ni las oscuras huellas de las frenadas en sus curvas, ni los guardarraíles abollados que hay desde el primer kilómetro. Meros avisos.

A pesar de todas esas advertencias, sigue habiendo tarados que juegan con fuego. Por eso, la policía local monta controles en los que los fitipaldis de turno caen como ratones en ratoneras.

Conrado va al volante del Mini y Josefina en el asiento del acompañante. Llevan las ventanillas subidas y el aire acondicionado a tope, con la música de la radio a volumen moderado. A pesar de que el detective no levanta el pie del acelerador tiene un par de coches detrás asediándole con intención de adelantar a las primeras de cambio. Son deportivos tuneados, con el motor trucado en el mejor de los casos y con piezas robadas en el peor, con ruedas anchas y un rumor bronco y resonante en los escapes. Sus conductores son jóvenes, impacientes y competitivos. Mientras sortea curvas a derecha e izquierda dejando atrás los barrancos, juega con ellos mirando una y otra vez el retrovisor, hundiendo el pie en el pedal en cuanto acortan distancia. Josefina viaja con el ceño arrugado, con una mano agarra el cinturón de seguridad y la maneta de la puerta con la otra. No entiende su actitud y nunca comprenderá la transformación que sufren algunos hombres cuando se ponen al volante. Mientras impide que le adelanten, le explica su encuentro con Juli en el tanatorio. Ella digiere los detalles a medida que escucha.

—¿Una carpeta con el nombre de Marlon? —dice Josefina con sorpresa.

—Como te cuento.

—¿Cómo es que Juli tiene acceso a su cuenta de Dropbox?

—Porque se la abrió ella. Por lo que se ve, Quílez era un negado con la informática y tampoco se le ocurrió cambiar la contraseña.

Josefina siente toda la energía de la fuerza centrífuga al penetrar en una curva, empuja con los dos pies sobre la alfombrilla mientras las ruedas del Mini chirrían y una motocicleta los adelanta en pleno viraje invadiendo el sentido contrario. «¡Guau!», homenajea Conrado al suicida. Ella le dedica una mirada furibunda.

Juli le explicó al detective que en cuanto se enteró del fallecimiento de Quílez, entró en su cuenta de Dropbox porque sabía que allí guardaba cosas que nadie debía ver. Encontró tres carpetas con fotos íntimas de antiguas amantes, archivadas con el nombre propio de cada una de ellas. Las borró para evitar un sufrimiento mayor a la viuda, pero también encontró otras con nombres de hombres.

Josefina inclina un poco la cabeza y levanta el ceño.

—¿Era bisexual?

—No, mujer, esas carpetas contenían fotografías de piezas de oro.

Mi teoría es que los nombres corresponden a los receptadores que trabajaban para él en las calles. Nuestro broche estaba en una bajo el nombre de Marlon.

—El mismo nombre que nos sopló el tipo de los apartamentos.

—Exacto, un nombre que se repite una y otra vez.

Josefina vuelve la cabeza y mira un instante la pequeña caravana de coches que acumulan a sus espaldas, van pegados lamiendo la línea continua. Unos ojos entrecerrados y voraces la taladran desde un coche rojo con un superalerón. Vuelve a acomodarse en el asiento y observa con mirada perdida el parabrisas. Lleva pensando durante todo el trayecto que debería haberse negado a ir y a cada curva que dejan atrás se arrepiente de no haberlo hecho. Aunque sabe que sería una locura, está decidida a pedirle que pare y bajar la montaña andando por el arcén. Se ve capaz de eso. Por otro lado, tampoco conoce a Ricardo Zanzíbar en persona, pero por lo que sabe, es un espécimen único y digno de estudio. Quiere ver cómo Conrado mide sus fuerzas con él.

El detective dirige una fugaz mirada al retrovisor, tiene pegado el coche rojo del superalerón a menos de un metro, desconecta el aire acondicionado y acelera. Josefina le pregunta que por qué apaga el aire y él le contesta que para ganar unos caballos extra de potencia. Momentos después llegan a la curva del mirador y los vehículos que les asedian ponen el intermitente y se desvían. Hay una importante cita de motocicletas de gran cilindrada y de deportivos tuneados con los maleteros abiertos. Gente joven que admira los amplificadores con sus pilotos de colores siguiendo el ritmo de la música que suena a toda pastilla. Es un encuentro de amantes de la gasolina y del peligro. El chumba de los altavoces de graves de seiscientos vatios para arriba truena como si se acabara el mundo y el aire incluso tiene un ligero regusto a tubo de escape. Lo último que Conrado observa en el retrovisor es un dedo por una ventanilla. Hace sonar dos veces la bocina, da unas palmaditas animosas sobre el volante y vuelve a conectar el aire acondicionado, después hunde el pie en el acelerador y suelta una carcajada.

—¿Has visto lo que ha hecho ese inútil?

—Sí, estoy rodeada de inútiles por todas partes.

En la siguiente curva se cruzan con un energúmeno que desafía las leyes de la física chirriando ruedas, pasa a un palmo de distancia. Josefina exhala una ruidosa bocanada de aire y se agarra con las dos manos al cinturón. Cuando enfilan la siguiente recta, Conrado sube el volumen de la radio. Suena Steppenwolf y entona el estribillo con una especie de graznido en inglés macarrónico. *Born to be wild!* Josefina se tapa los oídos con las manos, pero él repite el graznido. *Born to be wild!* Por fortuna, el tono de llamada del móvil corta la música. En la

pantalla digital aparece un número largo y desconocido, el detective intuye quién puede ser. Intercambian una mirada rápida.

—¿No lo piensas coger, salvaje?

Conrado activa el manos libres.

—¿Interrumpo algo? —estalla una voz intensa y rigurosa.

—Usted nunca, comandante.

—Entonces prietas las filas y a cantar novedades.

—La canción es un tanto corta, ahora mismo vamos camino a casa de Zanzíbar.

Se producen tres segundos de silencio durante los que el comandante Enjamio analiza el significado semántico de una palabra.

—¿He oído bien? Has dicho… vamos, ¿en plural?

—Sí, me acompaña Josefina. Por cierto, está en abierto y le está escuchando.

—Saludos a la concurrencia desde Madrid —dice Enjamio con voz profesional—. Josefina, me alegro de que vigiles de cerca a este botarate. Átalo bien corto y si te enseña los dientes dale en el morro.

—Buenas tardes, comandante —responde ella.

—Así que ahora mismo vais de camino a casa de don Ricardo.

—Así es.

—Daba eso ya por hecho. Tenía la falsa creencia de que la brigada te había dejado bien claro lo importante y urgentísimo que es esto, pero me doy cuenta de que no lo has captado. Es necesario que Aldous Rapp confirme *ipso facto* la autenticidad de esas fotografías. ¿Cómo lo ves ahora?

—Clarísimo.

—Mira, Risto, tengo que organizar un operativo en el que van a intervenir uniformes de distintos colores y antes necesito esa información. ¿Comprendes lo urgente que es esto?

—Lo entiendo, comandante. ¿Puedo preguntarle qué tipo de operativo está preparando?

—Claro que puedes hacerlo, pero no te voy a explicar ni media. Lo único que tienes que saber es que vas a conocer gente, y muy pronto. Por cierto, ¿cómo se te ha ocurrido meter a Simón Grancha en esto? ¿No sabes que lo jubilaron por una enfermedad mental? Solo está causando problemas.

—No sabía eso. —Josefina le dirige una leve mirada y mueve la cabeza—. ¿A qué tipo de problemas se refiere?

—Está haciendo llamadas y hay personas que se están poniendo nerviosas.

—¿Cómo sabe eso?

—Porque está llamando a una comisaría y en las comisarías, por lo general, hay policías a los que les gusta hablar después de unas cervezas en el bar. Ahora mismo los de Investigación y los de Crimen

Organizado tienen un rifirrafe con el asunto y él está haciendo preguntas sobre lo que tienen entre manos. Y eso no nos conviene en absoluto. Demasiados cazadores con la escopeta preparada y pocos conejos. ¿Entiendes el contratiempo que eso nos supone? —A continuación, el comandante Enjamio le hace una pregunta de la que ya sabe la respuesta—. ¿Se te ocurre por qué Grancha está sacudiendo el avispero?

—*Mea culpa*, comandante. Le pedí cierta información.

—Lo que suponía. Deja de tener ideas tan cojonudas y dile que no juegue más con el teléfono. Cuando quieras algo, acude a mí. ¿Josefina?

—Sí, comandante —responde ella elevando las cejas, con los ojos más abiertos de lo que sería normal.

—Soy consciente de que todo esto debe resultarle chocante, pero le pido que se asegure de que el sargento no vuelve a meter la pata. No se separe de él ni a sol ni a sombra. Si considera necesario que alguien lo llame al orden, quiero que me avise enseguida. ¿Me hará ese favor?

—No se imagina lo encantada que estaré de hacer eso, comandante —dice mirando a Conrado, sonriendo con los ojos.

—Me alegro de que haya alguien con sentido común ahí. Risto, espero noticias tuyas esta misma noche. No voy a separarme del teléfono y no me importa la hora. ¿Lo captas?

—Lo capto.

—Bien, pues conduce con cuidado, porque la BP-1417 está plagada de puntos negros. Saluda a Zanzíbar de mi parte.

El detective pone el intermitente, pisa el acelerador y adelanta a un conductor con una L que enfila una pendiente demasiado despacio. Josefina suspira con alivio cuando se incorporan otra vez al carril. Él le dirige una fugaz mirada.

—Supongo que entiendes que Enjamio solo hablaba en sentido figurado.

Ella lo observa unos segundos con ojos indagadores y menea la cabeza.

—¿De verdad? No me hagas hablar.

Diez minutos después, Conrado pone el intermitente y se desvían a la derecha. Traspasan un acceso de piedra en el que hay dos placas con la rotulación en rojo. Una es un anuncio: PROPIEDAD PRIVADA. La otra un aviso: ¡ATENCIÓN, PERRO PELIGROSO! El Mini enfila un camino de piedras y tierra polvorienta, estrecho y cubierto de hojas secas en los costados. A uno y otro lado se elevan espesas arboledas que parecen culminar el cielo. La luz del atardecer declina en cuanto toman la senda y las luces automáticas del Mini se encienden. Salvo el crujido de las piedras y el chirrido de la amortiguación al golpear

sobre los numerosos baches, no hay ningún otro sonido. Es como si la naturaleza hubiera detenido su ritmo vital frente a la invasión de intrusos.

Recorren doscientos metros hasta que llegan a un claro. A la derecha arranca un sendero de tierra plagado de profundos hoyos y algunos charcos de fango. Conrado detiene el Mini y observa las cárcavas y socavones producidos por las riadas de las últimas lluvias, los surcos causados por el paso de los vehículos. Mira a Josefina.

—Siempre he deseado un todoterreno —dice mientras ella se encoge de hombros. Da unos golpecitos animosos sobre el volante con la palma de la mano y arranca muy despacio.

El camino transcurre entre dos hileras de arbustos de gruesos troncos y ramaje tupido. Los surcos son tan profundos que los bajos del coche rozan con los pedruscos; Conrado tiene que realizar todo el camino en primera y maniobrando de aquí allá. Minutos después llegan a los muros ennegrecidos por la humedad que resguardan la propiedad de Zanzíbar. Hay una verja de hierro, una caseta y cámaras de seguridad en toda su extensión. El vigilante deja el bocadillo de mala gana en cuanto los ve llegar, se apresura en limpiarse las migas de pan de la boca con la mano y sale masticando el último bocado, con una tablilla, un bolígrafo y cara de pocos amigos. Anota la matrícula mientras se acerca. Conrado baja la ventanilla y entra una vaharada de aire caliente como expulsado del interior de un horno. El vigilante rodea el coche y se inclina junto a la puerta del conductor con los pulgares enganchados en el cinturón.

—Buenas tardes —dice echando una mirada insolente en el interior.

Conrado le devuelve el saludo y se presenta. Le explica que Ricardo Zanzíbar les espera. El vigilante mira la tablilla y evalúa la situación mientras juega con el bolígrafo entre los dedos. Señala un renglón y frunce los labios como si tuviera ganas de vomitar.

—Aquí solo tengo su nombre anotado.

Conrado cruza una mirada perpleja con Josefina, después con el vigilante.

—¿Y cuál es el problema?

—El señor Zanzíbar es muy estricto con las visitas, no le gustan las sorpresas. Tengo que hacer una llamada para asegurarme de que todo está okey.

—Pues hágala.

El detective vuelve a cruzar una mirada de asombro con Josefina y asiente mientras el vigilante regresa sobre sus pasos tirándose del cinturón para subirse el pantalón. La llamada es breve. Cuando termina presiona un botón y la verja comienza a deslizarse hacia un lado. Ella baja también su ventanilla y observa la disposición de las

cámaras de seguridad. El vigilante les hace un gesto con la mano desde la caseta para que avancen y el detective engrana la primera.

—¿Todo okey?

—Sí, todo okey. Continúe hasta el aparcamiento y déjelo allí.

Al pasar observan un rifle colgado en un perno interior de la puerta.

—¿De qué se protege tanto Zanzíbar? —dice Josefina.

—Supongo que de sí mismo. Prepárate, vas a conocer al ogro en persona.

Tan pronto dejan a sus espaldas la verja, el inhóspito paisaje que los ha acompañado hasta allí desaparece: el camino de tierra se transforma en una lengua asfaltada y el paisaje en un vergel. El farmacéutico vive como el mismísimo dios. Hay un estanque artificial con chorros de agua, nenúfares que se deslizan en sucesión perezosa empujados por la templada brisa. Y ocas que los vigilan alertadas.

Por todas partes hay ginestas, madreselvas, lilas, jazmines, buganvillas y rosales. Es como estar en un parque público. Conrado lleva el Mini hasta la zona de aparcamiento, echa el freno de mano y bajan. En cuanto ponen los pies en el suelo notan la profunda fragancia entremezclada del césped húmedo, los arbustos y las flores.

—Una tarde magnífica —dice Conrado admirando el cielo, una cúpula limpia y azulada que comienza a decaer en la lejanía.

Josefina se pone una mano en la frente y contempla la edificación que se yergue ante sus ojos. La mansión de Zanzíbar enraíza en la mismísima naturaleza. Una exageración de dos plantas y buhardilla, con una chimenea de la que sale un ligero penacho de humo. La entrada posee un gran porche y amplias terrazas en el primer nivel, sostenidas sobre robustas columnas de mármol blanco. Josefina calcula que cada planta debe ser de unos trescientos metros cuadrados. El detective la enmienda: cada piso es lo suficiente grande como para que Zanzíbar no se tropiece consigo mismo durante todo el día.

Desde el aparcamiento arranca un manto de grama ancho y tupido como una alfombra persa que los conduce hasta los escalones de la entrada. Cuando se encuentran a un metro de distancia, la puerta se abre de pronto y aparece un tipo rapado, de nariz aplastada y mirada torva. Sebastián. El lacayo de Zanzíbar espiaba a través de la mirilla. Mira a Conrado de arriba abajo con expresión patibularia y se sonríe torciendo la boca, mostrando sus dientes amarillos.

—El señor Zanzíbar nos espera —dice Josefina.

—Sí, claro. —Sebastián la mira un instante y se hace a un lado.

Nada más cruzar la puerta, Sebastián chasquea los dedos y un bull terrier negro y tuerto, con las orejas de punta y una cicatriz que le recorre todo el morro, aparece de la nada gruñendo y babeando y se

detiene junto a sus pies. Sebastián lo observa un instante, después mira de reojo a Conrado y tensa la boca con una sonrisa siniestra mientras chasquea otra vez los dedos. El terrier se abalanza contra las piernas del detective como enloquecido, cierra las mandíbulas entorno a una de sus pantorrillas clavando su mordida de tijera, y comienza a sacudir la cabeza hacia un lado y hacia a otro con furia ciega, intentando arrastrarlo, haciendo fuerza sobre sus patas delanteras. Conrado aúlla con un grito espeluznante de dolor y comienza a saltar sobre su pie libre como un cosaco bailando el kazachok.

Los bull terrier son indecisos, pero testarudos y posesivos, así que cuando atacan son máquinas de matar. El detective intenta separar sus mandíbulas sin conseguirlo y Josefina comienza a asestarle golpes con el bolso.

—¡Fuera, chucho! ¡Fuera! ¡Déjale! —grita ella.

Entonces, un ogro de mirada confusa, dos metros de altura y ciento noventa kilos, enfundado en un batín de seda enorme y descalzo como un plantígrado, asoma en el extremo opuesto del pasillo.

—¿Qué demonios ocurre ahí? —ruge Zanzíbar.

Sebastián se vuelve hacia él y después señala al perro como si fuera la primera vez que lo ve.

—Napoleón se ha vuelto loco, don Ricardo —dice fingiendo desolación en la voz, mientras observa los intentos desesperados del detective intentando deshacerse del chucho.

La sangre comienza a chorrearle por la pierna y a empapar sus pantalones.

—Pues haz algo —ruge Zanzíbar—. ¡Napoleón, quieto!

Pero Sebastián permanece impasible mientras el terrier intenta destrozar la pierna de Conrado. Sus dientes afilados están a punto de desgarrar las fibras musculares de su pantorrilla. El detective se lleva entonces una mano a la espalda, saca una automática y, mientras intenta sin éxito zafarse del perro, dispara al suelo, a escasos centímetros de las patas del terrier. El proyectil rebota sobre las grandes losas de mármol, estalla contra una viga de hierro del techo y las esquirlas silban en el pasillo rompiendo un espejo de la pared. Después orienta el cañón del arma hacia la cabeza del perro.

—No lo hagas —grita Josefina.

—¡Conrado! ¿Se ha vuelto loco? —brama de nuevo Zanzíbar como un poseso—. ¡Sebastián, te he dicho que hagas algo!

El esbirro de Zanzíbar mira al terrier y sacude la cabeza.

—No hay nada que hacer, la ha tomado con él —dice con un tonillo de burla, con la sombra de una sonrisa en la cara.

Conrado empuja a Sebastián, levanta la automática por encima de su cabeza y le asesta un golpe en el hocico. Napoleón suelta un

gruñido ronco, pero no separa las mandíbulas ni un milímetro.

—Sebastián —dice Zanzíbar rojo de ira, mientras se acerca muy despacio—. Si no consigues dominarle, esta misma noche le pongo la inyección.

—Vale, vale… ¡Quieto! ¡Stop! —dice Sebastián de pronto, sin poder ocultar la sonrisa de su cara. Al oír la voz de su amo, Napoleón suelta la pantorrilla de Conrado y se sienta jadeando sobre las patas traseras, sin despegar sus ojos furiosos de su presa. Jadea con la lengua fuera y está a la espera de nuevas órdenes—. Ven —le ordena ahora. El bull terrier se levanta y se acerca hasta sus pies meneando el rabo, se echa sobre las patas delanteras y pone la cabeza sobre ellas.

Conrado mira furioso a Sebastián mientras se guarda el arma, después se levanta la pernera del pantalón muy despacio y se observa la herida. Josefina se lleva una mano a la cara, espantada. El esbirro de Zanzíbar frunce los labios como si fuera a silbar, pero sin silbar.

—Qué mala suerte tienes, tío.

Se produce un cortocircuito en el cerebro del detective. Profiere un gruñido ronco y seco, una especie de rugido animal, da tres zancadas, alarga las manos y arremete contra él empujándolo contra la pared, enseñándole los dientes con los ojos desorbitados. Sebastián arruga la frente con dos venas muy marcadas entre las cejas, lo sujeta de la pechera y le devuelve el empujón. Se enzarzan. Los empujones van y vienen y recorren el pasillo chocando de pared en pared, forcejeando, clavándose los dedos en los brazos y en la cara, zarandeándose sin decir ninguna palabra, exhalándose el aliento en la cara y empujándose una y otra vez. Sus miradas desafiantes y el rechinar de sus dientes sustituyen a las palabras.

El ogro de mirada confusa empieza a avanzar desde el extremo opuesto del pasillo, tambaleándose, sosteniéndose con las manos en las paredes y las piernas palpitando por el esfuerzo. Se detiene en mitad del recorrido y mira al detective con reprobación.

—Nadie se había atrevido a usar un arma en esta casa —dice como si pronunciara un pésame.

Conrado se quita a Sebastián de encima con un gancho al hígado y un último empujón, después lo mira un largo segundo y se sacude las manos como si acabara de lanzar la basura al contenedor.

—Ese chucho endiablado ha intentado arrancarme los huevos, usted lo ha visto —dice señalando al perro—. Si lo intenta otra vez, se quedará sin chucho y sin lacayo.

—Ja, ja —ríe Sebastián.

Entonces, Zanzíbar apunta a Sebastián con un dedo que tiembla en el aire por la furia.

—Tú —dice con ojos de cólera—. Llévate a Napoleón ahora mismo y lo curas. No quiero volver a veros a ninguno de los dos en lo

que queda de día.

Sebastián flexiona una rodilla y pasa la mano por el morro del terrier, después le da unas palmaditas en el lomo y le guiña un ojo a Josefina.

—Buen chico, te has portado bien —le susurra a Napoleón. Se levanta con las comisuras de los labios alargadas y sale con el bull terrier pegado a la suela de sus zapatos.

Conrado lo observa con mirada furibunda mientras Zanzíbar maniobra sobre sus talones muy despacio, ayudándose en las paredes. Una vez de espaldas, les hace un gesto áspero con la mano para que le sigan y echa a andar con paso titubeante hacia la *chaise longue* del salón. Josefina observa su bamboleo, camina como un pingüino gigantesco sobre la nieve. Momentos después, Ricardo Zanzíbar se desploma sobre los cojines casi sin aliento, con las pulsaciones a mil. Señala dos butacones con un dedo y Josefina y Conrado se acomodan en ellos. El detective se baja el calcetín enseguida y se observa una herida fea y sangrante.

—Desde que Angustias murió —dice Zanzíbar con disgusto—, el carácter de ese chucho se agrió y no hay forma de controlarlo. Quizá tenga que sacrificarlo. Sí, es posible que eso sea lo mejor antes de que haga daño a alguien.

Conrado levanta la mirada.

—¿No cree que ese tren ya llega con un poco de retraso?

Mientras tanto, la mirada de Josefina sobrevuela el salón. Las cortinas son pesadas y hay grandes ventanales desde los que puede observarse un paisaje fascinante de la sierra. Los muebles son oscuros, más bien severos, de recias maderas nobles, y las paredes están cargadas de cuadros de pintores de renombre. Al fondo de la sala divisa varias estanterías de pared a pared llenas de voluminosas colecciones de libros con los lomos muy gruesos. También hay tapices de los que penden banderitas, medallas e insignias militares, todo ello fruto del pasado castrense de Zanzíbar. Su mirada recorre después el suelo, un parqué sobrio y sembrado de grandes alfombras mullidas y caras. También hay lámparas de pie en los rincones que desprenden una luz íntima y cálida.

De repente, una cortina se mueve y alguien sale corriendo hacia la puerta trasera cubriéndose la cara con los brazos, medio encorvado, tropezando entre risitas con las alfombras y los cables de las lámparas. El detective se pone en pie de un salto y le señala con el dedo antes de oír un portazo.

—¡Eh, conozco a ese individuo!

—¿Quién es? —le pregunta Josefina alucinada.

—El greñudo sin oreja que conducía la furgoneta cuando nuestro anfitrión decidió enviarme a su matón para secuestrarme.

La mirada de ambos se posa en Zanzíbar, que se encoje de hombros.

—Es Julián, un pobre diablo. Apareció una mañana desnudo ante la verja, hambriento y sangrando. Debió de atacarle algún animal y le arrancó una oreja. No tienen que preocuparse de él, es medio sordo y medio tonto. Lleva con nosotros tres años y les aseguro que es inofensivo. —Dicho esto, Zanzíbar clava su mirada en Josefina y la observa con ojos muy vivos—. Así que usted es su ayudante.

—De momento, confío en convertirme en socia muy pronto.

Tras unos segundos de evaluación, Zanzíbar suelta una estruendosa carcajada.

—Mujer, usted es joven y a simple vista se le ve de sobras preparada, seguro que la vida le reserva mejores oportunidades que enrolarse con un antiguo picoleto en su modesto despacho.

Ella arquea las cejas y cruza una mirada con el detective.

—Don Ricardo está de coña, Josefina.

El farmacéutico coloca una mirada severa sobre Conrado.

—Si hubiera explicado un chiste, ahora mismo nos estaríamos riendo todos. — Baja la mirada hasta la pantorrilla del detective, los colmillos del bull terrier le han destrozado el pantalón y la hemorragia comienza a escurrir sobre sus zapatos. Señala la alfombra—. Tenga un poco de cuidado con eso, va a dejármela echa un asco y no se hace una idea de lo que vale. ¡James!

Casi al instante, aparece un hombrecillo de tamaño pigmeo, piel tostada y rasgos asiáticos, lleva un chaqué blanco de cuello mao abotonado de arriba abajo. Se acerca hasta Zanzíbar, inclina la cabeza y cierra un instante los ojos.

—¿Me ha llamado, don Ricardo? —dice con tono servil.

Zanzíbar arruga el ceño.

—Has oído tu nombre, ¿verdad, James?

—Claro que sí, señor.

—Pues eso significa que te he llamado. ¿Serás capaz de recordarlo para otra vez?

—Por supuesto, señor.

—Trae desinfectante y vendas para nuestro invitado. Míralo, ¿no te das cuenta de que está herido? Trae también el mueble bar. Después dile a Teresita que vaya preparando cena para tres.

Josefina y Conrado se miran con desconcierto.

—Por nosotros no se moleste, don Ricardo —dice el detective—, tenemos otros asuntos que atender y no podemos quedarnos a cenar. Se agradece el detalle, pero tendrá que disculparnos.

El farmacéutico saca un pañuelo de un bolsillo del batín con muchísima parsimonia y, como si no lo hubiera oído, se suena la nariz con tres sonoros bocinazos, después mira a Conrado y en su rostro

comienza a dibujarse una especie de mueca perversa. Segundos más tarde estalla en una carcajada.

—No les estaba invitando a cenar, ocurre que esta noche tengo un hambre feroz. ¡James!, ponte en marcha y haz lo que te he dicho. Las vendas y el desinfectante lo primero. —James hace una ligera reverencia y desaparece—. Estos criados filipinos son serviciales, pero duros de mollera y muy testarudos. Napoleón aprendió sus obligaciones mucho más rápido que ellos y solo tuve que darle un hueso. Sé que cuando los tenga enseñados se irán, como ocurre siempre —observa a Josefina, después a Conrado—. ¿Qué se supone que tengo que hacer por ustedes?

Conrado le muestra un lápiz de memoria.

—Ya lo veo.

—Aquí hay dos fotografías de un supuesto cuadro de Francis Bacon, necesitamos que Aldous Rapp las vea con la máxima celeridad posible y nos diga si las reconoce. ¿Sabe dónde está?

—Claro que sé dónde está. ¿De dónde han salido esas fotografías? —Conrado le explica el papel de Art Loss Register en el asunto y Zanzíbar asiente con ojos pensativos—. ¿Y quién se las ha enviado a ellos?

— Alguien cuya dirección IP del ordenador lo ubica en Barcelona.

—Ya, y esto, por lo que veo, ahora es urgentísimo.

—La Guardia Civil necesita esa información para poner en marcha un operativo inminente. Si puede ser esta misma noche, mejor que mañana.

—¿La Guardia Civil? Supongo que me habla del comandante Enjamio.

—Del mismo, se enfurecerá conmigo si le fallo.

—Quiero que me dé detalles. ¿Dónde y cuándo se va a llevar a cabo ese operativo?

—Sé lo mismo que usted sobre eso, el comandante suministra detalles justos y con cuentagotas. Sirvieron juntos, ya le conoce.

—Yo le facilité el cliente, no me mienta ahora.

—No miente —dice Josefina.

Zanzíbar la observa con ojos entrecerrados, segundos después se incorpora con un tremendo esfuerzo. Cuando tiene sus pies descalzos asentados en el suelo, se masajea los dedos.

—Los pulgares me hormiguean, sé que me ocultan algo.

James aparece de pronto con una botella de alcohol sin abrir en una mano y un paquete de gasas esterilizadas en la otra, intercambia una mirada solícita con Zanzíbar y se lo entrega todo al detective. Conrado abre el paquete de gasas, empapa un apósito y se lo aplica en la herida. Exhala un suspiro ahogado en cuanto el desinfectante entra en contacto con la piel.

—Apriétese fuerte —prescribe Zanzíbar—. James, tráeme el ordenador portátil ahora mismo, y no te olvides del mueble bar. —James mira a Zanzíbar con los ojos muy abiertos, dubitativo, como un androide que recibe órdenes contradictorias. Ricardo Zanzíbar se sonríe como si estuviera tomándole el pelo a un párvulo—. No te agobies James; primero traes el ordenador, después el mueble bar y nos sirves lo que tú ya sabes. En ese orden. ¿Lo has entendido o te lo explico en filipino?

James asiente con una leve caída de pestañas y se pone en marcha como si acabaran de colocarle pilas nuevas. Va hasta una librería, saca un MacBook de un cajón, regresa y se lo entrega. Acto seguido empuja un mueble bar con ruedas hasta los pies del prohombre. Bajo su mirada atenta y controladora, llena hasta la mitad tres vasos de vidrio tallado con Macallan de medio siglo de maduración y los reparte.

Josefina se siente molesta por el trato que Zanzíbar le proporciona a James, lo encuentra deshonroso y denigrante. También le disgusta que ni se haya preocupado en saber su nombre. Se muerde el labio inferior mientras siente una erupción de mala leche subiendo desde su estómago hasta su garganta, toma un sorbo corto para sacarse el sabor a bilis que baña su boca. Conrado no se equivocaba, el farmacéutico es un prepotente. Un auténtico ogro. Y la escena que ha presenciado es demasiado grotesca para lo que ella puede soportar.

El farmacéutico vuelve a acomodarse en la *chaise longue* y se coloca el portátil sobre los muslos, donde tiene la misma estabilidad que sobre una mesa maciza de roble. Mientras bebe con una mano, con la otra lo enciende y pincha el lápiz de memoria.

—¿Dice que aquí hay unas fotografías? Quiero verlas antes de enviárselas a Aldo.

—Por supuesto, pero ¿está seguro de que puede contactar con él?

Ricardo Zanzíbar retira los ojos de la pantalla y le dirige una mirada mitad furiosa mitad condescendiente.

—¿Había oído antes el nombre de Aldous Rapp? Me refiero a antes de que yo se lo presentara. ¿Verdad que no, amigo Conrado?

—Cierto, nunca.

—¿Y usted, señorita?

—Tampoco.

Deja el portátil a un lado, coloca las manos sobre sus muslos y echa el cuerpo hacia delante.

—¿Saben por qué no conocían el nombre de uno de los hombres más ricos e influyentes de España? No se calienten la cabeza, se lo explicaré. Porque el verdadero poder es eso, el anonimato. Mover los hilos desde la trastienda. En un mundo tan globalizado como el de hoy en día es crucial pasar lo más inadvertido posible. —Apura el

Macallan de un trago como si bebiera agua pura de un manantial y prosigue con su clase magistral. La adrenalina bulle en Zanzíbar y se siente dios. En ese momento podría imitar a Fidel Castro y dar un discurso de doce horas ante la Asamblea General de Naciones Unidas —. ¿Saben por qué no quería hablar de esto por teléfono? Hacienda, amigo mío. Hacienda siempre está entre las sombras y al acecho. Aldo tiene el núcleo de sus oficinas y su residencia fiscal en Suiza, por lo que tributa y paga sus impuestos allí. ¿Lo entiende ahora, Conrado? Por su cara insubstancial me doy cuenta de que está sorprendido. ¿Usted lo entiende, señorita?

—El señor Rapp no puede pasar en el país más de ciento ochenta y tres días al año para no tener que rendirle cuentas a Hacienda. Supongo que se refiere a eso. —Zanzíbar asiente con una sonrisa tramposa y defraudadora. Josefina y Conrado se miran.

—Hacienda ha tratado de cazarlo en multitud de ocasiones utilizando todo tipo de tretas y artimañas, incluso contratando detectives privados que estuvieron más de un año hurgando en sus basuras. Pero no han podido con él, Aldo es más listo que todos ellos. Cuando viene a España, vuela desde Zúrich a Lisboa y entra en territorio nacional por carretera para que AENA no controle sus entradas ni sus salidas. Un paseo hoy en día con estas autopistas tan magníficas que tenemos. Tampoco suele atender el teléfono móvil ni los correos electrónicos, porque *Hacienda somos todos* también pide información a las teleoperadoras y a las empresas de servicios de internet. Les explico todo esto para que se hagan una idea de la importancia del asunto.

Pero antes de que Josefina y Conrado puedan decir nada, en alguna parte de la planta superior se oye un fuerte sonido metálico seguido de un testarazo. Después, una especie de cántico que los deja mudos y helados. Zanzíbar cierra los ojos y se lleva una mano a la frente.

«Escuchad mis palabras, sed testigos de mi juramento... La noche se avecina, ahora empieza mi guardia. No terminará hasta el día de mi muerte. No tomaré esposa, no poseeré tierras, no engendraré hijos. No llevaré corona, no alcanzaré la gloria. Viviré y moriré en mi puesto. Soy la espada en la oscuridad. Soy el vigilante del Muro. Soy el fuego que arde contra el frío, la luz que trae el amanecer, el cuerno que despierta a los durmientes, el escudo que defiende los reinos de los hombres. Entrego mi vida y mi honor a la Guardia de la Noche, durante esta noche y todas las que estén por venir».

—¿Eso es lo que creo? —pregunta Josefina.

—Sí, mi sobrino —dice con resignación Zanzíbar—. Ese tarado va a volverme loco.

—¿Ulises? —dice Conrado.

—Sí, Ulises. Desde que vio esa serie, se pasa los días con una capa negra y una espada. Cree que es ese personaje…

—Jon Nieve —apunta Josefina.

—Sí, ese. Dice que es el comandante de una fuerza que protege un gran muro de hielo y que defiende el reino de los hombres de no sé qué amenazas. Tonterías. Me sé ese cántico de memoria, tengo que aguantar esto a todas horas.

—¿Cuántos años tiene Ulises? —pregunta Josefina.

—Treinta y cinco. —Ella levanta las cejas, estupefacta—. Es bipolar. Desde que ha cogido esa nueva manía le tenemos que esconder la espada cada dos por tres para que no se haga daño. Todo era más sencillo cuando se creía Harry Potter y se dedicaba a hacer hechizos, aunque un día se tiró desde ahí arriba con una escoba entre las piernas creyendo que iba a volar. —Zanzíbar señala la barandilla de la planta superior—. Casi se mata.

El detective levanta la mirada y siente la presencia turbadora de un antiguo fantasma.

—¿Dónde está Dolores?

Ricardo Zanzíbar entreabre la boca y su mentón cae de golpe, posa su mirada dura sobre él como si hubiera profanado un camposanto.

—Mi hija está de viaje, le agradecería un ataque de amnesia y que se olvidara de ella.

Dolores Zanzíbar, una *femme fatale* de clase alta que arrastra consigo un equipaje cargado con viejas historias de amor melancólicas y pasionales. Una especie de Lauren Bacall que llevó a Conrado a un turbador abismo de deseo carnal. La conoció gracias al primer caso en el que trabajó para Zanzíbar y cayeron en una trampa del destino, como dos almas gemelas perdidas que se encuentran en un oscuro purgatorio. Pero tal como surgió la borrachera, la embriaguez abrió paso a la resaca.

No había futuro ni lo buscaban.

Zanzíbar eleva la mirada mientras prosiguen los cánticos en la primera planta y menea la cabeza con filosofía, como si no pudiera hacer nada ante lo inevitable. Se colma de nuevo el vaso de whisky y le da un largo trago. Instantes después se pone en pie realizando un tremendo esfuerzo, y comienza a dar pasos en pequeños círculos, con los dedos entrelazados en la espalda y mirando aquí y allá pensativo, como si buscara algo o a alguien. De pronto se detiene.

—¡Teresita! ¡Sube a ver qué demonios le pasa a Ulises! Comprueba si se ha tomado la medicación de hoy.

Cinco segundos después resuenan unos pasos rápidos y ligeros en la planta superior y el golpe de una puerta al cerrarse. Transcurridos unos instantes, Teresita asoma su pequeña cabeza ovalada por la

barandilla. Tiene la piel morena y rasgos orientales.

—Ha roto la lámpara del techo con la espada y está todo lleno de cristales —dice alarmada.

—Pues quítasela. ¿Me has oído bien? Deshazte de ese maldito trozo de hierro ahora mismo.

Teresita asiente moviendo la cabeza como si fuera una ametralladora y vuelve a entrar en la habitación. Llegan voces, forcejeos y gritos. Al poco, Teresita vuelve a asomarse a la barandilla, aunque esta vez con expresión horrorizada, despeinada y con sangre en un pómulo.

—¿Qué pasa ahora? —ruge Zanzíbar encolerizado.

—No quiere dármela, se ha puesto hecho una fiera.

El detective salta de golpe del sillón y Zanzíbar se vuelve hacia él.

—¿Qué cree que va a hacer?

—Terminar con esta situación ahora mismo.

El farmacéutico alza una mano.

—De eso nada. ¡James, encárgate tú de Ulises! Si no quiere darte esa maldita espada, tienes permiso para darle un par de bofetadas.

James aparece de la nada; observa un instante el tramo de escaleras, mira después a Teresita y comienza a subir los peldaños de dos en dos como un tigre. Sus pasos rápidos y ligeros suenan en el piso superior. Segundos después oyen otra vez voces, gritos, forcejeos y golpes de cosas que caen al suelo.

—Se va a quedar usted sin servicio —dice Josefina.

—No subestime a ese pequeñajo, es experto en artes marciales. Ni se imagina la de coces y brincos que puede llegar a dar en un momento. Cuando se lo propone es como un canguro cabreado.

Al poco, James se asoma jadeante en la barandilla con la espada en las manos y se la muestra a Zanzíbar como una ofrenda. Él levanta la cabeza y lo mira con expresión de pata de banco.

—Escóndesela donde no pueda encontrarla durante un año. Te nombro responsable de lo que pueda hacer con ella. ¿Me has oído bien? —James asiente y baja al trote las escaleras—. ¿Por dónde íbamos? Ah, sí, las fotografías. —Zanzíbar se deja caer sobre la *chaise longue,* llena los pulmones y le hace a Conrado un gesto para que se siente, coge el MacBook y clava los ojos en la pantalla mientras desliza su dedazo por la superficie táctil. Transcurre como un minuto en absoluto silencio, hasta que por fin levanta la mirada—. Supongo que deben ser auténticas. Así que estas fotos han viajado de Barcelona a Londres. Vaya —dice pensativo mientras se observa los pies, mientras piensa en un traidor entre el círculo de conocidos de Aldous Rapp. Tiene las escleróticas enrojecidas por la ira, aplastaría a ese tío como a una hormiga—. ¿Esta es la única pista que tienen?

—Por ahora sí.

—¿Quién es ese hijo de puta que ha enviado estas fotografías a Londres? Porque si supiera quién es, quizá podría ayudarles.

—No tengo esa información.

—Y si la tuviera no me lo diría.

—Téngalo por seguro. Intentaría algo por su cuenta y lo echaría todo por tierra. ¿Va a enviar esas fotografías de una vez?

Zanzíbar consulta su reloj mientras piensa qué demonios estaría tramando ahora su sobrino, calcula la hora que debe ser en algún lugar en las antípodas y comienza a teclear en el Mac.

—Voy a enviárselas ahora mismo.

—¿Está seguro de que comprenderá lo urgente que es esto? —le pregunta Josefina.

Zanzíbar retira los ojos de la pantalla y la mira.

—También pienso llamarle para explicárselo, señorita. Pero haré eso si me dejan el margen de tiempo suficiente para que antes le envíe este correo.

Vuelve a concentrar sus pupilas en la pantalla. Josefina aprieta los labios e intercambia una mirada con Conrado, que simula cerrarse la boca con una cremallera mientras lo observa teclear en el portátil.

Segundos después Zanzíbar termina y da un toque final efectista con el pulgar sobre una tecla. Los mira muy despacio mientras su mano va directa a un bolsillo del batín y saca un teléfono encriptado último modelo fabricado por Boeing. Marca un número que conoce de memoria y se pega el aparato a la oreja. Aldous Rapp contesta al quinto tono.

—Discúlpame Aldo, ya sé la hora que es ahí —dice Zanzíbar sin más preámbulos—, pero ha surgido algo perentorio. Tengo aquí al señor Conrado y a su socia y me han traído un lápiz de memoria con unas fotografías para que te las mires y me digas si las reconoces. Sí, te las acabo de enviar por correo electrónico. ¿Las tienes ya? Pues es necesario que te las mires. Sí, ahora. De acuerdo, esperamos. ¿Cómo? Sí, es posible que haya algo. —Zanzíbar pone la mano sobre el auricular y con mirada astuta y una sonrisita, dice—: Creo que le hemos pillado en la cama, y acompañado.

Mientras aguardan, Conrado vuelve a echarse un vistazo a la herida, ha dejado de sangrar.

—De aquí nos vamos directos a urgencias —dice Josefina amonestándole con una mirada severa.

—¿Sí? —responde Zanzíbar. A esa afirmación prosiguen tres más, después unos ojos de asombro—. Bien. Sí, sí… Lo he entendido a la perfección. Gracias, Aldo. —Corta la comunicación, se guarda el teléfono con expresión contradictoria y clava una mirada de halcón sobre Josefina—. Mi buen amigo Aldo dice que ese cuadro no es suyo, que nunca había visto esas fotografías.

Josefina se agarra con las dos manos a los brazos del sillón, con la cara pálida como el yeso y el pulso golpeando sus sienes. Conrado siente la sangre en la cara y niega con la cabeza, incrédulo. Tiene que llamar enseguida a Enjamio y explicárselo.

—¿Bien? ¿Qué proponen ahora? ¿Cuál es el siguiente paso? ¿Cuál es el plan B? —insiste Zanzíbar alternado la mirada de Josefina a Conrado con el ceño arrugado en profundos surcos. El detective y Josefina se miran, momentos después él se levanta en completo silencio y se acerca hasta la ventana mientras intenta pensar en algo útil que le sirva para salir del paso. ¿Le habla de Marlon? No, por supuesto que no. Tras unos segundos de cavilación se vuelve con las manos en los bolsillos y mira a Zanzíbar, alrededor de los ojos de ese miserable comienzan a dibujarse unas arruguitas. Segundos después, el farmacéutico estalla en una nueva carcajada, más ruidosa y prepotente que la anterior—. Ahora sí que pueden reírse, Conrado, les estaba tomando el pelo. Aldo dice que esas fotografías son de uno de sus Francis Bacon robados. Así que llame al comandante, ya puede desfilar por la Castellana con sus legiones.

—¿No puede contenerse, don Ricardo? —le reprocha Josefina.

—Créame que lo intento, pero es que me sale solo, de muy adentro. —Ricardo Zanzíbar entrelaza los dedos por detrás de la nuca, estira las piernas y comienza a mover un pie con ritmo fijo. Su inmensa barriga se bambolea en el aire como un globo atiborrado de gelatina a punto de reventar—. Por cierto, observo que esa herida está mucho mejor, pero también veo que tienen los vasos llenos. Aún no han probado mi matarratas.

Conrado coge el vaso de Macallan, se lo acerca a los labios y mira a Zanzíbar por encima del borde. El farmacéutico tiene sus ojos clavados en él, observándolo como si fuera un espécimen. Deja el vaso sobre el mueble bar con un fuerte golpe y se pone en pie.

—Josefina, vámonos ahora mismo, no aguanto un minuto más. Por cierto, Zanzíbar, ha llegado el momento de que colabore un poco y convenza a Rapp para que denuncie esto.

El farmacéutico escucha a Conrado con la boca y los ojos muy abiertos, medio airado. Instantes después enseña los dientes y sus carcajadas pueden oírse hasta en la cima del Tibidabo.

Se desvanece la luz del día y avanza la oscuridad, pero el aire continúa siendo caliente y cargado. Un sombrío resplandor violáceo baña las copas de los árboles cuando toman la carretera de la Arrabassada para descender a la ciudad. Barcelona se dibuja en la lejanía nocturna y misteriosa. A Josefina le estremece verla así, con las lucecitas amarillentas parpadeando en las sombras recortadas en que se han convertido los edificios y la luna suspendida en un cielo sin estrellas, como una mancha de claridad, con un mar en calma

abrazándola conciliador. Una verdadera postal. Lo que no juzga igual de maravilloso son las curvas tan cerradas y siniestras en las que tienen que adentrarse, porque los barrancos siguen ahí, escondidos en los rincones de la noche como fauces, aguardando clientes incautos y desprevenidos para hincarles sus colmillos y tragárselos. Conrado sujeta el volante con fuerza, inclinando el cuerpo a derecha e izquierda a medida que toma las curvas. Eso la pone muy nerviosa, pero no dice nada porque está paralizada, presa de un vértigo que sube desde sus tobillos hasta sus orejas. Hunde los pies en la alfombrilla del coche como si con ello frenara en cada giro.

El sonido del móvil interrumpe a Eagles, las estrofas de *Witchy woman* quedan suspendidas en el aire. El detective observa el número en la consola del salpicadero. Es Simón Grancha. Cruza una mirada de reojo con Josefina sin perder de vista la carretera y pulsa un botón del volante.

—¿Qué ocurre?

—He estado haciendo los deberes, *bro*.

—Me he enterado de ello, Simón. De hecho, se han enterado hasta en Madrid.

—¿Bromeas?

—No bromeo.

—Estoy jubilado, ya te dije que harían preguntas. ¿O no te lo dije?

—Sí, pero idiota de mí, creí que sabrías apañártelas para salir al paso sin levantar costras. ¿No quedamos en eso?

Grancha suelta una maldición.

—¿Vas a continuar sacudiéndome estopa o quieres oír lo que tengo para ti? Te aseguro que estarás encantado.

—Adelante, ¿con quién has hablado?

—¿Tengo que recordarte que las fuentes son confidenciales?

—¿Eres periodista?

—He hablado con un tío de la central que está bien relacionado. Un antiguo compañero de cuando los geos se bajaban la cremallera para mear, porque ahora llevan mono y verás a pocos con más de cincuenta tacos.

—Pues ha piado demasiado alto, así que no vuelvas a hablar con él. ¿Le has contado algo sobre mí?

—Claro que no —miente Grancha como un bellaco—. ¿Me crees tan memo?

—Claro que sí, todo un zoquete de Cuenca. A ver, dime.

—¿Por dónde quieres que empiece?

—Por orden cronológico y de menos a más.

—Pues te voy a dar un par de primicias. ¿Te has enterado de ese cuerpo que apareció en la playa de la Marbella envuelto en una lona?

—Grancha se interrumpe unos segundos, mientras el detective hace memoria y recuerda haber leído la noticia en algún diario—. Pues era el cuerpo de un rumano: un tal Gavril Popescu, un toxicómano con antecedentes por tráfico de estupefacientes. Lo identificaron por su ficha policial.

—¿Por qué me cuentas eso? Tenías que centrarte en Marlon.

—Lo sé, el caso es que ese Gavril Popescu estuvo dos veces en rehabilitación en una clínica privada y carísima del Montseny.

—¿Y qué?

—Pues que él no podía costearse el tratamiento y aquí es donde empieza a ponerse interesante la cosa. ¿Quieres dejar de interrumpirme?

—Pues ve al grano, porque estoy conduciendo, la carretera tiene muchas curvas y ese perro peligroso de Zanzíbar me ha destrozado la pierna y ahora mismo voy camino de urgencias para que me pongan la antirrábica.

—¡Hostias! —resopla Grancha—. El meollo del asunto es la persona que pagó las facturas, un tal… Brad Tanner —añade consultando las notas hechas en una servilleta de papel de bar arrugada—, más conocido por Lester. ¿Te suena?

Al oír el nombre, Conrado da un ligero volantazo en una curva cerrada y oscura y las ruedas del Mini chirrían sobre la gravilla del arcén que acribilla los bajos de la carrocería. Josefina se agarra a la maneta de la puerta, llena los pulmones con una sonora inspiración y mira al detective con irritación. Él tiene los ojos fijos en el parabrisas, pero los desvía un instante al llegar a la recta del mirador, que continúa rebosante de moteros y deportivos tuneados con los capós levantados y música a toda pastilla. La gente va de aquí para allá en rebaños, con latas de cerveza y cubalibres de alcohol barato mezclado en botellas de Coca-Cola de dos litros. Los porros pasan de mano en mano como quien reparte churros.

—¿Lester no era uno de los tíos que se cargaron en Pedralbes? —pregunta Conrado.

—Afirmativo, un mafioso de narices.

Conrado lo sabe porque los periódicos y los informativos se encargaron de sacar a la luz su pasado más oscuro. Lo dibujaron como un auténtico demonio y la policía relacionó el triple asesinato con un indudable ajuste de cuentas entre facinerosos. Fue un trabajo hecho por profesionales.

—No sé dónde quieres ir a parar, pero supongo que ahora quieres que pregunte que por qué pagaría Lester la rehabilitación de Popescu.

—Exacto, y la respuesta es que su hermana, una modelo llamada Ivana, es la chica de Lester. La policía la ha traído hace dos días de Rumanía para que identifique el cadáver de su hermano. Por lo que

parece, la pobre no sabía nada de nada.

—Ajá. ¿Te ha dicho tu colega quién hizo el trabajo?

—No lo saben aún, pero no te me anticipes, porque resulta que Lester era un pozo de sorpresas. Así que vamos a ir por partes.

Conrado pone el intermitente y se para en el arcén con un volantazo, después mira a Josefina mientras saca el teléfono, desconecta el manos libres y se lo pega a la oreja.

—Simón, ¿te acuerdas de cuando estudiabas EGB y recitabas las tablas de multiplicar de carrerilla?

—¿Qué me quieres decir con eso?

—Pues que te dejes de tanto suspense y de tantas mariconadas y que desembuches de una vez.

Conrado vuelve a mirar a Josefina, ella menea la cabeza con reprobación por su tono tan severo.

—Vale profe, pero no hacen falta tantos humos. La génesis del asunto se remonta a un antro del Gòtic, el Boogie, no sé si lo conoces —prosigue Grancha—. Hace unos diez días asomó por allí una cuadrilla de moteros y la liaron parda, destrozaron el garito y mandaron a la mitad de los clientes a urgencias. Sospechan que fue cosa de una banda llamada los Leones. ¿Te suenan esos?

—Sí, claro que me suenan, cualquiera que se mueva un poco por las calles o esté mínimamente informado sabe quiénes son. Pero ¿qué conexión tienen los Leones con Lester, Marlon o con Quílez?

Grancha le explica la paliza que Lester había dado días antes a uno de los Leones en el Boogie y su posterior fallecimiento en el hospital a causa de una infección. Conrado le pregunta por el motivo de la paliza y Grancha responde que nadie lo sabe.

—Lo que más preocupa ahora a la poli es que alguien ha reducido a cenizas el club que tenían los moteros en el Paral·lel y temen que haya represalias.

—Con Lester metido en una nevera del depósito, ¿contra quién van a ir esas represalias?

—Esos tipos tienen muchos enemigos, entre ellos otras bandas rivales.

Josefina le hace un gesto y vocaliza un nombre.

—Simón, ¿qué me dices de Marlon? ¿Has averiguado algo sobre él?

El auricular crepita de pronto, escupe un chasquido metálico y la comunicación se corta de golpe. Conrado mira incrédulo el móvil en su mano, sacude la cabeza y se vuelve hacia Josefina.

—¿Qué ocurre, Evaristo?

—Me ha colgado, yo mato a este tío. —Pulsa el botón de rellamada, pero el teléfono de Grancha comunica—. De verdad que lo mato.

La comunicación se ha cortado porque Grancha acaba de tirar el teléfono de cualquier forma sobre la cama. La puerta se ha abierto

muy despacio y Nora ha entrado en su habitación ligera de ropa y sigilosa como una pantera. Él ha comenzado a salivar y a sentir ese glorioso cosquilleo en los huevos que le sobreviene tan a menudo desde que está allí. La mulata está en modo *supergirl* y comienza a colgar sus ligeros y vaporosos trapitos en el gancho de la puerta. Trae los ojos nublados por la yerba y la cara maquillada con sus pinturas de guerra.

—¿Hablabas con alguien?

—¡Jodeeer, nooo!

—¿Quieres compañía?

Grancha abre las sábanas de un tirón, se desviste en un instante y se lanza como un animal sobre la cama. Está listo desde que ella ha cruzado la puerta. Nora da unos pasitos de puntillas y se desliza desnuda entre las sábanas. Sus manos van directas a su miembro duro, se vuelve y presiona con el culo bien fuerte en sus muslos.

—Métemela bien hondo.

Simón Grancha obedece y se la mete bien hondo. Echa el mejor polvo de su vida.

25
LOS LEONES

Un sol apabullante cae entre los viejos edificios de la calle Riereta, un pasaje angosto, de aceras estrechas y construcciones con pequeños balcones adosados. La calle pertenece al barrio del Raval, una zona alejada del objetivo de los turistas donde la mayor parte de los locales comerciales tienen las persianas cerradas o tapiadas y la gente que transita por allí son vecinos o se ha extraviado. O son clientes de narcopisos.

Nada en especial llama la atención aquella mañana, salvo la presencia que ya viene siendo habitual desde hace unos días de una panda de tíos robustos apostados con cara de pocos amigos en torno a un portal como ante la puerta de un gimnasio. Llevan el pelo cortado a cepillo, cazadoras ajustadas, pantalones anchos y hablan con acento extranjero. Se trata de un control de acceso de los hombres de Bloque. Hablan entre ellos, se pasan el tabaco, comen pipas y escupen en el suelo mientras esperan que pase el tiempo y sucedan cosas, como que alguien se ponga duro para partirle la boca. En sus cazadoras llevan un parche con la cabeza de King Kong mostrando sus fauces desafiantes: el logo de Bloque, un negocio muy rentable tras el que se oculta Borko Clamparu. Los tíos cantan que da gusto ocupando todo el ancho de la acera, pero están ahí por eso mismo, porque su sola presencia intimida y todo aquel que sale del portal no vuelve a entrar.

Ahora mismo se parten de risa porque el negro se ha plantado de brazos cruzados en la puerta como una estatua de David y una señora que volvía del banco de alimentos con el carro cargado se ha quedado en la calle. Por mucho que le ha empujado para apartarle, el tipo no ha movido sus pies ni un milímetro. Así que después de algo más de dos horas sentada frente a la puerta como protesta, se ha marchado arrastrando el carro a trompicones hasta la comisaría más próxima; allí la han despachado con viento fresco porque estaba de okupa.

Un patinete eléctrico cruza la calle de extremo a extremo como si huyera de algo; pasa una madre que arrastra del brazo a un niño que no quiere ir al colegio, ella señala una esquina y le amenaza con que los barrenderos que acaban de aparecer con sus escobas y sus capazos van a llevárselo a algún lugar horroroso y se van a comer sus entrañas sin tan siquiera pestañear. Los operarios del servicio municipal de limpieza llevan auriculares metidos en las orejas y a todas luces su trabajo no les apasiona demasiado. Cada día efectúan el mismo recorrido y se cruzan con la misma gente, por lo que podría decirse que forman parte del paisaje de la calle Riereta.

Los Leones no han averiguado en qué agujero se oculta Borko, de alguna forma debe saber que lo están buscando y es como si se lo hubiese tragado la tierra, pero sí que han dado con sus hombres y estos van a pagar por él. Tan solo han tenido que pasarse por la Plataforma de Afectados por la Hipoteca para conseguir la información. Por lo visto, Bloque tiene demasiados detractores, sobre todo entre la gente que desalojan de sus casas a causa de la crisis. Ahora que saben cómo joder a Borko van a devolvérsela. Golpe por golpe.

Una furgoneta de Correos entra muy despacio en la calle Riereta. Dentro suenan a toda pastilla los compases del maravilloso Bolero de Ravel. Al volante va un tipo de barba espesa y una larga melena negra, lleva un mono oscuro de esos en los que no se nota la mierda, una gorra calada hasta las cejas, gafas oscuras y guantes de trabajo. Rastrea los números de los portales a través del parabrisas como si buscara una dirección muy precisa. Unos metros más adelante, Sandokán detiene el motor frente a los chicos de Bloque, finge que mira unos segundos un albarán, apaga la música y baja la ventanilla con las mandíbulas apretadas. Asoma la cabeza y observa que los muchachos comienzan a mirarse unos a otros, nerviosos. Los estudia unos segundos. Se conoce el paño, son esa clase de gente que no necesita ninguna provocación para saltar y arrancarle los ojos a quien haga falta.

—¡Eh, moreno! —grita Sandokán—. Tengo que entrar ahí, ¿pasa algo?

Un tipo negro se saca las manos de los bolsillos, despega la planta

del pie que apoya en la pared del edificio y se acerca con cara de animal.

—¿Qué coño has dicho? —Su voz es un gruñido ronco.

Sandokán esboza una sonrisa torcida y simula que mira otra vez el albarán.

—Tengo que entregar un paquete ahí.

—Antes de esa mierda, ¿qué coño has dicho antes de eso? ¿Cómo me has llamado?

El mandamás de los Leones pasea la mirada por el rostro de los fornidos hombres que ocupan la acera.

—¿Sois de algún club de amigos o algo así?

El tipo mete la nariz por la ventanilla y mira aquí y allá, tiene el rostro lleno de verdugones y cicatrices. Separa los labios, sus dientes son amarillentos y su aliento agrio. Lleva una porra extensible escondida en la mano y está preparado para romperle la cara, cosa que haría con gusto. Sandokán tensa el bíceps izquierdo y cierra el puño derecho.

—Vuelve a llamarme moreno y te mato aquí mismo.

Sandokán puede notar cómo su aliento inunda la cabina de la furgoneta y se extiende como un veneno. Levanta las palmas de las manos con una sonrisa interior.

—Vale, vale. No te enfades, tío.

—Eh, ¿qué coño pasa ahí? —dice otro tipo de la pandilla acercándose. Tiene la mandíbula cuadrada y el cuello grueso como una cañería, fornido como un auténtico Madelman. Por lo que parece es quien lleva la voz cantante. El mandamás de los Leones aprecia un acento de algún lugar del este europeo.

—Le estaba diciendo a su socio que tengo que entregar un paquete ahí.

—Aquí ya no vive nadie, así que márchese.

Sandokán logra dibujar una expresión de sorpresa.

—Tengo un albarán en el que pone todo lo contrario —dice agitando un papel en el aire—. Si no hago mi trabajo, el jefe me echará una buena bronca.

—Ese no es mi problema, amigo. Lárguese y deje de provocar si no quiere meterse en jaleos. —Madelman coge al tipo por el codo y este se revuelve como una fiera—. Tú al portal, y olvídate de este cabrón. No quiero problemas con los vecinos —añade observando las ventanas y balcones del edificio de enfrente.

—Obedece a tu jefe y lárgate antes de que me la saque y os dé por el culo a todos —dice Sandokán.

—¿Qué has dicho? —Madelman se vuelve enseñando los dientes, con el ceño arrugado.

Un fugaz brillo en sus ojos, una sonrisa emboscada tras su espesa

barba. Sandokán llena los pulmones mientras sube la ventanilla y pone el motor en marcha. Los hombres que ocupan la acera se ponen en guardia, existe la posibilidad de que al final tengan que arrancarle la cabeza y separar sus extremidades del cuerpo si no se va cagando leches. Entonces Sandokán alarga la mano, da dos golpes con el puño en la plancha que separa la cabina de la zona de carga y vuelve a poner el Bolero de Ravel a toda pastilla.

La puerta corredera de la furgoneta de Correos se abre de golpe y la cara de suficiencia de los chicos duros de Bloque se borra. Forman una piña y en sus manos comienzan a aparecer navajas automáticas, mazas de hierro y puños americanos. Son antiguos combatientes de la guerra de los Balcanes y están preparados para cualquier contingencia. Casi para todo. Del oscuro interior de la furgoneta asoman dos tubos gruesos y ennegrecidos, con una llamita en el extremo final. Cada uno de los tubos acaba en una serpentina de goma de un dedo de grosor conectada a una bombona que contiene petróleo y aire a presión obra del manitas de Buj, que aparte de reparar las averías de las motocicletas hace obras de arte magníficas con una caja de tornillos y un par de metros de alambre.

Antes de que puedan intentar nada, ruge un zumbido resonante y la calle se llena de un extremo al otro de alaridos animales de dolor.

26
FERRAN LOMBARDO

El Oso toma el pasillo con un bostezo y lo recorre de punta a punta, observando los cubículos acristalados, el reflejo de luz de las pantallas en los rostros. En casi todos hay gente trabajando en silencio. Entra en la antesala del despacho de la inspectora Reches, levanta una manaza y saluda a Sonia. Tiene aspecto de estar demasiado despierta, fresca como una lechuga, mientras que el subinspector tiene cara de tulipán mustio. Se sienta frente al ordenador y se queda unos segundos con la mirada fija y en silencio, sin tocar nada, conteniendo la respiración mientras estudia los objetos que hay sobre la mesa como si por primera vez estuvieran allí. Arruga el ceño y las aletas de su nariz se dilatan como un automatismo. Tiene una extraña intuición, más bien una percepción extrasensorial. Se inclina, le da un ligero manotazo a la cajonera y uno de los cajones se abre sin necesidad de meter la llave. Se vuelve hacia Sonia, ella levanta la mirada de los papeles que cubren su mesa.

—Sonia, ¿ha pasado ya la señora que se ocupa de la limpieza?

—No la he visto aún, siempre empieza por la otra ala del edificio.

Ríos asiente y señala su mesa, ella levanta una ceja.

—¿Has visto si alguien se ha sentado aquí o si han tocado algo?

—Desde que estoy yo, no. ¿Qué ocurre, Roberto?

—Juraría que alguien ha estado husmeando en mis cosas —dice examinando la mesa—. Además, la cajonera estaba abierta.

—¿Estás seguro de que la dejaste cerrada?

—Segurísimo.

Ríos es un hombre ordenado, le gustan las cosas en su sitio y cuando se marcha a casa siempre lo cierra todo bajo siete llaves. Aunque hay pocas cosas que le pongan nervioso, la sola sensación de que alguien haya trasteado en sus cajones comienza a revolverle el estómago. Se levanta de la silla con la mandíbula en tensión, se asoma al pasillo, mira a izquierda y derecha y vuelve a sentarse con la misma sensación.

—¿Echas en falta algo? —le pregunta ella con preocupación.

—A simple vista no, pero no me gusta que nadie toque mis cosas sin permiso.

—Por supuesto, ¿quieres que haga algo?

—Sí, si ves a alguien merodeando por aquí, quiero saberlo. Sea quien sea.

Sonia asiente. Aparte de ella, la señora de la limpieza y alguna que otra persona de mantenimiento, allí solo hay policías. Lo observa mientras inspecciona con mirada ceñuda los cajones. Sonia lo conoce desde hace más de una década y no hace falta que nadie le diga que el subinspector está muy preocupado, porque caza al vuelo todas sus expresiones. Pero lleva una larga temporada que está más serio que de costumbre, de hecho, salta con facilidad y cuando menos te lo esperas suelta un corte. Sonia encuentra que hasta su sombra ha cambiado. ¿Durará mucho tiempo esa situación? Espera que sea algo pasajero. El subinspector la mira asintiendo.

—Sí, está todo. Y sin embargo se mueve. —Ríos emula a Galileo Galilei con la seguridad de que alguien ha husmeado en sus cosas.

Lombardo observa alucinado al hombre que tiene delante con un traje impecable, le queda de miedo, como si llevara una armadura diseñada por el mismísimo Armani. Su aspecto es el de los tíos que lo tienen todo bajo control, aunque sabe que es poco más que un mero charlatán al que le gustan los discursos cargados de palabras pomposas cuyo significado hay que buscar en el diccionario. Se pregunta si de verdad se cree todo lo que dice cada vez que aparece en televisión. En todo caso, está consiguiendo que los medios le presten atención excesiva. Si su objetivo es hacer ruido y darse publicidad, lo está logrando con creces, porque el jodido Ramón Espadas sale en todos los canales despotricando contra la policía, a la que tacha poco menos que de mafia. La sociedad está enferma, necesitada de entretenimiento, dice para sí el comisario mientras le sostiene la

mirada, no hay más que conectar cualquier canal para comprobar que hoy en día cualquier chalado eufórico tiene su espacio en televisión o que famosos caídos en desgracia se prestan al ridículo en programas denigrantes.

Sea como sea, el popular abogado se ha convertido en una china en sus zapatos.

Ramón Espadas se aparta con un dedo el rizo brillante y solitario que cuelga sobre su frente y se retoca con la mano el cabello duro y engominado que sobrevuela su oreja derecha como un aparatoso guardabarros.

—Me ha sacado a las siete de la mañana de la cama, comisario. ¿Qué es eso tan importante qué tiene que decirme en persona?

Lombardo lo observa con mirada serena.

—Anoche tuve una conversación muy decepcionante con el director de la policía por el asunto de su querella contra el departamento. Señor Espadas, nos ha señalado y nos ha convertido en diana de todos los dardos.

—Supongo que no quieren que los ciudadanos sepan la verdad de lo que ocurre en esta ciudad.

—Según usted, ¿cuál es esa verdad, señor Espadas? —El comisario eleva una ceja.

—La lepra.

Lombardo se recuesta en la silla mientras escruta el brillo triunfador que despiden las pupilas del abogado. Conoce ese discurso, está cansado de oírselo.

—Nos esforzamos por mejorar cada día. En cuanto detectamos una manzana podrida procuramos deshacernos de ella, como hemos hecho siempre. Así que no voy a permitir que vaya por ahí lanzando acusaciones generalizadas ni sospechas infundadas sobre mis hombres. Está sembrando desconfianza entre los ciudadanos y el cuerpo al que represento.

Ramón Espadas llena los pulmones, eleva su poderoso mentón y mira hacia arriba como si pudiera ver más allá del techo y vislumbrar el cielo protector desde la silla de aquel despacho. Momentos después observa al comisario como si acabara de vivir una experiencia transcendental.

—Cuando Jesús descendió del monte en Galilea, vino a él un leproso, se postró hincando una rodilla en el suelo y le dijo: «Señor, si quieres, puedes limpiarme». Jesús, en su infinita misericordia, extendió la mano, le tocó y contestó: «Quiero». Y así que él hubo hablado, al instante la lepra se fue de aquel y quedó limpio. —Tras la cita bíblica, Espadas añade—: De lo que no estoy tan seguro es de si usted quiere limpiar la lepra. ¿Va a pronunciar las palabras de Jesús? ¿Va a hacer algo? Tan solo necesito oír una palabra.

El comisario le escucha con calma, sin despegar su mirada de él. Espadas es un personaje retorcido, pero su manual de instrucciones es sencillo.

—No estoy seguro de haber entendido la letra pequeña —comenta Lombardo—, dice que quiere que limpie una supuesta lepra y en todos sus discursos pide mi dimisión. ¿Qué quiere en realidad?

Ramón Espadas se sonríe con ojos zorrunos, acusa a la policía de hechos muy graves que tendrá que demostrar ante el estrado, pero mientras tanto, está consiguiendo que los periodistas monten guardia ante la puerta de su bufete para arrancarle una declaración como si el muy desgraciado fuera una estrella de Hollywood. El comisario pone las manos cerradas como dos martillos sobre la mesa.

—He perdido a un excelente policía y tengo a otro en tratamiento psicológico. Y usted no me facilita las cosas. Sabe que la muerte de su cuñado fue en defensa propia y lo único que busca es circo y publicidad.

El abogado apoya un codo en la mesa, vuelve a apartarse el rizo de la frente y se inclina hacia delante con cierto aire provocador.

—¿Era necesario vaciarle todo un cargador como si fuera Al Capone? Mi hermana está desolada.

—Aún no hemos podido hablar con ella como es debido.

—Y también está en manos de psicólogos —se apresura en añadir Espadas—. Estaban acosando a Juanjo con esas absurdas inspecciones en sus tiendas y lo tenían sometido a vigilancia ilegal. El resultado de esa presión ha sido una viuda y dos huérfanos.

—Dos viudas —añade Lombardo.

—Ya —dice Ramón Espadas—. Y alguien va a pagar los platos rotos.

—Asuntos Internos está llevando a cabo una investigación. Si hay un culpable, sufrirá las consecuencias.

—Ja, Asuntos Internos. Una pieza más del engranaje de esa corrupta organización que dirige usted. Todos sabemos de antemano cuál será el resultado de esa investigación. ¿Para esto me ha hecho venir?

—Le estoy avisando para que no empeore la situación. ¿Quiere echar por tierra todo el esfuerzo de mis policías?

Espadas esboza una sonrisa triunfadora como la que ensaya cada vez que se enfrenta al espejo, como la que ofrece a los clientes que recibe por primera vez en su bufete. Como la que siempre exhibe ante las cámaras y en los pasillos de los juzgados. Mera fachada.

—Lo siento, pero lo tenemos más que claro y decidido: la querella va a seguir adelante. Queremos una satisfacción y esa es la única manera que conozco. Tienen que responder ante el juez y por supuesto ante la opinión pública.

Ferran Lombardo asiente.

—Tienen todo el derecho, no podemos impedírselo.

—Faltaría más —replica Espadas tajante mientras desvía la mirada hacia su Rolex de pulsera—. Y ahora, si no desea nada más, tendrá que disculparme. Tengo otros asuntos que atender.

El abogado se pone en pie, se alisa los faldones de la chaqueta, se la abrocha y se yergue como si fuera todo un caballero.

—Le deseo buenos días comisario.

—Aguarde un momento —dice Lombardo—. Aún no hemos terminado, siéntese.

Espadas lo observa unos segundos con mirada fija, mientras se ajusta el pasador de la corbata y el cuello de la camisa con aires de hombre ocupado. El comisario le hace un gesto con la mano.

—Por favor. —El abogado entreabre los labios y una expresión vacilante se dibuja en su rostro—. ¡Maldita sea, le he dicho que se siente! Si intenta salir por esa puerta no tendré más remedio que ordenar a los policías que hay ahí fuera que le lean sus derechos.

—¿Cómo dice?

—Que vuelva a plantar su culo en esa silla.

Espadas se desabotona la chaqueta muy despacio, sin despegar la mirada de Lombardo, y se deja caer perplejo por el tono que emplea ahora el comisario.

—Qué quiere.

—Art Loss Register. ¿Le suena ese nombre?

Espadas siente una repentina subida de sangre caliente a la cara, como si lo hubieran abofeteado. No puede evitar que el hombre que tiene delante descubra su expresión de sorpresa.

—¿A qué viene eso ahora?

—Lo sabe muy bien. ¿Se ha puesto en contacto con ellos estos últimos días?

Espadas entrecierra los ojos y se obliga a pensar a toda prisa. Calma. Tómate tu tiempo. Coge perspectiva. Sitúate. Ten sangre fría y no contestes a la ligera. Sé preciso y quirúrgico con las respuestas y no intentes ser demasiado pedagógico.

—No lo sé, tenemos muchos clientes. Quizá haya sido una de mis secretarias. Intercambiamos cientos de correos electrónicos a la semana.

Lombardo arruga el ceño y asiente muy despacio con la cabeza.

—No he dicho nada de ningún correo electrónico.

—Solo lo he supuesto, la mayoría de las comunicaciones se efectúan hoy en día por ese medio.

—Entonces, ¿no sabe si alguien de su bufete puede haber intercambiado un correo electrónico con Art Loss Register?

—Le repito que no lo sé.

—¿Sabe a qué se dedica Art Loss Register?

—Supongo que a lo que su propio nombre indica. —Lombardo sacude la cabeza con una sombra de sonrisa en la cara—. ¿Se divierte, comisario?

—Cada una de sus frases incluye un «no lo sé» o «un supongo». ¿Se da cuenta de que tiene casta de político?

El abogado se alegra de estar sentado, a la oleada de calor que comienza a condensarse en forma de sudor por todo su cuerpo se suma ahora una súbita flojera en las piernas. Se siente como la primera vez que disertó una matraca de novato ante el estrado y por mucho que lo intentó no dejó de tartamudear de principio a fin. Es consciente de que ha caído como un principiante en la trampa que ha tejido el comisario.

—Por el amor de dios, déjese de rodeos. ¿Va a decirme de una vez qué quiere y a qué viene todo esto?

—Claro. —Lombardo descuelga el teléfono y mientras se lleva el auricular a la oreja lo funde con la mirada—. No sé con qué clase de gente se mezcla ni quién se cree que es, pero si tiene que temer a alguien, témame a mí.

Espadas parpadea muy despacio mientras el comisario intercambia unas breves palabras con alguien al otro lado de la línea y cuelga. Momentos después, una mujer de mediana edad y prieta de carnes, seguida de un hombre alto, ancho de hombros y mirada sombría, entran en el despacho. Ramón Espadas los repasa de arriba abajo y lee el lenguaje corporal de ambos. Sí, tienen el aspecto y el porte, pero no son ninguno de los muchos que conoce de sus idas y venidas por las comisarías y los juzgados. A pesar de eso, tiene la certeza de que son policías. Se apostaría una mano. Su mirada se detiene en el rostro del hombre. Sí, joder. Es él. Conoce al tipo que acaba de entrar, está seguro. Comienza a moverse inquieto en la silla, con las piernas atenazadas por un ligero temblor, hasta que por fin se levanta como un resorte y señala a Conrado con un dedo insistente.

—Yo le conozco.

El detective hace un gesto de sorpresa.

—¿En serio?

—Claro que sí, nunca olvido una cara. Estaba en el entierro de mi cuñado. Hablamos en el baño. Le recuerdo bien, dijo que trabajaba para un mayorista. ¿Cómo dijo que se llamaba? —dice vacilante. Un segundo después chasquea dos dedos en el aire—. López. Sí, dijo que se llamaba López. Ya sabía yo que ese nombre era falso. —Espadas desvía la mirada hacia el comisario—. No me diga que infiltró a un policía en el entierro de Juanjo, no se puede caer más bajo.

—Es cierto, estuve en el entierro de su cuñado, pero no en calidad de policía infiltrado, sino de detective privado. Y de hecho usted

también me recuerda a alguien que conocí allí. Sí, me recuerda a un charlatán indeseable que aprovechaba el entierro de su cuñado para pasearse por los corrillos como un endiosado y captar clientes para su bufete con una exhibición de labia.

A la brigada se le escapa una fugaz risita que intenta disimular volviéndose de costado.

—¿Tengo que aguantar esto? —dice Ramón Espadas indignado.

—Siéntense todos, los tres —dice Lombardo con tono autoritario.

Se acomodan formando un semicírculo frente a la mesa sin que Espadas deje de observar al detective con miradas largas y cargadas de furia. El comisario carraspea y señala a los recién llegados.

—Brigada Elisa Rodríguez, del Grupo de Patrimonio Histórico de la Guardia Civil y el señor Evaristo Conrado, investigador privado. Ambos trabajan en casos diferentes pero que persiguen el mismo fin.

El horizonte de Espadas se enturbia con un frente de nubarrones. Intenta que el puzle tome forma en su cabeza, pero aún faltan muchas piezas por colocar y dos figurantes desconocidos acaban de aparecer en la escena. Mira al comisario con una pregunta en los ojos.

—¿Qué caso es ese?

—Ayer a última hora recibí una llamada del comandante jefe del Grupo de Patrimonio Histórico de la Guardia Civil —dice Lombardo con voz profunda y tranquila—. Me puso al corriente de una serie de hechos que desconocía hasta el momento y que de alguna manera le involucran a usted en una trama delictiva. Por eso le he sacado de la cama tan pronto.

—¿Qué? ¿Cómo se atreve a acusarme de esa forma? —Espadas siente erizarse el vello de la nuca. Mira a la brigada y a Conrado, que le devuelve una sonrisa petulante—. Ya veo por donde va, quiere intimidarme para que retire la querella contra su departamento.

Lombardo mueve la cabeza.

—Señor Espadas, eso que dice es muy grave y su situación ahora mismo no lo es menos. Si tuviera que expresarlo en lenguaje plano de la calle, le diría que ha bebido aceite.

El abogado cierra un instante los ojos, no quiere oír nada más. Se levantaría y saldría de allí corriendo, pero se ve incapaz de despegar sus húmedas nalgas de la silla. Durante unos segundos reina un silencio plomizo.

—No me gusta lo que acaba de decir ni el lenguaje que ha empleado para ello —dice al cabo.

—Es para que vaya acostumbrándose a la jerga carcelaria. —El comisario instala su mirada sobre el detective, que desde que ha puesto sus pies allí dentro observa a Espadas con expresión arrogante, mientras que la brigada se mantiene discreta. Lombardo especula con la idea de que quizá sea por esa firme subordinación jerárquica que

reina en el mundo castrense, aunque a cada negación o cada evasiva de Ramón Espadas, la brigada pone los ojos en blanco o lo observa con cara de circunstancias—. Conrado, ¿quiere explicarle al señor Espadas por qué está aquí?

—Con mucho gusto, comisario —dice el detective mientras la mirada de Ramón Espadas se instala en él—. Hace diez días cinco hombres armados allanaron una casa en las afueras de la ciudad. Agredieron al propietario, lo amordazaron, vaciaron la caja fuerte y se llevaron una colección de cuadros valiosísima. Esos hombres pertenecen a una banda organizada y profesional, quizá internacional. Me han contratado para recuperar esas obras de arte y tengo el convencimiento de que el robo fue un encargo.

Espadas se vuelve hacia el comisario.

—¿Puedo saber qué pinto yo en todo esto?

Lombardo eleva un dedo.

—Claro, va a saberlo ahora mismo. Brigada, ¿quiere continuar? ¿Quiere explicarle al señor Espadas cuál es su papel en todo esto?

Ella se inclina un poco hacia delante y entorna los ojos hacia él, Espadas le devuelve una mirada fría y adelanta el labio inferior preparándose para lo que no quiere oír.

—Hace tres días recibimos un aviso de la sociedad londinense Art Loss Register, una firma que se dedica al rastreo de obras de arte robadas y que tiene la base de datos más importante del mundo. Aunque eso usted ya lo sabe, ¿verdad? —Sin aguardar su respuesta, prosigue—. Nos reenviaron un correo electrónico con dos fotografías en alta definición de un supuesto cuadro de Francis Bacon que recibieron de una persona que estaba interesada en saber su situación legal. —La brigada se detiene y, tras una pausa de suspense, añade con voz firme—: Esa persona fue usted. El correo que recibieron en Art Loss Register fue enviado desde el ordenador de sobremesa de su despacho, donde según las triangulaciones de los repetidores de telefonía se encontraba usted en el momento del envío.

Conrado mira al abogado con una sonrisa torcida y le señala con un dedo.

—¿Y quiere que nos traguemos que no sabe nada del asunto? Es usted un listillo.

—¿Envió ese correo? —inquiere Lombardo.

La lluvia de acusaciones llega desde todos los ángulos y Ramón Espadas sacude la cabeza como si quisiera despertar de una pesadilla, se pasa la mano secándose el sudor de la frente y explota.

—Sí, maldita sea. Lo envié yo, pero les aseguro que se equivocan de persona. Yo no sabía nada de esos cuadros hasta ese preciso momento y mucho menos sé nada del robo.

Se observa en los ojos oscuros de Lombardo, que ahora incluso

destilan un brillo de peligro.

—¿Dónde están los cuadros y el resto de ese botín? Esa es la única respuesta que necesito oír —dice el comisario.

—Es que se equivocan de principio a fin —repite Espadas con una especie de amargura, volviéndose a pasar la mano por el sudor del cuello—. Ni hice esas fotografías, ni tengo los cuadros, ni sé dónde están. Me han utilizado como a un principiante. ¿Puede subir el aire acondicionado, por favor? —dice mirando el aparato.

Lombardo saca el mando de un cajón sin apartar la mirada del abogado y pulsa un botón.

—¿Quién le ha utilizado?

Espadas traga saliva. «Dios, ¿por qué me haces esto? ¿Es una de tus pruebas?». Hunde los codos sobre sus mulos, cierra los ojos y aprieta la frente sobre sus dedos entrelazados.

—Un par de cabrones —dice con un hilo de voz.

La reunión fue breve y tuvo lugar en un céntrico y lujoso ático dúplex de la calle Aribau. Álvaro Franco, un marchante de obras de arte y antiguo cliente de su bufete, le citó para ofrecerle la posibilidad de adquirir un cuadro valiosísimo a precio más que razonable. Al encuentro también asistió un tipo corpulento y musculoso, de mirada tranquila pero desconfiada, al que Álvaro presentó como Johan. El tal Johan dijo que era amigo del propietario del cuadro y que estaba allí para asegurarse de que las cosas se hacían bien, pero se mantuvo al margen casi todo el tiempo, escuchando sin intervenir.

El marchante le mostró dos fotografías de un supuesto cuadro de Francis Bacon y se lo ofreció por medio millón de euros asegurándole que su valor de mercado superaba con creces los dos millones. Espadas pidió conocer al propietario, pero Johan dijo que eso no era posible, ya que residía en Londres y prefería guardar el anonimato. Pero le aseguró que la operación podía cerrarse de inmediato porque estaba en aprietos económicos y necesitaba liquidez con urgencia. Le dieron un plazo de cuarenta y ocho horas para pensárselo y un lápiz de memoria con dos fotografías del lienzo.

Ramón Espadas tenía ante sí una oportunidad única de lucrarse, pero la repentina llamada de Álvaro Franco, del que no sabía nada desde hacía varios años, unido a la presencia en la reunión de aquel tipo de aspecto tan sospechoso, le hicieron recelar. Así que nada más llegar a la oficina, se encerró en su despacho y envió un correo electrónico con las fotografías del cuadro a Art Loss Register, cuyos servicios ya había utilizado con anterioridad. Menos de veinticuatro horas después recibió la respuesta desde la sede de la firma en Londres: la Guardia Civil había enviado a INTERPOL una alerta por la sustracción de un tríptico de Francis Bacon. Además, le informaban de la fecha y la ciudad donde se había llevado a cabo el robo.

—Llamé a Álvaro y le dije que se olvidara de mí, pero el muy desgraciado insistió en saber si yo conocía a alguien que pudiera estar interesado. Como puede imaginarse, lo mandé a freír puñetas y le dije que no volviera a llamarme nunca más, que nuestra amistad, si es que en algún momento la hubo, había terminado.

Lombardo asiente con un lento movimiento de cabeza, con los labios apretados hasta formar una línea fina.

—Usted es abogado y conoce las leyes, ¿no pensó que debía avisar a la policía?

Espadas se encoge de hombros con mirada desmayada.

—¿Qué quiere que le diga? A veces uno sueña que está cultivando un jardín de rosas, y cuando despierta descubre que en realidad se trata de un basurero. Me he equivocado, entono el *mea culpa*. ¿Qué es lo que quiere?

—Todo lo que sepa de Álvaro Franco y sobre ese tal Johan.

Espadas medita unos segundos, el comisario quiere exprimirle, lo que para él representa su oportunidad.

—¿A cambio de qué?

—A cambio de nada —dice Lombardo con una especie de sonrisa que no transmite nada de humor—. Si recuerda alguna oración, rece. Eso es lo único que puedo aconsejarle, porque esta noche va a dormir en los calabozos.

El abogado escruta la expresión severa del comisario y traga saliva. Lombardo observa su rostro congestionado y lleno de ligeras manchas rojizas que pueden deberse al calor. Espadas se desliza hasta el extremo de la silla, pone los brazos sobre la mesa y baja la voz.

—Dispongo de una información que puede interesarle.

—Ya sabe lo único que me interesa.

Espadas sacude la cabeza.

—Ya le he dicho que hacía años que no sabía nada de Álvaro Franco y que a ese tal Johan no lo había visto en mi vida. Si yo estuviera en su posición, le aseguro que querría oír lo que sabe el hombre que tiene delante.

—¿Y por qué va a contarme lo que quiera que sea eso?

Espadas encoge los hombros. Lombardo mira su reloj un instante, después a él.

—Dispone de quince segundos más de tiempo.

El abogado vuelve la cabeza a su izquierda y fuerza una sonrisa cuando se encuentra con las miradas de la brigada y del detective.

—Tiene que ser en privado.

—¿Por qué?

—Porque involucra a uno de sus hombres, un pez gordo de su departamento que nada en aguas turbulentas. Alguien que juega a dos bandas y que le está complicando mucho la vida. Ahora dígame que

sigue sin estar interesado.

El comisario tamborilea en la mesa mientras lo evalúa con ojos entrecerrados. Desvía un instante su atención hacia la ventana. Los rayos de un sol espléndido se reflejan en las vidrieras del edificio de enfrente como si fuera un espejo. Piensa un instante en los policías que patrullan las calles bajo el azote de un calor infernal y se alegra de que todos los coches patrulla lleven climatizador de serie. Cuando vuelve a mirar a Ramón Espadas, siente el impulso de levantarse, cogerlo de la pechera y sacudirlo un poco, pero tiene verdadero interés en oír lo que tiene que decir. Mira a la brigada y al detective.

—Les agradezco que se hayan tomado la molestia, ¿pueden…?

Antes de que termine la frase, ambos se ponen en pie. Lombardo también se levanta y estrecha con efusión sus manos. El detective le dedica a Espadas una de sus sonrisas torcidas.

—Menudo parásito está hecho, letrado. Y comisario —añade mirando a Ferran Lombardo—, no olvide desinfectar después esto.

Alrededor de una hora después, Ríos entra en el despacho de la inspectora Reches con un álbum de fotografías de tíos fichados en una mano y una barra de Toblerone en la otra. Lo lanza delante de Espadas y deja de masticar un instante.

—Marchando un flan con nata —dice sin disimular la sorna. Se queda en pie, con un brazo en jarras y masticando chocolate, observándole como si fuera una alimaña repulsiva.

La inspectora está sentada al otro lado de la mesa, confían en que reconozca a Johan entre los cientos de retratos descoloridos de delincuentes que encierran aquellas páginas. De hecho, los policías sospechan quién es, pero necesitan oírlo de su boca.

—Queremos que observe con atención esas fotografías y nos diga si reconoce a Johan en alguna de ellas —dice la inspectora—. No tenga prisa, tómeselo con calma, tiene que estar cien por cien seguro. —Reches abre la primera página—: Puede empezar cuando esté listo.

Espadas conoce el mecanismo, ha participado en ese tipo de reconocimientos decenas de veces, aunque desde otra posición. Fuerza una sonrisa afable y mira a la inspectora a los ojos.

—¿Cree que necesito un abogado?

—Si conoce alguno que sea honrado, usted mismo.

Ramón Espadas se mantiene a flote, nunca hubiera imaginado que un día viviría semejante calvario, pero ha conseguido hinchar un bote salvavidas de última hora y sigue en la cresta de la ola. ¿Cuánto tiempo aguantará ahí? Solo mientras sople viento favorable.

Clava la mirada en las fichas y escruta los rostros duros y amargos de aquellos desgraciados. Son fotos poco favorables de tíos desaliñados y en aprietos que intentan mantener el tipo ante el objetivo de la cámara. Tiene la certeza de que en el momento más

inesperado se topará con Johan, pero curiosea aquellos rostros y aquellas facciones sin pestañear. Hay miradas descarnadas y desafiantes, sombrías. Muecas que parecen burlarse del mundo. Ojos clementes que se preguntan cómo la han cagado para terminar allí. Ahora los comprende mejor, está en sus mismos zapatos y entiende el resentimiento y la náusea que reflejan sus rostros. Lo huele y lo palpa. ¿Tendrá él ahora esa misma expresión? No, de ninguna manera. Se toca el rizo que cuelga en su frente, su marchamo. Pasea la mirada por las páginas, reconoce a un buen puñado de ellos.

—Estos aún me deben la minuta —dice señalando a dos.

La inspectora intercambia una mirada de asombro con Ríos. El Oso se termina el Toblerone, se limpia con un pañuelo de papel y se inclina apoyando una mano sobre la mesa, invadiendo con ella el espacio de Espadas.

—Eso es lo que ocurre cuando uno se mezcla con indeseables: el primero está encerrado por abusar de una menor utilizando burundanga; el otro por atraco a mano armada. —Eleva los ojos y mira a la inspectora—. Menuda clientela tiene el pájaro. —Vuelve a observar a Espadas y añade—: Pero no se inquiete, voy a encargarme de que lo encierren y estará rodeado de antiguos clientes. Podrá negociar con ellos sus minutas a cambio de protección. Ya sabe, por lo de las leyendas de las violaciones, que no son tales leyendas.

Hace lustros que Espadas sabe quién es el subinspector Ríos. De hecho, él mismo se ha encargado de echar por tierra algunas de sus detenciones. Por su parte, el Oso siempre ha tenido una actitud hostil hacia él y ahora intenta una de sus artimañas. Así que pasa la página y hunde la mirada en las fichas. Sigue reconociendo caras. Dios, ¡cuánto bellaco ha pasado por su despacho! Si se hubiera dedicado al derecho mercantil, como su padre, seguro que habría ganado más dinero y habría tenido menos disgustos. Espadas pasa otra página. Más caras familiares y las mismas expresiones en ellas. ¡Cuántas putadas guarda la vida en cada esquina! ¡Cuántas sendas equivocadas toman las personas! ¡Cuántos pozos hondos y oscuros en los que caer! De pronto se inclina sobre el álbum y lleva su dedo con determinación sobre una fotografía.

—¿Otro que también le adeuda la minuta? —dice el Oso con tono jocoso.

—No, este es el individuo que estaba en la reunión.

—¿Johan? —le pregunta Reches.

—Sí, Johan. Aunque en realidad, todos los presentes aquí hemos visto las noticias y sabemos que era un mafioso al que apodaban Lester y que ahora está muerto. No saben lo que me alegré de no dejarme engatusar por Álvaro con lo de ese cuadro.

Reches y Ríos se miran, ella pone una mano en la mesa y se

inclina sobre Espadas meneando la cabeza.

—Nos ha tomado el pelo y nos ha hecho perder un tiempo precioso. Es usted…

El abogado la mira con aires de suficiencia.

—Solo me he tomado la libertad de proteger mi horizonte jurídico.

Ríos comienza a arrugar el ceño de forma progresiva, se coge a los bordes de la mesa con las dos manos y se inclina hasta que coloca su nariz frente a la de Ramón Espadas, a dos centímetros. Puede oler ese hedor tan característico que destilan las alimañas de dos patas. Ahora sus ojos se convierten en dos rendijas.

—No es usted más que un mierda, una simple rata de alcantarilla. Si por mí fuera, le encerraría en una mazmorra y echaría la llave a un pozo. —Se yergue muy despacio, sin despegar la mirada del abogado —. Me largo, Yolanda. Me conozco y no sé cuánto tiempo más voy a poder mantener la calma.

El Oso se pasa la mano por la frente, coge el álbum de fotos y sale del despacho. Espadas lo sigue con la mirada y observa la puerta cerrarse a sus espaldas. Se queda pensativo unos instantes. Primero le han llamado parásito, después, mierda y rata de alcantarilla. ¿Se ha puesto todo el mundo de acuerdo para insultarle? Dirige su mirada apática sobre la inspectora, que lo observa con fijeza.

—¿Cree que Álvaro Franco ya sabía quién era Johan cuando le ofreció el cuadro? —le pregunta ella.

Espadas encoge los hombros.

—Ni idea, pero saltaba a la vista que ese tipo no era ningún angelito, más bien parecía un jugador de fútbol americano en apuros. ¿Aunque no cree que eso deberían preguntárselo a él?

—Créame que lo haré muy pronto.

Toni y Nacho registraron la vivienda de Álvaro Franco a conciencia, con una orden bien calentita y recién firmada por un juez. Su lujoso dúplex de la calle Aribau quedó patas arriba, los policías vaciaron sin contemplaciones armarios y cajones, sacaron los colchones de sus somieres y los cojines de los sofás, como en las películas. Incautaron ordenadores, móviles, memorias y soportes informáticos, pero ni rastro de los cuadros de Francis Bacon ni de las joyas.

Álvaro Franco espera inquieto y sudoroso en una sala de interrogatorios claustrofóbica, se ha arremangado su camisa verde mango, se ha aflojado la corbata y no para de mirar a la cámara. Ronda los cincuenta, tiene los hombros anchos, conserva todo su cabello negro y abundante y supera el metro ochenta. A pesar de lo que pudiera parecer por su constitución, tiene la mirada triste de un perro pachón, una voz atiplada desconcertante y su barriga cuelga

abundante por encima del cinturón como una bolsa en rebajas. El tío es de los que no arrastra sus pies más allá de donde llegue con su Mercedes, lleva una vida sedentaria y come como un condenado en los restaurantes: rebaña los platos hasta sacarles brillo y no perdona nunca el postre ni una buena copa de licor.

En una sala contigua, la brigada y el detective están frente a un monitor con el audio y el video activados. La brigada sujeta su teléfono móvil frente a la pantalla y mantiene una videoconferencia mediante Skype. El comandante Enjamio aguarda expectante al otro lado de la conexión, con los codos apoyados encima de su mesa y la barbilla sobre los dedos entrelazados. Sus ojos brillan como diamantes en bruto mientras observa cómo transpira el marchante por todos sus poros. Está claro que no es un corredor de fondo, que se derrumbará sin aliento en los primeros mil metros.

La puerta se abre y entran dos policías de paisano, uno de ellos riendo con una carpeta bajo el brazo y el otro terminando de explicar un chiste. Toni se sienta frente a él y Nacho a su izquierda. Son dos zorros jóvenes y hambrientos acosando a una gallina clueca. Toni lo mira muy serio.

—Señor Franco, tiene antecedentes por perista y ha vuelto a recaer como si fuera un yonqui —dice a bocajarro, nada más sentarse —. ¿Está enfermo o es que no lo puede remediar?

—¿Dónde tiene los cuadros? —le pregunta Nacho.

Franco mueve la cabeza y observa a uno y otro con rigor.

—¿Ya se han terminado los chistes? No los tengo, ya se lo he dicho. Lo más parecido que he visto a ese cuadro han sido las fotografías. Lo repetiré las veces que haga falta, ni están en mi poder ni los he visto nunca. —Se toma un momento de respiro y baja el tono de voz—. Por cierto, no hacía falta que me dejaran la casa como lo han hecho.

—Las cosas se hacen bien o no se hacen. —Toni esboza una sonrisa resplandeciente.

—Dice que no ha visto nunca esos cuadros, sin embargo, citó a Ramón Espadas en su dúplex para ofrecérselos. ¿Todos los marchantes trabajan así? ¿Todos son así de profesionales? —dice Nacho con cierta ironía.

—Somos meros intermediarios y nada me hizo sospechar que pudieran ser botín de un robo.

Toni asiente muy despacio con la cabeza, los labios fruncidos.

—Señor Franco, podemos tenerle aquí setenta y dos horas, pero eso solo depende de usted, de que colabore. Háblenos de esas fotografías, ¿cómo las consiguió? ¿Se las dio Johan?

Franco clava los codos en la mesa sacudiendo la cabeza y se lleva las manos a la cara.

—No.

—Entonces, ¿cómo las obtuvo? ¿Cómo llegaron a sus manos?

—Me las facilitó un galerista de Sitges llamado Félix Montoro.

—¿De qué le conoce?

—Somos viejos amigos y hemos hecho algunos negocios juntos. Él fue quien me puso al corriente de la existencia de ese cuadro. Pero no me dijo nada de que formara parte de un tríptico y mucho menos que fuera robado.

—¿No hubo ningún detalle que le hiciera recelar? —le pregunta Nacho.

—¿Por qué? Félix ha expuesto en las galerías más importantes de Madrid, Londres, París, Viena y Barcelona, y conoce a mucha gente famosa y del mundillo. Me explicó que el socio de un cliente suyo necesitaba liquidez y quería deshacerse de un cuadro muy valioso. Una maravilla, fueron sus palabras. Pero que el cliente insistía en guardar el anonimato. Algo normal en esas élites. —Los policías intercambian una mirada, Nacho eleva una ceja—. Ya saben, la gente de dinero no quiere que nadie sepa cuando las cosas no ruedan bien. ¿Lo entienden? Me confió el nombre de esa persona y averigüé que era un multimillonario bastante excéntrico, ¿por qué iba a dudar de Félix?

—Pero al día siguiente de esa reunión en su dúplex, Ramón Espadas le advirtió de que había averiguado que el cuadro era de procedencia ilícita.

—Así es, al día siguiente.

—A pesar de eso usted insistió en saber si conocía a alguien interesado en su compra —afirma Toni.

—Eso no es cierto. En cuanto tuve esa información, llamé a Félix y se lo dije.

—¿Cómo reaccionó?

—Negándolo todo. Me aseguró que era la primera noticia que tenía y que debía ser una equivocación. Yo le dije que se olvidara de mí y que no volviera a llamarme por ese asunto y colgué.

—Cuéntenos cómo conoció a Johan.

—Fue cosa de Félix. Hace un par de semanas me llamó y me citó en una casa de Pedralbes. Allí estaba Johan con él y una tercera persona. Johan se presentó como socio del propietario y dijo poco más.

—Esa otra persona ¿quién era?

—No lo sé, ni dijeron su nombre ni habló. Era grande y fornido, como Johan. Lo que sí recuerdo es que tenía una coleta larga y rubia que le colgaba por debajo de los hombros. —Los policías se miran—. ¿Ya saben quién es?

—No, pero lo averiguaremos —dice Nacho tajante—. ¿En qué

términos transcurrió la reunión?

—Hablamos del valor del cuadro. Le dije a Félix que la mejor manera de sacarle partido era llevándolo a subasta, ya saben, Christie's o Sotheby's, por ejemplo. Pero él miró a Johan y este dijo que no con la cabeza, así que continuó insistiendo en que el cliente prefería discreción y que la subasta de un cuadro de Francis Bacon atraería el interés de la prensa y que habría demasiado revuelo. Razón no le faltaba.

—Le ofreció a Ramón Espadas un cuadro cuyo valor podría superar los dos millones de euros por medio millón. ¿Rehusaban de buenas a primeras un millón y medio de euros?

Franco llena los pulmones y espira con un gemido, después menea la cabeza.

—No, las subastas tienen sus inconvenientes. Las galerías suelen llevarse una comisión de alrededor de un veinticinco por ciento de la venta. Si a dos millones le restamos ese veinticinco, la operación en efectivo no era tan mala para las partes implicadas.

—El comprador blanquea dinero negro y el vendedor no paga impuestos —dice Toni.

—Si quiere, puede verlo bajo ese prisma.

Toni saca una ficha policial de la carpeta y la pone sobre la mesa. Es el rostro de un recluso que ha salido en la televisión.

—¿Lo reconoce?

—Claro, es Johan.

—¿Sabe que Johan era en realidad un mafioso relacionado con clanes criminales rumanos al que se le conocía por Lester y que lo asesinaron en un ajuste de cuentas?

Una mueca de sorpresa se dibuja en la cara de Álvaro Franco.

—Imaginaba que Johan podría ser un nombre falso, no caí ayer de un pino. Pero ¿cómo iba a imaginar todo eso que me explican ahora?

—¿No ve la televisión ni lee los diarios?

—Soy un hombre muy atareado.

—De acuerdo —asiente Toni.

—¿Quién tiene los cuadros, señor Franco?

Álvaro Franco se encoge de hombros, incómodo.

—No tengo la menor idea, esa es la verdad.

—Miente —insiste Nacho—. Ahora la pregunta es cuántas mentiras más nos ha contado.

El galerista menea la cabeza bajo la mirada penetrante de los policías.

—Ninguna, todo lo que he dicho es cierto. Hablen con Félix.

—Hablaremos con él, no lo dude, pero le recomiendo que vaya al peluquero y busque un buen fondo de armario, porque va a ser muy

famoso. Va a salir en todos los canales de televisión.

—Francis Bacon es Francis Bacon —dice Toni como si eso lo explicase todo.

—Si mezclan mi imagen pública en este asunto estoy acabado. ¿Van a hacerme eso?

—Ya le digo.

Nada más terminar el interrogatorio, la voz dura del comandante Enjamio estalla en el teléfono de la brigada.

—¡Fuentes!

—¿Comandante?

—Haced las maletas y meted un par de pijamas, mañana os quiero en Sitges. Apretadle las tuercas a Félix Montoro. Y con una llave fija del trece, que además es un número que trae mala suerte. Que le quede claro que está al borde de un precipicio y que la única cuerda que hay la tenemos nosotros. Quiero que cante como Pavarotti. ¿Entendido?

La brigada y el detective se miran un instante.

—Claro, comandante.

—¿Ponemos al corriente al comisario Lombardo? —le pregunta Conrado.

—Negativo, yo me ocupo de Lombardo. Vosotros haced lo que os he dicho, por la C-32 se tarda menos de cincuenta minutos.

—Comandante, que esto es Catalunya y aquí se paga por todo, los túneles de la C-32 son de peaje —señala la brigada—. ¿A cuenta del Ministerio?

—Ya sé que son de peaje, seis euros. Calderilla para el sueldo de una brigada de la Benemérita con tus trienios. Haré una llamada al puesto de Gavà para que mañana estén preparados y os echen una mano.

—Pero, comandante…

—Sin rechistar.

27
MARLON

Marlon está cambiadísimo, consumido, con profundas ojeras y una voz que no es la suya. Su cerebro funciona con retardo y se mueve con pasos inseguros. Sufre la devastación de la coca, de la hierba y del alcohol. Desde que vio la noticia en televisión no es el mismo: no duerme, no come, no se ducha, no se afeita y apenas se le levanta, salvo que tenga unas buenas tetas delante. Al principio se alegró de que Jota se largara, era un obsesivo del orden, un metomentodo. Un toca narices de los grandes. Pero cuando se enteró del suceso se echó a

temblar como una hoja en otoño.

El mamón de Jota.

El apartamento apesta a cuadra, Marlon sigue acumulando desperdicios sin cesar. Toma precauciones para abrir la puerta y se lo piensa tres veces antes de poner un pie en la calle. Desconfía hasta de su sombra. Todo el suelo está lleno de los legendarios cartones del Kentucky y del Domino's, de botellas y latas de cerveza Damm, de paquetes de cigarros arrugados, de revistas y sobras de comida. Así que para mover un pie tiene que desplazar algo con el otro para hacer un sitio.

Todo va de mal en peor, la Ley de Murphy se cumple a rajatabla: *Si algo puede salir mal, saldrá mal*. Así que cuando parece que nada puede ir a peor, échate a temblar, porque empeorará.

Priscila sale en bragas y descalza de la habitación, tiene un buen trasero y un par de buenos cocos. Se acaba de despertar por el sonido de la televisión y lleva encima una resaca del demonio. Se pone una mano en la cara para protegerse de la luz que entra por la ventana y que acuchilla sus ojos entelados, y se acerca al sofá zigzagueando con pasos inseguros, como una zombi. Tropieza con una caja y la aparta de una patada, se hace daño en un dedo del pie y chilla al ver la sangre, después comienza a dar saltitos sobre los talones.

Marlon tiene un dolor de cabeza espantoso y se nota la frente caliente como si tuviera unas décimas de fiebre. Está en el sofá, repiquetea con los dedos de una mano sobre un almohadón y tiene el mando de la tele en la otra. Cambia de canal como un autómata al que no le interesa nada de lo que ocurre a su alrededor; es la hora de los refritos y de los programas de risa floja antes de que empiecen a sucederse los concursos y después los noticiarios. Priscila se lanza con una cabriola junto a él y comienza a chuparse la sangre del dedo del pie.

—¿Te has hecho daño? —Marlon ni tan siquiera la mira.

—Me he hecho sangre con una de esas cajas de mierda.

El ligón se vuelve hacia ella y entonces la observa. Despeinada y con el maquillaje corrido alrededor de los ojos no parece la tía con la que se acostó la noche anterior. Y es que las chicas son como los automóviles, cambian con una buena mano de pintura. A pesar del sentimiento de culpa que tiene cada vez que piensa en Jota, esa noche lo ha podido apartar de su cabeza y se ha empleado a fondo con Priscila. Ha utilizado todo su arsenal de recursos, que no son pocos.

—¿Sabes qué hora es? —le pregunta Marlon.

Priscila bosteza y mira las paredes buscando un reloj inexistente.

—¿Cómo quieres que lo sepa si no hay un jodido reloj en ninguna parte?

—Las dos de la tarde.

—¡Hostia puta! ¡Tengo que irme! —Priscila se levanta como un resorte.

—Pues yo me muero de hambre, ¿quieres comer algo antes de pirarte? Puedo pedir unas pizzas, o pollo frito.

Hasta ahí alcanza el menú culinario de Marlon. Antes de que Jota… Antes de que Jota se marchara, aún comían de cuando en cuando alguna lata de sopa o de fabada. Pero Marlon no tiene fuerzas ni para pensar en eso. Se siente enfermo.

—Pide lo que quieras, yo he quedado para comer con mi hermana —dice ella—, pero antes me voy a pegar una ducha. ¿Tienes alguna toalla limpia?

—No sé, mira por ahí.

Marlon apaga la televisión, pone un CD que contiene un popurrí roquero para todas las edades y coge el móvil. Priscila entra en el baño y saca una montaña de ropa sucia del suelo de la ducha: toallas, camisetas, vaqueros, calcetines y ropa interior de hombre mugrienta. Lo amontona todo detrás de la puerta con el pie y no vomita porque no hay un sitio decente donde hacerlo. El lavamanos está lleno de pelos, cuchillas de afeitar, restos de pasta de dientes, grumos de semen reseco y tapones de gel y de champú. La tapa del váter está tan sucia y amarillenta que le da asco mirarla, así que mea en la ducha. ¿Dónde se había metido la noche anterior? ¿En qué estaba pensando? Pero es que aquel tío que le ofreció un canuto de hierba en el rellano era tan guapo y parecía tan simpático. ¡Maaarlon! Priscila mete la cabeza bajo el lavamanos y encuentra una toalla pequeña arrugada en el fondo del mueblecito, por milagro está sin usar. Un tesoro. Se le habrá escapado a Marlon de su asquerosa colección de ropa sucia.

Abre el grifo de agua caliente y mientras el calentador entra en funcionamiento busca algo con lo que enjabonarse. Al momento desiste, porque no hay nada. El muy cabrón no tiene gel ni champú, ni una jodida pastilla de jabón. Se mete bajo el chorro de agua ardiente maldiciendo. Va a sacarse a Marlon de muy adentro, si es necesario, con los dedos o haciendo fuerza con los músculos de la vagina.

Mientras está en la ducha, suena *Purple haze*; la letra de Hendrix es como una sentencia que describe a la perfección el estado en el que se encuentra el ligón en aquel momento:

Niebla púrpura en todo mi cerebro. Últimamente, las cosas no parecen las mismas. Actúo de forma graciosa, pero no sé por qué. Discúlpame mientras beso el cielo.

Suena el timbre de la puerta. Marlon parpadea estupefacto y mira la hora en el teléfono móvil. ¡Joder, no hace ni diez minutos que ha llamado! ¿Ya están allí? Esos pizzeros son cada vez más rápidos, unos auténticos camicaces que conducen sus motos como locos. Las normas de circulación se las sudan y se juegan la vida por cumplir con los

tiempos de entrega. Pero tan rápido es imposible. Marlon se pone en pie con una especie de mareo, como si despertara de un sueño.

Niebla púrpura en todas partes. No sé si subo o bajo, si soy feliz o desdichado, continúa Hendrix.

Se aproxima a la puerta muy despacio, arrastrando los pies con sigilo y sin hacer demasiado ruido, cosa por otro lado imposible con tantos embalajes de cartón dispersos en el suelo. Acerca un ojo con cautela y observa a través de la mirilla. ¡Joder! Parpadea y vuelve a mirar.

Cuando abre la puerta, Martín está allí plantado. Se ha cortado las patillas y el cabello y lleva puesta una camisa. Le acompaña un tío de ojos oscuros y cabellos negros y espesos al que no ha visto en su vida. No le gusta un pelo. Lleva un chaleco de cuero negro sobre una camiseta negra, los brazos llenos de tatuajes y media cara quemada.

—¿Capi?

—¡Ven aquí, hijo de puta! —Martín lo abraza y le palmotea la espalda con fuerza.

—Capi… ¿Qué haces aquí?

El legionario lo coge por los hombros y lo observa unos segundos de arriba abajo. Tiene el aspecto demacrado de un cadáver. No es el Marlon ligón y fantástico que conoce. Despeinado, sin afeitar y descalzo, con las uñas de los pies negras y crecidas. «¿Quién eres, tío? ¿Dónde se ha metido el rey de la baraja?».

Le palmea la cara con una mano.

—Te lo advertí, Marlon, te advertí que pasarían cosas.

El ligón mira a su acompañante.

—¿Este quién es?

—Rómulo. Rómulo es de la familia y te aseguro que os vais a querer mucho. ¿Podemos entrar o vas a sacar sillas al rellano?

Marlon se aparta y antes de cerrar saca la cabeza y mira a izquierda y derecha del pasillo, después empuja la puerta sin hacer ruido. El vicepresidente de los Leones se desliza con movimientos gatunos, aunque la parte superior de su tronco y sus brazos son rígidos como bloques de hormigón. Marlon arrastra un par de sillas, sacude los cojines del sofá y hunde el culo en ellos. Mira a uno y otro y empieza a palmotear con un tic nervioso el brazo del sofá. Martín echa un vistazo a su alrededor con ojos de asombro, después mira al hombre de los Leones. Rómulo encuentra la situación muy desagradable rodeado de tanta basura. Hay un olor agrio y penetrante en el aire. En cambio, suena buena música.

—Tío, ¿qué pasa contigo? —le dice Martín—. Pareces un extra de *Walking dead*, y no veas cómo tienes todo esto.

Marlon levanta el ceño.

—¿Cómo lo tengo?

Martín menea la cabeza sin despegar sus ojos de él. Marlon siente que una ola de calor sube desde su cuello hasta sus pestañas y está seguro de que en ese instante petaría un termómetro. Tiene ganas de vomitar allí mismo. Se coge las rodillas, se las lleva al pecho y se balancea sobre los cojines.

Niebla púrpura en mis ojos. No sé si es de día o de noche. ¿Hay mañana o se ha acabado el tiempo?

—¿Sabes lo de mi colega, Jota? —Marlon detiene de pronto el balanceo de sus piernas.

—No, ¿qué pasa con él?

El ligón se levanta de un salto, rodea el sofá, se sienta en el respaldo, y con gesto nervioso busca un paquete de tabaco en todos sus bolsillos hasta que lo encuentra y enciende un cigarro. Suelta una larga bocanada de humo desde el fondo de los pulmones.

—Se largó y al cabo de unos días sin saber nada de él me enteré de que la había palmado. En casa de sus padres. Su madre y su padre también. Lo dieron en la tele.

Martín mira a Rómulo.

—¿Qué ha pasado?

—Una especie de suicidio colectivo.

—Lo siento, tío.

Marlon salta del respaldo del sofá, se deja caer otra vez sobre los cojines y vuelve a encogerse con las rodillas contra el pecho, cabizbajo y pensativo, los dedos entrelazados sobre los tobillos. Se siente tan mal que incluso le duelen los ojos por dentro. ¿Será la coca? A veces la cortan con cualquier cosa, incluso con vidrio molido. Está agobiado, pero consigue concentrar su mirada en Martín, que lo observa con preocupación. Extiende las piernas y comienza a palmotear otra vez el reposabrazos con insistencia.

—¿Qué pasa?

—Verás —comienza con intriga el legionario—, Rómulo tiene algo que decirte.

El ligón estudia un instante al vicepresidente de los Leones. Pasa de los cincuenta, pero por su aspecto de duro intuye que es un tío de mundo y que se mueve por las calles con cierto nivel de respeto.

—¿De qué? —Marlon no deja de palmotear el brazo del sofá ni de mirarle.

—Está bien, no vamos a malgastar saliva con esto —dice Rómulo —. Un pupilo de nuestro club llamado Eric te vendió un broche de oro, seguro que lo recuerdas. Sabemos que lo tienes tú. Y mis socios y yo lo queremos. No sé si sabes que Eric ha muerto por la paliza que le dieron unos tíos que también buscaban ese broche.

Transcurren unos segundos hasta que Marlon mueve muy despacio la cabeza. Está a punto de decir que sí, pero no le parece

adecuado que un extraño invada su casa y le someta al tercer grado. Se levanta como un muelle, aparta una caja con el pie y se acerca hasta la ventana. Mira unos segundos la calle y se vuelve.

—¿Cómo me has encontrado?

—Eric nos dio tu nombre y una dirección. —Rómulo clava su mirada en el legionario—. Da la casualidad de que Martín y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo, de la trena. Y me debía una.

—Son los putos Leones, Marlon —dice Martín—. Sabes quiénes son, ¿verdad?

—¿Quién no ha oído hablar de esa banda?

—No nos gusta que nos llamen banda, preferimos moteros —dice Rómulo.

Marlon observa fijamente a Martín.

—Quiere joderme, ¿no lo ves? ¿Por qué coño lo has traído aquí?

El legionario levanta las palmas de las manos.

—Nadie quiere joderte, Marlon. La poli y la Guardia Civil han pasado por tu apartamento buscándote y tarde o temprano te encontrarán. Escucha a Rómulo, ellos pueden ayudarte.

—¿A qué? —Marlon mira a Rómulo a los ojos.

—Primero a deshacerte de ese broche. ¿Cuánto pagaste por él? —El vicepresidente de los Leones mete la mano en uno de sus bolsillos y saca un fajo de billetes de cincuenta pavos enrollados con una goma.

Marlon echa un vistazo al dinero, después a Rómulo y se ríe en su cara mientras busca el paquete de tabaco y enciende otro cigarro. Rómulo aprieta las mandíbulas y lo observa con los párpados arrugados.

—Mira chaval, tengo rayos X en los ojos y no veo en ti una gota de astucia ni de inteligencia. Pero como los amigos de Capi son mis amigos, doblo la cantidad para solucionar esto de forma amistosa y rápida.

—Va tío, venga —se suma Martín—. Acepta la oferta.

Marlon está tieso de pasta, pero ya no se trata de dinero, sino de un orgullo impropio que le acaba de surgir de la manga. ¿Tiene que darle el broche por narices? ¿A un tío que encima le insulta? Menea la cabeza y se sonríe como si jugara una mano de póquer y tuviera una escalera de color ganadora. Nota el subidón de la adrenalina, una especie de borrachera. La niebla púrpura escala todo su cuerpo y se instala en su mente.

—Marlon —pronuncia muy suave el legionario—, hay que tener amigos incluso en el infierno.

—Voy a ser más claro aún —dice Rómulo—, o con nosotros o contra nosotros.

—¡Joder! —el ligón suelta una carcajada de loco—, si no estuviera tan colocado pensaría que me estás amenazando.

Rómulo tiene delante a un tarado y presiente que nada puede salir bien. Pero sabe mantener la calma en situaciones difíciles, así que se arma de paciencia.

—Te estoy dando un consejo de amigo. Y te lo doy gratis porque tenemos un colega común. No te lo pienses, coge la pasta, dame ese broche y desaparece. Eso es lo que haría cualquier persona sensata en tu situación.

—Marlon, ahora mismo ellos son los únicos que pueden ayudarte —dice el legionario—. Tienen recursos y puedes desaparecer una temporada del radar de la pasma, hasta que las aguas se calmen.

Marlon suelta un gran suspiro.

—No sé.

—Marlon, ahora va a pasar esto —dice Rómulo—: tú me vas a dar el broche y yo te voy a dar la pasta. ¿Has decidido ya cuánto quieres? Lo que hagas después es asunto tuyo, pero te deberemos una. Y grande.

El ligón comienza a sentir frío y calor a la vez. Está en una encrucijada, perdido en un laberinto. Las ideas se nublan en su cabeza. La niebla púrpura de Hendrix planea en sus pensamientos. Recorre la habitación con la mirada en un intento de ganar tiempo para pensar. Parece que Martín también tiene mucho interés en que se deshaga del broche. ¿Qué beneficio saca él con eso? Se frota los ojos con los puños y después sacude la cabeza como si quisiera sacarse un demonio de dentro.

—Está bien, voy a buscarlo.

Marlon va hasta la habitación con paso decidido y desaparece detrás de la puerta. Rómulo mira a Martín y sacude la cabeza.

—Este tío está trastornado.

—No sé qué coño le pasa.

—Yo sí, que se mete demasiada caña. ¿Has visto sus ojos?

El ruido de la habitación se oye hasta en el comedor. Marlon mueve trastos y maldice mientras arrastra algo pesado. Se preguntan qué puede estar haciendo ese tarado. Momentos después sale con un cigarro entre los dientes y lo averiguan.

—¿Qué has dicho que iba a pasar? —farfulla Marlon con voz tan queda que casi ni se le entienden las palabras—. Repítelo ahora.

Rómulo y Martín no pueden creer lo que ven. Se levantan de golpe y tropiezan entre sí. Vuelcan las sillas y comienzan a retroceder de espaldas mientras aquel chiflado avanza hacia ellos. Marlon lleva el broche en una mano y lo agita como si fuera un trofeo, pero también lleva una catana que corta como una cuchilla aferrada en la otra. Avanza hacia ellos amenazándoles con la punta afilada, haciendo amagos de ensartarlos como un trozo de kebab.

—¿Qué cojones crees que estás haciendo? —dice el legionario con

voz segura, sin elevar el tono—. ¿No te he dicho quiénes son esta gente? ¿Estás loco o qué te pasa?

Marlon clava sus ojos de ido en Rómulo.

—Ven, tío. Si tanto quieres este broche, ven a por él —bravuconea apartando de su camino cajas a patadas. Marlon progresa paso a paso, como un ninja embriagado en sake de noventa y seis grados. Concentra su mirada inyectada en Martín y hace un amago con la catana—. Tú ¿qué? ¿Dónde tienes las treinta monedas de plata?

Rómulo no se lo piensa dos veces, mete la mano por debajo de su camiseta negra estampada con la serpiente de Whitesnake, saca un pequeño revólver niquelado y le encañona. Es un Llama Piccolo, un dos pulgadas del 38 de seis balas, un arma concebida para disparar a distancias cortas y que se camufla con facilidad gracias a su tamaño reducido. El Colt español, una pequeña maravilla.

El siguiente tema que suena de Hendrix le viene que ni pintado a la situación*:*

¡Oye, Joe! ¿Dónde vas con esa pistola en la mano?

¡Oye Joe! Dije, ¿adónde vas con esa pistola en la mano?

—¡Tranquilo, Marlon! ¡Cálmate! —dice Rómulo con voz templada cuando su espalda encuentra la pared—. Pero no avances más o te reviento la cabeza.

—No tienes cojones.

—Serás hijo de puta… —maldice Rómulo.

Priscila sale del baño alarmada por el ruido y las voces. Va en bragas, cubriéndose las tetas con la pequeña toallita y tiene toda su piel rosada por la temperatura del agua caliente. Los mira confusa.

—¿Qué pasa, Marlon?

Él la observa y suelta una carcajada estrepitosa.

—Estos cabrones han venido a por esto —dice sacudiendo el broche en el aire. Baja la punta de la espada hasta un palmo de la entrepierna de Rómulo. El vicepresidente de los Leones levanta el brazo y encañona su cabeza.

Priscila intenta decir algo para aplacar los altos niveles de testosterona, pero entonces suena un disparo. El proyectil se clava en el techo produciendo un gran desconchón y una lluvia de polvo blanco fino como la coca cae sobre ellos. Entonces se abre la puerta de golpe y aparece otro hombre armado. Priscila grita con todas sus fuerzas y corre a encerrarse de nuevo en el baño.

Sus pies húmedos plagan el suelo con sus huellas.

Pedrito Maravillas sale de la comisaría de La Verneda después de acabar su servicio. Son las dos de la tarde y está hasta los cojones de patrullar las calles. Le apodan Maravillas porque tiene tres exmujeres y cinco hijos a los que mantiene. ¿Cómo se las apaña para salir adelante con el sueldo tan magro de un madero? Pues haciendo

maravillas. De ahí el apodo.

Hoy sufre una especie de desfase horario. Está en la rueda del jodido turno americano. El turno mata hombres. Un turno con el que es imposible la cacareada conciliación familiar y que te deja hecho unos zorros con continuos cambios horarios. Un desorden que destroza el equilibrio mental y los biorritmos. Así va Pedrito Maravillas por la vida, demasiado cansado, con dolor de espalda todo el día y de muy mala leche. Culpa a eso de todos sus divorcios.

Pedrito se sube a su Yamaha X-Max 400, recorre cien metros por la acera esquivando peatones y patinetes eléctricos hasta la calle Selva de Mar y baja en dirección a la playa. Se incorpora a la ronda Litoral, atestada de tráfico y de vehículos pesados. Sortea todo cuanto se interpone en su camino y diez minutos más tarde aparca la moto en la puerta del Domino's Pizza del paseo de Joan de Borbó. El encargado es un tipo que ronda los treinta con cara de amargado: ha estudiado Magisterio y tras dos años dando clase en secundaria tiró la toalla incapaz de soportar el funcionamiento del sistema y la irreverencia de aquellos chavales con tantos granos en la cara. Observa a Pedrito Maravillas sacudiendo la cabeza. «¡Joder, tío, no hay forma de que llegues a la hora!». Él le devuelve una mirada de «no me toques los huevos», pasa detrás del mostrador, se pone el chaleco de repartidor, coge las llaves de una moto del gancho y mira el primer encargo en espera. Fácil. Conoce la dirección de memoria, ha estado allí infinidad de veces. Un piso turístico y dos tíos que se alimentan a base de comida preparada y bebidas carbonatadas. La primera vez que les llevó un pedido pensó que eran maricones. En las siguientes los desenmascaró: olor a yerba de la buena, rock duro y tías. Dos pájaros de cuidado. Mejor no indagar sobre ellos.

La música se oye desde el pasillo. Cuando el dedo de Pedrito Maravillas está a punto de pulsar el timbre, distingue una discusión a voces. Detiene la mano en el aire, aplica la oreja a la puerta y escucha con asombro. Sí, hay una pelea. Oye amenazas y diferencia diversos timbres de voz. ¿Es la televisión? ¿Alguna serie de Netflix? Un instante después hay una detonación. Y no se lo piensa dos veces, porque sabe diferenciar a la perfección el sonido que hace un arma de fuego al dispararse del ruido de un tubo de escape. Suelta las bolsas isotérmicas que contienen las pizzas, que caen al suelo de cualquier forma y se abren. Saltan los champiñones y las olivas, y la mozzarella resbala sobre las baldosas como lava.

Cuando derriba la puerta de una patada al grito de ¡Policía!, Pedrito Maravillas sujeta su 9 mm con ambas manos. Se encuentra de frente con el cañón de la Llama Piccolo de Rómulo, que entre los riffs de la guitarra de Hendrix y los gritos de Priscila, no escucha la advertencia de que acaba de llegar la pasma. Se produce un duro

intercambio de disparos.

En segundos corre la sangre y hay vidas que penden de un hilo.

¡Oye, Joe! ¿Adónde vas a correr ahora, adónde vas a correr?

¡Oye, Joe! Dije, ¿adónde vas a correr ahora, adónde vas a ir?

Rómulo alarga una mano torpe cuando Marlon y el legionario saltan por encima de él. En el rellano yace Pedrito Maravillas en mitad de un charco de sangre.

—Hermano, no me dejes aquí —gime el vicepresidente de los Leones.

Martín se vuelve, lo mira un instante y mueve la cabeza sin decir nada. Acto seguido esquivan la sangre del policía, que comienza a extenderse como una gran flor roja abriéndose y trotan escaleras abajo.

Irrumpen en la calle de la Sal, la bofetada de calor es como si hubieran abierto la puerta de un horno y Marlon siente que le sobran hasta los pantalones. Intercambian una mirada y sin decirse nada toman rumbo a la playa. Cuando ganan los primeros metros de arena se descalzan, se quitan las camisetas, arremangan sus pantalones hasta las rodillas y se encaminan hacia el agua como dos bañistas más.

Sopla una brisa suave y la arena está plagada de gente y de sombrillas, de tumbonas y toallas, de niños que juegan con sus cubos y sus palas, de vendedores ambulantes que ofrecen refrescos, pareos, gafas de sol, gorras y hasta masajes. Es el bullicio veraniego del litoral barcelonés. Tras andar diez minutos con las olas rompiendo en sus pies, se quitan los pantalones y dejan la ropa hecha dos hatillos sobre la arena. Marlon toma la precaución de guardarse el broche en el interior de sus eslips, encajonado bajo sus testículos. Toman un baño redentor en las aguas tibias de la playa de la Barceloneta.

No han necesitado cruzar una sola palabra desde que han salido del apartamento.

Transcurre un tiempo prudencial hasta que Priscila sale del baño y encuentra a Rómulo de pie en el umbral de la puerta, aguantándose en el marco. Tiene una mano en la barriga sujetando el revólver y su camiseta negra de Whitesnake está empapada en sangre. A sus pies yace el tío de las pizzas, inmóvil, en mitad de un charco oscuro y viscoso. Rómulo le ha registrado y ha encontrado su placa de policía. Encañona a Priscila y le ordena que le entregue la toalla con la que se cubre los pechos. Ella obedece y se queda con las tetitas al aire, intentando cubrírselas con las manos. El motero prueba a introducirse la toalla entre el cinturón y la ropa, pero no es capaz, así que le pide que le ayude. Priscila lo hace, sospecha que puede morir de un momento a otro y siente algo de lástima por él. Consiguen que la hemorragia se contenga de momento.

Rómulo tose y escupe en el suelo una baba roja y espesa.

—¡Hostia puta!

—¡Joder! —grita Priscila—. Tienes que ir a urgencias ahora mismo, el hospital del Mar está aquí al lado.

—¡Cállate, coño! ¡Y ayúdame a abrocharme el puto chaleco! Y si le cuentas esto a la pasma, volveré con doce amigos y te violaremos uno detrás de otro.

Momentos después Priscila le observa arrastrarse escaleras abajo, peldaño a peldaño, sin soltar la barandilla, dejando tras de sí un largo rastro de sangre, mirando de vez en cuando hacia arriba por el hueco. En cuanto oye el chasquido de la puerta de la calle y comprueba que pedrito Maravillas respira, busca el teléfono y llama al 112.

Rómulo está de suerte, en la misma esquina de la calle de la Sal hay un coche rojo maniobrando para salir de un aparcamiento. La mujer que dirige los mandos gira dos vueltas de volante hacia la derecha, cuando se dispone a engranar la primera velocidad, alguien abre la puerta del conductor.

—Salga.

Amanda vuelve la cabeza y ve el cañón, pero aún está pagando la financiación de su flamante Citroën C3 y lo necesita como herramienta de trabajo, así que no piensa darse por vencida de buenas a primeras. Mira al tipo que sujeta el arma a la cara y lejos de obedecer, coge la maneta de la puerta y tira de ella. Rómulo interpone la pierna, mete medio cuerpo dentro y le encaja el cañón en las costillas hasta que compone una mueca de dolor. Acerca la boca a su oído.

—Sal o te meto dos tiros en el coño.

Amanda lo mira aterrorizada, abre la puerta del acompañante, se abraza a su bolso y se lanza al asfalto. Lo ha visto hacer mil veces en las películas de acción, pero ella no es ninguna especialista, así que aterriza como un saco: se abre una ceja, se hace polvo la cadera y se rompe el hombro.

Rómulo se deja caer sobre el asiento del conductor y arranca con la puerta del acompañante abierta. Pasa a un palmo de un contenedor de basuras y consigue que se cierre con el impacto. La gente que llena las terrazas se pone en pie al oír el choque y ven un coche rojo desaparecer a toda velocidad por la calle. Otro chalado. Cuando se detiene en el primer semáforo, el motero se abre un poco el chaleco y se observa la herida, sangra en abundancia y un calor húmedo baja por su muslo, pero no hay dolor, y eso es lo que más teme. Sabe que a veces la vida se escapa de forma indolora, despacio y en silencio, como el humo de un cigarrillo. Calcula que como mucho le queda una hora antes de perder la consciencia. Saca el teléfono y hace una llamada. Sandokán le escucha en silencio, todo se ha torcido. Le da una dirección a la que debe dirigirse cuanto antes. Rómulo pone

rumbo a la Gran Via, ignorando que va a encontrarse en medio de un atasco colosal.

Salen del agua y se sientan sobre la arena. Los eslips que llevan son de colores y están hechos de fibras sintéticas, por lo que podrían pasar por prendas de baño modernas y no llaman demasiado la atención del resto de los bañistas.

—Joder, necesitaba refrescarme —dice Martín con una profunda exhalación.

Marlon lo mira entrecerrando los ojos, con una especie de rencor.

—Eres un cabrón, Capi. ¿Por qué has traído a ese tío a mi casa? ¿Has visto lo que ha pasado?

El legionario asiente.

—Ha aparecido así por las buenas, después de un montón de tiempo, y me ha contado una historia sobre ese broche. Ten por seguro que no ha venido por casualidad. No he podido decirle que no.

—¿Y ahora?

—Ahora tenemos que pensar qué hacemos.

Entonces Marlon se pone en pie de un salto, se mete la mano en el eslip y se hurga entre los huevos con cara de infarto. ¡Mierda! Estira de las gomas y se mira, se los baja hasta las rodillas desesperado y vuelve a mirarse y a palparse con las dos manos. Se toca incluso el esfínter. ¡Joder! ¿Dónde coño está? Martín cierra los ojos y menea la cabeza.

—¡No me jodas, Marlon!

El ligón no responde, se vuelve y emprende un esprint hacia el agua sorteando sombrillas, saltando sobre toallas y sobre niños que juegan con sus cubos en la arena, apartando a empujones a bañistas que toman el sol relajados, esquivando a los musculitos que exhiben el resultado de las horas de gimnasio y de la dieta proteínica.

Se zambulle de cabeza en el agua como un torpedo con la espoleta a punto de estallar.

28
FERRAN LOMBARDO

Lombardo cuelga el teléfono y tras meditar unos instantes arruga el ceño. Acaba de mantener una conversación con el comandante Enjamio y este le ha revelado sus planes. También le ha explicado la historia de un broche de oro robado, una antiquísima joya de origen turco.

Se pone en pie, se acerca a la ventana y echa un vistazo con las manos entrelazadas a la espalda, pensativo. El cielo está despejado, ni una triste nubecilla en el horizonte. El hombre del tiempo ha dicho en

televisión que la radiación ultravioleta iba a ser alta y que la temperatura continuaría en aumento toda la semana. Se vuelve y observa unos segundos el silencioso climatizador que expulsa una cortina de aire denso y frío, después repasa el mobiliario tan funcional y ergonómico del que dispone en su despacho. Asiente para sí. En ocasiones no puede evitar recordar la antigua comisaría de la Gran Via, ocupaba una planta entera de un edificio de vecinos. Las salas eran las habitaciones originarias del piso y su despacho era el único que disponía de un aparato de aire acondicionado de ventana, ruidoso y casi siempre averiado. Los coches patrulla, los antiguos Z, llenaban las aceras estrechas porque el edificio no disponía de aparcamiento y los policías subían y bajaban a los detenidos por las escaleras, esposados y a veces en estado de agitación, cruzándose con mujeres y niños que adosaban la espalda contra la pared con espanto para dejarlos pasar.

En los ochenta, la democracia era una vecina recién llegada y lo que ocurría en las grises comisarías quedaba para posteriores anécdotas de bar. Comunistas, alborotadores y maricas resbalaron en aquellos peldaños escaleras abajo. Pero gracias a dios todo ha cambiado. Ahora los policías son gente formada, la mayoría universitarios, las patrullas entran a las comisarías por garajes amplios y los delincuentes van derechos a habitaciones individuales con almohada y colchón de látex. Las cámaras velan por los derechos de los detenidos desde cada rincón y todo queda registrado y visto para sentencia.

George Orwell se había adelantado décadas en sus vaticinios, aunque viendo después hasta qué punto se habrían cumplido en la realidad, era un verdadero optimista.

Lombardo se balancea sobre los talones mientras otea la ciudad, para ser más concretos la cuadrícula que le dejan los edificios de enfrente. Pero no le hace falta ver más, tiene las calles tan mamadas que incluso puede sentir su respiración y sus palpitaciones. Si se concentra tan solo un poco, incluso puede adivinar lo que ocurre en el subsuelo. Aunque cada vez que se asoma por esa ventana que tiene tantas ganas de perder de vista, descubre algo nuevo y esperanzador, lo que supone una pequeña recompensa.

Mete una cápsula en la Nespresso, saca un café negro y largo y se sienta en la butaca que preside la mesa ovalada de reuniones. Tiene carpetas de colores a izquierda y derecha y en el centro el cenicero con caramelos. Le da un sorbo a la taza, aplica la nariz y saborea el aroma. Toma el café sin azúcar. En su familia hay antecedentes de diabetes y ha visto en primera fila a los cirujanos empezar con el bisturí por el dedo de un pie hasta convertir la pierna en un feo muñón de carne fofa. Es consciente de que lleva una vida demasiado

sedentaria y que necesita actividad. Moverse más. Quizá hacer algo de deporte, como aparcar el coche y caminar. El reumatólogo le ha aconsejado largos de piscina para aliviar el dolor que atenaza su espalda desde hace décadas, pero se ve incapaz de sacar tiempo; por otro lado, malditas las ganas que tiene de meterse en un bañador. Quizá cuando se jubile ponga los huevos en remojo en las aguas calentitas de unas termas. Pero ese es otro cantar que comienza a convertirse en tema recurrente, porque el final de la recta está cada vez más próximo, a cada final del día. La jubilación comienza a ser su obsesión. ¿Qué hará con tanto tiempo libre?, ¿asomarse a los solares a ver cómo levantan un edificio desde los cimientos? ¿Jugar a la petanca? ¿Echar arroz a las palomas? Ni hablar.

Por otro lado, aunque cobre la pensión máxima, sus ingresos menguarán a la mitad. ¿Será capaz de acomodar su vida a la economía de jubilado? Córdoba puede ser la solución: el pueblo. Allí se pagan pocos impuestos y la vida es barata, pero existe el inconveniente de que hay muy poco que hacer en todo el puñetero día. En verano la gente se refugia en sus casas de las puñaladas del sol, y en invierno de las cuchilladas del frío. Salvo en los bares, donde se reúnen los sedientos habituales, es difícil cruzarse con alguien por las calles. Podría dedicarse a escribir sus memorias, de hecho, ya tiene un título en mente: Democracia y policía posfranquista. Pero está seguro de que pisaría demasiados callos y el teléfono comenzaría a sonar. Otra cosa que ha considerado es que el centro médico más próximo al pueblo está a treinta kilómetros y es consciente de que las visitas, con el paso del tiempo, serán cada vez más frecuentes.

Total, que cada vez que piensa en la jubilación tiene un verdadero dilema.

El comisario lleva alrededor de media hora sin levantar la mirada de los documentos que tiene dispersos sobre la mesa cuando llaman a la puerta. Comienza a recogerlos y Reches, Ríos, Toni y Nacho, desfilan uno detrás de otro con carpetas en las manos. El pragmático inspector Carrillo, jefe de Crimen Organizado, cierra el séquito con su porte impecable de persona ocupada en asuntos de naturaleza importante. Carrillo es un profesional resolutivo, competente y minucioso. El intenso olor de su carísima colonia masculina se disemina en la sala en cuanto la puerta se cierra a sus espaldas.

Se acomodan a la mesa y despliegan las carpetas. El Oso no tarda ni tres segundos en buscar el acondicionador de aire con la mirada, bufar, desabrocharse un botón, arremangarse la camisa y colocar sus antebrazos peludos y brutales sobre ella. Observa con mirada hambrienta los caramelos del cenicero azul y comienza a salivar. Pasea su mirada por la estancia para aislarse de su necesidad constante de azúcar. Se detiene en Carrillo. El inspector está acodado

en la mesa, con el mentón apoyado sobre la palma de una mano, devolviéndole la mirada en actitud impasible. Quizá hasta desafiante. Se conocen tanto que…

El cruce de miradas dura unos segundos de más, hasta que el comisario carraspea. Lombardo parece pensativo y ceñudo. Calculador. Lo que pintaba un paseo se está convirtiendo en una auténtica montaña rusa y quiere medir bien las palabras, administrar la saliva como un verdadero contable. Reches observa el brillo apagado de sus ojos, su mutismo reconcentrado. A ella no puede engañarla, a una mujer no. Lo primero que hace Lombardo es un gesto de cortesía.

—¿Cafés?

Carrillo levanta una mano rápida, Toni y Nacho le secundan. El comisario interroga a Reches y a Ríos con la mirada. A la inspectora le apetece un cortado, Ríos pide uno solo. Lombardo se levanta y cinco minutos después la mesa está llena de tazas de café y una jarrita con leche. Rodea la mesa y se sienta.

—He recibido una llamada del jefe de la Unidad de Patrimonio Histórico de la Guardia Civil, un tal comandante Enjamio. Se ha tomado la molestia de llamar desde Madrid para explicarme cómo se han entrecruzado nuestros caminos, nuestras operaciones, en definitiva.

Con voz serena y parsimoniosa, casi monocorde, durante los siguientes quince minutos, Lombardo desgrana toda la información que ha ido organizando por bloques en su mente: el origen, Quílez; el rol del detective privado contratado para esclarecer un robo; la intervención del comandante Enjamio y de la brigada especialista en tráfico de obras de arte; el papel y la cascada de acusaciones de cada uno de Los tres mosqueteros, como ha bautizado el comisario a Ramón Espadas, Álvaro Franco y Félix Montoro. Cuando termina observa su reloj.

—La brigada y ese detective deben de estar llegando a Sitges, si es que no lo han hecho ya. Pronto sabremos qué tiene que decir Montoro sobre todo esto. —Se produce una larga pausa en la que recorre todos los rostros con cierto aire de pesadumbre en la mirada—. En la reunión que mantuvieron Ramón Espadas y Álvaro Franco en su dúplex de la calle Aribau hubo un tercer hombre. Yolanda, ¿qué puedes contarnos sobre él?

La inspectora Reches concentra todas las miradas, la de Toni con más intensidad que las demás. Tan solo unas horas antes sudaban en la cama, ella ensartada sobre él. Toni sabe hacer funcionar las cosas, es generoso y perseverante. Aplicado. Se acoplan bien en cualquier posición y sabe interpretar sus necesidades y sus urgencias. Los momentos en los que debe activar el empuje de su pelvis o hundirse

con mayor o menor intensidad en ella. Siempre la espera para alcanzar juntos el clímax y eso no lo hacen todos los tíos. Además de bueno en la cama, Toni también tiene su vena romántica, porque en ocasiones aparece con flores, sales de baño relajantes o velas aromáticas de colores. Algunas mañanas, Yolanda encuentra corazones pintados en el espejo del baño con su barra de labios con mensajes de amor. *I love you. I need you. I want you*. Total, que Toni la deja siempre destrozada, unas veces con el sexo, otras con su romanticismo. El cabrón tiene mucha resistencia física y una sensibilidad especial en algún punto del glande.

Reches rehúye su mirada, traga saliva, carraspea y tose. Se nota la boca seca, así que sorbe un poco de café y se pasa la lengua por los labios. Es la única mujer en la reunión y ahora mismo el foco de atención, aunque Ríos no cesa de cruzar miraditas con el inspector Carrillo mientras juguetea con un bolígrafo entre los dedos. Toma la palabra con seguridad y timbre profesional.

—Ramón Espadas nos explicó que ese invitado era un tipo corpulento y fornido, de mirada serena pero intimidante. Lo definió como un tío con aspecto de jugador de fútbol americano. Se presentó como Johan y dijo que estaba allí para salvaguardar los intereses de su socio y se mantuvo al margen casi todo el tiempo, pero vigilante. Cuando realizamos la identificación fotográfica, Ramón Espadas lo señaló. Como suponíamos, se trataba de Lester. Aunque el abogado nos la jugó, porque sabía de antemano quién era Johan. Había visto la noticia de su asesinato en televisión.

—A Espadas le gusta jugar sucio, no es ninguna novedad —apostilla Ríos atrayendo todas las miradas—, pero ese chollo se le va a acabar muy pronto, porque voy a encargarme de él.

Carrillo sacude la cabeza al oír semejante bravuconería y el Oso hunde una mirada furibunda en él.

Toni y Nacho intervienen de forma alterna. En escasos diez minutos explican el papel de Álvaro Franco en los entresijos de la historia. Salvo el cruce de acusaciones no le sacaron demasiada chicha al intermediario. Lombardo tamborilea sobre la mesa mientras los escucha, después asiente medio frustrado. El señalado por Álvaro Franco, el galerista de Sitges, Félix Montoro, es objetivo de la Benemérita. Cuando los policías finalizan, el comisario proyecta la mirada sobre los rostros de sus policías, los mira uno por uno. Presume las dudas y la incertidumbre que les recorre por dentro, entrelaza los dedos sobre la mesa.

—Por desgracia, el desfase horario del vuelo transoceánico nos priva de la presencia del inspector Llorca. Ha regresado esta madrugada del simposio internacional de criminalística que organiza cada año el FBI en Las Vegas. ¡Ni más ni menos que en Las Vegas! —

recalca Lombardo, para añadir luego con cierta vacilación—: Todavía me estoy preguntando cómo se las ha apañado para que le inviten. En fin, ya lo averiguaré. En cambio, está aquí el inspector Carrillo, a quien todos conocéis. Va a ilustrarnos sobre la vida y milagros de Lester, su conexión con los clanes rumanos y el despertar de esa banda de delincuentes sobre dos ruedas: los Leones. Así que vamos a aprovecharnos de él y abusar de sus conocimientos. —Señala al inspector con un dedo—. Carrillo, cuando quieras.

—Comisario.

El inspector esboza una sonrisa corta y recorre la mesa con la mirada observando todos los documentos que hay sobre ella. En cambio, él ha acudido a la reunión con las manos limpias. No necesita apuntes. No necesita mirar nada. Conoce todas esas historias como si las hubiera vivido y todas esas vidas como si las hubiera parido. Apura el café tibio de su taza.

—El nombre real de Lester es Brad Tanner, nació en 1976 en Leicester. De hecho, el significado etimológico de su alias significa precisamente eso: de Leicester. Lester era hijo de madre soltera y ya a los quince años empezó a apuntar maneras metiéndose en continuas peleas callejeras. En aquellos años, Leicester era una zona pobre y deprimida, violenta, donde la gente sobrevivía gracias a ayudas estatales. Una auténtica cloaca —añade observando las miradas, asegurándose de que todos los oídos están atentos a sus palabras—. Para sacarlo de las calles, su madre lo apuntó a un gimnasio de boxeo porque creyó que el muchacho necesitaba descargar su furia. Craso error, porque fue allí mismo donde formó su primera banda con chicos algo mayores que él. Por lo que se ve, el chaval tenía ideas, carácter y cierto don de liderazgo. Lester estaba deslumbrado por las andanzas de los famosos gemelos Kray, dos exboxeadores de Londres que durante los sesenta fueron auténticas estrellas de los bajos fondos. Quería ser como ellos, emularlos, vivir rodeado de lujos y sacar a su madre de aquella ciudad basurero. Pero formó una banda de pacotilla, con niñatos que robaban en pequeños comercios y desplumaban a señoras que iban camino de la compra, así que la policía los detuvo enseguida y pasó una estancia corta en un correccional de menores.

»Al salir, Lester rehízo la banda, consiguieron algunas armas y dieron un salto cualitativo. Se había vuelto ambicioso. Comenzaron a asaltar viviendas, a extorsionar pubs y a traficar con pequeñas cantidades de droga. Pero llamaron demasiado la atención y comenzaron las rivalidades con otras pandillas. Hubo palizas indiscriminadas, heridos por armas de fuego y una persecución implacable de la policía. Así que al año siguiente pisó la cárcel por segunda vez. Nueve meses. Lejos de aprender la lección, Lester salió en plena forma y decidido a continuar ganando dinero fácil y rápido.

Debía ser más discreto y cuidadoso, pero también debía hacerse respetar y el respeto solo podía conseguirlo por la vía de la violencia. Tiroteó al líder de una banda rival, secuestró a su hermana y uno de sus hombres la violó. Se desencadenó una guerra. Varios clanes enemigos se unieron para ajustarle las cuentas y pusieron precio a su cabeza. Así que huyó de la isla hacia nuestro viejo continente. Sabemos que pasó breves períodos de tiempo en Holanda, Francia e Italia. Hasta que llegó a España y se afincó, como no podía ser de otra forma, en Málaga. Tenía veinte años cuando sucedió eso.

—¿Qué hizo durante sus andanzas por Europa? —pregunta Reches.

Carrillo le dirige una mirada analítica y frunce los labios dos segundos.

—Hasta que los carabinieri lo detuvieron en Nápoles por extorsión y tráfico de estupefacientes, no se tienen noticias.

—Pero Nápoles es territorio de la Camorra —dice Ríos.

—Así es, la naturaleza de los miembros de la Camorra es italiana en exclusiva, por lo que los propios carabinieri se preguntaron qué hacía aquel británico allí. Investigaron y descubrieron que era uno de los guardaespaldas de Maradona. Lo expulsaron del país y cómo no, aterrizó aquí. Lester se empleó enseguida en un club de boxeo, se relacionó con la gente menos recomendable que frecuentaba el gimnasio y estableció contacto con un clan de la antigua mafia polaca Pruszkow. —Cuando Carrillo observa la expresión de máximo estupor en las caras que le rodean, se explica—. La organización criminal Pruszkow toma el nombre de la pequeña ciudad polaca donde germinó a principios de los ochenta. Una ciudad considerada semillero de mafiosos. «El lugar donde terminan las reglas», cuenta la leyenda. Las primeras actividades conocidas de esos hampones fueron el robo de vehículos y el asalto de camiones que transportaban tabaco. A eso prosiguió una escalada: secuestros, extorsiones, tráfico de heroína y de cocaína, fabricación de anfetaminas y después asesinatos. A principios de los noventa la policía polaca les pisaba los talones y lograron encarcelar a la mayoría de sus capos. Pero a la salida de la cárcel, algunos miembros influyentes de la banda huyeron y se afincaron en la costa malagueña. —Carrillo hace un pequeño inciso y añade—: Os recuerdo que durante los noventa fueron los polacos quienes controlaron toda la entrada de heroína y cocaína desde África y Suramérica.

»Lester aprendió muy pronto el mecanismo del negocio y sabemos que hizo algunos trabajos para esos clanes; participó en extorsiones y transportó dinero a Gibraltar para su blanqueo. Gracias a su nacionalidad británica entraba y salía del Peñón a sus anchas. La Guardia Civil lo detuvo dos veces, pero no tenemos información de

que llegara a entrar en prisión. De ese modo, Lester adquirió cierta relevancia en la organización, empezó a ganar dinero y a distinguirse por sus gustos caros y refinados. Era asiduo de restaurantes de lujo, conducía coches alemanes de gran cilindrada y siempre se acompañaba de mujeres estupendas. Esa bonanza duró unos años, hasta que hubo una complicación con un alijo de cocaína colombiana que no llegó a su lugar de destino y los narcos enviaron a tres sicarios para poner orden. Liquidaron a un lugarteniente llamado Salchicha y a cinco soldados. Más tarde se supo que fue una jugada de la mafia rusa, que ya empezaba a extender sus tentáculos en España. Fueron ellos quienes se apoderaron del alijo. La matanza de los sicarios colombianos desencadenó una operación policial a gran escala y la mafia polaca fue desarticulada. Así que los rusos tuvieron vía libre y se apoderaron del territorio. Lester huyó por segunda vez. Llegó a Barcelona con documentación falsa, un par de cuentas en Gibraltar con cifras de seis números y se estableció por su cuenta.

Lombardo eleva el mentón y realiza una profunda inspiración nasal.

—No quiero que nadie salga de aquí albergando la menor duda. ¿Alguna pregunta sobre lo que se ha dicho hasta ahora?

La respuesta son miradas herméticas y un silencio abrumador. El comisario mira al inspector.

—Lo primero que hizo Lester fue montar una sociedad instrumental para lavar el dinero de las cuentas gibraltareñas —prosigue Carrillo—. Gracias a eso compró una lujosa casa en Pedralbes. Pero fue inteligente, constituyó una hipoteca para desviar la atención de Hacienda y la puso como domicilio fiscal de la sociedad.

Reches carraspea, Carrillo la mira y se interrumpe. La inspectora tiene en la cara una mueca que dibuja pequeños surcos alrededor de sus ojos y sus labios. Es atractiva y tiene un cuerpo joven y esbelto. ¿Quién se la estará beneficiando? Porque ha oído cosas. Los chismorreos se filtran bajo las rendijas de las puertas y hay señales que viajan en las miradas de la gente ociosa y avizora que habita en la comisaría; entre las filas de la policía también hay parásitos y vividores esperando su oportunidad, como en todas partes.

—No es sencillo montar una lavandería de dinero, con todo el tinglado que eso supone —dice la inspectora—. ¿Cómo lo hizo?

—Un asesor fiscal de la firma Ramón Espadas y Asociados está detrás del montaje de esa tapadera.

—¿Cómo? —dice el Oso cerrando los puños.

Carrillo intercambia una mirada con Lombardo.

—Por lo que veo, Espadas ha omitido algunos pequeños detalles —dice el inspector con suficiencia.

—Pero vosotros lo sabíais. —Reches mira a Lombardo a los ojos —. Sería bueno que por una vez circulara la información.

—Estoy con la inspectora, comisario —dice Ríos.

Lombardo levanta una mano.

—Carrillo tenía un motivo para reservarse eso.

—¿Cuál?

El inspector observa a Ríos con dureza. El Oso tiene las aletas de la nariz dilatadas y la sangre se le ha subido hasta las orejas. Está muy enojado. Cabreado a la enésima potencia.

—Investigamos la relación de Lester con la mafia rumana —dice el jefe de Crimen Organizado con voz solemne y tranquila—. Los rumanos tienen el mayor bocado del tráfico de estupefacientes y de la trata de blancas y son responsables de la mayoría de los robos en viviendas que se producen en la ciudad. Llevamos dos años investigándolos. Pero cada vez que avanzamos un paso, ellos dan dos y nos adelantan.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Reches.

—Que tenemos filtraciones. En algún lugar del departamento tenemos oídos, un sumidero por el que se nos fuga información que va a parar a manos de los malos.

—¿Crees que tenemos un topo?

—No solo lo creo, sino que lo sé.

—Solo me falta tener que oír esto. ¿Quién es? —Ríos está dispuesto a coger a quienquiera que sea el topo y vaciarle un cargador en la cabeza.

—Cuando lo sepamos con seguridad lo veréis desfilar engrilletado hacia el calabozo.

Lombardo hace un gesto taxativo con la mano pensando en la charla con Ramón Espadas sobre alguien del departamento que filtra información.

—Creo que sobre esto ya se ha dicho suficiente. El tema queda zanjado y confío que no salga de aquí. Carrillo, ¿quieres continuar?

—Sí, quiero oír todo lo que sabe el hombre Wikipedia —dice Ríos.

El inspector lo mira un segundo, se rasca el mentón con las uñas y mueve la cabeza.

—Después de comprar la casa de Pedralbes, Lester se hizo con los servicios de dos individuos muy violentos y nerviosos, dos psicópatas: Charly y Mikel, sus guardaespaldas. Ambos con amplios historiales de palizas, extorsiones y tráfico de estupefacientes. Y poco a poco tejió su red. Comenzó a frecuentar gimnasios de élite y ambientes de culturismo, restaurantes donde no sirven menús y no se come por menos de cien euros, y locales nocturnos de la zona alta de la ciudad. Siempre en cochazos de gama alta, vistiendo ropa cara y gastando

sumas importantes de dinero con generosidad. Una vez que hubo hilvanado su red de contactos, comenzó a distribuir anabolizantes y todo tipo de sustancias dopantes ilegales en los gimnasios. En los clubs nocturnos se sirvió del personal de seguridad para distribuir cocaína, meta y cristal. De hecho, tanto Charly como Mikel habían trabajado de porteros en algunos de esos clubs y conocían a la gente adecuada para ese trabajo.

»Lester sabía muy bien que una vez que la rueda empieza a moverse, gira sola. Empezó a ganar dinero, pero al poco cayó en un golpe contra el tráfico de anabolizantes junto con los propietarios de tres gimnasios y un guardiacivil de aduanas. Cumplió seis meses de condena en la Modelo. Allí conoció a Borko Clamparu, el bucarestino. Borko había sido lugarteniente del peligroso capo rumano Cara de Perro, a quien se le atribuye la mayor red de proxenetismo de toda Europa y un verdadero ejército de hombres violentos. Cara de Perro había copiado el sistema de trabajo de los cárteles mejicanos, cobraba «el piso»; lo que suponía que si alguien quería trabajar en su territorio, debía pagarle un porcentaje que él mismo estipulaba. De lo contrario debía atenerse a las consecuencias: palizas, torturas y en ocasiones la muerte. Cuando desarticulamos la organización de Cara de Perro, el bucarestino se estableció por su cuenta y se llevó a una buena parte de sus hombres. El hecho que nos interesa es que Lester y Borko Clamparu coincidieron y conectaron en la cárcel. El primero vio la oportunidad de hacerse con los servicios de una tropa de mercenarios bien adiestrados, y el segundo la posibilidad de ampliar horizontes y nadar en aguas menos turbulentas. De hecho, el rumano abandonó el proxenetismo porque Lester no quería que se le vinculara con negocios de esa índole, aunque sus mercenarios continuaron extorsionando clubs nocturnos y asaltando viviendas. Para mantener la fachada de hombre de negocios, Borko creó una tapadera, una empresa de seguridad llamada Bloque. Supongo que a estas alturas todo el mundo ha oído hablar de ellos por sus conflictivos desalojos. —Carrillo observa las miradas, de una u otra forma todos asienten—. Los tíos que componen Bloque son gente dura y peligrosa, luchadores profesionales y exmilitares de antiguas repúblicas balcánicas que no se andan por las ramas. También los tenemos en nuestro radar.

El Oso sacude la cabeza ante el despliegue de suficiencia del inspector, sin despegar su mirada de él.

—Vamos a tener que vérnoslas con gente que no tiene nada que perder —dice Lombardo—, así que quiero que las cosas queden bien claras. Yolanda, Roberto, el inspector Carrillo está a vuestra disposición las veinticuatro horas del día y tiene órdenes expresas de colaborar en todo cuanto necesitéis. ¿Inspector?

—Claro, comisario, cuente con Crimen Organizado para lo que

haga falta.

—Bien, ahora abordemos esa banda de motoristas, los Leones.

Carrillo asiente, llena los pulmones y alterna la mirada de Nacho a Toni.

—Pensad en un delito cualquiera. El que sea. O inventad uno. Pues bien, esa gente los ha cometido todos y cada uno de ellos.

—Sabemos de sobra quiénes son —dice Ríos—. Pero desde hace unos años no tenemos noticias de ellos. ¿Aún respiran?

—Desde la última redada en que descabezamos la organización, esos criminales han estado portándose como angelitos. Pero son lobos, no corderos. Todo este tiempo han estado reorganizándose. —Carrillo intercambia una leve mirada con el comisario—. Voy a explicar hechos que todo el mundo conoce ya, aunque estoy seguro de que ahora los observaréis desde otra perspectiva. Hace menos de dos semanas, Lester y sus gorilas bajaron una noche a un pub llamado Boogie, en el Gòtic, y tuvieron un encontronazo con un miembro de los Leones llamado Eric. Le propinaron tal paliza que lo enviaron directo a la UCI. Pasados unos días, los moteros aparecieron en el Boogie y machacaron a los porteros con barras de hierro, martillos y bates. Fue una auténtica batalla campal. Creemos que fue en venganza por la paliza que recibió Eric allí. Seguido a eso, Eric coge una infección en el hospital y fallece. Los Leones averiguan el paradero de Lester, aparecen con una furgoneta de Correos en la puerta de su casa y lo ejecutan como a un perro junto a sus dos guardaespaldas. Estos días ultimábamos una operación con los GEO para detener a la cúpula de los Leones, pero dos días antes su club social, el 1 %, fue pasto de las llamas tras la explosión de dos granadas de mano. Concluyendo, ahora mismo los Leones han desaparecido del mapa.

—¿De dónde han salido esas granadas? —pregunta Ríos.

—Según los artificieros eran granadas tipo F1, de fabricación soviética. Durante la Guerra Fría, los rusos las repartieron como churros entre los miembros del Pacto de Varsovia y demás países comunistas. Así que es muy posible que pudieran proceder de Rumanía o cualquier otro país del entorno.

—¿Estás pensando en Borko Clamparu? —pregunta Reches.

—Barajamos esa hipótesis, pero de la noche a la mañana Borko también se ha esfumado. El suelo desaparece bajo nuestros pies —añade con una especie de pesar.

—¿Crees que es cosa del topo? —dice Reches.

—Acabas de responder a tu propia pregunta.

—Bien —dice Lombardo—. Crimen Organizado no dispone de recursos ilimitados, así que la colaboración será recíproca y le echaréis una mano a Carrillo con esa banda de moteros. Tenemos que averiguar en qué agujero se han metido y para eso vamos a sacar a

todo el mundo disponible a la calle. Yolanda, Roberto, levantad gente de las sillas y que se encarguen de interrogar a los vecinos del inmueble del Paral·lel donde esa gentuza tenía su club, a los comerciantes, a los quiosqueros y a los propietarios de los talleres mecánicos de la zona. Todo lo que se nos ocurra es poco y será bien venido. Vosotros estad preparados —añade el comisario mirando a Toni y a Nacho—, porque espero la llamada de ese comandante de la Guardia Civil y es probable que tengáis que dar un paseo hasta Sitges. Mientras tanto…

Lombardo deja la frase sin terminar, su teléfono lleva unos segundos vibrando sobre la mesa y cuando observa el número de la pantalla sabe que tiene que atender la llamada. Se disculpa y está un minuto al aparato. Sobre todo, escucha. Las frases que pronuncia son cortas: «¿Sí? ¿Cómo? ¿Cuándo ha sido eso? ¿En La calle Riereta?».

Cuando termina tiene todas las miradas clavadas en él. Lanza el teléfono sobre la mesa, se pone en pie con expresión fúnebre y ambos brazos caídos a lo largo del cuerpo y observa a sus subordinados de uno en uno. Carrillo está en un rincón del despacho con su teléfono pegado a la oreja, dando vueltas en pequeños círculos, mirando aquí y allá y ladrando órdenes tajantes a viva voz. El Oso se incorpora con la boca abierta y pone los puños sobre la mesa.

—¿Qué ocurre? —pregunta con una mirada cargada de violencia.

—Ha habido una matanza —dice muy despacio Lombardo—. Cinco hombres de Bloque asesinados. En la calle Riereta.

La inspectora Reches salta de la silla.

—¿Cómo?

—No sé mucho más —dice el comisario con voz muerta.

El inspector Carrillo se guarda el teléfono y se vuelve.

—Hay testigos que dicen que han visto una furgoneta de Correos detenerse frente a un inmueble de la calle Riereta, abrir el portón lateral y lanzar un caño de fuego desde el interior. Por lo que se ve, las llamaradas alcanzaban la altura de los primeros pisos.

—¿Una furgoneta de Correos? ¿Crees que es cosa de los Leones? —dice la inspectora.

Carrillo compone una sonrisa atravesada y lúgubre, leve, casi para sus adentros.

—¿Quién sino? ¿Quién va por ahí con una furgoneta de Correos sembrando el caos? Comisario, si no ordena lo contrario, voy para allá ahora mismo.

Lombardo se pasa una mano por la cara y asiente muy despacio.

—Sí, claro, ve. Yolanda, Roberto, buscad un coche, no quiero perderme la función.

Ríos desenvuelve dos caramelos que coge del cenicero y se los mete en la boca. Los saborea un instante, cierra los ojos y emite un

sonido neutral que podría significar cualquier cosa. Lombardo menea la cabeza.

—Deberías mirarte el azúcar, Roberto.

—Claro comisario, cuando tenga tiempo.

Antes de salir a toda prisa, el Oso coge un puñado y se los guarda en el bolsillo.

29
EVARISTO CONRADO

Dejan atrás el último peaje de la C-32, toman el paseo de la Tramuntana y descienden por la travesía que conduce hasta la población costera de Sitges. En el horizonte pueden divisar un trozo de mar azul en calma salpicado de maravillosos destellos brillantes. El cielo está despejado, tanto que incluso pueden divisar aún el leve reflejo de la luna empequeñeciéndose en el firmamento. El sol comienza a tomarse la justicia por su mano.

El paisaje que bordea la carretera es monte bajo con pequeños pinares, un terreno abierto de aspecto árido y desolado, casi lunar, plagado de matojos secos y terrones de piedra caliza que se deshacen con tan solo mirarlos.

El macizo del Garraf se aleja a sus espaldas, penetran en una franja que tiene un microclima suave y templado todo el año, lo que propicia el turismo y que la mayor parte de la población viva de la hostelería y de la restauración.

A medida que avanzan encuentran las primeras edificaciones del extrarradio: casitas blancas diseminadas con cochazos de cuarenta mil euros para arriba en el garaje, piscina y jardín. A precios prohibitivos. El detective ha curioseado alguna vez el mercado inmobiliario de la zona, pero su bolsillo no puede permitírselo. Un par de kilómetros más adelante, las construcciones comienzan a condensarse y el paseo se transforma en una amplia avenida urbana, cuajada de palmeras que parecen dar la bienvenida al visitante. Se desvían en una rotonda, cruzan el túnel que pasa bajo las vías de cercanías y sortean los estrechos callejones del centro que descienden hacia el mar en recorrido zigzagueante. Minutos después llega hasta ellos una brisa salada y húmeda, están en el paseo de la Ribera, en la mismísima playa de arenas doradas de Sitges. Paraíso por excelencia de pijos y artistas.

Conrado mira el reloj del salpicadero, han transcurrido cuarenta minutos desde que han salido de Barcelona, no tiene más remedio que admitir que el comandante Enjamio estaba en lo cierto y que la brigada también: viajar en Catalunya por vías decentes sale caro de

narices. Cogen el paseo marítimo muy despacio, el detective tamborilea sobre el volante mientras repasa la numeración de la calle. Se cruzan con algunos transeúntes que pasean el perro y que se hacen los locos cuando los canes, que corretean sueltos, hacen sus necesidades en cualquier sitio incluida la arena de la playa. Circulan unos instantes junto a un puñado de locos del *running* sin camiseta y con todo el cuerpo sudado, van en pantalones muy muy cortos, demasiado en opinión de Conrado. También hay lobos solitarios que pedalean sin sudar sobre sus bicicletas y que exhiben ropa deportiva de marca y que miran aquí y allá con desfachatez. Las terrazas de los bares están medio vacías y los camareros se entretienen fumando o charlando con los vecinos; entre cigarro y cigarro sacan lustre a las mesas de acero inoxidable que llenan las aceras.

De pronto la brigada señala con su dedo a través del parabrisas. Conrado enfoca la mirada en aquella dirección y guía el Mini hacia allí. Pega el coche al bordillo y aparca detrás de un todoterreno, cuando observa el logotipo de la Benemérita cruza una mirada de alucinado con ella.

—¿El Seprona?

—Deben de ser del puesto de Gavà.

—¿No había nadie más?

La brigada encoge los hombros.

El detective se guarda las llaves, nada más bajar hace un gesto brusco con la espalda y se cruje un par de vértebras, después se pone la mano sobre la frente para protegerse del sol y echa un vistazo en torno. Las puertas del todoterreno del Seprona se abren y cuatro botas relucientes se plantan en el suelo. Uno de los guardiaciviles es apenas un chaval, el otro de mediana edad y con galones de sargento, ambos con un uniforme de factura impecable, la gorra calada y gafas oscuras cuadradas de montura metálica. Conrado sospecha enseguida que deben tener precio especial en alguna parte para que ambos lleven el mismo tipo de gafas. El sargento los observa un instante por encima de la montura, intercambia una mirada con su subordinado y se encamina hacia ellos. La brigada saca la insignia y se identifica cuando los tiene a unos pasos.

—Brigada Rodríguez, del Grupo de Patrimonio de Madrid.

Los guardiaciviles se cuadran y se llevan la mano a la visera.

—Sargento Carbonell a tus órdenes, mi brigada —dice con un ligero acento catalán—. Él es el soldado Bonilla.

Bonilla se sonroja un poco y ella estrecha sus manos, después la brigada señala al detective con el pulgar.

—Evaristo Conrado, sargento en excedencia metido a investigador privado, un extenso currículum de misiones en el norte.

El detective fuerza una leve sonrisa y también encaja sus manos.

—¿Nos conocemos? —le pregunta Carbonell.

Conrado mira al sargento a los ojos y mueve la cabeza.

—Ni idea.

—Sargento —dice la brigada—, ¿te han explicado para qué estáis aquí?

Carbonell adopta una postura algo marcial y adusta.

—De manera un tanto vaga. He recibido orden de mi capitán de trincar a Félix Montoro y retenerlo hasta vuestra llegada. Y ahí lo tenéis —dice señalando el todoterreno con el mentón. En los asientos traseros divisan el contorno de una cabeza.

Ella eleva las cejas.

—¿Tan rápido?

—A pesar de todo el turismo que se mueve en Sitges, esto sigue siendo un pueblo y todo el mundo se conoce. Brigada, por si no lo sabes, Félix Montoro es un personaje bastante famosillo aquí. Solo hemos tenido que ir al restaurante donde almuerza cada mañana, limpiarle el morro con una servilleta y pedirle que nos acompañe. —Carbonell se sonríe con mirada de zorro viejo—. Se ha puesto hecho una furia cuando ha tenido que dejar a medias el plato de callos con garbanzos y la botella de Ribera del Duero que se estaba endosando, pero ahí está. Todo vuestro.

—¿Ha dicho algo?

Carbonell mira un instante al soldado Bonilla, se quita las gafas de sol y enseña sus magníficos implantes dentales bajo una sonrisa de suficiencia.

—¿Versión breve o versión extendida, brigada?

—La corta.

—Ha dicho que es amigo del alcalde, que conoce a un secretario de Estado y un par de tonterías más por el estilo.

—Está bien.

—Sargento —dice Conrado, que acaba de recordar algo—, supongo que estando en el Seprona debes conocer bien la Serra dels Pins.

—Como la palma de la mano. —La sonrisa de suficiencia vuelve a dibujarse en el rostro de Carbonell—. ¿Por qué?

—Tengo entendido que es un lugar de difícil acceso y que hay algunas edificaciones viejas y abandonadas. Me preguntaba si habéis patrullado por allí en las últimas semanas.

Carbonell lo escucha meditabundo, con el ceño fruncido y los ojos entrecerrados, se coloca las gafas y las empuja por el puente de la nariz con un dedo.

—¡Bonilla!

—Sí, mi sargento.

—¿Tengo cara de paleto?

—Por supuesto que no.

—Por supuesto que no —repite Carbonell muy despacio. Mira a la brigada un instante, después a Conrado—. No es por nada, compañero, pero ¿por qué no vas directo al grano y me dices qué quieres?

—Tienes razón sargento, disculpa.

Conrado se lo explica: todo se reduce a que puedan haber estado vigilando a su cliente desde allí, desde una edificación abandonada. El sargento Carbonell lo escucha sin desviar la mirada de sus ojos, asintiendo todo el rato, intentando representar la asertividad que enseñan en los cursillos para mandos intermedios, después interpela otra vez a su subordinado.

—¡Bonilla!

—Sí, mi sargento.

—¿Recuerdas cuándo fue el último día que patrullamos por la Serra dels Pins?

—Ayer mi sargento.

—¿Con qué resultado?

—Hallamos dos galgos ahorcados en las ramas de unos pinos.

—Y la vez anterior a esa, ¿cuándo fue?

—La semana pasada.

El sargento Carbonell asiente y mira a la brigada.

—La semana pasada desmantelamos un criadero ilegal de aves exóticas protegidas en una vivienda unifamiliar a pie de la montaña. Decomisamos cuatro parejas de yacos de cola roja, tres de cola vinagre y dos parejas de guacamayos azul marino. Detuvimos a la pareja que las vendía en una página web a casi seiscientos euros. —Sus ojos se desplazan hacia Conrado—. Esa zona la tenemos más que trillada, créeme que si algún extraño merodeara por ahí, lo sabríamos. Tenemos informadores, animalistas y gente de protectoras de animales que recorren la zona casi a diario y que nos avisan al menor movimiento sospechoso.

Conrado levanta las palmas de las manos dándose por vencido.

—Más que suficiente.

—Si esto queda zanjado, vamos a ver qué nos cuenta Montoro — dice la brigada. Carbonell se aparta a un lado y ella pasa entre los guardiaciviles con paso decidido.

Momentos después abre la puerta del todoterreno y mete la cabeza, dentro huele a vestuario de gimnasio. Félix Montoro transpira como un condenado en el patíbulo. Tiene gotitas de sudor en la frente, en la nariz y en las comisuras de los labios, el pelo pegado a la cara y las axilas y el pecho de la camisa húmedos. Se vuelve hacia ella y la observa con los párpados a media asta.

—¿Es la responsable de esto?

—Mucho me temo que sí.

—¿Y quién es usted?

—Brigada Rodríguez, grupo de Patrimonio de la Guardia Civil de Madrid.

—¿Guardia Civil de Madrid? —repite Montoro mientras la observa de arriba abajo—. ¿Puedo saber qué he hecho para que se haya tomado la molestia de hacer un viaje tan largo, brigada?

—Por supuesto. ¿Prefiere que vayamos a algún sitio donde usted se sienta más cómodo y pueda explicárselo o quiere hacerlo aquí?

—Mi oficina está a dos calles.

Félix Montoro recoge su sombrero panamá y su chaqueta de los asientos traseros y planta los pies en el suelo. Es grueso, de hombros caídos y brazos cortos, cabellos medio rubios y tez demasiado bronceada, lo que le hace pensar a la brigada que en invierno toma rayos uva. Se cala el sombrero hasta las cejas, se pone unas gafas oscuras que saca de un bolsillo de la chaqueta y se pega un tirón de las hebillas del pantalón con sus pulgares amorcillados, mirando a su alrededor con disimulo y la cara ardiendo de vergüenza. Pasa un ciclista sin camiseta que no deja de observarles hasta que los deja bien atrás.

—Sea lo que sea que les haya traído hasta aquí, están cometiendo un grave error. Todo el mundo en este pueblo va a pensar que soy un delincuente.

—Usted es el único que está convirtiendo esto en un teatro con su actuación —dice el detective.

—Y usted ¿quién es?

—Evaristo Conrado, trabajo para la Agencia Tributaria.

—¿La Agencia Tributaria también? —corea Montoro pestañeando —. ¿Es que se han puesto todos de acuerdo?

La brigada mira a Conrado elevando el ceño, pero el detective no miente. La mayoría de la gente trabaja buena parte de su vida para la Agencia Tributaria sin ser consciente de ello. Cualquiera que tribute, trabaja por lo menos un tercio de su vida para esa maldita agencia recaudatoria.

Montoro entorna la mirada detrás de sus gafas oscuras, separa los labios con una mueca de rabia y se echa la americana sobre los hombros.

—No perdamos más el tiempo, vayamos a mi oficina y terminemos de una vez con esto.

La galería de arte de Félix Montoro es una gran sala diáfana sustentada sobre pilares rectangulares negros y techos de considerable altura. El suelo son losas de colores chillones rojos, azules, verdes y amarillos, y las paredes tienen el tono cremoso del café con leche, sin ninguna abertura al exterior. Cuelgan carteles de películas antiguas en

todas las cornisas y la iluminación consiste en una serie de focos tipo retro, anclados en las viguetas de acero envejecido y oxidado que recorren el techo. La mayoría de los cuadros que se expone en ese momento son de arte moderno y gran formato.

Los recibe la recepcionista, una joven guapísima de cabellos negros y largos recién pasados por la plancha. Sus curvas son fantásticas y peligrosas, los saluda con los ojos muy abiertos y cara de sobresalto. Carbonell tose en el umbral de la puerta y la brigada se vuelve con mirada interrogante.

—Brigada, ¿necesitas que entremos o prefieres que esperemos fuera? Lo digo porque creo que no tenemos muerto que velar en este entierro. El soldado y yo podemos esperar aquí afuera mientras hacéis lo que tengáis que hacer. Eso si te parece, claro.

Ella lo observa unos segundos, meditabunda, mientras sopesa si su presencia es necesaria.

—Está bien, esperadnos aquí.

Carbonell saca un paquete de Ducados rubio y se vuelve hacia Bonilla.

—Soldado, descanso y a fumar.

Bonilla exhala un suspiro de alivio. El sargento le entrega un cigarro y, mientras expulsa la primera bocanada de humo, pega la nariz en el vidrio de seguridad del escaparate. Se topa de lleno con la mirada de la chica, que lo observa desde el mostrador sin remilgos, incluso con cierto interés. Es un auténtico bombón. Bonilla se sonroja al instante y al sargento Carbonell se le escapa una carcajada, pone la mano sobre su hombro.

—No está hecha la miel para el hocico del burro, Bonilla, así que tranquilo.

Nada más entrar en su despacho, Félix Montoro pone el aire acondicionado al máximo, se quita el panamá como si lo tuviera enroscado en las arrugas de la frente y se sitúa bajo el chorro de aire. Suelta una exclamación de placer. Cuando el sudor de su cuello se enfría, abre un cajón de un escritorio, saca una camisa blanca nueva, se disculpa mientras le arranca la etiqueta y va al aseo a cambiarse.

El despacho es puro diseño, de un estilo tan moderno que desorienta. La brigada y el detective se sientan al otro lado de una mesa roja llena de bandejas y carpetitas de colorines, en sillas de metacrilato. Conrado se hipnotiza enseguida con los cuadros de arte abstracto que penden en las paredes, parecen el test de Rorschach y tiene la sensación de estar en la consulta de un psiquiatra chiflado.

Montoro termina de abotonarse la camisa ante el espejo, y cuando sale se acomoda en un sillón moteado de piel de vaca con patas cuadradas de acero. Alterna la mirada de ella a él.

—¿Quieren tomar un refresco o vamos directos al grano?

—Señor Montoro —dice la brigada—, nos trae aquí un cuadro de Francis Bacon.

Él asiente muy despacio con la cabeza, el ceño fruncido.

—Así que al grano, muy bien. Pues qué quiere que le diga, me lo imaginaba. ¿Qué desean saber?

—Usted le ofreció un cuadro de Bacon a un marchante de Barcelona llamado Álvaro Franco. ¿Cómo ha llegado ese cuadro a sus manos?

—Ese es el primer error de esta situación, brigada, porque yo no tengo el cuadro, aunque se lo ofrecí a Álvaro a través de un cliente holandés llamado Johan con el que tengo una buena relación.

—¿Cree que podría identificar a Johan si le muestro unas fotografías?

—Hace más de diez años que lo conozco, supongo que podré hacerlo —se sonríe Montoro ante la evidencia.

Ella coloca sobre la mesa la ficha policial de Lester. En la fotografía aparece sin afeitar, pálido y falto de sueño, la vara métrica que tiene a sus espaldas indica que mide ciento ochenta y nueve centímetros de altura.

—Sí, es él. ¿Eso es una ficha policial?

—Así es.

Montoro se agarra a la mesa y se reclina en la silla.

—No puede ser, Johan es un empresario serio y solvente y sé que los negocios le marchan de forma razonable. Seguro que es una equivocación ridícula. ¿De qué le acusan?

—¿Sabe a qué tipo de negocios se dedicaba Johan?

—Que yo sepa tiene una empresa que organiza eventos deportivos y festivales de música. —Mira a Conrado y se detiene un instante en él —. ¿Es que debe dinero a Hacienda?

—¿Ha asistido alguna vez a alguno de esos eventos o festivales? —insiste la brigada.

—No, nunca. Bueno, he ido un par de veces a la tribuna del Camp Nou a ver el Barça y al Trofeo Conde de Godó con entradas que él me ha proporcionado. Pero eso es todo.

Ella se inclina sobre la mesa y señala con un dedo insistente la fotografía que Montoro tiene ante sí.

—Su nombre real era Brad Tanner, y no era holandés, sino británico. Usted le conocía por Johan, pero en los bajos fondos se le conocía por Lester. Era un gánster de tomo y lomo y lideraba una banda de crimen organizado cuyas actividades eran el narcotráfico, la extorsión y los robos con violencia, con mucha violencia.

Montoro sacude la cabeza y los mira contrayendo los párpados.

—No puede ser.

—Si fuera usted un poco observador, se habría dado cuenta de

que la brigada le está hablando en pasado —le advierte Conrado—. Por si no se ha enterado por las noticias, le informo de que días atrás fue asesinado en un ajuste de cuentas.

—¿Cómo dice?

La cara de Montoro cambia de color, la sangre se le baja a los pies, incluso los músculos de su rostro parece que adquieren cierta flacidez, porque su mentón cae un poco. Se acoda sobre la mesa con las manos en la cara, como si estuviera viviendo una pesadilla.

—Les aseguro que no sabía nada de todo esto.

—¿Tampoco sabía que ese Francis Bacon era parte de una colección de cuadros y joyas robados? —le pregunta la brigada.

Montoro levanta la cabeza y dirige sus ojos hacia la cara que hay detrás de aquella voz acusadora.

—No, por supuesto que no —responde como indignado.

Conrado se sonríe con cinismo. Montoro lo mira, arruga la frente y abre mucho la boca sin dejar de observarle.

—¿Puede decirme qué pinta la Agencia Tributaria en todo esto?

Él le explica su papel real en unos minutos.

—De acuerdo, será usted todo lo detective privado que quiera, pero por mi parte puede dejar a un lado su desfachatez. Ahora díganme que quieren de mí.

—Que nos explique su relación con Johan, Lester o como prefiera llamarlo ahora.

—Solo era un cliente más, pero un buen cliente. En todos estos años hemos comido juntos unas cuantas veces, supongo que bastantes, como suelo hacer con otros clientes para darles un poco de jabón. Pero nada más, nuestra relación se circunscribía a eso.

—¿De qué hablaban en esas comidas? ¿Le dio alguna vez detalles de lo que hacía?

—Hablábamos de inversiones, de arte, de política, de fútbol. De cosas por ese estilo. Recuerdo que una vez me comentó lo complicado que se había vuelto conseguir créditos, porque con esto de la crisis los bancos habían cerrado el grifo. Otra vez me explicó el quebradero de cabeza que tuvo en Badalona porque el concejal de deportes de turno no quería ceder un polideportivo para un acto político. ¿Me están diciendo que todo eso era una tomadura de pelo, mera fachada?

—Eso parece. Lester tenía dos guardaespaldas de los que nunca se separaba, ¿no le extrañaba eso?

—Uno era su conductor y el otro su jefe de seguridad. Se refería a ellos como sus colaboradores. ¿Qué tenía yo que sospechar?

—Explíquenos cómo le conoció.

Félix Montoro llena los pulmones con un suspiro hondo y se frota las sienes, cansado y a la vez aturdido por las preguntas. Tiene la cabeza como un bombo, a punto de estallar, aunque lo cierto es que el

instante en que conoció al hombre que dijo llamarse Johan permanece imborrable en su memoria.

Su mente se retrotrae a diez años atrás, hasta la mañana de aquel día soleado de julio que cruzó la puerta. Llevaba un bañador de motivos hawaianos, chanclas y una camiseta negra de tirantes donde podía leerse *Bastard* en letras rojas y por cuyas aberturas sobresalían montañas de músculos. Recorrió la galería de punta a punta con una cartera de mano negra bajo el brazo, soltando arenilla de playa sobre aquel suelo impoluto. Parecía un turista perdido en una heladería de la costa buscando sus sabores preferidos para una copa de helado. Montoro lo observó de arriba abajo con desagrado y se plantó ante él dispuesto a echarlo. «¿Se ha despistado, señor?». El desconocido le tendió la mano y se presentó como Johan. Le explicó que acababa de comprar una casa y que quería decorarla. Montoro asintió con una sonrisa cumplidora y le preguntó con cierta sorna si había visto algún cuadro de su agrado, y, sobre todo, si se había fijado bien en los precios. Johan pareció ofendido por la observación. Condujo a Montoro hasta los dos cuadros de precio más elevado que había visto en la sala y dio unas palmaditas en su abultada cartera de mano. «¿Cuándo puedo tenerlos colgados en mis paredes?».

Aquella misma tarde dos cuadros de un pintor local de cierto renombre lucían en la lujosa casa a pie de playa de Johan. Fue el principio de una relación comercial muy fructífera para Montoro, porque a esos cuadros siguieron tapices, estatuillas, jarrones y más cuadros. Johan no reparaba en gastos, se movía en coches de gama alta y frecuentaba los restaurantes y salas de fiestas más exclusivos de Sitges y alrededores. En menos de un año todo el mundo había oído hablar de él y quería conocer al holandés millonario que vivía en la casa de la playa.

—¿Cómo iba a pensar yo que era un delincuente? —concluye Montoro.

—Cuéntenos cómo llegó el cuadro a sus manos —dice Conrado.

—Ya les he dicho que no lo tengo.

—Pues explíquenos lo que sepa.

—Hace unas semanas Johan me invitó a su casa, estaba acompañado de un hombre que me presentó como su socio, un tipo alto y fuerte como él, con una coleta rubia y pinta de cantante. Ya lo había visto alguna vez en su compañía, por lo que no me resultó extraño que estuviera allí. Tomamos unas copas y Johan me enseñó el cuadro confesándome que tenía problemas de liquidez. Quería deshacerse de él. Me quedé helado cuando lo tuve en mis manos. ¡Un Francis Bacon! ¿Saben lo que es eso, lo que se siente?

—¿Cómo supo que era auténtico? —quiere saber la brigada.

—Solo lo supuse, Johan no se rodeaba de baratijas.

—¿Le explicó de dónde lo había sacado?

—Sí, me dijo que años atrás un cliente había saldado una importante deuda económica con él, pero que en ese momento no tenía más remedio que venderlo. Cifró su valor en tres millones y me lo ofreció por uno. Yo le dije que esa cifra estaba fuera de mis posibilidades, pero que podía buscarle un comprador, entonces me lo rebajó a ochocientos mil, pero seguía siendo una cifra demasiado alta para mí, así que se lo ofrecí a Álvaro. Menos mal que la venta no salió adelante —añade con alivio.

El detective carraspea y Montoro lo observa con preocupación.

—Tengo una pregunta muy simple.

—Adelante, aunque estoy seguro de que de simple no tiene nada y que será una encerrona. Empiezo a conocerle.

—Si creía que ese cuadro era de Johan, ¿por qué mintió a Álvaro Franco cuando se reunió con él? Le explicaron que el cuadro era de un socio de Johan que residía en Londres y que prefería mantenerse en el anonimato. ¿Por qué?

—Fue idea mía enseñarle unas fotografías. Estaba seguro de que Álvaro exigiría un certificado de autenticidad que Johan, o como puñetas dicen ustedes que se llama ahora, no tenía. Vender un cuadro de esa clase sin certificación y cuyo pintor ha fallecido, es un auténtico problema, por no decir un imposible.

—Hay peritos y fundaciones que pueden expedir esas certificaciones —dice la brigada—. Estoy segura de que lo sabe.

—Muy cierto, pero esos mismos peritos a los que usted se refiere, alguna vez también han expedido certificaciones negativas de cuadros documentados por el propio autor. Créame que ningún perito es la panacea, y menos cuando media tanto dinero.

Ella asiente, no hay por dónde coger a Montoro. Es un escapista nato y tiene una colección de respuestas para cada pregunta. Se las sabe todas. El detective saca una fotografía de tamaño mediano del bolsillo interior de su americana y la desliza sobre la mesa.

—¿Reconoce este objeto? ¿Lo ha visto alguna vez?

—No, pero por lo que parece a simple vista debe ser una joya muy valiosa, una especie de reliquia. ¿También se lo robaron a su cliente?

—Así es, y como usted mismo ha deducido, se trata de una reliquia de valor incalculable. Es un broche de dos mil años de antigüedad, un hipocampo. Fue sustraído junto con una colección de joyas familiares y otra de monedas antiguas, además de los cuadros de Bacon, claro. —Conrado hace una pausa estratégica de tres segundos para proseguir en tono inculpador—. Ahora resulta que usted ha tenido uno de esos cuadros en sus manos y no sabe nada, tiene la cara de cemento armado, señor Montoro. Por eso mismo voy a decirle lo

que pienso: creo que fue usted el cerebro que organizó el robo y que participó en él. Niéguelo si quiere, pero no me va a convencer de lo contrario.

Montoro entrecierra los ojos y lo mira un instante.

—Se equivoca si cree que voy a admitir esa barbaridad mientras los verdaderos culpables andan sueltos por ahí. Solo pretendía hacerle un favor a un cliente —añade con una especie de suspiro amargo—: No sé en qué estaría pensando yo cuando me dejé engatusar con semejante aventura.

—¿Te das cuenta en qué posición te encuentras ahora, Félix? —dice Conrado tuteándole—. ¿Quién tiene los cuadros? ¿Dónde están las joyas y ese broche?

Montoro se remueve de un lado a otro sobre la silla y comienza a retorcerse las manos con nerviosismo. Siente palpitaciones y sus piernas comienzan un baile que es incapaz de detener. El asunto se ha convertido en una bola de nieve y no tiene respuestas para esas preguntas. Coge el mando del aire acondicionado y baja dos grados más la temperatura.

—¡Johan está muerto, no sé quién tiene esos cuadros ahora! ¡Les juro que no lo sé! —dice con ojos brillantes, incapaz de dominarse—. Les aseguro que si lo supiera se lo diría. ¿Qué ganaría yo encubriendo a alguien?

La brigada hunde la mirada en sus ojos, de pronto se levanta y da unos pasos en círculo. Intercambia unas miraditas con Conrado.

—Esa tercera persona de la reunión, el hombre de la coleta rubia con pinta de cantante. ¿Quién es?

—No lo sé, solo lo he visto un puñado de veces.

—¿Cree que podría localizarlo?

Montoro llena los pulmones con una inhalación ruidosa y frunce el ceño mientras calcula sus posibilidades.

—No lo sé, puedo intentarlo.

—¿Que puede intentarlo? Rece para que eso sea posible. —Le hace un gesto para que se levante—. Póngase la chaqueta y dígale a su secretaria que se va de fiesta. Va a acompañarnos al cuartel de Gavà.

—¿Van a detenerme? ¿Van a llevarme esposado?

—Si me asegura que va a portarse bien, no será necesario.

Montoro siente una catarata de sangre fluir hasta su rostro y sus ojos se congestionan hasta el punto de estallar. Sabe que está metido en un buen lío.

—¿Voy a necesitar un abogado? —titubea.

—Por supuesto, pero búsquese uno serio y sin intereses turbios.

—¿Conoce alguno? —dice Conrado con una sonrisa petulante.

El sargento Carbonell abre la puerta trasera del todoterreno y Félix Montoro entra como un corderito. La presencia del todoterreno

del Seprona en la puerta de la galería ha congregado una docena de curiosos con los móviles en las manos. Montoro se agazapa en los asientos traseros y baja la cabeza hasta las rodillas, no quiere ver nada ni a nadie. Está avergonzado y seguro de que será diana de los cotilleos de Sitges durante las próximas semanas. Aquello es un pueblo y las noticias corren como la pólvora. Seguro que dirán que la Guardia Civil lo sacó a rastras del restaurante donde estaba almorzando y que luego se lo llevaron esposado. La gente por inventar… Si alguno de aquellos aprendices de reportero sube una foto o un video de su detención a internet, está acabado.

La brigada y el detective se meten en el Mini y siguen al todoterreno en una auténtica persecución hasta el cuartel de Gavà. Bonilla pisa el acelerador como un descosido y Conrado aprieta a fondo para no perderlo por las céntricas y retorcidas callejuelas del pueblo. Los primeros minutos transcurren en silencio, concentrados en la conducción; no se sienten satisfechos, han avanzado bien poco. Rebobinan tratando de encontrar incoherencias en las explicaciones de Montoro. ¿Las hay?

Quizá no han hecho las preguntas adecuadas.

Quizá el galerista es un actor cojonudo.

Quizá han sido demasiado flojos con él.

—Creo que no hemos jugado bien nuestras cartas, hemos sido demasiado torpes con ese tío —dice Conrado.

La brigada tiene la boca seca y los labios fruncidos. Tarda unos segundos en responder porque rumia una idea.

—Tal vez. Aunque es posible que al verse rodeado de hombrecillos verdes malcarados se lo piense mejor y decida colaborar.

—Lo dudo. —Conrado tiene la mirada clavada en el todoterreno del Seprona—. Me inclino por estrujarlo, sacarle la verdad a la antigua usanza. ¿Tiene familia? ¿Mujer, hijos, coche? A veces un susto o una lata de gasolina obran milagros.

La brigada se vuelve hacia él y lo observa a través de las pestañas, confusa y sorprendida al mismo tiempo. Mueve la cabeza.

—¿Qué coño estás diciendo?

Conrado se echa a reír a carcajadas, sin apartar la mirada del parabrisas.

—¿Te lo has tragado?

Ella le devuelve un aspaviento con la mano.

—Vete a cascarla, Conrado. Matón de pacotilla.

Cuando faltan unos kilómetros para llegar al cuartel de Gavà, suena el teléfono. Conrado mira el número en la consola del salpicadero y pulsa el botón del volante.

—¿Aló?

—¿Aló? —repite Josefina—. ¿Dónde estás?

—¿Para qué lo quieres saber?

—Por curiosidad.

—Pues ahórratela, voy conduciendo con el pie a fondo en el acelerador.

—¿Puedo saber adónde vas con tanta prisa?

—Al cuartel de Gavà, con la brigada. Pero no te preocupes, solo es una parada técnica.

—Eso apesta a mentira —replica Josefina.

—Tienes razón, en realidad vamos a triturar la presunción de inocencia de un vasallo del reino de España y a hacernos unas hamburguesas con lo que quede.

—Hola, guapa —dice la brigada.

—Hola, brigada, vigile que ese majara se tome la medicación.

—Está bien, Josefina, ¿qué quieres? —Conrado pone el intermitente, reduce de marcha y pisa a fondo para adelantar a un camión.

—Tengo noticias frescas —dice ella.

El detective y la brigada se miran.

—Pues adelante, suelta lo que sea.

—Vale, sabes lo que es Facebook, ¿verdad?

—Por favor, ¿te refieres a eso que llaman «red social», donde la gente exhibe de forma impúdica y pública sus miserias y sus vergüenzas?

La brigada menea la cabeza como uno de esos perros de juguete que algunos conductores colocan en la bandeja trasera de los automóviles.

—Muy bien, Evaristo —dice Josefina—, yo te hacía más de Tinder o de Badoo, pero eres una caja de sorpresas. ¿Sabes que Facebook tiene una función de localización GPS y que si la activas todos tus contactos pueden saber tu ubicación?

—No, eso no lo sabía. Pero recuérdame que te baje el sueldo por esa observación que has hecho sobre mí y esas páginas de contactos para viciosos. Y ahora al grano, que vienen curvas y no estoy bromeando. ¿Qué pasa?

—¿Recuerdas que Grancha dijo que la policía había traído a la novia de Lester para que identificara el cadáver de su hermano, Gavril?

—Sí, claro que lo recuerdo, aún no estoy tan gagá.

La brigada le mira con una sonrisa que llena toda su cara.

—Pues anoche me acordé de eso, y como no podía conciliar el sueño le estuve dando vueltas. Así que me conecté a Facebook y la busqué: Ivana Popescu. Resulta que tiene cuenta en Facebook.

—¿Y qué?

—Pues que no tenía activada ninguna restricción de seguridad y

estuve cotilleando. Modifiqué mi perfil con una serie de aficiones semejantes a las suyas y le pedí amistad. Al cabo de un rato aceptó mi solicitud.

—¿Y qué?

La brigada se vuelve hacia Conrado con mirada reprobadora; él se encoge de hombros.

—Me están dando ganas de darte una hostia con la mano abierta —dice ella—. ¿No entiendes lo que está tratando de decirte, cacho de carne con ojos? Te está diciendo que sabe dónde está Ivana. ¿Se encuentra aún en Barcelona, Josefina?

—Sí, acabo de salir de su casa.

El detective da un puñetazo sobre el volante.

—¡Cojonudo! ¿Por qué no has empezado por ahí en lugar de dejarme por memo? Habla, ¿qué te ha dicho?

Josefina se había presentado a las diez de la mañana en Pedralbes y se identificó como detective privado. Ivana la recibió en vaqueros y una camisa de algodón blanca, la miró con los brazos caídos a lo largo del cuerpo. Alta, delgada, guapísima. Una auténtica modelo. Pero tenía los ojos oscurecidos por el dolor y su rostro expresaba una infinita tristeza. En el mismo umbral de la puerta, Josefina le dio el pésame por Gavril y le explicó que estaba investigando el robo de una colección de obras de arte y que tenía la firme convicción de que Lester estaba implicado. Ivana asomó la cabeza y repasó con la mirada las ventanas de las casas vecinas, después se apartó y le hizo un gesto con la mano para que la siguiera.

Ivana dejó atrás un pasillo ancho, con suelo de parqué oscuro, columnas decorativas y techos artesonados y desapareció en el interior de la casa. Ella la siguió. Las paredes estaban pintadas de color arena, con paneles blancos hasta media altura y terminados en friso. El corredor desembocaba en un salón descomunal de dos alturas, cargado de alfombras gruesas, cuadros, espejos, jarrones y mobiliario ostentoso. Josefina tuvo la sensación de estar en una de esas mansiones de personajes famosos y ricachones que salen en las revistas. Nada más sentarse en un sofá de piel blanco, Ivana rompió a llorar. Josefina le cogió una mano entre las suyas.

—Lo siento mucho, sé que esto es duro y que no es el mejor momento, pero necesito hacerte algunas preguntas.

Ivana asintió con la cabeza, cansada y vulnerable, pero la miró con firmeza a los ojos y le preguntó qué quería saber. Josefina le explicó que sabían que Gavril había estado en tratamiento de desintoxicación y que las facturas habían corrido a cargo de Lester. Le preguntó por sus negocios y por su tren de vida. Ivana sabía poco o nada acerca de todo eso. Josefina miró dentro de sus ojos desconsolados. Sí, es posible que no supiera nada, que la modelo solo fuera un bonito jarrón chino para las ocasiones, una parte más de la decoración, del lujo con el que se rodeaba el hampón. Entró en los detalles del robo en la mansión de Aldous Rapp.

—Los ladrones han intentado vender uno de esos cuadros y la policía ha identificado a Lester como uno de los mediadores. Sospechan que él mismo en persona pudo cometer el robo y que su muerte fue un ajuste de cuentas.

Ivanna se llevó las manos a la cara y sus ojos enrojecidos parpadearon rápido.

—¿Quién ha matado a Gavril?, ¿ha sido Lester?

—Averiguaremos quién mató a tu hermano. —Ni Josefina tenía esa respuesta ni estaba segura de que Ivana estuviera preparada para escucharla. Volvió a coger sus manos—. Ivana, no le debes nada a Lester, solo eres una víctima más. No tienes por qué guardar sus secretos, puedes hablar conmigo. No soy policía. —Ivana bajó la cabeza y Josefina le apretó la mano.

—Gavril vino un día aterrorizado —comenzó Ivana—. Le debía dinero a un camello de una banda muy peligrosa. Le habían dado un ultimátum para que pagara y le habían amenazado con hacerle daño si no lo hacía. Se arrodilló a mis pies implorando mi ayuda y se puso a llorar. Gavril vivía en la calle y Lester no quería saber nada de él, se ponía enfermo con solo oír su nombre, decía que había hecho lo imposible por ayudarle, que era un enfermo y que todo tenía un límite. Traté de reunir los mil doscientos euros que necesitaba, pero no tenía esa cantidad porque Lester lo controlaba todo. Así que abrí su caja fuerte. Dentro había paquetitos de sobres atados con gomas. En unos había monedas antiguas de oro; en otros, joyas. Cogí un broche de oro que pesaba bastante y se lo di, pensé que podría venderlo o pagar su deuda con él.

Josefina se quedó casi sin respiración al oír aquello.

—¿Recuerdas cómo era ese broche?

—Muy raro, como un pez. No, como un caballo.

—¿Se parecía a esto? —Josefina le mostró una imagen del hipocampo que guardaba en la galería fotográfica de su teléfono móvil.

—Sí, era así, como ese. Lester se enfureció cuando se enteró de lo que había hecho. Me dijo que lo había metido en un buen lio y que tenía que recuperarlo como fuera, que iba a tener muchos problemas. Me castigó. Me metió en un avión y me envió a casa con mis padres. —Josefina le explicó que era una de las piezas robadas que buscaba y que podía constituir una prueba fundamental que condujera hasta los ladrones—. ¿Por eso se enfadó tanto conmigo?

Ivana empezaba a comprender, pero le daba pánico pensar en todas las cosas malas que hubiera podido hacer Lester. Pensó en su hermano Gavril y se le empañaron los ojos.

—Ivana, necesito que me ayudes, que te concentres y que pienses. ¿Sucedió algo extraño esos días? ¿Algo fuera de lo normal que te

llamara la atención?

Ivana la miró a los ojos.

—Recibía llamadas a cualquier hora, incluso por la noche. Se ocultaba para hablar por teléfono, pero yo sabía con quién hablaba.

—¿Con quién?

—Con Borko, uno de sus socios. Siempre me ha caído mal.

—¿Por qué?

—No me gustaba como me miraba ni cómo me hablaba.

—¿Le oíste hablar de los cuadros alguna vez?

—Un día, hace muy poco, levantó mucho la voz diciendo que tenían que encontrar un comprador, pero no sé a qué se refería. Quizá hablaban de eso.

—La policía ha registrado esta casa y no ha encontrado rastro de esos cuadros. ¿Se te ocurre quien podría tenerlos?

Ivana hizo una pausa momentánea mientras consideraba la respuesta antes de darla.

—Algún socio de Lester.

—¿Como por ejemplo Borko?

—Sí, como por ejemplo él.

Tras escuchar el relato de Josefina, el detective arruga el ceño.

—¿Todo eso te lo ha contado Ivana así porque sí?

—Le he prometido que averiguaremos lo que ocurrió con su hermano.

—Buen trabajo, Josefina. Te debo un día libre, espero que lo dediques a correr y a comer fruta.

—¿Has dicho que ese tipo se llama Borko, Josefina? —La brigada saca su teléfono del bolso.

—Sí.

—¿Qué vas a hacer? —El detective mira el teléfono en sus manos como si fuera un arma.

—Llamar al comandante y ponerle al corriente.

Conrado levanta una mano taxativa del volante.

—Nada me encantaría más que darle un buen dolor de muelas, pero ¿por qué molestarle si tenemos a Grancha en línea directa con los que están metidos en la cocina?

La brigada menea la cabeza.

—Madre mía, qué ideas. Lo echaría todo a perder.

—Estoy con ella —crepita la voz de Josefina en el manos libres—. El comandante ya te advirtió de que Grancha había agitado demasiado el avispero, déjalo tranquilo.

Conrado medita unos segundos y asiente.

—Está bien, de todas formas, quiero hablar con él. No me ha dicho nada de Marlon.

El detective corta la llamada y sincroniza el número de Simón

Grancha. Tres segundos después la voz del antiguo geo suena en los altavoces del coche. La brigada mueve la cabeza y murmura algo para sí.

—¿Qué pasa, *brother*? —dice Grancha con entusiasmo. Su tono de voz es pura sinfonía de Vivaldi, un *allegro molto*.

—Simón, pareces muy contento, ¿a qué se debe eso?

—Al sosiego que entra de oír el murmullo del mar y de respirar el oxígeno clorofílico que corre por estos lares. Se llama vida, deberías probarlo.

—Pues yo te recomiendo que dejes de tomar lo que sea que estés tomando, aunque creo que los daños ya son irreversibles. Y ahora dime, ¿cómo va todo por ahí? ¿Tenemos novedades?

—Viento de cola y el perímetro asegurado, todo tranquilo. Tan tranquilo que incluso estoy pensando en montar una granja de vacas lecheras.

—Te encargué un nombre: Marlon. Y no me has dicho nada.

—Porque no hay nada que contar, no localizo a mi contacto.

—¿Cómo puede ser eso?

—Escucha, Evaristo, siguiendo tus indicaciones no he insistido para que no pareciera que había excesivo interés. Por cierto, Aldous Rapp está aquí, llegó anoche en su helicóptero particular despertando a todo el mundo. ¡Tatatatata! ¡Tatatatata! —dice Grancha imitando el zumbido de las aspas.

—Bien, pues búscale y dile que necesito hablar con él.

—¿Nada más?

—De momento.

Conrado termina la llamada y observa con el rabillo del ojo a la guardiacivil, tiene cara de espanto, pero la mirada oscura y concentrada.

—¿Qué ocurre ahora?

—Creo que podemos tenderle una encerrona a Borko, y si tiene los cuadros, recuperarlos.

El detective sujeta con firmeza el volante, acelera y cruza una breve mirada con ella.

—¿Qué se te ha ocurrido?

La brigada se lo cuenta.

Transcurren diez minutos hasta que llegan al cuartel de Gavà. Los guardiaciviles de la barrera llevan las mismas gafas oscuras de montura metálica que Carbonell y Bonilla y el detective se reafirma en sus sospechas. Mientras inspeccionan los bajos de los vehículos con un espejo convexo y un perro adiestrado olfatea cada hueco y cada tuerca buscando rastros de sustancias explosivas, Conrado se distrae observando la cabeza de Montoro en los asientos de atrás del todoterreno del Seprona. Está seguro de que suda la gota gorda

imaginando lo que le espera.

Suena el teléfono y la consola del salpicadero se ilumina con un número desconocido. Antes de pulsar el botón, el detective mira a la brigada

—¿Diga?

—Señor Conrado —dice una voz suave y educada, como de nube de algodón de azúcar—. Soy Aldous Rapp, ¿necesita hablar conmigo?

—Acabo de enterarme de que llegó anoche.

—Así es, como ya sabe, he estado fuera. ¿En qué puedo ayudarle?

—No le robaré tiempo, solo necesito hacerle un par de preguntas.

—¿Por teléfono? —responde Rapp con voz algo titubeante.

—Es un poco urgente.

—Entiendo. —Se producen unos segundos de silencio—. ¿De qué se trata?

—¿Sabe quién es Félix Montoro?

—¿Félix? Por supuesto, tiene una galería de arte contemporáneo en Sitges. ¿Por qué? ¿Cree que está implicado en el robo?

—Es demasiado pronto para asegurarlo, pero necesito que me explique la naturaleza de su relación con él.

Se suceden nuevos segundos de silencio. Un guardiacivil le hace una señal de avance con la mano y Conrado engrana una marcha. Mientras conversa con Aldous Rapp sigue al todoterreno hasta un aparcamiento cubierto.

—Soy el promotor económico de una iniciativa cultural que el Ayuntamiento de Sitges celebra cada año —dice Rapp—. Le conocí debido a esa cuestión.

—¿Siguen manteniendo relación?

Se produce un nuevo silencio, seguido de una exhalación.

—Sí, la última vez que estuvo aquí fue el día uno de agosto.

—Supongo que se refiere a su casa.

—Por supuesto.

—¿Cómo recuerda la fecha con tanta seguridad?

—No sé si sabe que el primer día de agosto es la fiesta nacional suiza, el día de las hogueras. Esa noche tenemos la costumbre de reunirnos alrededor de una hoguera en la playa con una pequeña orquesta que ameniza la velada con canciones populares suizas. Una vez terminada la cena recitamos poemas antiguos. Es una fiesta pagana, algo parecido a la tradicional víspera de San Juan.

—Entonces, ¿está seguro de que Montoro asistió a la fiesta de esa noche?

—Sí, claro, sin ninguna duda.

—¿Hasta qué hora duró esa fiesta?

—Hasta bien entrada la madrugada, pero Félix se excusó poco después de la medianoche, se encontraba indispuesto y se marchó. De

hecho, recuerdo que no bebió nada en toda la noche y eso me extrañó, porque Félix es de los que siempre tienen sed.

—¿Lo ha vuelto a ver desde esa noche?

—Mmm, no. ¿Eso es importante?

Conrado intercambia una mirada zorruna con la brigada.

—Supongo que no. ¿Cree que podemos conseguir las grabaciones de las cámaras de seguridad de esa noche?

—Eso espero, la empresa de seguridad me garantizó que las guardaban tres meses. ¿Quiere que las consiga?

—Me serían de gran utilidad.

—Bien, me encargaré de que Leo se ocupe de eso.

—¿Leo Carranza? No, mejor que no. Lo hará Simón Grancha.

—¿Qué ocurre, también sospecha de Leo?

La brigada mueve la cabeza con vehemencia.

—No, por supuesto que no, pero mi hombre está ahí para eso.

—Como prefiera. A propósito de esa persona —dice con su voz suave y melosa Aldous Rapp.

—¿Sí? ¿Ocurre algún problema?

—No estoy seguro, quizá solo se trate de una percepción, pero creo que debo decírselo.

—Adelante, le escucho.

—No deseo incomodarle, señor Conrado, porque supongo que cuando le envió aquí es porque es de su entera confianza, pero creo que desde su llegada están ocurriendo cosas extrañas. —Conrado contiene la respiración y la brigada le da un codazo en los riñones—. Esta mañana durante el desayuno he observado que Leo y Clara ni se hablaban ni se miraban. También me he dado cuenta de que Nora tiene un ojo amoratado y Ernesto arañazos en la cara. Ella dice que se ha dado un golpe con una puerta, pero estoy convencido de que no es así, porque esta pasada madrugada, ella y su marido mantenían una discusión demasiado acalorada en el jardín. Como le he dicho es una simple percepción, pero aprecio una perturbación, como si algo hubiera quebrantado el delicado equilibrio natural que rige desde siempre en esta casa —añade tras una breve pausa—: Intuyo que todo esto que le cuento tiene que ver con la presencia de su hombre aquí.

—No sé qué decirle, señor Rapp. ¿Quiere que lo sustituya?

—No, pero ¿podría hablar con él?

—Por supuesto, yo me ocupo. Una última cosa, señor Rapp, ¿le suenan los nombres de Álvaro Franco o de Ramón Espadas?

—El primero no, el segundo ¿es ese abogado de las noticias? —Rapp hace una pausa dramática, el detective y la brigada se miran—. Señor Conrado, prefiero no mantener este tipo de conversaciones por teléfono.

Cuando la comunicación se corta, el detective se vuelve hacia la

brigada. Ella tiene las comisuras de los labios alargadas, como con una risita velada. De pronto suelta una carcajada y él menea la cabeza.

—¿Te alegras de que muerda el polvo?

El sargento Carbonell baja del todoterreno, mientras abre la puerta trasera para que Montoro se apee, los mira por encima de la montura metálica de sus gafas con expresión hosca. La brigada le hace un gesto de paciencia, porque Conrado busca otra vez el número de Simón Grancha. Cuando da con él, pulsa el botón de rellamada con una fuerza excesiva, como si quisiera imprimir en él su estado de ánimo. El teléfono vibra en el bolsillo del geo, cuando ve él número chasquea la lengua con fastidio y detiene el balanceo de la hamaca con cuidado de no volcar la cerveza que sostiene entre los muslos.

—¿Otra vez? ¿Qué quieres ahora, Evaristo?

—Acabo de hablar con Rapp hace un instante y no me ha gustado lo que me ha explicado. —Conrado suelta el responso de un tirón y con aspereza.

—¿Qué te ha explicado? —Grancha se incorpora de golpe en la hamaca.

—Cree que durante su ausencia te has dedicado a algo más que a jugar con el dron. Simón, quiero que tengas la boca cerrada, la polla dentro de la bragueta y que te dediques a tu misión en exclusiva. Sobrio, callado y obediente, es lo que te dije.

—No he hecho otra cosa, no sé qué te ha podido contar.

—¿Has visto *La guerra de las galaxias*, Simón?

—Como todo el mundo, ¿a qué viene eso ahora?

—Pues que Aldous Rapp es como Obi-Wan Kenobi, una especie de caballero jedi con superpoderes. Me ha dicho que nada más aterrizar ha sentido una gran conmoción en la Fuerza, que miles de voces gritaban de angustia pidiendo auxilio. Te lo traduzco por si no lo captas: deja en paz a la mulata y a la mujer de Leo Carranza. Olvídate de todos ellos o mañana mismo te busco un sustituto. No quiero volver a recibir otra queja más de la mano que mece la cuna y nos da el biberón.

—Eso no es así. Este tío acaba de llegar y no se entera de nada —protesta Grancha.

—Me da igual. Y despierta, porque vas a hacer algo más por mí.

—¿Más deberes?

—Más deberes. Consigue que la empresa de seguridad que lleva las cámaras te dé las filmaciones de la noche del uno de agosto, desde las siete de la tarde hasta las seis de la mañana. Esa noche hubo una fiesta en la playa y Aldous Rapp tuvo invitados. Quiero saber a qué hora llegó, qué hizo y a qué hora se fue uno de ellos: un tal Félix Montoro. Si no sabes quién es, busca su foto en internet. Tiene una galería de arte en Sitges y página web. ¿Serás capaz de hacer eso?

El detective finaliza la llamada sin dar a Grancha la oportunidad de contestar y cruza una mirada feroz con la brigada.

—¿He sido demasiado duro con él?

—Para nada. O se la suda todo o es que ese tarugo tiene un aguante a prueba de bomba.

Félix Montoro dialoga con el sargento Carbonell cobijado bajo la sombra del aparcamiento al aire libre, tiene una gran mancha de sudor en mitad de la espalda y no para de pasarse la mano por su grueso cuello. Cuando oye las puertas del Mini, se vuelve y los mira con los ojos desconsolados y tristes de un chucho abandonado. El cielo se le viene encima y tiene ese aspecto gris y mantecoso que imprime el miedo cerval en la piel.

—A ver qué nos cuenta el perro pachón ese —dice la brigada.

30
FERRAN LOMBARDO

La policía local tiene la calle acordonada cuando una berlina negra con la sirena a todo volumen y luces azules parpadeando detrás de la rejilla del radiador entra a toda velocidad en la calle Riereta. Cuando alcanza la marabunta de gente que se agolpa en mitad del asfalto, detiene la marcha con un frenazo brusco y se abre una puerta. El inspector Carrillo salta afuera con un walkie-talkie en una mano y el teléfono en la otra, mira aquí y allá, hacia todas partes, y se mezcla entre la muchedumbre. Instantes después entra otra berlina negra en la calle. Cuando sus ruedas chirrían por la frenada, Lombardo se deshace del cinturón de seguridad y planta sus pies en el suelo, ve al inspector Carrillo abriéndose paso a codazo limpio entre la masa de curiosos hasta que en un instante lo pierde de vista. «Acaban de llegar los peces gordos», le comenta un policía a otro mientras intentan contener al público. El comisario siente cómo se le llenan los pulmones de un aire asfixiante, de un olor a carne quemada y petróleo. Se aúpa sobre la punta de los zapatos y mira por encima de las cabezas.

—Menudo circo hay aquí montado —dice Ríos detrás de él. La inspectora asiente a su lado, pinzándose la nariz.

La calle está llena de uniformes y siguen llegando coches con luces destellantes. La policía contiene a una masa de gente sulfurada detrás de la cinta amarilla mientras los funcionarios del Instituto de Medicina Legal preparan bolsas de plástico y esperan instrucciones del forense. Pero Lombardo observa algo peor: acaban de llegar varios vehículos de la televisión con antenas parabólicas en el techo y la calle comienza a sembrarse de periodistas con micrófono en mano. El

comisario arranca a grandes zancadas hacia la brecha que abre el Oso apartando gente a empujones y sin miramientos. Reches los sigue forzando el paso.

En la ciudad han ocurrido cosas horripilantes y siniestras, pero todo lo que se diga es poco para describir lo que acaba de suceder en la calle Riereta. La gente observa los cuerpos carbonizados en la acera, enmudecidos por lo que ven. Hay quienes se alejan espantados y quienes se marean y vomitan. La inspectora Reches tiene pegado en los labios y en la lengua un saborcillo ácido y amargo desde que ha llegado, como si no le hubiera quitado lo quemado a la tostada de la mañana.

De pronto Lombardo se topa con una cámara de televisión y con una conocida periodista de TV3 que le pone el micrófono en la boca.

—Acaba de llegar a la calle Riereta el comisario Ferrán Lombardo —anuncia la periodista—. Comisario, ¿puede aclararnos si se trata de una explosión?

Lombardo mira a la cámara como si estuviera frente a un pelotón de fusilamiento.

—No haré ningún tipo de comentarios —dice sin detenerse.

La periodista sale en su persecución.

—¿Puede confirmarnos el número de víctimas?

—Es demasiado pronto para eso.

—¿Puede confirmar si las víctimas son vigilantes de la empresa de desalojos Bloque?

Lombardo se vuelve y contempla a la periodista con las mandíbulas apretadas durante unos segundos; la reportera observa su mirada oscura y gélida.

—He dicho que no haré ningún tipo de comentario, ¿lo ha entendido ahora?

Traspasa el cordón policial y barre la acera con la mirada. El espectáculo es dantesco. Hay una masa de cuerpos carbonizados con los miembros retorcidos y un poco flexionados; lo que en ciencia forense se define como «posición de combate o de boxeador». Un fenómeno físico debido a que el calor incide más sobre la musculatura flexora que sobre la extensora. Observa los despojos entornando la mirada, parecen maniquíes sacados del incendio de unos grandes almacenes y lanzados de cualquier manera a la acera.

Un auténtico infierno.

La temperatura ha fundido y ha agrietado la superficie de los adoquines en un radio importante y hay una gran mancha oscura y oleosa sobre la que descansan los cuerpos: grasa corporal. Lombardo y Reches se miran. Ella tiene el ceño arrugado y los ojos desorbitados y se cubre boca y nariz con una mano.

—¡Dios mío! —dice la inspectora moviendo la cabeza—.

¿También hay niños?

—No.

Ese es otro efecto que presentan los cuerpos carbonizados, sufren una reducción en el volumen de los órganos y en el tamaño de los miembros que les hacen parecer más jóvenes, a veces niños de entre siete y doce años, aunque en otras muchas ocasiones, cuando el calor alcanza la temperatura adecuada, la piel se endurece y estalla en forma de hendiduras irregulares para después tornarse negra, seca y quebradiza.

—Creo que ese de ahí ya era moreno antes de que le diera tanto el sol —dice el Oso señalando un cuerpo con el mentón. El comisario se vuelve hacia el subinspector con cara de sobresalto, como si hubieran soltado un escopetazo a centímetros de su oído—. No estoy bromeando —añade el subinspector muy serio—. Fíjese bien.

Ferran Lombardo mira en la dirección a la que apunta Ríos y segundos después asiente.

—Supongo que tienes razón, Roberto. Disculpa si por un instante he pensado que bromeabas en un momento tan inapropiado.

De pronto el inspector Carrillo emerge entre la masa de gente, lleva el teléfono pegado a la oreja y la mirada desencajada. Con un dedo se tapona el oído libre y mira de aquí para allí buscándolos. Cuando los localiza, se acerca con paso decidido.

—Me busco la vida y envío a alguien, no te preocupes —dice al auricular. Se guarda el teléfono y mira con frustración al comisario.

Lombardo arruga el ceño.

—¿Qué pasa ahora?

—Sabemos sin ningún género de dudas que era una furgoneta de Correos.

—Como la que vieron en casa de Lester —afirma Reches, pensativa.

El inspector Carrillo asiente y ella cruza una mirada significativa con Ríos.

—Creo que necesito azúcar para digerir todo esto —gruñe el subinspector.

—Una vecina de un primer piso dice que estaba tendiendo la colada y que lo vio todo: la furgoneta se detuvo ante el portal de la vivienda y el conductor intercambió unas palabras con uno de los vigilantes, un negro. Por lo que parece, discutieron, porque acudió otro que tuvo que poner paz. Dice que después se abrió el portón lateral de la furgoneta y que salieron unas llamaradas gigantescas que barrieron toda la acera, alcanzaron tal altura que incluso se tuvo que meter dentro. Le han quemado toda la ropa que tenía en el tendedero.

Lombardo levanta la cabeza muy despacio: hay cordones de tendederos con ropa colgada en el exterior de ventanas y balcones,

observa un par de pantalones tejanos y ropa de trabajo chamuscada en el primer piso. Menea la cabeza con serenidad mientras mira a sus policías.

—Ha estallado una guerra y lo peor es que no sabemos si esto ha tocado fondo. Interrogad a todo el que haya visto algo y poneos a buscar esa furgoneta de Correos. Encontradla de una maldita vez. Carrillo, quiero que alguien mire si hay cámaras de seguridad en las proximidades, quizá podamos conseguir alguna grabación útil. —El inspector asiente, pero guarda en la manga una noticia que va a estropearle al comisario su momento de autocomplacencia—. ¿Qué pasa Carrillo?, ¿por qué me miras así?

—Acabo de recibir una llamada, comisario. Se ha producido un tiroteo en un piso de la calle de la Sal, en pleno corazón de la Barceloneta. Ahora mismo trasladan a un policía en estado crítico al hospital del Mar, Pedrito Maravillas, un agente de la comisaría…

—De La Verneda —termina Ríos por él—. Sé quién es, de hecho, casi todo el mundo sabe quién es; se pasa la vida procreando, divorciándose y haciendo horas extra.

El comisario cruza una mirada de asombro con el subinspector, cuando el teléfono vibra en su bolsillo. Mira la pantalla y llena los pulmones, es un mensaje. Prosigue su descenso por el tobogán de la desesperación.

—Acabo de recibir la noticia de la calle de la Sal. ¡Por el amor de Dios! ¿Puede saberse qué demonios ocurre en esta ciudad? ¿Es que ya no queda nadie cuerdo? —dice con pesar, como si preguntara al mundo entero, abrumado por el sinfín de calamidades que se suceden una tras otra.

—Este maldito calor vuelve tarumba a la gente —dice Reches.

—Odio esta ciudad, si pudiera la reduciría a putos escombros —dice Ríos concentrando todas la miradas—. Solo he dicho lo que pienso ahora mismo. ¿Ocurre algo?

—Comisario —interrumpe Carrillo muy serio—. Hay un pequeño detalle sobre el asunto de la calle de la Sal que debería saber. —Lombardo arruga los párpados y separa los labios—. Pedrito Maravillas estaba fuera de servicio y realizaba un reparto de pizzas a domicilio. De hecho, llevaba un chaleco del Domino's Pizza y en la calle había un ciclomotor de la cadena de pizzerías.

—¿En serio? —El comisario sacude la cabeza, sabe que hay policías que hacen trabajos de seguridad fuera de su horario de servicio, incluso algunos que hacen de camareros en banquetes de boda, labores de albañilería o de metalistería, pero nunca se hubiera imaginado que también había pizzeros entre ellos.

—Es lo que pasa cuando engendras como una leyenda del rock, pero sin sus ingresos —dice Ríos.

Carrillo mira a la inspectora y al subinspector.

—Parece ser que hay un tal Marlon involucrado en el asunto.

Reches y Ríos cruzan sus miradas. Por la sonrisa ladeada del Oso, ella cree adivinar lo que pasa por su cabeza en ese instante.

—¿Estás pensando lo mismo que yo, Roberto?

—Por supuesto.

Lombardo desearía en esos momentos meterse en la cama con la esterilla eléctrica bajo los riñones, tomarse un ibuprofeno y dormir una semana entera. Sujeta a Reches del codo con fuerza y la mira a los ojos.

—Bien, aquí parece todo bajo control. Id y traedme buenas noticias, mi coronaria os lo agradecerá mucho.

31
YOLANDA RECHES

Reches le pasa al taxista la tarjeta de crédito por encima de los asientos. El tipo es un pakistaní desconfiado, o quizá todo un profesional, porque antes de introducir el plástico en el terminal de pago, la mira por delante y por detrás y le pasa un dedo ensalivado a la banda magnética. La inspectora titubea un instante y después teclea su número secreto. En el rostro del subinspector juguetea una sonrisa.

—¿Qué te hace tanta gracia, Roberto?

—Nada, solo estaba intentando recordar la última vez que te vi usar la tarjeta. Ahora hay unas que llevan chip, ¿lo sabías? —Una carcajada corta acompaña su ironía.

La inspectora escruta su sonrisa socarrona, de un tiempo a esta parte percibe que algo ocurre con él. El Oso, ese hombre grande, ruidoso y en ocasiones hasta cachondo a su manera. Hay días que lo encuentra demasiado encendido y enervado. Él, un hombre con temple de acero que siempre ha hecho gala de serenidad. ¿Qué le ocurre para que use tanta acidez y tanto cinismo? ¿A qué viene ahora esa hiriente mordacidad? Algo se ha transformado en su interior, lo ve. Un día lo invitará a tomar un café a solas y hablará con él, pero Yolanda está aplazando tantas cosas que cuando llegue ese momento el reloj no tendrá horas suficientes.

Varios coches patrulla y un furgón de la BICT invaden la calle de la Sal. Se trata de un callejón peatonal de edificios antiguos de mediana altura con balcones estrechos, en los que en su mayoría cuelgan toallas y prendas de playa como un elemento más del paisaje. El mayor atractivo de la calle era una librería especializada en novela negra que combinaba perfectamente los *thrillers* con los mejillones al vapor de los sábados al mediodía y que cerró arrasada por la crisis.

Por fortuna la zona conserva algunas señas de identidad: bodegas pequeñas y antiguas que ofrecen en sus cartas un tapeo interesante y algunos establecimientos de gastronomía legendarios, donde los clientes se apiñan en largas colas para quemar sus tarjetas de crédito. Además, la calle de la Sal está a corta distancia de la concurrida playa de la Barceloneta, con lo que la gente puede ir de sus apartamentos hasta la mismísima arena sin tan siquiera despeinarse.

En el exterior del portal hay un policía con los pulgares enganchados al cinturón observando la calle con aire distraído. Se identifican y el agente avisa por radio. No hay ascensor, por lo que tienen que subir por una escalera empinada y de peldaños estrechos. Hay un rastro de sangre que cuidan de no pisar, un reguero de gotas que aumenta de intensidad conforme ascienden. Ríos llega a la cuarta planta con el corazón en la boca, casi con náuseas, como si se hubiera echado un ocho mil a cuestas.

En el rellano encuentran a dos policías con monos blancos, protectores en los zapatos y guantes de vinilo procesando la escena. Uno está acuclillado limpiando con una escobilla la lluvia de polvos blancos que recubre el marco y la puerta mientras el otro toma fotografías, filma un video y le da indicaciones. Ríos se detiene un momento con los brazos en jarras para recuperar el aliento y echa un vistazo rápido: un marcador amarillo señala un agujero en el marco, otros marcadores apuntan a varios casquillos y una huella en el suelo ensangrentado. Ahora hacía un tiempo que el subinspector no pisaba un cacao semejante, pero enseguida se hace una idea de lo que ha podido ocurrir.

—Pónganse protectores en los zapatos e intenten no tocar nada —dice uno de los agentes sin tan siquiera molestarse en mirarlos, señalando una caja dentro de su maletín de la que sobresalen guantes azules.

—Lo que tú digas, corazón —dice Ríos cogiendo un puñado de guantes y protectores.

El policía levanta la mirada.

—¡Coño, el Oso! ¿Tú aquí? Te hacía jubilado.

El subinspector cruza una mirada con Reches y menea la cabeza.

—Siempre vendiendo la piel del oso antes de cazarlo. —Ríos señala al policía con un dedazo—. Inspectora, este fenómeno y yo patrullamos La Rambla cuando podías irte a casa tan tranquilo después de soltar una buena tanda de hostias con la mano abierta. Qué tiempos, ¿eh, Jaume?

—A sus órdenes —responde el policía mirando a Reches un tanto azorado.

—¿Quién está al mando? —pregunta ella.

—Yo —dice una voz que se oye al fondo del pasillo. Segundos

después la puerta se abre de par en par y aparece el inspector Santiago Llorca cubierto de protecciones de arriba abajo, casquete incluido, con lo que parece un tripulante de la Estación Espacial Internacional. Ríos parpadea dos veces para asegurarse de que es él y no su fantasma.

—¿Tú aquí? —dice ella con sorpresa—. ¿No llegabas de Las Vegas esta madrugada?

—Te hacíamos en el sofá con una mantita víctima de un desfase horario galopante —añade Ríos.

—He llegado esta misma madrugada, pero el teléfono ha sonado y el deber es el deber, muchachos. —Hace un gesto con la cabeza señalando la sangre que hay en el suelo y mira a Reches—. ¿Estáis al corriente de lo que ha pasado aquí?

—Muy por encima, sabemos que ha habido un tiroteo, que Pedrito Maravillas estaba fuera de servicio, ha recibido un disparo y que está grave.

—Pero hemos oído un nombre y aún nos pitan los oídos —dice Ríos.

—¿Qué nombre?

—Marlon. —El subinspector pronuncia el nombre de forma taxativa.

Se ponen las protecciones y Llorca les invita a pasar, antes les advierte de que se disponen a entrar en una pocilga. Ya en el recibidor hay media docena de latas de cerveza Damm aplastadas en un rincón del suelo y una pequeña montaña de cajas de Domino's Pizza. Llorca se quita el casquete de la cabeza y señala con el pulgar por encima de su hombro.

—Tenemos una testigo, la señorita Priscila Agudo, que por lo que se ve ha pasado la noche con ese tal Marlon.

—¿Ha dicho algo útil? —le pregunta Reches.

—Que ha sido una noche larga. *Sex and drugs and rock and roll* —dice con una risita. La inspectora menea la cabeza—. Fue ella quien llamó al 112.

—¿Y qué pinta Pedrito Maravillas en todo esto?

—¿Sabéis que repartía pizzas?

—Eso hemos oído —dice Ríos.

—Pues todo apunta a que llegó con un pedido, se encontró el bacalao y se metió de lleno.

Reches asiente muy despacio, pensativa. Mientras ordena ideas observa a Ríos, que escucha con los brazos cruzados sobre el pecho y expresión marmórea, aunque de cuando en cuando desvía la mirada al suelo con cara de disgusto y balancea el peso del cuerpo de un pie al otro como si quisiera asegurarse de que no los tiene pegados en la costra pastosa del suelo.

—¿Te ha explicado Priscila de qué conocía a Marlon? —le

pregunta Reches.

—La pregunta correcta es desde cuándo, y la respuesta es desde hace menos de veinticuatro horas. ¿Necesitas más detalles?

—Entendido, Santiago, no necesitamos los pormenores —dice Ríos.

La inspectora observa unos segundos la concienzuda labor que realiza el agente que está sacando huellas en la puerta.

—¿Qué tenéis?

—Hemos recuperado tres casquillos y un proyectil de 9 mm, suponemos que del arma de Maravillas. También tenemos un plomo de una 38 que hemos sacado del techo.

Reches mira pensativa al inspector Llorca, su tez pálida, sus ojos rodeados de profundos cercos oscuros. Después cruza una mirada rápida con Ríos y vuelve a centrarse en el inspector.

—Pedrito Maravillas disparó tres veces y solo tenemos un proyectil. Eso significa que alguien anda por ahí con dos disparos de su arma.

—Todo apunta a eso —admite Llorca.

—Yolanda, ¿te parece que ponga a Toni y a Nacho a escarbar en hospitales? Quizá suene la flauta. —El subinspector saca su teléfono, mira la pantalla y arruga el ceño, sabe que necesita gafas desde hace mucho tiempo, pero se resiste a pasar por el aro. No quiere echarse más años encima.

—Vamos. —Llorca hace un gesto con la mano para que le sigan —. Por cierto, la propietaria del edificio también está aquí, Marina Palenzuela. Yo empezaría con ella, porque la niñita aún está en *shock* después de ver tanta sangre. ¿Sabéis que todo el edificio es suyo y que lo tiene dedicado a vivienda turística ilegal? Casi se echa a llorar cuando ha visto el estado del apartamento.

Doblan un pasillo corto y Ríos aparta con el pie una bolsa de basura llena a rebosar que se interpone en su camino. Dentro hay un olor intenso a yerba, cerveza, sudor y comida frita. El desorden y la suciedad es delirante, parece la guarida de un degenerado. Yolanda no se tira de los pelos porque ha estado en sitios peores. Recuerda un sótano oscuro y claustrofóbico, de aire irrespirable, y una montaña de gusanos blancos dándose un festín sobre un viejo camastro. Solo vio una mata de cabellos, un pie y una mano de color morado que sobresalían de entre las sábanas antes de sentir un vuelco en el estómago y vomitar. Eso ocurrió su primer día como policía en prácticas, después ha vivido situaciones por las que nadie debería pasar, cosas difíciles de imaginar.

—Está todo hecho un asco, como si aquí viviera un pordiosero. — Reches pasea la mirada a su alrededor con cara de repugnancia y Llorca menea la cabeza delante de ellos.

—Yo cogía al responsable de esto y le hacía barrer el suelo con un cepillo de dientes —dice Ríos.

En el pequeño salón del apartamento aguardan Priscila y una mujer de cuarenta y tantos vestida con ropa elegante y cara. Su rostro tiene algunos toques discretos de cirugía, pero nada que ver con esos pómulos y esos labios recauchutados que pasean muchas señoras por los platós de los *realitys*. Al igual que los policías, ambas mujeres llevan protectores en el calzado. Priscila cubre con ellos unas manoletinas, mientras que Marina Palenzuela protege sus carísimos Jimmy Choo. Por lo que aprecian, la propietaria de los apartamentos no tiene muy claro dónde colocar los pies, porque cambia el peso del cuerpo de uno a otro observando con fijación la mugre.

Roberto Ríos alarga una mano y le informa de que son de la Brigada de Investigación. Ella eleva la mirada y observa desconcertada aquel personaje monolítico, de rostro congestionado y sudoroso. Porque ha dicho que es policía, si no, pensaría que acaba de salir de combatir en un cuadrilátero. Marina flota en una nube, esa mañana ha conocido a más policías que en toda su vida y su apartamento parece la comisaría de Hill Street, aunque en modo pocilga. El inspector Llorca pone una mano consoladora sobre el hombro de Priscila y la conduce hasta la ventana abierta para que ellos puedan hablar con tranquilidad. Se ponen a fumar.

—¿Se encuentra bien?, ¿podemos hacer algo por usted, señora Palenzuela? —le pregunta Reches.

Ella se aparta un mechón pelirrojo de la cara y se lo lleva con los dedos detrás de una oreja; a todas luces está incómoda. La inspectora observa la expresión cambiante y melindrosa del subinspector y menea la cabeza.

—¿Cuándo podré mandar a alguien a limpiar este desastre? —quiere saber Marina Palenzuela.

El subinspector mira a Reches.

—En cuanto la brigada científica termine —le informa la policía —. Señora Palenzuela…

—Marina, por favor —le ruega ella sin dejarle terminar la frase.

—Supongo que ya sabe que hay un policía herido de gravedad y al menos otra persona más cuyo estado desconocemos, así que permítame que sea directa. ¿Cómo y a quién alquiló el apartamento?

Marina Palenzuela vuelve a pasarse la mano por sus mechones pelirrojos y exhala un leve suspiro mirando de pasada al subinspector. Publicó un anuncio en Airbnb, la plataforma reina por excelencia para alquilar pisos turísticos. Solo tuvo que inscribirse como lo que ellos denominan «anfitrión» y publicar un anuncio con una buena colección de fotografías vistosas. Marlon contactó con ella mediante el chat que Airbnb dispone para sus clientes; quería ver el apartamento antes de

alquilarlo. Ella accedió y se citó con él para mostrárselo. El problema fue que Marina no pudo resistirse a los encantos de aquel chico, por lo que además del apartamento le enseñó todos sus secretos y acabaron probando la cama. Marlon es un Primera Bragueta. Así que llegaron a un acuerdo para cerrar el trato en persona y ahorrarse la comisión que Airbnb cobra por sus gestiones.

—¿Cuánto es esa comisión?

—Un tres por ciento.

—¿Y por cuánto alquila este apartamento, de cuánto dinero estamos hablando? —pregunta el subinspector. Roberto Ríos vislumbra cada vez más cerca su jubilación y los asuntos económicos comienzan a preocuparle. De hecho, semanas atrás había pasado por la Tesorería de la Seguridad Social para que le hicieran números y salió de allí desalentado.

—En realidad, no llegué a ese trato con él por ahorrarme ese tres por ciento —dice Marina.

—Entonces ¿por qué? —quiere saber Reches.

Explica que invirtió parte de una herencia en comprar y rehabilitar el edificio. El problema sobrevino cuando solicitó la licencia en el Registro Municipal para destinarlo a uso turístico y se la denegaron. Debido a las constantes presiones de los vecinos, el Ayuntamiento había puesto el foco sobre el barrio de la Barceloneta y había dejado de conceder nuevas licencias. La inseguridad y los desmanes ocasionados por los jóvenes turistas habían llegado a tales extremos que las asociaciones de vecinos se manifestaban a diario en las calles. Fruto de esa presión, el Ayuntamiento empezó a sancionar con multas de trescientos mil euros a las plataformas online que anunciaban pisos ilegales y Airbnb retiró de su página miles de anuncios de forma voluntaria, incluido todo el edificio que ofertaba ella.

Marlon pagó un mes por adelantado poco antes de que retiraran todos sus anuncios. ¿Cómo iba a desaprovechar la ocasión que le servían después de todo el dinero que había invertido en la reforma?

—¿Le dijo Marlon si tenía intención de compartir el apartamento con alguien? —Ríos no insiste más en saber la cantidad que obtiene por el apartamento.

—Me dijo que seguramente su hermana pasaría unos días con él. De hecho, la primera semana pasé a echar un vistazo y observé ropa interior de mujer en el suelo del recibidor. Pensé que sería de ella. —Marina mueve la cabeza y vuelve a apartarse otro mechón de cabello rojo de la frente—. Nunca me habría imaginado que en cuestión de semanas esto podía convertirse en una cuadra. Tendrían que haber visto el apartamento después de la reforma, era una bombonera.

—¿Vio alguna vez entrar o salir del apartamento a alguien más

que no fuera Marlon? —pregunta Ríos—. Me refiero a hombres.

—No, nunca. Habría hablado con él y le hubiera dicho que incumplía el trato. Procuro escoger gente normal, no quiero problemas con los vecinos, ya saben los sensibilizados que están con el asunto de los pisos turísticos. —Pasea la mirada a su alrededor un instante, con asco, y sacude la cabeza—. Miren que me alegré de que no fuera un grupo de extranjeros de esos que vienen a pasarse el día borrachos.

—Marina, ¿qué nos puede contar de la señorita Priscila? —le pregunta la inspectora.

—Tiene alquilado el apartamento del primer piso desde hace tres días, no me dio la impresión de que fuera a ocasionar problemas.

Reches cruza una mirada con Ríos; el Oso tiene la frente arrugada y parece pensativo.

—Roberto, ¿se te ocurre algo más?

—Me preguntaba cuánto pagó usted por este edificio.

La pregunta incomoda a Marina, que se ruboriza de manera visible y vuelve a pasarse la mano por sus mechones. Reches eleva el ceño contrariada, porque no sabe si se trata de una ocurrencia o de algún dato de interés para la investigación.

—Verá, es algo personal —prosigue Ríos—, tengo unos pequeños ahorros, la jubilación a la vuelta de la esquina y no sé qué hacer con ellos para rentabilizarlos. Las cuentas bancarias están a interés cero y muchas veces me pregunto cómo se las ingenia la gente.

Marina Palenzuela le mira y parece meditar unos segundos.

—Sin duda lo más seguro y rentable es el ladrillo, invierta en ladrillo. Compre algo pequeño a reformar y véndalo o alquílelo después. Las plazas de garaje también son interesantes y en proporción más rentables que la vivienda. Pero en cuanto a lo que costó este edificio, no sabría decírselo con exactitud. Lo compré en una subasta —añade un tanto incómoda—. Si le interesa mucho, puedo decirle a mi administrador que se ponga en contacto con usted.

Marina prefiere no entrar en detalles porque el fondo del asunto le resulta un tanto bochornoso. El edificio estaba ocupado por inquilinos con contratos de renta antigua a los que hubo que desahuciar: gente de pocos recursos que acabó en la calle y personas mayores a los que Servicios Sociales realojó en geriátricos. Abre el bolso y empieza a buscar con síntomas de nerviosismo el paquete de Winston y el mechero. Necesita fumar tanto como respirar oxígeno. Aunque más bien siente la necesidad urgente de huir de allí, de la situación que acaba de generarse. Se excusa diciendo que tiene que renovar el tique de aparcamiento, pero antes de mover un pie, observa el suelo ensangrentado que hay a su alrededor y compone una mueca de disgusto.

Cuando alcanza el rellano, Marina enciende un cigarro y baja los

escalones poco a poco, sujetándose a la barandilla con un repentino mareo y sin quitarse los protectores de los zapatos. Se siente sucia cuando recuerda los desahucios y no quiere que la sangre manche también sus fantásticos Jimmy Choo.

El inspector Llorca charla con Priscila junto a la ventana; ella sostiene el segundo cigarro entre sus dedos temblorosos y no para de juguetear con él. Reches la observa, tiene el aspecto frágil de una muñeca de porcelana y es indudable que ha llorado hace muy poco. «Una oveja que debería alejarse de los lobos», piensa. Ríos la escudriña de arriba abajo. «¿De dónde has salido, niñita? ¿No te enseñaron que las calles están llenas de hombres malos y depravados? ¿No sabes que no deben aceptarse caramelos de desconocidos? ¿Dónde estabas cuando impartieron esa lección?».

—¿Puedes prestarnos a Priscila? —le dice Reches a Llorca con una sonrisa.

La joven se vuelve y los mira con fastidio.

—¡Joder!, ¿tengo que contestar más preguntas?

—Todas las que hagan falta y las que me invente —dice Ríos con tono agrio, fundiéndola con la mirada. No soporta la visión de un cuerpo cargado por la tinta de los tatuajes ni por el titanio de los piercings, aunque sea la ultimísima moda entre los jóvenes y los que se creen modernos. Piensa que es una puta mierda de moda.

Priscila tiene veintidós años, es de La Coruña y confirma que lleva tres días alojada en el apartamento del primer piso. Conoce a Marlon de encontrárselo en la escalera, aunque también ha coincidido con él un par de veces en un supermercado pakistaní que hay cerca. Opina que es un tío simpático, pero también reconoce que es un guarro, no hay más que ver que lo tiene todo hecho un asco. La noche anterior Marlon la había invitado a fumar, después de unos canutos de yerba y unas cervezas, acabó en su cama. Cuando se levantó sobre el mediodía, lo encontró viendo la tele y ya iba colocado. Dijo que se moría de hambre y quería pedir unas pizzas. Ella le dijo que pidiera lo que le diera la gana, porque se largaba. Había quedado para comer y se metió una ducha antes de marcharse. Cuando salió del baño, encontró a Marlon discutiendo con aquellos dos tipos.

—Marlon estaba ido, iba directo hacia ellos con la espada. Entonces el tío del chaleco negro sacó una pistola, le advirtió que no se acercara más y disparó al aire —explica Priscila señalando el techo, donde solo queda el agujero de la bala que acaban de extraer los hombres de Llorca.

—¿Qué pasó luego? —pregunta Reches.

—Se abrió la puerta de golpe y apareció el tío de las pizzas con otra pistola en la mano. Comenzaron a dispararse como locos. Yo me encerré en el baño y no salí hasta que pasó un rato. Y cuando vi a ese

hombre en el rellano sangrando, llamé al 112.

—Hiciste bien, Priscila. ¿Viste a quién más le alcanzaban los disparos? —le pregunta Ríos.

—No, cerré los ojos, chillé y después corrí a encerrarme en el baño.

—¿En ese orden? —se sonríe el Oso con la mirada.

—No estoy segura. ¿Eso importa mucho?

—Le has dicho al inspector Llorca que discutían por un broche —dice Reches—. ¿Llegaste a verlo?

—Claro, lo tenía Marlon en la mano y lo sacudía en el aire.

—¿Recuerdas como era?

—Muy raro, me dio la impresión de que era una especie de caballo, o de pez, no estoy muy segura. Era dorado, supongo que sería de oro.

Reches, Ríos y Llorca se miran.

—¿Puedes describirnos al tipo del chaleco negro? —prosigue la inspectora.

—Robusto, metro setenta, con botas de suela gruesa, pelo graso y barba de varios días. Aspecto de tío duro, de motero malo. En el chaleco llevaba parches.

—¿Motero?

—Eso he dicho, sí.

—¿Oíste algún nombre o algún mote?

Priscila niega con la cabeza y en ese momento recuerda que tenía la cara un poco quemada. Los policías se miran al oír ese detalle.

—¿Cómo era el otro hombre? —inquiere Ríos.

—Muy delgado y moreno, medio gitano, con anillos en todos los dedos de las manos. Tenía una voz ronca muy particular.

Ríos mira a la inspectora y arruga el ceño.

—¡Que me fría un rayo si no acabo de oír la descripción del legionario! —comenta el Oso—. Si no es él, me apuesto la pensión a que es su mellizo.

—Consigue una foto suya, Roberto. Dile a Toni o a Nacho que te envíen una del fichero.

Ríos saca el teléfono, mira la pantalla y arruga los párpados.

—Mierda, me estoy quedando sin batería —dice mientras marca el número—, les diré que te la envíen a ti.

Ella asiente.

—Vamos a enseñarte la fotografía de un hombre y queremos que nos digas si se trata de alguno de los tipos que viste al salir de la ducha. ¿Crees que todo pasó por ese broche?

—Me dio esa impresión, sí.

La inspectora saca el teléfono móvil, acaba de vibrar en su bolsillo y sabe que es el mensaje que espera. Observa la pantalla, es de Toni:

un archivo PDF con el emoticono de un corazón. Yolanda contiene la sonrisa y descarga el archivo. Segundos después le pone la fotografía de Martín delante.

—¿Lo reconoces?

—¡Hostias, sí! ¡Es uno de ellos!

—¿Estás segura?

—Del todo, joder.

—¿Puedes pronunciar tres palabras seguidas sin que alguna de ellas sea un taco? —Ríos menea la cabeza, con los puños hundidos en la cintura. Está molesto con tanto exabrupto. ¿Dónde aprende gramática y lenguaje la juventud de hoy? Está seguro de que en las puñeteras redes sociales.

—¿Este individuo era el del chaleco y la pistola?

—No, este era el otro, y por lo que veo ya saben quién es.

—Sí, le conocemos, es un viejo amigo. ¿Qué más recuerdas del tipo con aspecto de motero? —continúa Reches.

—Yo diría que debía pesar entre noventa y cien kilos. Si tuviera que comprarle ropa, escogería una talla XXXL de camiseta y una cincuenta y dos de pantalón.

—¡Que me parta un rayo! —El Oso la observa con una mezcla de sorpresa y presunción—. Yo no lo hubiera hecho mejor. ¿A qué te dedicas, jovencita?

—Soy guionista de series en la televisión autonómica TVG.

—Inspectora —dice el Oso—, recuérdame que nunca le dé la espalda a una guionista gallega.

Reches cruza una mirada con ella y señala a Ríos con el pulgar.

—Viniendo de él deberías tomártelo como un cumplido.

Priscila observa al subinspector, le encuentra un aire inquietante a Toni Soprano. No acudiría a pedir su ayuda ni estando en peligro de muerte. En todo caso, quizá podría ocupar un papel destacado como mafioso de uno de sus guiones.

Reches le pide que se esfuerce más.

—Cierra los ojos, intenta aislarte de cuanto te rodea y concéntrate. Visualiza al tipo del chaleco negro, intenta recordar algo más de él, detalles.

—¿Va a hipnotizarme?

—No, tranquila —se sonríe Reches.

Priscila cierra los ojos y la inspectora aguarda hasta que su respiración se acompasa.

—¿Qué ves?

—Los parches de su cazadora.

—¿Hay algo que te llame la atención en esos parches?

—Unas iniciales.

—¿Qué iniciales?

—LMC.

—¿Estás segura? Eso puede ser muy importante.

Priscila abre los ojos de golpe y asiente; Reches y Ríos se miran al unísono. Cuando un equipo juega durante mucho tiempo junto hay cosas que surgen como un automatismo. Ese cruce de miradas es como el relé que lo activa todo. Ríos coge a Priscila por un hombro.

—A ver si me aclaro de una puñetera vez —dice con una sonrisa cáustica—. Cerraste los ojos, chillaste y corriste al baño a encerrarte. ¿Es así o me equivoco? Además, estabas nerviosa porque había armas y todo pasó muy rápido. ¿Correcto? Me pregunto cómo puedes estar tan segura de algo en ese estado de crispación. ¿No podría poner en ese parche MLC, CML o cualquier otra cosa?

—No me lo estoy inventando, ¡joder! Estoy más que segura. Lo vi.

—Hasta ahora no habías mencionado nada sobre ese parche —dice la inspectora—. ¿Cómo puedes estar tan segura?

—Debajo de mi casa hay un club cannábico que se llama La María Club. Tiene esas siglas en el rótulo de la puerta —desvela Priscila con la seguridad irritante que solo tienen los jóvenes.

Reches mira al subinspector y se retiran unos metros, junto a Llorca.

—La María Club, ¿qué te parece eso? —dice Ríos en voz baja, moviendo la cabeza.

—LMC son las siglas de Leones Motor Club —dice Reches—. Por el aspecto con que ha descrito a ese tipo, y por todo lo que ha pasado aquí, pondría la mano en el fuego que ese tío era uno de sus miembros.

—¿Y por qué quieren ese broche? —se pregunta Ríos.

—No lo sé, pero vamos a averiguarlo.

—Y Martín ¿qué demonios pinta aquí?

Ella encoge los hombros.

—Tendremos que preguntárselo a él. —La inspectora se vuelve hacia Priscila—. Recoge tus cosas, te vienes a comisaría a ver unas fotos y hacer una declaración.

—¿Necesito un abogado? —pregunta ella con estupor.

—Mejor que no necesites uno nunca, guapa —dice Ríos.

Yolanda Reches arquea las cejas. Sí, Ríos está cambiado, en algún momento ha sufrido una metamorfosis. Siempre ha sido un hombre rudo y directo, de pocos miramientos, pero algo se ha desatado en él. Se ha convertido en un verdadero animal. Quizá el caso del Oso sea el único ejemplo conocido en el que el hombre supera a su leyenda.

—Roberto —dice ella sujetándolo del brazo.

—¿Qué ocurre? —Ríos se vuelve tenso y responde con brusquedad.

Reches desea decirle en ese instante que se saque de una vez la

china del zapato o que se ponga hielo en los huevos, pero no es el momento ni el lugar. No quiere montar una escena delante de Llorca y mucho menos de Priscila y de los demás policías que hay allí. La ropa sucia se lava en casa. Además, respeta muchísimo a Ríos.

—Vámonos —dice soltando su brazo, poniéndose en marcha—. Cuanto antes lleguemos a comisaría antes podremos ir a ver a Pedrito Maravillas.

Ríos asiente y echa un último vistazo con irritación a su entorno. El inspector Llorca los acompaña hasta el rellano y los observa bajar las escaleras. El Oso resopla en cada peldaño, cabizbajo, como si quisiera sacarse un demonio de dentro. Hace tantísimos años que se tratan que creía conocerlo un poco.

32
BORKO CLAMPARU

Es hora punta y el tráfico colapsa las calles. Una movilización salvaje de los taxistas tiene en jaque a la ciudad. Le han declarado la guerra a Uber y a Cabify. Consideran que las nuevas empresas de alquiler de vehículos con conductor tan solo son competencia desleal: una ironía de la nueva economía. Los taxistas pagan unas licencias carísimas, están sometidos a una reglamentación especial y muy restrictiva y además pagan sus impuestos en el país, no en Irlanda ni en la isla de Man ni en ningún otro paraíso fiscal de la Conchinchina. Por lo tanto, presionan al Ayuntamiento para que no conceda más licencias a Uber, Cabify y compañía.

Más de dos mil vehículos negros con las puertas amarillas se han concentrado en el aeropuerto de El Prat y han partido hacia la ciudad en tres columnas. Dos de ellas han tomado dirección a las rondas de circunvalación B-10 y B-20 a una velocidad de media de quince kilómetros por hora. La tercera columna, más numerosa que las otras dos, se ha diseminado a marcha lenta por las arterias más importantes que cruzan de extremo a extremo Barcelona. El atasco en el centro es de proporciones bíblicas. Suenan las bocinas y cunde el enfado y los ataques de nervios entre los conductores. Unos porque no pueden llegar al trabajo; otros porque llevan niños a las escuelas. No se recuerda nada igual desde los años noventa, en la época preolímpica, cuando la policía cerraba las salidas de la ciudad tras cada atentado de ETA.

Entre tanta histeria colectiva hay conductores avispados que se toman la situación de forma práctica y rentabilizan el tiempo haciendo gestiones telefónicas. Otros se entretienen en lo más habitual: hurgarse la nariz o los oídos con el dedo; sacarse la mierda

de las uñas con cualquier objeto afilado; o mirar vídeos X en el móvil. También hay quien se baja y echa un cigarro con total parsimonia recostado en el capó mientras que algunos insultan a los municipales a través de los cristales de las ventanillas culpándolos del caos.

Borko Clamparu va a los mandos de su BMW X6 M negro, un SUV de ciento cuarenta mil pavos y más de quinientos caballos de potencia que caga dióxido de carbono como una central térmica. Un auténtico cochazo, lo que se dice un imán para los pibones. A pesar de la ostentosa carroza de oro en la que va sentado como un dios, Borko está igual de jodido que los demás conductores de los utilitarios que llenan los cinco carriles de la Gran Via. Aunque no es lo mismo estar sentado en confortables asientos de piel y rodeado de electrónica de vanguardia y pantallas digitales, que metido en una lata de sardinas oxidada con ruedas. Pero el bucarestino también sabe rentabilizar su tiempo; en los nueve altavoces de doscientos vatios y pico de su devorador de asfalto suena *24K Magic* de Bruno Mars a toda pastilla. Acaba de meterse la quinta raya de coca de la mañana y sacude su coleta de mechones rubios que cae sobre sus hombros como si fuera un rastafari desmelenado. ¿Cuánta coca lleva ya en el cuerpo? ¿Un gramo, dos gramos? ¡Qué más da! Dispone de suficiente polvo blanco como para soltarlo sobre Barcelona y que parezca una nevada.

Su cerebro nada en una ingente cantidad de alcaloides y eso le permite funcionar al quinientos por cien, o eso cree él. Así que, mientras se encuentra atrapado en la ratonera en la que se han convertido las calles de la ciudad, reflexiona. Tiene varios frentes abiertos, alguno de ellos muy peligroso. Les ha jodido el club a esos mierdas de los Leones, pero sabe que no puede confiarse, porque intentaran algo. No puede pisotearle los callos a Sandokán y esperar que se quede de brazos cruzados. Una verdadera lástima que no consiguiera cargárselo a él y a toda su tropa con aquellas granadas. Aunque ver cómo las llamas devoraban el 1 % hasta sus cimientos desde la terraza de un bar de la acera de enfrente, con una Coca-Cola bien fría en la mano, fue un espectáculo cojonudo. Por otro lado, está el asunto con Tío Duro, necesita los documentos que le suministra para seguir importando tías de los rincones más alejados del continente y renovar con novedades los macroburdeles que controla en la autovía de Castelldefels. Pero desde que Lester está fuera de circulación, no ha tenido noticias suyas. Aunque percibe que está ahí, acechando amenazante entre las sombras, esperando su oportunidad. En ocasiones hasta puede olerle.

Los cuadros también se han convertido en un problema; lo que se prometía un paseo está resultando una verdadera maratón. Tiene que sacárselos de encima cuanto antes y como sea, pero no va a ser tarea fácil. El contacto de Lester, ese inútil galerista de Sitges, Félix

Montoro, ha sido incapaz hasta el momento de encontrar un comprador y ya hay demasiada gente al tanto. Sabe por su fuente en la policía que le siguen la pista y que está a punto de quemarse las manos; así que, o se los saca de encima, o los entierra en el monte.

Decide concentrarse en la música, ahora suena *La grange*, de ZZ Top, y comienza a mover los pies al ritmo del estribillo. *A haw, haw, haw, haw*... Hasta que la música se interrumpe en seco porque suena el teléfono. Es Bogdan Stelea, su mano derecha. Llama al número que tiene reservado para emergencias en su móvil de doble SIM. Una intensa luz roja se enciende en su cerebro y el nivel de buen rollo que le proporcionan los alcaloides desciende de golpe. Se pega el aparato al oído cuando los vehículos que le preceden avanzan un poco.

—¿Qué?

Bogdan le explica un hecho trágico y sin precedentes que acaba de suceder en la calle Riereta, algo para lo que Borko no estaba ni mucho menos preparado. ¡Joder, joder, joder!, maldice. Tres minutos después separa el teléfono de su oído y se queda unos instantes mirando la pantalla, conteniendo la respiración. Acaba de recibir un buen mazazo y está como en una nube, pero aferra el teléfono con tanta fuerza que el panel de la pantalla se resquebraja y estalla. El bloqueo en el que está inmerso es tan profundo que no se da cuenta de que la furgoneta blanca que tiene delante acaba de encender sus luces rojas de freno. El bucarestino tiene los pies sobre las alfombrillas y reacciona de inmediato con un frenazo brusco, deteniéndose a dos palmos de la furgoneta. Pero el conductor del vehículo que circula detrás de él no es tan rápido de reflejos y le alcanza de lleno. Fruto del impacto, su BMW contacta con la furgoneta que tiene delante con un roce ligerísimo.

Borko mira por el espejo retrovisor interior, detrás tiene un Citroën rojo, pero no observa a nadie al volante. Abre la puerta muy despacio, planta los pies en el suelo conservando la calma, va hacia la parte trasera de su vehículo y observa los daños: una leve abolladura en el parachoques. Acto seguido se acerca a la puerta del conductor del Citroën, mira por la ventanilla unos segundos y la abre. Hay un tipo tendido sobre los asientos delanteros y la tapicería llena de sangre. Es imposible que sea consecuencia del accidente. Mete la cabeza y lo mueve, sangra por el vientre. ¡Joder, tiene un buen agujero en la barriga! Entonces ve el chaleco de cuero que hay sobre las alfombrillas con los parches de los Leones, observa bien al tipo y arruga el ceño. Decide que lo mejor es largarse. Acompaña la puerta con el dorso de la mano hasta que se cierra, limpia la maneta con un pañuelo y vuelve sobre sus pasos. Cuando está a punto de meterse otra vez en su BMW, se abren de golpe todas las puertas del furgón que tiene delante y bajan cinco tíos robustos, tatuados y con cara de pocos

amigos. Llevan monos blancos salpicados de manchas de pintura de todos los colores. Borko los observa un instante, después parpadea dos veces y mira el interior de la furgoneta. Hay una escalera, cubos de pintura, rodillos y tubos y plataformas de hierro para montar andamios.

El bucarestino pasea la mirada a su alrededor, hay mucha gente fuera de sus vehículos y el accidente es foco de todas las miradas. Se acerca hasta el frontal de su BMW mientras aquellos cinco tipos no dejan de señalarle y de increparle de forma grosera, como si fueran raperos cabreados. La furgoneta tiene una ligera abolladura en un portón trasero, pero a juzgar por el óxido de la chapa, es antigua. En cambio, su X6 M tiene un faro agrietado. Valdrá una pasta, pero a Borko se la suda, le sale el dinero por las orejas. A lo sumo, entre el faro y la pequeña abolladura trasera se quedará unos días sin el SUV. Sacude la cabeza pensando en el tipo del Citroën rojo, tiene que largarse de allí cuanto antes.

—No es nada, mejor lo dejamos correr —les dice Borko.

El tío que tiene más cerca, el conductor, abre unos ojos como platos y se acerca a él.

—¿Qué dices, eres idiota? ¿Quién va a pagar esto? —Señala la abolladura de la puerta y mira a sus compinches, que asienten con los brazos en jarras, preparados para saltar a las primeras de cambio. Coge a Borko de la pechera arrugándole la cazadora, arrancándole botones de la camisa—. Tú no te vas de aquí hasta que arreglemos esto.

Cualquier persona normal en su situación hubiera dado un paso atrás, pero Borko pertenece a la escala de los superdepredadores y tiene delante a cinco pececillos basureros quejicas plantándole cara. Estudia al tipo con su mirada gélida unos segundos.

—Qué dices, ¿eh? —El tío echa su aliento en la cara de Borko moviendo los hombros como si fuera un boxeador, incapaz de interpretar las señales que suponen las cicatrices oscuras y profundas de su rostro, su torso ancho y sus brazos voluminosos.

—A tomar por culo —dice Borko.

Lo coge por el brazo y se lo retuerce con una simple llave de gimnasio. Un sonido seco y sordo. ¡Cronc! Y cae al suelo. La reacción de Borko no ha sido premeditada, sino instintiva, absorbida en cientos de horas de entrenamiento sobre tatamis y en campos de combate. Avanza con un paso largo y rápido hacia el siguiente, clava una izquierda dura y larga en su hígado y una derecha seca en su mandíbula. Un uno-dos mecánico. El tipo se desploma con el maxilar y tres costillas rotas.

—Vosotros esperad aquí —dice el bucarestino señalando al resto —, voy a por los papeles.

Se vuelve hacia el SUV, mete la mano bajo el asiento del conductor y cuando vuelve a asomar lleva un bate en la mano. Da una carrerilla corta y lo descarga sobre el esternocleidomastoideo del tipo que tiene más próximo y que por lo tanto representa el mayor peligro. ¡Cronc! Se desmorona como un muñeco con la clavícula y el hombro partidos. La pareja que queda en pie se mira y un segundo después echan a correr moviendo los brazos como descosidos. Mientras se suben en la furgoneta y la ponen en marcha, Borko rompe las luces y los cristales traseros y abolla las puertas. Todo transcurre en menos de un minuto.

El furgón arranca con un estridente derrape, con los portones traseros abiertos. Varios cubos de pintura salen disparados de su interior y vuelcan su contenido sobre el asfalto. Comienza a formarse una mancha blanca espesa y creciente.

Borko Clamparu mira en torno y lo que observa no le gusta. Hay decenas de espectadores fuera de los vehículos, algunos sosteniendo sus móviles en alto como en un concierto, pero ninguno sonríe ni aplaude. Sabe que en cuestión de horas los videos de la bronca se habrán propagado por las redes sociales como un virus y que su rostro estará en todas partes. Eso incluye las comisarías y seguro que también a los Leones. «¡Qué miráis!», grita con el ceño arrugado, como un lobo furibundo. Da una corta carrera, arranca de las manos los primeros teléfonos que tiene a su alcance y los lanza por los aires con furia, después se mueve entre los coches como una fiera y comienza a soltar puñetazos a los entrometidos que han salido de sus vehículos a fisgar. La gente se encierra en sus automóviles, sube las ventanillas y echa los seguros. No va a poder impedir que miles de personas lo vean en internet.

Cuando se mete en el BMW no hay rastro de los tipos, solo quedan unas grandes manchas de pintura blanca que crecen segundo a segundo sobre el asfalto. Arranca con un brusco acelerón, se salta el semáforo entre pitidos y abucheos de la gente y tuerce por la primera calle. Cien metros más allá toma la rampa de un aparcamiento subterráneo y baja hasta la última planta. Cuando desconecta el motor tiene la respiración acelerada y uno de sus párpados late muy deprisa.

Dos hombres musculados, con el pelo cortado a cepillo, calzón deportivo, guantes y protecciones en los pies, se sacuden de lo lindo sobre la lona. Intercambian puñetazos, patadas, codazos y rodillazos, aunque de cuando en cuando se abrazan como dos novios que quieren meterse en la cama. Matan el tiempo entrenando porque allí no hay otra cosa que matar. Bogdan Stelea los azuza desde una esquina del improvisado cuadrilátero mientras se come un bol entero de pollo hervido con arroz de quinientos gramos.

El gimnasio está en el sótano de un garaje de camiones de un

viejo polígono industrial del barrio del Bon Pastor. Las naves son antiguas y destartaladas, de tejados de uralita resquebrajados y desmoronados por el transcurso del tiempo, algunas con las persianas forzadas por las visitas de los cacos, las ventanas hechas añicos y pintadas en las paredes de ladrillo visto. Lo que antaño fueron prósperas fábricas son ahora cascarones vacíos, aunque aún sobrevive un puñado reducido de ellos: una chatarrería, un taller mecánico, una fábrica de plásticos y un almacén de helados. El garaje está junto a un estudio de grabación de películas X, por lo que siempre hay pequeños deportivos aparcados en la puerta, zorras despampanantes y chulos de aspecto gamberro fumando en la calle.

El sótano tiene los techos bajos, recorridos por un entramado de cañerías de hierro mohosas que transpiran y gotean por cada uno de sus empalmes encintados. Las paredes son de hormigón rugoso y ennegrecido por la humedad. Hay sacos de boxeo, barras de alzamiento, discos de pesas amontonados, máquinas de musculación y cubos de agua repartidos sobre los charcos del suelo.

Tras dejar el coche aparcado en la última planta, Borko desnuda su torso, mete la cazadora y la camisa en el maletero, se suelta la coleta y se alborota un poco el cabello mirándose en uno de los retrovisores. Se pone una camiseta de rugby azul con el logo King Power, le vuelve el cuello hacia arriba y le arranca la etiqueta. La camiseta sin estrenar es un regalo de Lester, un recuerdo del equipo de rugby de Leicester que saca de una bolsa del maletero. Coge un plano de Barcelona de la guantera y sale a la calle Bailén en gafas de sol como un turista desorientado más. Con la huelga no hay taxis y sabe que debe evitar el metro, está plagado de cámaras: ojos envasados al vacío, les llamaba Lester. Decide que lo mejor es desplazarse a pie. Sin moverse de la acera de la calle Bailén echa un vistazo hacia la Gran Via, hay gran agitación, comienzan a verse uniformes y se oyen sirenas acercándose. Se pregunta qué cojones le habría pasado al tío del agujero en las tripas. ¡Que le jodan si era uno de esos moteros! Gracias a esos desaprensivos, Barcelona se estaba poniendo cada vez más difícil.

Saca el móvil y consulta Google Maps, tiene una hora larga de camino a pleno sol, así que entra en un bazar chino y por tres euros compra un botellín de agua y una gorra falsa Nike con el logo pegado de cualquier forma. El sol atiza de lo lindo y el calor comienza a ser insoportable incluso para un miliciano que ha combatido en las guerras de Bosnia y Kosovo. Mientras echa un trago de la botella, traza en su cabeza la ruta adecuada para pasar lo más desapercibido posible: subirá por el concurrido paseo de Sant Joan y tomará la calle Mallorca, así se mezclará con el hormiguero de turistas que se mueven por los aledaños de la Sagrada Familia y después continuará por la

Meridiana. Se cala la gorra y cambia de acera para ir por la sombra, pero antes de alejarse sigue con la mirada a una tipa rubia de unos treinta años que lleva tacones de un palmo y la falda a la altura de las ingles. Entonces cae en la cuenta, tan solo se encuentra a unas manzanas del mítico Bailén 22. El prostíbulo más famoso en la historia de Barcelona, del que se llegó a decir que después de la obra de Gaudí era el segundo rincón más visitado de la ciudad. Se concede unos segundos para recordar los inicios, los buenos tiempos antes de que todo se fuera a la mierda entre Cara de Perro y él, cuando controlaban la seguridad, las prostitutas y el tráfico de drogas que se movía en la noche barcelonesa. Cuando eran los reyes del mambo antes de que el Ayuntamiento cerrara aquella mina de oro, aquella lluvia de dinero rápido y fácil. Una verdadera lástima que ni los sobornos a los inspectores municipales ni las mordidas a la policía pudieran mantener el grifo abierto.

Borko llega al polígono industrial del Bon Pastor sediento y con manchas de sudor en las axilas y en la espalda. Toma un atajo por un camino que es un mosaico de parches de asfalto, gravilla y tierra. Se topa con una fila de africanos jóvenes y fuertes que empujan con resignación sus carritos a tope de hierros viejos en dirección a la chatarrería. Entre ellos distingue una figura diferente que guía el suyo cabizbajo y con cara de vergüenza, se trata de Vitaly, el ingeniero ucraniano. Es como si se dirigiera hacia el mismísimo infierno. Los africanos observan a Borko con asombro, después cruzan miradas, intercambian frases y ríen. Sin duda la camiseta de rugby que lleva el rumano llama la atención. Borko se muere de sed y observa que ellos llevan botellas de agua fría que gotean condensación. Mataría por una, de hecho, ha matado por mucho menos, aunque en otras latitudes. Se interna por un callejón estrecho de tierra y no vuelve a cruzarse con nadie más durante el resto del camino. Cuando se encuentra a unos doscientos metros del garaje donde esperan sus hombres y ya puede ver los tejados de la nave, el teléfono vibra en su bolsillo. Lo saca y mira la pantalla, es un número desconocido. Vacila un instante.

—¿Diga?

—Soy Félix Montoro.

Trascurren unos segundos mientras Borko se sitúa. Es ese malnacido.

—¿Por qué me llamas?

—Tengo algo que proponerte.

—¿Qué?

—Tengo un comprador.

—¿Ahora?

—Estas cosas surgen cuando surgen.

Transcurren unos segundos de silencio.

—¿Quién es? ¿Le conozco?

—Todo a su momento.

Borko Clamparu llena los pulmones y busca una sombra en la que cobijarse; el sol cae como un ladrillo caliente sobre su cabeza y sus hombros y la espalda le arde. Hay un acopio de palés rotos bajo la escasa sombra de un muro semiderruido. Se sienta en uno de ellos y está diez minutos al teléfono. Cuando termina la llamada, tiene el ceño arrugado y tensión en toda la frente. Saca de un bolsillo un pequeño frasco de cristal, se echa sobre el dorso de la mano una buena dosis de polvo blanco y se lo mete de una sola tacada. Un tiro directo al cerebro. A veces puede sentir la masa encefálica licuándose y goteándole por la nariz, aunque eso solo sucede cuando el polvo está sin cortar. Pasa diez minutos sentado allí, pensado. Calculando. No se fía de Montoro, pero quizá sea la última oportunidad de sacarse los malditos cuadros de encima y obtener la merecida recompensa después de tantos quebraderos de cabeza. De todas formas, irán preparados, puede que Montoro intente una jugarreta.

Borko pulsa un timbre incrustado en el marco de la puerta de hierro y levanta la cabeza hacia la cámara que hay debajo del tejadillo. Suena un clic metálico que libera el cierre y empuja. Antes de entrar se vuelve y echa un vistazo. Hay una zorra y un macarra en la puerta del estudio de grabación X fumando. La tía lo observa con mirada lasciva. Borko se frota la nariz con el pulgar, escupe en el suelo y entra.

Un hombre con una camiseta negra de Judas Priest que marca todos sus músculos aguarda al otro lado de la puerta. A su lado hay otro que lleva al hombro una Mossberg 590 Blackwater calibre doce de fabricación estadounidense. Detrás de ellos aparece Bogdan, que lo mira de arriba abajo. El bucarestino tiene un profundo color rosáceo en todo su rostro y el pelo sudoroso pegado a la cara, su camiseta de rugby está plagada de sombras y los zapatos de polvo. Está hecho una mierda.

—No digas nada. —Borko entra como un torbellino.

Bogdan le sigue con pasos rápidos a través de una estancia deprimente, con olor a cerrado y el suelo de baldosas mugrientas. El espacio está plagado de montañas de neumáticos, piezas de motores, bidones de aceite y restos de máquinas industriales. También hay sierras de corte radial, martillos percutores, taladros industriales, dispositivos láser de medición, bombonas de oxicorte y tubos preparados para ser usados como lanzas térmicas.

Llegan a un pequeño vestíbulo donde Borko se bebe de un solo trago una Fanta de naranja que coge de un refrigerador. Cuando sacia su sed, saca un llavero y con cinco vueltas abre una puerta acorazada que permite acceder a una especie de oficina. En el interior hay una

televisión de cincuenta y seis pulgadas, un sofá negro de tres plazas, una mesa redonda llena de notas manuscritas con sillas alrededor, manuales para la apertura de cajas fuertes y guías de Madrid, Bilbao, Valencia, Sevilla, Málaga y Barcelona. Una pared está llena de principio a fin de estantes metálicos que contienen material de comunicaciones, inhibidores de frecuencia, placas de matrículas falsas y perchas donde cuelgan uniformes de empresas de seguridad, limpieza y paquetería.

En la pared de enfrente hay tres hileras de ganchos con manojos de llaves maestras de todas las marcas que fabrican cerrajería de seguridad.

Borko va directo a la pared del fondo, mueve una cortina y descubre una gran caja fuerte. Es una American Security tan alta como él y que pesa algo más de dos mil kilos, un auténtico fortín *Made in USA* que resiste una temperatura de 1000 grados Celsius durante un tiempo aproximado de dos horas. No se trata de una de esas imitaciones de latón fabricadas en China que con un poco de habilidad y paciencia puede abrirse hasta con un alfiler para el pelo. El bucarestino teclea el código de seguridad, gira la manivela y los pistones ceden. El interior de la puerta está forrado de un tejido ignífugo negro lleno de bolsillos y presillas. Quedan a la vista tres pistolas, un revólver, cargadores, una carabina y un fusil ametrallador. En los estantes superiores de la American Security hay cinco maletines de armas cortas, cajas de munición, miras telescópicas, prismáticos y dos cámaras fotográficas con teleobjetivos. La parte inferior tiene dos divisiones verticales, en una hay un rifle semiautomático Browning, otro Remington y una escopeta de repetición Maverick. Pero sus ojos van directos al otro compartimento, en el que hay media docena de tubos de cartón que contienen lienzos de un valor incalculable enrollados en su interior. Borko los mira unos instantes, selecciona tres que se coloca bajo el brazo y se vuelve.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunta Bogdan.

—Acabo de recibir una llamada de Montoro, dice que tiene un comprador.

Bogdan lo mira con serenidad mientras sopesa sus palabras, después asiente con la cabeza, muy despacio.

—¿Crees que eso es cierto?

—No lo sé.

—Pero piensas hacerlo.

—No podemos dejar pasar la oportunidad.

—¿Cuándo y dónde?

—Mañana, el lugar lo sabrás cuando sea necesario.

—Huele a encerrona.

—Lo sé, por eso vamos a ir preparados. —Borko señala la caja

fuerte con la cabeza—. Encárgate de que alguien les saque brillo a esos hierros. —Después mira a Bogdan a los ojos—: Este lugar ha dejado de ser seguro. Recogedlo todo, nos mudamos.

33
YOLANDA RECHES

El subinspector Ríos entra a primera hora en comisaría, se cruza con los salientes de turno. Unos se marchan solos y con paso veloz; otros conversan con excitación. Ha volcado un coche en una persecución y hay tres tíos detenidos que reventaban bares y vaciaban el contenido de las máquinas tragaperras y de tabaco. Llevaban meses detrás de ellos. «¡Espectacular!» es la palabra que más repiten los policías. Por unos momentos el Oso se ve con treinta años, imponiendo orden y comiéndose las calles con el coraje y la osadía de la juventud; ponía a los maleantes de rodillas con solo mirarlos. La de bofetadas pedagógicas que soplaba en una sola noche, haría falta una hoja de cálculo para contabilizarlas. Pero ¿cuándo ocurrió eso? ¿El siglo pasado? ¡Uff!... Esboza una sonrisa maléfica mientras recorre el pasillo y entra en la antesala donde tiene su mesa. Acciona el interruptor de la luz, pero antes de sentarse se toma su tiempo estudiando el entorno. Vuelve a tener la sensación de que allí ha estado alguien, aunque de momento solo es una percepción extrasensorial. Mira la papelera, no la han vaciado; lo que significa que la señora que se ocupa de la limpieza no ha pasado aún, así que planta una rodilla en el suelo, acerca la cara a su superficie y observa: hay pelusa, pero las ruedas de la silla no están alineadas con las juntas de las baldosas como él había tenido la precaución de dejarlas la noche anterior antes de marcharse a casa. Asoma la cabeza bajo la mesa, barre el suelo con la mano y encuentra diseminados los trocitos de papel de aluminio de tamaño milimétrico que había insertado en las hendiduras de los cajones. Sin duda los han abierto. Todo su rostro se contrae de forma automática. Se pone en pie y consulta su reloj; se marchó poco antes de medianoche, por lo que solo han pasado seis horas. En el transcurso de ese lapso alguien ha puesto su culo allí, en su silla, y ha vuelto a husmear en sus cosas. Si coge al desgraciado lo arrastra del pescuezo hasta su sótano y en ese mismo lugar le arranca la cabeza. Como mucho podrían acusarlo de partícipe en un suicidio inducido.

Arroja las llaves en una bandejita que tiene sobre la mesa, deja la chaqueta en el respaldo de la silla con sumo cuidado y sale al pasillo con las aletas de la nariz dilatadas, mirando a izquierda y derecha con ojos hostiles. Sigue el goteo de policías que acaban el turno. A su

juicio cualquiera de aquellos tíos, por muy policía que sea, es sospechoso. Toma el pasillo y observa despacho tras despacho a través de las mamparas de cristal, la mayoría de las mesas están vacías y los ordenadores apagados. Pedirá uno de esos despachos desocupados y cerrará con llave cada vez que se ausente. Sabe que hay polis que cogen el primer ordenador que encuentran a mano para redactar informes, pero que también hay caraduras que buscan rincones para ver películas durante toda la noche.

Tras su recorrido de inspección, Ríos vuelve a su despacho con ánimo taciturno y se sienta. Se acoda en la mesa en completo silencio, con una profunda arruga en el centro de la frente y cierra los ojos mientras se concentra y piensa en quién y por qué, sin llegar a ninguna conclusión. No son fantasías suyas. Un maleante ha conseguido burlar el sistema de selección de personal y se ha vestido con el uniforme de la policía, no es la primera vez que ocurre ni será la última. Solo le tranquiliza pensar que tarde o temprano cometerá un error y caerá, como ocurre siempre. Pone el ordenador en funcionamiento y abre los cajones, todo parece en su sitio y eso le hace pensar en un profesional sutil. Coge una de las tres barras de Toblerone que guarda en un cajón y se la guarda en un bolsillo, después selecciona un bolígrafo rojo y un marcador amarillo de trazo grueso y pone sobre la mesa todos los expedientes de los casos que hay en marcha. Comienza a repasarlos por orden cronológico, folio a folio, línea por línea, palabra por palabra. Está segurísimo de que han pasado algo por alto, que la pista para solucionar la ecuación está ahí, en alguna parte. Y está decidido a encontrarla como sea.

La inspectora Yolanda Reches entra en la comisaría poco antes de las ocho de la mañana. Suenan los teclados y los polis discuten sus casos, pero también hay un murmullo alarmante que proviene de alguna parte. Toma el corredor con paso decidido, dispuesta a saber qué pasa con tanto jaleo, lleva el casco enganchado en un brazo, la chaqueta de cuero al hombro y una pequeña mochila colgada a la espalda. Cuando pasa ante el rincón donde trabaja Ríos ve luz y asoma la cabeza, pero el subinspector no está, en cambio, observa su ordenador encendido y montañas de papeles con anotaciones en letra apretada y muchos trazos rojos y amarillos. Se acerca a la mesa y echa un vistazo. Se pregunta a qué hora habrá llegado y si ha convertido la investigación en algo personal, porque Ríos lo transforma todo en cosa personal.

Baraja esa idea cuando pasa ante la puerta de la sala de descanso y se detiene en seco. Advierte risitas, exclamaciones efusivas y también una voz conocida que no oye en aquellos pasillos desde hace semanas. Escucha unos segundos antes de entrar.

—No sabéis lo pesada que es, te pregunta lo mismo una y otra

vez. —Con voz aflautada, imitando un tono femenino, la voz dice—: Está deprimido, pero finge que no. ¿Ha pensado en suicidarse? Si lo hiciese, ¿cómo lo haría? ¿Siente ganas de matar a alguien? ¿Ha sentido ese deseo alguna otra vez? ¿Qué siente ahora? ¿Qué hace para relajarse? ¿Bebe? ¿Bebe solo o en compañía? ¿Habla con alguien de lo que pasó? ¿Con quién? Sin considerar los compañeros de trabajo, ¿cuántos amigos cree que tiene?

—Te las sabes de memoria.

—Ya te digo, ha sido un calvario. Tíos, de verdad que no se lo deseo a nadie. Diez sesiones. Pero ya estoy aquí otra vez, limpio como una patena.

Reches entra y todos se vuelven hacia ella: Toni, Nacho y media docena más de policías del grupo de investigación. Todos con vasitos de café de la maquina en la mano, ojos chispeantes y cara de diversión.

—¿Hablas de la psicóloga? —le pregunta Reches.

—Afirmativo —dice Montes.

—¿Has acabado ya las sesiones de tortura? —dice mientras se acerca a él con la mano extendida. El policía se la estrecha—. No te esperaba hasta el próximo lunes.

—No me he podido aguantar, echaba de menos el café de la máquina.

La inspectora hunde su mirada en los ojos de Montes unos segundos y el policía se incomoda.

—No haga eso, jefa, me intimida.

—¿Estás bien?

—He estado mejor, pero aquí estoy.

—Pues bienvenido, Montes.

—Gracias, jefa.

—Entonces a trabajar duro, las calles están calientes y toda ayuda va a ser poca.

—¿Dónde están el pico y la pala? —Montes formula una sonrisa.

Reches alterna su mirada de Toni a Nacho.

—Ponedle al día. ¡Y ahora, venga, todo el mundo a estrujarse los sesos!

—Será el que tenga cerebro —dice Toni como si fuera el alumno aventajado de la clase.

La inspectora menea la cabeza, impotente, y vuelve a preguntarse por enésima vez qué pasa por la cabeza de los hombres para que a veces parezcan niños. Acto seguido dirige sus pasos hacia la puerta, pero antes de salir se vuelve.

—Montes.

—¿Sí, jefa?

—Bienvenido —repite por segunda vez—. Me alegro mucho de

que estés de regreso, de verdad que me alegro mucho.

El policía nota una oleada de calor en las mejillas y asiente con la cabeza, con ojos brillantes. El día a día en aquel edificio no deja demasiados espacios para la sensiblería y los duros policías que desgastan los pasillos tampoco están acostumbrados a que sus jefes les brinden dulzuras.

—No diga nada más si no quiere que me ponga a llorar.

Ríos está en el aseo con ambas manos apoyadas sobre el lavamanos y se toma su tiempo para mirarse en el espejo. Un rostro cansado y poco atractivo lo observa con ojos que han perdido la chispa de la juventud. Quizá lleva demasiado peso sobre sus hombros. Necesita aire, refrescarse. Junta las manos bajo el chorro del grifo y sumerge la cara. Momentos después arranca un metro de papel del expendedor, se seca y vuelve a mirarse. Sigue sin gustarle el rostro contraído que ve. Estira los brazos sobre la cabeza para destensar los músculos y aliviar el dolor de espalda, se cruje el cuello hacia ambos lados y decide que es buen momento de tomar el tercer café de la mañana.

Al poco asoma en la oficina de Reches con dos vasitos de café; la encuentra absorta en la pantalla del ordenador.

—¿Yolanda? —La inspectora levanta la cabeza y observa a Ríos, la mole ocupa toda la entrada como si fuera un muro de piedra. Trae el cabello humedecido, la camisa arremangada hasta los codos, con dos botones abiertos, y cara de jaqueca—. He pensado que quizá te apetece uno, son de la Nespresso.

Ella asiente con un gesto que le invita a sentarse. Ríos toma posesión de una de las dos sillas que hay frente a la mesa, deja un café para ella y se acomoda abriendo las piernas. Reches observa su rictus duro.

—Pareces cansado, ¿a qué hora has venido hoy?

—Pronto. —Ríos sorbe su café antes de responder y la observa por encima del borde de la taza—. Tenía trabajo atrasado.

—¿Y cómo ha ido?

—Sé que se nos escapa algo, pero no acabo de averiguar qué es. Estoy seguro de que lo tenemos delante de nuestras narices, pero no nos hemos detenido a observar. Y otra cosa, Yolanda, creo que tenemos ratas en la comisaría. Bueno, borra eso de que lo creo, porque estoy seguro de ello.

—¿Te refieres a roedores de cuatro patas? —Reches lo mira entornando la mirada.

—No, me refiero a ratas asquerosas de dos patas. He detectado que alguien abre mis cajones y mete sus pezuñas en ellos. Y no me gusta que husmeen en mis cosas.

La inspectora arruga el ceño y se recuesta en la silla con su

mirada fija en él.

—¿Estás seguro?

—Como que la noche sigue al día y no hay vida después de la muerte. Y no ha sido una sola vez.

—¿Cómo te has dado cuenta?

—Digamos que por instinto profesional.

—¿Has echado algo en falta?

—No, quienquiera que sea lo hace con mucha finura, intentando que no se note. Pero estoy seguro de que ese merodeador furtivo solo busca algo muy concreto y eso es lo más preocupante. ¿Qué espera encontrar entre mis cosas?

—No sé qué pensar, Roberto. ¿Tienes alguna hipótesis?

—No, pero te aseguro que no voy a tardar en averiguar qué ocurre.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo tengo decidido aún.

—¿Vas a informar al comisario?

—No, de momento es mejor que esto quede entre nosotros. Solo quería que tú lo supieras, por si algún día me encuentras enganchado como una ventosa sobre alguien que necesita reanimación cardiopulmonar. No lo digo en broma.

Ríos apura el café, se levanta y señala la papelera.

—¿Puedo?

—Claro.

Encesta el vaso, se acerca hasta la ventana y echa un vistazo. Es hora punta y los coches serpentean ahí abajo entre peatones, bicicletas, patinetes eléctricos y furgones aparcados en doble fila que se preparan para descargar sus mercancías formando atascos. Es el caótico paisaje de siempre en la ciudad de siempre.

—Que nadie se engañe —dice Ríos impávido, mientras observa el tropel de gente que va y viene en las calles—. El Oso puede ser ahora un viejo dinosaurio, pero guarda más sorpresas que una navaja suiza. —Se vuelve y la mira antes de salir—. Yolanda, alguien está jugando con fuego y se va a quemar.

Reches le da un sorbo a su café mientras observa al subinspector alejarse por el corredor y digiere su aviso para navegantes. Ríos no malgasta saliva, la serenidad con que se ha expresado no ha hecho más que inquietarle. Desaparece de su campo de visión y, casi al instante, Toni asoma medio cuerpo por la puerta. Ella suelta el bolígrafo sobre la mesa.

—Te hacía estrujándote los sesos, Toni.

—No doy para más. ¿Cómo estás?

—¿Cómo quieres que esté?, casi no me has dejado pegar ojo.

Yolanda se refiere a la terapia de sexo a la que le ha sometido

Toni hasta bien entrada la madrugada en su apartamento; un bonito y céntrico ático con terraza, amueblado de manera funcional por una empresa sueca que compra bosques enteros para hacer papillas con la madera y venderla como fragmentos de rompecabezas. Le hace un gesto con el dedo para que se acerque y su voz se convierte en un susurro.

—He oído que alguien vende Viagra en la comisaría y que se gana muy bien la vida. Tú no sabrás nada de eso, ¿verdad?

Una sonrisa ilumina la cara de Toni, mira de reojo el pasillo y cuando se asegura de que no hay nadie cerca, se pone una mano en la boca a modo de sordina.

—Eso es una leyenda negra que se dedican a propagar los envidiosos, la historia de mi vida.

Ella se sonríe, pero enseguida adopta una expresión formal.

—¿Cómo ves a Montes?

—Adaptándose, no para de contar anécdotas de Padilla. ¡Vaya mierda!

—Y que lo digas.

—Yolanda, acabo de ver al Oso salir de aquí hace un momento. —Se inclina sobre la mesa y señala con el pulgar por encima de su hombro—. ¿Buscaba un panal de miel o qué?

Ella resopla y mueve la cabeza.

—No te metas con él, es mi mano derecha y lo aprecio horrores.

—Tu mano derecha ¿o tu garfio?

—Noto cierto tonillo extraño, Toni. Si hubiera media docena de policías como él en cada comisaría, otro gallo nos cantaría.

—Sí, claro, si no existiera el Oso habría que inventarlo. ¿Es cierto que vienen Carrillo y Llorca a la reunión de la plana mayor?

—Es la primera noticia que tengo. ¿Dónde has oído eso?

Toni mueve los hombros.

—Pues lo sabe todo el mundo.

—Joder, el cornudo siempre es el último en enterarse. —Reches coge el bolígrafo y abre un cajón—. Toni, tengo que prepararme cosas, hablamos luego, ¿vale?

—Vale, pero no te pongas histérica, solo quería un poco de información.

—Pues mira el canal veinticuatro horas de noticias.

Toni sacude la cabeza sin despegar la mirada de ella.

—Hostia puta, inspectora, cuando sacas los galones a pasear eres intratable.

Segundos después de que el policía haya salido de su despacho, Yolanda clava los codos en la mesa y se lleva las manos a la cara.

—¡Mierda!

Toni coge el pasillo tan cegado de rabia que no se da cuenta de

que en el extremo opuesto está Ríos. El subinspector lo observa desde la distancia con ojos grises y duros, escrutadores, recostado en la pared y masticando, con una mano hundida en un bolsillo y una barra de Toblerone en la otra. Cuando Toni levanta la cabeza, se detiene en seco. ¡Es el jodido Oso de los cojones! La imponente mole llena el espacio de pared a pared y tiene el rostro tenso. Su figura es inquietante, como la de una gárgola gigante. Toni nota que le observa de una forma extraña, como si mirara dentro de él. De pronto, el Oso asiente con una sonrisa distante y sombría, como si hubiera resuelto el origen de un misterio. Le dedica una última mirada, homicida esta, da media vuelta y se esfuma. ¿Qué ha significado eso? ¿Acaso lo está vigilando? A Toni solo le falta ahora tener que mirar por encima de su hombro buscando la sombra del Oso. ¡Joder!

Ferran Lombardo ha pasado una noche de perros, se ha levantado mareado y con un nudo prieto en el estómago. Si no bastara con eso, también tiene tensión en el cuello y en la espalda. Se da una ducha bien caliente, toma un café y se traga un potente analgésico de los que utiliza su hija para los dolores menstruales. No toma nada más porque nada más le entra en el estómago. Se pone una camisa blanca, se mete en un estupendo traje negro de solapas duras, anuda la corbata y procurando no hacer demasiado ruido al cerrar la puerta, baja con el ascensor al aparcamiento.

Las tripas comienzan a sonarle en cuanto se sienta a su mesa, saca un paquete de galletitas de chocolate de un cajón, pero antes de abrirlo mira la composición en la etiqueta para asegurarse de que no llevan aceite de palma; semanas atrás había leído en una revista un estudio médico cuyo resultado indicaba que en el proceso de refinado el aceite de palma libera sustancias cancerígenas capaces incluso de alterar el ADN. Se asegura de que no contienen ese maldito veneno legal. En cambio, sí que llevan un alto contenido de grasas saturadas. Se pregunta si es que hay una conspiración mundial para acabar con el ser humano. Tras unos segundos de duda lanza el paquete de galletitas a la papelera, le aterra la idea de que un día lo puedan abrir en canal sobre la mesa de un quirófano para solventarle un problema coronario. La jubilación aguarda a la vuelta de la esquina y la salud se ha convertido en su obsesión. Se resiste al suicidio colectivo al que está empujada la sociedad. Observa unos segundos el cenicero lleno de caramelos de la mesa, alarga la mano y se acerca a la ventana. Mientras se balancea sobre los talones con las manos entrelazadas a la espalda, otea los tejados de los edificios con mirada apática y desenfocada. Es lo que en términos militares se conoce como la mirada de los mil metros: esa mirada inerte y perpleja que tienen los soldados que sufren angustia psicológica después de combatir en primera línea del frente. Y no es para menos, porque los muertos se

amontonan en el anatómico forense y las calles huelen a cadáver. Buscaban el rastro de los Leones por cielo y tierra y de pronto aparece Rómulo hecho un fiambre. Si no consiguen detener la hemorragia de violencia que azota la ciudad van a tener que alquilar camiones frigoríficos, porque la Muerte pasea bajo su larga capa con la guadaña lista para cortar cabezas. Lombardo se pregunta cuándo será el siguiente y de qué forma caerá. Si fuera creyente, correría a buscar consuelo espiritual en alguna iglesia.

Se sienta y se acoda pensativo, con las manos en la cara. Las puertas del mal se han abierto y todos los monstruos han salido a jugar su partida. Rumia cómo va a plantear la reunión, lo que menos quiere en esos momentos tan cruciales es transmitir incertidumbre. A pesar de cómo se siente trata de concentrarse.

Carrillo, Llorca, Reches y Ríos toman asiento; el único sonido que hay en la estancia son los pensamientos del comisario. Reches y el inspector Carrillo se sientan a la derecha de Lombardo; el inspector pasea su mirada competente por la sala, el jefe está a las puertas de la jubilación y quizá aquel despacho huela a sus colonias y a sus cremas muy pronto. Reches observa largamente al comisario, ceñudo, hosco y a todas luces atribulado. Nada más sentarse, Ríos comienza a buscar la corriente de aire frío del acondicionador y se sube las mangas de la camisa. Llorca coloca su iPad sobre la mesa de tal forma que solo él puede ver la pantalla y lo enciende con suma discreción.

Lombardo pregunta si alguien quiere café y nadie dice que sí. Las miradas que cruzan los policías apuntan a que todos quieren empezar y terminar cuanto antes. Lombardo abre la reunión informando del estado de Pedrito Maravillas. Las personas lo primero, siempre.

—Sigue en coma inducido y no ha pasado muy buena noche. El cirujano necesita que permanezca estable veinticuatro horas más para extraerle esa maldita bala que tiene alojada en una zona que se denomina mediastino, eso está justo delante del corazón. Como imaginaréis, la operación es de riesgo elevado, así que no hay más remedio que esperar a ver cómo evoluciona durante el día de hoy. Mientras tanto nosotros no descansaremos, porque cuando hieren a un policía no se descansa. La buena noticia es que Montes ya tiene el alta médica y se ha reincorporado. Bien —añade tras unos segundos de reflexión—, entremos en materia. Yolanda, por favor.

—Todos sabemos qué hacía Pedro Maravillas en la calle de la Sal y cómo se desencadenó la situación, por lo que no quiero aburrir a nadie repitiéndolo. —La inspectora toma la palabra con voz profesional, mirando los rostros que tiene a izquierda y derecha—. El apartamento estaba alquilado a un tal Marlon, un individuo con numerosos antecedentes y que en ese momento era objeto de nuestra búsqueda. Se hallaba en compañía de una chica, una tal Priscila, cuya

presencia allí hemos comprobado que era circunstancial. Martín Verdugo y Rómulo llegaron de improviso, y esa visita fue la que lo precipitó todo.

—¿Por qué se presentaron allí esos dos individuos? —pregunta Lombardo.

—Para recuperar un broche de oro robado que tenía Marlon y cuya pista nos condujo en primera instancia a un bloque de apartamentos de la Rambla donde trabajaba Martín.

—El robo de ese broche es el comienzo de toda esta historia y el vínculo que une los destinos de Marlon, Jota, Juanjo Quílez, Lester y los Leones —añade Ríos.

El inspector Carrillo se ajusta la corbata y se tira de las mangas de la camisa mientras escucha. Ríos lo observa con una ceja elevada y mueve la cabeza. No soporta su suficiencia. Santiago Llorca es otra historia, parece atento a todo, pero no lo está, porque de cuando en cuando desvía su atención hacia el iPad como si el interés de la reunión estuviera dentro de la pantalla. Lombardo lo observa largos segundos.

—Santiago, ¿ocurre algo ahí?

—¿Sí, comisario? —El inspector despega la mirada del iPad.

—La testigo, esa tal Priscila, identificó a Martín Verdugo mediante reconocimiento fotográfico, explícanos cómo situáis a Rómulo, el vicepresidente de los Leones, en la calle de la Sal.

—Claro, comisario, por el ADN extraído de la sangre hallada en el lugar. Su perfil genético tenía una coincidencia superior al 99,99 % en nuestra base de datos, por lo que podemos situarlo en la escena del crimen sin ningún género de dudas.

Lombardo asiente con una sonrisa queda, todo marcha sobre ruedas.

—Roberto, tú conocías ya a Martín Verdugo, ¿qué puedes contarnos sobre él?

—Un delincuente de poca monta, exmiembro de la Legión Extranjera francesa, de ahí su mote de Capitán, aunque nunca llevó galones. Quince años atrás andaba en malas compañías y se vio envuelto en un homicidio que ocurrió en un club de alterne de la zona alta. Lo detuve yo mismo. Aunque una vez esclarecido el suceso, todo apuntó a que se encontraba allí por mera casualidad. Después de aquello le detuve otra vez más por tráfico de estupefacientes, hasta que de la noche a la mañana se esfumó. Al tiempo alguien me chivó que se había alistado en la Legión Extranjera para huir de un marrón y que tras licenciarse vivió en Marruecos hasta que prescribió el delito. Cuando la inspectora y yo le interrogamos juró que se había reformado, pero no le creí, la gente como él no tiene arreglo. En los últimos cinco años ha sido detenido dos veces más por posesión

destinada al tráfico de coca, hachís y drogas sintéticas.

El comisario carraspea y se aclara la garganta.

—Bien, ahora que ya tenemos la certeza de que han sido los Leones los autores de la masacre de la calle Riereta, Carrillo va a ponernos al corriente de lo que sabemos sobre el difunto Rómulo.

El inspector Carrillo vuelve a ajustarse el nudo de la corbata y a tirarse de los puños de la chaqueta. Cada vez que realiza ese teatrillo, Ríos menea la cabeza. Lo mira con una sonrisa indolente y cruza los brazos sobre el pecho.

—Su nombre real era Daniel Fernández, tenía cuarenta y cinco años y era un antiguo cajero de banca con los dedos demasiado largos, lo que le llevó a cumplir condena en la Modelo por estafa, falsificación y desfalco.

Rómulo consiguió un puñado de carnés de identidad falsos y una relación de números de tarjetas de crédito, y comenzó a cargar gastos ficticios a empresas que tenían un volumen importante de movimientos en su contabilidad. También abrió una serie de cuentas con identidades ficticias y saqueó dinero de la propia entidad en la que trabajaba. Vivió una buena temporada a cuerpo de rey, hasta que el pez cayó en la red. En prisión compartió celda con Martín y entró en contacto con algunos miembros de los Leones que cumplían condena. Vuelve a mirar a izquierda y derecha antes de continuar.

—Cuando salió de prisión, buscó amparo en esa banda de delincuentes. Gracias al conocimiento del sistema financiero y sus recovecos, comenzó a lavar el dinero procedente de sus actividades delictivas. —Carrillo hace una pausa meditada, unos segundos de suspense en los que se asegura de captar la atención de los presentes y prosigue—. Todos conocemos de sobra esas actividades y también la estructura organizativa de los Leones. Rómulo era el hombre que manejaba las cuentas del club y la mano derecha de su líder, Sandokán.

—Uno menos —murmura Ríos.

Ferran Lombardo apoya las palmas de las manos sobre la mesa y carraspea.

—Uno menos, sí —repite el comisario con frialdad—. El problema es que Rómulo era nuestro confidente.

—¿Es una broma, jefe? —dice Ríos con los puños sobre la mesa.

—Por supuesto que no.

Reches mira a Lombardo.

—¿Quién estaba al corriente de eso?

—Carrillo, de hecho era su confidente.

—¿Y por qué nos enteramos ahora?

—Porque sabemos que el topo que tenemos infiltrado en esta casa les pasa información. —Lombardo tiene el rostro crispado por la

preocupación, mira a izquierda y derecha y añade—: Estamos a punto de desenmascararlo, así que no hace falta decir que lo que se diga aquí no debe salir de estas cuatro paredes, porque si los Leones se enteran de que lo sabemos, tomarán medidas y entonces solo dios sabe qué más serán capaces de hacer.

—¿Quién es el sospechoso? —pregunta Llorca.

—Hasta que no estemos seguros al cien por cien, mejor no manchar nombres —sentencia Carrillo.

La revelación cae como una losa, Reches y Ríos se miran unos segundos. El subinspector tiene una profunda arruga vertical en mitad de la frente y estudia a Carrillo con mirada contundente y peligrosa. Ella sabe que el Oso puede estallar en cualquier momento. Llorca aprovecha el instante de silencio para desviar la mirada hacia su iPad, después desliza un dedo sobre la pantalla y la oscurece.

—Rómulo salió a la calle de la Sal herido de muerte —prosigue Lombardo—, aunque nada más poner un pie en la calle aún tuvo fuerzas suficientes para robar un coche y huir. Unos quince minutos después provocó un accidente en cadena en plena Gran Via tras perder el conocimiento debido a la hemorragia. Aunque eso no es todo —añade mirando a Carrillo.

Unos videos preocupantes corren por internet y se han hecho virales en las redes sociales en cuestión de horas, explica Carrillo con calma profesional. En esos vídeos se observa con claridad una violenta reyerta a causa de un accidente en la Gran Via.

—¿Rómulo? —inquiere Llorca.

—El mismo, aunque el principal protagonista de la bronca posterior fue el conductor de un BMW a quien ya tenemos identificado: Borko Clamparu. —Tras pronunciar el nombre, el inspector pasea su mirada centelleante por los rostros estudiando sus reacciones—. Estamos revisando cámaras de seguridad y os aseguro que muy pronto vamos a saber dónde se esconde.

—Rómulo hizo una llamada en el trayecto de la calle de la Sal hasta la Gran Via —añade el comisario.

—¿A quién? —pretende saber Reches.

El comisario mira al inspector jefe de la BICT.

—Es un número de prepago y sin registrar —dice Llorca—, pero suponemos que lo más probable es que llamara a Sandokán para informarle de todo lo que había ocurrido. Estamos triangulando la posición del teléfono receptor.

Ríos clava su mirada torva en Carrillo, después en el comisario.

—¿Desde cuándo teníamos en nómina a Rómulo?

Se produce un silencio incómodo, Lombardo cruza una mirada con Carrillo.

—Desde la última redada que hicimos en el 1 % —responde el

inspector.

—¿Eso no fue hace unos tres años? —dice el Oso a modo de reflexión —. ¿Todo este tiempo? ¡Estupendo!

El estupor se dibuja en los rostros de Llorca, Reches y de Ríos. En sus cabezas ronda la misma pregunta: si tenían un infiltrado en los Leones, ¿cómo no se ha podido evitar nada de lo ocurrido? Ríos niega con la cabeza de forma reiterada y observa a Carrillo con mirada delirante.

—Sé lo que todo el mundo está pensando ahora mismo —dice el inspector—, pero Sandokán no consulta con nadie sus decisiones, ordena y espera que se le obedezca. Gracias a la información que nos hacía llegar Rómulo sabemos que el líder de los Leones tiene bajo sus órdenes a un par de desequilibrados muy peligrosos: los hermanos Kurdo, dos excombatientes de la guerra de Siria que lucharon por su cuenta contra el Dáesh. También sabemos que fueron ellos quienes ejecutaron a Lester y quienes llevaron a término la matanza de la calle Riereta.

—¿Y por qué no están detenidos? —quiere saber Reches.

—Porque ahora mismo están en Alemania, en el estado federado de Renania, para ser más exactos. Tras acabar con Lester se refugiaron en Holanda, volvieron para el trabajo de la calle Riereta y ahora están allí. Hemos emitido una orden de detención internacional contra ellos y estamos en contacto permanente con Interpol.

Carrillo no para de mover la boca, pero Ríos solo oye silbar un runrún en sus oídos. Bla, bla, bla. Mientras lo observa se pregunta qué hará el inspector los domingos en su casa: pasar el aspirador, barbacoas, limpiar la piscina… Dos espasmos seguidos sacuden su cara.

—Con todos mis respetos, inspector —interviene Ríos—, pero me fastidia mucho que estemos ahí fuera dando palos de ciego, jugándonos la piel a pecho descubierto y con las balas silbando sobre nuestras cabezas mientras algunos se fuman un puro. —Se vuelve hacia el comisario y lo mira a los ojos—. Me pregunto a qué juegan algunos aquí.

—Te comprendo, Roberto —dice Lombardo pensando en todos los secretos que encierran aquellas paredes—, la responsabilidad es una broma pesada que a veces cabrea a la gente. Pero bien sabes que en ocasiones conviene que la mano izquierda no sepa lo que hace la derecha.

Ríos levanta sus dos manazas.

—Yo solo digo que con una sola mano no se aplaude —dice mientras observa a Carrillo un segundo de más—, aunque una vez vi a un manco aplaudir con los muñones, pero eso fue en un circo. ¿Estamos aquí en un circo?

Reches alucina con la actuación del subinspector, aunque sabe que no le falta razón para su disgusto, porque si hay alguien que la ha cagado, ha sido Carrillo; el asunto de los Leones se le ha ido de las manos. Lombardo también le observa con desconcierto, aunque ve más allá del hombre que ahora mismo tiene delante. Recuerda cuando patrullaron juntos por primera vez las peligrosas calles del Chino, cuando él era un novato y Ríos un policía bregado. «Olvida todo lo que has aprendido en la academia», le dijo el Oso, «la eterna lucha entre el bien y el mal se fragua cada noche en estas calles». Lo comprobó. Para empezar, desarmó con una simple galleta a un navajero que estaba atracando a unos turistas y que quiso rajarlos cuando se enfrentaron a él. Más tarde derribó de una patada en la entrepierna a un gigante norteamericano que no aguantaba la bebida y que estaba liando bronca en un bar. El Oso era un hombre que nunca se arredraba cuando las cosas se caldeaban. La chusma apuraba sus consumiciones de un sorbo y se largaba echando leches cuando metía sus narices en los antros del Chino. En algún lugar hay un grueso dosier con las veces que salvó su culo de policía novato.

Lombardo se acoda sobre la mesa y cabecea perplejo por la situación.

—Los Leones se han esfumado y ahora pueden estar en cualquier sitio planeando algo. Y a Marlon y a Martín parece que se los haya tragado la tierra. ¿Cuál es el plan ahora? —Ríos pasea su mirada por todos los rostros y Lombardo tamborilea con las uñas sobre la mesa mientras lo escucha.

—Los Leones no se han esfumado —le contradice el comisario—, Carrillo tiene un plan y va a encargarse de ellos muy pronto. Yolanda, Roberto, vosotros coged a toda la gente que necesitéis, id a la Barceloneta y no volváis hasta que encontréis a ese par: Marlon y Martín.

—¿Puedo preguntar qué plan tienes, Carrillo? —quiere saber Llorca.

—Puedes preguntar —dice Ríos con una sonrisa socarrona—, otra cosa es que te lo cuente.

—Mañana es el entierro de Rómulo —dice Lombardo—. Los Leones estarán allí.

—¿Preparas una fiesta en su entierro, en serio? —Ríos levanta las cejas y mira a Carrillo con ojos escépticos.

—No será en el propio entierro —aclara el inspector—. Sabemos dónde estarán después.

—Hay que retirarlos de la circulación antes de que ocurran más desgracias —añade Lombardo—. Ahora a trabajar, y mucho cuidado ahí fuera, quiero que todo el mundo vuelva a casa de una pieza.

Se levantan y Ríos se queda mirando un instante el cenicero a

rebosar de caramelos. Cuando todos se han vuelto hacia la puerta, alarga la mano y coge un puñado.

—Échame uno, anda —le dice el comisario—. Mi cerebro también necesita azúcar para funcionar.

34
TÍO DURO

Tío Duro echa un vistazo a la oscuridad de la noche con precaución de no mover las cortinas. El coche negro sigue ahí abajo, con dos tipos en su interior, las pavesas de sus cigarros se inflaman y brillan cada vez que chupan de ellos. ¿Cuántos días llevan vigilándole? ¿Días o semanas? Es posible que incluso meses. Rómulo jugaba a dos bandas, ¿cómo no se había dado cuenta antes? Se sirve el segundo whisky, largo, hasta el borde, sorbe medio vaso de un trago y se estira a todo lo largo del sofá con un rictus de preocupación en el rostro. Lo saben, dice para sí. La cuestión importante es desde cuándo siguen sus pasos y qué han averiguado. Porque si lo que pretenden ahora es ponerle nervioso, lo están consiguiendo. Cambian de coche a diario; esa noche hay uno negro aparcado frente a la puerta de casa, la anterior fue uno plateado y azul la precedente a esa. En Madrid deben de tener un parque móvil cojonudo, porque sabe a ciencia cierta que han venido desde Madrid y esos no mueven el culo de la capital sin una razón de mucho peso.

Apura el vaso y fija la mirada en la televisión, el resplandor de la pantalla es la única luz que ilumina el saloncito. Emiten un viejo documental de Félix Rodríguez de la Fuente sobre la cabra montesa que ha visto mil veces pero que no deja de sorprenderle. Transcurridos unos minutos se levanta y se acerca otra vez a la ventana. Continúan ahí. Ahora hay uno de ellos fuera del coche observando la fachada del edificio. Se llena otra vez el vaso, aguza la mirada y lo observa mientras sorbe un trago tras otro, muy despacio, paladeando el licor. No reconoce al tipo. La primera noche que los descubrió ahí abajo hizo una llamada y averiguó que la placa de matrícula era de la Dirección General de la Policía, después hizo algunas gestiones más y supo que el coche estaba adscrito al parque móvil de Asuntos Internos de Madrid. El lazo se estrecha, la luz se apaga poco a poco y los perros están en la calle. Algo ha fallado, está jodido, pero no acabado, porque siempre ha tenido un plan B. No piensa dar con sus huesos en la cárcel, donde a pesar de que iba a estar recluido en un módulo especial, no lo iba a tener nada fácil.

Vuelve a colmar el vaso y se estira otra vez en el sofá, intenta relajarse mirando la televisión mientras espera la llamada, pero por

mucho que lo intenta no puede. Entonces vibra el móvil que hay en el suelo, a los pies del sofá. Se vuelve de lado y lo mira unos segundos sin pestañear, hasta que por fin alarga la mano. Pero duda, cabe la posibilidad de que esté intervenido. Mientras considera si atiende la llamada, la peculiar voz de Félix Rodríguez de la Fuente llama su atención. Un rebaño de cabras montesas salva un cortado en un alto macizo con saltos extraordinarios en zigzag. Vuelan sobre el desfiladero. Un primer plano muestra con detalle cómo clavan sus pezuñas en un centímetro cuadrado de la pared rocosa y de allí vuelven a saltar.

Tío Duro coge el teléfono y se incorpora sobre el brazo del sofá.

—Dime.

Borko Clamparu se va de vacaciones y necesita un lote de cinco paquetes de chicles Trident sin azúcar. El bucarestino se refiere en clave a pasaportes nuevos y limpios de esos que abren todas las fronteras. El encargo es urgente, lo que supondrá un sobrecoste, porque las prisas no son buenas y en el mercado negro cotizan al alza las contingencias.

—Los chicles sin azúcar son caros —dice Tío Duro.

Le da una cifra y Borko suelta un silbido.

—Eres un malnacido.

—Ya sabes lo que te quiero.

Tío Duro no desea facilitarle las cosas a ese hijo de puta, pero acuerdan un precio y un lugar para la entrega. Borko está dispuesto a pagar ocho mil por cada pasaporte, y cuarenta mil pavos es una suma nada despreciable. Tal como están las cosas, todo el dinero que pueda reunir va a ser poco.

Con la información que tiene de primera mano, sabe que Borko va a intentar cerrar una operación y huir con los bolsillos llenos. Si él estuviera en su pellejo se largaría por una frontera terrestre en algún momento de salida masiva de vehículos, eso sería un viernes. Así que tiene que darse prisa, porque lo más probable es que alquile un utilitario para no llamar la atención, se deshaga de la rueda de recambio o del kit de reparación de pinchazos y llene todos los huecos del maletero con fajos de billetes. Pensar en eso le jode muchísimo. Bajo ningún concepto va a permitir que Borko desaparezca del mapa sin purgar sus pecados, así que va a intentar algo. Se la va a jugar, aunque es consciente de que toda buena acción siempre tiene su merecido castigo.

Cuando corta la comunicación se queda mirando el teléfono unos segundos como si tuviera alguna enfermedad contagiosa. Al cabo, lo lanza sobre los cojines del sofá y dirige su mirada a la televisión. Surge de la nada un águila con las garras estiradas, batiendo sus alas en vuelo picado y atrapa por los cuernos a una de aquellas cándidas

rumiantes que salta de peñascal en peñascal ajena a la condena de muerte que acecha desde los cielos. Remonta el vuelo con ella, la transporta varios centenares de metros y momentos después la despeña en la garganta de un barranco. Eso le hace reflexionar. ¿En qué especie de alimaña se ha convertido él?

Se asoma otra vez entre las cortinas. Nada ha cambiado, siguen ahí. Se vuelve a llenar el vaso, aumenta el volumen y el brillo de la televisión y conecta el aire acondicionado. El zumbido del compresor exterior y los destellos azulados de la pantalla les hará creer que sigue despierto, viendo alguna basura de programa nocturno veraniego. Coge la botella de whisky y arrastra los pies hasta una habitación desnudándose por el camino, dejando un rastro de prendas en el suelo. Allí abre un armario y aparta de un manotazo media docena de perchas de las que cuelgan pantalones y camisas. Una caja fuerte empotrada queda al descubierto. Tarda unos segundos en conseguir recordar la combinación. Cuando la abre, observa el interior un momento con mirada vacilante. Saca una camiseta negra, un chaleco antibalas Kevlar, una cazadora y unos pantalones técnicos. Cuando termina de vestirse abre un compartimento oculto y reparte entre sus bolsillos varios fajos de billetes, dos automáticas que saca envueltas en gamuzas, tres cargadores de repuesto y un sobre con documentos. Se sienta en el suelo y los estudia. Pasado un rato coge la botella, sale en total silencio al rellano, asoma la cabeza por el hueco de los entrepisos y baja al aparcamiento por las escaleras.

Sus pasos resuenan en el pavimento de hormigón de la primera planta mientras la recorre de extremo a extremo. Antes de salir al calor asfixiante de la noche húmeda por la salida de emergencias que da a una bocacalle, se coloca una gorra negra de visera larga. Asoma la cabeza desde la esquina y echa un vistazo a sus ventanas, cualquiera pensaría que alguien ve la televisión en aquel hogar. Observa el coche negro, los cigarros brillan en la noche oscura. Camina diez minutos doblando calles, bebiendo tragos de la botella sin cruzarse con nadie. Hasta que llega al aparcamiento de un viejo conocido donde guarda el coche sin que le pida nada a cambio. Transcurrido un rato, un hombre cegado por la bebida cruza la ciudad en un flamante Ford Mustang con los cristales traseros oscurecidos.

La gasolinera de la calle Felipe II con la avenida de la Meridiana está abierta, Tío Duro pone el intermitente y se desvía hacia allí. Antes de poner un pie en el suelo se cala la gorra y baja la cabeza, hay cámaras de seguridad. El empleado levanta las cejas cuando después de llenar el depósito Tío Duro le dice que también necesita diez litros de gasolina adicionales. Palmea el capó y le explica que la luz de la reserva no funciona bien y que ya se ha quedado sin gasolina un par de veces. El empleado lo mira de arriba abajo con desconfianza, huele

a alcohol, aunque parece aguantarlo bien. Se plantea avisar a la poli, pero la idea se desvanece enseguida de sus pensamientos, en cuanto Tío Duro mete en uno de sus bolsillos un billete de cincuenta euros y le palmea el hombro. El empleado desaparece en un trastero y al poco vuelve con dos garrafas de plástico como si las hubiera tenido preparadas anticipadamente. Antes de pagar en metálico en la caja, Tío Duro coge un par de sándwiches del refrigerador y los pone sobre el mostrador. Abre uno mientras espera el cambio y se lo termina sentado en el coche antes de meter la llave en el arranque. Mientras tanto observa las cámaras de seguridad y planea lo que va a suceder durante la próxima hora.

Se incorpora a la avenida de la Meridiana con las luces apagadas y gira en redondo en el primer semáforo, en dirección salida de la ciudad, asegurándose por los retrovisores de que no hay ninguna luz azul en las inmediaciones, aunque sabe que muchas veces las patrullas de la poli no las encienden para sorprender a los cacos. Instantes después se quita la gorra, conecta las luces y pone en marcha la radio, suena un viejo tema de Van Morrison, demasiado nostálgico para esa noche, así que cambia de frecuencia al azar. Encuentra uno de noticias cuyo orden del día son las tramas de corrupción política que sacuden el país con sus escándalos. Las grabaciones filtradas por la policía son impúdicas e indecentes. Los políticos bajo sospecha tienen una sed insaciable de dinero y se comportan en privado como auténticos chulos de barrio, como mafiosos de pacotilla. Cuando Tío Duro llega a la calle Dublín, mira por el retrovisor y tuerce a la derecha.

Diez minutos más tarde entra con las ventanillas subidas y muy despacio en un polígono industrial del barrio del Bon Pastor. Las calles tienen parches de asfalto aquí y allá, tierra polvorienta y profundos socavones como consecuencia del paso de camiones de gran tonelaje que mueven las industrias. Engrana la primera velocidad y arranca muy despacio, la dura suspensión del Mustang cruje sobre el maltrecho firme y no quiere despertar de su plácido sueño a los vigilantes nocturnos de las naves. Dobla en un callejón, apaga las luces y avanza poco a poco entre las sombras. Los tejados se recortan contra la oscuridad de la noche amenazante. Levanta la mirada hacia el cielo estrellado y entonces, por primera vez, la ve suspendida ahí arriba. La luna roja, la luna de sangre. La observa unos segundos, asombrado, no recuerda haber visto nada igual.

Detiene el motor a unos cincuenta metros de la persiana de un garaje de camiones con aspecto destartalado, apaga la radio y echa un trago muy muy largo de la botella que le enrojece los ojos y le calienta los pensamientos. No sentía esa necesidad de beber, esa sed, desde hacía mucho tiempo. Baja las ventanillas y le mete un bocado al segundo sándwich. Pasa un largo rato en silencio, escuchando,

bebiendo a morro, comiendo y estudiando el entorno sin observar movimientos extraños. De cuando en cuando la mirada se le va hacia el cielo, hacia la luna roja. Un maullido le distrae. Una pareja de gatos negros como tizones husmea las grandes bolsas de basura marrones de una fábrica de helados. Salvo los felinos, no ronda un alma más por allí; aunque quizá haya suerte y cace algunas ratas en su propia madriguera.

Tío Duro comprueba el Colt King Cobra 357 Magnum que lleva en la cintura: los mecanismos están bien engrasados; el tambor lleno de munición y rueda como acabado de salir de fábrica. Termina la botella y la lanza sobre los asientos traseros con una exhalación de triunfo. Cuando el ardor del alcohol le dice que está preparado sale, rodea el Mustang y coge del maletero una palanca de hierro y las dos garrafas de gasolina. Su mirada brumosa se detiene un instante en las guías turísticas y las revistas de viajes de California esparcidas sobre la alfombrilla. Su sueño quizá tenga que esperar. Echa a andar con paso resuelto, bajo la protección de las sombras y de la luna de sangre, hasta que toca la persiana del garaje de camiones. Suelta las garrafas de gasolina en el suelo y se sonríe.

35
EVARISTO CONRADO

Aunque el cuartel de Gavà está reformado, no deja de tener el aspecto de un viejo edificio de viviendas de protección oficial de barriada deprimida, sin embargo, no se respira el ambiente opresivo del Intxaurrondo de los años ochenta, ni de lejos.

Intxaurrondo era una ciudad en miniatura enclavada en territorio hostil, donde los guardiaciviles estaban más preocupados por los bajos de sus coches y por lo que podía ocurrir a sus espaldas que por sus bajos salarios. Allí nada de pasear por las calles ni de frecuentar bares por temor a ser reconocido por etarras o su entorno, cambios continuos de itinerarios y siempre vigilando el retrovisor o por encima del hombro. Y entierros cada semana. La gente estaba las veinticuatro horas alerta y acababa enferma, con los nervios destrozados, bebiendo a destajo en la taberna del cuartel para ahogar una sed inagotable y jugándose a los montones una paga que no sabían si podrían gastar el día siguiente. A Conrado le salieron los primeros pelos de los huevos en Intxaurrondo. Cuando recuerda todos los compañeros que no lo lograron, siente escalofríos y se alegra de tener una nueva vida. A veces añora algunas cosas de las que vivió aquellos años, aunque eso le ocurre cada vez con menos frecuencia.

—Ya sé de qué me sonabas —le dice el sargento Carbonell a

Conrado ante una mesa de fórmica pegajosa de la cantina. El detective levanta las cejas—. Sí hombre, cuando estalló la movida del cuartel de Intxaurrondo tu foto salió en todos los diarios.

Conrado asiente.

—Sí, me hicieron famoso, aunque a mi pesar. ¿Quieres que te firme un autógrafo en las tetillas?

—Solo me gustaría saber de primera mano lo que pasó.

—Sabes que no puedo hacer eso, secreto de Estado. Solo puedo decirte que tendría que haber estudiado Magisterio como insistía mi madre. Ahora tendría una vida tranquila y sin sobresaltos dando clases de música o de gimnasia en un colegio de primaria.

La brigada suelta una carcajada corta y los bebedores de las mesas de alrededor se vuelven para observarlos. Conrado se reconoce en aquellas miradas taciturnas.

—Eres un idiota —le dice ella.

—Pero un idiota con razón.

El detective levanta la mirada y echa un vistazo general a la cantina. En las paredes de techos altos y amarillentos cuelgan todo tipo de enseñas y lemas que ensalzan el honor patrio y la disciplina militar, ilustraciones y cuadros con viejas fotografías en blanco y negro que recuerdan un distinguido pasado. En la barra hay sedientos que charlan con voz gruesa mientras apuran sus dosis con avidez. En su campo de visión entra un teniente de uniforme que luce sus estrellas con aires de general, lleva un whisky colgando en la mano y los observa con ojos vidriosos y enrojecidos.

—Me siento en casa otra vez. ¿No hay camarero?

—Hay que pedir en la barra —dice Carbonell—. Estáis en mi terreno, invito yo. ¿Qué queréis?

—¿Cerveza? —pregunta Conrado mirando a la brigada.

—Si no hay Dom Pérignon, qué remedio.

Cuando el sargento se encamina hacia la barra, la brigada se echa sobre la mesa y él acerca la cabeza.

—Si Carbonell te pregunta por la operación, tú ni mu, que aquí hay mucho personal y uno nunca sabe con quién se juega los cuartos. Te lo digo por experiencia.

—¿No te fías de él?

—No es que no me fíe de Carbonell, mira todas esas bocas y todos esos oídos. A cada uno de estos tíos lo parió una madre distinta. A saber con qué sueñan por las noches.

—Quizá con ovejas eléctricas —responde él.

—¿Tengo que reírme?

Conrado se vuelve con discreción. Lo cierto es que los observan con una mezcla de curiosidad y recelo. Carbonell sacia preguntas en la barra mientras aguarda que le sirvan. De pronto se vuelve hacia ellos

y los saluda con una mano.

—Como tú digas, mi brigada.

—Muy bien, Toby. Le diré a Enjamio que has sido obediente como un perrito faldero —termina la frase soltando una carcajada.

Carbonell llega en ese instante con tres botellines de cerveza y los reparte.

—¿Me he perdido un chiste?

—Era muy malo, no merece la pena escucharlo —dice el detective.

La brigada pregunta por los vasos y Carbonell menea la cabeza mientras se sienta.

—Hay que lavarlos y eso encarecería el servicio. Por cierto, no habéis soltado prenda y en la barra los compañeros no hablan de otra cosa. ¿Va a desplegar mucha gente la UCO? Se mueren de curiosidad.

—¿Se mueren de curiosidad? —repite ella sonriendo con los ojos —. Pues sí, creo que la UCO va a hacer un buen despliegue.

—Esto es un cuartelucho y aquí las operaciones importantes brillan por su ausencia. ¿A cuántos te refieres, a diez, veinte, a cincuenta hombres? Me ha llegado que están preparando habitaciones por si tienen que quedarse a pernoctar.

—El comandante Enjamio siempre hace las cosas a lo grande, no sé qué decirte. —La brigada le propina una palmada a Conrado en el hombro—. Tú, implícate y di algo.

Conrado se encoge de hombros después de dar un trago a su botella de cerveza.

—Solo sé que cuando Enjamio decía que iba a asistir mucha gente a un partido del Bilbao, el estadio de San Mamés se llenaba. Eso es lo único que puedo decirte, compañero.

Carbonell hace un aspaviento con la mano.

—¿Por qué no nos dejamos de jueguecitos? —A continuación, el sargento se inclina sobre la mesa y baja el tono de voz—: Ya que estamos todos en el ajo y alternando entre suboficiales, por lo menos podríais decirme qué papel vamos a jugar nosotros.

—¿Quieres información reservada a cambio de una sola ronda? Ni hablar —dice la brigada arrimando la botella a sus labios.

—Está bien, ¿queréis unas bravas o unas olivas rellenas de anchoas por cortesía del sargento Carbonell?

Ella suelta otra carcajada y se lleva una mano a la boca para evitar que la cerveza se le escape por las comisuras de los labios, después mueve la cabeza.

—De acuerdo, sargento, no hace falta que nos lustres los zapatos, te lo diré: ¿qué tal se os da hacer de extras?

Carbonell endereza la espalda sobre la silla y mira a la pareja estupefacto.

—¡No me jodas!

—Sin joder, sargento.

Fuentes y Conrado siguen los pasos del agente Bonilla por los dos tramos de escaleras de hierro que descienden desde la planta del aparcamiento. Los peldaños tienen costras de óxido y la barandilla golpes y abolladuras. Cuando llegan al último rellano, tuercen por un pasillo de paredes grises con desconchones en la pintura, las losas son viejas y con los cantos resquebrajados. Bonilla aparta un cubo de basura con un pie, le da una patada a una bola de papel arrugado y sortea unos cables eléctricos que recorren el suelo. Cuando abre la puerta de entrada a los calabozos, se hace a un lado.

—¿No hay nadie aquí vigilando? —La brigada mira a Conrado extrañada.

—Las cámaras. —El guardiacivil señala varios puntos del techo.

Entran y toman el pasillo que transcurre ante las rejas de las celdas. En la primera hay un individuo sucio y tatuado que nada más verlos salta del colchón, se acerca hasta los barrotes y los observa con mirada vacilante.

—Ya era hora. ¿Eres mi abogada?

Ella se vuelve hacia Bonilla.

—Este es un guarro. Posesión y tráfico de marihuana, tiene plantaciones y abastece varios clubs cannábicos de Barcelona, eso además de maltratador.

La brigada condena con la mirada a veinte años de prisión incomunicada al individuo y prosigue hacia delante. Conrado lo observa unos segundos, sonriéndose y pinzándose la nariz.

—Necesitas un buen baño, cabroncete.

El tipo se aferra a los barrotes como si los quisiera arrancar de cuajo.

—¡Iros a la mierda! ¡Hijos de puta! —grita con una voz tan visceral que resuena a lo largo del pasillo—. ¡Se lo diré a mi abogado!

En la última celda hay un hombre sin afeitar, con la camisa y los pantalones de vestir arrugados, sentado en posición reflexiva sobre un viejo camastro. Tiene los codos apoyados en las rodillas y las manos en la frente. Cuando se detienen ante su cubículo levanta la cabeza muy despacio y los mira con rencor, los ojos enrojecidos de llorar.

—¿Cómo se encuentra? —le pregunta la brigada.

Félix Montoro se pasa la manga de la camisa por la cara y se limpia el rastro de las últimas lágrimas secas.

—¿Usted qué cree? —Su voz es ronca y sale de lo más profundo de su pecho—. No me han permitido ni hablar con mi mujer. Me han quitado la corbata, el cinturón, los cordones de los zapatos y todo lo que llevaba encima. Esto es humillante.

—Es por su seguridad.

—¿Es que creen que me voy a suicidar?

—Mero protocolo, no piense mal.

Montoro se pone en pie con las manos en los riñones y arquea hacia atrás la espalda, se mete los faldones de la camisa en el interior de los pantalones de forma trabajosa y se acerca con los zapatos en chanclas hasta las rejas, arrastrando un palmo del largo del pantalón por el suelo. En tan solo unas horas parece que haya menguado y envejecido.

—Estoy colaborando, ¿me van a tener en esta pocilga toda la noche? —dice mirando con asco el interior de la celda.

La brigada se aproxima a los barrotes y echa una ojeada. Hay un somier de hierro cochambroso, un colchón de espuma ennegrecido, una manta vieja y pintadas hechas con mierda contra la policía. Apesta a sudor y miedo.

—Hemos hablado con su mujer, mañana a primera hora le traerá ropa limpia y podrá asearse, pero no tendrá contacto con ella, ese es el trato.

Montoro sacude la cabeza.

—No puedo creer que esto me esté pasando a mí.

—Usted solito se ha metido en la boca del lobo. Si podemos recuperar los cuadros, hablaremos con el juez en su favor —miente Conrado—, seguro que comprende su situación.

—No me fío de ustedes.

—Hace bien. Si yo estuviera metido en sus zapatos, tampoco me fiaría.

Montoro desvía su mirada hacia el cabo Bonilla, que observa la escena con las manos entrelazadas a la espalda detrás de la brigada y de Conrado.

—No me engañen, ¿correré peligro?

La brigada se aproxima un poco más a los barrotes.

—Le cuidaremos, no se preocupe. Pero el peligro comenzó en el minuto uno, en el primer momento en que Lester se acercó usted. ¿Aún no lo ve? ¿No es consciente?

Montoro baja la mirada y mueve la cabeza, segundos después clava sus ojos centelleantes en el detective.

—Necesito que me aseguren que todo irá bien, por favor.

—Sé cómo se siente —responde él—, se acerca el momento clave, cuando todo el mundo se pone nervioso e intenta una carambola en su propio beneficio. Ahora nadie es amigo de nadie y usted solo nos tiene a nosotros. Haga lo que le digamos y todo saldrá bien, se lo dice un gato viejo.

—Tengo mujer y dos hijos, ¿saben?

—Si sigue colaborando los verá crecer fuera de estos barrotes —dice la brigada.

—El menor tiene veintisiete años y el mayor treinta. Y los dos están casados —Montoro eleva la voz, muy molesto.

—Entonces seguro que los verá reproducirse —sentencia Conrado.

La brigada se vuelve y mira a Bonilla con ojos brillantes, ambos tienen que reprimir la risa.

Carbonell guía a Conrado a través de las entrañas del edificio. El ala de suboficiales está plagada de escaleras y larguísimos pasillos que se entrecruzan por todas partes. Bajan una planta y el sargento se detiene ante una puerta que rezuma veteranía y capas de barniz. Mete la mano en uno de sus bolsillos y saca un manojo de llaves; mientras selecciona una, mira a Conrado con excesivo suspense.

—¿Qué ocurre? —le pregunta el detective.

—Te ha tocado la trece, mal número.

—¿Me ha tocado o la has elegido tú?

Carbonell suelta una risita floja, abre la puerta y de inmediato da un paso atrás abanicándose la nariz con la mano.

—¡Uff!... Hay que ventilarla un poco. ¿Tendrás suficiente espacio?

Conrado asoma la cabeza y un tufo acre le golpea las fosas nasales. Es una habitación de unos diez metros cuadrados amueblada de forma tan austera que parece una pensión de mochileros, aunque cuenta con una pequeña televisión sobre la cómoda.

—¿No queda ninguna otra libre?

Carbonell niega con la cabeza.

—Las que quedan son por si pernoctan los de la UCO y tienen que estar disponibles.

—Entiendo, supongo que por una noche me las apañaré. Por lo menos habrá agua caliente.

—Si no se ha roto ninguna cañería, hace un año había.

El detective entra conteniendo la respiración y lo primero que hace es abrir la ventana.

—Acabas de poner en marcha el aire acondicionado —anuncia el sargento.

Conrado echa un vistazo al exterior, la habitación está a nivel de un patio hormigonado de la parte trasera del edificio. Ante sus propias narices hay una pequeña colección de coches patrullas viejos y medio desmantelados ocupando gran parte de un jardincillo plagado de malas hierbas. Se vuelve hacia Carbonell y se da unos golpecitos en la nariz con un dedo.

—¿Qué fue lo último que encerrasteis aquí, un zorrillo?

—No, una pareja de murciélagos enfermos, y no miento.

Carbonell suelta una risita floja y le entrega una llave con trazas de óxido.

—Disfrútala, compañero. Y si se te ofrece algo que no sean caricias en la espalda, estoy arriba, en la habitación dos. Pero llama

fuerte, porque duermo como un oso de las montañas.

Cuando Carbonell cierra la puerta, Conrado oye su risita en el pasillo. Se sienta en el colchón y saca el móvil, pero sopesa la idea unos segundos antes de hacer la llamada, sabe que la va a enfadar con razón.

—¿Dónde estás, Evaristo? —pregunta Josefina de inmediato.

—En Gavà.

—¿Lo dices en serio? Lo dice en serio —repite ella tras unos segundos—. ¿Por qué sigues ahí?

—Mañana tenemos un deber que cumplir y voy a pasar la noche aquí, alojado en un hotel de cinco estrellas.

—Pues así, a bote pronto, no me suena que haya ninguno por ahí.

—Era un decir, mujer, estoy alojado en el cuartel de la Guardia Civil.

—Tú siempre buscando patrocinadores, mira que eres aprovechado, Evaristo.

—Hasta para eso hace falta cierto entrenamiento y coraje. Oye, Josefina, ¿tienes planes para esta noche?

—¿Por qué? Estoy fuera de mi horario laboral.

—Necesito un favor.

—¿Un favor que no puede esperar a mañana?

—No lo sé, quizá sí, pero es que se me había ido de la cabeza y me he acordado ahora.

—¿Qué necesitas? —pregunta irritada.

—Se trata de la vieja Chiki, le dejé pienso y agua para dos días, pero mucho me temo que ya no le quedará de nada. Es una glotona y bebe mucho porque no está muy bien de los riñones. ¿Puedes hacerme ese favor?

—A estas horas tendré que coger un taxi para ir y otro para volver. Y por supuesto que van a correr de tu cuenta.

—No hay problema. Oye, Josefina, no quiero abusar, pero ¿podrías también sacarle las caquitas y los pipís y tirar la basura del cubo de la cocina? No sé si mañana podré ir a Barcelona y el último día tiré raspas de sardinas.

—Me llevaré una máscara antigás, gracias por avisar.

—¡Eh!, tampoco te recrees a mi costa.

Conrado le explica dónde guarda el pienso y las bolsitas que usa para retirar los excrementos del aseo de Chiki. Al terminar de darle todos los detalles, escucha un resoplido en el auricular.

—Que te quede bien claro que solo hago esto por esa pobre gata, no por ti.

Cuando se dispone a guardarse el teléfono, Conrado observa en la pantalla que tiene una llamada perdida. Mira el nombre dos veces y menea la cabeza, malditas las ganas que tiene de hablar con él. Saca el

cigarro electrónico y comienza a echar nubecillas blancas de vapor recostado sobre el marco de la ventana mientras observa el declinar del atardecer y la llegada de la oscuridad inquietante de una noche sin estrellas. Oscurece con rapidez al pie de las negras montañas del macizo del Garraf.

El lugar y el entorno transmiten inquietud y por un instante deja volar la imaginación. La maldad acecha ahí afuera, aguardando la caída de la noche cerrada para asaltar los sueños de los hombres. Los peligros, como las estrellas, brillan más en la oscuridad, un temor ancestral. Aunque lo paradójico es el sentimiento que le invade detrás de aquellos muros de piedra del viejo edificio: está en casa, pero todo le hace sentirse un extraño, un forastero al que ofrecen cortesía por deber. Se guarda el cigarro electrónico y se refresca la cara en el baño, después se sienta sobre el colchón y devuelve la llamada.

—¿Qué quieres? —dice Conrado a modo de saludo.

—Estoy bien, gracias *brother* —contesta Grancha con aspereza.

—Por eso no te lo he preguntado. ¿Qué se te ofrece a estas horas?

—Tengo la información que querías sobre las cámaras de seguridad.

—¿Has podido visualizar las filmaciones?

—Por supuesto.

—¿Y qué?

—Te resumo lo interesante.

Félix Montoro subió las escalerillas que arrancan desde la playa poco antes de la una de la madrugada, fue directo a la casa de Aldous Rapp y estuvo allí alrededor de media hora, explica Grancha. Pasada la una, Leo Carranza y Montoro salieron juntos, estuvieron discutiendo en el jardín unos diez minutos, aunque después se estrecharon las manos como si hubieran llegado a un acuerdo. Félix Montoro se metió en su cochazo y se marchó. Leo Carranza volvió a entrar en la casa, un rato después salió con una caja pesada y bajó a la playa.

—Simón, ¿dices que discutieron pero que después se estrecharon las manos como si hubieran cerrado un trato?

—Sí, eso es lo que he dicho porque eso es lo que parece. ¿Por qué?

—Por nada.

—Entonces, ¿satisfecho?

—Con creces.

—Pues discúlpame, porque me muero por caer en el catre.

Grancha abre la puerta del baño y saca la cabeza. Nora le sonríe desde la cama con dos vasos desbordados de hielo y alcohol en las manos. Él le guiña un ojo y sale con el teléfono pegado en la oreja y descalzo, con una toalla alrededor de la cintura cubriendo su erección y muchas ganas de follársela. Lanza el aparato en la alfombra y salta

sobre ella.

No hay agua caliente en la ducha, está seguro de que Carbonell se la ha jugado a propósito, aunque logra mojarse bajo un chorrito de agua tibia intermitente. Más tarde, Conrado se tiende desnudo sobre la cama con las manos enlazadas en la nuca y la almohada entre las piernas. Mientras observa los múltiples desconchones del techo, le da vueltas a la ensalada de ideas que tiene en la cabeza sin llegar a ninguna conclusión concreta. Eso sí, muchas teorías con fundamento. Transcurridos diez minutos coge el mando de la televisión y comienza a pasar de un canal a otro. Se detiene en un noticiario donde las imágenes muestran una cuerda de gente esposada desfilando en la entrada de un juzgado. Otra operación de la UDEF, la Unidad de Delincuencia Económica y Fiscal de la policía. «Detenidos veinte empresarios y políticos en una nueva operación contra las tramas de corrupción», comenta el locutor. Se pregunta si esto acabará alguna vez, qué necesita la gente para escarmentar, si ese apetito tiene límite y qué intereses hay para no comenzar a retirar pasaportes de impunidad de inmediato. Conoce de sobra las respuestas, como todo el mundo.

Cambia de canal. Emiten un viejo documental de Félix Rodríguez de la Fuente sobre la cabra montesa. Poco a poco, Conrado va cerrando los ojos con el mando entre los dedos. El cansancio y la parsimoniosa voz de Rodríguez de la Fuente acaban con él y lo dejan frito.

36
YOLANDA RECHES

Ríos sale del baño secándose las manos con un trozo de papel. Nada más tomar el pasillo, se detiene de golpe. En el extremo opuesto está el comisario Lombardo hablando con un hombre de traje oscuro, camisa blanca, corbata negra, corte de pelo impecable y zapatos relucientes como espejos. Sabe quién es, aunque hacía más de una década que no se cruzaba con él. Lo observa unos segundos, mientras hace una bola de papel en las manos, cuando la encesta en la papelera echa a andar con los hombros cargados hacia delante.

—Roberto —le saluda el comisario cuando lo ve pasar, pegando la espalda en la pared para que no le arrolle el tren de mercancías.

—Comisario.

El interlocutor de Lombardo se aparta un poco y lo mira un solo instante, con mirada afilada. Cuando el subinspector se aleja lo suficiente, continúan con la conversación.

Reches está al teléfono y en la puerta aguardan Toni, Nacho y Montes para entrar. Ríos los aparta, pasa entre medio y cierra la puerta en las narices de todos ellos. La inspectora levanta la mirada, observa la tensión de su mandíbula, la sangre acumulada en el rostro y una gruesa vena en sus sienes.

—Te llamo —dice al auricular y cuelga—. ¿Qué ocurre, Roberto?

—¿Sabes quién es ese que está ahí afuera hablando con el comisario? —gruñe Ríos con voz alterada, azorado, señalando con el pulgar hacia atrás.

Reches menea la cabeza.

—No sé de qué me hablas.

—Acabo de ver al inspector Vargas ahí afuera hablando con el comisario.

—Quizá sean viejos amigos.

—No me confundas con un principiante, Yolanda. Vargas es inspector jefe de Asuntos Internos en Madrid. Los que llevan los casos que sientan a la gente en un banquillo de la Audiencia Nacional. Y no me ha gustado cómo me ha mirado.

Ella parpadea y suelta el bolígrafo con el que juguetea sobre la mesa.

—¿Cómo te ha mirado?

—Como si quisiera mi cabeza.

—¿Crees que tienes que preocuparte por eso?

—¿Debería?

—No lo sé, dímelo tú. Dices que hay alguien husmeando en tus cajones y ahora te pones en guardia nada más ver a Vargas. ¿Qué está ocurriendo, Roberto? ¿Tienes algo que contarme? Sabes que sea lo que sea estoy contigo y que daré la cara por ti.

—No, te juro que no, Yolanda. ¿A quién están investigando?

—No lo sé. ¿Quieres que hable con Lombardo?

—No creo que eso sea buena idea. —Ríos mira por encima de su hombro para asegurarse de que la puerta continúa cerrada—. Mira, Yolanda, Vargas es una criatura de las charcas, cuando un bicho como él sale de la ciénaga, se mete en uno de sus mejores trajes y se pasea por aquí con aires propios de un ministro, eso solo significa una cosa, que le tiene echado el lazo a alguien y que sea lo que sea que lleve entre manos está a punto de estallar. Si mi nombre está en alguna lista negra quiero saberlo. ¿Me están investigando?

—Es la segunda vez que me lo preguntas y la respuesta es la misma.

—De acuerdo. —Tras unos segundos de silencio en los que llena

los pulmones con ruido, como si le faltara el aliento, añade—: Tú no lo sabes, pero Vargas me la tiene jurada.

—¿Por qué motivo?

—Lo nuestro viene de lejos. Muertos que es mejor no desenterrar, pero sé que me la guarda.

La inspectora lo observa con mirada severa, conteniendo su enojo creciente. ¿Qué le está pasando? De un tiempo a esta parte se acalora demasiado rápido.

—Pasaré por el despacho de Lombardo a ver qué le saco sobre Vargas —dice ella—. Si averiguo algo, serás el primero en saberlo.

—Yolanda…

—No, Roberto, has entrado aquí como un elefante en una cacharrería, como si yo tuviera la culpa de algo que ignoro y eso no está bien.

Ríos baja la mirada y asiente.

—Tienes razón. Te pido disculpas, Yolanda, creo que me he pasado tres pueblos.

—Está bien, Roberto. Asunto zanjado. ¿Puedes decirles a esos tres que pasen?

—Claro que sí.

El subinspector alarga la mano, gira el pomo de la puerta y se aparta. Montes, Toni y Nacho desfilan como si entraran en un velatorio. Toni alterna una mirada con sus jefes.

—Creo que nos hemos perdido algo —dice con un punto de ironía.

—¿Qué crees que te has perdido, listo? —dice Ríos torciendo la boca, con las fosas nasales dilatadas.

Toni levanta las palmas de las manos.

—Nada, nada...

Montes se acerca a Ríos y él inclina la cabeza.

—¿Has visto quién estaba ahí fuera hablando con el comisario ahora mismo?

El subinspector arruga el ceño.

—Sí, claro que lo he visto. ¿Y qué?

—Conoces a Vargas tan bien como yo de cuando estaba en Barcelona y sabes que es un cabrón redomado. ¿Qué hace aquí?

Ríos desvía sus ojos hacia la inspectora con una mirada larga y coge a Montes por el codo.

—Que conste que lo ha dicho él.

—¿Qué yo he dicho qué? —repite Montes.

Reches se pone en pie con los puños hundidos en las caderas.

—¿Podemos dejar de despellejarnos unos a otros y hacer algo constructivo?

La inspectora abre un cajón, rodea la mesa, se sienta en una

esquina y flexiona una pierna sobre la otra. Solo necesita diez minutos para condensar la reunión que han mantenido con el comisario y despejar dudas. Reparte copias de las fotos de las fichas policiales de Marlon y Martín.

—No hace falta que repita quiénes son estos individuos. Vamos a formar dos equipos y vamos a peinar la calle de la Sal y aledaños de arriba abajo hasta encontrarlos. Interrogaremos a todo el mundo: vecinos, camareros, quiosqueros, comerciantes… Hostigaremos un poco a los ciudadanos, que eso se nos da bien. Si alguien sabe algo, hay que conseguir que hable.

—¿Podemos atizar, jefa? —Montes consigue que todas las miradas se concentren en él—. Solo era una broma.

—El Lorenzo empieza a pegar de lo lindo —dice Nacho mirando hacia la ventana—. ¿Hay que empezar ahora mismo?

Ríos lo funde con la mirada.

—Os compraré unos helados, ¿os gustan con palo?

—La reunión ha sido más larga de lo que esperaba —dice Reches —. Preparad dos coches y aseguraos de que funcione el aire acondicionado.

—¿Cómo nos repartimos? —quiere saber Toni.

—Tú y Nacho, conmigo. Roberto, tú con Montes.

—Le haré un breve reciclaje a este —dice Ríos poniendo una manaza sobre su hombro.

Montes pone los ojos en blanco.

—¿Por qué no me das un poco de vidilla? Hazlo por los viejos tiempos.

—¡Qué sería entonces de mi reputación!

—Bien. —Reches se levanta de la mesa—. ¡En marcha!

Una comitiva de dos vehículos sin logotipos sale de la rampa de la comisaría de la calle Nicaragua y se incorpora a la circulación. La ciudad está en obras y hay muchas calles cortadas con vallas, señales de advertencia y luces de señalización parpadeantes. El Ayuntamiento aprovecha el descenso de circulación de los períodos veraniegos para pavimentar las calles y adecentar la ciudad, aunque desde las olimpiadas del 92, desde que Barcelona se convirtió en foco de atracción turística mundial, esa disminución de vehículos solo se nota en los barrios periféricos, el centro continúa con las congestiones de costumbre.

Montes conduce el coche piloto, y aunque conoce las calles como la palma de su mano, no puede evitar los embotellamientos ni que los policías municipales los desvíen una y otra vez de la ruta que tiene dibujada en la cabeza. Tras media hora de infierno y bocinazos consiguen alcanzar la Via Laietana y descender hacia la Barceloneta en mitad de un tráfico denso y tortuoso. Ríos comenta que está

agradecido de no padecer ninguna enfermedad cardíaca, porque en caso de un infarto repentino, ninguna ambulancia llegaría a tiempo de recogerle con vida. Montes asiente y le da la razón.

Cuando llegan a la calle de la Sal dan dos vueltas alrededor de la manzana intentando encontrar aparcamiento, pero las calles son zona de residentes y no hay un rincón libre donde dejar los coches. Montes echa el freno de mano sobre un paso de peatones y coloca sobre el volante un cartel que indica *Servicio oficial* con el membrete de la policía. Toni da una vuelta más y finalmente estaciona también sobre las rayas de otro paso de peatones. Un vecino avispado que fuma un puro bajo los toldos de un bar los mira y asiente con la cabeza, tocándose la cara. Cuando los policías se apean de los vehículos y Ríos pasa bajo el toldo del bar, en el lugar solo queda la colilla del puro humeando en el suelo. La aplasta con el pie.

La mayoría de las persianas de la calle de la Sal tienen la grasa seca, polvo y folletos de propaganda incrustados en sus rendijas, señal de que llevan mucho tiempo bajadas. Solo hay dos bares abiertos en la parte que desemboca frente al mercado municipal. El sol empieza a caer con fuerza y Ríos comienza a sofocarse, le sobra la chaqueta, pero no se la puede quitar sin dejar al descubierto la pistola que lleva metida en los riñones.

La pareja de policías decide empezar por los bares, confiando en que tengan aire acondicionado. El primero es el Bar Paco. Nada más traspasar la puerta reciben una vaharada de aire viciado. El local está vacío, no hay nadie en las mesas ni en la barra y a simple vista necesita una limpieza drástica. El subinspector mira aquí y allá buscando al camarero, cruza una mirada de extrañeza con Montes y llama con los nudillos en un mostrador lleno de servicios utilizados. Segundos después asoma la cabeza de un chino flacucho, de ojos entelados y aspecto desmejorado. Lleva una camiseta limpia, se frota la cara con los puños y bosteza. Ríos aprieta las mandíbulas y le enseña la placa. Apoya una mano en la barra con sumo cuidado de no pringarse y se inclina hacia delante para echar una ojeada por encima de los vasos. Al instante se vuelve con cara de disgusto.

—¡Genial!

—¿Qué pasa?

—Lo que imaginaba, este fenómeno estaba ahí detrás durmiendo.

Montes rodea el mostrador y mete la cabeza por una especie de burladero. El suelo es una tarima oscura y grasienta sembrada de servilletas arrugadas, chapas de botellas y palillos de dientes rotos. Hay una tumbona de playa.

—¡Joder, qué asco! Creo que estamos en el bar de Gua-rri-to.

De pronto Ríos despega la mano del mostrador con alarma y da un paso atrás. Montes se vuelve de golpe. Un cucarachón recorre a

toda prisa la barra con un zigzagueo nervioso. El chino le propina un palmazo seco, después se limpia la mano en el pantalón como lo más natural del mundo y les pregunta qué quieren. Su voz suena como si saliera de un trompetín oxidado. Ríos lo mira unos segundos con ojos duros y le pregunta su nombre.

—Huang.

—Así que Juan —repite él muy despacio. Chasquea la lengua y saca las dos fotografías que lleva en el bolsillo. Se las planta en la cara —. ¿Los ha visto alguna vez por aquí, Juan? —El chino alarga la mano y el subinspector se la aparta de un revés—. No son un regalo, solo quiero saber si los ha visto.

—Sí —se sonríe Huang.

—¿Cuándo ha sido eso?

El chino vuelve a sonreír y Ríos chasquea la lengua, después se vuelve hacia Montes con una ceja levantada.

—¿Crees que nos toma el pelo o es que no se entera?

—Ni idea. Los chinos son serviciales, pero crípticos y complejos, más que los gallegos. Créeme que sé de lo que hablo, estuve veinte años casado con una gallega.

El subinspector vuelve a colocarle las fotografías en las narices a Huang, señala a uno y a otro y le pregunta otra vez, deletreando cada palabra. Solo obtiene sonrisas por respuesta. Una raya profunda y vertical arruga la frente del subinspector, menea la cabeza y se las guarda en el bolsillo.

—Salgamos de esta pocilga o acabaré sacando a este fenómeno de ahí detrás por el pescuezo. —Contempla por última vez la barra sucia y pegajosa, los estantes polvorientos, las botellas con las etiquetas amarillentas y manchadas de licor. Allí hay añoranza y demasiadas historias viejas por contar—. Recuérdame que le mande a los de Sanidad antes de que aquí se envenene alguien.

Cuando alcanzan el aire limpio de la calle, Ríos llena los pulmones.

Reches se detiene ante un portal y presiona el último botón del interfono.

—Es aquí.

El timbre resuena en la escalera como un calambrazo, incluso se escucha desde la calle, pero transcurre un tiempo prudencial y no responde nadie. Llama a otro, también sin éxito. Alterna una mirada de extrañeza con Toni y Nacho.

—El día del tiroteo tampoco había nadie más en el edificio — explica Reches.

—Son pisos turísticos —dice Toni—. Si no están visitando la ciudad, están con resaca en la cama.

Nacho planta la palma de la mano en el interfono y presiona

todos los botones a la vez. Toni menea la cabeza.

—Seguro que de crío hacías eso y después salías por piernas.

—También les cortaba el rabo a las lagartijas y cronometraba el rato que seguía moviéndose solo.

De pronto un clic y la puerta cede. El vestíbulo y los peldaños aún conservan salpicaduras oscuras y descoloridas que no pasan desapercibidas a los policías. Reches observa el pequeño conjunto de cuatro buzones. No consta ningún nombre, tan solo el número de apartamento para recibir las facturas de los suministros. Desde allí escruta el hueco de las escaleras y rememora el caos. Reconstruye el suceso, en voz alta y en pocos minutos. Toni la escucha con los brazos en jarras, mientras pasea la mirada a su alrededor haciéndose a la idea y asintiendo.

—Así que Rómulo tuvo los santos huevos de salir a la calle con dos tiros en la barriga, robar un coche y conducir hasta el centro. Parece increíble.

—Para acabar con un reptil hay que aplastarlo bien —dice Nacho —. Estaba gordo como un cerdo, seguro que las capas de sebo le ayudaron a amortiguar el impacto.

—¿Eso tiene algún fundamento científico?

La inspectora levanta una mano.

—¿Podemos rebajar el nivel de chorradas y centrarnos en lo que nos trae aquí?

Suben a la primera planta y Toni aplica la oreja en la única puerta del rellano, la televisión está en marcha. La golpea con los nudillos y aguardan. Momentos después la aporrea otra vez. Nacho se sonríe.

—Lo que he dicho antes, o se han dejado la televisión en marcha o duermen la cogorza. ¿Qué hacemos?

—Seguir probando —dice Reches.

Toni mira por el hueco de la escalera, arriba hay tres pisos más y como el edificio es antiguo no hay ascensor. Suben a la segunda planta y esta vez es Nacho quien se encarga de llamar.

—¡Policía! ¡Abran la puerta! —dice con firmeza.

Reciben los ladridos de un perro por respuesta. El chucho se lanza contra la puerta, la araña y gruñe. Se lo imaginan izado sobre las patas traseras enseñando los dientes y clavando sus uñas en la madera. Nacho da un palmazo en la puerta y solo consigue que la agitación del animal aumente y su resuello se acelere.

—¡Eh! ¿Qué pasa ahí abajo? —grita una voz femenina que proviene de la planta superior.

Reches asoma la cabeza por el hueco de las escaleras.

—Somos policías, ¿podemos hablar con usted?

—¿De qué?

—Ahora se lo explico.

Es una joven de unos veinticinco años, despeinada y con unas ojeras que le llegan hasta el suelo, va en pantalón corto, con una camiseta cuyo estampado dice *Porn Star* y los pies descalzos. Sus axilas tienen vello oscuro y largo y desprenden tufo a sudor. El interior de la vivienda huele a comida preparada. Nacho y Toni se miran y Reches le muestra la placa.

Se llama Itziar y es de Bilbao.

—¿Estaba usted en el apartamento el día que se produjeron los disparos en el piso de arriba?

—Estábamos en la playa, nos enteramos cuando volvimos y vimos toda la movida. Pero ya hablamos con la policía.

—Solo queremos enseñarle unas fotos, ¿sería tan amable de echarles una ojeada?

Itziar se vuelve y grita el nombre de Ander. Momentos después aparece un joven riendo en el pasillo, se acerca acabando de subirse los pantalones cortos de deporte, descalzo, los pies sucios y las uñas negras y crecidas. Sostiene un móvil en la mano y tiene sus ojos enrojecidos clavados en la pantalla. Mientras se aproxima termina de ver un video de caídas tontas de esos que circulan por internet. Tiene barba incipiente y la misma cara de desgaste que ella.

—Son polis.

Ander apaga el móvil y su sonrisa se enfría.

—¿Qué pasa? ¿Es por lo que pasó arriba?

—Sí, Itziar nos explicaba que estaban ustedes en la playa —dice Reches mientras saca dos fotografías de tamaño mediano del bolso y se las tiende—. Queremos saber si reconocen a alguna de estas personas.

Ander mira los rostros de los policías como si los memorizara para más adelante, alarga una mano y las coge sin apartar la mirada de ellos. Es evidente que la policía no le gusta, el mensaje de su mirada lo dice bien claro. Acto seguido baja los ojos. Observa una y después la otra. Las hace circular un par de veces, con mucha calma y muy despacio, con la cabeza de Itziar por encima de su hombro. Al cabo selecciona una.

—¿Ese? —le pregunta Reches.

—Sí, el cabrón de Marlon. Menudo hijoputa.

La inspectora levanta las cejas asombrada, después alterna su mirada con Toni y con Nacho.

—¿Por qué dice eso?

—Porque le tiraba los trastos, se la quería beneficiar. —Ander desvía la mirada hacia ella.

—Eso no es verdad. —Itziar simula cierto enfado gruñendo y arrugando la nariz—. Solo me invitó a un porro una vez.

—Lo único que quería era darse un revolcón contigo.

—¿Cuándo fue la última vez que le vieron?

—Desde aquel día no ha vuelto a aparecer por aquí, y mejor que no vuelva si no quiere que le parta la cara.

Reches frunce los labios y asiente.

—¿Qué nos dicen sobre el otro individuo? —pregunta Toni.

Ander pasa la fotografía y cruza una mirada con Itziar, ella niega con la cabeza.

—No me suena.

—Creemos que Marlon compartía piso con alguien. ¿Saben algo de eso? —inquiere Reches.

—Llevamos aquí una semana y en ese tiempo solo he visto entrar y salir tías. No sé qué le veían a ese cabrón.

—Pues que era simpático, no como tú, que siempre tienes cara de ajo.

—¡Tú te callas!

Nacho avanza un paso y pone un dedo admonitorio en el pecho de Ander.

—¡Eh, machote! La «estrella porno» tiene derecho a decir lo que le dé la gana. ¿Estamos?

Ander mira el dedo de Nacho hasta que lo retira, después, muy despacio, levanta la mirada hasta la cara de la inspectora, mientras las comisuras de sus labios se alargan.

—De azul, verde o marrón… —susurra.

—No te pases de listo o te llevo de las orejas a la comisaría —le advierte Nacho.

—¿Sabéis si hay alguien en el primer piso? —pregunta la inspectora—. La televisión está en marcha, pero no contesta nadie.

—Llegaron ayer, creo que son franceses.

—Belgas —le corrige Itziar.

Él vuelve la cabeza y le advierte con la mirada.

—Si lo dice la lista… Seguro que están por ahí.

—¿Y en la segunda planta?

—Ni idea, solo sé que tienen un perro que se pasa el día ladrando. —Ander se pellizca la entrepierna y flexiona una rodilla—. Me estoy meando, ¿quieren algo más?

La inspectora se vuelve, interroga a los policías con la mirada y ninguno de los dos despega los labios.

—Bien, gracias por su colaboración. —Le tiende una tarjeta—. Si recuerdan algo más que pueda servirnos de ayuda, no duden en llamarnos a uno de esos números.

Ander coge la tarjeta, la observa con los ojos muy abiertos y después mira a los policías.

—Vale, que tengan un servicio de puta madre. —Y da un portazo.

—*Eskerrik asko* —dice Toni con una especie de *rigor mortis* en la

cara.

Segundos después oyen las carcajadas de Ander en el pasillo. Toni y la inspectora se miran y él señala la puerta con el pulgar.

—¿Has visto eso? ¿De dónde sale esta gente?

—Creo que nos han chuleado en nuestras narices —dice Nacho.

—¿Qué ha querido decir con eso de azul, verde o marrón? —pregunta Reches.

—De azul, verde o marrón, un cabrón es un cabrón —explica Nacho—. Es el estribillo de una canción de un grupo punk. Soy de barrio, ¿sabéis?

Ella mueve la cabeza.

—Vámonos antes de que haga algo de lo que pueda arrepentirme —dice echando a andar hacia el tramo de escaleras que sube a la última planta.

Las manchas y salpicaduras de sangre oscura continúan por los peldaños y las paredes hasta el rellano de la cuarta planta donde ocurrió la tragedia. La puerta del apartamento de Marlon continúa sellada con precintos de la policía y en el suelo hay sombras en círculo de color apagado, se extienden por una buena superficie dando testimonio de lo ocurrido. Los policías pasean la mirada por el suelo mientras Reches coge el pomo de la puerta y comprueba que continúa bien cerrada. No hay signos de allanamiento.

—Supongo que hemos acabado aquí.

Ríos y Montes prueban fortuna en el siguiente bar, un establecimiento de los de toda la vida que no ha pasado por la reconversión asiática y que no forma parte, por tanto, de la Ruta de la Seda. El propietario reúne en el comedor a todos los camareros y ellos les muestran las fotografías de Marlon y de Martín. Las respuestas son caras de póquer y los policías salen de allí sin pistas. Cuando doblan la esquina encuentran a uno de los cocineros sentado en el retranco de la puerta trasera fumando un cigarro. El hombre tiene unos cincuenta años, tez morena y dedos gruesos llenos de quemaduras, lleva unos pantalones de cuadritos azules, una camiseta negra de manga corta, delantal y la frente perlada de sudor del calor de los fogones. Mientras se aproximan, el hombre los observa de arriba abajo.

—¿Policías? —pregunta cuando están solo a unos pasos. Ríos y Montes se miran—. No se lo tomen a mal, pero es que apestan a pasmas a la legua.

—Necesitamos que mire unas fotografías —dice el subinspector metiéndose una mano en el bolsillo interior de la chaqueta.

—¿Son de tías en bolas? —El tipo se sonríe con retranca, como si hubiera explicado el chiste del año.

—Es usted un poco mayorcito para tanta tontería —le advierte Montes—. Siga así y acabará rápido con nuestra paciencia.

El hombre se pone en pie, alarga la mano y coge las fotografías.

—Solo necesito que me diga si reconoce a alguno de estos dos individuos —dice Ríos.

El cocinero les echa un vistazo, acto seguido desvía la mirada con aire distraído hacia alguna parte y lanza la colilla. El Oso ladea la cabeza mientras espera su respuesta. El sol cae a plomo sobre sus hombros y su sofoco va en aumento. Pasados unos segundos siente un espasmo en el ojo y empieza a mover una pierna con insistencia. Se pasa la mano por la cara y arruga los párpados.

—¿Nos está poniendo a prueba? Porque si es eso, le advierto que hasta ahora solo ha visto nuestra cara más amable. Le aseguro que tengo muy mal carácter y no le gustaría verme cabreado.

El otro le sostiene la mirada un instante.

—Creo que tengo visto a ese primero.

—¿Lo cree o está seguro?

—Estoy seguro, pasa de cuando en cuando por aquí delante, por aquí mismo —añade señalando el callejón—. Entiendan que ando metido en la cocina y no estoy siempre aquí.

—¿Sabe cómo se llama?

—No.

—Su nombre es Marlon. ¿Dónde dice que lo ha visto por última vez?

—Eso no se lo he dicho. ¿Hay alguna recompensa por la información? —Se frota el índice contra el pulgar en señal de demanda de dinero y esboza una ligera sonrisa que se estrella de frente con la mirada dura de Ríos. El subinspector piensa a veces que ya lo ha visto todo, pero luego se cruza con tipos como ese que le recuerdan que no es así. Arruga el ceño.

—Usted ve demasiada televisión. Lo único que obtendrá es un correctivo si nos oculta algo y obstaculiza una investigación policial. Hágase a la idea de que eso es lo único que va a sacar de esto. Eso, o mi agradecimiento si colabora, que es mejor que el gordo de Navidad.

El cocinero mira a Montes.

—¿Su compañero siempre es así?

—No lo ha visto enfadado, amigo.

—Último aviso —le advierte Ríos—, el cartero siempre llama dos veces, pero yo no.

—En la playa, está casi todas las tardes en la playa.

—Eso está mucho mejor, pero la playa es muy grande, hay mucha gente, mucha arena y mucho hijo de su madre suelto tomando el sol. ¿En qué lugar exacto?

El cocinero les explica que cuando acaba de servir los menús del mediodía y de limpiar la cocina, suele tomar una cerveza en un chiringuito que pone música chill out, el Octopussy. Marlon suele

estar cada tarde en la orilla, sentado en la arena mirando el mar como si esperara que surgiese algo o alguien. Es la comidilla de los camareros del chiringuito, porque no se va hasta que la playa se vacía y comienza a oscurecer. Solo tienen que ir hasta el Octopussy y trazar una línea recta hasta la orilla para encontrarle.

—¿Ha dicho que suele estar por las tardes? —Ríos observa su reloj.

—Sí, eso he dicho. Oigan, no se habrán molestado.

La mole observa unos segundos al hombre con los brazos en jarras.

—Ya está un poco crecidito para tantas gilipolleces, ¿no cree? Con su actitud solo puede tener disgustos, y grandes.

El teléfono vibra en el bolsillo de la inspectora Reches. Acaban de salir de la tercera escalera de la calle de la Sal y no tienen nada. Mientras sostiene el aparato contra la oreja con el hombro y escucha la voz del subinspector, da pasos en círculos. Toni y Nacho la observan con incertidumbre. Transcurren unos minutos.

—¿Hay algo? —le pregunta Toni cuando se guarda el teléfono.

—El subinspector tiene una pista, pero hasta la tarde no hay nada que hacer, así que, antes vamos a comer.

Nacho lo celebra frotándose las manos.

El encargado del Aragón los recibe en el vestíbulo del restaurante, conoce a Ríos desde hace dos décadas, lo saluda con un apretón de manos efusivo, sonrisas de oreja a oreja e inclinaciones de cintura. El subinspector presenta a sus acompañantes, a los que el encargado también estrecha sus manos y agasaja con exageración. Chasquea los dedos y acude un camarero servil y solícito que los conduce al piso superior, donde recorren un pasillo que salta diferentes niveles de altura y que atraviesa varios comedores con las paredes forradas de madera y el aire acondicionado a tope, hasta que llegan a un pequeño camarote privado donde pueden sacarse las prendas superiores sin que nadie se inquiete por las armas. Les traen el menú, pero Ríos sugiere dejarse aconsejar por el encargado, que aparece momentos después. Ensalada de cogollos de Tudela con espárragos trigueros y jamón ibérico de Guijuelo, de primero; cochinillo de Segovia, solomillos de ternera gallega y cabrito lechal de Burgos, de segundos. El Rioja corre por cuenta de la casa, y entre plato y plato, el encargado se acerca para preguntar qué tal va todo e indicar a los camareros que no falte de nada en aquella mesa. Mientras comen, Ríos y Montes los ponen al corriente. Creen que pueden encontrar a Marlon.

Alrededor de hora y media más tarde, cuando terminan con los postres, piden la cuenta y rechazan las copas de licor a las que suele invitar la casa. Reches mira el tique y enarca las cejas por la suma tan moderada, después observa a Ríos y él levanta las manos.

—Aquí no admiten discusiones.

En la calle hay más de diez grados de diferencia con el interior del restaurante y reciben un mazazo de calor nada más salir. Montes se coloca bajo el toldo, saca un paquete de tabaco y enciende un cigarro, la inspectora le pide uno.

—No sabía que fumabas —dice Montes mientras se lo enciende.

Ella expulsa una bocanada de humo profesional.

—Solo en ocasiones especiales, como después de una buena comida.

—¡No, joder! —Toni mira al otro lado de la calle con la mano en la frente a modo de visera—. No está el coche.

—¿Has puesto el cartel de *Servicio oficial*? —le pregunta Nacho.

Toni cierra los ojos y niega con la cabeza.

—Se me ha pasado.

—Acércate a mirar si está el triángulo de la grúa, no sea que alguien nos lo haya tomado prestado —dice Reches.

Toni echa a andar y cruza la calle con pasos largos y rápidos hasta el lugar donde estaba aparcado el vehículo. En el suelo está el triángulo de la grúa, los mira encogiendo los hombros desde la distancia. Mientras regresa, saca su teléfono y hace una llamada a la Central para que gestionen la salida del depósito sin abonar las tasas.

Acuerdan que Toni y Nacho esperen en el segundo vehículo. Si encuentran a Marlon van a necesitar transporte. Nada más arrancar, bajan las ventanillas y ponen el aire acondicionado al máximo, la carrocería se ha convertido en un horno. Cogen la calle Almirante Cervera hasta el final, doblan por el paseo marítimo rumbo hacia la playa y buscan un lugar guarecido del sol cerca del Octopussy.

Montes acompaña a los jefes, que optan por una ruta entre las callejuelas de la Barceloneta, estrechas y con más posibilidad de encontrar sombra que por las amplias avenidas. Diez minutos después están en el paseo marítimo, con el chiringuito a la vista. Las terrazas están llenas y por las aceras corren todo tipo de artefactos eléctricos conducidos por chalados sin contemplaciones. Un patinete está a punto de arrollarlos en el primer minuto.

Ríos se adelanta y es el primero en pisar la arena, cuando lleva recorridos unos metros se detiene, mira aquí y allá y se vuelve.

—¿Creéis que deberíamos descalzarnos y arremangarnos los pantalones?

Reches se observa sus zapatos llenos de polvo, después pasea la mirada a su alrededor. La playa está abarrotada de toallas, hamacas, sombrillas y gente indecisa que busca un rincón en la arena donde aparcar el culo. Todo el mundo va en bañador o con prendas ligeras, van a llamar demasiado la atención.

—¿Cómo corres descalzo? —le pregunta Reches al subinspector.

—Hace veinte años que no corro, y descalzo nunca he sentido la necesidad. ¿Y tú? —le pregunta a Montes.

—Creo que si nos sacan alguna foto deteniendo a Marlon con los pantalones arremangados y los zapatos y los calcetines en la mano, vamos a hacernos virales en las redes sociales y a convertirnos en el hazmerreír de la comisaría.

Reches asiente y prosiguen caminando hacia la orilla. Pasan junto a un grupo de jovenzuelas que toman el sol en *topless*. Montes las observa un segundo de más y después intercambia una mira con el subinspector.

—Las vistas pueden distraer.

—Ni me había fijado. —Ríos prosigue hacia la orilla sin desviarse un milímetro de su ruta.

Marlon está a unos metros del agua sentado sobre su camiseta arrugada, con las zapatillas deportivas a un lado, los tejanos sucios arremangados y los brazos alrededor de las rodillas, hecho un ovillo. Tienen que mirarlo dos veces para reconocerlo. El ligón no parece el mismo con su barba crecida y descuidada, con su aspecto desaliñado y demacrado, además lleva una tirita en la nariz y un ojo cárdeno. El mundo le ha pasado por encima. Ríos se detiene delante de él tapándole las vistas del mar. Marlon levanta la cabeza, se lleva la mano a la frente y observa al gigante de mirada dura. Después descubre las sombras de Reches y de Montes.

—Llega la caballería —dice el Oso.

—¿Cómo me han encontrado?

—Siguiendo las migas de pan. Ahora levántate, vamos a dar un paseo.

El ligón compone una sonrisa fácil y sacude la cabeza.

—Marlon —dice Reches—, estás detenido. Vas a venir con nosotros sí o sí, y sin espectáculos. Mira a tu alrededor, hay familias y niños, así que nada de jaleos.

Él la observa sin quitarse la mano de la frente.

—¿Es usted la que manda? —la inspectora asiente—. No puedo irme.

Reches y Ríos se miran.

—¿Eso a qué es debido? —El Oso tuerce la boca mientras lo observa.

—Lo he perdido. —Marlon señala con el mentón las olas que rompen en la orilla.

—¿Qué has perdido, el broche? —pregunta la inspectora.

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hace un par de días.

—¿Dónde está Martín? —Ríos echa un vistazo a su alrededor

como si el legionario fuera a surgir de un hoyo en la arena.

—No lo sé, nos peleamos por culpa de ese puto broche y se fue.

La inspectora intercambia una mirada con los policías y asiente. Ríos y Montes cogen a Marlon por las axilas y lo levantan.

—Vamos, campeón, deja que a partir de ahora se encargue de esto la Ley —dice el subinspector mientras lo empuja para que camine ante la mirada atónita de los bañistas.

La inspectora saca su teléfono y se lo pega a la oreja.

—Toni.

—Os veo, vamos para allá —responde él de inmediato.

37
LOS LEONES

El Maddox está lleno de hooligans gritones y alterados que llevan camisetas de futbol de diferentes equipos. Va a empezar la final de la Liga de Campeones entre el Real Madrid y el Atlético y todo el mundo está absorto en los monitores de televisión que llenan las paredes. Al fondo, en la pista, suena Boney M y las luces parpadean si cesar. El camarero se abre paso entre la gente apartándolos a empujones y codazos, hasta un rincón en penumbra, y reparte sobre la mesa las cuatro pintas de Guinness. Cuando se marcha, el cerebro de los Leones levanta la suya y brinda.

—Por Rómulo.

—Por Rómulo —corean Berni, Eddie y Buj.

—Por ese cabrón, un hijoputa donde los haya.

Los vasos largos chocan y Sandokán separa los labios para decir algo más, pero el árbitro pita el inicio del partido y el lugar comienza a cargarse de silbidos, gritos y más y más ruido. Barre con mirada torva a izquierda y derecha para asegurarse de que todo el mundo está a lo suyo o metido en el encuentro.

—Me ha llegado que el pasma que le disparó pide tierra a voces.

—Que reviente o lo reventamos nosotros —dice Eddie con un tono que no deja lugar a dudas.

—Si sobrevive, le daremos su merecido. —Sandokán tamborilea con las uñas sobre la mesa unos segundos, después mira a Berni—. Adelante, cuéntaselo a ellos.

Berni está concentrado en el goteo de su cerveza sobre el posavasos, levanta la mirada con el ceño fruncido y modera la voz.

—Mi contacto dice que la Guardia Civil va a caer sobre Borko, que la operación es inminente. Por lo que se ve, han venido agentes de unidades especiales de Madrid.

—Así que otros van a hacer el trabajo por nosotros —añade el

mandamás.

—¿Por qué vienen unidades de Madrid? —quiere saber Buj.

—Porque ese broche que tenía Eric formaba parte de un botín que Lester y Borko robaron a un tío de negocios muy importante. Y Borko planea vender una colección de cuadros muy valiosos de Francis Bacon. ¿Os suena el nombre?

—A mí me suena a pasta gansa —dice Eddie.

Sandokán frota su barba espesa mientras echa un vistazo al ambiente, luego los observa uno a uno con mirada penetrante.

—Lástima que los picoletos no nos lo dejen a nosotros para hacerlo picadillo. ¿Habéis tomado precauciones para venir? ¿Os habéis asegurado de que no llevabais rabo?

Berni, Buj y Eddie asienten.

—La operación para detener a Borko no va a ser en Barcelona, así que por esa parte podemos estar tranquilos —dice Berni para sosegar los ánimos.

—Mejor —añade Buj.

El cerebro de los Leones los mira con ojos duros y sacude la cabeza.

—Tranquilo por la parte de mis cojones. ¿Creéis que la pasma no sabrá ya qué hacía Rómulo en la calle de la Sal? Estoy seguro de que de una forma u otra todo esto nos va a salpicar. —Sorbe un trago de cerveza y vuelve a clavar sus ojos oscuros en Berni—. ¿Tu contacto no te ha dicho nada sobre nosotros? ¿No estamos en boca de nadie?

Berni niega con la cabeza y Eddie toma la palabra.

—Tienes razón —dice mirando fijamente a Sandokán—. Los picoletos no van a venir desde Madrid a pasar unos días de vacaciones, apuesto a que lo tienen todo atado y bien atado. Es posible que no solo tengan a Borko en el punto de mira.

El CEO de los Leones clava su mirada en Berni.

—¿Confías en ese poli?

—Hasta ahora no nos ha fallado.

—Esperaba un sí rotundo y definitivo que no he oído. Bien, la cosa está demasiado caliente y estoy seguro de que ahora mismo estarán investigando las últimas llamadas que hizo el bueno de Rómulo. Después soltarán los perros y empezará la caza. ¿Os habéis deshecho de los teléfonos?

De pronto, la gente empieza a gritar y Sandokán mira entre las cabezas y los hombros que se apiñan ante la pantalla de televisión más próxima. Penalti a favor del Atlético de Madrid, el rumor ambiente aumenta hasta que el escándalo es insoportable. Sandokán espera hasta que lo lanzan y cesa de forma gradual el jaleo, luego levanta el vaso y brinda otra vez por Rómulo, un colchonero acérrimo.

—Marlon continúa teniendo el broche —dice Buj—. Si nos

hacemos con él, podríamos negociar con ese tío. Seguro que rascamos una buena pasta.

El líder de los Leones niega con la cabeza.

—Eso es complicado, ni la pasma sabe dónde está Marlon ahora mismo —explica Berni—. Hemos tirado nuestra única oportunidad a la basura.

Sandokán toma la palabra muy despacio y con voz calma. Las miradas se centran en el mandamás de los Leones esperando que su tablero cerebral proyecte una de sus fabulosas ideas.

—Esto es lo que vamos a hacer: vamos a desaparecer una temporada de la ciudad mientras la Guardia Civil cierra esa operación y todo se calma. Esconded las monturas y guardad los chalecos, luego buscad una piedra y meteos debajo. Corred la voz. Cuando las aguas vuelvan a su cauce, veremos qué hacemos entonces. Ahora toca improvisar sobre la marcha —dice paseando la mirada entorno—. Y nada de usar los teléfonos, recordadlo bien. El teléfono es un billete a la cárcel.

Un murmullo creciente de peligro recorre el ambiente y Sandokán vuelve a mirar la pantalla. Pelota al larguero lanzada por un jugador del Real Madrid, el rebote lo caza un delantero merengue, remata y lo rechaza el portero.

—¿Cómo nos comunicaremos? —quiere saber Eddie.

Sandokán se echa sobre la mesa y baja un poco más la voz. Utilizarán un método propio de la Yihad. Berni ha creado una cuenta de correo electrónico ficticia con un borrador de mensaje. Todos y cada uno memorizarán el nombre de usuario y la contraseña y utilizarán esa cuenta para ponerse al día. El mensaje nunca se enviará, de esa forma el borrador de correo quedará alojado en el servidor de forma permanente y no viajará por la red. Tampoco utilizarán nombres ni motes, ni describirán lugares. A continuación reparte nuevos apodos, serán colores.

—¿Como en *Reservoir dogs*? —se sonríe Buj—. Pues yo no quiero ser el señor rosa.

Sandokán corta su sonrisa con una mirada dura y designa con números tres lugares estratégicos para un supuesto encuentro: tres centros comerciales concurridos de las afueras de la ciudad y con vías de comunicación rápidas en Cornellá, Barberà del Vallés y Viladecans.

—Eres el puto James Bond.

—Más quisiera ese playboy. —Sandokán vuelve a mirar a izquierda y derecha, mil ojos son pocos en la situación que se encuentran ahora mismo—. Solo en caso de que suceda algo muy grave está permitido utilizar el teléfono, meteos eso bien adentro de vuestras cabezotas. Una llamada y corta, nunca más de treinta segundos. Y por el tema de los repetidores, alejaos unos kilómetros de

vuestro refugio. Recordad deshaceos del teléfono y de la tarjeta, una cosa aparte de la otra. —Sandokán mira a Berni—. Quiero que sigas en contacto con ese poli y que me tengas informado. No te despegues de él hasta que le saques algo sobre nosotros.

—Seré su sombra.

—Mejor su banco. Ofrécele más pasta y amenázalo con cerrar el grifo si nos falla. Que le quede bien claro que, si caemos, vendrá al pozo con nosotros.

—Dalo por hecho.

Sandokán levanta la mirada, barre las cabezas por encima, los monitores, los taburetes de la barra, la pista de luces parpadeantes y otra vez la barra. Frunce el ceño.

—Creo que estoy empezando a tener paranoias.

—¿Qué ocurre? —Berni también mira aquí y allá buscando algo que no encaje.

—Echad un vistazo con discreción. ¿Son imaginaciones mías, o vosotros también veis gente demasiado abrigada para el calor que hace aquí dentro?

Muy despacio, Berni vuelve la cabeza y mira por encima de su hombro.

—¿Pasmas?

—¿Qué, sino?

Buj y Eddie se miran, no necesitan ninguna información más para confirmar el mal augurio de Sandokán.

—Preparaos, tenemos que largarnos de aquí y para eso vamos a tener que armar un poco de jaleo. —El mandamás de los Leones baja los ojos y mira su copa de cerveza—. Eddie, tú te quedas conmigo. Berni, tú y Buj id a la barra, mezclaos entre la gente y a mi señal comenzáis a repartir saludos. La puerta principal estará asegurada, así que nuestro objetivo es alcanzar la salida de emergencias trasera. Suerte.

El cerebro de los Leones los observa mientras se acercan al mostrador, después busca al camarero y alza una mano. Un momento más tarde lo tiene delante, un tipo malcarado y de mirada perdonavidas.

—Esta mesa está hecha un asco, límpiala —espeta Sandokán.

El camarero la repasa con la mirada. Cuando un segundo después mira al jefe de los moteros con las cejas enarcadas, se encuentra con un enorme puño en la cara. Cae como un peso muerto sobre una pareja que pasa cogida de la mano. Sandokán barre la mesa de un manotazo, la vuelca de una patada y se levanta con los puños por delante. Es la señal para que comience la juerga. Eddie es aficionado a las artes marciales y las broncas le molan de entrenamiento, así que desde el minuto uno comienza a sacudir a diestro y siniestro como una

máquina, rompiendo caras y rodillas. En la barra, Berni y Buj comienzan a lanzar vasos y botellas y a abrir cabezas con el canto de las bandejas de acero. Cada puñetazo de Sandokán es un KO, una mandíbula rota o un hígado deshecho. En segundos se llena el suelo de cristales rotos y de sangre y hay un puñado de tíos arrastrándose con fracturas y heridas abiertas. Una bronca legendaria. Empujones, gritos, insultos, intercambios de golpes. Nadie sabe quién es el enemigo ni lo que ocurre. Entremedias, en el partido meten gol. Los hooligans, que continúan con la mirada pegada a los monitores y ajenos a la bronca, corean gol del Real Madrid entre abrazos mientras la mitad de la gente intenta ganar la calle y se enzarza con el primero que se interpone en su camino. Una silla pasa a centímetros de la cabeza de Sandokán y eso lo paga la primera nariz bigotuda que encuentra delante.

De pronto cesa la música, se apagan los monitores y se encienden las luces. Comienza a aparecer gente con chalecos oscuros con la insignia de los GEO en el pecho y de la policía en la espalda. Sandokán y Eddie se miran, tienen que llegar a la salida como sea. Paso a paso, puñetazo a puñetazo, avanzan por un pasillo angosto y plagado de brazos y piernas en dirección hacia la luz que identifica la salida de emergencia. El mandamás de los Leones alza un momento la mirada buscando a Berni y a Buj. ¿Dónde coño están? Detrás de la barra hay un tipo peinado con pulcritud y bien rasurado que lo observa con mirada fija, diríase que hasta sonriente. Lo reconoce, es el inspector Carrillo. Sandokán detecta también el tumulto y entonces los ve. Berni y Buj están bajo una melé de bíceps musculosos y chalecos de la policía. El Maddox se ha convertido en una ratonera. Hay que salir de allí como sea.

Vislumbran la luz de la salida a tan solo unos metros, un esfuerzo más y respirarán el aire limpio de la calle. Sandokán empieza a abrirse paso como si fuera un rompehielos a plena máquina, derribando a todo aquel que se interpone delante, pisoteando sin contemplación a la gente que yace en el suelo. Finalmente la alcanza, empuja con la punta de los dedos la barra de seguridad y la puerta se abre de golpe. Media docena de geos musculosos y armados hasta los dientes cae sobre ellos. El mandamás de los Leones patea en la entrepierna al primero y suelta los puños, pero aquella gente está muy en forma y preparada, son jóvenes y se pasan el día en el gimnasio practicando artes marciales y táctica en pistas de entrenamiento. Hay un intercambio duro de golpes. Eddie cae el primero y segundos después está con la barriga pegada al suelo, con las rodillas de varios polis clavadas en la espalda y los muslos. Sandokán no es presa fácil, es grande y fuerte, capaz de bregar con tres policías a la vez. Suelta un par de derechazos demoledores, un gancho de izquierda y un nuevo

derechazo, tumba a dos y sigue forcejeando con el tercero. Un rodillazo en los testículos, lo dobla y consigue arrebatarle el arma. Cuando levanta el brazo, con el dedo preparado para accionar el disparador, la cortina que hay a un lado de la salida de emergencias se mueve, y de entre las sombras emerge una mole gigantesca y sólida, con una arruga profunda y vertical en mitad de la frente y ojos inyectados. El Oso coge a Sandokán por la muñeca, se la retuerce y el arma se desprende de su mano. El CEO de los Leones lo intenta lanzando su izquierda, pero el Oso ya lo ha visto en acción y conoce su uno-dos. Aparta unos centímetros la cabeza, detiene su puño en el aire y comienzan el forcejeo, pecho contra pecho, con el aliento de uno en la cara del otro, con los ojos desorbitados. Sandokán es más joven que Roberto Ríos, pero el Oso tiene más huevos. Con la sangre acumulada en el rostro y un ataque de espasmos en un ojo, el policía aguanta. El forcejeo dura un intenso e inacabable minuto; Sandokán le araña la cara y hunde sus pulgares en las encías de Ríos, pero el Oso arranca un trozo de carne de su mano con los dientes y le da un cabezazo en plena frente. Continúan forcejeando, agarrándose los brazos, resoplando, hasta que suena un chasquido seco y sordo. ¡Cronc! Una pierna de Sandokán se dobla de forma innatural, se tambalea un instante y se desploma con un suspiro ronco. Detrás de él aparece Carrillo sosteniendo una barra de hierro.

—¿Por qué has tardado tanto? —le recrimina sin aliento el Oso, sangrando por la boca.

—Lo que he tardado en encontrar esto. —Carrillo sopesa la barra en ambas manos—. De todas formas, lo estabas haciendo muy bien.

Pero Sandokán no pierde el tiempo y comienza a buscar la pistola en el suelo sucio y oscuro palpando ávidamente con las manos. El Oso lo observa y en cuanto toca la automática le pisa los dedos. El cerebro de los Leones levanta la cabeza.

—¿Tú quién cojones eres?

—Tu peor pesadilla. —Ríos esboza una sonrisa torcida mientras Carrillo saca los grilletes—. Se acabó la épica y comienza la lírica. Voy a encargarme de que vivas un infierno.

—No vas a enseñarme ningún infierno que no conozca. ¡Idiota! —Mira a uno y a otro—. ¿Cómo habéis dado conmigo?

—Siguiendo el rastro de tus cagadas. —Carrillo mastica las palabras dentro de su oído, con una rodilla hincada en el suelo mientras engrilleta sus manos a la espalda.

La inspectora Reches y Roberto Ríos entran en el despacho de Lombardo. Las últimas veinticuatro horas han sido un éxito consumado con la detención de Marlon y la cúpula de los Leones, y confían en encontrar al comisario exultante, como un caballero ungido sobre su corcel blanco y recibir una charla estimulante. Un baño de miel como suele hacer cuando las cosas marchan bien. Pero lejos de eso, encuentran a Lombardo junto a la ventana, observando la calle con mirada fija y reflexiva, inmóvil como una estatua de piedra caliza.

Reches y Ríos se miran.

—¿Solo estamos nosotros? —pregunta ella.

—Sí, sentaos —murmura el comisario sin volverse.

—¿No van a venir Llorca ni Carrillo, jefe?

—No.

Lombardo otea el horizonte despejado. Los noticiarios anuncian la llegada de chubascos, pero en el cielo no se vislumbra ninguna nubecilla. De pronto se vuelve.

—¿Cómo va el interrogatorio de Marlon?

—Está hablando por los codos —dice Ríos—, pero el famoso broche ha desaparecido. Según él, lo ha perdido en la playa.

—¿Le creéis?

—No sabría qué decirle.

—Está bien, ¿algo más? —pregunta mirando a la inspectora.

—Ha confirmado su relación con Quílez y su participación en el robo del Land Cruiser que utilizaron Jota y él en el atraco, pero niega todo lo demás. Toni y Nacho le están tomando declaración ahora mismo. Por su parte, Martín Verdugo, ese tal Capitán, ha desaparecido.

—Emitid una orden de búsqueda contra él. —Lombardo se sienta —. Sandokán y sus compinches no han dicho nada, pero tenemos pruebas suficientes para que echen la siesta una temporada larga.

—¿Sabemos algo de las armas que utilizaron para asesinar a Lester y a sus gorilas? —le pregunta Ríos.

—Nada, Carrillo tiene a su gente buscándolas. —Lombardo se pasa las manos por la cara, hace una pausa de unos segundos, llena los pulmones y alterna su mirada de cercos oscuros y profundos de Reches a Ríos—. No os habéis enterado, ¿verdad? No, me doy cuenta de que no.

La inspectora y el subinspector vuelven a mirarse ante el proceder tan inexplicable del comisario.

—Enterarnos ¿de qué? —dice ella.

Lombardo saca un blíster de ibuprofeno de un cajón, se traga uno a palo seco y parpadea repetidamente, muy despacio.

—¿Qué ocurre, comisario? —le pregunta Ríos preocupado.

—Esta pasada madrugada el inspector Llorca se ha subido a su

cochazo después de haber ingerido una cantidad importante de alcohol, ha conducido hasta la carretera de la costa del Garraf y se ha despeñado en una curva. Ha muerto en el acto. Lo siento Roberto, sé que Santiago y tú teníais muy buena relación.

La mandíbula del subinspector Ríos cae unos centímetros y sus labios se separan con una mueca de incomprensión.

—¿Lo dice en serio?

El comisario asiente con la cabeza, con ojos acuosos.

—Muy en serio.

—Pero eso es absurdo —dice Reches con rabia—. No recuerdo haberle visto beber nunca, ni tan siquiera tomarse un sorbo de cerveza. Me resulta imposible creer eso.

—Yolanda, nunca lo habías visto beber porque era un alcohólico rehabilitado —dice con sumo pesar el comisario—. Aunque aún no sabemos si ha sido un accidente o un suicidio.

La inspectora mueve la cabeza y abre los ojos un poco más.

—No le entiendo, ¿qué quiere decir con eso?

—Un equipo compuesto por hombres de Asuntos Internos y de los GEO, a las órdenes del inspector Vargas, ha entrado en su casa con una orden de detención y registro, pero no estaba. Supongo que de alguna forma se enteró y decidió huir.

—Perdone, comisario —dice Reches atónita—. Detenerlo ¿por qué motivo?

—Sí, ¿de qué demonios iba a querer huir Llorca, comisario? —Ríos tiene la frente plagada de surcos y el rostro en completa tensión.

Alrededor de un año atrás, efectivos de la Brigada Central contra la Trata de Seres Humanos y Unidades contra las Redes de Inmigración y Falsedad Documental, efectuaron una serie de incursiones en clubs de alterne de Barcelona y encontraron una relación de pasaportes y de NIE sospechosos. Esos documentos formaban parte de una remesa enviada a la comisaría de la Gran Via. La investigación reveló que se habían extraviado diversas partidas de documentos que nadie había reclamado ni echado en falta. Ante la sospecha de que en Barcelona hubiera una red de policías corruptos implicados en mafias de prostitución, los jefazos decidieron llevar la investigación desde Madrid. Vargas y un equipo de Asuntos Internos de la capital se hicieron cargo del asunto y enseguida fijaron la diana en un oficial de policía a cargo del archivo y expedición de documentos de la comisaría de la Gran Via de apellido Manchón, un agente que por casualidad es cuñado de Llorca. El pinchazo de su teléfono destapó que aparte de la relación familiar, al inspector y a él les unían otros intereses. Instalaron cámaras en la comisaría y descubrieron que Llorca intentaba desviar la investigación implicando a otros policías plantando pruebas falsas.

Reches y el subinspector intercambian una mirada. Ríos no puede evitar pensar que alguien ha estado husmeando en sus cosas. Pero Llorca no, él no. No puede ser. En su relación había algo más que lazos profesionales y cree esas sospechas improbables. Una náusea profunda sacude su garganta, la sola idea le asquea. La inspectora lo mira con desolación.

—¿Por qué iba a meterse Llorca en un asunto así? —dice Ríos con tono de rabia más que de interrogación.

—Deudas, Roberto. Estaba arruinado, con la soga al cuello.

Reches eleva el ceño, porque la cosa, cuanto menos resulta chocante. El porte del inspector era siempre impecable: vestía ropa y zapatos caros; llevaba un llamativo Rolex en su muñeca; cambiaba de iPhone cada vez que salía un modelo nuevo y siempre luciendo su iPad bajo el brazo.

Y su flamante Mustang.

—Me resulta inconcebible —dice ella negando con la cabeza.

—Yolanda —señala Lombardo—, con sumo pesar he oído grabaciones, he visto videos y he tenido los informes de Asuntos Internos en mis manos. Hace dos años, Llorca tenía una hipoteca que ni él ni ninguno de nosotros podríamos pagar, retrasos en las cuotas de la financiera del coche, el saldo de las cuentas a cero y un largo etcétera de desavenencias económicas. Cada vez que le ingresaban la nómina y cobraban los acreedores, se quedaba sin blanca. Pero en un momento determinado, de la noche a la mañana, todos esos problemas comenzaron a solucionarse. En la caja fuerte de su casa había una cantidad importante de dinero en metálico, pasaportes y carnés de identidad en blanco. Hemos de asumir que Llorca tenía una doble vida desconocida para nosotros.

—Pero la cortina ha caído —maldice Ríos.

Lombardo asiente con pesar.

—Uno cree que conoce bien a alguien y de pronto descubre que no. Esa naturaleza tan extraña de las personas… —murmura Reches —. ¿Cómo llegó a esa situación económica?

El comisario comienza a repasar acontecimientos.

—Especulaba en bolsa, hizo pésimas inversiones. Por lo que se ve compraba y vendía acciones de empresas tecnológicas en tiempo real, valores muy volátiles. Quizá por eso no se separaba nunca de ese dichoso iPad. Pero su versión nunca la sabremos —añade con decepción. Aguarda un momento antes de proseguir—. El caso es que, a pesar de sus nefastos experimentos económicos, nunca dejó de probar suerte en la bolsa; supongo que todo jugador espera siempre una buena racha para recuperarse. De hecho, sabemos que en su reciente estancia en Las Vegas ha visitado casino tras casino y ha perdido sumas considerables de dinero. Ha arrastrado a la ruina

económica a sus dos hermanas, a sus suegros y a algunos familiares más que confiaban en él. Y eso que sepamos de momento. Manchón se ha justificado alegando que estaba entre la espada y la pared, que su mujer le presionaba para que ayudara a su hermano.

—La bolsa es una feria cochina, si me permite decirlo, comisario —dice Ríos.

—Suscribo esas palabras una a una —responde Lombardo.

—Por lo que entiendo de todo esto —recapitula Reches—, Manchón le pasaba documentos a Llorca que este vendía luego en el mercado negro.

El comisario asiente con una mueca.

—A mafias. Hacía negocios con Lester y con Borko Clamparu. Pero el reguero de Llorca no termina ahí, también vendía información. De hecho, la operación contra los Leones se ha llevado a cabo gracias al pinchazo de su teléfono. He oído una grabación en la que concertaba un encuentro con un miembro destacado de esa banda, un tal Berni. Y hablaban de dinero. Los hombres de Vargas grabaron la cita en video y después siguieron a Berni, así es como pudieron dar con el lugar de encuentro donde fueron detenidos.

La inspectora apoya los codos en la mesa, se lleva las manos a la cara y suspira. Siguen unos instantes de silencio que rompe Ríos.

—Entonces, ¿puede que ese accidente no sea tal accidente?

—No puedo decirlo con total seguridad, no aún. Pero las desgracias causadas por la mano de Llorca no terminan ahí. Esta medianoche se ha incendiado una nave en un polígono industrial del Bon Pastor y ha ardido hasta los cimientos, afectando a otras naves. ¿Os habéis enterado de eso?

—He oído algo esta mañana en la radio —dice Reches—. ¿Hay víctimas?

—No, pero los bomberos han encontrado residuos de acelerantes, gasolina, para ser más concretos. Carrillo está allí, he hablado con él hace un rato y dice que tiene pruebas de que Llorca también está detrás de ese incendio. Cree que era un escondrijo abandonado de Borko Clamparu.

—¿Pruebas? —inquiere Ríos muy molesto—. ¿Qué clase de pruebas cree que tiene Carrillo?

—Una grabación de audio de su teléfono y una filmación de una cámara de seguridad. Llorca tenía que verse con Borko para venderle unos documentos. Salió de casa burlando la vigilancia de los hombres de Vargas y una cámara de seguridad lo ha grabado entrando en ese polígono con su vehículo. —Alterna su mirada de Reches a Ríos y mueve la cabeza—. Tenía programada una rueda de prensa esta tarde para anunciar la detención de los Leones y de Marlon. ¿Qué voy a decir ahora?

—Diga lo que sea, improvise cualquier cosa sobre la marcha —dice Ríos. El comisario lo mira estupefacto, levanta las cejas muy despacio y abre la boca—. Se le da bien, comisario. Solo era un cumplido.

Reches se vuelve hacia él sobre su silla y lo observa con asombro: el Oso nunca deja de sorprenderla.

39
EVARISTO CONRADO

Conrado abre un ojo, alguien aporrea la puerta con insistencia. Alarga la mano y busca a tientas el interruptor de la luz, después se frota los ojos con los puños, parpadea media docena de veces y tiene que esforzarse para descubrir la hora en su reloj de pulsera. Las cinco de la mañana. Enseguida piensa en el cabrón de Carbonell detrás de la puerta con su risita incordiante.

Se levanta en ropa interior y calcetines, pegajoso a pesar de haber pasado la noche con la ventana abierta. Tiene los ojos enrojecidos por la falta de sueño y se nota la lengua áspera y un fuerte aliento. Los golpes en la puerta persisten.

—Eres una pesadilla —gruñe mientras gira la maneta.

—Lo sé —dictamina el comandante Enjamio entrando por las buenas con dos pasos enérgicos y soltando un maletín sobre la cama deshecha—. ¡Diana, Risto! ¡Tocan diana! ¡Así que arriba!

Conrado se pasa las manos por la cara, acostumbrado a verlo con todo el boato de su cargo, le cuesta creer que el comandante esté allí en tejanos, deportivas y una cazadora negra de cuero. Enjamio observa su cara de pasmo.

—No soy ninguna aparición, Risto. Estoy aquí en carne y hueso. —El comandante se toma su tiempo para echar un vistazo a la habitación, después frunce los labios—. ¿A quién has cabreado?

—No reservé con la suficiente antelación, comandante. Por lo que se ve, en esta época del año hay mucha demanda.

Enjamio se vuelve hacia él y lo mira de arriba abajo.

—Estás hecho una birria. ¿No te tratan bien? ¿Tienes alguna queja?

El detective niega con la cabeza.

—Todo perfecto, es como estar en casa otra vez.

—Mejor, porque hoy va a ser un día decisivo y te necesito en forma.

—En cuanto tome un café y una ducha estaré al cien por cien. ¿Qué lleva ahí, comandante? —Conrado suelta un bostezo señalando el maletín.

—Billetes de cien, doscientos y quinientos. Marcados y registrados. El Banco de España ha autorizado una partida de un millón y medio de euros para esta operación. —Conrado da un silbido y el comandante consulta su reloj—. En treinta minutos reunión, así que vete adecentando a la voz de ya.

—¿Qué hace aquí, comandante?

—¿A ti qué se te ocurre?

—¿Va a dirigir la operación?

Enjamio lo mira con suficiencia.

—¿Para qué crees que he hecho un viaje de dos horas y cincuenta y tres minutos en AVE?

A continuación, le pone al corriente del contingente de la UCO y le da unas pinceladas del plan en el que él tendrá un papel testimonial.

—Sabe cómo joderme, comandante.

—Risto, ¿tengo que recordarte que ahora eres un simple mortal y que no puedes estar en la línea de fuego? Y cuida esa boca.

El detective se lleva la punta de los dedos a la sien con desgana.

—A sus órdenes, comandante.

El Sun Tower de Sitges es un cinco estrellas situado en una ubicación privilegiada y con magníficas vistas al mar. Domina el puerto deportivo y tiene a un tiro de piedra las tranquilas aguas de las playas de la Marina y Aiguadolç. Cuenta con fantásticas terrazas escalonadas sobre las que predomina el sol y con un servicio extraordinario y pomposo; el lugar adecuado para que Borko Clamparu, con inclinación a frecuentar lugares de lujo, muerda el anzuelo.

Conrado entra en la amplia y fastuosa suite donde va a llevarse a cabo la operación, profiere un taco cuando ve a Félix Montoro acicalado de arriba abajo con un traje de buena factura, corbata de seda y unos zapatos de trescientos euros para arriba relucientes como espejos. Aunque el disfraz no le salva de los nervios ni de sudar como un descosido.

—¿Duda de si va a recibir el «sí, quiero»?

Montoro lo fulmina con la mirada.

—Es un matrimonio concertado, a mí no se me ha pedido opinión.

El detective levanta las manos en el momento que la brigada asoma la cabeza por la puerta del baño y lo mira.

—No es buen momento para bromas.

—Está como un flan, mírale —responde él señalando a Montoro con una sonrisa rutilante—. Solo quería animarle un poco.

—Curiosas tus formas de dar ánimos. Pon la tele si te aburres.

Conrado se acerca hasta el baño, la encuentra dándose los últimos

retoques de maquillaje. Lleva un vestido largo rosa pálido con mucho encaje en el cuello y en las mangas, una chaquetilla sobre los hombros y pulseras de oro en ambas muñecas. También ha pasado por la peluquería y se ha hecho uno de esos peinados anticuados y rococós de los ochenta.

—¿Has sacado la pinta de alguna revista del corazón atrasada?

—Afina un poco más el ingenio, esta mañana tienes un humor pésimo.

—Será porque nada más abrir los ojos he visto al Yeti.

La brigada suelta una carcajada mientras lo observa a través del espejo y se aplica tono en las mejillas con una brocha.

—¿Te refieres a Enjamio?

—Sí, pobre Yeti.

Ella se vuelve esgrimiendo la brocha en alto.

—Me estás entreteniendo, lárgate ahora mismo o te transformo en un travesti de pacotilla.

La puerta que comunica con la habitación contigua se abre y un teniente de la UCO asoma medio cuerpo. Lleva chaleco antibalas, botas negras, auriculares encajados en los oídos y un arma en una funda exterior. A sus espaldas hay también gente armada con auriculares en los oídos y media docena de monitores de televisión de pantalla plana. Y el comandante Enjamio, con el teléfono pegado a la oreja, que en ese instante se vuelve y clava la mirada en ellos.

—Brigada, acaban de salir de la autopista —anuncia el teniente —. Calculamos que en quince minutos pueden estar aquí.

—Gracias, teniente. —La guardiacivil echa a Conrado del baño con dos empujones y termina de darse los últimos retoques.

Minutos después sale y se acomoda en una esquina de la cama, frente a un Montoro cabizbajo. Conrado está detrás de él con los brazos cruzados sobre el pecho. La brigada y el detective se miran, él sacude la cabeza con expresión nefasta.

—¿Cómo se siente?

—Hecho una mierda —farfulla Montoro.

—Escúcheme bien, solo vamos a cerrar un trato —el tono que utiliza la brigada intenta ser didáctico y tranquilizador, como si fuera una profesional de la enseñanza—, así que actúe con naturalidad. Hable solo cuando se le pregunte, diga lo imprescindible y piense antes de abrir la boca. Lo tiene todo bajo control y no se juega nada. Transmita confianza.

—No soporto este calor, mire. —Montoro se pone en pie, se abre la chaqueta y le muestra sus axilas húmedas. Ella mueve la cabeza mientras lo observa.

—Quítesela.

El galerista obedece, después se afloja el nudo de la corbata y con

un dedo se rebaña el cuello de la camisa, también con sombras de transpiración.

—Si se pone a sudar como un pollo, sospecharán y lo echará todo a perder. ¿Lo entiende? —avisa Conrado.

Montoro se vuelve hacia él.

—Sí, he visto esas secuencias en las películas. La antesala del tiroteo.

—Pues esto no es ninguna película, aquí las balas son de verdad.

La brigada se levanta, coge el mando del acondicionador de aire, pone la ventilación al máximo y clava la mirada en los ojos de Montoro, con fijeza.

—¿Quién se supone que soy yo?

—Purificación Fernández, una experta en obras de arte que representa a un importante empresario catalán de la construcción interesado en comprar esos cuadros.

—¿Quién es ese empresario?

—No puedo decir su nombre bajo ningún concepto.

—¿De qué le conoce?

—Es un viejo cliente de confianza.

—Y el señor Conrado ¿quién es?

—Su guardaespaldas, ha venido con usted.

—¡Bravo! —exclama Conrado con un corto aplauso que cesa en cuanto ella le mira.

—¿Cómo llegó a conocimiento de ese empresario la existencia de los cuadros?

—Le puse al corriente yo mismo y él se mostró interesado. Me explicó que tenía una importante cantidad de dinero negro que lavar. Le cité en mi galería y allí lo negociamos todo.

—¿Cuándo se vieron?

—Hace tres días.

—¿Quién más está al corriente de este encuentro?

—Nadie.

—Bien, procure ser parco en palabras, el resto déjenoslo a nosotros.

—Sí, no abra el pico más de lo necesario o la cagará —dice Conrado. La brigada le dirige una mirada dura y breve—. ¿Qué?

—Recuerde que si la cosa se pone fea se abrirá esa puerta que comunica con la habitación contigua y un ejército de gente armada hasta los dientes entrará en tromba. Si sucede eso, échese enseguida al suelo y cúbrase la cabeza con las manos.

Montoro cabecea.

—Lo dice en serio, ¿verdad? ¿Cómo sabrán cuándo tienen que entrar?

—Porque esto está lleno de cámaras y micrófonos. —La brigada

mira la hora en su reloj y señala el baño—. Ahora entre ahí y refrésquese la cara.

Un Audi Q7 negro y un BMW X6 cupé dejan atrás la C-32 y toman el paseo de la Tramuntana en dirección al corazón de Sitges. Van rápidos, directos al objetivo como dos rayos. La operación será un intercambio, algo quirúrgico. Y a poner pies en polvorosa. Borko Clamparu conduce el segundo vehículo. Bogdan Stelea viaja en el asiento del acompañante del coche piloto, al volante va un hombre de aspecto sereno, pero de mirada acerada y malcarado al que llaman Câine —Perro—. Es un sicario. Desde que se han incorporado a la autopista, un dispositivo de la Guardia Civil los ha detectado y un conjunto de diez vehículos sin distintivos los ha seguido sin levantar la más mínima sospecha. En el trayecto no han realizado ninguna maniobra extraña de disuasión o despiste, lo que los investigadores interpretan como confianza suprema. Diez minutos después de salir de la C-32 llegan a la puerta del hotel, aunque antes de aparcar dan dos vueltas a la manzana para asegurarse. Encuentran lo clásico de un día normal a esas horas: gente ociosa en las terrazas de los bares; gente paseando a su perro; gente en bicicleta o haciendo *running*; gente leyendo el diario en un banco del parque. En definitiva, gente atareada en sus quehaceres diarios.

Poco más tarde, los tres hombres entran en el vestíbulo del Sun Tower. Llevan maletines y van vestidos como hombres de negocios. Borko se ha cortado la coleta y hasta se ha teñido el cabello, no parece el mismo ni de lejos. Se sientan en la barra del snack bar y piden unos refrescos. Mientras esperan las consumiciones, Borko mira aquí y allá buscando algo que no cuadre. Cuando los vasos con hielo y las botellas están sobre el mostrador, saca el teléfono y hace una llamada.

El teléfono de Félix Montoro vibra en su mano. Cuando observa el número, levanta la cabeza y mira muy despacio a la brigada.

—Es él.

—A qué espera, coja la llamada.

Montoro se obliga a llevarse el teléfono al oído y ella pega la oreja.

—¿Sí? —responde con voz titubeante.

Borko le explica que se retrasarán media hora y cuelga sin más explicaciones. Montoro y la brigada se miran. Ella se levanta y comienza a dar pasos en círculos con los dedos entrelazados en la espalda.

—Ha dicho media hora, ¿verdad?

—Sí, ¿no me había dicho usted que estaban ahí abajo, en el bar? Esto no me gusta.

—Tranquilícese, es una estrategia —dice Conrado—. Solo quieren asegurarse de que no hay moros en la costa, no tiene de qué

preocuparse. Yo mismo hubiera escrito ese guion.

Instantes después, la brigada recibe una llamada que solo dura unos segundos. Alterna la mirada de Montoro a Conrado.

—Suben dos, Borko se ha quedado en el bar.

—¿Ya? —Montoro se levanta con preocupación, retorciéndose las manos, mirando a la brigada desesperado—. Acaban de decir que se retrasaban, aquí pasa algo. Están jugando con nosotros, ¿es que no se dan cuenta?

Conrado mueve la cabeza y rodea el sillón que le separa de Montoro, lo coge por los hombros y lo mira a los ojos. Está demasiado alterado, con los nervios a flor de piel, en su frente comienzan a acumularse gotitas de sudor. Le sacude una bofetada dura y sonora. Montoro cae sobre el sillón y se lleva la mano a la mejilla, muy despacio y con estupor, medio paralizado. Separa los labios para decir algo, pero Conrado lo coge por la pechera, lo levanta y le sacude otra bofetada aún más fuerte que la anterior.

—Ahora entre al baño y refrésquese otra vez con agua bien fría. Respire hondo y cálmese, van a matarnos por su culpa. —Montoro se pone rígido, pero obedece como un corderito—. ¡Y séquese bien!

La brigada menea la cabeza y señala el lavabo.

—¿Has tenido que hacer eso?

—Cuando me ponía nervioso en el colegio, el profesor me daba dos tortas y el tratamiento obraba milagros.

Minutos después Félix Montoro abre la puerta del baño y se encuentra de frente con la mirada inmisericorde de Bogdan. A su lado está el peligroso Câine, con la mano en la cacha de goma negra de la automática que lleva metida en el cinto.

—¿Qué estaba haciendo?

—Orinando.

—¿Orinando? —repite Bogdan forzando una sonrisa.

—Sí, haciendo mis necesidades.

—¿Entonces por qué no he oído la cisterna? —El rumano le aparta a un lado como si fuera basura y mira dentro del baño inspeccionando sus diez metros cuadrados, se vuelve y barre toda la estancia de una ojeada—. ¿Quiénes sois vosotros?

—Yo soy la persona que va a hacerle millonario —responde la brigada.

—¿Sí?, no me jodas. ¿Y él? —Conrado le devuelve una sonrisa acerada y le enseña los dientes, sin decir nada.

—¿Crees que iba a llevar encima un millón y medio sin tomar precauciones? —replica ella.

Bogdan asiente e intercambia una mirada con Câine.

—¿Dónde está el dinero?

—Las pinturas primero.

—Esto no funciona así —dice Bogdan.

—Te equivocas, quien paga manda —dice Conrado, quien le observa con fijeza recostado en la pared con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Cachéalo —le dice a Câine.

El sicario coge con fuerza a Conrado por un hombro y le obliga a ponerse de espaldas, él cruza una sonrisa con la brigada y levanta los brazos, dócil y obediente. Las manos expertas de Câine comienzan a palpar por las mangas y en un momento terminan en los tobillos. No encuentra ninguna arma, pero sí su cigarro electrónico, su teléfono y su identificación de investigador privado. Apaga el teléfono, inspecciona el artilugio electrónico como si fuera un alienígena que diseccionar y le devuelve ambos objetos. El carné de investigador se lo entrega a Bogdan. El rumano lo mira por delante y por detrás.

—¿Qué cojones significa esto?

—Seguridad —responde la brigada.

—Cachéalos a ellos dos también.

Câine repite la operación con Montoro, después con la brigada. No encuentra nada de relevancia.

—Ahora quiero ver el dinero —repite Bogdan.

—Adelante, muéstreselo de una vez —dice Montoro secándose el sudor de la frente y del cuello con un pañuelo. Siente las piernas de goma y una opresión en el pecho, pero es la única forma que se le ocurre de desencallar la situación.

Bogdan mira sorprendido a Montoro.

—¿Por qué suda tanto?

—Porque hoy no es el mejor día de mi vida.

El rumano le enseña los dientes con una mueca semejante a una sonrisa mientras la brigada va hasta la habitación y abre el armario ropero. Câine la observa con la mano a la altura del cinto por si tiene que extraer la automática. La guardiacivil saca una maleta pesada, la arrastra hasta el salón y la suelta sobre el sofá. La abre con muchísima ceremonia, le muestra su interior y la vuelca formando una montaña de fajos de billetes.

—Millón y medio, lo acordado. Ahora cumple tu parte del trato.

Bogdan coge un fajo de billetes de quinientos, los repasa con el dedo para asegurarse de que no son burdas fotocopias ni hay recortes de periódico entre medias, se los acerca a la nariz y llena los pulmones con el olor de la tinta. Ojea un par de fajos más y cuando se da por satisfecho mira al sicario y asiente.

—¿Dónde están las pinturas? —insiste la brigada.

—A buen recaudo. —El rumano se guarda un fajo en un bolsillo. Cuando se vuelve descubre la puerta que comunica con la habitación contigua, disimulada entre los dibujos del papel pintado de la pared.

Se gira hacia Montoro con el ceño arrugado.

—¿Dónde da esa puerta?

—No lo sé —responde tras unos segundos de duda—. No he tenido tiempo de averiguarlo.

Bogdan mira a Câine y este a Montoro, es un aviso. El sicario se acerca a la puerta muy despacio, aplica el oído unos segundos, gira el pomo y la sacude. Al otro lado todo el mundo contiene la respiración, el silencio es completo.

—Está cerrada.

—Asegúrala.

Câine coge una silla de la habitación, la pone sobre dos patas y apuntala la puerta. La brigada y el detective se miran con preocupación; unos segundos de retraso en la intervención de los hombres del comandante podría resultar un contratiempo letal. Bogdan mira fijamente sus rostros evaluando la situación, después abre la puerta que da al pasillo, asoma la cabeza y observa a uno y otro lado. Antes de salir sin hacer ruido, mira a Câine.

—Empieza a contar el dinero. Si tienes que usarla, hazlo sin dudar.

Câine extrae la pistola, comprueba el cargador y mientras se la guarda otra vez en el cinto, los mira de uno en uno, muy despacio.

Borko Clamparu continúa en el taburete del snack bar apurando su refresco y echando ojeaditas a su móvil cuando Bogdan aparece de pronto en el vestíbulo. El capo lo mira y asiente y Bogdan se acerca escrutando con medida todo cuanto se mueve o permanece inmóvil en su entorno. El camarero prepara un café y mantiene una charla animada sobre futbol con un cliente, parece ajeno a cualquier otra cosa. En un sofá hay un tipo que ronda los cincuenta, con sombrero y el pelo entrecano, leyendo el *Frankfurter Allgemeine*.

—*Guten morgen* —dice Bogdan al pasar.

—*Guten morgen* —responde el otro con profundo acento teutón, volviéndose para mirarle y sonreírle.

Borko coge el fajo de billetes que Bogdan le pasa bajo el mostrador y los repasa con el pulgar, después se los mete en un bolsillo y echa un vistazo por encima de su hombro. Acaba de llegar una pareja joven a la recepción arrastrando dos maletas. Cuando se asegura de que todo está en orden, le da la llave de su BMW y Bogdan sale del hotel.

El rumano rodea la manzana hasta una calle comercial. En el trayecto cambia de acera varias veces y de cuando en cuando se detiene ante un escaparate para observar su reflejo. Da una vuelta completa a la manzana, después se desvía y prosigue por un callejón solitario hasta un descampado pequeño y desangelado rodeado de edificios bajos que tienen ese aspecto gris y tristón de las viviendas

sociales. Se detiene un instante y observa balcones y terrados. Hay un hombre sin camiseta fumando en un balcón que parece observar el horizonte en actitud meditativa. Cuando llega al BMW, apoya un pie en el parachoques y simula que se ata los cordones de un zapato mientras observa de reojo a izquierda y derecha. Todo tranquilo, quizá hasta demasiado. Abre el maletero, tira de una manta y deja al descubierto los tubos de cartón que contienen los lienzos, después mete medio cuerpo dentro. Antes de que pueda mover un solo músculo, cinco hombres que visitan el gimnasio a diario y practican artes marciales, emergen de la nada, lo desarman y lo inmovilizan al grito de ¡Guardia Civil!

Bogdan Stelea ha caído.

Borko chasquea los dedos dos veces para llamar la atención del camarero y le pide la cuenta. En ese instante atiende a la pareja recién llegada, vienen de Pamplona y están ansiosos por meterse en la piscina. O entre las sábanas para estrenar la cama. No queda claro entre sus risas. Momentos después, el bucarestino tiene el tique delante. Cuando se mete la mano en el bolsillo trasero del pantalón para sacar la cartera, el comandante Enjamio aparece por detrás, pone sobre el mostrador su placa de guardiacivil y le anuncia que está detenido. Borko vuelve la cabeza hacia él, es el tipo del sombrero que leía el *Frankfurter Allgemeine*. Con el rabillo del ojo distingue varios hombres más a sus costados, todos de hombros anchos y al acecho. No tiene que pensar mucho para decidir que es mejor no intentar nada, pone las manos sobre el mostrador y observa al camarero, le apunta con un cañón. Suelta una carcajada.

—¡Joder, sois la hostia! ¡Felicidades, esta vez lo habéis hecho de puta madre! — Borko deja que le coloquen los grilletes a la espalda sin ofrecer ninguna resistencia.

Un agente lo cachea y le vacía los bolsillos, deja el fajo de billetes sobre la barra y mira al comandante. Enjamio lo coge, lo sopesa y acerca la boca al oído del rumano.

—En el lugar que te espera no vas a necesitar esto.

La brigada intercambia una mirada de advertencia con el detective, le acaban de informar por el auricular que lleva metido casi hasta el tímpano de que fuera de aquellas paredes todo está bajo control. Conrado asiente con un leve movimiento de la cabeza y observa al sicario. Câine está enfrascado en contar fajos de billetes, aunque de cuando en cuando deja a un lado la concentración, levanta la cabeza y los mira a ellos estudiando la posibilidad de que tramen algo. Conrado saca el cigarro electrónico y comienza a vapear. En un instante, unas densas bardas blancas se esparcen por la sala como si se avecinara una repentina tormenta de nieve. Procura expulsarlas con fuerza y en dirección al rumano. Cuando lleva alrededor de un

minuto, el sicario deja de contar billetes y lo observa con mirada fija unos segundos.

—Deja de hacer eso.

Conrado le sostiene la mirada y expulsa un nuevo nubarrón blanco.

—¿Que deje de hacer qué?

Câine llena los pulmones, se pone en pie y lanza en el sofá el fajo de billetes que tiene en la mano. Se acerca a él con mirada acerada, pasos seguros y la automática apuntando al frente. Se detiene un metro y alarga la mano.

—Dámelo.

Conrado se sonríe. Câine está justo donde quería, de espaldas a la puerta que comunica con la habitación contigua. Sopesa el cigarro electrónico en la mano, se sonríe con mirada centelleante y empieza a juguetear con él lanzándolo al aire y cogiéndolo. No llega a hacerlo tres veces. El sicario le sacude un revés con la pistola y le abre una brecha en el pómulo que comienza a sangrar de inmediato. La brigada se lleva las manos a la cara viendo gotear la sangre sobre los zapatos del detective.

—¿Por qué ha hecho eso? —se indigna Montoro, saca su pañuelo y se lo ofrece a Conrado.

Câine se vuelve hacia él, abre la boca, pero no tiene tiempo de articular palabra. La puerta de la habitación contigua salta por los aires con una explosión, después estalla con un relámpago de luz una granada aturdidora. Hay cinco segundos de ceguera y privación del sentido auditivo. El margen de tiempo suficiente para que entren media docena de hombres armados. El sicario se vuelve tambaleándose, intenta levantar el brazo y apuntar al frente, pero dos pares de manos vigorosas lo sujetan por las muñecas y los hombros y lo desarman mientras un antebrazo hercúleo se enrosca alrededor de su cuello y lo arrastra al suelo.

Minutos después, el comandante Enjamio entra en la habitación con el teléfono en la mano, sonriendo con los ojos. La brigada, Conrado y Montoro están sentados en los sofás con botellas de agua. El detective se sujeta un pañuelo teñido de rojo en la cara. Los mira tranquilizador.

—Todo ha ido sobre ruedas. ¿Cómo estás, sargento?

—Como si acabaran de parirme.

—¿Y tú? —le pregunta a la brigada.

—Yo, bien. La peor parte se la ha llevado este idiota —dice señalando al detective con la cabeza—. No sé por qué ha tenido que hacer eso.

—Una ocurrencia de las suyas —dice el comandante. Se acerca a Montoro y le da unas palmaditas en el hombro—. Ha sido usted muy

osado no tirándose al suelo como tenía que haber hecho.

El teniente de la UCO entra y reclama la atención del comandante, se apartan junto a la ventana a hablar. Conrado se pone en pie y busca de forma teatral el teléfono que vibra en su bolsillo. Cuando observa el número en la pantalla, menea la cabeza; en el momento más inoportuno, él. Cruza una mirada con la guardiacivil, rechaza la llamada y se deja caer en el sofá, pero segundos después el teléfono vuelve a vibrar en su mano.

—¿Qué?

—Carranza se larga, *brother* —anuncia Simón Grancha.

—¿Cómo? —Se tapa el oído libre con un dedo.

—Que Leo Carranza está haciendo las maletas. Que se las pira. *Ciao, ciao. Bye, bye. Auf wiedersehen.* ¿Me entiendes ahora?

—¿Que Leo Carranza se larga? —repite Conrado en voz alta, alternando la mirada de la brigada al comandante—. Retenlo, haz lo que sea necesario.

—Ya lo he hecho, le he pinchado dos ruedas a su coche. Se ha pensado que ha sido cosa del jardinero y se han liado a hostias. Supongo que no hace falta que te diga que Carranza se ha llevado la peor parte —añade con una ligera carcajada—. Pero como no os deis prisa, no lo pilláis, ahora mismo está llamando a un taxi.

—¿Un taxi?... No dejes que se vaya bajo ningún concepto. Espera un momento. —Conrado pone una mano sobre el auricular y se vuelve hacia el comandante, que tiene el teléfono pegado a la oreja y un dedo en alto.

—En diez minutos el sargento Carbonell estará ahí, díselo —ordena Enjamio.

Conrado se lo dice y cuelga para no oír las protestas de Grancha.

—Bien jugado, comandante. No se me ocurre a nadie más apropiado que el Seprona para apresar a una sabandija.

40
VITALY

La situación de Vitaly, el ingeniero industrial ucraniano, no ha mejorado en ninguno de sus aspectos. Empuja cada noche su carrito de supermercado buscando tesoros en los contenedores de basura que luego venderá a peso en la chatarrería. La vergüenza le consume por lo que hace. Cuando le preguntan a qué se dedica, él responde que trabaja por su cuenta, autónomo. Ha considerado muy en serio volver a Ucrania, pero la inestabilidad política allí es grande y ahora hay graves problemas con Rusia. Eso le hace abandonar enseguida la idea, aunque la mayoría de los meses tiene que pedir dinero prestado

porque llega a fin de mes con el agua al cuello. Con las ayudas sociales, que cada vez son más escasas por la crisis, y con lo que saca en la chatarrería, consiguen comer, pero no alcanza para pagar la cuota de la hipoteca ni los servicios, que suben sin piedad.

Sin embargo, Vitaly no carece de iniciativa y ha incorporado una nueva rutina en su trabajo, si es que puede llamarse así a lo que hace. Desde que reparó el electroimán de un viejo detector de metales sacado de un contenedor, cada atardecer, a última hora, rastrea las arenas de las céntricas playas de la ciudad, abarrotadas a diario de turistas despistados cuando no borrachos. Lo frecuente es que encuentre monedas que los bañistas pierden de los bolsillos casi sin fondo de sus bañadores, aunque una vez encontró una cadena de oro que vendió en una casa de empeños, y en otra ocasión, un reloj del que se enamoró su hija Margaryta.

Recorre la playa de la Barceloneta calado con una gorra, mochila a la espalda, el palo del detector enganchado al brazo con un cierre de velcro y los auriculares en los oídos, con la esperanza de oír en cualquier momento el pitido que alerta de un golpe de suerte. Aún quedan muchos bañistas, los más jóvenes suelen permanecer en la arena bebiendo alcohol y escuchando música a toda castaña hasta que oscurece. Pero él no les causa la menor molestia, pasa a metros de ellos, ante sus miradas de curiosidad, aunque en alguna ocasión ha tenido que soportar insultos xenófobos.

Hace alrededor de media hora que ha empezado y ya lleva tres euros en el bolsillo: una moneda de dos y otra de uno. La tarde comienza productiva y confía que siga así. En su cabeza traza una ruta paralela a la orilla, aunque a veces hay algo que llama su atención, como un montoncito o un hoyo en la arena y entonces pasa el electroimán. La mayoría de las veces se lleva un chasco, hay demasiadas latas y chapas de bebidas enterradas en la arena.

Se seca el sudor, mira aquí y allá, y cuando más confiado está observando las olas que rompen en la orilla, oye el pitido de alarma. Se detiene y barre una zona muy concreta con el aro imantado. Sí, el zumbido confirma que hay algo ahí. Se quita los auriculares, se acuclilla y escarba con el dedo, con cuidado, puede haber un trozo de vidrio y cortarse, no sería la primera vez que eso ocurre. Pero no, eso no es lo que sucede esta vez. A escasa profundidad encuentra un objeto dorado. Lo saca y lo esconde de la mirada de los curiosos en la palma de la mano, después observa por encima de sus hombros. Cuando se asegura de que no hay curiosos a su alrededor, le limpia la arena y lo contempla; sí, es un broche y parece de oro. Se lo guarda enseguida en el bolsillo, porque desde sus espaldas se proyecta la sombra de una silueta.

—¿Qué has encontrado? —pregunta una voz aniñada.

Vitaly se vuelve, se trata de un mocoso de menos de un metro de alto, con los mofletes colorados, el bañador chorreando agua y el cuerpo lleno de arena. Lleva una pala y un cubo en las manos y lo observa con curiosidad. Otro buscador de tesoros, dice para sí. El ingeniero saca de un bolsillo un euro de los que ha encontrado esa misma tarde y se lo ofrece. El niño lo coge y echa a correr, sonriente, al grito de ¡Mamá! Mamá los observa indolente, tendida sobre una hamaca, tras sus carísimas gafas de sol de marca. Envuelve al crío en una toalla y lo sienta. Vitaly se pone en pie y contempla su alrededor: las olas y el viento arrecian y la gente parece haberse puesto de acuerdo para abandonar la playa a la vez. Vuelve a colocarse los auriculares y a rastrear la arena, aunque una vez que se aleja a una distancia prudencial, consulta la hora y comienza a dirigir sus pasos lejos de la orilla.

¿Qué hacer con algo que no es suyo? En su cabeza se entabla la eterna batalla entre el bien y el mal. Debe dinero, tiene necesidades que cubrir y la casa de empeños está cerca. Vuelve a mirar el broche y comprende enseguida que es valioso. «¡No es tuyo, no te lo quedes! ¡Alguien lo estará buscando!», le sermonea su conciencia. «¡Quédatelo, no seas idiota! ¡Cualquier otro en tu lugar lo haría! ¡Espabila de una puñetera vez, Vitaly!», le regaña su lado oscuro.

Vitaly vuelve a contemplar el broche y duda, pero hará lo correcto, aunque eso conlleve problemas. A lo lejos ve una pareja de policías y echa a andar hacia ellos.

41
EVARISTO CONRADO

El Mini traspasa la verja de hierro y sube por la pendiente de grava llena de hojarasca y sequedad, levantando una buena nube de polvo. Conrado echa el freno de mano en el aparcamiento techado. En cuanto la brigada pone los pies en el suelo y contempla el entorno, queda hechizada por aquel paraíso y aguza todos sus sentidos. Puede oír el rumor del mar rompiendo contra las rocas del acantilado, el graznido de algunos pájaros ocasionales que sobrevuelan el cielo azul, la brisa salada que le golpea en la cara, la fragancia de las flores que inunda el ambiente. Cruzan el vasto jardín sembrado de plantas en flor que Ernesto mantiene en perfecto estado sin dejar de contemplar todo cuanto le rodea, hasta que un zumbido sobrevuela sus cabezas y termina el éxtasis. Levantan la mirada a la par. Un dron, suspendido en el aire como si fuera un platillo volante.

—¡Me cago en mi puta vida! —maldice Conrado.

—¿Grancha?

—Ya te digo, le fascinan esos cacharros.

De pronto, una carcajada sonora y muy próxima. Conrado se pone la mano la altura de las cejas, el sol de media tarde cae en ángulo deslumbrante proyectando sombras alargadas y tiene que entrecerrar un poco los ojos, pero lo ve. Observa su silueta recortada en el contraluz gris. Simón Grancha está de pie junto al tronco de un gran pino, con el control remoto del dron en las manos y riendo a mandíbula batiente. Va en pantalón corto y chanclas, sin nada en la parte superior del cuerpo salvo un ramillete de collares hawaianos, una poblada manta de vello rizado grisáceo y gafas oscuras. Conrado pone los brazos en jarras, mira el dron y menea la cabeza. Momentos después el aparato se eleva y desaparece. Se miran un instante, ella tiene cara de desconcierto.

El detective se quita la chaqueta, se pasa la mano por la frente y echa a andar hacia Grancha con pasos rápidos y largos. El geo observa sus mandíbulas apretadas y su frente arrugada, hace descender el dron y deja el mando sobre la hamaca, donde también hay un paquete de Winston y tres botellas de cerveza vacías.

—Tienes a Rapp preocupado, *brother*.

—Pues ya estoy aquí, ya puede dormir tranquilo.

—¿No vas a presentarme a la señora? —Grancha señala a la brigada con la cabeza.

Conrado lo observa con mirada afilada unos segundos, después se vuelve hacia ella, que sigue con cara de pasmo.

—Brigada, este pervertido es Simón Grancha. Te aconsejo no menos de cien metros de distancia de seguridad con él. Simón, te presento a la brigada. ¿Hay algo que deba saber? —pregunta sin más, sin esperar a que ninguno de los dos diga algo.

—Sí, Clara Navarro.

—¿Qué ocurre con ella?

—En cuanto se ha enterado de la detención de su marido se ha largado.

—¿Adónde? —quiere saber ella—. Tenemos preguntas que hacerle.

Grancha mueve los hombros.

—¡Pues échele un galgo! Y otra novedad más, Evaristo, hay nuevo servicio en la casa. Aldous Rapp ha contratado a ese tal Vitaly que encontró el broche y a toda su familia.

—¿El ucraniano?

—El mismo. Ahora están por ahí adentro ocupándose de la limpieza.

Conrado mira a la brigada.

—Rapp nos espera, ¿vamos?

—¿No necesitas nada más de mí, *bro*?

El detective mira las botellas de cerveza que hay sobre la hamaca y su aspecto descuidado.

—Que te mantengas sobrio, mudo y obediente. Solo eso.

Cruzan la puerta entreabierta, al final de un pasillo ancho e interminable hay un baile de sombras que van y vienen, se oye el motor de una aspiradora, movimiento de muebles sobre el parqué, voces femeninas y risas. La brigada no deja de curiosear; todo está dispuesto con gusto, quizá por un decorador, la pompa y el lujo de los millonarios de las revistas llena aquella casa de arriba abajo.

Entran en el ascensor que conduce a la planta baja, la llave está colocada en la hendidura y Conrado la hace girar. Momentos después la puerta se abre y acceden directos a la sala que alberga el museo particular del millonario. Una luz cenital baña el espacio de claroscuros, de sombras acechantes en los rincones. Se acomodan poco a poco a la luz y pasados unos segundos distinguen la figura alta y delgada del hombre enigmático de pie en mitad de la estancia. Observa el contenido de una vitrina ensimismado, con ojos extraviados. Rapp vuelve la cabeza hacia ellos un instante, mira otra vez la vitrina unos segundos y después se acerca muy despacio, alargando la mano. Conrado estrecha sus dedos huesudos y fríos, después le toca el turno a la brigada, que lo observa de esa forma juiciosa y discreta que solo poseen las mujeres. Rapp lleva una camisa blanca con estampas de caballos amarillos, pajarita y fajín negros, y un blazer rosa moteado de cuatro botones con ribetes rojos en las solapas, los bolsillos y las mangas. La guardiacivil no se atreve a mirar más abajo de la cintura por temor a lo que pueda descubrir. Rapp elogia con un par de frases cortas el buen trabajo que han hecho el detective, la Policía y la Guardia Civil, y les hace un gesto para que le sigan a través de aquella estancia llena de penumbras. Las paredes vuelven a estar cargadas de cuadros fascinantes y las vitrinas han recuperado su estado originario. Ella levanta la cabeza y descubre el pequeño planetario privado del millonario. Cuando dirige la mirada al frente distingue la luz mortecina del gigantesco acuario de agua salada que ocupa la pared del fondo, plagado de peces de colores que van y vienen sobre un arrecife de coral como si sus movimientos los rigiera una extraña ecuación.

Rapp se detiene con ojos hechizados ante un expositor. Allí está. El magnífico hipocampo perteneciente al tesoro del legendariamente rico rey Creso, sobre un piso de terciopelo negro que acentúa sus destellos brillantes y su belleza.

—¡Contémplenlo! —dice el hombre de temple debilitado casi en éxtasis—. ¿No es magnífico?

Conrado lo mira, por primera vez lo tiene delante y no puede evitar pensar en lo poco que visita los museos. La brigada asiente.

—Lo es, claro que lo es —dice ella observándole con mirada distante.

Rapp parece a punto de sufrir una catarsis, como si el hipocampo desprendiera un magnetismo apto solo para iniciados en la materia. Transcurre un lapso incierto así, rodeados de magia y de silencio mientras el magnate admira la reliquia. La brigada y el detective se observan desconcertados, hasta que la voz retumbante de Ricardo Zanzíbar rompe el hechizo.

—¡Vengan aquí! —grita desde el fondo, gesticulando con la manaza.

Zanzíbar está en pie contemplando la pintura que cuelga de una pared, inmóvil y solemne, con los pulgares enganchados en el cinturón que rodea su vientre denso y kilométrico. Se acercan y cuando están a su lado, el farmacéutico se vuelve y mira a la brigada.

—Sé muy bien quién es usted y todo lo que ha hecho, gracias.

El cuadro que admira Zanzíbar es el busto de un hombre; a derecha e izquierda hay dos retablos más del mismo modelo, pero desde distintos ángulos. Se trata del tríptico de Francis Bacon. Ella se coloca junto al farmacéutico y levanta la mirada.

—¿Quién es?

—Un amante del pintor. —Casi con desdén, Zanzíbar aparta los ojos del cuadro, se inclina hacia ella y se lleva la mano a la boca a modo de sordina—. Era maricón, ¿lo sabía?

La brigada estudia el cuadro sin pestañear, se acerca un poco más, aguza la mirada y permanece así un rato. De pronto suspende la respiración y se vuelve con las manos en la cara, con los ojos llenos de preguntas.

—¡Dios! ¿Es posible?

—¿Qué es posible? —pregunta Conrado a su espalda, arrugando el ceño.

—Míralos bien.

—¿Qué tengo que mirar?

Zanzíbar explota en una carcajada corta.

—Creo que se refiere a los rasgos del modelo. ¡Menudo detective está hecho!

Conrado se acerca, pasea la mirada por los cuadros y mueve los hombros.

—Me resultan familiares.

—Soy yo, en su momento no se lo expliqué por temor a que no lo entendiera y eso complicara aún más las cosas. —El susurro de Aldous Rapp a sus espaldas es como un eco oscuro. Deja transcurrir unos segundos, después se aproxima y pasa la pulpa de los dedos sobre la pintura rugosa—. Francis y yo fuimos amantes, los pintó para mí. Nuestra relación fue un secreto y juré que estos cuadros también lo

serían. Por eso nadie, salvo algún allegado, sabe que existen.

Zanzíbar se vuelve hacia ellos con las manos en los bolsillos y arquea una ceja que envía un mensaje significativo.

—De hecho, el asunto se ha conducido por cauces discretos y razonables —dice el farmacéutico—. Hemos recuperado los cuadros sin ruido y sin portadas de prensa, como queríamos.

La brigada menea la cabeza, pensativa, y se encuentra con la mirada de Conrado.

—¿Qué ocurre?

—Si no estoy en un error —dice ella—, Francis Bacon murió el año de las olimpiadas, en el noventa y dos, con más de ochenta años. Usted ahí debía de tener…

—Treinta y cinco —murmura Rapp—. ¿Calcula la diferencia de edad entre nosotros? No se moleste, cuarenta años.

—No pretendía incomodarle.

—No lo ha hecho —dice para guardar después un silencio emotivo—. Sí, cuarenta años, una frontera que no frenó la fuerza del amor.

Zanzíbar preferiría no oír nada más relacionado con amores homosexuales, mira el techo y cierra un momento los ojos. El detective carraspea y dice:

—Pero eso no es lo único que nos ha ocultado, ¿verdad?

Rapp levanta las cejas y lo observa como si lo estudiara.

—Ignoro a qué se refiere.

—Al hipocampo. ¿Es el auténtico o una réplica?

—¿Cómo se le ocurre pensar eso?

—El informe pericial de la policía cuestiona su autenticidad. De hecho, dice que no se sabe dónde está el original.

—No me venga ahora con milongas —gruñe Zanzíbar enfurecido. Mira a la brigada a los ojos—. ¿Dónde está ese informe? Quiero verlo ahora mismo.

—Lo tendrá, pero lo que dice Conrado es cierto.

—Hemos invertido tiempo y dinero para recuperar ese broche y no quiero oír más tonterías —espeta el farmacéutico.

Aldous Rapp levanta una mano, cansado y a la vez molesto, su voz es un lamento.

—Por favor, comportémonos como personas sensatas y civilizadas.

—Pero ¿has oído lo que ha dicho este chiflado? —censura Zanzíbar posando sus ojos airados sobre el detective.

—Lo cierto es que incluso yo he llegado a dudar de su autenticidad, pero solo ha sido en momentos de debilidad. Y ahora estoy más convencido que nunca de que es auténtico.

—¿Por qué? —quiere saber la brigada.

—Porque la maldición se ha cumplido: ha sumido en la desgracia y ha arrastrado a la muerte más horrible a todo aquel que se ha cruzado en su camino. Se lo advertí. —Su voz es un presagio de amenaza. Alterna la mirada del detective a la brigada—. Ustedes mismos lo han podido comprobar.

Conrado sacude la cabeza.

—Creo que confunde mito con realidad.

—No lo entiende aún —dice Rapp con un profundo suspiro—. La codicia pervierte la condición humana. A cambio, el hombre acepta que debe pagar un precio. Esa es la auténtica maldición. Juzgue si la caza del tesoro no se ha cobrado un alto peaje por ello.

A sus palabras prosigue un instante de silencio. Rapp ha dejado de ser un enigma para convertirse en un jeroglífico indescifrable. Conrado mira a la brigada, menea la cabeza y se sitúa frente al tríptico. Pasea los ojos por los lienzos con verdadera curiosidad.

—¿Cuánto dijo que valdrían actualmente estos cuadros?

—Treinta millones.

—Borko Clamparu iba a deshacerse de ellos por millón y medio.

Rapp niega con la cabeza muy despacio, con ojos acuosos.

—Aún no puedo creer que Leo me haya podido hacer esto, traicionarme de esta forma después de tantos años. Leo y Clara eran como de la familia.

—Sí, te han hecho una auténtica judiada, pero tranquilo, van a pagarlo muy caro —pronostica Zanzíbar con voz serena, con una mano tranquilizadora sobre el hombro de Aldous Rapp.

—Hasta en las mejores familias cuecen habas —dice Conrado—. La relación con Clara había tocado fondo y esa mulata que campa por ahí a sus anchas había despertado viejas pasiones. —Clava sus ojos en Rapp para asegurarse de que tiene toda su atención—. Estaba harto de vivir bajo su sombra, calculó que con un poco de dinero extra aún podría iniciar una nueva vida lejos de aquí, de todo lo conocido. Y de usted. Creyó que podría empezar otra vez de cero.

—Si me lo hubiera explicado yo lo habría entendido, incluso le hubiera ayudado —dice Rapp consternado—. Nuestra relación siempre se ha regido por la franqueza.

—Pues en algún momento se fue a pique esa franqueza —replica Conrado—. El robo sucedió un lunes y Leo Carranza visitaba a su madre en la residencia Sitges Park todos los lunes, ¿no es cierto? —Aldous Rapp asiente—. Carranza nos dijo que solía pasar parte de la mañana allí, con su madre. Pues bien, hemos hablado con la directora del centro y con las cuidadoras, y en los últimos meses esas visitas se habían acortado mucho. La mayor parte de ese tiempo lo empleaba en maquinar contra usted fuera de allí.

Rapp baja la mirada, avergonzado, y se lleva una mano a la

frente.

—La idea del robo planeaba en su cabeza desde hacía tiempo —explica la brigada—. Félix Montoro ha confesado que durante los últimos meses se reunieron muchos lunes en su galería y que fue Carranza quien desactivó las alarmas y facilitó los detalles precisos para cometerlo.

—Tienes que rodearte de gente de confianza, Aldo —le aconseja Zanzíbar en plan sardónico.

Aldous Rapp encoge sus hombros, se vuelve de espaldas a ellos y alza una mano.

—Por favor, ya es suficiente. No quiero saber nada más, envíeme sus honorarios. En cuanto a su hombre…

Grancha les aguarda en la puerta recostado sobre la barandilla, con sus collares hawaianos colgando del cuello y sus gafas oscuras, ensimismado en algo. Conrado sigue la dirección de su mirada. Nora. La mulata va en *shorts* y camiseta de tirantes, exhibiendo todas las redondeces de su cuerpo mientras se balancea en un columpio y Ernesto repasa el jardín con una máquina cortacésped.

—¿Tengo que hacer la maleta?

—Rapp quiere que te quedes, al menos de momento.

Grancha pone cara de sorpresa y mira a la brigada.

—¿En serio?

—Eso he oído ahí dentro.

—No te emociones, no es tonto —prosigue Conrado—. Es consciente de que eres un perfecto inútil, pero cree en las obras de caridad; mira a Vitaly y su familia. Además, piensa que eres de fiar, así que no le defraudes.

—¿Qué se supone que tengo que hacer?

—Va a irse unas semanas fuera para recuperarse de todo esto, así que sigue mi consejo: mantente sobrio, mudo y obediente. Y bájate la bragueta solo para mear.

Cuando pone el contacto del Mini, Sebastián asoma por una esquina de la casa con un rollo de papel higiénico bajo el brazo; el bull terrier caracolea entre sus piernas, el chucho es puro nervio. El esbirro de Zanzíbar detiene sus pasos cuando lo ve, aprieta los dientes y lo observa unos segundos con ojos duros y oscuros. Enferman con tan solo mirarse.

—Ojalá parta un rayo a ese tío —murmura Conrado. Acto seguido vuelve la cabeza hacia la brigada—. Tengo que hacer algo en el centro, ¿quieres que te deje en algún sitio?

—Tengo tiempo. ¿No quieres que te acompañe a lo que sea que tengas que hacer?

—Es algo de lo que necesito ocuparme yo solo.

—¿La chica de la casa de compraventa de oro? Si es eso, tienes

razón, encárgate tú.

El detective cierra los ojos y sacude la cabeza.

—¿Te lo ha contado Josefina?

—Las chicas nos lo contamos todo cuando vamos al baño.

—Un día de estos me cargo a alguien.

42
FERRAN LOMBARDO

Yolanda Reches ha pasado su primera noche disfrutando del aire acondicionado. Se despierta desnuda y estornudando, con la sábana enroscada en los tobillos, mientras que Toni se ha tenido que poner la camiseta del pijama a medianoche y arroparse hasta las cejas. Lo primero que hace es mirar el aparato y sonreírle, aunque se pregunta a cuánto ascenderá la próxima factura de la luz. Toni abre los ojos con el vello erizado.

—Buenos días —le dice ella pasándole una mano por el cabello, estampando un besazo en su boca—. ¡Uff!... Lávate los dientes enseguida.

Toni se incorpora sobre la almohada y se cubre las piernas con la sábana, después busca el mando y suaviza la temperatura.

—¿Te has propuesto acabar conmigo, Yolanda?

—¡Gruñón! No parabas de quejarte y yo no quería que lo pasaras mal mientras me destrozas la cama.

Yolanda se levanta en bragas y se pone una camiseta de tirantes, Toni le pregunta adónde va. Va a preparar café. Minutos después están en la cocina frente a dos tazas oscuras y humeantes, un paquete de cereales y otro de tostadas integrales, un tarro de mermelada sin azúcares añadidos y dos yogures edulcorados y cero materia grasa.

—La vida sin azúcar es triste —murmura Toni preparando una tostada.

—Come y calla, capullo, que lo hago por nuestra salud.

—¿Nuestra? —se sonríe él—. Así que tenemos algo en común.

En la radio suena Scorpions, Toni se levanta y cambia de emisora a otra más amable; los riffs de guitarra de los alemanes son demasiado machacones para soportarlos de buena mañana. Mientras desayunan intercambian opiniones sobre lo sucedido en las últimas semanas. Toni critica la rueda de prensa de Lombardo.

—Me pareció un discurso improvisado, Yolanda.

—Lo fue, pero se defendió bien de los periodistas.

—Solo dijo lo que querían oír.

—Pues no hay nada como conocer al público, ¿no te parece?

—¿Viste la cara del cabrón del Oso a sus espaldas cada vez que

respondía una pregunta? Alucinaba pepinillos.

—Tienes algo contra Ríos y no puedes disimularlo, se te nota a la legua.

—No, qué va, solo es que no me gustan los métodos de la vieja escuela.

—¿No has pensado que quizá solo sea fachada? En su casa toca la guitarra española y cuida las plantas.

Toni levanta las cejas con sorpresa.

—¿Cuándo has estado tú en su casa?

—¿Importa eso mucho?

Reches termina su café, se sacude las manos y se dispone a apagar la radio, pero el locutor comenta la operación de la Guardia Civil y de la Policía que ha servido para recuperar un importante botín sustraído en el domicilio de un magnate de las finanzas. Aguarda hasta que terminan de radiar la noticia.

—¡Joder, Yolanda, tienen más información que nosotros! —se queja Toni—. ¿Crees que se puede trabajar así?

—Seguro que la Guardia Civil tiene un gabinete de prensa mucho mejor que el nuestro.

—Puede que eso sea cierto, pero nosotros tenemos más seguidores en Twitter

Ella mira la hora en el reloj de pared y le hace un gesto para que se levante.

—Espabila, tío, que voy a llegar tarde.

Ferran Lombardo quiere estar perfecto. Se levanta con el tiempo suficiente para pasarse la maquinilla a conciencia y muy despacio, con extrema pulcritud. Mientras se afeita tararea una cancioncilla y remata el trabajo con una cuchilla de triple hoja que se pasa dos veces a contrapelo. Al terminar se recorta algunos pelos largos de las cejas y de la nariz y se mete bajo una ducha de agua muy caliente. Transcurren veinte minutos. Cuando abre la mampara el cuarto de baño está lleno de vapor, el espejo de vaho y los sanitarios gotean condensación. Se sonríe por la que ha liado.

Va hasta el recibidor en zapatillas, con una toalla alrededor de la cintura y un tarro de crema facial de su mujer, se aplica una buena capa ante el espejo, se masajea la cara con unas palmaditas como hacen los hombres sofisticados en los anuncios de la televisión y se peina con los dedos mientras se observa la dentadura.

Cuando Reches, Carrillo y Ríos entran en su despacho, encuentran la mejor versión de Lombardo metido en su uniforme impecable de comisario, sonriente y con muy buen aspecto. Prepara cafés en la Nespresso y parece divertirse con ello. La inspectora lo observa extrañada, una luz particular ilumina su rostro, incluso parece haber rejuvenecido. El comisario les saluda con la mano, les hace un gesto

para que se sienten y enseguida comienza a repartir cafés sin preguntar si desean o no. Se frota las manos antes de acomodarse en su sillón frente a una mesa limpia de papeles, pero con el gran cenicero rebosante de caramelos. Da un sorbo a su taza y después recorre los rostros.

—Esto se ha acabado, buen trabajo. Os felicito. Hemos hecho todo cuanto estaba en nuestras manos y debemos darnos por satisfechos. Bajaré en el siguiente cambio de turno y felicitaré a todo el mundo. Volvemos a la normalidad —añade satisfecho—. He dejado una cuenta abierta en ese bar de la esquina donde soléis ir, lo que toméis corre de mi cuenta, decídselo a la gente, pero aseguraos de que no abusen con el alcohol.

—Gracias, comisario —responde Carrillo después de tomar el primer sorbo y retirarse la taza de los labios.

Reches y Ríos asienten y cogen sus tazas, pero se miran de reojo sorprendidos por la actitud tan optimista del jefe. Un instante después, el comisario adopta una expresión severa.

—Mañana es el entierro de Llorca, yo pienso ir y desearía que vosotros también fuerais. Pero eso es muy personal y allá cada cual con su conciencia. Mi opinión es que un grano no hace granero y que debemos olvidar los últimos acontecimientos. —Lombardo sacude la cabeza con pesar—. Al fin y al cabo, ha pagado con la vida sus errores. Llorca ha trabajado muchos años con firme disposición y profesionalidad antes de enfermar, porque está claro que toda adicción es una enfermedad, por lo menos desde el punto de vista médico y del mío. Pero como digo y repito, ir a su entierro no es obligatorio, es una opción.

—No faltaremos —le asegura Ríos. En sus palabras no hay atisbo de duda, aunque piense que a pesar de que el destino baraje las cartas, cada cual juega su partida y Llorca decidió jugar la suya sin respetar las reglas. Se vuelve hacia la inspectora.

—Claro que asistiremos —dice ella.

—Por supuesto —asiente Carrillo.

—Pues bien —dice Ferran Lombardo frotándose las manos—. Antes de que os enteréis por rumores, quiero daros una noticia.

Lombardo ha cursado una petición para prejubilarse. Esa mañana ha hablado con el mismísimo director general de la Policía y se lo ha dicho. El director no lo ha encajado nada bien y ha intentado el chantaje apelando a la merma de recursos humanos que supone dedicar efectivos a la amenaza terrorista, a investigar la corrupción, las tramas de delincuencia organizada, etc.

—Pero ese ya no es mi problema —añade—. Que busque sabia nueva, para eso cobra.

Los policías cruzan miradas de asombro.

—No me lo esperaba, ¿cuándo lo ha decidido? —le pregunta Reches.

—Llevo un tiempo madurando la idea. La última página del libro ya está escrita y es momento de comenzar un periodo nuevo. Anoche se lo dije a mi mujer, me miró con los ojos muy abiertos y se echó a llorar de alegría. Hasta ahí puedo contar —añade con una gran sonrisa.

—¿A qué piensa dedicar su tiempo libre, comisario? —le pregunta Carrillo.

—A cuidar de mi familia, respirar aire sin contaminación, leer novelas de Pérez Reverte, que ese sí que los tiene bien puestos, y a tomar el sol con protección cincuenta.

—Menos mal que no ha dicho que se iba a dedicar a pescar.

—Me parece un plan estupendo —asiente la inspectora.

—Le envidio —añade Ríos.

El comisario les da las gracias.

—A ti no te falta mucho, Roberto. Ve buscando con qué llenar la maleta.

—Supongo que de ropa sucia —dice pensativo—. ¿Sabe quién va a sustituirle?

—De momento la plaza quedará vacante, pero he propuesto que la cubra el subcomisario Sebastián Orozco. Ahora mismo está en la comisaría Norte, pero su paso allí era temporal.

—¿El curita? —dice Ríos con expresión incrédula.

—El mismo. Sé que sus métodos son muy diferentes a los míos, pero es una persona magnífica y lo hará bien. Seguro que mejor que yo.

—He oído hablar de él, pero no le pongo cara —dice Reches.

—Ya se la pondrás cuando tengas que aguantar uno de sus sermones en persona —dice Ríos moviendo la cabeza—. ¿Vamos a echar esa cerveza a la salud del comisario?

Cuando Lombardo se queda a solas, se quita la chaqueta, se afloja el nudo de la corbata y se sirve otro café. Va hasta la ventana con la taza en la mano y observa la calle: contaminación y un cúmulo de ruido y desorden. Barcelona es un desfiladero urbano. Los embotellamientos siguen ahí abajo y la gente camina enfrascada en sus asuntos, asfixiados bajo la polución y un calor irritante. Seres ajenos que transitan en una vida que corre demasiado rápido y a los que observa desde su pequeño oasis en mitad del caos. Tiene ganas de perder aquel ecosistema de vista y arraigar en un lugar más tranquilo. Sopla el café, que comienza a estar tibio, se lo bebe de un sorbo, pega la nariz al cristal y lo empaña con una aureola de aliento. «Cuando yo me largue seguiréis ahí para joder al siguiente, ¿verdad?», se pregunta con una sonrisa amarga.

NOTA DEL AUTOR

La historia del hipocampo en torno al cual gira "La siesta de los Leones", es veraz. El broche forma parte del Tesoro de Karun o Tesoro lidio, saqueado del túmulo del rey Creso. Fue robado dos veces, incluso una de ellas sustituido por una réplica. En la actualidad se exhibe en el Uşak Arkeoloji Müzesi y en la propia web del museo puede contemplarse una fotografía de este magnífico broche, la pieza más preciada del Tesoro.

El robo de un valiosísimo tríptico del pintor irlandés Francis Bacon, fallecido en Madrid en 1992, también es un hecho real. Sucedió en pleno centro de la capital y fue perpetrado por una banda profesional. Las obras fueron recuperadas por la Brigada de Patrimonio Histórico de la policía y nunca salieron de territorio nacional.

La celebración del 4 de julio de 1947, en Hollister, ciertamente ocasionó importantes disturbios y forma parte de la leyenda negra de los moteros. Su engrandecimiento en algunos medios sirvió de inspiración para muchas películas, donde siempre desempeñan el papel de alborotadores y pendencieros.

El parche en forma de rombo con el 1% y que da nombre al Club de los Leones MC, también es real y su origen es el que se narra en la novela.

◆◆◆

Querido lector, deseo que haya disfrutado con esta nueva aventura de Evaristo Conrado. De ser así, le agradecería que valorara y dejara su opinión en Amazon para guiar a otros lectores.

Gracias y hasta muy pronto.

Acerca del autor
JOSÉ LUIS ROMERO

JOSÉ LUIS ROMERO (Barcelona, 1963) ha publicado las novelas Siempre quise bailar como el negro de Boney M (Inédita editores, 2008), La Comisaría Norte (Ediciones B, 2012), El hijo del enterrador (Ediciones B, 2013) y es uno de los autores del libro de relatos Maleta Vacía y otros relatos de Cooperación (Editorial Calamar). Durante el año 2010 Onda Cero Cataluña emitió su radionovela Pepe Pardo, investigador privado.

José Luis Romero compagina su afición a la escritura con su trabajo diario de policía en la Guardia Urbana de Barcelona, donde presta servicio desde hace más de tres décadas. Su inquietud por el conocimiento le guio hasta la Universidad de Derecho, donde cursó estudios de Criminología, Investigación Privada y Dirección de Seguridad.

En la actualidad prepara la salida de su siguiente novela.

Libros de este autor

SIEMPRE QUISE BAILAR COMO EL NEGRO DE BONEY M

LA COMISARÍA NORTE

EL HIJO DEL ENTERRADOR

LA SIESTA DE LOS LEONES